


600025708S



CATALUÑA


PER ANGUSTA
AUGUSTA



SUS MONUMENTOS Y ARTES - SU NATURALEZA É HISTORIA

CATALUÑA

POR

D. PABLO PIFERRER Y D. FRANCISCO PI MARGALL

Con notas y adiciones de

D. ANTONIO AULESTIA PIJOAN

Foto-grabados y heliografías de Laurent, Joarizti y Mariezcurrena

Cromos de Casals y Xumetra, y dibujos á pluma de Brugada, Gómez Soler, Oms y Pascó

TOMO II

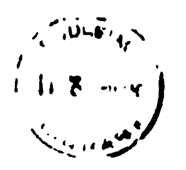
BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO - EDITORIAL DE DANIEL CORTEZO Y C.ª

CALLE DE AUSIAS-MARCH, NÚMEROS 95 Y 97

1884





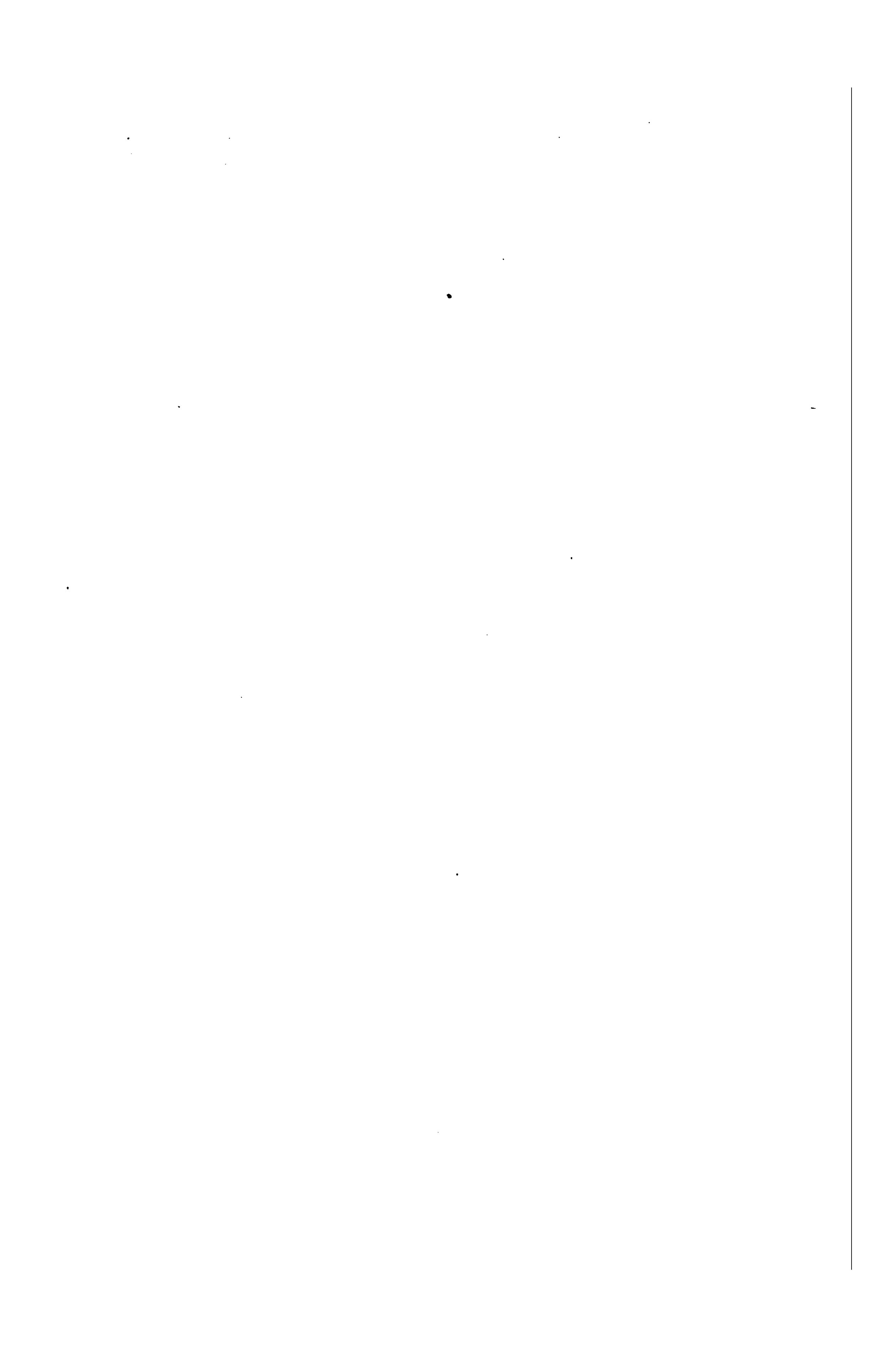
ADVERTENCIA

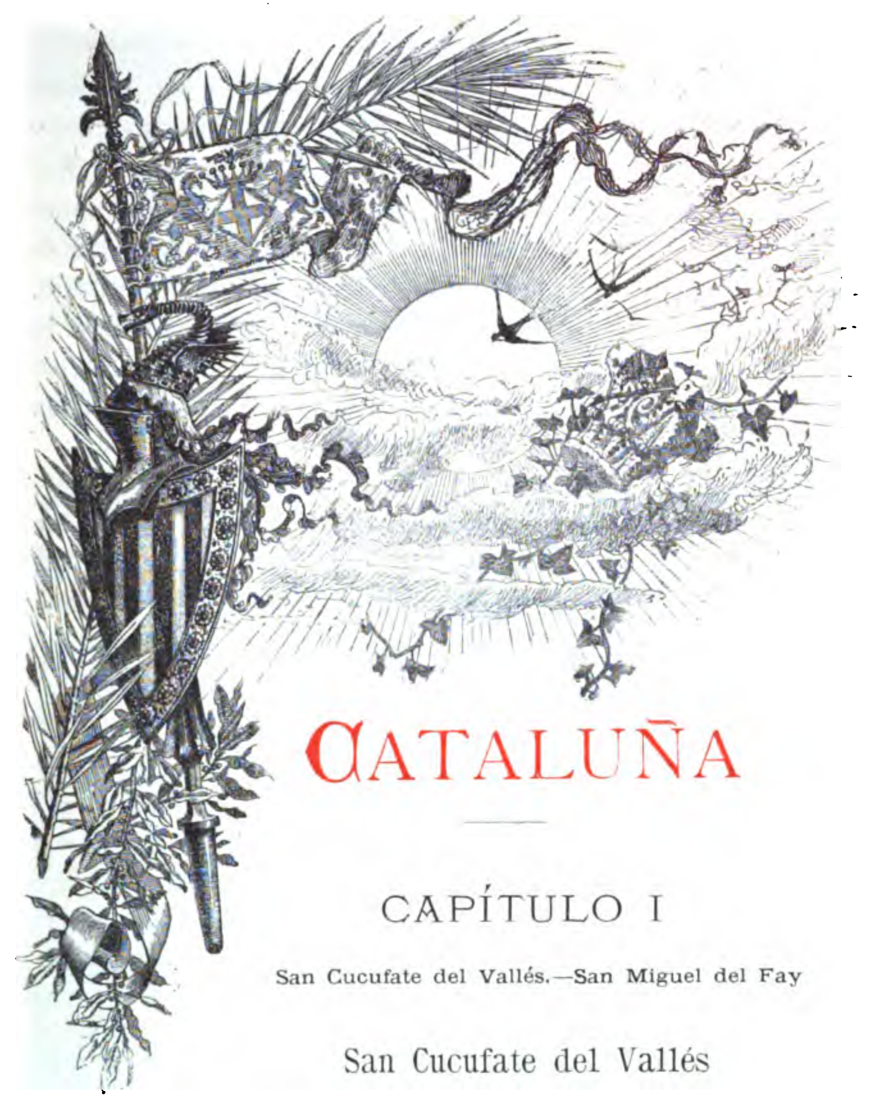
Insiguiendo el plan adoptado en la publicación de los dos tomos de está obra correspondientes á Cataluña, plan que expusimos por extenso en la *Advertencia* que encabeza el tomo primero, comprende el presente todo lo relativo al antiguo Principado en general, exceptuando la ciudad de Barcelona.

Á fin de sistematizarlo se ordena el texto de manera que resulte agrupado todo lo referente á una misma comarca, monumento, etc.; estableciendo la división por capítulos en consonancia con las actuales vías de comunicación, de modo que constituyan como una guía ó itinerario, para visitar con método las bellezas artísticas y naturales de las cuatro provincias catalanas.

Al objeto de distinguir perfectamente lo escrito por cada uno de las autores de la obra, señalamos todos los párrafos del texto debidos á Pi y Margall con este asterisco *, dejando los de Piferrer en la forma ordinaria, sin indicación alguna. Igualmente van numeradas las notas de las anteriores ediciones, y marcadas con letras las de D. Antonio Aulestia.

Los Editores.





CATALUÑA

CAPÍTULO I

San Cucufate del Vallés.—San Miguel del Fay

San Cucufate del Vallés

SOBRE (*a*) los destrozados restos de un monumento romano, á pocas millas de Barcelona, al lado de un pequeño pueblo de que lo separa una ancha plaza y cuyas casas distribuídas caprichosamente parecen otros tantos humildes servidores del coloso, si así puede decirse, levántase majestuoso y pintoresco el monasterio de San Cucufate del Vallés. Un emperador romano

(*a*) Á la inicial de esta palabra acompañaba en las anteriores ediciones la siguiente nota: «Esta *S* es copia de la que encabeza la segunda de las cinco baladas

edificó allí un castillo y le dió su nombre; el *castro octaviano* convirtióse luégo en triste morada de tormento para los mártires, y apiñándose en lo sucesivo las casas á su inmediación fué formándose el pueblo que ahora vemos. Y para que no se desmintiera la ley que parece presidir á las cosas humanas, la de devorar ó ser devorado, ese pueblo que debió su origen al santuario, esas casas mezquinas que en lo antiguo alzó principalmente la devoción de los romeros y de cuantos acudían á la fama de su santidad, hoy pasean una mirada de gozo sobre las asoladas

---

del trobador *Luis de Vilarasa*, caballero catalán que floreció á principios del siglo xv, y uno de los que forman el *cancionero* de Paris. Como poseemos uno de los facsímiles que trajo á Barcelona el anticuario francés M. Tastu, creemos no será inoportuno continuar la mencionada balada, que no traduciremos del catalán por no consentirlo su extremada sencillez y gracia de la frase, prendas que desaparecerían si se vertiese en cualquier otro idioma:

LA SEGONA BALADA AB RIMS TOTS UNIÇONANTS QUATRE BORDONS CROHATS DOS ESTRAMPS É DOS DERRERS APPARIATS E AB UN RETRONX.

Sobres damor | matret de libertat
Dant me senyor | qui no so te perdit
Car tot esforç | en mis disminuit
Per ferm mostrar | ma bona voluntat
Quen als no pens | de dia ni de nit
Mes que sabes | com so damor tractat
Quapres deço | apres nom sera greu
Mes qui pot dir | que mon voler no creu

Sobres damor | ma ja del tot sobrat
Pus tots sos mals | jo prench en gran delit
E mos desigs | en una tots unit
Rompent en mi | natura calitat
Vers mi mateix | la llengua ha fallit
E tots mos gests | com be ho han mostrat
Los bens que sent | perdona quim descreu
Mes qui pot dir | que mon voler no creu

Sobres damor | en aço ma portat
Que tot quant es | mira com ha dormit
Car jo tostemps | ab ull del esperit
Veig ço que pens | ques mon be desigat
E tots los fets | quamor noy ha sentit
Encreurami | ... será trobat
Mes jo faré | quells me creuran en breu
Mes qui pot dir | que mon voler no creu

celdas de los monjes, cuyos miserables escombros conservan la señal del fuego que les aplicó una muchedumbre enfurecida. Pero el santuario, el claustro y casi todo el recinto exterior escaparon de la voracidad de las llamas, y largo tiempo aún subsistirán para solaz y contentamiento del artista que los salude desde el extremo de aquella llanura ó descendiendo de las colinas que roban su vista á Barcelona, si ya un decreto de demolición no nos arrebata para siempre ese templo celebrado en crónicas y tradiciones (*a*).

Entretanto, si en medio del tráfico y bullicio que le envuelve, alguna vez le viniere en mientes al artista que habita en Barcelona visitar el mencionado monumento, aconsejámosle á fuer de viajeros que deje á la derecha el trillado y monótono camino de Moncada, y que pausadamente, por una bella mañana, váyase para el arruinado convento de San Jerónimo de Hebrón (*b*). Al llegar á la cumbre que lo domina, bueno será que sentándose un rato aspire la dulce aura matinal que se desliza robando á las flores y plantas sus aromas, y no deje de echar una ojeada á la ciudad que quedó atrás y á sus inmediaciones, que en verdad espectáculo es digno de la consideración de un poeta, y cuadro armonioso de una bella porción de la naturaleza. Á la derecha tiéndese parte de la llanura que cruza el serpentino Llobregat, y junto á ella levántase con majestuoso declive Monjuí, que envuelto en las nieblas de la mañana, como un árabe sombrío

(*a*) Por suerte no ha llegado á realizarse tan triste presentimiento. Destinado el templo á parroquia del pueblo, ha quedado su conservación á cargo de la superior Autoridad eclesiástica de la diócesis, habiendo ésta destinado, de acuerdo con la Comisión provincial de Monumentos, algunas sumas para evitar la ruina que había empezado á iniciarse en estos últimos años en los arcos del crucero del lado de la epístola. El claustro está, por disposición del Gobierno, al cuidado del Ayuntamiento, y aunque ha sufrido sensibles mutilaciones en sus interesantísimos capiteles, se ha conseguido se impidiese el paso por el mismo para entrar á la escuela municipal, situada en una dependencia contigua, lo que contribuirá principalmente á su conservación.

(*b*) El camino de Moncada puede sustituirse ahora por el Ferro-carril de Zaragoza, descendiendo en aquella estación ó mejor en la de Serdañola. Es, no obstante, más pintoresco el de Vall de Hebrón, convertido en excelente carretera.

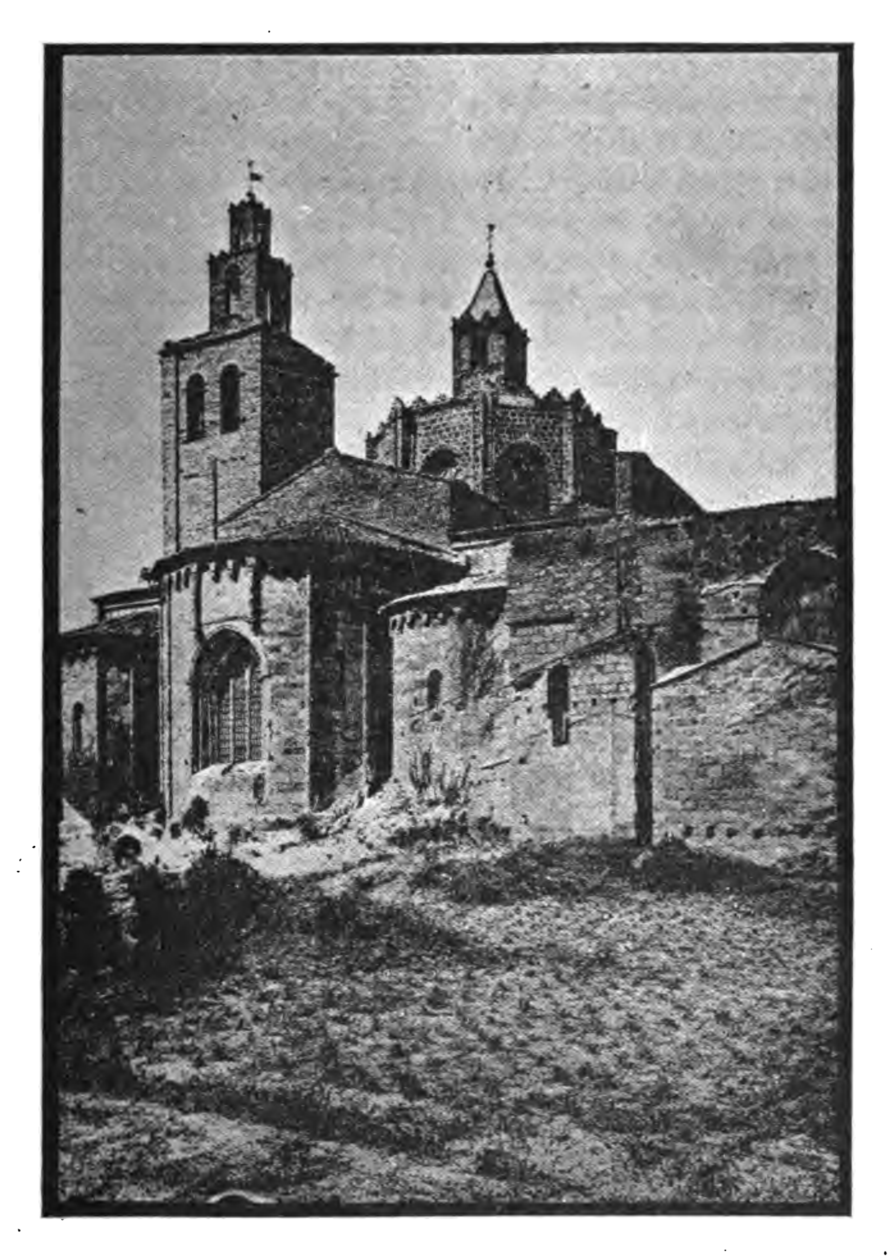
en su alquicel (1) mira con desdén las casas de campo y aldeas desparramadas alrededor de su falda. Y luégo casi en el centro, ofrécesenos Barcelona á nuestros piés, con el inmenso murmullo que de su recinto se levanta, con el vario rumor de las campanas que dispiertan, con los brazos de su puerto que entrando en la mar forman una línea delgada y espantosamente combatida por las olas que pugnan por reconquistar lo que les arrebató el ingenio del hombre y con su bosque de movibles mástiles, donde ondean pabellones de todos los pueblos, mientras ocupa todo el fondo el luciente Mediterráneo, que parece escala las nubes, y en cuyo inmenso espacio aparecen como perdidas dispersas naves, que andan tan fantásticamente sin ruido y sin piés, y desaparecen en distintas direcciones. Bello, tristemente bello es aquel cruzar de las naves y aquel hundirse con silencio en el confuso horizonte; porque así salimos todos de un puerto común, así nacen nuestras ilusiones, nuestras simpatías, así nos hacemos á la vela en el mar de la vida, ay! y cuán pocos lo cruzamos al lado de lo que más hemos amado, cuán pocos al llegar al puerto de la vejez volvemos á encontrar nuestros amigos, que fueron desapareciendo en tan larga travesía ó á quienes tal vez retuvo en ignorada playa nuevo afecto, nuevo círculo de ilusiones!

Pero, interrumpiendo el curso de semejantes ideas, despídase el viajero de Barcelona y de sus torres y de su mar, y empiece á descender poco á poco por la opuesta vertiente de aquellas colinas. Y aunque se queje el viento azotando las copas de los menguados y no muy espesos pinos que orlan aquella senda, aunque el eco no repita otra pisada que la suya, un compañero

(1) Imagen tomada de una bellísima composición poética de nuestro amigo D. José Semis (*a*).

(*a*) D. José Semis y Mensa, distinguido poeta contemporáneo de Piferrer, formó parte de la generación literaria que se dió á conocer en Barcelona en la época del despertamiento de la escuela romántica, en la cual figuraron, á más de los dos indicados, Carbó, Fontcuberta, Tió, Cortada, Mata y otros.

Falleció á la edad de 36 años. Las mejores de sus composiciones poéticas vieron la luz, con las de Piferrer y Carbó, en un volumen que se publicó en 1851, gracias al cuidado de algunos buenos amigos de aquellos poetas, y principalmente al del señor D. Manuel Milá y Fontanals.



MONASTERIO DE SAN CUCUFATE DEL VALLÉS

fiel no le abandonará por mucho rato, y apareciendo á lo lejos le hablará en el mudo lenguaje de su grandiosidad misma. Entonces, si su corazón goza y siente lo que ven sus ojos, no los apartará del encumbrado Monserrat que se levanta de repente á la izquierda al extremo de aquella llanura; y si de él no aparta la vista, inútil es que intentemos trazar ahora un bosquejo de aquellas masas enormes que se lanzan á las nubes, de aquella montaña tajada y caprichosamente partida, portentosa catedral con atrevidas agujas, inmensa fortaleza cuyos torreones amontónanse unos sobre otros, misteriosamente ceñidos con la niebla de las tradiciones, y poblados de sombras y apariciones que sólo ahuyenta la imagen de la Virgen. Entre tanto irá hundiéndose hacia el Vallés, y desde la altura más cercana podrá á su sabor contemplar el monasterio. Empero bueno será que acabando de bajar de la colina, atraviese el corto trecho de llano, que entre ésta y aquél se interpone, para disfrutar de cerca de la vista de tan ansiado monumento.

Álzase delante de él una considerable fábrica, por la parte de mediodía circuida con una especie de muro guarnecido de almenas y flanqueado por torrecillas, que formando ángulo sigue por la parte de occidente hasta reunirse con la abadía ó habitaciones de los monjes, protegiendo de este modo el templo que queda dentro encerrado. Así continúa la abadía defendida en sus flancos por altos torreones, de manera que á no ser por el rosetón del frontis que como un ojo vigilante asoma por encima de las almenas en el fondo del atrio y si el campanario se alzase menos del suelo y acallase sus bronceadas lenguas, el santuario pasara por gótica fortaleza, y la puerta central de la abadía, abierta en pesada ojiva en un torreón cuadrado con visos de haber habido puente levadizo, pareciera más propia para repetir el duro patear del bardado bridón que conducía su armado señor de vuelta de una empresa, que los mansos pasos de la pacífica mula, que en bien mullida y aforrada silla y con sendos estribos de madera á la usanza morisca, sin necesidad



SAN CUCUFATE.—Torre y Cimborio

de freno ni de acicate, llevaba hace poco al reverendo benedictino, ora saliese de la abadía, ó ya á ella regresase.

Pero ahora la bóveda del portal no repite los pasos del caballero ni del monje, y sólo el que va á visitar el monasterio turba el silencio de aquel lugar, donde todo respira la antigüedad más venerable. Atravesémosle, pues, y entremos en el patio que precede al claustro. Un árbol corpulento y frondosísimo, colocado algo desviado del centro, sombrea la entrada de este, y el susurro de sus ramas armonízase admirablemente con el murmullo de la fresca fuente, que saliendo de una húmeda y musgosa pared vierte el agua en una pila de mármol, un tiempo urna sepulcral, en cuyo centro todavía se conserva esculpido un busto, clara prueba de su origen antiquísimo. Bueno será que eche el viajero una mirada á su alrededor, y sin aguardar aviso de portero y sin que le preceda lego humilde ó solícito padre, salude con respeto aquel pobre árbol solitario y la pila de mármol cubierta de negro musgo, y con mesurado andar éntre en el claustro, obra grandiosa y aún espléndida para la época en que se hizo (*a*). Es del género bizantino, y cada corredor consta de diez y ocho pares de columnas, de manera que forman el considerable total de ciento cuarenta y cuatro. Los capiteles de estos pilares pareados ofrecen labores variadas, toscas y caprichosas, y los del corredor de mediodía están de tal manera dispuestos, que los de las columnas que dan á la parte exterior ó al patio contienen adornos de cestos, hojas, palmas y demás propios de semejante género, al paso que los que miran al interior figuran asuntos sagrados con una forma tan extraña, que en los ángulos sobresalen como cuatro pequeños doseles. Sobre ellos cargan los macizos y pesados arcos semicirculares, encima

(*a*) Ha desaparecido el árbol. La pila de mármol es un notable sarcófago evidentemente romano-cristiano de los primeros siglos, que se conserva hoy día en el Museo Arqueológico provincial de Barcelona, instalado en Santa Águeda. Las construcciones que cerraban por su lado norte este patio han sido destruídas hasta los cimientos.



SAN CUCUFATE.—CLAUSTRO

de los cuales en el exterior corre una línea de pequeñas curvas apoyadas en cabezas y grupos de hojas, que resaltando de la pared hacía veces de cornisa cuando no se había edificado el moderno segundo piso.

En uno de los extremos del corredor del mediodía vese una puerta, que conduce á la iglesia; pero como hoy está tapiada, preciso le será al que recorra aquel solitario y antiguo lugar retroceder y atravesar de nuevo el patio de la fuente y el sombrío portal, si quiere penetrar en el templo. Al fondo de un atrio bastante espacioso levántase con majestad el frontis de estilo gótico, que por ciertos asomos de pesadez y mezquindad bien demuestra ser obra de principios de aquel género, cuando ya el semicírculo y anchos machones bizantinos cedieran el campo á la ojiva y elegantes grupos de pilares que á tantas catedrales debían embellecer. Fórmase la portada de una ojiva en degradación, sumamente ancha, cosa que le roba por cierto la esbeltez y gracia que del arrojo y proporcionada elevación reciben tales partes de una fábrica, y con decir que reina en ella extremada sencillez, fácilmente se concebirá qué efecto pueda producir semejante puerta. Sin embargo, aquella misma pesadez le da tal carácter de majestad y de sólida pujanza, que mucho se aviene con lo augusto de la abadía y con la fama que de poderosa, antigua y respetable desde su fundación gozaba. Ábrese encima un grande y bastante bien trabajado rosetón, y á sus lados y correspondientes á las naves laterales de la iglesia vense dos ventanas circulares. El remate, insiguiendo la altura y compartición de naves, forma tres partes, la central más alta y rebajadas á proporción las de los lados, y todas están en línea horizontal, en que sobresalen unos dentellones, como los suele usar en barandas y arcos el género á que pertenecen.

Al sentar el pié en el interior del santuario, sorprende ver tanta majestad al lado de tan sombría sencillez. Sobre una planta rigurosamente bizantina de tres naves levántanse ocho sólidos machones cuadrados que difícilmente diferéncianse de una

obra moderna: sólo los capiteles revelan su origen antiguo, pues las fajas de hojas y relieves que los forman nunca se han empleado en las fábricas erigidas desde la restauración. La capilla mayor ó remate es un ábside perfecta en su género, como que sobre sólida y de proporcionada altura es espaciosa y sumamente elegante. Delante de ella, en aquel trozo que podemos llamar el crucero, elévase el cimborio que carga sobre los primeros y segundos pilares: dijérase que, asomando ya los primeros albores del arte más espiritual y sublime, el arquitecto, retenido por la planta bizantina y halagado por la innovación que empezaba á cundir por toda Europa, quiso erigir una cúpula que á la vez participase de este doble carácter; así comprimió un tanto el semicírculo de las ventanas que en ella se abren, dióles un aspecto gótico al parecer, pero desnudo de elegancia, aire y osadía, y sembró detalles del primitivo género, uniendo los vidrios con calados circulares, que asemejan sartas de pequeñas ruedas, tosco y grosero origen de las afiligranadas labores que pronto debían combinarse amorosamente con la luz en lo alto de los rosetones y antepechos. Corre todo el circuito de esta linterna, al pié del ventanaje, una línea de bien trabadas grecas, que no carecen de gracia y elegancia.

Aunque el oscuro y sombrío genio sajón presidió á la construcción de esta fábrica, la revolución operada en el arte á la vuelta de los cruzados con la ojiva cogióla de improviso y á medio acabar. Así el remate es todo semicircular, y de este modo siguen los arcos hasta pasados los machones que sostienen el cimborio; pero desde allí hasta la puerta despójanse aquellos de la redonda y gruesa moldura que guarnece la curva de los bizantinos, y el semicírculo conviértese en una ojiva, pobre, espesa, rebajada y tan pesada, que se parece á un semicírculo roto y vuelto á unir realzando un tanto los segmentos. Encima las arcadas de comunicación de las naves laterales con la principal, hay ventanas redondas á guisa de rosetones, tapiadas en su mayor parte, y ocupa el centro de la iglesia el coro, que es

[illegible]

[illegible] cálices y [illegible], agru[illegible] y [illegible] las mas altas con otras que [illegible] respetar el santuario, que semejante [illegible] el fuego que devoró la abadía: mas quizá [illegible] en que la menos piadosa mano del hombre [illegible] los firmes pilares y destroce cual inútil

[illegible] de este monumento, especialmente en la parte téc[illegible] la notable monografía: *San Cugat del Vallés, apuntes his[illegible] leidos en la primera excursion de arquitectos [illegible] el 27 de Junio de 1880.* Barcelona 1881.

SAN CUCUFATE.—CAPITELES DEL CLAUSTRO

madera el trabajado altar (*a*). Tal vez sean infundados nuestros temores, pero son tantas las fábricas que se han derribado en estos últimos tiempos, tantas las joyas riquísimas que para siempre se han robado al arte, que bien se nos puede permitir manifestemos alguna inquietud por las que aún nos quedan (1).

Pobre de sepulcros es esta iglesia, y sólo uno se presenta digno de mencionarse. En la nave lateral izquierda, al lado de la puerta que da al claustro, vese una vistosa y bastante alta sepultura gótica, y encima la urna, que sobresale muy poco, hay figura echada de relieve, decorada con las insignias de abad. Yace allí el célebre abad Othón, que nombrado obispo de Gerona, rigió ambas iglesias á la vez; mas como su historia va íntimamente enlazada con la del monasterio, al tratar de ésta indicaremos las pocas noticias que de aquel nos quedan.

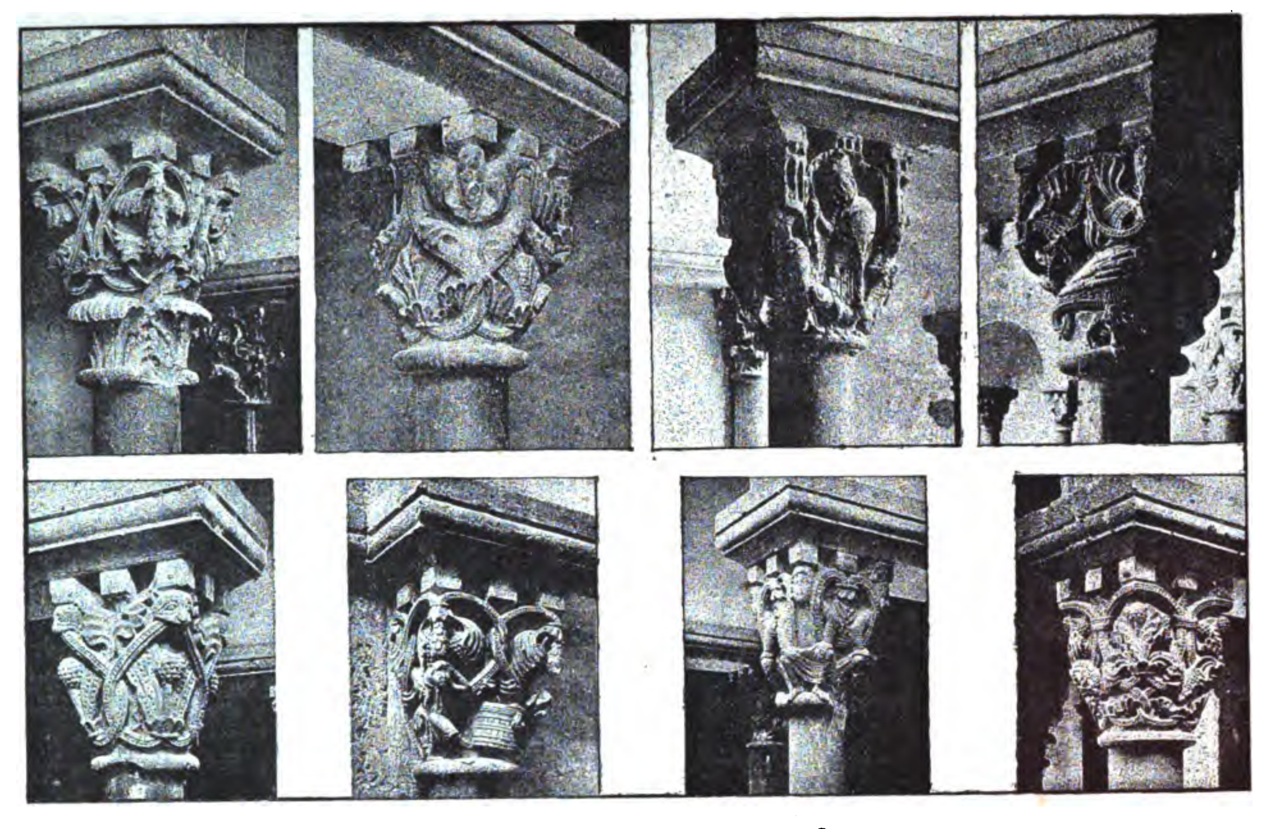
Dejemos á Carlo Magno ó á otro la gloria de haber echado los cimientos de un templo y abadía dignos de sus fundadores, y bástenos saber que pocos monasterios exceden en antigüedad al que nos ocupa (*b*). Pronto fué famoso en todos los países en que se adoraba el nombre de Cristo; los peregrinos de todas

(*a*) Este altar ha sufrido deplorables mutilaciones para colocar en su centro una pesada imagen barroca.

(1) Más inminente es el riesgo que corre el retablo gótico que hay al entrar, á la derecha, pues como está aislado y es de madera, fácilmente podría echarse mano de él para una pública subasta de maderaje, si este caso llegase. Y en verdad lo sentiríamos, ya porque todo lo antiguo, mayormente lo que perteneció á nuestra religión, siempre es acreedor al mayor respeto, ya por sus pinturas que no dejan de ser interesantes. Vense pintadas allí varias figuras de ángeles, reinas, patriarcas y prelados, cuya parte de pliegues contentaría por su aire y gracia al más estudioso en esta especie, y ocupa el centro una Virgen, cuya cabeza no carece de hermosura y expresión (*a*).

(*b*) Según Feliu, se había fundado allí desde muy antiguo un monasterio de monjes antonianos, que, destruído por los moros por los años de 779 á 780, fué restaurado en 785 por la orden de San Benito, erigiéndose iglesia en memoria de los mártires San Cucufate y sus discípulos Santas Juliana y Semproniana, San Severo y otros que en aquel sitio habían sufrido martirio. Se cree que esta fundación fué decretada por Carlo Magno, y que su sucesor Carlos el Calvo restauró otra vez el propio monasterio en 870.

(*a*) Continúa aún hoy el riesgo de la destrucción de este altar, por lo que sería conveniente cerrarlo con una verja.



SAN CUCUFATE.—Capiteles del Claustro

clases y alcurnias acudían fervientes á visitar los restos de los mártires en él custodiados, y á la par que en riqueza crecía en virtudes y en saber. Mas los campos del naciente condado de Barcelona no se veían aún completamente libres de los amagos de las armas sarracenas, que en frecuentes correrías probaron con la sangre derramada cuán terrible era su sed de venganza; y San Cucufate del Vallés fué uno de los edificios que más experimentaron el furor de sus invasiones. Corrían los años de 986, y una nube de mahometanos, capitaneados por el famoso Hagib Almanzor, que en vida no dejó un instante de reposo á los estados cristianos, avanzaba hacia Barcelona, después de dejar señalada su marcha con los estragos del hierro y del incendio. Sabida es ya la horrorosa asolación que entonces sufrió la capital del condado; y si es cierto que las falanges sarracenas y los pocos pero esforzados caballeros de Borrell II vinieron á las manos en el Vallés, fácil es concebir la ruina del monasterio en cuestión, que aun cuando no se hubiese trabado por allí batalla alguna, no creemos hubiese sido respetado por un ejército entusiasmado, fanático y vencedor. Pereció su abad Juan con once monjes, y á su muerte acompañó el saqueo y demolición del templo y abadía. Arrojados por fin los moros del condado barcelonés, Othón reunió sus dispersos compañeros en San Cucufate, acudió á Roma y París para la confirmación de sus antiguos privilegios y posesiones, y nombrado abad emprendió la construcción del templo que aún hoy nos admira por su buena disposición, majestad y solidez. Elevado poco después á obispo de Gerona, siguió gobernando ambas iglesias, hasta que su celo le movió á acompañar al conde don Ramón Borrell III á la atrevida cuanto gloriosa expedición á las tierras de Andalucía. Empezaba por entonces á arder entre los musulmanes el fuego de la discordia, que debía dividir poco después su compacto imperio en tantos reyezuelos como gobernadores había, presentando de este modo trozos débiles á la generación de hierro que, pobre y guerrera, recobraba poco á poco lo que los invasores sarrace-

nos usurparon á sus antepasados. Traían dividido el poderoso reino de Córdoba las sangrientas facciones de Mohamed-ben Hescham y del africano Soleimán-ben-el-Hakem, y auxiliado éste por el conde don Sancho de Castilla, presentó batalla á su contrario, y le derrotó con horrible destrozo. Refugióse el vencido Mohamed á Toledo y trató alianza con los esforzados don Ramón Borrell de Barcelona, y don Armengol de Urgel, que gustosos aprovecharon aquella ocasión para vengar las ofensas, muertes é incendios que en las pasadas correrías hicieran por sus tierras las tropas del Hagib. Marcharon también á aquella expedición Aecio, obispo de Barcelona, Arnulfo de Vich, y Othón de Gerona. Habíase ya retirado en aquella sazón el conde de Castilla, y Soleimán no podía contar más que con sus propias fuerzas para oponerse al ejército que avanzaba á su encuentro. Trabóse por fin la batalla, que se denomina de Acbatalbacar, á 21 de junio de 1009 (*a*); corrió la sangre en abundancia, y sólo después de increíbles esfuerzos quedó la victoria á favor de Mohamed. Abrió aquel triunfo las puertas de los calabozos en que gemían en Córdoba millares de cautivos catalanes, y restituyó buena parte de lo robado en las pasadas invasiones; pero tiñó sus laureles la sangre de muchos magnates catalanes: el condado de Urgel vió regresar abatidas sus huestes, que tristemente conducían el cadáver de heróico Armengol, y las sedes de Barcelona, Gerona y Vich celebraron solemnes exequias por los tres prelados muertos gloriosamente en la empresa.

Al partir á ella Othón, nombró por sucesor en la abadía de San Cucufate á Witardo, que concluyó la fábrica del templo, y empezó la del claustro. Pero la escasez de medios detuvo la obra ya comenzada; y después de consultar con varios prelados, resolvió Witardo vender varias posesiones de la abadía al conde don Ramón Borrell III y á su esposa doña Ermesindis como se

(*a*) Respecto de las fechas, que rectificamos de conformidad con las expuestas en el tomo de *Barcelona*, véase lo que decimos en la nota á la página 143 del mismo.

verificó á 25 de octubre de 1014, recibiendo aquél 25 onzas de oro, con que pudo llevar á cabo la interrumpida construcción. El nombre del artífice que erigió el templo ha quedado sepultado para siempre en olvido; y aunque tal vez existe algún documento de la época que lo menciona, la dispersión de los códices de aquel archivo hacen inútil, si no imposible, semejante averiguación. El que dirigió el claustro no fió tampoco su nombre al pergamino, pero sellólo en la piedra, donde durará al menos tanto como su obra (1). Por lo que respecta á los demás artífices que en siglos más modernos trabajaron en el monasterio, ni lápidas ni códices honran su memoria; pero en medio de su obscuridad sublime, más que de nombradía y de gloria, ciñen la sencilla corona de la humildad! (*a*)

---

(1) Dice así: *Hæc est Arnali sculptoris forma cœli (b)—qui claustrum tale construxit perpetuale.*

(*a*) Escasísimos son, en efecto, los datos que tenemos acerca de la construcción de este insigne cenobio. Consta solamente que en el siglo XIV se trabajaba para completar el templo, labrándose el notable altar mayor. En el siglo siguiente continuaban las obras; cítase un maestro Alfonso que pintaba las tablas de dicho altar (1473). En la pasada centuria el mal gusto dominante hizo sufrir á la fábrica variaciones que alteraron en algunos puntos su majestuoso conjunto.

Poseía esta casa preciosas obras de arte en orfebrería, pinturas y códices iluminados; no siendo menos valiosa su biblioteca, enriquecida en el siglo XV con algunas de las primeras obras que se dieron á la estampa en España, con la particularidad de haber sido impresa una de ellas, la titulada *De Religione*, del abad Isaac, en el propio monasterio (1482).

En él tuvieron lugar importantes hechos históricos, pues las cortes catalanas se habían reunido algunas veces bajo sus bóvedas.

Se conservan aún hoy día y se enseñan al visitante, la capa pluvial y el alba del abad Arnaldo Ramón de Biure, que fué asesinado la noche de Navidad de 1351, en la misma iglesia, por Berenguer de Saltells y otros de sus secuaces, en venganza, al parecer, del incumplimiento en el pago de una cuantiosa suma que debía percibir Saltells por razón de un pleito sobre la herencia de su familia, legada por su padre al monasterio.

(*b*) Don Manuel Milá y Fontanals en el prólogo al *Album pintoresch monumental de Catalunya* corrige esta inscripción de la manera siguiente:

Hœc est Arnalli
sculpto:is forma *Geralli*
qui claustrum tale
construxit perpetuale.

Dicho *Album* publicado por la «Associació Catalanista d' excursions científicas,» puede asimismo consultarse con referencia al monasterio de que se trata.

San Miguel del Fay

Por el despuntar de un suave y claro día de primavera, en aquella hora en que débilmente empieza el bullicio á renacer en la ciudad, deje el artista atrás los muros de Barcelona, y despídase de las amigas torres de la Catedral que se enrojecen con los primeros rayos del sol. Si en vez de obras del hombre, desea contemplar los monumentos, permítasenos esta expresión, que sin esfuerzo arroja de su seno la naturaleza, diríjase al Vallés en cuyo extremo encontrará un lugar tan bello y que así llenará su alma como la mejor producción del arte. Al principiar su viaje, á poca distancia de la Ciudad de los Condes verá elevarse una colina de muy rápida pendiente, desgajada de los vecinos montes que la cercan. Parece un eterno centinela apostado á la entrada de aquella dilatada llanura, que está espiando lo que en ella acontece. Ocupan la cima las ruinas de un vasto castillo, del cual subsisten aún algunos lienzos de muro con cuatro ó cinco torrecillas. Y sin embargo aquellos despedazados arcos, que ahora se dibujan en la atmósfera, aquellos desmoronados torreones opusieron una impenetrable barrera al ímpetu de los sarracenos: y mientras la voz del imán convidaba los mahometanos á la oración desde la cúpula de la vecina Catedral convertida en mezquita, mientras en las almenas barcelonesas ondeaba orgullosa la media luna, la capilla del castillo de Moncada recibía las preces de los esforzados catalanes y su torre central enarbolaba el pendón de la Cruz. Recorra el curioso viajero con detención aquellos vestigios, y se convencerá de su primitiva fortaleza; pero si hacia la parte de oriente se abre á sus piés la boca de una negra caverna, guárdese de entrar en ella, pues según es fama, cruzan sus oscurísimas y profundas galerías altas y blanquecinas visiones y percíbese á lo lejos el sordo murmullo de un lago misterioso que rueda sus turbias y solitarias olas por

entre aquellas peñas que nunca vieron la luz. Con todo, parece que la dificultad de internarse, y no la consideración debida á tan respetables consejas, es lo que arredró á cuantos intentaron ver si efectivamente aquella caverna tiene comunicación con la orilla del mar (1) (*a*).

Salude empero el observador tan venerables monumentos del valor de nuestros antepasados, y atravesando el Vallés, éntre en Caldas de Monbuy, célebre por sus aguas termales y frecuentada por los que gimen en la aflicción de las dolencias (*b*). Al salir de esta villa hacia San Felío de Codinas, vase ya elevando el terreno, y la campiña pierde gradualmente la apacible igualdad que hasta allí conservara. Montañas altísimas ciñen el horizonte; y á medida que se adelanta en el camino, otros mon-

---

(1) Tambien nuestro Pujades intentó emprender semejante expedición, pero con la franqueza y candor que le caracteriza confiesa, forzoso es decirlo, el miedo terrible que le infundió la vista de la sola entrada, aunque con sutileza pondera antes la dificultad de la empresa. Dice así: «Yo no quiero atribuir esta obra á »algun mal espíritu, como hacen las viejas á la par del fuego cuando están hilando »con sus ruecas en las noches de invierno.... De personas que hayan probado á »pasarla toda no tengo relacion cierta y averiguada; pero puedo certificar haber »visto en la capilla de Nuestra Señora de este castillo una tablilla en memoria de »un milagro que hizo Dios por intercesion de su Santísima Madre librando tres »hombres vecinos de la ciudad de Barcelona que quisieron con curiosidad dema»siada pasar de cabo á cabo esta cueva; los cuales entrados que fueron bien aden»tro de ella, se espantaron de cierta visión ó fantasma que el temor les hizo con»cebir y que se les puso en la imaginacion, pareciéndoles ver un grande cabron y »algunas calaveras y huesos de hombres muertos, y así encomendándose á la Vir»gen María Santísima pudieron volver atras y salir por donde habían entrado..... »Quise entrar en esta cueva en cierta ocasion que con algunos amigos fuimos por »nuestra devocion en romeria á dicha capilla de Nuestra Señora; mas la memoria »de lo que habia oido y el asombro que causa ver su entrada y precipicios me re»presentaron tantos peligros que me hicieron desistir del curioso sinó temerario »pensamiento y del deseo que llevaba.» *Cronic. univ. de Cataluña*, Part. 3, lib. XIV, capt. 40, pág. 259.

(*a*) Posteriormente han sido visitadas varias veces estas cuevas por los excursionistas, sin que se haya hecho en ellas ningún nuevo descubrimiento.

(*b*) Son dignas de verse en Caldas la iglesia parroquial, donde se venera el Santo Cristo bizantino llamado la *Santa Magestat;* la portada de dicha iglesia que es un ejemplar de buen gusto dentro del estilo plateresco; las casas señoriales de Rupit y de Vallgornera, que aunque en ruinas ofrecen bellos fragmentos; la barriada llamada de la *Sinagoga* por su aspecto característico; y otros antiguos restos entre ellos varias lápidas que recuerdan la importancia de la villa en la época de la dominación romana.

tes más encumbrados asoman su cabeza azul por encima de los primeros, y pasma la imaginación aquel mar inmenso de cumbres variadas y caprichosas, aquel grandioso anfiteatro cuyas gradas parece se remontan á las nubes. Barrancos profundos orlan el sendero; la naturaleza vase mostrando sublime con la aspereza y grandiosidad de las montañas, y el artista la saborea con ávidos ojos, hasta que imprevistamente al subir una pequeña colina aparece el pintoresco pueblo de San Felío, y sus casas ocupan en parte la cima de un cerro, al paso que otras desparrámanse caprichosamente en una hondura, en cuyo centro elévase aislada la iglesia. Antes de llegar á esta aldea, déjanse á la derecha las ruinas del castillo de Ganta, llamado ahora de Monbuy, donde, según Pujades y Diago, se refugió el Conde don Borrell II después de la supuesta batalla en que cerca de Caldas le derrotaron los moros. Sentado al pié de aquellas solitarias paredes, sigue el viajero con la vista el curso del Besós, y descubre á lo lejos el castillo de Moncada. Si entonces silba el viento por las grietas de los muros y agita las cimas de los pinos que zumban como los bramidos hondos y continuos de la mar lejana; si amontónanse en el horizonte densos y apiñados nubarrones; gime tristemente alguna puerta que aún se conserva; los altos y aislados trozos de muro parece se bambolean... diríais que dentro de aquellas ruinas percíbese el crujir de las aceradas armaduras, y que los antiguos guerreros lanzan desde las nubes alaridos de dolor sobre su olvidado y destruído castillo.

Árida y peñascosa se presenta la senda al salir de San Felío, pinos gigantescos levántanse á sus bordes, y aumentan la poética tristeza de aquellas desnudas rocas. Antes de ahondarse el viajero hasta encontrar al riachuelo que viene de San Miguel, tienda una mirada sobre el magnífico cuadro que á su vista se despliega. Divisa á sus piés la llanura del Vallés que, circuída por todas partes de montañas, parece un lago de verdor, y sus desparramados pueblos otras tantas flotantes islas. Cíñenla por

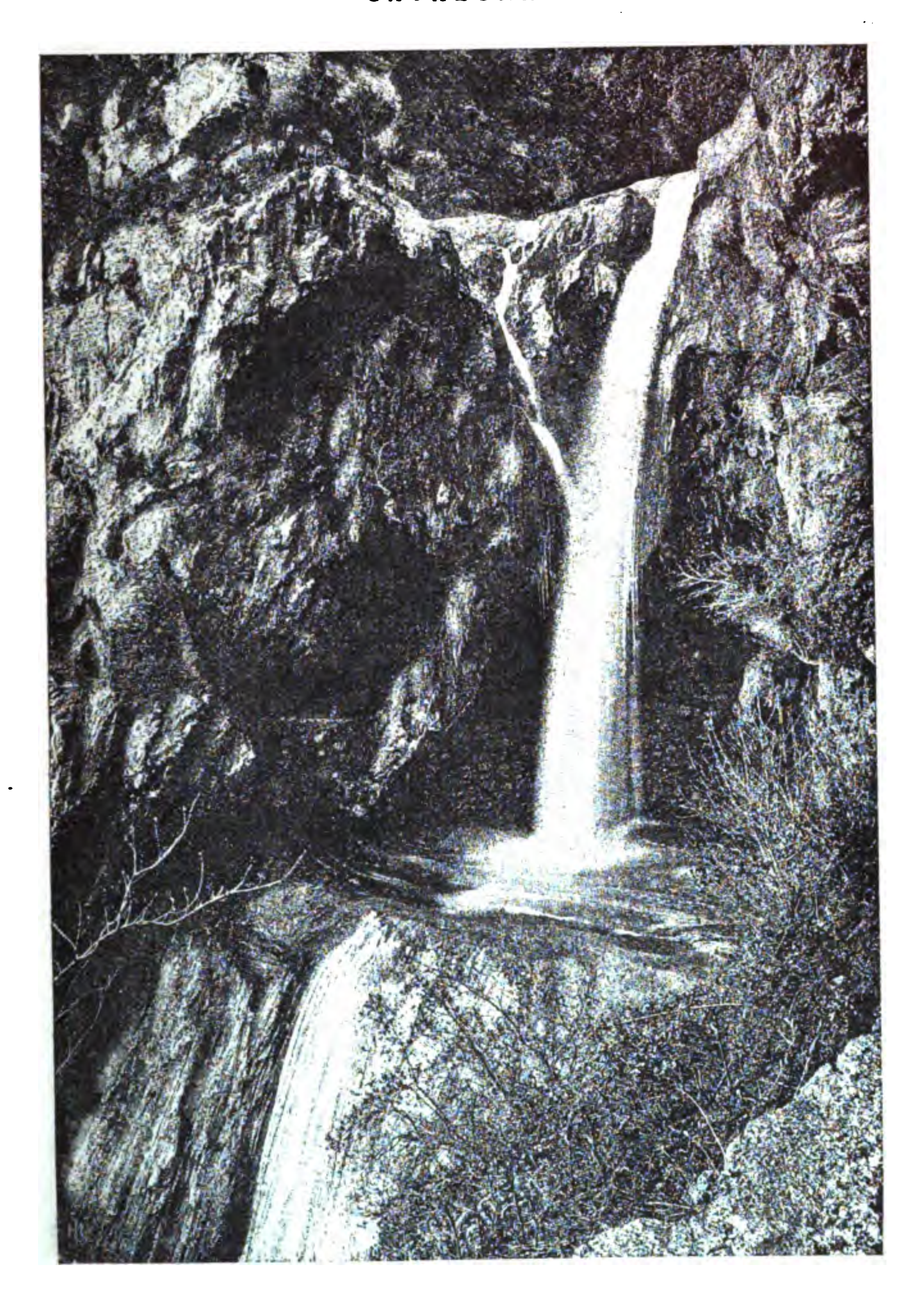
la parte de oriente á mediodía los montecillos de la costa, cuya falda lame el Mediterráneo, al paso que su mole nos roba la vista de aquel país sembrado de deliciosas poblaciones, y donde entre odoríferos naranjos levantan su airosa cabeza numerosas torres antiguas que son su no menor adorno (1).

Al acercarse á San Miguel, percíbese ya de lejos confuso sonar de una estrepitosa corriente, que resuena en aquellos barrancos como el hondo retumbo del trueno. La frescura del aire, la quietud del sitio, el aromático perfume que hinche la atmósfera reaniman al fatigado viajero y embelesan su alma en dulce tristura. Destilan todas las hojas cristalinas gotas, y vense también húmedas las yerbas, entre las cuales brota por todas partes el agua, que salta regocijada á reunirse con el agitado Rosiñol que murmurando corre por el profundo de aquella hondonada. Levantemos empero los ojos, y contemplemos la vista general de las cascadas que ocupan el fondo. Formando como numerosos escalones álzase una imponente masa de roca que cierra el paisaje (*b*); en su mitad hay un ancho rellano, sobre el cual ábrese la cueva de San Miguel, y el resto del peñasco está cortado tan perpendicularmente y tanto sobresale de la cueva,

(1) Toda la costa de que hablamos está en efecto guarnecida de torres y castillejos más ó menos antiguos. Unos ocupan el centro de las poblaciones, rodeados de casas y huertas, otros se han unido á una habitación particular, y no pocos coronan las colinas que de trecho en trecho se presentan. Pero siempre es pintoresco el efecto que producen, y merecen citarse la esbelta torre que se ve en el Masnou, el castillo gótico de Vilassar casi entero, y las ruinas que dominan á Caldetas. Dejando á un lado la pública fama que las atribuye todas al tiempo de los moros, creemos que debieron su construcción al continuo sobresalto que difundían por aquellas playas los corsarios berberiscos. Sea como fuere, distraen y consuelan al artista que atraviesa el país, y que, al notar además la salubridad y delicia del clima, la serenidad del cielo, la fertilidad del terreno y la belleza de los caseríos, olvida el cansancio del viaje y se despide con pesar de la más bella porción de Cataluña (*a*).

(*b*) Esta muralla natural está cortada artificialmente, formando un corredor por el que pasa el camino que, por la parte posterior del convento y en dirección norte, se dirige á Centellas. En la cortadura hay un pequeño arco ó portal con una inscripción y un escudo, trabajado todo por el artista barcelonés Jerónimo Mauri en 1790.

(*a*) Véase, más adelante, descrita especialmente esta comarca.

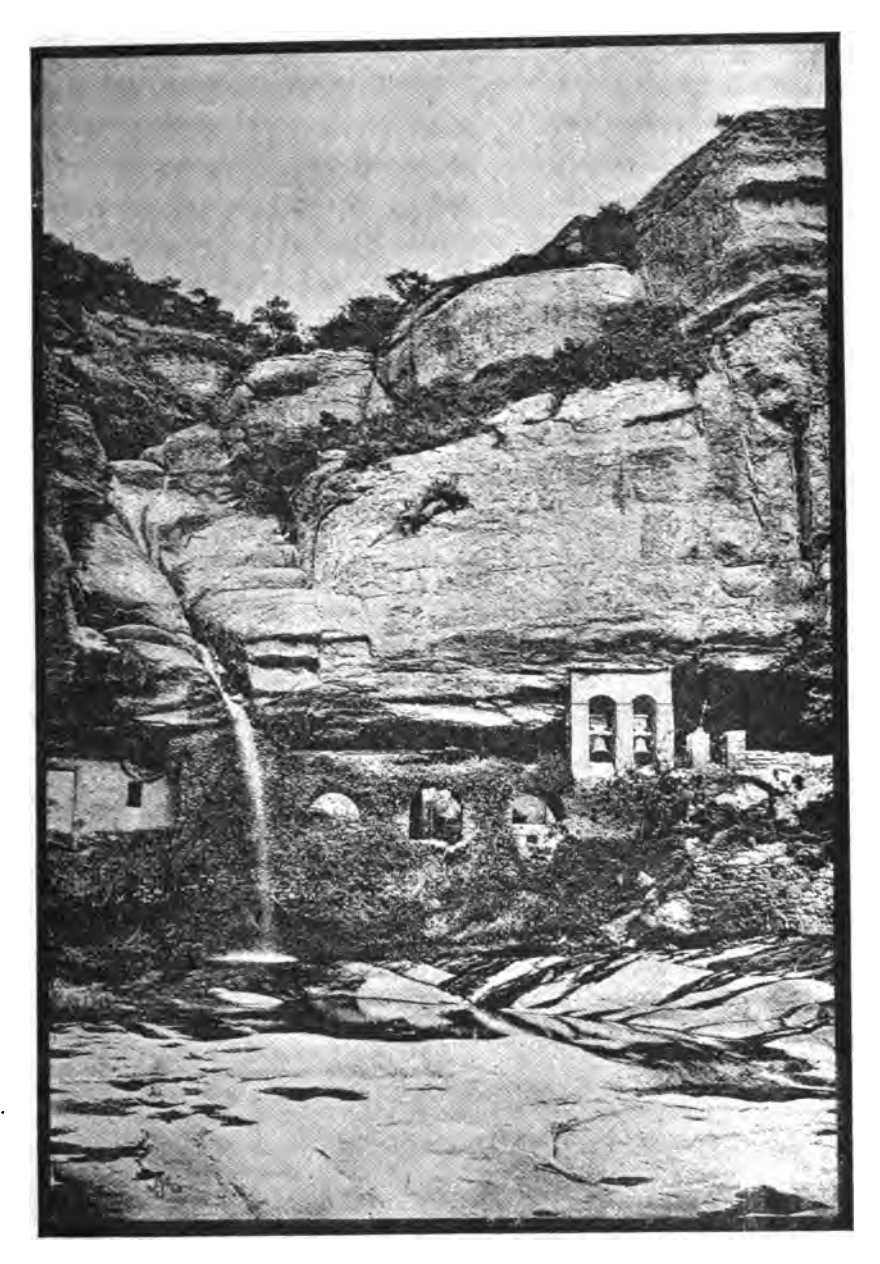


SAN MIGUEL DEL FAY.—La Cascada

que parece va á desgajarse aplastando á la iglesia que ocúltase agachada en el espacio que deja aquella profunda excavación ó hendidura. Á la izquierda derrúmbase con estruendo y constantemente una bella cascada, que forma vistosísimos juegos. Desde la cima salta sobre un extremo del rellano en considerable y compacta masa con tanta furia, que apenas puede medirse con la sonda la profundidad del hoyo que durante tantos siglos ha abierto en la roca; desde allí deslízase como un terso cristal por una lisa pendiente, y oponiéndose á su paso algunas rocas divide sus aguas y murmura agitada y enfurecida hasta entrar en el sosegado cauce. Esta es la cascada que por lo regular se derrumba sin interrupción; las demás son accidentales, y únicamente existen cuando las crecidas lluvias de invierno aumentan la ordinaria corriente del Rosiñol, que entonces salta furioso en toda la anchura del peñasco, botando en el rellano y derribándose después de mil maneras hasta lo más profundo.

En el seno de la misma peña ábrese humilde y retirada la pequeña iglesia, cuyo techo sostienen algunas columnas y que ninguna particularidad ofrece al viajero. Fué antiguamente monasterio, y los documentos que lo confirman nos demuestran que ya existía á mediados del siglo XI (*a*). Ciertamente el hombre que huía del bullicio del mundo y buscaba un lugar donde pasar en el estudio y en la paz el resto de sus días, con dificultad hubiese hallado otro sitio tan solitario y tan á propósito para la meditación y como tal lo escogió don Guillelmo Berenguer, hijo del conde de Barcelona don Berenguer Ramón I *el Curvo* y de doña Guisla. Cansado de las pompas cortesanas, cedió generosamente á su hermano mayor el célebre don Ramón Berenguer el *Viejo* el condado de Ausona que le legara su padre, y después de haber dado al mundo repetidas pruebas del valor de su brazo en las guerras contra los moros, á que asistió con su hermano el Conde de Barcelona, arrimó la lanza y colgó la

(a) De antiguos documentos se deduce que fué construída á fines del siglo X.



SAN MIGUEL DEL FAY.—La Iglesia

espada, viniendo á confundirse con los pacíficos monjes y pasando los pocos años que le quedaron en la soledad y el retiro. Murió en 1057, y más dichoso que los demás miembros de la familia de Wifredo, tiene un epitafio que nos recuerda su nombre y sus virtudes al paso que ha encontrado quien lo arrancase de la oscuridad y olvido en que yacía (1) (*a*).

Desde la entrada de la iglesia hasta el borde de la peña donde se ve el campanario, sirviendo de techo toda la montaña, hay una especie de corredor formado por la misma naturaleza que da sobre el rellano y conduce á la ya descrita cascada. La roca desde donde ésta se precipita está enteramente vaciada en su interior, cual si la caprichosa mano de los genios de las aguas hubiese fabricado aquella húmeda gruta, digna morada de una sílfide. Apenas el curioso viajero sienta el pié en su entrada, retrocede asustado al retumbo del torrente que pasando por encima conmueve aquella bóveda. Atruena el estruendo los oídos, y los ojos no ven más que una inmensa cortina de agua, que se dijera está colgando delante de la especie de ancha ventana que en la gruta se abre, si no indicasen el furor con que se lanza raudales de nevada espuma que rebotan desde el rellano hasta salpicar al atónito observador que apoyado en el rústico ante-

---

(1) Publicólo en 1830 el incansable anticuario don Jaime Ripoll en uno de sus muchísimos opúsculos y dice así:

✠ HIC WIELME IACES PARIS ALTER ET ALTER ACHILLES
NON IMPAR SPETIE NON PROBITATE MINOR
ET TVA NOBILITAS PROBITAS TVA GLORIA FORMA
INVIDIOSA TVOS SVSTVLIT ANTE DIES
Ĝ *(ergo)* DECVS TVMVLO PIA SOLVERE VOTA SEPVLTO
O IVVENES QVORVM GLORIA LAVSQVE FVI.

Cuanto hemos dicho acerca de Guillelmo Berenguer está sacado del citado opúsculo del señor Ripoll y de los *Condes Vindicados* del señor de Bofarull, tomo 1.°, pág. 245; y como ambos prueban con las más sólidas razones el retiro del hermano de don Ramón *el Viejo*, no hemos vacilado en presentarlo con toda la seguridad histórica, aunque como todo lo de aquellos tiempos no pasase de los límites de una muy fundada probabilidad.

(a) Son notables en esta iglesia una imagen de la Virgen, de alabastro, perteneciente, según puede apreciarse por sus detalles, á la primera época del goticismo; y otra representando á San Miguel, de madera, con bella armadura del siglo XVI.

pecho contempla la honda sima donde bulle mugiendo el agua. Y como si la naturaleza, fecunda en sublimes invenciones, quisiese embellecer con sus fenómenos tan ameno sitio, despliega delante de la cascada un riquísimo arco iris, que se dibuja en las partículas más imperceptibles de la espuma aislado y aéreo como una dulce aparición, ó cual el vislumbre de la mágica y celeste aureola del genio que mora en aquellas aguas y en las vecinas cavernas (1).

Dejando atrás tan bulliciosa agua, ábrense espléndidas esas grutas que se presentan como riquísimas galerías. Las delicadas labores que ornan el techo, los afiligranados detalles que cubren las paredes parecen momentáneamente obra de la más rica, de la más espiritual de todas las arquitecturas; y sin embargo aquellas estalácticas no deben su origen al genio gótico, sino á la misma naturaleza. Pero ¡quizás el artífice bebió en ese inagotable manantial la abundancia y frescura de sus esculturas! ¿Qué arquitectura es más viva y sublime expresión de la naturaleza, así en su parte material como en su espíritu, que la de la edad media? Mucho se ha ponderado el origen del más bello de los capiteles, y harto innumerables son los edificios que han embellecido el cesto y las hojas de acanto desde que formaron parte constitutiva de un orden. Hermosas son las columnatas griegas y romanas que asemejan hileras de robustos y contorneados álamos en una vasta llanura. Mas ¿dónde está la naturaleza de las montañas, de los bosques, la naturaleza fecunda, rica, variada y pomposa? El arte gótico arranca á las selvas druídicas sus más sombríos, altos y corpulentos árboles, y petrificándolos en medio de sus catedrales, levanta osados pilares que, encorvando

(1) Debe también este arroyo su celebridad á su propiedad de cubrir con una capa petrífica y blanquecina cuanto permanece por algún tiempo dentro de sus aguas, fenómeno que procede del mismo álveo. Como éste se forma de piedras calcáreas lenticulares en perfecta descomposición, sus partículas pulverizadas se pegan á todas las materias que á él se arrojan; experimento curiosísimo, que da nueva materia á los objetos sin por esto variar enteramente su forma.

á una y otra parte sus frondosos ramos, reúnense en el centro en delicada ojiva ó en perfecto semicírculo. El nuevo bosque de piedra, crece en frondosidad; nuevas ramas asoman por encima de las primeras, y airosísimas galerías guarnecen en lontananza como azulados pinos la cima de sus cenicientas paredes. El sol apenas penetra en aquella espesura, y sin embargo en las copas y en las ramas, en los capiteles y en los florones mécense con frescura y abundancia las frutas y los pájaros, al paso que pueblan aquella segunda naturaleza enormes fieras y horrendos animales. Salta bramando como impetuosa cascada la armonía del órgano, mientras hondamente ladran y aúllan las campanas en la cima de los campanarios, donde, como en cumbre de elevados montes, construye su nido la cigüeña. Y retrocediendo un tanto en la historia del arte cristiano, las cavernas sajonas, las cuevas bizantinas y lombardas abren sus negros senos, tristes y melancólicos como es triste y melancólica la naturaleza del Norte, ó se hunden en sus *criptas*, en sus iglesias subterráneas, encima de las cuales pasa bramando el torrente de la persecución (1). Pero si las afiligranadas agujas, las trabajadas fachadas, los riquísimos arabescos enriquecen las producciones de los siglos XIV y XV, duda el ánimo que les sea suficiente aprecio y alabanzas llamarlas sublimes y maravillosas estalácticas. — Las de San Miguel del Fay son en tanto el embeleso de cuantos las visitan, y la amable sílfide que mora allí disfruta de una habitación deliciosamente encantadora.

Sin embargo también en sus graciosas bóvedas retumban ahora los silbidos mortíferos de las balas, que ahuyentaron al genio de paz y dulzura que reinaba en tan apacibles lugares. Las aguas del arroyo reflejan á menudo el funesto brillo de las armas, y sus pacíficas ondas más de una vez retratan las turbulentas facciones del combatiente que en ellas apaga su ardorosa

(1) En los primeros siglos de la Iglesia llamáronse *criptas* los subterráneos donde celebraban los cristianos los divinos oficios y sepultaban los cuerpos de los Mártires.

sed. La pequeña iglesia está desierta; ningún viajero visita su recinto; y ya no se oye el alegre rumor de los que acudían á disfrutar de la calma y libertad de aquel retiro. Sola la cascada sigue precipitándose desde su acostumbrada altura para volver á entrar en su sosegado cauce: —ley eterna de la naturaleza, que á todas las cosas señaló su curso y seguro camino, al cual irremisiblemente deben regresar cuando de él se hubieren desviado! (*a*).

(*a*) Al escribir estas líneas, que vieron la luz en 1839, ardía en Cataluña la guerra civil, cuyos terribles episodios tanto impresionaban el alma generosa de Piferrer.

Hoy en día, que merced á los cortos períodos de paz que ha gozado el país, ha podido llevarse el espíritu de la civilización moderna hasta aquellas escarpadas montañas, vese el pintoresco sitio de San Miguel del Fay muy frecuentado, gracias á la reciente construcción de los ferro-carriles de Mollet á Caldas y de Granollers á San Juan de las Abadesas, y á la carretera provincial de San Felío de Codinas á Centellas que pasando á corta distancia de San Miguel facilita la excursión al mismo. En la antigua casa monacal se da regular hospedaje á los viajeros.





CAPÍTULO II

Costa oriental de Cataluña.—Castillo de Vilassar.
Montseny.— Gualba.— Gorch negre.—Santa Fe.—San Segismundo.
Adición: Breda.—Castillo de Montsoriu.

Dominan en la costa oriental de Cataluña villas muy pobladas, algunas de las cuales, aunque apenas conservan las huellas de lo pasado, cuentan largos siglos de existencia. Á una legua de la capital estaba Bætulo donde está hoy Badalona; tres leguas más allá la antigua Iluro (1). Mongat, Vi-

(1) Están casi acordes todos nuestros escritores en que la que hoy es Mataró fué en tiempo de los romanos ciudad municipal de mucha importancia. Pruébanlo ya con las muchas lápidas, ya con las monedas de oro y plata de Vespasiano y Tito que se han encontrado, removiendo el suelo de la ciudad moderna. Confírmanlo además con los dos pavimentos de mosáico, que aún hoy puede ver el anticuario en la huerta de una casa sita en el lugar más céntrico y emi-

lassar, Arenys guardaban aún torres cuyas piedras reflejan los tiempo de la reconquista: de los demás pueblos apenas hay uno que no tenga algún recuerdo.

* Si después de haber contemplado en esa costa su mar bonancible, su rica vegetación y sus cuadros pintorescos, sigue el viajero sus riachuelos y penetra en sus montes; lo pasado le hablará aún con un lenguaje más claro y elocuente.

---

nente de la población, y en la casa de campo del señor Llauder, distante de la ciudad poco más de medio cuarto de legua. — Sobre el nombre antiguo de Mataró disienten algunos escritores, queriendo unos que fuese Bæturo, distinto del de Bætulo, y otros Iluro. Las flojas razones que aducen los primeros nos mueven á seguir á los segundos, cuyo opinión nos parece, por otra parte, confirmada con lo que dice Pomponio Mela al describir la costa laletana. Entre Bætulo y Blanda (hoy Blanes) no pone más que Iluro, y es muy natural que, á haber existido entonces otro pueblo, no hubiera dejado de mentarlo el tan distinguido como minucioso geógrafo. — Después de la caída del imperio, fuese por la invasión de los germanos, fuese por otro accidente humano ó natural, perdió Iluro no sólo su grandeza, sí que también su nombre. La nueva población que fué á sentarse sobre sus ruinas tomó el de *Civitas Fracta*, y lo conservó hasta mediados del siglo XIII, época, en que según consta por una carta de donación hecha á 4 de las nonas de agosto de 1269, fué llamada ya con el de *Civitas fracta*, ya con el actual de Mataró.—Mataró es hoy una ciudad bastante poblada y de mucha animación y vida. El ferro-carril abierto entre ella y Barcelona en el año 1848, contribuirá indudablemente á acelerar su prosperidad, ya hoy muy notable (*a*).

(*a*) Los modernos estudios sobre historia primitiva de Cataluña, si bien no han podido añadir muchos datos á los que se encuentran en los más conocidos autores antiguos respecto de Mataró, han venido á confirmar la existencia de esa ciudad en las épocas anteriores á las invasiones cartaginesa y romana, figurando ya como población ibérica ó aborígena una *Iluro* en la región *laletana*, que algunos han traducido por comarca marítima.

De verdadera importancia son los restos que se han descubierto últimamente en el término de Cabrera de Mataró, allí próximo, en la propiedad de don Juan Rubio de la Serna, consistentes en cerámica y utensilios atribuídos al siglo III antes de J. C.; llevando algunos de ellos caracteres desconocidos y otros de los llamados ibéricos; no menos que las varias lápidas y los cuatro mosáicos hallados en dicha ciudad de la dominación romana.

Estuvo sujeta Mataró á la jurisdicción feudal hasta 1419, adquiriendo desde entonces mucho incremento. Concedióle Alfonso V en 1434 los privilegios de que gozaba Barcelona, concesión que fué confirmada por Fernando el Católico. Felipe II la otorgó el voto en Cortes, y obtuvo el titulo de ciudad á principios del siglo pasado

Esta población, eminentemente industrial, ha ido creciendo en importancia merced á su situación en el litoral y á la prolongación del primitivo ferro-carril hasta Francia; así como desde Barcelona se continuó hacia el sud por la costa del Mediterráneo. Son dignos de verse en Mataró algunos detalles arquitectónicos del estilo ojival, especialmente ventanas; varios lienzos de los más célebres pintores catalanes como Viladomat, Flauger y Montanya que adornan sus templos; esculturas de Campeny en las iglesias del Hospital y de San Juan, y en lugar preferente una Virgen en Belén, escultura del famoso Diego de Mena, que se conserva en la casa del señor Campaner, calle de Santa Marta.

Castillo de Vilassar

* Media legua hacia el interior, al pié del torrente de Vilassar, cuyas aguas se deslizan entre árboles frondosos, está sentado en la cumbre de una colina un castillo feudal, tan delicado en algunos de sus detalles, como severo en el conjunto. En los ángulos y en el centro están aún en pié sus torreones, coronados de almenas: junto á su primera puerta de entrada hay aún restos de un puente levadizo (*a*), y una ancha ladronera sobre la segunda. Salones espaciosos, ahumados en parte por el incendio, divididos por techos que les quitaron toda su majestad y su grandeza, bastardeados por la mano destructora de los siglos y las necesidades de los hombres, se extienden todavía en torno de la torre central, atalaya y defensa del castillo, en el exterior tosca y sombría, en el interior lóbrega y aterradora. No es aún difícil indicar dónde estuvieron las salas de armas.

* Á la vista de fortalezas como esa la imaginación vuela en alas del tiempo á la Edad media. En ellas ve involuntariamente las sombras de aquellos antiguos barones que concentraban su vida en esas moradas solitarias, dándolas por palacio á sus hijos, por cárcel á sus súbditos y por castillo á sus soldados, animándolas hoy con el bullicio de los festines y mañana con el estrépito de las armas, haciéndolas teatro de sus hazañas y abismo de sus crímenes. En ellas ve involuntariamente reunidos todos los elementos de vida que constituían los pueblos de los primeros tiempos del feudalismo: porque aquí era donde encontraba su asilo el mendigo, su casa el caballero, su investidura el feudatario, sus armas el soldado, su tumba el enemigo, su tribuna la ley, su horca el delito.

* Castillos como ese de Vilassar abundaban en la costa de

(*a*) Han desaparecido estos restos.

oriente; pero ya no quedan de ellos sino torres y murallas medio caídas, cubiertas de yedra y musgo. Podría el viajero contemplar restos más grandiosos en la vecina llanura del Vallés donde junto al monasterio de San Cugat se levanta el castillo



CASTILLO DE VILASSAR

triangular de Serdañola, y al pié del torrente de Valparaíso campea el de Tarrassa frente las tres iglesias bizantinas de San Pedro; *(a)* mas si aciertan á ser para él de mayor interés que los recuerdos de épocas remotas las escenas de la naturaleza, renovadas incesantemente por el espíritu eterno de la vida, deje la llanura y siga esos montes que sirven como de muralla al

(a) Sobre estas tres iglesias véase más adelante la correspondiente *Adición*.

mar hasta donde el Collsecreu parece arrojar sus miradas sobre los hombros de Montseny. Descienda luégo al llano, cruce Vallgorguina sentada á las orillas de un arroyo que corre bajo la sombra de unos álamos, recorra los pueblos de San Esteban y Palau, bañados por las aguas del Tordera, y aguarde en Gualba la mañana del siguiente día.

* Allí el susurro de los árboles y la voz de las cascadas le convidarán á un sueño dulce y tranquilo, que en vano pretenderán agitar las tradiciones fantásticas que tal vez acabe de recoger de los labios de un anciano.

Montseny

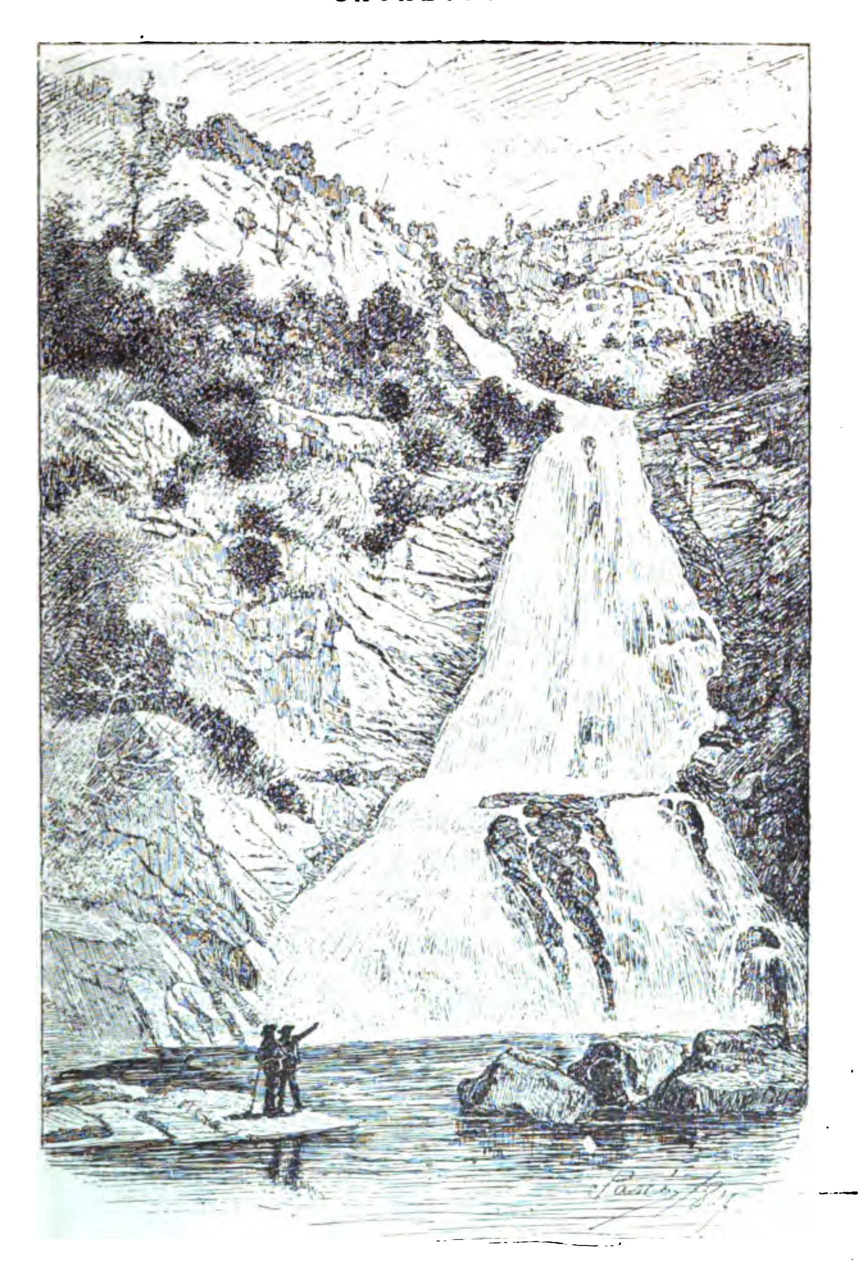
* Al pié de aquel pueblo empiezan las faldas pintorescas de Montseny, entre cuyos árboles seculares baja con estruendo el misterioso río Gualba. Reina en ellas la soledad, y sólo turba su silencio la voz de las aguas que ora descienden con majestad desde una cumbre á un valle, ora saltan de repecho en repecho entre márgenes floridas, ora van á perderse en el Gorch Negre (1), en cuyas orillas tristes y silenciosas es fama que celebran el sábado las brujas, en cuyo abismo sin fondo habitan los magos y los hechiceros, de cuyos bordes se exhalan, al decir de algunos, los gritos agudos y plañideros de cien víctimas.

* Si al visitar ese Gorch, ha distinguido el viajero una cruz de hierro en alguna de las colinas inmediatas, y desea saber la significación de ese símbolo en medio de tan tristes soledades, no espere oir la voz de la tradición, sino la de la historia.—Formábanse á menudo en torno del Gorch nieblas que iban creciendo lentamente y doblaban en alas del viento las alturas. Negras como la noche, descendían pausadamente de las altas cumbres,

(1) Sumidero.

y azotaban la llanura de Gualba con el rayo y el granizo. Al estallar la tempestad, los bosques se estremecían, doblaba el huracán los árboles, el fuego de Dios removía hondamente la tierra, las flores ajadas y marchitas, cubrían el suelo con las hojas desprendidas de sus tallos. El perro aullaba tristemente en la cabaña, el jabalí salía como á pesar suyo de su guarida, y cruzaba despavorido el llano saltando los torrentes.—El labrador no cesaba de llorar sobre sus campos desolados: á su alrededor veía languidecer á su esposa y morir de hambre á sus hijos. Invocaba á Dios, y Dios se mostraba sordo á su plegaria; imploraba la caridad de sus semejantes, y la caridad parecía morir al sonido de sus palabras. Mas él tenía aún fe, y no sabía ver en Dios la causa de sus quebrantos. Observó que asomaba siempre en la misma cumbre la nube aterradora; recordó el Gorch, antiguo palacio de hechiceros; y vió en ellos el origen de su desventura. Desde entonces díjose que horas antes de empezar la tormenta se conmovían las márgenes del sumidero al ruido infernal de los espíritus; aseguróse que las nieblas no eran sino el velo con que se encubría el genio enemigo de la comarca, y hasta los hubo que creyeron haber oído en el aire después de la tempestad una estrepitosa carcajada de triunfo.—El cura de Gualba, deseoso de poner remedio á tantos males, convocó á los cristianos de su diócesis. Al són lento y melancólico de una campana salió de su iglesia seguido de una multitud numerosa; y rezando salmos, que repetía fervorosamente el pueblo, se trasladó al Gorch, donde conjuró las aguas y exorcizó los montes y mandó fijar en las cumbres la cruz en que debían estrellarse las nubes con que se envolviese en adelante el rey de aquel abismo.—Después de tan piadosa ceremonia, es fama, que raras veces han vuelto las nieblas á azotar con furia la llanura.

* Cuando después de haber recordado el viajero esta historia, eche una mirada en torno suyo, y aplique atentamente el oído á los débiles murmullos que animan esas riberas, no sólo concebirá la posibilidad del hecho, sí que también reconocerá en



MONTSENY.—Cascada de Gualba

el carácter sombrío de esos lugares el origen de tantas tradiciones como conservan aún los habitantes de las faldas orientales de Montseny. Las vastas masas de sol y sombra que se dividen el espacio, el Gualba que baja con furor entre márgenes desnudas y pierde de improviso en el Gorch su voz y su pureza, el lento susurro de los árboles, el ave que cruza piando el aire, el lobo que aúlla en la profundidad de los bosques, el eco que á lo lejos repite tristemente todos esos acentos agrestes de la naturaleza, la soledad, la inmensidad, todo hablará con fuerza á su fantasía, y cegando los ojos de su razón, poblará el aire que respire de sombras fantásticas, de hijas del agua, de ninfas encantadas que danzarán y se agitarán á sus ojos, ó murmurarán y suspirarán á sus oídos. ¡Oh! la naturaleza, toda misterio y poesía, es una fuente inagotable de goces para la imaginación del hombre.

* En el seno de esos montes hasta las obras más insignificantes del arte hieren vivamente la fantasía. La aldea de Corbera, sentada no lejos del Gorch, al pié de rocas desiguales entre las que se precipitan espumosas las aguas del mismo río, rústica, humilde, aislada, es para el hombre de la ciudad un reflejo de la calma y de la inocencia que en el fondo de nuestras sociedades suelen desaparecer al impulso de las pasiones. La pequeña ermita de Santa Fe, construída en un valle inmediato, es uno de los templos donde más depurado se siente el espíritu y más tranquilo el corazón para dirigir súplicas al cielo. Á su alrededor se desarrolla la naturaleza en grandes proporciones y revela toda la grandeza del Creador. Trepan del llano al monte hayas gigantescas, cuyas raíces cubren el suelo, cuyos troncos raras veces puede abrazar el hombre, bajo cuyas copas desaparecen las vertientes de tres cerros elevadísimos (*a*). Sobre esos

(*a*) La exuberante vegetación del Montseny sufrió hace años terribles destrozos con motivo de las grandes cortas de árboles que en sus bosques se hicieron, quedando, no obstante, restos de aquella en algunos de sus más ocultos valles, donde se encuentran hayas de dimensiones colosales. En la actualidad han vuelto á



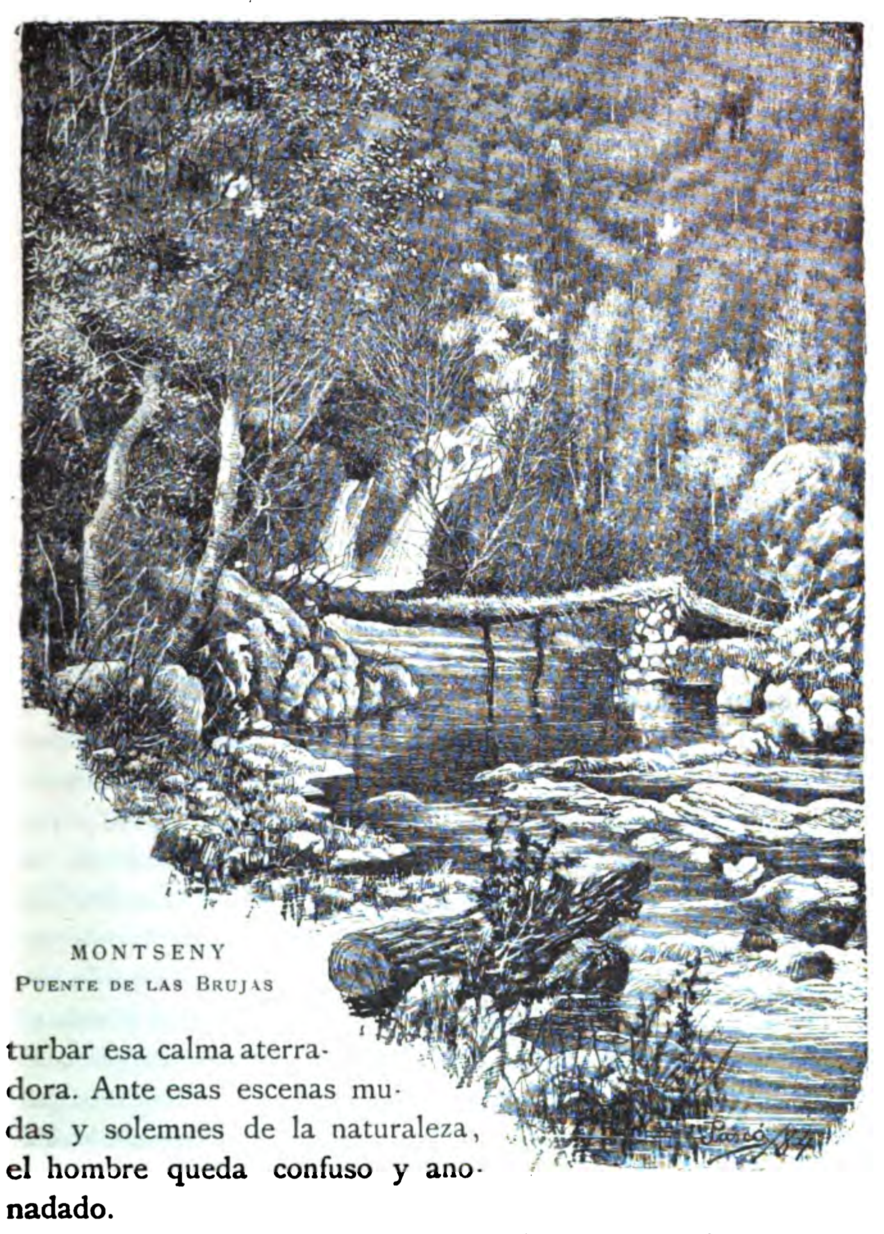
MONTSENY.—Gorch negre

árboles, como si quisiera Dios hacer descollar la imagen de la muerte en medio de la mayor lozanía de la vida, destácanse cumbres casi yermas é inaccesibles, entre cuyos peñascos sólo brota el amarillento liquen, el sensible ajonje, la genciana y algunas yerbas olorosas. Inmensos grupos de nieblas bajan tal vez del monte, y pasan como el torbellino ya sobre las coronas de las hayas, ya debajo de sus ramajes. Bajo ese triste y vaporoso velo de la naturaleza, la tierra yace en un silencio espantoso, interrumpido sólo á trechos por los gritos siniestros de las fieras y de las aves de rapiña. No: después de haber contemplado tan grandioso espectáculo no es posible poner el pié en la ermita, sin que, conocedor de su propia pequeñez, doble el hombre la rodilla, y suba en brazos de una fe santa al trono del Altísimo.

* Mayores sensaciones experimenta aún el que asciende á la plataforma superior de una de esas alturas. De una mirada abarca el espacio que media entre el Pirineo y el mar, y ve brotar del seno del Mediterráneo la isla de Mallorca. Á sus ojos los montes son oteros, los pueblos aldeas, las ciudades pueblos: Barcelona, Gerona y Vich, los vértices de tres ángulos inmensos. Bajo sus piés se extiende una provincia; y sin embargo no es la grandiosidad del cuadro lo que más le impone. Mira el Pirineo en cuyas cumbres parece estar prendido el velo azul del firmamento; recorre la llanura; fija su vista en el mar, cuyas olas ha visto en otros días agitarse, crecer y amenazar las nubes; mira y escucha..... todo está inmóvil, todo está sumergido en el silencio. La voz de tantos pueblos como cubren la tierra, el grito de tantos seres animados como pueblan los bosques, el estruendo de tantos elementos como están en lucha, nada alcanza á

---

retoñar casi todos los antiguos bosques, y es de esperar que el mejor conocimiento de la utilidad que presta el arbolado, motivará el que no se repitan en lo sucesivo las talas, en beneficio á un tiempo de la agricultura y de las bellezas naturales de la comarca.


MONTSENY
PUENTE DE LAS BRUJAS

turbar esa calma aterradora. Ante esas escenas mudas y solemnes de la naturaleza, el hombre queda confuso y anonadado.

* Encamine el viajero sus pasos al Norte, y salude la antigua capilla de San Marcial. Á corta distancia nacen entre peñas aguas puras y frías que raras veces dejan de romper el

cristal en que se las recoge: esas peñas son la cuna del Tordera; esas aguas son las que arrastrando tras sí riachuelos y torrentes corren luégo muy crecidas entre las floridas riberas de Palau y San Esteban y las frondosas alamedas de Hostalrich. Deslízanse aquí apaciblemente divididas en claros arroyuelos; helas allí en la llanura descuajando los árboles é invadiendo los pueblos de sus orillas. Las fuerzas reunidas son siempre temibles.

* Al pié de San Marcial (1) levántase, por fin, el escarpadísimo Matagalls, coronado por una enorme cruz de madera, envuelta casi sin cesar en la neblina. En sus vertientes espantosas, donde ruge el aire entre las ramas del haya y del abeto, cree uno ver al hombre de la naturaleza, á ese hijo del monte que no ha visto más techo que el de su choza y el del cielo, ni conoce más rey que á Dios, ni más guerras que las borrascas y las tempestades, ni más abrigo que los despojos de sus reses, ni más libros que el de una vegetación colosal donde en todas partes está escrito con grandes caracteres el nombre del Creador. Acércate á él, oh viajero, sin temer lo salvaje de su mirada: en los labios de ese hombre adusto, que encontrarás apacentando tranquilamente su rebaño, está la voz de la tradición más popular que anima esas alturas. Le oirás con asombro hablando de Segismundo, el penúltimo rey de Borgoña; de los hijos de Clodoveo, el primer rey de Francia; de Gondebaldo, de Gundemaro, de Clotilde, la vengadora implacable de la muerte de sus hermanos y sus padres. En medio de su entusiasmo te enseñará seguido de sus ovejas, la cueva donde habitó el desgraciado mártir, la fuente de cuyas aguas bebía, el lugar donde reconoció á su padre, el santuario que después de su muerte fué levantado en honor y gloria suya, las ruinas del que fué en otros

(1) Se cree que junto á esta capilla hubo un monasterio de Benedictinos ya á fines del siglo v. (a)

(a) Es esta capilla de estructura románica muy cambiada por sucesivas modificaciones. Junto á ella, y entre unas piedras, se distingue aún un notable capitel que perteneceria á la puerta de la primitiva fábrica.

tiempos hospicio de peregrinos. Si puede tener interés para ti una tradición tan enlazada con la historia de la Francia del siglo VI, bien puedo esperar de ti, oh alma entusiasta, que como no dejarás de oirla con gusto de boca de los pastores, no llevarás tampoco á mal que aquí se te repita en lenguaje más culto y con mejor estilo.

* Segismundo era tan humilde de corazón como noble de nacimiento: era hijo de Gondebando, rey de Borgoña; y lejos de codiciar la corona y la espada de su padre, se estremecía al pensar que aquella había de oprimir sus sienes y ésta había de colgar de su cintura. Deseando evitar tan funesto acontecimiento, resolvió un día abandonar el palacio de sus mayores. «En esa corona y en esa espada, dijo, veo la sangre de mis tíos: perseguidos por esa espada han muerto Gundemaro en una gruta y Chilperico en el fondo de un pozo junto con su mujer y sus dos hijos. La sangre aún humea y pide venganza al cielo. Clotilde la hija de Chilperico, vive; Clodoveo es su esposo; y la sombra sangrienta de su padre arranca aún de su corazón palabras que hacen estremecer los bosques donde vive. Dios es justo: los reyes están sobre los pueblos y Dios sobre los reyes. ¡Oh padre mío! has manchado con un doble fratricidio tu alma y el alma de tu hijo: ¿nada te dice aún el corazón? Yo creo oir la voz del Señor que me dice: huye de un trono levantado sobre cadáveres, porque será devorado por la tierra; deja una espada empañada por la sangre de tus parientes, porque se volverá contra su dueño; arroja lejos de ti una corona usurpada, porque abrasará la sien del que la ciña. ¡Oh padre mío! ¡Á Dios! Un rey superior á ti me manda que vaya á ocultar en la soledad de los montes al hijo del fratricida. Allá depuraré mi espíritu, oraré por mí y por ti, viviré en el dolor hasta que Dios mande á las peñas que recojan mi cadáver, el cadáver del último vástago de una familia que carcome el crimen. Pues quiere el cielo que el sacrificio del hijo salve al padre, sea: tuya es, Señor, mi vida».

* La capa al hombro, el báculo de viaje en la mano, pasa en

silencio Segismundo el umbral del palacio de sus mayores; y al arrojar sobre él su postrer mirada, cree ver las almas de Chilperico y Gondemaro flotando en el espacio bajo las alas de la gigantesca sombra de Clotilde. Despavorido, ciego, huye de la morada del crimen, y cruza de mendigo la Francia. Las nieves del Pirineo no bastan á detener sus pasos: al doblar las cumbres, ábrense á sus ojos despeñaderos profundos; tiembla bajo sus piés el suelo; y á cada paso que da rueda con estrépito el témpano y conmueve el eco de los abismos. El oso sale de su caverna y se adelanta hacia él salvando á saltos los torrentes; al verle aúlla el lobo y las demás fieras le amenazan. Mas él, firme el pié, la mano en el báculo, el pensamiento en Dios, baja á paso lento por la vertiente: cansado de luchar con la naturaleza, descansa; vencido por el sueño, duerme en paz sobre su capa y su sombrero. Atraviesa la Cerdaña y el Ampurdán: no ve santuario donde no suelte al aire su larga cabellera, ni capilla donde no ore, ni basílica donde no doble la rodilla y cubra con su barba el pavimento.

* En su incesante peregrinación llega á los montes de Montseny: se sumerge en sus profundos valles y quebradas, y al llegar á la cumbre de Matagalls, fijos los ojos en el cielo, la rodilla en la tierra, levanta voz y ora por él y por su padre. «Desde estas montañas, dice, la plegaria del pecador va al cielo: las bóvedas de un palacio manchado de sangre la detienen: el aire puro de esos montes la conduce en sus alas sacrosantas. ¡Oh aire que respiro! lleva benigno á Dios la súplica de un hijo desgraciado. ¡Sean estas alturas el trono de mi alma, sus cuevas mi morada, sus peñascos mi mesa, sus árboles mi sombra, sus yerbas mi alimento, sus profundidades mi sepulcro! ¡sean esas alturas el Calvario donde pueda alcanzar por mi muerte la redención de toda mi familia!»—Tras estas palabras oyóse en el cielo una armonía encantadora, y del fondo de Montseny salieron voces que saludaron á coro á Segismundo.

* La mañana que siguió á la noche en que partió el princi-

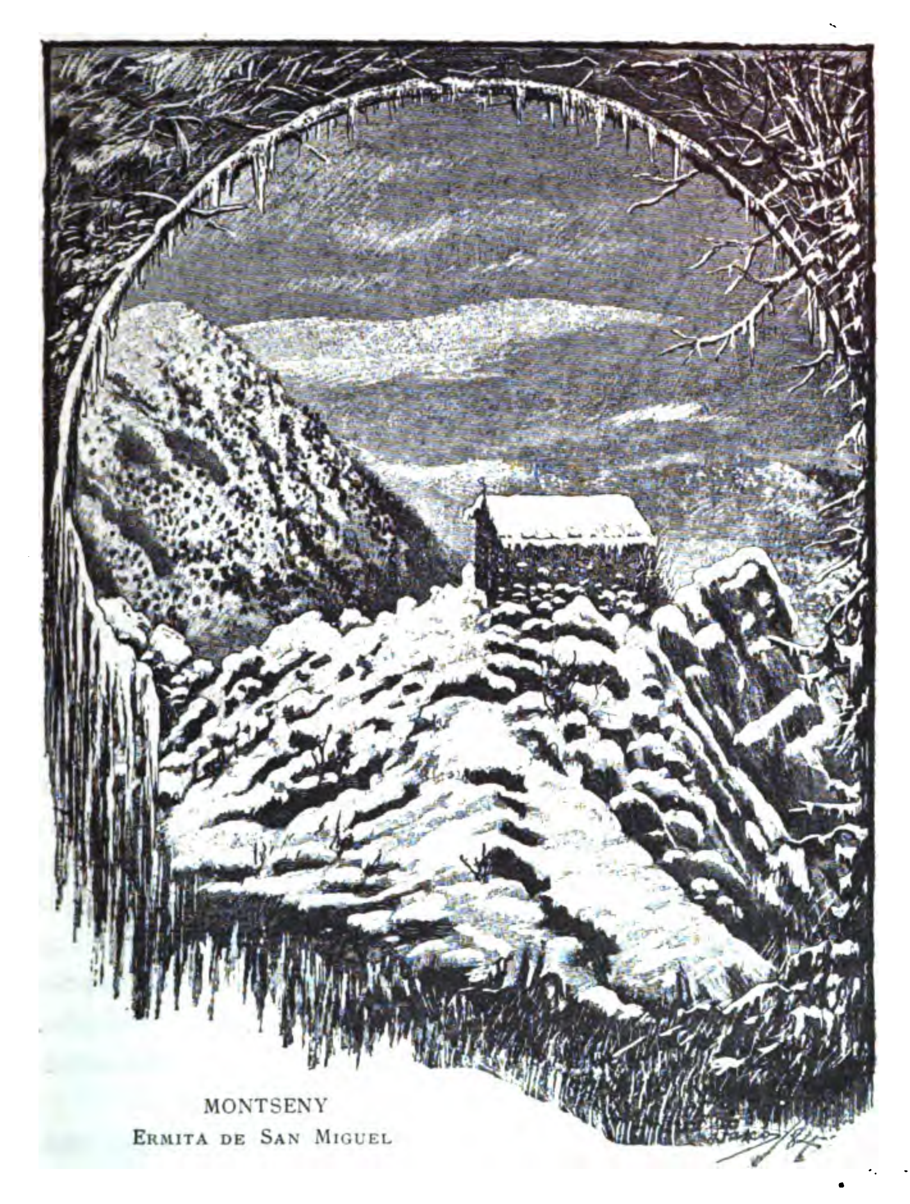
pe, Gondebando aguardaba con impaciencia oir la voz de salud de su hijo. Llega el sol á la mitad del cielo, y no ha visto aún á Segismundo. Pregunta en vano por él: todos los oídos están sordos á su voz, todos los labios están mudos. «¡Dios mío! ¡Dios mío!» exclama: y tirando con violencia de su espada, «véngame, dice, véngame, mi buena espada; no has de volver al cinto hasta que vea saltar á chorros por tu empuñadura la sangre de Clotilde y Clodoveo».—«Cierra tus labios, impío, dice un anciano desde el umbral: he aquí las palabras de tu hijo que anda errante por la tierra: «La voz del remordimiento me ha arrancado de tu palacio: deja la corona de Borgoña; llevas en ella el recuerdo de tu crimen. Cambia como yo el trono por la soledad del desierto; sólo la oración puede lavar las manchas de tu espíritu. En tanto que luchas con tus pasiones para hacer este sacrificio, deja que ruegue por ti tu desventurado hijo Segismundo.»—«¡Oh! replicó el rey: he aquí lo que han hecho de mi hijo las mentirosas palabras de Clotilde. Vosotros, todos los que contempláis mudos é impasibles mi desgracia; id y removed las entrañas de la tierra y arrancad de ellas á mi hijo. Temed mi cólera si ninguno de vosotros logra traerle á los ojos de su padre».

* Pasan días y meses y años: Gondebando sigue lamentando en vano la pérdida de Segismundo: Segismundo sigue rogando en vano á Dios para que toque el corazón de Gondebando. Los servidores de Gondebando recorren la tierra de septentrión á mediodía y de oriente á occidente: sondan los abismos de los montes, entran en los bosques más sombríos, penetran con peligro de su vida en las cuevas y en las grutas más horribles. Arrostran el calor, el frío, la fatiga, el hambre, la sed, la muerte: luchan con bandidos, con fieras, con las borrascas y las tempestades. En tan interminable viaje muere uno en las arenas del desierto; busca otro patria donde no le alcance la cólera del príncipe, sucumbe aquél peleando, encuentra éste su tumba en un precipicio; y ninguno puede restituir al hijo á los brazos de su padre. Gondebando, en tanto, fijo en la idea

de hacer exclusivamente suya la Borgoña, invade el territorio del último de sus hermanos, cómplice en su fratricidio; le vence y le pasa sin piedad por el filo de su espada. Lleno de orgullo, no retrocede ni ante las armas de Clodoveo y Teodorico: la embriaguez de la venganza le arroja como una furia entre las armas de los visogodos y los francos; y corona aún el triunfo sus banderas. «¡Oh! exclama él al volver del campo de batalla, he aquí mi trono: ¿dónde está mi hijo?»

* Un águila agita entonces sus alas sobre su cabeza, y vuela hacia el mediodía. Cree ver en este suceso un rayo de esperanza: deja la Borgoña, y parte cubierto aún con el polvo del combate. Hoy tramonta un cerro, mañana otro: de noche, de día camina sin cesar en busca de Segismundo. Alcanza apenas una cumbre, y ve ya al águila sentada en otra cumbre más lejana. Amanece en aquella y anochecerá quizás en esta. No desmaya, sin embargo; la incontrastable fuerza de su voluntad sostiene en pié su cuerpo; y antes que dar atrás un paso perderá la vida. Llega, por fin, á Montseny: el águila encumbra su vuelo y desaparece entre las nubes.—Recorre con afán el monte, y allá en el fondo de una quebrada ve abiertas las puertas del templo de San Marcial.

* Era la hora en que la noche va recogiendo su manto de tinieblas; y las estrellas, arrojando sus últimos resplandores, parece que están en lucha con la luz del alba: las aves empiezan á desatar sus lenguas, á murmurar las aguas, heladas durante la noche. Gondebando penetra en el templo, y ve pasar á sus ojos las sombras de los monjes de San Benito que van arrodillándose ordenadamente entre las sillas del coro, levantado en alto. Siente tras sí pisadas lentas y débiles; y al volver los ojos, da con los ermitaños del monte, que van entrando en la casa del Señor, oculto entre capuchos el rostro, absorta el alma en la meditación y en la plegaria. Fija con avidez en cada uno de ellos sus miradas; y en todos cree ver las facciones de su hijo. Dentro de poco todo es silencio y recogimiento en el santuario:



MONTSENY
Ermita de San Miguel

todas las rodillas tocan el suelo, todas las frentes miran contra la tierra que oprime aún Gondebando con sus plantas. El rezo unánime de monjes y ermitaños empieza á resonar bajo las bóvedas; y ese rezo, bajo y misterioso en un principio, acaba por

un cántico entusiasta, apenas el primer rayo del sol dora la cumbre de Matagalls.

* Ante esa escena sublime, al oir ese himno de la mañana, acompañado en el exterior por el armonioso concierto de la naturaleza, el alma del rey sucumbe, su cuerpo desfallece y cae. Al crugir de su armadura contra el suelo, todos los ermitaños vuelven hacia él los ojos; sólo Segismundo queda inmóvil en la sombra: tal es el fervor con que ora por su padre.

* Vuelto en sí Gondebando, prorrumpe en ayes lastimeros; y dirigiéndose á Dios, «por fin te reconozco, exclama, estoy vencido; dame ahora á mi hijo.» Sale del templo, se dirige hacia el norte, vence la cumbre de Matagalls, oye el sonido de una fuente, y corre á refrescar en ella sus cansados miembros. Se sienta, apoya el codo en una de las peñas que la circuyen, dobla su cabeza sobre la mano, y se duerme al murmullo de las aguas.

* Segismundo va á la fuente como de costumbre, y al verle se estremece. Mira en silencio su rostro, su armadura, su espada; se le acerca y le despierta al ruido de sus pasos. «Buen caballero, le dice, tu sueño es agitado: ¿sufres también? ¡Ah! ¿quién no sufre en la tierra? ¿Sientes frío? he aquí mi capa. ¿Tienes hambre? ahí está mi pan. ¿Deseas la paz de tu alma? vé allí mi cueva. Dios es nuestro padre común: somos hermanos.» Gondebando traga con ansiedad el pan negro é infeliz que le ofrece el desconocido: luégo fijos en él sus ojos le pregunta: ¿quién eres tú que así me tratas?—Tu hermano, contesta Segismundo.—No busco á un hermano, busco á un hijo, replica fuera de sí Gondebando.—¿Un hijo?—Sí, el hijo del rey de Borgoña.—¡Padre mío!—¡Hijo de mi alma!

* Se abrazan, se confunden en un solo cuerpo; las lágrimas bañan el rostro de entrambos. Poco después Gondebando dice con solemnidad á su hijo: «doblemos la rodilla, Segismundo, y adoremos juntos al Señor. Tu Dios es mi Dios, y á él debemos ese beneficio.» El ermitaño obedece, y luégo continúa el padre: Segismundo, tus manos estan puras: vé y levanta en tus sienes

la corona de Borgoña: Gondebando es indigno de ceñirla.— Jamás, jamás, responde el hijo, mi corona está en el cielo.—Segismundo, vé á tu reino; sube al trono de tus mayores.—Tus crímenes han roto la cadena de la sucesión: aquel trono no es ya tuyo ni mío.—Segismundo, hay en Borgoña un pueblo que sufre.—Extienda Dios sobre él su mano.—Sufre por la tiranía de tu padre.—No aumente la vista del hijo su tortura.—Los borgoñones te aman, miran en ti el término de sus males, un ángel de paz enviado por el cielo. —¡Ah!—Sí, Segismundo, porque tú eres el destinado por Dios para reparar las faltas de tu padre. No aguardes á que las venguen mis enemigos: nuestros pueblos participarían de esta venganza.—¡Señor! ¡Señor!— Vé, vé á tu pueblo, sé para él un padre como he sido yo un verdugo: haz que reparadas por tu mano mis injusticias, se abran de nuevo para mí las puertas del cielo. Vé, vé, Segismundo, y haz de la Borgoña el trono de nuestro Dios, del Dios de los cristianos. Arroja á los druidas de la profundidad de los bosques; derriba con tu mano santa sus últimos altares. Haz cortar en forma de cruces sus piedras colosales, ó levantar con ellas templos al Señor del cielo. Oye la voz de Dios, Segismundo; vé á conquistar para él tu pueblo. ¿Quiéres que continúe aún derramando la sangre humana sobre los *dolmens* de la llanura?— No, no, padre mío, ¡cúmplase la voluntad del cielo!

* Segismundo partió, al fin, para Borgoña; y, es fama, que al abandonar su cueva se entrechocaron las rocas, se entenebreció el firmamento, desencadenáronse los huracanes, inclináronse hasta besar el suelo las ramas de las hayas, y la naturaleza entera tembló. ¡Desgraciado Segismundo! Entró en su patria entre víctores y cánticos de triunfo, obtuvo del cielo una esposa tierna y unos hijos bellos como el alba; mas ¡ay! todos estos goces pasajeros no sirvieron sino para hacer más terrible la venganza que contra los crímenes de su padre le tenía reservada Dios por medio de los hijos de Clotilde. Clotilde salió un día de su albergue solitario, pasó á París y dijo á sus tres hijos:

«haced que no deba arrepentirme de la ternura con que os he criado; la injuria que recibí hace treinta años, debe excitar vuestra cólera; vengad la muerte de mi padre y de mi madre.» Los tres hijos juraron á una voz satisfacer sus deseos: partieron para Borgoña, vencieron en una batalla á Segismundo, y arrancándole del convento de San Mauricio de Valais, donde estaba implorando la clemencia del Señor, le precipitaron á un pozo con su esposa y sus dos hijos.

* Después de esa terrible escena resonó en los aires la voz de un espíritu de Dios que dijo: «El crimen está vengado: un justo ha sido dado en holocausto: su alma está en el cielo. Pueblos, adorad al mártir (1).»

* Vistos los lugares en que acaecieron los principales hechos de esta tradición, descienda el viajero por las faldas septentrionales de Montseny, y dirija sus pasos á Gerona. En esta ciudad, donde tantas veces bañaron en sangre sus espadas los godos, los árabes, los normandos y los franceses, están vinculados recuerdos de otro rey de Francia, á quien la historia llama

(1) Los hechos que llevamos referidos de San Segismundo deben ser considerados como de pura tradición: las diversas historias de Francia que hemos consultado, no hablan más que de su reinado en Borgoña y de su muerte á manos de Klodomiro, hijo de Clotilde. El conde de Segur, lejos de confirmar la santidad de nuestro héroe, le pinta orgulloso, déspota, colérico y aborrecido de sus vasallos, atribuyendo á esta última circunstancia la facilidad con que su enemigo penetró en sus estados y pudo vencerle y matarle; otros autores, empero, ya que no hagan mención especial de sus virtudes, refieren que fué uno de los más decididos patrocinadores del monasterio de San Mauricio de Valais, donde se refugió al verse vencido, y de donde le arrancaron los francos para arrojarle en el pozo inmediato á Orleans, en que acabó su vida; añaden, además, que esa muerte violenta hizo que en Borgoña se le adorase como mártir. Como quiera que sea, la tradición sobre este monarca es de las más populares que hay en Cataluña; y hemos creído deber trasladarla, aceptando hasta sus anacronismos. Sabemos bien que es imposible que en aquella época hubiese en San Marcial monjes que profesasen la regla de San Benito, como vulgarmente se cree; lo más que podía entonces haber eran anacoretas sujetos á una manera de vivir más ó menos estrecha, y dependientes de un abad ó superior que les sirviera de preceptor y guía; siguiendo empero la creencia vulgar, hemos hecho ver á Gondebando en San Marcial sombras de monjes que iban entrando en el coro. Creemos que corregir una tradición es adulterarla.

grande, la poesía *gigante*, y algunos pueblos *santo* (1). Aseguran algunos cronistas que Carlomagno vino á rescatarla de poder de moros, que sentó sus reales en la altura inmediata de Rams, que la puso estrecho cerco, que una gran cruz de fuego que vió al anochecer sobre el palacio del rey de los infieles le animó al asalto, que tres días después escaló los muros de la ciudad sin que apenas manchase la sangre sus banderas. La tradición, confirmando lo que la crónica refiere, añade que la catedral fué fundada por el mismo monarca, y da el nombre de *Torre de Carlomagno* á la que pudo sobrevivir á las ruinas de la iglesia bizantina (2). Los antiguos breviarios del obispado señalan aún el día en que se alcanzó aquella gran victoria. El pueblo, la iglesia, la crónica, todo admite, por fin, estos hechos bellos y poéticos; sólo la severidad histórica parece rechazarlos (3).

(1) En el brazo del cadáver de este monarca, que se conserva aún en Aquisgrán, se lee en caracteres del siglo XII: *brachium sancti Caroli Magni:* en Gerona se le adora como tal desde siglos muy remotos *(a)*.

(2) Esta torre, compuesta de seis pisos divididos por cenefas de arcos semicirculares, está en el lado meridional del claustro de la catedral que describimos más adelante.

(3) La venida de Carlomagno á Cataluña es una de las tradiciones más populares del Ampurdán: el labrador más adusto refiere sus hazañas y las de Roldán su primo; así el más anciano como el más joven las cantan al bailar el antiguo *contrapás*, danza animadísima y altamente religiosa, propia y exclusiva de los habitantes de esta comarca. Consérvase aún más viva la tradición en el seno de los montes Pirineos y Ante-Pirineos, donde exaltada la imaginación por la historia de los Doce Pares, aún allí leída y estimada en mucho, cuentan, tanto de Roldán como de Carlomagno, hechos extraordinarios y asombrosos. No está, sin embargo, en apoyo de la voz popular la historia: ni los cronistas coetáneos, ni documento alguno original y auténtico confirman que Carlomagno haya pasado los Pirineos orientales. Pujades, deseoso de probarlo para mayor honra y gloria de su patria, aduce los textos de muchos autores y los de muchas escrituras bastante interesantes; pero ni éstas son más que trasuntos de otras que se asegura ser originales, ni aquellos merecen más fe que las que merecería uno solo de ellos, habiendo copiado unos de otros la mayor parte de las noticias que refieren. Hay más: la misma tradición del Ampurdán está en manifiesta contradicción con otra no menos sabida y algo más acreditada, la de la batalla de Roncesvalles: al paso que ésta supone muerto á Roldán bajo las peñas del Altabizar, aquella le supone vivo después de aquella jornada memorable.

(a) Véase lo que se dice más adelante sobre este particular.

* Carlomagno fué emperador: mil años después hubo otro emperador en Francia, Napoleón Bonaparte. Aquél fué á Gerona para rescatarla; éste para avasallarla: aquél apenas vertió sangre; éste la derramó á torrentes. Durante el largo sitio en que la tuvo, la tierra devoró á centenares los cadáveres, las murallas de la ciudad fueron teatro de prolongadas luchas, el hambre diezmó á los ciudadanos, y las ruinas de los edificios que alcanzó el hierro de los enemigos, cayeron sobre sus cuerpos insepultos. El aire gimió por espacio de siete meses al paso de la bomba y la granada; y por siete meses el niño en la cuna y el soldado en el suelo fueron arrullados por el bárbaro rumor de cien cañones. Sentaron allí su trono la peste y el incendio; y los tristes sitiados, vivos, parecían espectros; muertos, esqueletos. La espada en la mano, la fe en el corazón, la sangre hirviendo de venganza, corrían éstos, sin embargo, á las murallas al primer són de la corneta; buscaban con afán el peligro; y si sucumbían en él, bendecían la mano que les hacía morir por la patria, y les libraba del yugo que veían ya pendiente sobre su cabeza. El yugo cayó al fin sobre sus cuellos: su caudillo Álvarez fué vencido por la peste, ya que no pudo serlo por el enemigo; Gerona capituló (1).—Dícese que cuando entraron en la ciudad las tropas de Carlomagno, los ciudadanos esparcieron sobre ellas las hojas de las más bellas flores, y abriéndoles sus casas, les sirvieron en hermosas copas el licor más puro; cuando entraron las de Napoleón sobre sus cadáveres y escombros, la ciudad parecía un desierto: estaban cerradas todas las puertas, y al través de ellas sólo llegaban á los oídos de los vencedores los llantos de los huérfanos y los gemidos de los soldados del

(1) Entraron los franceses en Gerona por la puerta de Areny el día 11 de diciembre de 1809, después de estipulada una capitulación muy honrosa entre el mariscal Augereau y don Blas de Fournás, diputado por la ciudad sitiada. Asombráronse los franceses al ver las ruinas y los cadáveres, que no bajaron de 9.000. Durante el sitio 40 baterías habían arrojado sobre Gerona 60,000 balas y 20.000 bombas y granadas.

pueblo, que allá en la sombra de sus hogares no podían reprimir los gritos de su alma libre é independiente.

* ¡Pobre ciudad!... Sucumbió; pero su gloria es inmortal. Los siglos más remotos cantarán su heroísmo; la última de sus piedras hablará á la posteridad de esa lucha gigantesca, en que sola, sin más defensa que unos muros antiguos y el pecho de sus propios hijos, se atrevió á arrostrar y á resistir por tanto tiempo las fuerzas del más grande de los con quistadores.



BREDA. — CLAUSTRO DEL MONASTERIO

La victoria no es la que hace los héroes: la historia ensalza á Gerona á pesar de haber sido casi siempre vencida. Hischem, Alha-

kem y Abd-el-rhamán la pasaron por la espada: Felipe el Atrevido la ganó por hambre; Roger, conde de Pallars, la tomó por asalto: el duque de Noailles la venció después de un sitio de dos años: sólo Aizón en el siglo IX y Luís XIV á fines del XVII, fueron derrotados al pié de sus murallas.

* Si después de haber el viajero recorrido durante el día las frescas alamedas de Hostalrich y Santa Coloma, los tristes pantanos de Sils y Riudarenas (*a*), los tétricos y espantosos encinares de las Mallorquinas, y los valles ya algo más animados de Cassá de la Selva, acierta á llegar á esa ciudad á la hora en que el crepúsculo de la tarde parece engrandecer los objetos, cubriéndolos de sombras; fije por un momento las miradas en ella, recuerde esos hechos más culminantes de su historia, y oiga la voz del corazón y la de la fantasía. En las cumbres de las colinas que rodean la ciudad, creerá tal vez que ve agitarse aún las sombras de tantos y tan diversos ejércitos como sobre ella cayeron: en las torres gigantescas que la dominan verá monumentos eternos de su gloria: en los ríos que la bañan los cantores de sus hazañas y sus triunfos. Penetre entonces en Gerona, y al amanecer del siguiente día recorra su álbum monumental, donde cada época y cada civilización escribió una página (*b*).

(*a*) Estos pantanos han sido desecados.

(*b*) ADICIÓN. — El viajero que hoy se dirija á Gerona puede escoger entre la línea férrea del litoral cuyo trazado sigue la comarca llamada la *Costa*, ó la del interior, que entrando en el Vallés por el *collado de Moncada*, y siguiéndolo por su lado oriental, va á encontrar la cuenca del Tordera para enlazarse con el anterior más allá de Hostalrich, en el punto conocido por el *Empalme*.

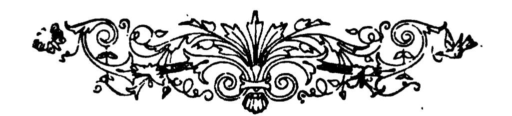
En este trayecto abundan las bellezas naturales, pues que los paisajes se suceden variados y en bellos contrastes. Después de los apacibles campos del Vallés, donde la viña y los cereales alfombran la planicie surcada por rieras y barrancos cuyas líneas dibujan los álamos y los sauces; encuéntranse las ásperas estribaciones del Montseny extendiendo por todos lados sus brazos cubiertos de bosques espesos, que se dan la mano, por medio de las frescas arboledas del Tordera, con la comarca de la Selva.

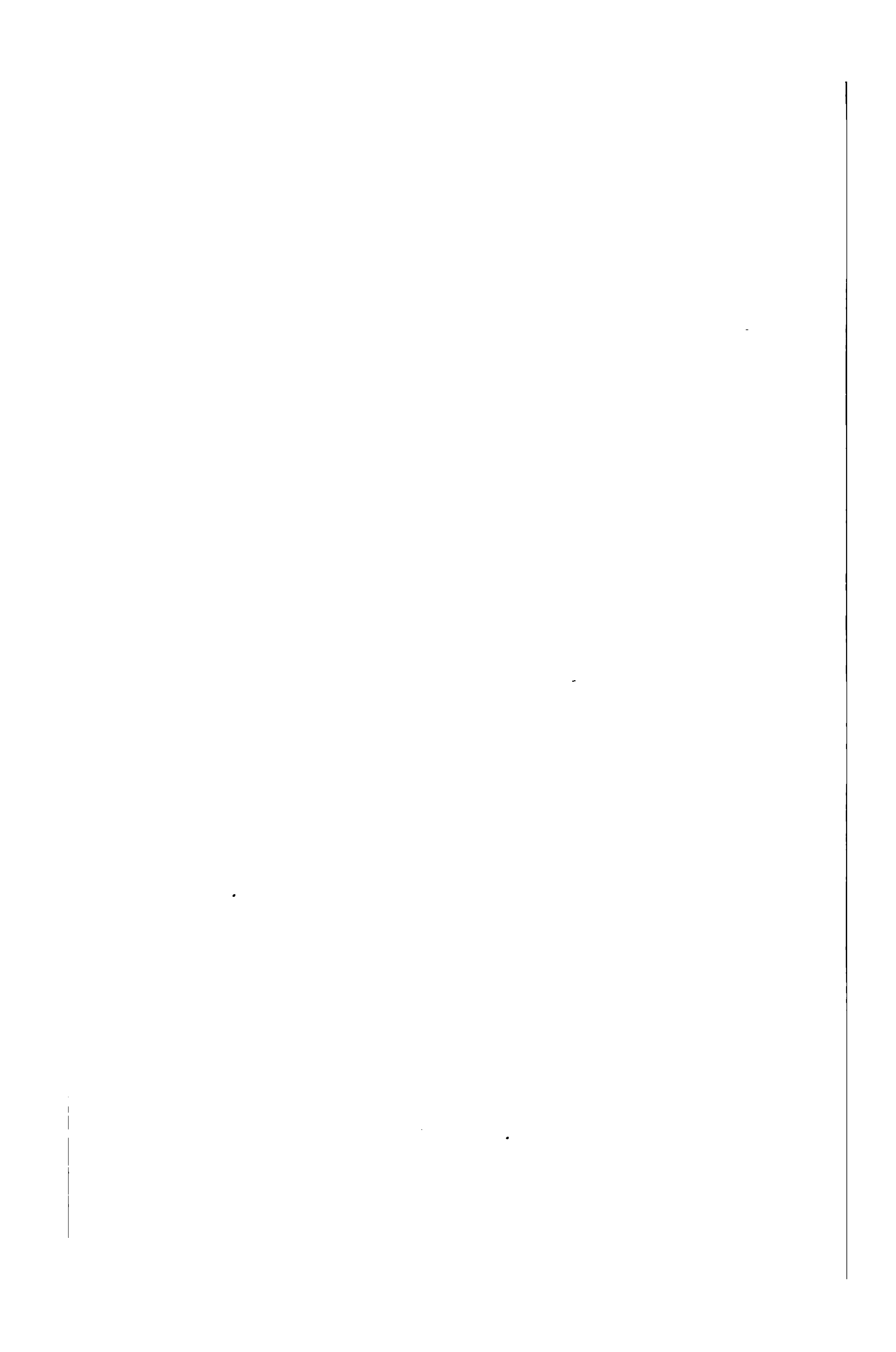
No es menos interesante bajo el aspecto artístico-monumental esta línea. Dejando atrás el elevado Moncada que conserva ya pocos restos de su viejo castillo, mira á su derecha el de Montornés de poético aspecto, y llega á Granollers antigua villa catalana, cuyo nombre suena muchas veces en nuestra historia.

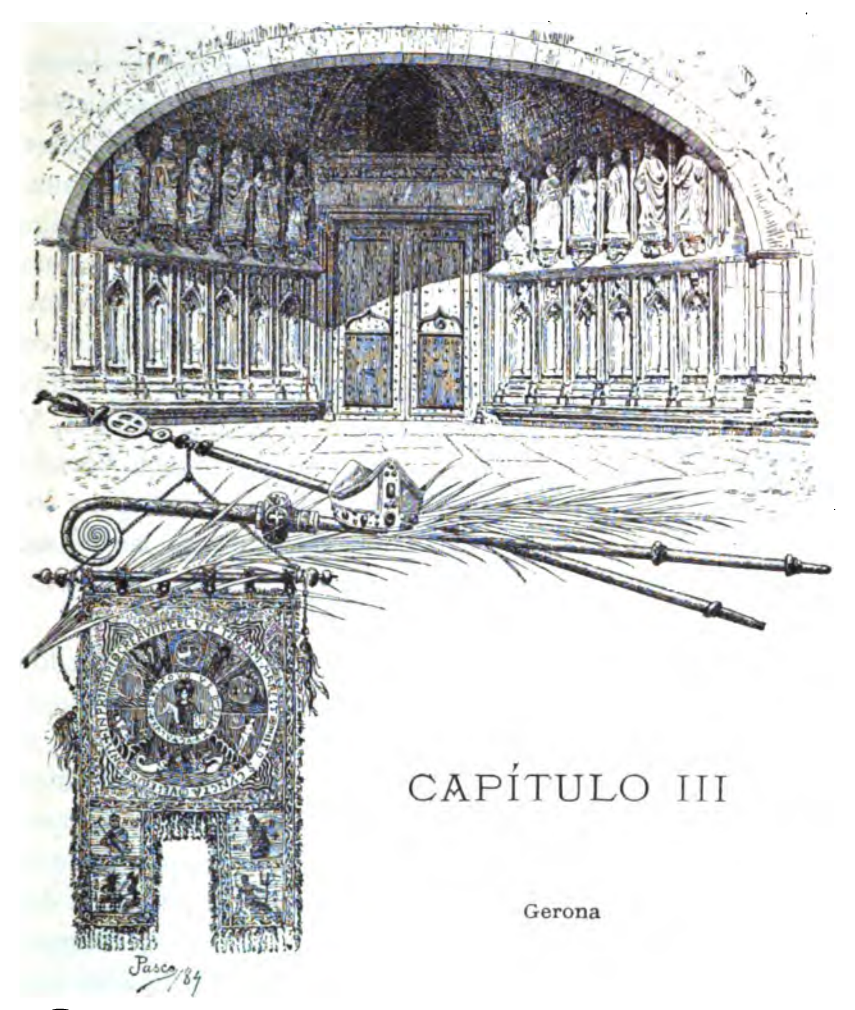
Conserva aún algunos trozos de sus murallas y tiene una iglesia parroquial de estilo ojival y de buenas proporciones. Llinás presenta la cuadrada mole de su casa señorial dominando sobre un altozano: y más arriba BREDA atrae al viajero con las reliquias de su antiguo monasterio de San Salvador, no menos que con el pintoresco CASTILLO DE MONTSORIU (*a*), que corona la cúspide de un monte vecino. Del monasterio, perteneciente á la orden benedictina, queda solamente la iglesia, hoy parroquia, y una ala del claustro. La iglesia presenta el estilo ojival primario, constando de una sola nave de espaciosas proporciones que remata en un elegante ábside. La flanquea una robusta torre-campanario cuadrada, románica, dividida en varios pisos que se acusan al exterior por líneas de ventanas ajimezadas. Del claustro apenas si queda visible el ala del norte, oculta como está y destruída esta dependencia por nuevas edificaciones. Es de orden románico con galería de sencillos arcos semicirculares, sostenidos por esbeltas columnas pareadas. El techo estaba formado por un simple artesonado de madera. Fundada esta casa en 1041 por Geraldo y Ermesinda de Cabrera, cuya tumba se ve en la iglesia, fué consagrada en 1068 por Berenguer, obispo de Gerona. Vino á iniciarse su destrucción en 1835, consumándose en la última guerra civil.

El castillo de Montsoriu (*Mons Sirici* de los primitivos documentos de la Edad media), situado en la cúspide de una aguda montaña, al norte de la villa, ofrece un conjunto imponente por la grandiosidad de sus restos, y en alto grado poético por su artística silueta que se levanta de entre un espeso bosque y se destaca bellamente recortada en el espacio. De él dice el cronista Desclot que era en su tiempo *uno de los más bellos y nobles del mundo*. Antigua propiedad de la poderosa casa de Cabrera, pasó á la dependencia de la Generalidad de Cataluña, siendo uno de los baluartes de la causa del país en las revueltas contra D. Juan II. En 1464 volvió al poder del Rey, quien en 1471 lo vendió á Juan de Sarriera, cuya casa lo traspasó después; perteneciendo hoy á las familias Saleta y Matamala de San Hilario.

(*a*) Véase la cabecera de este capítulo.







CAPÍTULO III

Gerona

Risueño y á la par pintoresco es el aspecto que presenta Gerona al que entra por el cauce mismo del río Oñar. Las tranquilas ondas baten al pié de las casas que mágicamente en ellas se reflejan; rústicos é innumerables balcones de madera asoman sobre el río cargados de tiestos y medio ocultos bajo el follaje de las plantas y las flores; al fondo levanta su aguda cabeza el campanario de San Felío; á la derecha deja ver su moderna frente el de la Catedral; toscos puentes de madera (*a*) facilitan

(*a*) Sustituídos en su mayor parte por otros de hierro en celosía.

el tránsito de una á otra parte de la ciudad, y en primer término cruza la anchura del río majestuosa fábrica de sillería de tres arcos (*a*) y el todo, el conjunto animado y ligerísimo dibújase limpiamente en el cristal de las aguas, y ofrece la ilusión de una ciudad nadando sobre ellas:—creyérase ver uno de los barrios de la hoy desierta Venecia, á reinar en aquella parte de Gerona el triste silencio que en la antigua señora del Adriático ha reemplazado al bullicio de las expediciones, de los mercados y de los festines, y á sulcar las regularmente pacíficas y no muy hondas aguas del Oñar lenta y melancólica alguna góndola solitaria. Y si el cielo se reviste de nubes, si cobija á la ciudad una bóveda densísima y cenicienta; entonces es de ver cómo destácanse sobre el negro fondo del cielo limpias y blanquizcas las casas, mientras así resaltan sobre los pardos y negruzcos tonos de que se tiñe la corriente del río.

Tambien en esta ciudad dejó sembrados preciosos recuerdos el genio de la Edad media, y por todas partes encuéntranse restos de la pujanza de aquellos siglos, en que los reyes de Aragón eran los monarcas más heróicos, y sus vasallos los súbditos más intrépidos y leales. Delicadas ventanas de aquellos tiempos embellecen la mayor parte de sus edificios ostentando todo el capricho, toda la ligereza de que es capaz el arte, y todavía defienden trozos de sus muros las antiguas almenas y torreones. Es completamente una ciudad gótica (*b*), y donde quiera que vuelva los ojos el artista descubre con sorpresa los más bellos conjuntos, aquellos efectos que sólo vió en sus poéticos delirios

(*a*) En sustitución de este puente construyóse modernamente el que lleva el nombre de Puente de Isabel II. Fué proyectado en 1849 por el ingeniero don Constantino Germán. Empezóse la obra en Junio de 1850 bajo la dirección de don Víctor Martí y se concluyó en 1856 bajo la de don José M.ª Faquinetto, verificándose en 29 de Junio la solemne inauguración. Su coste fué de un millón quinientos catorce mil seiscientos cincuenta y nueve reales. Consta de tres arcos apoyados en recios estribos, y es todo él de magnífica sillería.

(*b*) En estos últimos años ha cambiado bastante el aspecto vetusto de la ciudad, principalmente en la parte baja á ambos lados del Oñar; pero la parte alta presenta aún la misma fisonomía de antigüedad que tanto atractivo tiene para el artista y el arqueólogo.

Vista de Gerona

acerca de la Edad media. Bajos y prolongados pórticos orlan sus plazas: reina el silencio en muchas de sus calles tristes, solitarias y estrechas; largas pendientes fatigan al que recorre aquellos fúnebres y pintorescos barrios, y al llegar á su cima, húndese á una parte otra calle más inclinada y larga que la que acaba de trepar y en cuyo fondo dibújanse gigantescas las montañas, si ya por otra no se levanta alta gradería que cansa sus sorprendidos ojos. Y cuando cabe la benéfica lumbre se descansa de tan penoso curso, es dulce recordar lo que se vió durante el día, ordenar en la imaginación tantos puntos de vista, tantos destrozados muros, los solitarios arcos, las negruzcas encrucijadas, las cansadas pendientes, la soledad de unos barrios, el bullicio del mercado, la mansedumbre del río, los puentes y las almenas; es dulce abismarse en la meditación y, después que confusa y fantásticamente ha pasado delante del espíritu aquel inmenso cuadro, más bello, con más grandiosas proporciones que el natural, place animar los mudos monumentos, evocar de sus tumbas las pasadas generaciones, hacerlas cruzar por un momento el teatro de sus antiguas glorias, y hojear las rojizas páginas de polvorosa crónica, mientras bate la lluvia las paredes y pasan rápidos los vientos como una legión de espíritus, lanzando lastimosos gemidos y tocando con la punta de sus alas los húmedos cristales de las ventanas que estremécense y retiemblan á su toque.

Debió Gerona su fundación á los Celtas Bracatos, ya viniesen del otro lado de los Pirineos á España, ya pasasen desde la parte occidental de esta á la oriental, efectuándose esta venida novecientos y treinta años antes de Jesucristo, notable antigüedad, que basta por sí á ilustrar cualquiera población, aunque no confirmen su celebridad sucesos posteriores *(a)*. Situado desde en-

(a) Acerca de la historia primitiva de Cataluña no se ha dicho aún la última palabra. Véanse las correspondientes notas del tomo primero.

tonces sobre la vía militar, y en posición susceptible de fácil defensa, ¡cuántos vaivenes debió de sufrir en la larga y encarnizada lucha que trabaron entre sí las dos civilizaciones africana y europea, en que Cartago y Roma como dos inmensos colosos pugnaban por arrebatarse mutuamente y para siempre el hacha de la civilización, y agitándola ó en el alcázar de Dido ó en el Capitolio lanzar rayos de su lumbre á las más oscuras y apartadas regiones! Sea como fuere, aliados ora de los altivos romanos, amigos ora de los cartagineses, merecieron los gerundenses alto renombre por su valor é intrepidez. Dejemos, empero, aquellos remotos tiempos, en que las marchas de un grande ejército se presentan sin detalles y envueltas en las nieblas de la barbarie, y pasemos por alto aquellas tremendas guerras, en que Aníbal y Escipión aparecen como dos sombras gigantescas que salvan sin andar las más enormes distancias. Las páginas de Livio y Plinio llenas están de las hazañas de estos pueblos que porfiaban por sacudir el yugo romano, y en tiempo del segundo de aquellos escritores ya era Gerona ciudad latina y como tal exenta de tributos.

Pocos recuerdos dejó en ella el período de los godos, si se exceptúa la expedición de Wamba contra Paulo y algún concilio, y su historia sólo revístese de interés, cuando esparramáronse por el suelo español las falanges mahometanas. En aquel general conflicto, los antiguos ausetanos é indigetes que tan valerosamente resistieron á los cartagineses y romanos, aterrados entonces con el reciente estrago de Tarragona y de cuantas poblaciones se opusieron á los progresos de los invasores, tuvieron que abrirles sus puertas en 717, pero conservando siempre su religión y sus leyes, y no reconociendo otra justicia en sus pleitos y cuestiones que la nacional.

Entonces empezó á ser regida aquella ciudad por gobernadores moros, cuyos hechos y nombres no suenan hasta el año 755. Gobernábala en aquella ocasión Soleimán, que temeroso de las armas de Pepino rey de Francia, que entonces había

conquistado Narbona, envióle una embajada así para conservar la pacífica posesión de sus dominios como para romper la obediencia que debía á Abd-el-Rahmán que acababa de ascender al trono sarraceno. Pero pocas ventajas acarrearon semejantes embajadas á los oprimidos cristianos, que sólo vislumbraron los primeros albores de su independencia al asomar en el horizonte la estrella de Carlomagno. Recelándose otra vez los moros del poder de Abd-el-Rahmán, que ya rigurosamente castigara su pasada rebelión, acogiéronse en 777 al amparo del emperador cristiano, y partió Ibinalarabi á ofrecérsele en nombre de los demás gobernadores sarracenos. Y como también los cristianos acudieron á Sajonia á exponerle su deplorable situación, entró en España con su ejército, y formando dos divisiones, vino una de ellas por el Rosellón y se apoderó de Gerona, quedando con el mando el gobernador moro y enviando como feudatario rehenes á Carlomagno, que entonces se hallaba en Zaragoza. Faltando después los moros á la fe jurada é inquieto Carlomagno por los progresos de las armas de Abd-el-Rahmán, envió á España su hijo Ludovico Pío en 785, que atravesó los Pirineos en otoño y puso sitio á Gerona. Defendióla su gobernador Mahomet con tal bizarría, que desconfiábase ya de su conquista; pero sacando los cristianos de la ciudad valor y esfuerzo de la misma desesperación, y considerando cuán escaso era el número de los moros que la guarnecían, armáronse contra ellos y libertáronla del yugo extranjero poniéndola en poder de Ludovico Pío (*a*).

Rigiéronla por algún tiempo en nombre de los soberanos franceses condes gobernadores, continuando empero los habitantes en el goce de sus privilegios. Fué el primero que desempeñó aquel cargo Rostaing, general en el sitio de Barcelona, y sucediéronle en el mando otros varios, cuyos nombres aún hoy

(*a*) Se ignora quién fué el caudillo franco en este sitio, toma ó entrega de la ciudad (que la historia aún no lo ha dilucidado), pues no debe confundirse con el recobro que hizo Ludovico Pío de Gerona durante la expedición que dirigió personalmente en 796.

día son objeto de vivas discusiones históricas, hasta que el fuerte brazo de Wifredo el Velloso echó á los moros y extendió los límites de sus dominios con la punta de su lanza. Entonces reunió en su persona todos los condados en que los reyes de Francia dividieran aquella parte de España, y sus rojas barras también decoraron el noble escudo de Gerona (*a*). Así recibió este condado su sucesor Wifredo II, que lo transmitió á Suniario, hasta que, después de Borrell II y Mirón, Ramón Borrell lo heredó y lo cedió á su esposa doña Ermesindis. Graves disturbios ocasionó en la familia de Wifredo esta señora, que en sus ambiciosas pretensiones hizo valer los derechos que aquella cesión le daba sobre Gerona; pero en 1056 transigió con su nieto don Ramón Berenguer, y le vendió todos sus títulos á un precio que bien demostraba su sinrazón. De este modo permaneció esta ciudad unida al condado de Barcelona, y con él pasó á ser uno de los más bellos florones de la corona de Aragón. Esta es la época de sus glorias, y desde entonces mayormente ocupaba honorífico lugar en todas las guerras contra la vecina Francia. En 1351 desapareció el nombre de condado que tan honrosamente llevara, y el rey don Pedro el *Ceremonioso* la erigió en ducado peculiar de su primogénito don Juan. Así continuó siendo título de los herederos de la corona, mientras Aragón formó un reino independiente y ocupó distinguido rango entre las potencias europeas (*b*).

En medio de una llanura cubierta con todas las producciones de la vegetación, yace Gerona muellemente recostada en una colina, contemplando su imagen en las aguas de los ríos que la cercan y atraviesan. Parte de la ciudad se extiende en el llano,

(*a*) El origen de las barras de gules del escudo de la casa real catalana debe colocarse en siglos posteriores.

(*b*) Este título fué elevado por D. Fernando I en 1416 al de Principado, ostentándolo todos los primogénitos, y llevándolo unido al de Asturias después de la reunión de las coronas de Aragón y Castilla en una misma dinastía.

dedicado esa leve demostración de gratitud, debida á todo lo que lleva el sello de la beneficencia.

. El río Oñar separa esta parte de Gerona del resto de la ciudad, y cruzan sobre sus aguas un puente de sillería y otros de madera (*a*). Dirigiéndose de sur á norte, reúnese en el extremo septentrional de la población con las corrientes del Güell y del Galligans, lanzándose alegre y murmurando á depositar el tributo de sus ondas en el rápido curso del Ter. Esta confluencia de los ríos da extraordinaria hermosura á la posición de Gerona, pero la población compra este adorno á costa de su seguridad. Cuando copiosas lluvias acrecientan la corriente del Ter, rompe éste las márgenes y se derrama por la campiña que ofrece entonces el aspecto de un lago. Rojas y enfurecidas sus olas niegan el paso al humilde Oñar, que se estanca en su reducido cauce, hasta que llegando á la altura de las puertas de los muros, entra furioso en la ciudad baja, inunda la plaza del Mercado, la Platería y las Ballesterías, y esparce la consternación entre los azorados habitantes. Todavía refieren con horror los ancianos la inundación del 24 de setiembre de 1672. Las aguas de los Pirineos bajaron rodando al Ampurdán y entraron mugiendo en el lecho que hay entre el Mercadal y el resto de la ciudad. Pero oponiéndoles el Ter insuperable barrera, y no bastando el cauce del Oñar para tan crecida masa, rompieron la muralla, llenaron las calles hasta el segundo piso de las habitaciones y dejaron sin vida á considerable número de personas. El año 1829 vió renovada aquella escena de horror, y entre las varias inundaciones que en este siglo han sufrido los habitantes, la citan como una de las más terribles cuya memoria se conserva.

Atraviese entretanto con nosotros el lector el puente de tres arcos, y salude de paso á los venerables torreones y almenas que en la parte opuesta al Mercadal subsisten todavía y embe-

---

(a) Véanse las notas de las pág.ª 63 y 64.

llecen la entrada de la ciudad (*a*). Continúa ésta ocupando la llanura, pero á poco vase elevando el piso, y las casas se encaraman en anfiteatro por la pendiente de una colina. Esa porción de Gerona, desigual, mezquina y sombría, esas desiertas calles que forman la ciudad antigua son el recinto privilegiado de los monumentos y la verdadera Gerona para el artista.

Un estrecho portal flanqueado por una torre facilita la entrada por la parte de mediodía, y su aspecto lúgubre é imponente detiene al que recorre aquellos sitios ansioso por estudiar algunas páginas de la más sublime arquitectura (*b*). Sobre el arco asoma una lápida, hermoso recuerdo de las pasadas proezas de Gerona, que siempre fué el más firme antemural de todo el principado. El rey de Francia Felipe el Atrevido la sitió con todo su poder á 1 de Julio de 1285, batiéndola con cuantos medios ideara hasta entonces el arte de la guerra. Pero el valor de los cercados no decayó con sus continuos ataques, y sólo el hambre más terrible les hizo prestar oídos á las proposiciones de rendirse, como lo verificaron á 5 de setiembre. Poseyéronla los franceses cincuenta días, y también el hambre les precisó á devolverla á sus legítimos poseedores. En memoria de aquel hecho, y para que la posteridad avisada con su ejemplo se precaviese de la carestía en caso de sitio, fijaron los gerundenses aquella inscripción, que en idioma catalán resume así cuanto dejamos mencionado:

Anno: Domini: M̊: C̊C: LX̊XX: V̊: Kalendas: julii: Felip: Rey: de fransa: ab lo poder: seu: edelesgleya: cetia: Gerona: ecombatela: fort: ment: aescut: ealansa: eabgins: eabcaves enolapocaver: per forsa: masperfam: acse: apledeyar: nonas: septembris: daquel: ayn: etengrenla: franceses: l: iororns:

(*a*) Han desaparecido.

(*b*) Fué derribada esta puerta en 1857. «Con esta ocasión, dice GIRBAL en su »*Guia Cicerone de la inmortal Gerona*, se encontraron en el interior de dicho torreón »restos de una torre cuadrilátera compuesta de grandes piedras calizas y rodeada »de otras areniscas, exactas con otras labradas que también se hallaron después »entre la piedra y peñas que rellenaban el paredón que había á la izquierda de la »calle; pudiendo inferirse de todo que en tiempo de los romanos había en dicho lu»gar una puerta decorada con varios labores.»

eperfam: perderenla: ecom: Gerona: siaesprovada: pervertadera: forsa: guartsehom: daquianant: que: nosperda: per: fam: loqual: rey: defransa: abson poder: fogitat: eexivensut: de catalunya: lodia: desenmichel: delsobredit: ayn (a).

Larga, estrecha y pendiente es la calle que se abre tras esta puerta llamada de la Forsa, y sólo el tañido de las campanas de la vecina Catedral turba el silencio que en ella ordinariamente reina, al paso que alienta al viajero en tan fatigosa subida con la esperanza de llegar pronto al pié del magnífico templo. Desemboca por fin á una solitaria plaza, y delante de sus ojos aparece altísima la

Catedral de Santa María

Una imponente escalera conduce á la plataforma sobre la cual se alza la fachada, y tres despejados rellanos interrumpen á trechos las ochenta y seis gradas, que tienen 56 palmos de latitud en el primer tramo y 100 en los demás. Sobre tan respetable altura elévase un frontis moderno, que consta de tres cuerpos; las labores del primero y segundo son de regular ejecución, pero el último degenera un tanto en barroco y aféanlo notablemente algunos rollos, que ya de sí raras veces dan gracia á ninguna construcción. En su centro ábrese una ventana circular, á cuyos lados vense las estatuas de la Caridad y de la Esperanza. La de la Fe ocupa su parte posterior, y siete nichos esparcidos en toda la fachada carecen del adorno á que se destinaban. Aunque una gran cartela anuncia que aquella obra se acabó en 1793, sin embargo no puede asegurarse que está en su verdadera perfección, pues ni la cornisa se halla concluída, ni

(a) Mas recientemente ha publicado tambien esta lápida, con su ortografía original, D. ANTONIO DE BOFARULL en su memoria: *El sitio de Gerona en tiempo de Pedro el Grande.—Año de 1285*, premiada por la «Asociación Literaria» de aquella ciudad, en el certamen de 1875.

se construyó el campanario de la izquierda que debía corresponder colateralmente al cuerpo que en la derecha sirve de torre de reloj y de campanas. El que como nosotros la contempla desde la plaza al pié de la escalinata halla cierta pequeñez y desproporción en su mole con la magnificencia y altura de las gradas, que le roba buena parte de su efecto. Y, sin ánimo de ofender á los admiradores de las construcciones de este género, mayor es aún la desproporción que guarda el campanario con todo el frontis, y no sabemos si en realidad puede darse el nombre de torre de campanas á un cuerpo en cierto modo mezquino, de no muy buen gusto y que no respira la más leve señal de atrevimiento, ligereza y sublimidad que son las dotes características de tales obras.

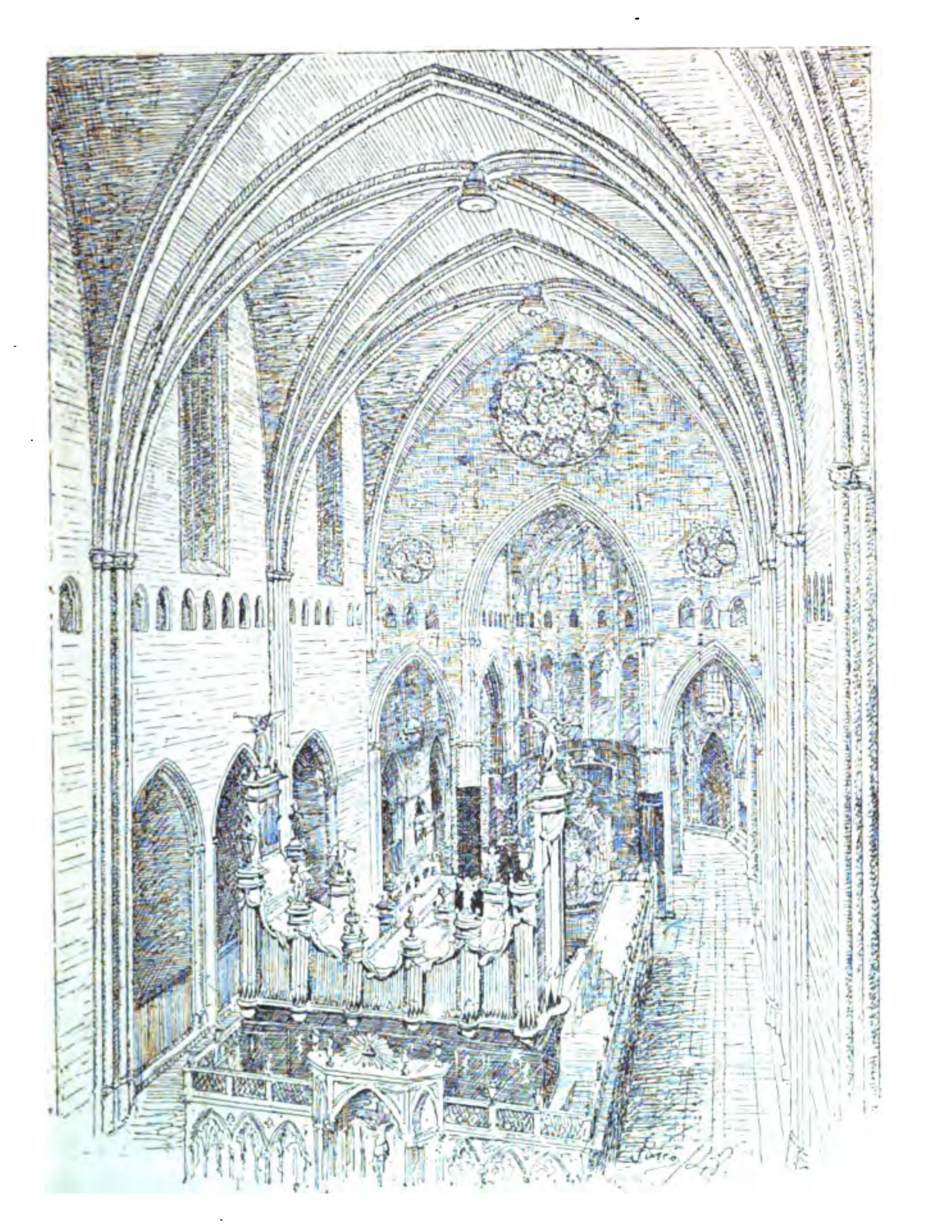
Pero cualquiera que sea el mérito que según las reglas tenga este frontispicio, lo pierde, en nuestro sentir, colocado en la catedral de Gerona. ¿Cómo no reflexionó el artífice que para siempre elevaba un monumento que atestiguase su poca filosofía, pegando, por decirlo así, un cuerpo greco-romano á un santuario gótico? Esa violenta mutación de carácter confunde monstruosamente todos los siglos, y despoja á un monumento de aquella sublime armonía que le constituye expresión de toda una época. Y si es que, fascinado por el imperio de la moda, creyó en su conciencia que con su construcción honraba y decoraba la fábrica de la Edad media, compadecemos su error, porque harto sabemos cuán profundas raíces puede echar en el alma del hombre el espíritu de rutina y la preocupación que pinta como infalibles oráculos las palabras del que se atrevió á apropiarse el título de Maestro en el arte.

Los templos se construyen para elevar el alma á Dios, y es innegable que los góticos son los que más llenan este deber. No creemos sin embargo que los arquitectos de esas casas del Señor se abismasen en investigaciones metafísicas sobre los recursos de la arquitectura para atraer al cristiano á una disposición de espíritu adecuada á los misterios de su culto. Oficio es

este de la fría observación; el arte há menester principalmente inspiración, cierta oscuridad vaga é indefinida; luego que se introduce en él la claridad de los preceptos, luego que se han demostrado matemáticamente todas sus partes y previsto todos sus accidentes, ya no se trabaja para el espíritu, y si algunos adelantos se hacen después, si es que adelantos son, consisten en vencer dificultades, en combinar nuevos efectos, establécese el imperio del juicio y desaparece el del sentimiento, no obra ya la inspiración, el arte todo, sino una parte secundaria, el mecanismo. Sólo con entera y plena convicción, con sentimiento el más íntimo, con la veneración más profunda á las sublimes verdades de la religión, pudieron los artífices de la Edad media llegar á tal grado de perfección y ejecución en el arte. Ese sentimiento y esa inspiración les dictaron la traza de tantas magníficas catedrales que cubren el suelo de Europa, y presidieron en la construcción de sus fachadas. Cantaban á Dios con la inmensidad y osadía de sus arcos, y su alma fervorosa volaba á su seno con sus altísimos campanarios y sublimes agujas, dedos silenciosos que señalan al cielo.

Subamos empero la gradería y con planta reverente pisemos el umbral del santuario. Es una catedral ancha y elevada, digna de citarse entre las más elegantes iglesias. Consta de una sola nave desde la puerta principal hasta pasada la sacristía, y remata en tres de un modo original y bellísimo. Su longitud hasta la mitad del presbiterio consta de 310 palmos, y de 116 su anchura (*a*). Sobre tan considerables proporciones lánzanse los arcos con la mayor osadía, que amedrenta al que por primera vez contempla su inmensa extensión y la elevación y poco espesor de la bóveda. Las naves en que remata principian con tres esbeltas ojivas, la central más alta que las laterales, y sobre cada una derrama pintada luz un lindo rosetón: —diríase

(*a*) Según Girbal, obra citada, las dimensiones son: latitud 112 palmos excluyendo el fondo de las capillas, y 408 la longitud total.



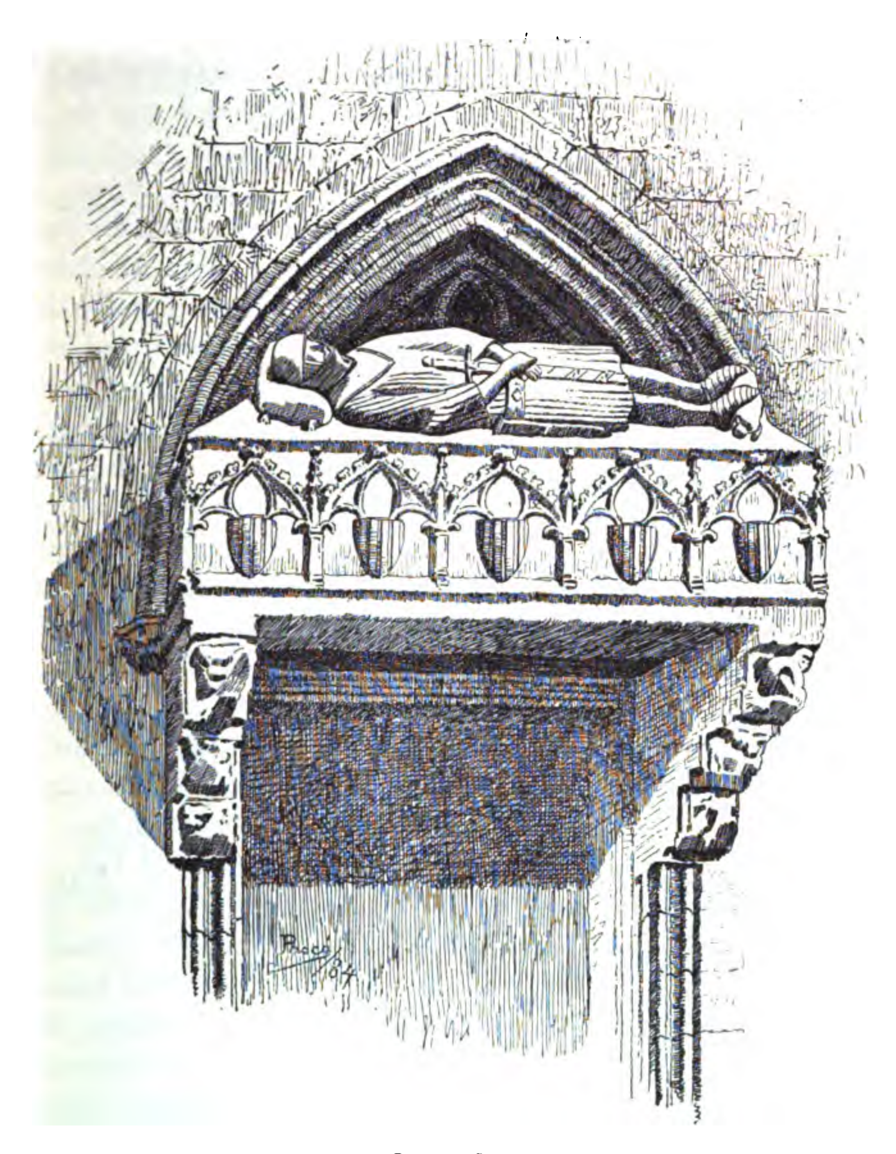
GERONA.—Interior de la Catedral

que simbolizan al sacerdote entre el diácono y el subdiácono, si es lícito tomar objeto de comparación en tan sagrado asunto, al paso que vistas desde la entrada de la iglesia parecen la fachada de otro templo, como si sólo el presbiterio fuese el verdadero santuario, el lugar de los sacerdotes y de los divinos oficios, y se destinase la ancha nave al numeroso y devoto concurso de los fieles: — feliz disposición y clasificación de partes de que no todas las iglesias cristianas pueden envanecerse. Las dos naves laterales reúnense en una curva detrás del presbiterio rodeado por un semicírculo de pilares que sostienen la cúpula, admirable efecto de perspectiva que, como dejamos ya explicado (*a*), presenta también en mayor grado de perfección y sublimidad la catedral de Barcelona.

Mas si se quiere gozar de un punto de vista que á la primera ojeada haga resaltar toda la magnificencia y anchura de la nave, atraviésese la iglesia, déjese á la derecha el coro, que ciertamente no corresponde á la suntuosidad y mérito de tan bella fábrica, y colóquese el observador junto á la primera capilla que sigue á la sacristía.

Aparece en primer término la ojiva con que empieza una de las naves colaterales del extremo del templo, y á un lado levántanse airosos los pilares que sostienen la bóveda del ábside. Escasa y débil es la luz que penetra hasta aquella parte, en la cual domina cierta oscuridad que envuelve como un sagrado velo el tabernáculo. Á la derecha, sobre la puerta de la sacristía vese el sepulcro donde yace Ramón Berenguer, denominado *Cap de estopes,* y ocupa el centro el coro, detrás del pilar cuya pared inferior ciñe el púlpito. Es de ver cómo desde el sombrío y negruzco punto de observación que hemos escogido, resaltan con fuerza la magnificencia é inmensidad de la nave, inundada por torrentes de luz que por sus ventanas arroja el sol de mediodía. Entonces, al través de aquellas ráfagas que se despliegan como

(a) Véase el tomo I.



GERONA.—SEPULCRO DE RAMÓN BERENGUER EN LA CATEDRAL

gasa de oro, apenas divísanse los pequeños arcos de la galería que corre toda la pared encima de las capillas, mientras casi se pierde misteriosa detrás de ellas la redonda ventana central, en cuyos vidrios está pintada la asunción de la Virgen.

El altar mayor es notable tanto por su antigüedad como por la originalidad de su forma. La humilde pero exacta descripción que ensayaremos, quizás no corresponderá á la idea que de él concibieran algunos de nuestros lectores, pues las ponderaciones de muchos autores, entre los cuales no es el último el P. Roig y Jalpí, le han hecho famoso, exagerando extraordinariamente su riqueza. La primera impresión que causa al observador es la que experimentaría si de repente se encontrase delante de un dosel ó pabellón oriental, y efectivamente su conjunto tiene algo de bárbaro, cierta inmovilidad, por decirlo así, india que aumenta la ilusión. La mesa es de alabastro, y una chapa de plata la cubre en todas sus partes menos en la que se llama el frontal. La cubierta de éste es de oro, aunque debemos añadir que este metal sólo se encuentra allí en una capa delgadísima, regalo de doña Ermesendis, y de la condesa doña Guisla, mujer del hijo de aquella Berenguer Ramón *el Curvo*. En el centro, dentro una especie de pequeño nicho hay una imagen de la Virgen que tiene á su Hijo en los brazos, y los demás relieves figuran varios objetos religiosos ó representan algunos santos. En las labores que median entre aquellos pequeños cuadros, si así pueden llamarse, brillan muchas piedras que, á guiarnos por la sola belleza con que á los ojos se presentan, calificaríamos de preciosas. Una de ellas contiene el nombre de Ermesendis, y debajo del nicho central aparece sobre un esmalte verde la efigie de una mujer rodeada con una inscripción latina, que declara lo costeó la condesa Guisla (1) (*a*). La imagen del Padre Eterno y de los doce Apóstoles, adornan entre otros relieves la parte que mira á la epístola; la del evangelio contiene representaciones alusivas á la Virgen, y en la posterior vese la

(1) Dice así: *Jussit fieri Guisla Comitissa.*

(*a*) Este preciosísimo frontal que era el mejor ornamento del altar y que le hacía comparar por antiguos viajeros á los de Santo Tomás de Cantorbery y de San Marcos de Venecia, se lo llevaron los franceses en pago de la fuerte indemnización de guerra que impusieron á la ciudad después del famoso sitio de 1809.

efigie del Padre Eterno y las de los Profetas. Esta mesa está separada algunos palmos del retablo ó altar, que es una gran chapa de plata dorada de más de once palmos de anchura y nueve de elevación. Forma como tres cuerpos y cada uno está dividido en nichos ó comparticiones que contienen asuntos sa-



GERONA.—Cruces en el Altar Mayor de la Catedral

grados. En el centro brilla la imagen de Jesús crucificado, y al pié de aquel símbolo de nuestra redención lloran su Madre y San Juan. En el cuerpo inferior vense varias efigies de santos y dos de obispos á los extremos que, según se asegura, son Guislaberto y Berenguer de Cruilles, suposición que confirman los

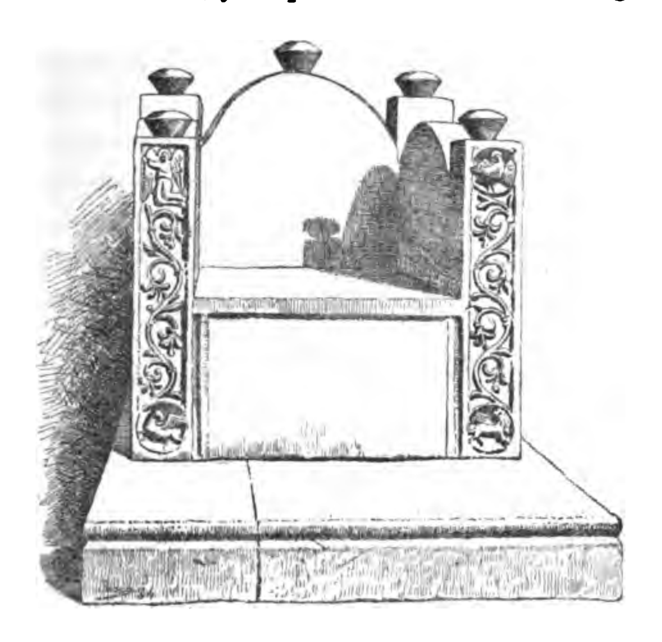
muchos escudos que allí mismo ostentan las armas de tan noble familia. Las figuras del cuerpo segundo ó central representan misterios de Jesucristo, y los de la Virgen forman el asunto del tercero ó superior. Remata el todo en tres imágenes de plata dorada, que figuran María Santísima en medio de San Narciso y de San Félix (1). Digno es este altar de la atención del viajero, menos por su riqueza que por las oportunas reflexiones que inspira acerca del progreso de las artes en la Edad media, y no es muy desventajosa, para los artífices de aquellos siglos remotos, la idea que de su habilidad forma el que contempla la minuciosidad de sus numerosos adornos (*a*). Cobija toda esta obra de platería un cóncavo dosel también de plata, cuyas extremidades algo inclinadas, apóyanse elegantemente en cuatro delgadísimas columnas cubiertas con una bien trabajada chapa de aquel metal. Creyérase ver una ligera tienda oriental hinchada por las sacudidas del viento, y pronta á romper los débiles cabos que la atan á los pilares. Costeólo el arcediano Arnaldo Soler á principios del siglo XIV ó últimos del antecedente: antigüedad considerable, que aumenta el mérito del altar, que ya debía de estar en pié desde mucho tiempo y cuyo frontal pertenece al siglo XI.

Detrás del retablo, á uno y otro lado, dos escaleras conducen á un plano situado casi al nivel de su altura, y en él se ostenta la silla episcopal, monumento antiquísimo de mármol en una sola pieza. En las grandes solemnidades en que el culto católico despliega toda su pompa, cuando nubes de incienso forman un segundo dosel sobre el tabernáculo y numeroso pueblo llena toda la capacidad de la anchurosa iglesia; el obispo,

(1) Aunque desde el pié del presbiterio parece que este altar remata en tres cruces, que por cierto le dan mucha gracia, sin embargo, las pasamos por alto porque no forman parte de él, y son las que sirven para las funciones de la iglesia.

(*a*) Trabajaron en este altar los plateros *maestro Bartolomé* (1325), *Ramón Andreu* de Gerona (1357), y *Pedro Berneç*, que hizo el complemento superior con sus imágenes.—FITA: *Los reys d' Aragó y la Seu de Girona*, apéndice á la serie segunda, CXX Barcelona 1876.

que celebra de pontifical, sube allí y ocupa tan venerable asiento después de la incensación, permanece hasta el ofertorio, y después de consumir vuelve á sentarse. Su mirada se pasea sobre toda la prosternada muchedumbre, que desde la más oscura extremidad del templo goza de la imponente vista de su pastor sentado en aquella altura, medio oculto entre la olorosa humareda del incienso, y resplandeciente con las insignias pon-



GERONA.—SILLA EPISCOPAL DE LA CATEDRAL

tificales. Entonces, si su corazón arde en amor, si su alma ha llorado ya sobre las miserias del hombre—esa paja lanzada en medio de los huracanes de la vida, ese sér «que como flor sale, y es ajado, y huye como sombra, y jamás permanece en un mismo estado»—¡cuán profunda será su emoción al contemplar aquel pueblo que ora y trabaja, que dejó á la puerta del santuario la carga de sus penas, y que rodea la cruz con ardientes miradas de esperanza; y cuán llena de caridad será la bendición que eche y profiera sobre sus inclinadas frentes al acabarse el

más sublime de los misterios! Sea como fuere, es imponente el espectáculo que desde allí se goza; la iglesia se tiende á nuestros piés en toda su extensión, y la ilusión acrecienta sus proporciones.

Numerosos sepulcros adornan las capillas; mas como en su mayor parte no ofrecen belleza alguna que no sea muy común en semejantes monumentos, daremos tan sólo una ligera idea de los que, en nuestro concepto, merecen mayor atención. En el mismo presbiterio, al lado del evangelio, vese una bien trabajada tumba gótica de mármol con estatua echada. Por todas partes está repartida en bellos nichos, y cada uno encierra una figura que con su ademán convida á la gravedad y meditación, al paso que varias expresan dolor profundo. Si la comparación entre obras de arte puede usarse en gracia de la claridad, creemos que á una descripción, casi necesariamente oscura en construcciones góticas, suplirá con ventaja el indicar á nuestros lectores que es semejante al de D. Ramón Escalas, que explicamos ya al tratar de la catedral de Barcelona. La estatua que yace sobre la cubierta representa un obispo revestido con sus insignias, y son dignas de observarse la delicadeza y gracia de los infinitos adornos del ropaje. Yace allí D. Berenguer de Anglesola, que fué obispo de Gerona y nombrado después cardenal, declaróse á favor del papa Benedicto XIII, en el cisma que entonces turbaba la paz de la Iglesia, acompañóle en su viaje, y murió en Perpiñán á 23 de agosto de 1408.

Bajando del presbiterio á la izquierda, entre las capillas del Corpus y de San Juan, en un bello sepulcro levantado del suelo, obra del siglo XIV, yace doña Ermesendis, insigne protectora de aquella iglesia (*a*). Fué esta noble señora hija de Roger I, conde de Coserans y Carcasona, y de la condesa Adalahe ó Adalazis,

(*a*) Otros autores opinan que este sepulcro pertenece á D.ª Mahalta, esposa de Ramón Berenguer II *Cap de estopes*, quien lo tiene también en el propio templo. De todos modos ha sido discutida y está por resolver esta cuestión.—Véase BOFARULL, *Hist. crit., civ. y ecles. de Cataluña*, t. II, pág. 362.

y por los años de 990 á 991 casó con nuestro conde Ramón Borrell I. Es celebrada por su hermosura, y las prendas de su ánimo aumentaban los atractivos de su exterior, pues sentada en el tribunal y rodeada de los Jueces de Corte se la vió desplegar la más consumada prudencia en la administración de justicia, al paso que su valor la impulsó más de una vez á acompañar á su esposo en sus expediciones. Sensible es, sin embargo, que un solo defecto empañase el lustre de tan bellas cualidades; su desmesurada ambición sembró la discordia en su familia, y su hijo y su nieto le debieron sus más graves disgustos durante sus respectivos reinados (*a*). Baste indicar que por espacio de más de setenta y cinco años su nombre suena en casi todos los documentos, y que en la mayor parte de tratados de alianza ó amistad que celebró su nieto aparece la cláusula en que sus nuevos amigos le prometen no favorecer á doña Ermesendis, si ya no se adelantan muchos á declararse sus contrarios. Gloria sin embargo fué para ella ser madre de Berenguer Ramón I *el Curvo*, y abuela de Ramón Berenguer *el Viejo*, que parece heredó su talento político en grado mucho más eminente. Murió á la edad de 85 años, el día 1 de marzo de 1058, cerca de San Quirico en el condado de Ausona y término de Besora, en su castillo que, según opinión de Pujades, es el que hoy llamamos Montesquiu.

Al entrar por la puerta principal, en la primera capilla de la izquierda, llamada de San Pablo, hállase el sepulcro de D. Bernardo de Pau, obispo gerundense, que murió á 26 de marzo de 1457 á los 63 años de su edad y 21 de su elección. Es el mejor monumento que en aquel género puede ostentar esa catedral, y la profusión y difícil minuciosidad de sus detalles, claramente publican el siglo en que se construyó, que fué el XV. Está dividido en comparticiones horizontales, llenas todas de numerosas figuras (*b*).

(*a*) Véanse las páginas 118 y siguientes del tomo I.

(*b*) Las demás tumbas de obispos son: las de Arnaldo y Beltrán de Monrodón,

Sobre la puerta de la sacristía, casi en frente del de Doña Ermesendis, aparece el sepulcro de Ramón Berenguer II *Cap de estopes*, construído á fines del siglo XIV, con estatua echada, ostentando en sus extremos las barras de Wifredo. Nació en 1053 junto con su hermano Berenguer Ramón, y los documentos, escrituras y en particular el testamento de su padre Ramón Berenguer I *el Viejo* claramente demuestran que éste le reputó primogénito, pues como tal lo antepone siempre á su hermano. Casó por los años de 1078 con Doña Mahalta ó Mahaud, tercera hija de Roberto Guiscardo, duque de Calabria y Pulla, conquistador de Sicilia y valiente capitán normando, cuya fama tanto se divulgó por la Europa, que de todas partes acudían los más nobles y poderosos barones á pedir la gracia de unirse á su familia. En ella hubo á Ramón Berenguer III, que nació en Rodes á 11 noviembre de 1081. En su testamento, su padre Ramón Berenguer I *el Viejo*, llamóle á la sucesión simultáneamente con su hermano: fatal decisión, que ya reprueba la experiencia, y que tantos males causó á Cataluña. Ni un solo ejemplo ofrece la historia de un conreinado pacífico y sin sangre, y como para confirmar en Cataluña la verdad de tan triste experiencia, la diversidad en el carácter vino á dividir á los que unió el nacimiento. Era Berenguer fuerte y ambicioso, y ya en vida de su padre dejó entrever algunos rasgos de aquella envidia y sagacidad que tan horriblemente estalló al partir el trono con su hermano mayor, de dulce condición y

---

en la capilla de los Cuatro Santos Mártires (*a*); la de Guillermo de Vilamari, obra de Faverán, y la de Pedro de Rocaberti, las dos con estatua yacente, en la capilla de San Bernardo y Santa Marta; y la de Bernardo de Vilamari en la de Todos los Santos. Todos esos monumentos sepulcrales pertenecen al siglo XIV.

(*a*) En la parte superior del retablo de esta capilla vese una imagen de entero relieve con un rótulo al pié que dice *S. Carolus Magnus*. El obispo Arnaldo de Monrodon, con decreto de 14 de Abril de 1345, estableció la fiesta dedicada á aquel Emperador como á Santo, con rezo y oficio propio para todo el obispado; según costumbre general de las Seos de Bélgica y Alemania. Esta festividad se celebraba en 29 de Enero, pero no era general en las iglesias mismas de la ciudad, pues la de San Félix ó no la admitió ó por lo menos á mitad del siglo XV no la celebraba ya, aun continuándose en la Catedral. Duró este culto por espacio de unos ciento cuarenta años, hasta que Sixto IV lo suspendió. Continuó no obstante haciéndose el panegírico de aquel Emperador todos los años hasta el presente siglo. En el día ha dejado de pronunciarse este sermón.

sobremanera afable. Hecha la división de las rentas, pero no del gobierno, convinieron ambos en partir también la residencia del palacio condal, de manera que alternativamente lo habitase el uno desde ocho días antes de Pentecostés hasta ocho antes de Navidad, morando entretanto el otro en las casas de Bernardo Ramón; pero este hecho, que se reputa válida prueba de su amistad, es en nuestro sentir el que más demuestra la desconfianza que ya entre ellos reinaba. Desde entonces en los documentos sólo aparecen concesiones y convenios á que accedía el bondadoso Ramón para acallar la envidia y rencor de Berenguer (*a*); pero nada pudo impedir el feroz acto á que se precipitó el hermano menor, asesinando al mayor á 6 de diciembre de 1081, dos días después de firmada la última pacificación, en un bosque entre San Celoni y Hostalrich, en el lugar llamado desde entonces el Varal de Astor.

Siendo este hecho uno de los más notables asuntos que contienen nuestras crónicas, creemos se nos permitirá ensayar una leve pintura que trace sus curiosas particularidades, como las refiere el cronista catalán, celoso en recoger todas las tradiciones de su patria.

Triste bramaba el viento sacudiendo las viejas encinas del bosque, y su furioso soplo precipitaba unas sobre otras las nubes que oscurecían el cielo. Desde su alta morada asomó el gavilán su cabeza, y clavó sus penetrantes ojos en el fondo del valle; la tímida liebre enderezó atenta las orejas, y la corneja echó á volar lanzando lastimeros graznidos.

Sonaba á lo lejos confuso rumor de bocinas, y alguna que otra lanza sacaba su banderola por encima de los arbustos. De repente el ruido creció, y el ladrar de los perros y las pisadas

(*a*) Véase t. I, pág. 138 y siguientes.

de los caballos oyéronse en varias direcciones. Un jabalí cruzara la senda delante de los cazadores é internárase en la maleza, llevando tras sí la enfurecida jauría de los sabuesos y la estrepitosa cabalgata, que se dividió para cercarle en una batida general.

Ramón Berenguer hundió el acicate en los flancos de su buen caballo, y se lanzó al alcance de la fiera seguido del más fiel de sus pajes. En su ardor salvó hoyadas y torrentes y se deslizó por la orilla de los barrancos como un fantasma arrebatado por el viento. Una alondra salió espantada de las ramas de un roble, y atrajo la atención del conde que le echó su azor. Los chillidos de la avecilla indicaron que preveía su suerte, y más pronto el diestro halcón los ahogó entre sus uñas, y la trajo sangrienta á su amo.—Diz que entretanto en senda oculta y de nadie transitada brillaron por un momento entre las ramas aceradas armaduras, y pasaron sin rumor bardados corceles como una tropa de incubos que en silencio corren al lugar destinado para sus sortilegios.

—«Paje, mi buen paje; así te dé Dios ventura en lides, y el nombre de tu amada sea el de la más hermosa, que lleves esta alondra á mi noble esposa Mahalta, que en mi buen palacio condal acaricia al pequeño hijo de tu soberano.»

Una bandada de cuervos sacudió sus negruzcas alas graznando tristemente, y desapareció arrastrada por el viento. Pero el conde ató su mejor sortija al cuello de la alondra, y la entregó á su fiel paje, que estremeció el suelo con el galope de su bridón.

Siguió Ramón el alcance del jabalí, parando de cuando en cuando su curso para escuchar el débil y lejano ladrar de los perros y el toque moribundo de alguna bocina. La espesura del bosque robaba la escasa luz del día, y en medio de tan espantosa soledad no le traía ya el viento el rumor de su alegre comitiva.

Un relincho sonó como un gemido al pié de una cercana co-

lina, y el conde dirigió allá su corcel, que rehilaba las orejas y como pesaroso obedecía la espuela del caballero.

De repente abriéronse los arbustos y dieron paso á una tropa de hombres que, calado el yelmo y lanza en ristre, embistieron al conde. y le atravesaron con cien heridas. Tendió el infeliz una postrer agonizante mirada á su derredor, y al descubrir la lívida y sombría frente de su hermano, que algo apartado se apoyaba en un árbol, lanzó un suspiro y cayó sangriento del caballo, mientras el azor voló á posarse sobre un cercano varal.

—«El agua no conserva las huellas» dijo el fratricida Berenguer, y partió con todos los asesinos llevando el cadáver de su hermano, y desapareciendo en la espesura.

Las trompas volvieron á resonar lejos, muy lejos; los gritos de los cazadores, llevados en alas del vendabal, parecían siniestros gemidos de espíritus que rápidamente cruzaban; bramaban los pinos como un mar enfurecido, y hondamente murmuraban palabras de muerte.

Dos ágiles sabuesos atravesaron la maleza, y desembocaron donde fué asesinado el conde. Al ver el charco de la sangre, arrastráronse hasta él y ansiosamente olieron sus negros vapores. Lanzando entonces un aullido tristísimo y prolongado, echaron á correr con todas sus fuerzas alrededor de la sangre, describiendo con frenesí anchos círculos y parando de cuando en cuando para aullar lenta y dolorosamente: el azor correspondíales con sus agudos chillidos.

El eco repitió más cercanos los pasos de los caballos, y por fin la comitiva del conde, cuidadosa ya por su larga ausencia, acudió atraída por el ladrar de los perros, que al verla redoblaron el furor de su carrera, mientras el azor sacudía gritando sus alas encima del varal.

Miráronse consternados unos á otros los caballeros y los pajes; mas quién podía descubrir el origen de semejante desgracia?

Al coger el azor por las picuelas, echó el ave á volar pausadamente lanzando tristes gritos, como si con aquellos sonidos quisiese indicarles que fuesen en pos de ella. Rojas manchas de sangre salpicaban á trechos el camino, y á lo lejos, sobre las aguas de un lago que brillaban como una cinta de plata, revoloteaba arremolinada una nube de cuervos.

Al verlos aulló melancólicamente toda la jauría, y el azor apresuró su vuelo hasta llegar á las orillas del lago. Graznaron horriblemente todas las agoreras aves, como si previesen que iban á arrebatarles su presa, que sobrenadaba en un círculo de agua algo teñida con su propia sangre.

Sacaron los criados el cadáver de su señor, y los caballeros dieron sus mejores capas para envolverle, mientras sus leales servidores lamentaban su temprana pérdida y recordaban sus virtudes.

Triste y dolorosa fué su marcha á Gerona; las puntas de las lanzas surcaban el polvo, arrastraban por el suelo las bordadas banderolas, y las bocinas ensayaban de cuando en cuando tonadas lúgubres:—el fiel azor volaba siempre delante de la fúnebre comitiva.

Con grave y melancólico són tañían todas las campanas de Gerona; la fama de aquella muerte cruzó por ella seguida de consternación y espanto, y un fúnebre silencio reinaba en sus plazas y en sus calles.

Cubriéronse de negros paños las paredes de la iglesia; un altísimo dosel del mismo color ocultó el rico altar, y sobre su oscuro fondo resaltaba una larga cruz de plata que relucía siniestramente con la amarillenta lumbre de los cirios, mientras las bóvedas repetían murmurando las preces de los difuntos.

Sonó general lamento en la fiel Gerona al entrar en su recinto el fúnebre cortejo, que entre el llanto de los habitantes y el clamoreo de las campanas subió á la catedral. Allí paró el azor su vuelo sobre la puerta del templo, y despidiendo un grito agudo cayó muerto de dolor.

Al llegar los caballeros á los umbrales del santuario, salió el clero en solemne procesión con sendos cirios á recibir el cadáver de su conde, y los rezos hondos que murmuraba helaban el corazón más intrépido.

¿Quién asesinó al joven Ramón? Una vaga sospecha volaba sobre aquellas cabezas; un triste presentimiento oprimía todos los corazones; —pisaban un suelo volcánico, y ni una sola senda había que no cruzase sobre el abismo: pero el dedo de Dios iba á señalar el homicida.

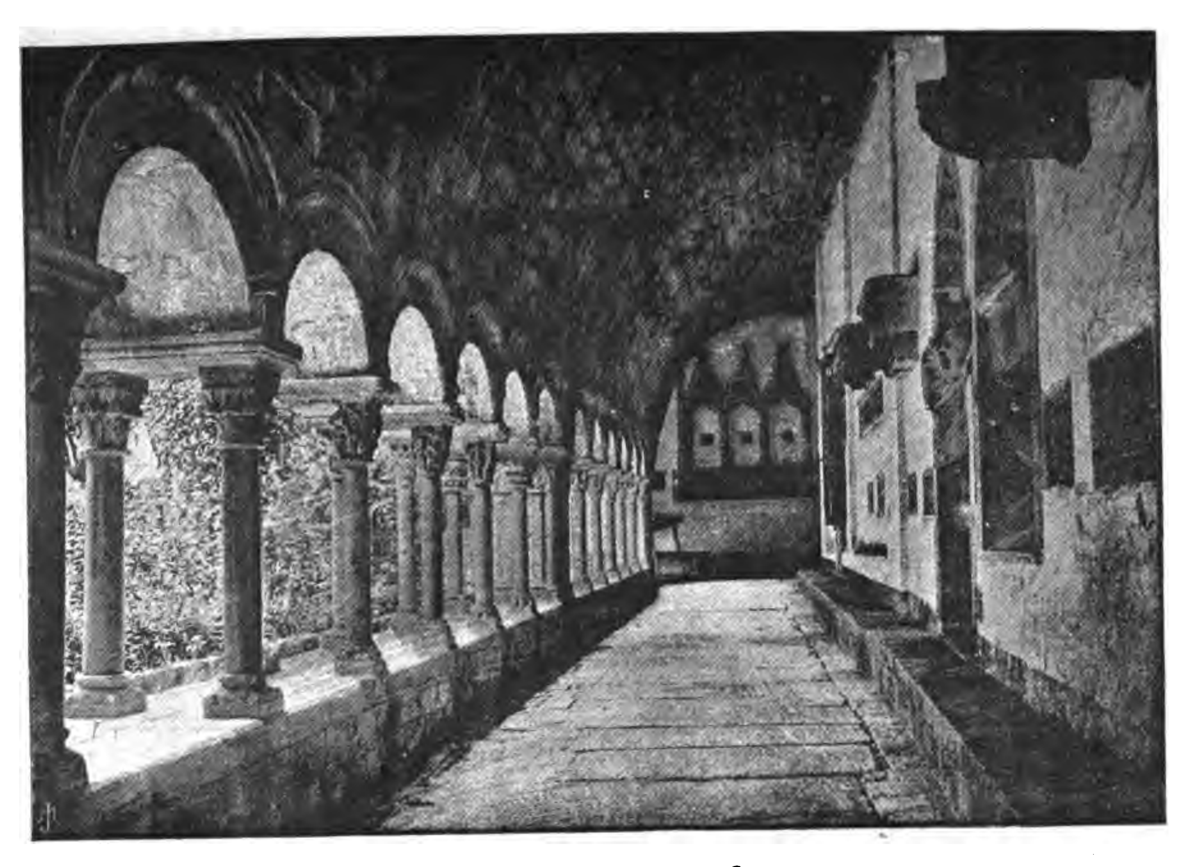
Movióse el capiscol, y en su voluntad y conciencia entonó el *Subvenite*, pero las palabras no correspondieron á su intento, y su voz hizo resonar la terrible pregunta del Señor: *Caín! dónde está tu hermano Abel?*

Un frío terror cundió por los circunstantes al oir estas palabras; no hubo una frente que no palideciese; no hubo una mano que no temblase: la multitud empezó á dispersarse temerosa y azorada; densa oscuridad pesó sobre la comitiva,—y es fama que vaciló la lumbre de los cirios en el altar, y que en las tumbas subterráneas sonaron extrañas voces que repetían las palabras del Señor: *Caín! dónde está tu hermano Abel?* (1).

Al lado de la iglesia, de esa osada producción de la mejor época del arte, aparece una muestra imponente de la arquitectura verdaderamente gótica. Los artífices de los siglos XIV y XV respetaron aquellos venerables claustros, que se presentan hondos, vastos y negruzcos como una inmensa tumba. Antes de descender á ellos, place contemplar tanto misterio, tanta majestad; y las rudas formas bizantinas hielan el alma con sagrado

(1) Ramón Berenguer *Cap de estopes* fué sepultado en el cementerio llamado *Galilea*, que hoy es la escalera grande. Allí estaba también el sepulcro de doña Ermesendis, y ambos fueron trasladados al lugar que ocupan, ordenándolo á 28 de Julio de 1385 D. Pedro el *Ceremonioso*, que entonces se hallaba en Figueras.

respeto, mientras en cierto modo sentimos los espeluznos del terror. Una bóveda pesada y espesa, cuya mitad desaparece en apariencia tras las paredes y que por lo mismo sólo forma un cuadrante de círculo, carga sobre pilares pareados, que como aplastados por tan crecida mole apenas se atreven á remontarse, y conceden estrecho paso á la luz por entre pequeños arcos semicirculares. El Génesis prestó asunto al artista que esculpió las labores de los capiteles, y su ejecución en general tosca y bárbara claramente manifiesta que las tinieblas de los primeros períodos de la Edad media todavía oscurecían el horizonte cuando se trabajaron, dejando asomar al través de su blanquizca lumbre un débil rayo de ese sol gótico, de ese arte que después debía fecundar el suelo de la Europa en riquísima vegetación. La Abadía de San Pedro de Barcelona en sus claustros nos ofrece aunque débilmente una idea de la forma de los de la catedral gerundense, que entre los pocos monumentos de aquella época, que han respetado las injurias del tiempo ó el sacudimiento de las revoluciones, son un precioso dato de la historia del arte cristiano en su primer período. Todo en ellos respira quietud, y cierta sencillez simbólica y misteriosa es su carácter. La robustez más sombría desterró de ellos la elegancia; llevan marcado el sello de la barbarie; sus formas nada nos revelan ni se dejan penetrar por nuestro corazón, y oscuras é inmóviles aparecen como un recinto vedado y terrible en que sólo deben resonar los pasos de los iniciados. Crece inculta la yerba en el patio; ocupa el centro el brocal de una cisterna, que se presenta á la vista como un montón informe de blanquecinas piedras, mientras algunas esparcidas por el suelo resaltan entre el verdor del césped. Árboles altísimos lánzanse en busca del sol, que apenas colora las cenicientas paredes de aquella obra, y sus verdes copas asoman al nivel de la techumbre de la vecina iglesia.—Tú que con santo amor á la ciencia estudias ansioso en esos mudos libros el espíritu de generaciones que se borraron para siempre, tú que con el alma joven todavía en fe visitas, peregrino-artista,



GERONA.—CLAUSTRO DE LA CATEDRAL

los monumentos de nuestros padres; si desde la cima del viejo Montseny descienden á la llanura los espíritus de la niebla envolviéndolo todo en fantásticas formas, vé entonces, pero vé solo, á contemplar esos claustros. Las negras lápidas de las tumbas que llenan las paredes apenas se divisan al través de los vapores de la tarde, y los rudos pilares se ofrecen como una visión incierta. Entonces, mientras en lo alto susurran los árboles como una lejana cascada, aparece en débil vislumbre el montón central de piedras como un sepulcro informe de un jefe del Norte; las formas sajonas se revelan al alma en todo su terrible misterio, y dijérase que la sombra de un bardo allí entonaría con placer el canto de muerte, si la cruz que venció á Odín no presidiese en aquel lugar y no defendiese su entrada (1).

(1) Junto á estos claustros está el archivo, que entre varias preciosidades contiene una muy interesante para la historia del arte. Es una Biblia hermosamente manuscrita en pergamino, cuyos caracteres son de la mayor elegancia, llena de ricas pinturas en cuyas figuras y ropajes se nota bastante expresión y diligencia, y sembrada de caprichosos dibujos y originalísimas letras. Pero no es sólo el dibujo ó la forma lo que constituye la belleza de sus iluminaciones; el más brillante colorido sorprende al que la hojea, y al ver tanta frescura, tanto vigor en los colores, difícilmente se creería que es obra de un siglo ya remoto. Propiedad es esta de la mayor parte de los códices de los últimos tiempos de la Edad media, que ostentan inconcebible brillo en sus pinturas, de la cual sólo una confusa idea podrá formar quien no los haya visto; y ciertamente pasma que, aun roídos por el polvo y la carcoma, rotas las cubiertas y entregados al olvido, en que por ejemplo yacen algunos de la Catedral de Barcelona, conserven intactas las pinturas que parecen desafiar las injurias de la vejez y del descuido.

La tradición supone aquella Biblia dádiva de Carlomagno, y aunque el carácter de la letra, los dibujos y los que diremos luégo ya desmienten á primera vista semejante suposición, no han faltado autores que la han copiado y continuado en sus obras. Pero al fin de la misma Biblia, algo apartado del texto, se lee escrito y firmado por el Rey Carlos V de Francia, que da gracias á Dios por estar ya acabado el libro: *Laus tibi sit Christe quoniam liber explicit iste — R. Charles.* Y más abajo el mismo Rey continúa diciendo que aquella Biblia es suya, y que en 1378 la compró á San Luciano de Viannez: *este bible est a nous Charles le V de notre nom Roy de France et lachétames de sain lucien de Viannez lan MCCCLXXVIII escrit de notre main.* Es obra del maestro Bernardino Mutina, según se lee á continuación del mismo texto: *Magister Bernardinus Mutina fecit.*

El ilustre Cabildo de Gerona debió tan precioso libro á la generosidad de un prelado, que, como veremos luégo, dejó gratos recuerdos á la Catedral. Don Dalmacio de Mur, primer obispo gerundense y después arzobispo de Tarragona, ascendió luégo á la dignidad arzobispal de Zaragoza, desde cuyo punto partió á París por orden del Rey don Alfonso IV, *el Sabio.* Allí logró la posesión de aquel manuscrito, y en su testamento lo legó á la iglesia gerundense, que lo recibió en 1456.

Á la otra parte de la iglesia, frente á la puerta que conduce á los claustros, hacia el mediodía ábrese otra entrada lateral llamada de los Apóstoles (*a*). Es una obra delicada, que el artífice dejó sin concluir, y lo que se construyó vese á uno y otro lado de la puerta dispuesto para sostener los arcos en degradación de la ojiva, que es la forma de casi todas las entradas de la Edad media. Consta como de dos pequeños cuerpos, de los cuales el primero ó el inferior presenta á la vista agradables comparticiones formadas por delgadísimas pilastras ricamente esculpidas, y dentro de cada cuadro muéstrase airosa una ojiva que remata en un florón y está subdividida en dos más pequeñas por una leve línea; hermosa combinación que es uno de los mejores adornos en el género gótico, y que tanto realce da á las ventanas. Tanto la base como el remate de estas ojivas están sembrados de delicados detalles, que son tal vez lo mejor que en escultura contiene aquella catedral. Divide á este cuerpo del segundo una faja de hojas entre las cuales se esconden á trechos animales y frutas, cuya buena ejecución corre parejas con la de aquellas. El segundo cuerpo consta de nichos incompletos en su parte superior, que contienen las estatuas de los apóstoles, obra

---

Sus cubiertas son de terciopelo carmesí, y la cierran cuatro broches de oro. Aquel digno cabildo ha acreditado su ilustración y el amor con que cuida lo que honra su iglesia, y ciertamente no se puede prodigar á una antigüedad esmero superior al que ha demostrado en la conservación de la preciosa Biblia. Una caja de madera la encierra, y es muy laudable la precaución con que semejante obra se enseña, sin que por ello se disminuya en nada la amabilidad y franqueza que son las dotes más brillantes de sus ilustres miembros y que nosotros con tanto placer y provecho hemos experimentado (*b*).

(*a*) Véase la cabecera de este capítulo.

(*b*) Pueden además citarse como á otras de las obras notables que contiene este archivo: un códice iluminado de los *Comentarios* sobre el Apocalipsis, del siglo x; un compendio de los *Evangelios* para las fiestas del año, del siglo XII; el *Libro verde* con las escrituras referentes á esta iglesia desde el siglo xv; el libro de los *Estatutos* también del siglo xv; una curiosa miscelánea llamada *den Calsada;* y las *Resolutiones Capituli Cathedralis Gerundensis* desde 1462 á 1482 que forman dos volúmenes manuscritos y autógrafos en su mayor parte de Andrés Alfonsello, doctor en leyes y Vicario General que fué en aquella época de la diócesis de Gerona. De estos dos interesantísimos libros ha publicado la mayor parte el erudito académico P. Fidel Fita, bajo el título de *Los Reys d' Aragó y la Seu de Girona* (1.ª serie, *Renaixensa*, revista catalana: 1872-74; y 2.ª serie en un volumen, Barcelona, 1876) constituyendo una copiosísima colección diplomática ilustrada con notas y comentarios, verdadero arsenal de datos para la historia eclesiástica, política, literaria y artistica de la inmortal ciudad y del Principado en general.

de barro y de regular ejecución. Sostiénenlas una especie de florones, si tal nombre puede darse á un montón de hojas caprichosamente enredadas y esculpidas con la mayor delicadeza. ¿Por qué se han casi desterrado de las iglesias esos portales salientes, cuyo profundo arco deja un espacio majestuoso desde la entrada del frontis hasta la puerta del templo, estrechándose á medida que se va acercando á la última? Aquellas estatuas alineadas á entrambos lados como si quisiesen formar ángulo dan tanta majestad á la fábrica, que aparecen á nuestros ojos como fríos y mudos centinelas de la casa de Dios, que en su silencio impasible ahondan nuestras más ocultas intenciones y muestran grave y airada su frente al que pisa el santo umbral con el alma embebida en pensamientos del mundo. La puerta de los Apóstoles de que hablamos, convida á la calma y á la meditación religiosa, y en verdad el lugar en que está edificada se armoniza admirablemente con ella: á su frente se despliega un vasto huesario: el silencio de la muerte vaga por todo aquel recinto, y al dejar atrás el santuario, al atravesar aquel pavimento de tumbas, nuestros piés entreabren por un extremo las losas que vuelven á cerrarse sordamente, y descendiendo algunas gradas nos hundimos en las revueltas pendientes de aquellos barrios tristemente silenciosos.

La historia de casi todos los templos más insignes se pierde en la oscuridad de los siglos, y los de Cataluña por una rara coyuntura quizás común á su mayor parte, ofrecen tres épocas marcadas, que sobresalen en aquellos rudos y guerreros siglos como señales benéficas de la paz. El continuo movimiento de las luchas, el furor de las invasiones arrasaban las fábricas más sublimes, que no volvían á lanzar sus arcos á las nubes hasta después de pasada la tormenta. Así en todas las fases, en todas las épocas la ley eterna no se ha desmentido nunca: el mundo ha seguido, permítasenos la frase, su sistema de rotación, y

siempre la humanidad se ha afanado en destruir y reparar, caminando siempre á un fin vago, lejano, á una civilización que ora se presenta cercana, ora se disipa en las ilusiones de la utopia.

Sólo la buena memoria nos queda del primitivo templo (*a*) que tras las sangrientas persecuciones con que se vió afligido el cristianismo osó proclamar con el lenguaje de sus campanas el nombre del Señor. Aquella tal vez humilde fábrica recibió durante muchos siglos las preces de los fieles gerundenses, y sólo el furor de los hombres pudo trastornar la firmeza de las paredes que resistían á los ataques del tiempo. La tempestad, que saliendo del África precipitó sobre el suelo de la España las legiones mahometanas, también tronó sobre Gerona, que se rindió conservando sus privilegios, sus leyes y su religión. Pero los conquistadores hollaron el santo umbral de la iglesia bizantina, y sobrado orgullosos para consentir que el culto cristiano hiciese alarde de toda su pompa en el centro de su misma conquista y en el templo principal, tomaron para sí la catedral, cuyo cabildo pasó á la iglesia de San Félix. Cuando en 785 las armas de Ludovico Pío plantaron en los muros de la ciudad el estandarte de la cruz, Carlomagno protegió aquel santuario, que libre ya de las ceremonias que hasta entonces lo profanaron, fué reparado un tanto de las alteraciones que le hubiesen acarreado las pasadas guerras.

Así continuó hasta el siglo XI, en que ya se le calificaba de antiquísimo, pudiendo apenas guarecer á los sacerdotes contra la lluvia que penetraba por sus rotas paredes y hendiduras. Ocupaba entonces la silla episcopal Pedro Roger, hermano de la condesa Ermesendis, y con laudable celo emprendió la renovación de la iglesia, ayudándole en su noble intento su cuñado el conde D. Ramón III y su hermana que siempre se manifestó

(*a*) Consta que á principios del siglo IV, Rufino vice-presidente de la ciudad por el emperador Daciano destruyó el primer templo cristiano que había existido.

su protectora. Dieron éstos para ello cien onzas de oro, para cuyo pago el obispo les vendió la iglesia de San Daniel con todas sus pertenencias á 18 de Junio de 1015 de la Encarnación. Estaba ya entonces empezada la nueva obra en que se trabajó con tanto ardor, que en 1038 púdose tratar de la consagración del nuevo templo que se verificó á 21 de Setiembre por el arzobispo de Narbona, asistiendo á aquel acto además del obispo gerundense los siguientes: Oliva de Vich, Heribaldo de Urgel, Bernardo de Cosserans, Guilaberto de Barcelona, Berenguer de Helna, Guifredo de Carcasona y Arnaldo de Magalona. Honró con su presencia la ceremonia la condesa doña Ermesendis, acompañada de su nieto D. Ramón Berenguer *el Viejo*, y en aquel mismo día regaló á la catedral trescientas onzas de oro para construir el frontal del altar mayor.

Pero aquella fábrica también desapareció, y sólo podemos formar una idea del gusto de su arquitectura por los claustros y el cuerpo de campanas, que es casi igual al de Santa Clara de Barcelona, únicos restos de aquel antiguo monumento (*a*). La faz de Cataluña no era ya algunos siglos después la misma que en el XI; costumbres más dulces habían suavizado la franca rusticidad que en la época de los primivos condes daban de sí los continuos sobresaltos y luchas contra los moros; la sencilla corona condal cruzárase con el cetro de un reino vecino, y las barras catalanas mezclábanse gustosas con la cruz aragonesa, al

(*a*) FITA refiriéndose á la constitución dada por el obispo Guillermo de Vilamarí en 24 de Setiembre de 1313 para dar mayor impulso á las obras de la Seo y San Félix dice: «Allí explica la trassa que tenía 'l *cap* (ó ábside) de la *bizantina* Séu feta construir per lo bisbe Pere Rotger lo germá de la célebre comtesa Ermesendis. Es un error creure que l' *nou* cap ocupi precisament la posició del *vell* qui no passava mes enllá del actual cruzer. La vella Séu ab sas llargas escalas que baixavan fins al Mercadal, tindria poch mes ó menos la configuració de la del Puy de Fransa; ni faltarian en sas portas de olorosa fusta preciosos entalls de cuadros evangélichs, ni inscripcions *arábigas*. La *cerca nova*, en la qual reunit lo Cabildo lliurá l' Acta del 29 Agost 1312 se refereix al *dormitori del claustro* baix la línea del campanar vell «*campanile vetus*,» altrament titulat de Carlomagno, lo qual encara subsisteix y es prova de que la *nova* Séu ha sigut ampliació y retoch de la *vella*, pero no reconstrucció emergent d' una demolició total y molt menos simultánea.» Obra citada.—Apéndice á la serie segunda.—Pág. 104.

paso que creciera la población y perfeccionárase el gusto. Entonces, pues, deseó el cabildo alzar á Dios un templo que correspondiese á su sagrado destino, y mucha gloria es para aquellos desinteresados canónigos haber acometido una empresa que sólo los reyes, las sedes principales ó los esfuerzos de todo un pueblo solían llevar á cabo. Tomóse tan generosa y cristiana resolución en 1312, pero por causas que nos son desconocidas no se principiaron los trabajos, y sólo se nombraron comisionados para la obra, cuyo cargo recayó en el arcediano Ramón de Vilarico y Arnaldo de Monrodón. Empezóse por fin en 1316 por el extremo de la iglesia en tres naves, y aunque no podamos asegurar quién dió la primera traza, sin embargo poco tiempo después nombran ya los documentos á un arquitecto, que si no fué el autor, tuvo al menos buena parte en la invención, pues poco adelantada estaría en este caso la obra cuando se encargó de dirigirla. Es este el *maestro Enrique* de Narbona, que por febrero de 1320 impulsaba con su ejemplo y saber los trabajos de la fábrica, que seguía con ardor (1); su nombre se ha salvado del general olvido en que yacen hasta ahora la mayor parte de los artífices de aquellos tiempos, y tal vez sirva como de punto de apoyo al que desee más noticias de aquel digno arquitecto que no nos proporcionan los documentos de Cataluña. Poco duró su noble tarea, pues la muerte vino pronto á arrebatarle en medio de sus esperanzas, cediendo el puesto á otro paisano suyo, *Jaime de Favariis* (2) (*a*). Contrajo este segundo maestro la obligación de venir de Narbona seis veces al año, y el cabildo le asignó 250 sueldos por trimestre.

(1) Curia del Vicariato Eclesiástico de Gerona, *Liber Notularum ab anno* 1320 *ad* 1322, *fol.* 48.
(2) Idem.
(*a*) FITA lee Jaime de *Faverán*, al transcribir los documentos referentes á este período de la obra de la Catedral. (Obra citada.—Apéndice á la serie segunda, pag. 102 y siguientes.) El mismo autor advierte que no está probadó que los dos citados maestros fuesen de Narbona, creyendo mejor que serían catalanes y tal vez gerundenses.

Corto fué el tiempo que disfrutó de semejante honorario, pues algunos años después desapareció su nombre, y le reemplazó otro artífice: notable y extraño cambio de maestros, que no siempre se verifica sin menoscabo de una fábrica en sus principios. En Mayo de 1325 suena el nombre de *Bartolomé Argenter* (*a*), que no sabemos si fué el que adelantó hasta casi su conclusión la obra del remate de la iglesia, ó si sólo escribió una línea en aquel bello poema cuya idea iban desarrollando diversos ingenios (1). En 1334 y 39 se trabajaba todavía en la misma parte del edificio, que ya estaría concluída en 1345, habiendo en aquel año Arnaldo de Monrodón, entonces obispo de Gerona, fundado un beneficio en la capilla de los Santos Mártires, una de las recién edificadas. Perfectos y acabados aquellos tres elegantes trozos de nave que forman el presbiterio, á 12 de Marzo de 1347 colocóse allí el antiguo altar con extraordinaria pompa, y lo consagró de nuevo el arzobispo de Tarragona Fray Sancho López de Ayerbe (*b*).

De repente se abandonó el plan de tres naves con que se había comenzado el edificio, y desde los dos pilares que sostienen la bóveda del ábside siguió la obra en una sola. Así se efectuaba ya en 1388 y por un documento de 29 de Agosto del mismo, consta la ordenación tomada acerca de tres capillas hacederas desde los referidos pilares, en que se mandó que la última de las tres se erigiese á invocación de San Bernardo (2).

(*a*) Fué este artista *argenter* ó platero, no arquitecto.

(1) Curia del Vicariato Eclesiástico de Gerona, *Liber Notularum ab anno* 1320 *ad* 1322, *fol.* 75 vuelto.

(*b*) Desde la época de Jaime de Faverán hasta la de Guillermo Boffiy, encuéntranse:

1330. *Guillermo de Cors.*

1368. *Francisco Ça Plana* que es substituído por *Pedro Ça Coma*, quien en este mismo año comienza la obra del Puente Nuevo y la del campanario de San Félix.

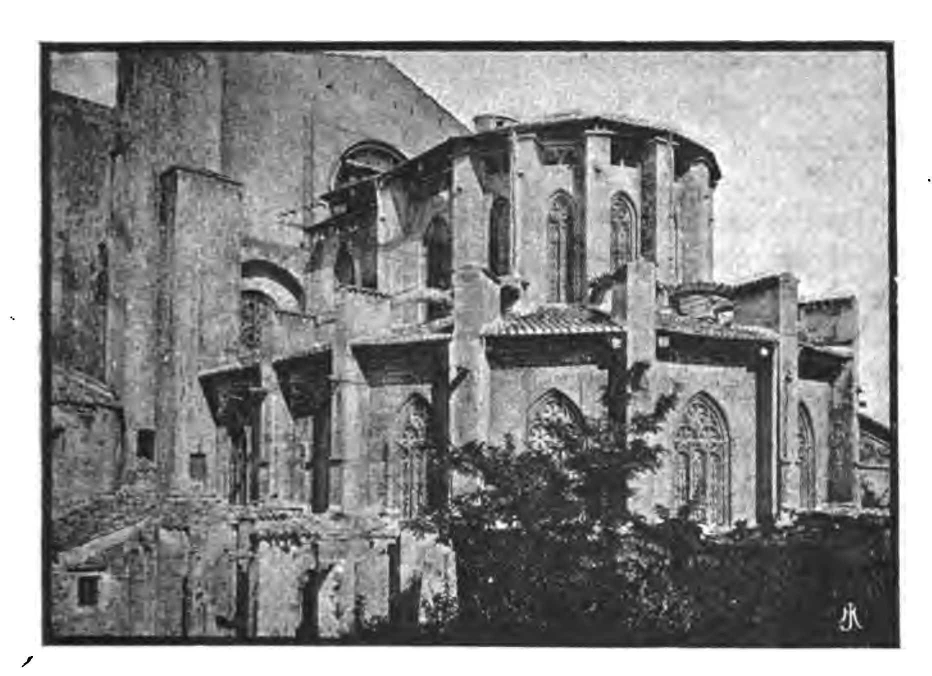
1394. Había ya ideado probablemente la puerta de los Apóstoles *Guillen Morey.*

1397. *Pedro de San Juan* natural de Picardía.

Fita: Obra citada.—Apéndice á la serie segunda, pág. 110.

(2) Curia del Vic. Ecles. de Gerona, *Manuale ab anno* 1386 *ad* 1390, fol. 75.

Pasmó aquella innovación á cuantos esperaban ver continuada la fábrica bajo el plan con que se trazó al principio, y ciertamente los espíritus menos débiles debían á primera vista retroceder delante de aquella atrevida operación que variaba su primera forma. Un solo arco, cargando sobre pilares arrimados, endebles al parecer, debía recorrer todo el ámbito que descri-



GERONA.—ÁBSIDE DE LA CATEDRAL

bían reunidas las tres bóvedas del remate, y para colmo de temor era menester lanzarlo á una altura mucho mayor que la de la nave central, si se quería presentar un templo arreglado y sublime. No le faltaron defensores á la nueva obra, pero el murmullo de sus contrarios creció por momentos, y hasta los miembros del cabildo tomaron parte en aquella cuestión. Amargos debieron de ser aquellos pocos años para el buen *Guillelmo Boffiy*, entonces maestro de la fábrica, que veía paralizados los

trabajos por los continuos altercados, teniendo casi que abandonarlos á principios del siglo XV.

Pero ascendió en 1415 á la sede episcopal Dalmacio de Mur, varón eminente, gran protector de las artes y de las letras, y celoso del esplendor de su iglesia. Al ver interrumpida la obra, discordes los pareceres y algo agriados los ánimos con los frecuentes altercados, echó mano de un medio que para siempre honrará su prudencia y sabiduría. El documento que lo acredita es una preciosidad rarísima para la historia del arte, pues conserva los nombres de los arquitectos más famosos de Cataluña de aquélla época. En la imposibilidad de insertarlo por entero, (*a*) permítasenos extractarlo con alguna prolijidad: hemos limpiado del polvo que los cubría los blasones de muchos nobles, estampando los nombres de los que se distinguieron en la lid ó en el torneo; hemos rodeado con nuestro respeto las tumbas de los poderosos;—concédasenos, pues, describir ese noble torneo de artífices, tributar una leve ofrenda de amor y veneración á aquellos arquitectos que bien valían tanto como el infanzón que delante de su dama rompía una lanza en el palenque ó se abría una senda con su espada en el campo de batalla, lidiando en defensa de su rey.

Reunido el cabildo, decidióse que fuesen convocados doce arquitectos, los más celebrados tanto de Cataluña como del vecino reino de Francia, y llamados á Gerona empezaron con la mayor gravedad sus sesiones, extendiendo inmediatamente las actas de aquel improvisado congreso. Diputaron el obispo y cabildo á los venerables Arnaldo de Gurb, Juan de Pontós, canónigos, y al presbítero Pedro de Bosch para que presidieran al acto, y en su nombre interrogasen á cada uno de los artífices. Redujeron aquellos la cuestión á tres puntos: 1.° si la obra empezada en una nave se podría continuar de manera que quedase

(*a*) Véanse los apéndices I del tomo 45 de la *España Sagrada* y XXXIV del tomo 12 del *Viaje literario á las iglesias de España*.

segura y sin riesgo; 2.º supuesto que no se pudiese ó no se quisiese continuar la obra en una nave, si la de tres sería conveniente, bastante, y tal que mereciese proseguirse, y en este caso qué altura debería dársele; 3.º qué forma ó continuación de las referidas obras sería la más compatible y proporcionada al remate de la iglesia que ya estaba concluído en tres naves. Abriéronse entonces las operaciones, y prestando cada maestro juramento de que declararía su dictamen según su conciencia, procedióse al interrogatorio. Á 23 de Enero de 1416, jueves, expusieron su parecer los artífices siguientes, que mencionamos con el mismo orden con que se presentaron á ejecutarlo.

Pascasio de Xulbe, escultor y maestro de la catedral de Tortosa, reputó buena y segura la obra de una nave, pero concluyó su dictamen declarando que la de tres era más compatible con la cabeza de la iglesia, á cuya opinión conformóse también su hijo *Juan de Xulbe*, escultor y suplente de su padre en la dirección de la catedral ya mencionada. Siguió á estos dos *Pedro de Vallfogona*, escultor y maestro de la de Tarragona, y dió también su voto á favor de la obra de tres naves terminando así la sesión primera, que hubiese sido fatal al proyecto de *Boffiy*, á no poner después un contrapeso á la validez de estos votos las poderosas razones que alegaron otros no menos dignos artífices. Al día siguiente, viernes, 24 del mismo mes, volvióse á abrir el interrogatorio, y fué la sesión más interesante, pues presentáronse todos los arquitectos que debían completar el número fijado. Fué el primero *Guillelmo de la Mota*, escultor y asociado á *Pedro de Vallfogona* en la dirección de la fábrica de la catedral tarraconense, y preguntado sobre los tres mencionados artículos ensalzó la obra de tres naves, pintando el peligro que en un temblor de tierra ó soplando grandes huracanes corrían las fábricas anchas como sería la de una sola. Tras él emitió su parecer, igual enteramente, el arquitecto de la catedral de Barcelona *Bartolomé Gual*, que tantas pruebas dió de su gusto en la dirección de la fábrica de los claustros de aque-

lla. De este modo peligraba el plan de una sola nave, y ni una voz se alzara hasta entonces á su favor, cuando se presentó *Antonio Canet*, escultor y estatuario de la ciudad de Barcelona, y maestro de la iglesia de Urgel. Después de asegurar la firmeza y solidez de aquella obra, alabó también con decoro la de tres naves; pero al paso que declaró no era tan noble como la primera, presentó tantos inconvenientes, demostró tan hábilmente que tendría que desaparecer el ándito ó galería que corre toda la pared y que da extraordinaria hermosura al templo, que bastaban aquellas indicaciones para inclinar los ánimos á su favor, aunque no se hubiese abiertamente declarado contrario de la obra de tres, prefiriendo la de una. Mas, á fuer de ingenioso y sutil, sólo al acabar reputó ésta más compatible con la cabeza de la iglesia, y echó, digámoslo así, un nudo á sus razones diciendo que, además de ser la iglesia incomparablemente más clara si se adoptaba, no se perderían los ánditos y la obra se efectuaría con mucho menos gasto; argumento sólido y concluyente en toda empresa cuyo móvil y fundamento es la caridad y desprendimiento de muchos. Sin embargo, el proyecto de Boffiy aún debía ser contrariado por algunos, y apenas acabó su declaración el digno arquitecto de la catedral de Urgel, votó á favor de la fábrica de tres naves *Guillelmo Abiell*, escultor y maestro de las iglesias de Santa María del Pino, del Carmen, de Montesión, de San Jaime y del Hospital de Santa Cruz de Barcelona, cuyo dictamen siguió, aunque expresado con más moderación y alabando en parte la obra de Boffiy, *Arnaldo de Valleras*, arquitecto de la catedral de Manresa. Pero *Antonio Antigoni*, maestro de la iglesia de Castellón de Ampurias, defendió con resolución la tan contrariada obra, declaró la de tres de mal gusto é incompatible con la cabeza del templo, y afirmó que aun concediendo que fuese algún tanto más tolerable ésta deshaciendo la bóveda, como opinaban sus defensores, y dándole luégo quince palmos más de elevación, nunca podría llamársela bella ni acabada. Esta manifestación fué, por decirlo

así, la señal de ataque, y los que votaron después hicieron justicia al plan de una nave. Y en verdad cosa admirable es que los partidarios de éste fueron, si no los únicos, los que mejores y más científicas razones expusieron para sostener su dictamen: prueba irrecusable de que también los artífices de aquellos tiempos pesaban maduramente el plan de sus obras, arreglándolo conforme les dictaba su inspiración y la filosofía del arte. *Guillelmo Sagrera,* maestro de la iglesia de San Juan de Perpiñán, después de contestar al primer artículo, asegurando que la obra de una nave era firme y segura, manifestó prolijamente su parecer en cuanto al segundo, diciendo en resumen: que la de tres no era proporcionada ni merecía continuarse, sino que debía cesar; que en caso de proseguirse, debía deshacerse la bóveda de la segunda crucería desde las cerchas hasta los capiteles, derribando asimismo los pilares que se hubiesen hecho después para alzarlos á quince palmos de mayor altura, operaciones que no impedirían que la obra fuese *mezquina y miserable;* y que se echaría á perder el corredor ó galería, al paso que igual dificultad se ofrecería en el ventanaje. Y terminando su sencillo razonamiento, afirmó que la obra de una nave era incomparablemente más compatible y proporcionada al remate de la iglesia, que, en su conciencia, declaró *se había construído y acabado en tres con intención de que lo restante se hiciese y prosiguiese en una sola.* Fué el último *Juan de Guinguamps*, escultor habitante en la ciudad de Narbona, que acerca de los dos primeros artículos contestó que la obra de una nave ofrecía toda la seguridad y firmeza que de una fábrica pudiese exigirse, manifestando que la de tres no era suficiente ni se debía proseguir, porque nunca guardaría conformidad con el remate. Pero al tratar del artículo tercero ensanchó un tanto los límites de su sencilla y modesta exposición, é indicó un pensamiento que puesto después en ejecución dió notable gracia y belleza al edificio. Dijo, pues, que sin comparación la obra de una nave era más proporcionada al mencionado remate, al paso que manifestó cuán menos costosa

sería. Mas como podía con razón objetársele que así la cabeza de la iglesia se presentaría baja y pequeña, y que desde el extremo de los tres arcos de aquella hasta la cúspide, la bóveda mucho más alta de la nave quedara un trozo de pared feo y desnudo; indicó con mucho ingenio que se evitaría semejante inconveniente, pues en el mencionado trozo de pared habría tanto espacio, que *bien se podrían abrir en él tres redondas y bellas rosas, la mayor en el centro y otra más pequeña á cada lado, que además darían abundante luz á toda la iglesia.* Así terminó aquella sesión, cuya acta ha conservado los nombres de tantos distinguidos artífices, documento tal vez único en su especie, y dato fecundo en consecuencias y reflexiones para aclarar muchos puntos de la historia del arte de la Edad media.

Á 8 de Marzo del siguiente año, 1417, emitió con la misma formalidad su dictamen el maestro de aquella iglesia *Guillelmo Boffiy*, que en sus razones no hizo más que confirmar las de los que le precedieran y lo que demostrara con su misma obra. Oídos, pues, todos los pareceres, llegó por fin el día en que debía decidirse tan importante cuestión, y cúpole esta gloria al 15 del mismo mes. Celebróse solemnemente misa de la Virgen Santísima, y convocándose á són de campana el respetable cabildo, á que asistió el obispo D. Dalmacio de Mur, por unanimidad resolvió *que la obra de la iglesia gerundense se prosiguiese en una nave:* sabia determinación, hija del más maduro examen, pues en el mes de Setiembre del año anterior se leyeron al cabildo los votos de los arquitectos, pudiendo así con la debida calma meditar aquel asunto (1).

En 1456 ya estaba en pié la última capilla titulada de San Pablo, que es la primera á la izquierda del que entra. Mandóla construir el obispo D. Bernardo de Pau, á cuyo favor el maestro herrero firmaba ápoca á 25 de Abril de aquel año por las rejas que en ella trabajara. Aunque de semejante documento

(1) Curia del Vic. Ecles., *ex libris Notularum.*

pudiera deducirse que la nave estaba ya concluída, faltando sólo que cerrarla con el frontis; sin embargo no creemos se hubiesen edificado los últimos arcos, como lo veremos en breve. ¿Era entonces maestro el mismo *Guillelmo Boffiy*, ó siguiendo el continuo vaivén y cambio de arquitectos que sufrió aquella catedral desde sus principios, continuaba su plan otro artífice? Cuestión es esta que no podemos resolver de un modo absoluto; los documentos contemporáneos nada dicen sobre el particular, y la luz que en este asunto arrojan algunos poco posteriores ciertamente, no saca de la oscuridad el nombre de Boffiy sino el de otro arquitecto (*a*). En 1458 se construía la puerta lateral de los Apóstoles, y *Berenguer Cerviá* dirigía los operarios en calidad de maestro mayor, cobrando cada día tres sueldos. También se hicieron entonces las doce estatuas de los discípulos de Jesús, que costaron 600 florines, estipulándose en el convenio que las formase el artífice *de aquel barro de que se fabricara la Imagen de Santa Eulalia y la cruz de la Puerta nueva en Barcelona* (*b*).

Entre tanto continuábase con lentitud la fábrica de la na-

(*a*) En 1427 suena el nombre de un *Rollin Vautièr* francés, y en 1430 el de *Pedro Ciprés*.

(*b*) La obra de este portal se trabajaba ya á últimos del siglo XIV, como se deduce de la carta que en 15 Julio 1394 dirigió el Cabildo de la Catedral de Mallorca al de Gerona, solicitando permitiese á *Guillermo Morey* pasase á la isla, para sustituir á su hermano el célebre Pedro Morey, que había ideado y dirigido en parte la construcción de la Puerta del Mirador ó de la Mar de la Seo mallorquina, atendido á que el tal Guillermo Morey estaba empleado en una semejante obra en Gerona.

Además, en el contrato firmado en 4 Diciembre 1458 por el escultor barcelonés *Antonio Claperós*, para la construcción de las imágenes de los doce Apóstoles, al hablarse de los nichos y de los capiteles ó repisas sobre que debían ir colocadas, se dice que eran *ab antiquo fabricatis*, lo que supone perfectamente los setenta años que transcurrieron desde la construcción de la puerta hasta que en ella se colocaron las estatuas debidas á Claperós.

El hijo de éste, *Juan*, en 28 Agosto 1460, en nombre propio y en el de su padre, firmó un contrato para la ejecución de un grandioso grupo, en barro cocido, que debía representar la Asunción de la Virgen, para colocarlo en el mismo portal, sin duda en el frontón que habría ideado, en el plan de su terminación, *Berenguer Cerviá*. Pero este bello proyecto no pasó adelante tal vez á causa de las revueltas que estallaron cuando la muerte del Príncipe de Viana.—FITA: Obra citada (apéndice á la serie segunda, pág. 100 y siguientes). Véanse en la misma los contratos á que nos referimos, monumentos diplomáticos de gran valor para la historia del arte.

ve (*a*), que no se hallaba todavía en su punto de perfección á mediados del siglo XVI. En 1579 construíase el arco tercero, mas escaseaban los medios y difícilmente hubiérase completado á no ocupar la sede de Gerona Fr. Benito Toco, que ascendió á ella á 20 de Noviembre de 1572. Pronto manifestó con su celo que era digno de regir aquel obispado, y la fábrica de la iglesia también experimentó los efectos de su generosidad. Procuró por todos los modos posibles que se siguiesen con rapidez los trabajos, y á 18 de Noviembre de 1579 ofreció para ello 500 libras anuales, cuyo noble ejemplo halló al punto numerosos imitadores. Desplegóse entonces tanta actividad, manifestaron todos tanto ardor por ver acabado el templo, que al siguiente año tuvo el citado obispo la satisfacción de poner la primera piedra del campanario; pero debía aún ilustrar otra sede, y habiendo por el mes de Junio de 1583 sido trasladado á la iglesia de Lérida, no pudo presenciar la total conclusión de la obra que con tanto empeño protegiera.

Mas el nombre del arquitecto que ponía en ejecución los generosos proyectos de aquel prelado no suena en los documentos, que continúan guardando el mismo silencio hasta el siglo XVIII, y en verdad deja de sernos tan sensible su reserva al reflexionar cuán poco considerables fueron los trabajos que en aquella iglesia se efectuaron durante este intervalo. Á 21 de Agosto de 1598 D. Francisco Arévalo de Zuazo usó por primera vez la mitra gerundense, y la obra del templo halló en él un protector no menos ardiente que el obispo Toco. Apenas acababa de entrar en posesión de su nueva dignidad, á 5 de Setiembre del mismo año propuso que se prosiguiese la obra del campanario y se añadiese otro arco á la nave, ofreciendo para ello ciento cincuenta libras por cuatro años, donación que después aumentó con otras ciento. Concibió también el proyecto de

(*a*) En 1479 era maestro de la obra *Juan Agustí*, quien entendía también en relojería como su yerno *maestro Julián*, recibiendo ambos del cabildo el encargo de fabricar el gran reloj para la Seo.

construir una escalera, donde efectivamente hoy está la principal, y se principiaron los trabajos en 1607; pero á fines de aquel siglo se deshizo lo que se empezara á construir, y sólo la gloria de su buen deseo le queda á tan digno prelado. Verificando su primera entrada en Gerona á 8 de Octubre de 1686 el nuevo obispo Fr. Miguel Pontich, subió hasta la puerta de la catedral, donde había un altar para prestar el juramento, y al observar con cuánta fatiga se llegaba al umbral del santuario y la mala disposición de la escalera, volvióse á uno de los asistentes y le dijo, que queriendo Dios no jurarían con tanta incomodidad sus sucesores. Cumplió en efecto su palabra, y á su voz desapareció la antigua y trabajosa cuesta, que se convirtió en la soberbia escalinata que hoy admiramos.

La portada es construcción del siglo XVIII, obra de *D. Pedro Costa,* natural de Vich y uno de los primeros académicos de mérito de la real de San Fernando. Á pesar de que nació en una época en que todavía estaban en boga los delirios de Churriguera, sin embargo es digno de alabanza por haber sido uno de los primeros que en Barcelona reconocieron los errores del *barroquismo* y trabajaron para que el arte recobrase el verdadero gusto del Renacimiento. Mucha gloria es para él haber dado noble ejemplo de actividad en aquella coyuntura, y si no siempre anduvo por el camino de la sencillez y de la verdad en arte, débense con todo tener en cuenta los malos principios que necesariamente le enseñaron, y de cuyas trabas no fué poco esfuerzo desprenderse. Trabajó muchas obras públicas, entre las cuales se cuentan las siguientes: en Barcelona, Junqueras, el retablo mayor; San Miguel del puerto, la estatua del arcángel de la fachada; San Juan, la del santo en el frontis; Manresa, las estatuas y retablo principal de Mercenarios; Cervera, la estatua de Felipe V en la Universidad; Tárrega, la de Nuestra Señora de la Piedad en la capilla de los Dolores (1). Pero, cuando ven-

(1) CEÁN BERMÚDEZ: *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España,* tomo 1, pág. 365.

cidas las dificultades podía aspirar á más alta fama artística, concibió un proyecto por cierto singular, al cual se dedicó con todo el ardor de su alma. Dióse á la lectura de nobiliarios, y cobró tal afición á las embrolladas genealogías de las más ilustres casas, que indagando su origen y causas de su esplendor escribió tres tomos, perdiendo en su redacción el tiempo que debiera consagrar al estudio y á la ejecución del arte cuya profesión con tanta honra ejercía. Falleció en 1761 en la villa de Berga, que creemos adornó con sus últimas obras.

Éste fué el que cerró la obra de la catedral gerundense con tanto trabajo y lentitud continuada. Así por una extraña coincidencia sufrió aquel noble edificio tantas vicisitudes, que apenas las ofrecerá en mayor número, guardando empero la debida proporción, la fábrica más suntuosa y acabada. Apenas echados sus cimientos, cuando debiera ser mayor la actividad y cuidado del arquitecto, un continuo cambio de maestros paraliza los trabajos, y lo expone á las modificaciones ó añadiduras que pudiera sugerirles su capricho. De repente cesa el plan de tres naves, la discordia interrumpe la prosecución del nuevo proyecto, y quien sabe si admiraríamos ahora la obra de *Boffiy* si un obispo celoso del esplendor de su iglesia no hubiese vencido todos los obstáculos con su imparcialidad y sabiduría. La votación, puede decirse la casualidad, decide de su forma, y para que nada faltase á su agitada historia, cae al concluirse en manos de un artífice moderno, que cubre, si así se nos permite expresarnos, con un sombrero tricorne la noble estatua gótica.—Pero, en obsequio de la verdad, no podemos pasar en silencio una breve reflexión nacida de estos mismos hechos, y cuyas consecuencias nos abstendremos de desarrollar por ahora. En medio de la continua mudanza de arquitectos durante los principios de aquella fábrica, lejos de menoscabarse creció en belleza y elegancia, aumentando estas calidades los artífices góticos que sucedieron al que dió la primera traza. *Boffiy* abandona el plan de tres naves, y lo hace brillar al fondo de una sola: en la votación *Juan*

de Guinguamps da la idea de las tres rosas que se abren al extremo de ésta sobre los arcos de las tres del remate, formando como un frontis de otro santuario dentro del santuario mismo; y *Berenguer Cerviá* empieza la magnífica puerta de los Apóstoles (*a*). ¿Puede esto afirmarse del arquitecto, cuya memoria honramos y respetamos, que construyó en el siglo pasado la última parte de aquel edificio?—Una revolución ha trastornado el suelo español; las viejas ideas han hecho lugar á las nuevas, pero con choque tan violento, que ni aquéllas fueron de todos bastante conocidas para desechadas, ni éstas bastante examinadas para abrazadas con tanto empeño. Una superficialidad *francesa* ha sido el resultado de estos vaivenes; la animosidad entre las escuelas antigua y moderna ha estallado con furor; los ánimos están prontos á irritarse á la menor oposición á sus principios, y sin embargo de todos los principios se duda, mientras cada día pululan nuevos sistemas y nuevas teorías. No seremos nosotros los que en esta anarquía moral nos atrevamos á desenvolver las consecuencias de una cuestión que así provocaría los irritados clamores de un bando como las inoportunas burlas de otro; cálmese esta efervescencia, fíjense los principios de las escuelas, señálense los límites de las reglas y los de la filosofía, y entonces quizás otra pluma tratará tan delicado asunto con el tino y profundidad que requiere, y de que confesamos estar desposeídos (*b*) (*c*).

San Félix

Si es cierto que las cúpulas y levantados chapiteles dan á cualquiera población un aspecto pintoresco; el de Gerona, que

---

(*a*) Véase la nota *b* de la pág. 107.

(*b*) Recuérdese la época en que esto se escribía.

(*c*) Las bellezas de la Catedral gerundense han sido también objeto de estudio por parte de autores extranjeros; entre ellos el inglés STREET en la obra *Some accounts of gothic architecture in Spain, 1865*; y el húngaro SCHLUCZ FERENCZ en los *Monuments d'architecture inédits, premier fascicule: Gerona. Ouvrage accompagné de trois planches et de trente quatre gravures.*

de suyo lo es, recibe no poca gracia del campanario de la insigne colegiata de San Félix. Bello, airoso y atrevido descuella sobre toda la ciudad, por encima de la cual levanta altísima su frente que ciñe poética corona de niebla. Orgulloso con su belleza y majestad, plácese en hacerse gozar por todos los aspectos y en formar parte de cuantos puntos de vista ofrece Gerona. No hay calle desde donde no se distinga su cúspide, no hay pendiente por honda que sea donde no penetren, si así puede decirse, sus miradas; como un rey vela por la ciudad á que domina, y en vano intentárase evitar su presencia. Y sin embargo ¡cuán poético siempre, cuán sublime y armonioso! Ora se contemple desde el elevado atrio de la catedral, cuyo frontis aparece como encogido y avergonzado delante del elegante remate de aquel gigante con quien al parecer nos abocamos desde tan considerable altura, y en cuyo torno desparrámanse centenares de habitaciones que con su pequeñez aumentan las proporciones de aquél; ora nos coloquemos al pié de la empinada y estrecha calle que conduce á la puerta lateral de mediodía de San Félix, osando apenas alzar los ojos que al punto dan con aquella mole que los aterra; ora se mire desde el cauce mismo del río Oñar donde éste separa el barrio del Mercadal de la ciudad, ó ya salgamos á gozar de su vista fuera de las murallas por la parte de la dehesa, siempre aparece agudo y bello, deleitando la imaginación y elevando el alma con su aislamiento en medio de los aires.

Edificado sobre una prominencia de la colina en que está fundada la mayor parte de la ciudad, lánzase en tres cuerpos á una altura que, siendo ya por sí considerable, auméntase al parecer según el punto de donde se observa (*a*). Los lisos y espesos muros del primer cuerpo nada contienen que deba atraer las miradas del artista; sin embargo, dignas son de notarse su sólida esbeltez y la proporción que aquella masa compacta guarda con lo restante de la obra, que bien necesita apoyarse sobre

(*a*) Véase la *Vista de Gerona*.

cuerpo semejante para que no infunda quizás temor su ligereza y osadía. Pero en el segundo, algo más estrecho y circuido de graciosos estribos, ábrense notables ventanas, cuyas labores no son por cierto indignas del siglo XIV en que se construyeron. Sigue el tercer cuerpo, cuya anchura también va en disminución y cuyo ventanaje se conforma perfectamente al gusto del ya mencionado; pero es de ver la gracia con que arrancan los estribos, pasando más allá de la cornisa de la obra á cuyo sustento están destinados y remontándose en delgadísimas agujas: bella disposición, que convierte en adorno lo que se erigió para apoyo, y hace que la fábrica cobre su no menor curiosidad y gallardía de lo mismo que al parecer debiera hacerla pesada. Remata el todo en un chapitel gracioso y esbelto, cuya altura será poco más ó menos la de los últimos cuerpos reunidos. ¿Por qué las cúpulas encierran en sí ese sentimiento de inspiración, de elevación á un mundo mejor, y derraman en el alma bienhechor rocío de ilusiones y esperanzas? Misteriosa sensación es ésta, que así alcanza al hombre religioso como al que nunca pisó los transparentes umbrales de la oración, así al entusiasta como al mezquino positivista. Cuando tristemente contemplamos de lejos la uniforme línea de una ciudad populosa llena de bullicio y animada con el tráfico del día; si en medio se lanza á los aires airoso chapitel de afiligranadas labores ¡cómo se ensancha el corazón y se extasía la mente y se ceban con placer los ojos en la consideración de sus partes! Aquella pobre torre es lo único que se atreve á ser espíritu entre tanta *materia*, y perdiéndose su cabeza piramidal en un océano de azulados y luminosos vapores, diríase que no han espirado sus líneas, sino que imperceptiblemente siguen hasta esconderse en las nubes, formando así un vínculo entre la tierra y el cielo,—camino seguro de la oración que va haciéndose más imperceptible y pura á medida que avanza en los espacios, mística plegaria que sobrepuja los alaridos de la orgía.

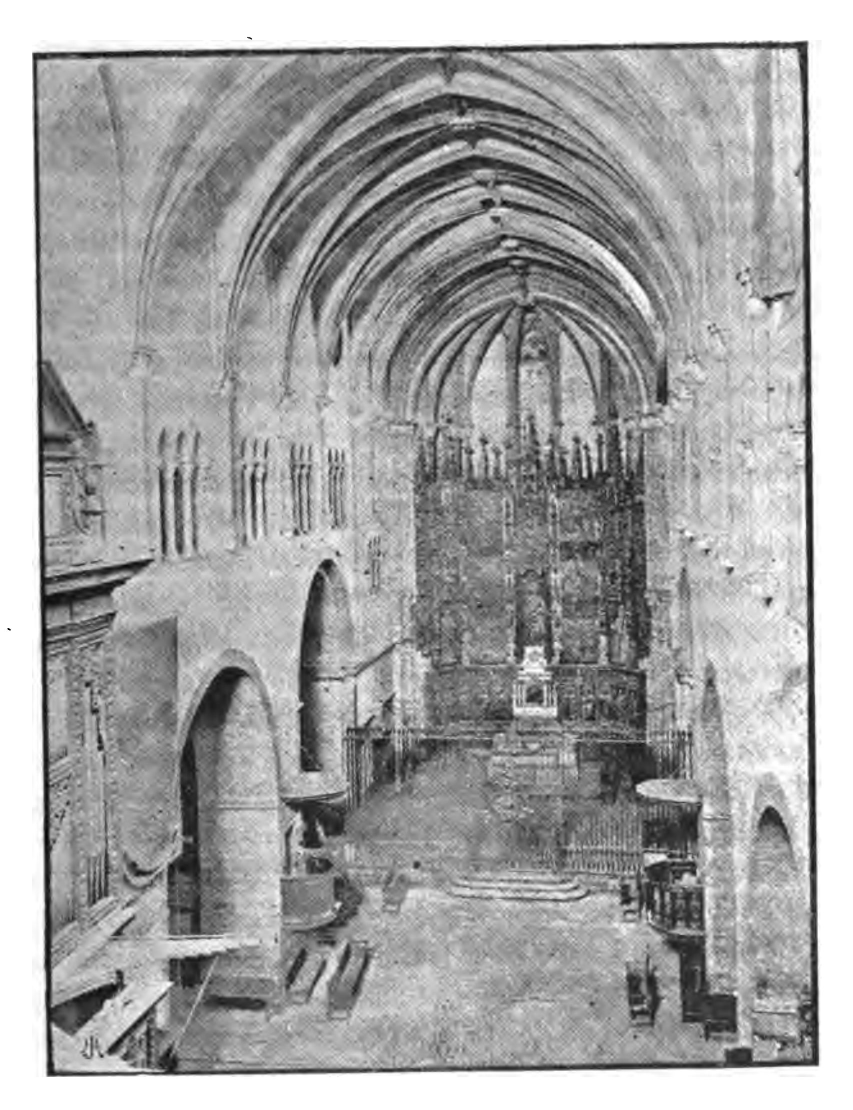
El arquitecto dejó perfecto y acabado el remate piramidal

del campanario de San Félix á últimos del siglo xiv, las nieblas y los nublados juguetearon con él durante todo el xv y parte del siguiente; pero á fines de éste perdió aquella alta cúspide que erguíase orgullosa en medio de las agujas de los estribos. Su vecindad con las tempestades fué su ruina, y á 9 de Enero de 1581 un rayo abatió su altivez, desmochándola algunos palmos (1). Así quedó truncada en su extremidad, y viendo el cabildo cuán poco era lo que faltaba, mandó acertadamente igualar y anivelar lo roto, coronándolo con una especie de cornisa con que desde entonces termina.

Al lado de la torre vese modesta la fachada, que llega casi hasta la mitad del segundo cuerpo de aquella. Es obra moderna del siglo xvii, y su portada consta de dos cuerpos con cuatro columnas cada uno y algunos nichos sin estatuas. Sobre ella se abre en el centro una ventana redonda, concluyendo el todo con un cuerpecito formado por tres ventanas y coronado por un antepecho de labores caladas y sumamente sencillas. Un torreón de la misma forma que el primer cuerpo del campanario levántase pegado á la izquierda de la fachada, y llega poco más ó menos hasta el remate del segundo de esta. Es en verdad extraño, sino pintoresco, el efecto que produce ese conjunto contemplado desde el pié de la escalera sobre la cual está construido. Una torre gótica y elevada mira á sus piés con indiferencia al sencillo frontis greco-romano, á cuyo lado ostenta un torreón sus almenas. La portada apenas se atreve á explayarse encogida entre aquellas dos espesas moles, y á no sonar en lo alto el eco de las campanas, y si no penetrara en los aires la esbelta pirámide, creyérase ver la entrada de una fortaleza empinada en la cima de una peña: tan brusca y áspera es la eminencia que ocupa aquella obra, y tan sombrías las paredes que la circundan.

Es San Félix una iglesia, que sorprende con su aspecto bár-

(1) *Actas capitulares de la Santa Iglesia de Gerona.*



GERONA.—Interior de San Félix

baro al que por primera vez entra en su recinto. Constitúyela principalmente una nave bastante alta y cuya bóveda es de estilo gótico, mas no nos atrevemos á calificarla de tres, pues no sabemos si merecen el nombre de naves los dos corredores que se extienden á sus lados y en los cuales se abren las capillas. En todo el templo nótase una mezcla extraña que sólo puede explicar la historia de la misma fábrica y las vicisitudes de los siglos. Arcos semicirculares, bajos, toscos y sin adorno ni moldura de ninguna especie dan paso de la nave á los mencionados corredores, y cierto no les van en zaga en pesadez informe los pilares en que se apoyan, si es que tales pueden llamarse aquellas masas bárbaras y desnudas, mayormente atendida la idea que lleva consigo el nombre de pilares en toda descripción de un templo de la Edad media. Pegada á cada uno de ellos levántase una delgada columna de gusto bizantino, y encima carga la bóveda cuyos arcos ojivales contrastan particularmente con la pesadez de la parte baja de la pared. Corre en toda esta una galería de arcos en semicírculo, y sus pequeños pilares carecen de aquella gracia y aire que caracteriza á los ánditos de la mayor parte de construcciones.

Así por una rara mezcla tiene este templo la planta bizantina con su pequeño crucero, su ábside, y sus oscuros y bajos corredores á los lados, con masas informes por pilares, más toscos que cuanto puede ofrecer el verdadero género bizantino ó sajón, y cuyo carácter conserva algo de lo sombrío y por decirlo así subterráneo de las catacumbas. Mas esa misma amalgama infunde al alma sagrado temor, y nos impone con su antigüedad y extremada sencillez. Allí vemos simbolizados los primeros pasos de nuestra religión; sobre la arquitectura de las criptas levántase la bizantina, y por encima de esta asoma libre, ufana y airosa la gótica, del mismo modo que el cristianismo fué en sus principios una religión de iniciados á quien prestaron asilo los cementerios subterráneos, hasta que la voz de los emperadores mandó plantar la humilde cruz en las soberbias basí-

licas romanas, erigiéndose por todas partes, ya con restos de estas, ya con groseras y adulteradas imitaciones, iglesias que proclamaban el nombre de Cristo, y que á su vez cedieron la plaza á la arquitectura gótica, obra de aquellos siglos de amor, de poesía y de fe, que reunieron en obsequio y alabanza de Dios cuanto más puro, ideal, espiritual y magnífico pudo concebir su fe, su amor y su poesía.

Merecen alguna atención las pinturas del altar mayor, al paso que descuellan en aquella obra la complicación y delicadeza de las esculturas, sobresaliendo en este particular los doseletes ó pináculos que cobijan las imágenes de la Virgen, que ocupa el centro de San Narciso y San Félix. El sepulcro de este santo, que se trasladó al altar de que hablamos por el mes de Julio de 1799, forma una grande urna de un gusto que ciertamente no se nota en las obras del siglo XIII, al cual se ha querido atribuir, y la parte que de él se ve contiene muchas figuras de relieve, casi todas con traje romano, cuyo significado pone á primera vista indeciso al más inteligente. Sin embargo, las acertadas observaciones de muchos sabios han ya demostrado que representan un acto de la vida del Santo, y efectivamente aquellas figuras borran la menor duda que pudiera concebir el crítico más escrupuloso (1). Á la derecha del que mira aparece en el extremo de aquella cara un pequeño altar romano en que arde ya la pira sagrada; delante de él varios personajes llevan víctimas, y algunas trípodes ocupan el suelo. Las figuras del centro llevan una especie de rollos en sus manos, y más á la izquierda vese un respetable varón asido por entrambos brazos por dos personas, á las cuales parece contestar con su firme ademán y aplicando la diestra sobre su corazón. Es San Félix, á quien pretenden obligar á que siguiendo el ejemplo de los demás, deponga su ofrenda en el altar de los dioses, instándole tal vez para que entregue sus libros santos, que deben ser arro-

(1) *España sagrada*, tomo 45, trata. 83, cap. IV., pág. 71.

jados á la hoguera que remata la parte izquierda de aquel monumento.

La venerable antigüedad romana dejó en aquel presbiterio dos bajo-relieves, que al mérito que por sí les da el transcurso de los siglos reunen una feliz conservación y bastante regularidad en los ropajes. El que está al lado del evangelio, colocado á alguna altura en la pared entre la puerta de la sacristía y la reja que cierra el presbiterio, figura una cacería de leones, que en número de siete, dos machos y dos hembras con tres cachorros, luchan contra doce cazadores, siete á caballo y los cinco restantes á pié. En el otro relieve que está en la pared opuesta vese la noche, representada por Plutón y tirada por dos caballos, huyendo delante del coro de las Horas y las Gracias, que llevando Mercurio á su frente preceden á la Aurora.

Ninguna particularidad ofrecen las capillas de esta iglesia, y sólo la de San Narciso es acreedora á que le dediquemos algunas líneas en estos apuntes, mayormente cuando la alta y universal reputación que de excelente y acabada disfruta, no nos perdonaría tal vez que la pasásemos en silencio. Es toda moderna, y bastante arreglada aunque pertenece al siglo pasado (*a*). Consta de una nave de figura elíptica, con bóveda semicircular enriquecida con vistosas fajas de arabescos, mientras adornan las paredes cuatro pilastras de relieve de orden compuesto. Sigue á ésta un segundo cuerpo más pequeño, también elíptico, adornado con pilastras del mismo orden, y á su extremo sobre cinco gradas se ve el presbiterio. El altar está colocado debajo de un arco semicircular apeado en pilastras toscanas, y sobre pedestales que llegan á la misma altura de la mesa levántanse seis grandes columnas, cuyas bases y capiteles son de bronce. Remata en una especie de cúpula, si de tal puede calificarse la reunión de varias cercas con volutas que arrancando

(*a*) Puso la primera piedra el obispo D. Tomás de Lorenzana y Butrón en 14 de Abril de 1782.

sobre la cornisa de cada columna se encuentran en el centro. Adorna el sepulcro del santo su estatua arrodillada y en actitud de elevarse á la gloria, y á uno y otro lado acompáñanla dos ángeles, de los cuales uno lleva el báculo y otro la mitra y la palma del martirio. Sin hablar del mérito que los inteligentes puedan reconocer en esta obra, sólo diremos que todo en ella respira riqueza, y que el conjunto de tantos relieves, trabajadas pilastras y arabescos, todo ejecutado en mármoles jaspeados y relucientes de varios colores, producen un efecto imponente y majestuoso que se armoniza perfectamente con la celebridad y general devoción de que goza el santo mártir, cuyos sagrados restos allí reposan (*a*).

Al pié de las gradas del presbiterio y arrimado á la pared vese un sencillo y severo sepulcro, cuyo exterior nada contiene que llame la atención del viajero. Sin embargo, al leer la inscripción latina que ocupa el frente de la base, sobre la cual erígese fúnebre y desnuda la urna, un sentimiento de respeto invade todo nuestro sér, y con enternecimiento y no sin cierto orgullo, traemos á la memoria el valor y patriotismo de que nuestros padres hicieron alarde á los ojos de la Europa entera en una guerra todavía reciente (1). Yace allí D. Mariano Álvarez de Castro, benemérito militar que mandó en Gerona durante el célebre y sangriento sitio que en 1809 sufrió la plaza,

(*a*) La nave de esta capilla está pintada por Tramulles, y las imágenes de San Félix y San Invento (Trobat) y las de Santa Afra y Santa Hilaria que adornan la propia capilla, son obra de los artistas barceloneses D. José Mirabent y D. José Ribó, que las ejecutaron en 1858, al restaurar las antiguas pinturas.

(1) Dice así la inscripción:

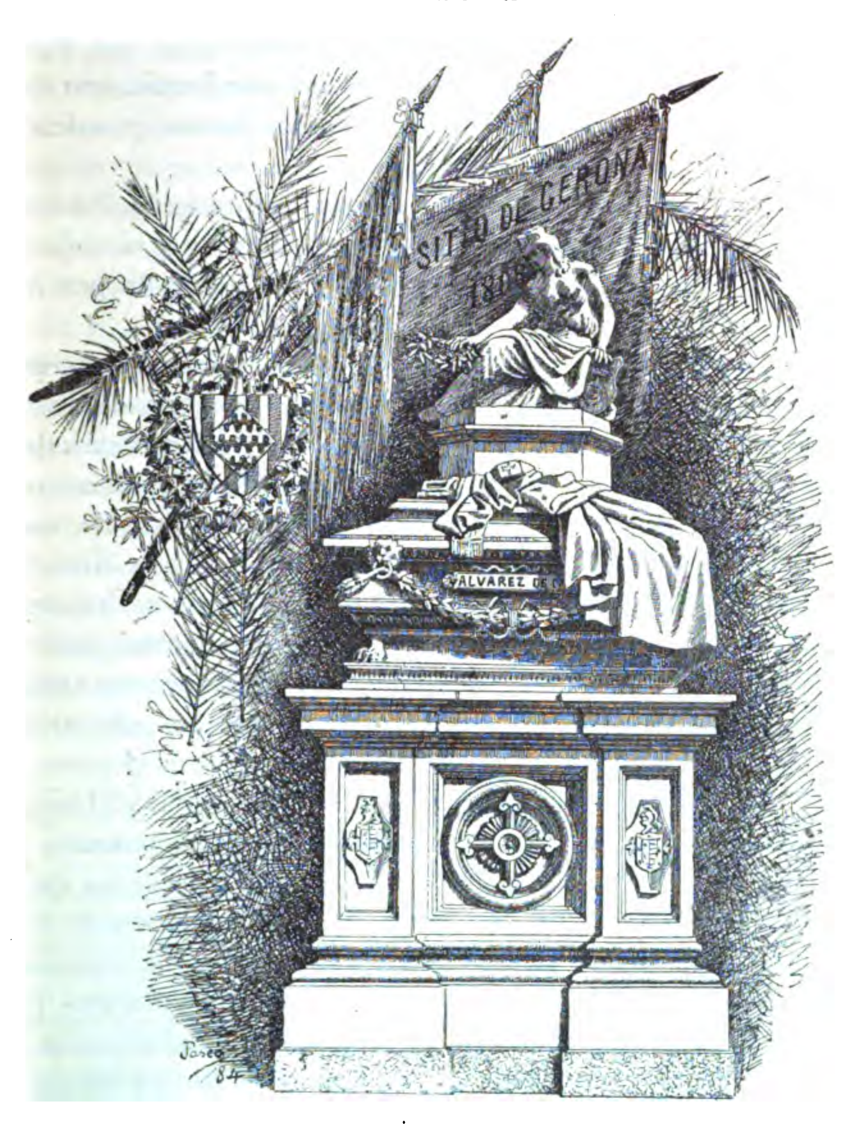
Squalidus hic jacet Alvarez nunc lumine pribus
Idem qui fortis cum tulit arma fuit.
Hic vir, hic est heros, nullum moriturus in aevum,
Cui scelerata fides certa venena dedit.
Aeternum vivet nobis Jastisque Gerundæ,
Cum jussu Regis tollitur ara pia.
Hoc numquam poterit tempus reticere sepulcro:
Fama memor saeclis non peritura canet.
MDCCCXVI...

y que selló con su sangre el juramento que prestara á la patria. Séale leve la losa funeraria que lo cubre, y el que por sólo el honor del nombre español ciñó el acero y arrostró la muerte, descanse glorioso en su tumba sin que vaya á profanarla la moderna indiferencia que no comprendería sus virtudes (*a*).

Dos puertas laterales tiene este templo, tristes y negruzcas ambas, la una que mira al norte y la otra al mediodía. Tumbas cenicientas guarnecen los lados de sus entradas y cubren las paredes exteriores; pocas ó ninguna respiran la menor elegancia; están desparramadas y solitarias, sostenidas la mayor parte por dos informes cabezas de animales, que entre lo tosco y lo gastado aún conservan algunos rasgos de la fría estupidez que se nota regularmente en las figuras de irracionales que adornan monumentos tan antiguos; las urnas son sencillas y pesadas, y sobre el tono gris de la carcomida piedra delinéanse confusamente las inscripciones medio borradas como caracteres bárbaros y simbólicos:—lugar sublime y triste, apto para la meditación filosófica ó artística, mientras suavemente blanquea aquellas losas la luna, cuyos fríos rayos tantos siglos há se deslizan por su superficie jugueteando con los monstruos de piedra, y mientras el pesado aleteo del viento á ratos murmura á nuestros oídos palabras de pavor y de misterio!

El origen de esta iglesia se pierde en la oscuridad de los

(*a*) Los restos del invicto caudillo fueron trasladados el día 2 de Mayo de 1880, con solemne pompa, al monumento sepulcral, estilo del Renacimiento, que se erigió en la propia capilla, adosado á la curvatura que forma el lado derecho de la misma, mirando al altar. Lo constituyen un basamento rectangular, adornado con los escudos de Álvarez y coronas de laurel que encierran la fecha de 1809. Sustenta en la parte anterior una urna con la inscripción *Álvarez de Castro*, moldurada y festoneada, en cuya tapa aparecen las insignias del general. En la parte posterior hay un pedestal en el que se apoya una estatua simbolizando á Gerona ceñida la corona mural, teniendo en una mano el escudo de la ciudad y ofreciendo con la otra al héroe el laurel de la inmortalidad. La altura total es de 3 metros 70 centímetros. Esta bella obra, ejecutada en piedra caliza del país de color rojo amarillento y en mármol blanco de Carrara, fué proyectada por el arquitecto D. Martín Sureda, siendo debidas la urna y la estatua respectivamente, á los escultores D. Jerónimo Suñol y D. Juan Figueras, trabajando el resto del monumento D. Jaime Sala, lapidario de aquella ciudad.



GERONA.—SEPULCRO DE ÁLVAREZ

primeros siglos de la cristiana, y la pía tradición de nuestros mayores la atribuyó á artífices celestiales: bello origen por cierto para un templo donde todo respira sencillez y todo incita la veneración! Y en efecto, á espaldas del coro vese una tabla con un largo escrito alusivo á indulgencias, encabezado con una efigie de la Virgen sentada con Jesús en los brazos y rodeada de ángeles, que entre otras cosas dice:

«En aquesta taula están continuadas les Gracies y Perdons »que guanyan aquellas personas que fan almoyna á la obra de »la present Isglesia, la cual antigament fonch edificada per mi»nisteri de Angels.....»

Sin embargo, la juiciosa crítica de los más piadosos escritores le ha señalado principios más humildes que en nada disminuyen la impresión respetuosa que aquella tradición nos causaba. En aquellos tiempos aciagos para el naciente cristianismo, en que la crueldad de algunos emperadores romanos,—de los más viles déspotas de esa caterva de soberanos que con su cronología legaron á la posteridad una lista donde apenas se lee otra cosa que corrupción, desenfreno, crimen y quebrantamiento de las leyes de la naturaleza,—matizó con sangre las primeras páginas de nuestra religión y purificó en el crisol de las persecuciones las virtudes de los primeros creyentes; mientras el vasto y gangrenado imperio se parecía á una inmensa orgía, y el moribundo culto de la materia simbolizado en los dioses lanzaba al culto del espíritu y de regeneración á lo profundo de las catacumbas;—el terreno que hoy ocupa la insigne colegiata de San Félix también prestó asilo á los constantes primeros cristianos de Gerona. Allí entre el horror de las tinieblas reuníanse los nuevos hermanos de un mundo nuevo, cobrando aliento con el fervor de la plegaria, mientras los cadáveres de los mártires alineados en las paredes aparecían tal vez envueltos en misteriosa aureola de blanquísimo vislumbre, como si les animaran al combate con su ejemplo.

¿Por qué el horror de las criptas no ha de haber influido en

la primera época de la arquitectura cristiana? ¿Por qué esos monstruos que adornan las obras sajonas, esas caras informes medio mochuelos y medio hombres, esos caprichos originales y grotescos no han de ser un vivo recuerdo de aquellos antiguos subterráneos? Extraña y fantástica debería de ser la impresión que semejantes lugares producirían:—las bóvedas toscas y rebajadas cargando sobre monstruosos y aplastados pilares, las filas de cadáveres, en cuyos entreabiertos labios vagaría quizás indefinible expresión ó sonrisa, según lo agudo del último dolor en su agonía, el silencio de la noche, el misterio de la reunión y de la ceremonia, el sobresalto y temor de un peligro harto inminente ya, y el todo envuelto en masas de sombra, interrumpida de vez en cuando por la luz del altar, cuya vacilante llama imprimiría caprichosos dibujos en las paredes ó fingiría movimiento y contracción en los amarillentos rostros de los finados (1). Así al salir del seno de los sepulcros á cubrir el suelo de la Europa, la arquitectura cristiana conservó la lobreguez, pesadez, misterio y demás calidades que pudiesen haber caracterizado aquellos, y las pocas iglesias bizantinas ó puramente godas que nos quedan bastante convencerán de ello al que las visite. Mas no contentos los artífices primeros en erigir templos

(1) Ese ligero bosquejo del efecto de las catacumbas, én su conjunto tal vez tenga sus visos de ideal, y se mire como fruto de una exageración poética; pero, sin describir para confirmarlo ninguna de las muchas criptas que aún existen en Europa, nos contentamos con citar la elocuente pintura que de las de Roma nos da San Jerónimo, la cual dejaremos en latín para no disminuir en lo más mínimo la fuerza de sus expresiones.— «Cum essem Romæ puer, et liberalibus studiis erudirer, solebam cum cæteris ejusdem ætatis et propositi diebus Dominicis sepulchra Apostolorum et Martyrum circumire, crebróque cryptas ingredi, quæ in terrarum profundo defossæ, ex utraque parte ingredientium per parietes habent corpora sepultorum; et ita obscura sunt omnia, ut prope modum illud propheticum compleatur: *Descendant in infernum viventes*, et raró desuper lumen admissum horrorem temperet tenebrarum, ut non tam fenestram quam foramem demissi luminis putes, rursumque pedetentim acceditur, et cæca nocte circumdatis, illud Virgilianum proponitur: *Horror ubique; animos simul ipsa silentia terrent.*» El cementerio ó criptas en que padeció martirio San Narciso, debió de desaparecer con el transcurso de tantos siglos; sin embargo, al abrir los cimientos de la actual capilla de aquel santo encontráronse cavidades subterráneas en la excavación, trozos de bóveda que parecía obra romana, y nichos en las paredes. Véase Dorca, *Santos Mártires*.

que parecían subterráneos, convirtieron los subterráneos en templos y labraron en muchas iglesias oscuras criptas, donde el genio melancólico de los hijos del Norte pudo á su placer entregarse á la meditación y á la realización de sus más fantásticas inspiraciones.

Una pequeña capilla se alzó sobre las ruinas del cementerio de los mártires gerundenses (1), mas no sabemos si era la misma que se veía allí en tiempo de los godos, no habiendo quedado ninguna memoria que nos dé una idea de aquella fábrica. Mucha debía de ser, sin embargo, su antigüedad y fama, pues en el siglo VI el piadoso Recaredo ofreció su corona de oro al sepulcro del santo titular. Cuando en la irrupción mahometana cayó Gerona en poder de los árabes, convirtieron éstos la catedral en mezquita y dejaron á los cristianos el templo de San Félix, sito entonces á extramuros, para que en él celebrasen los actos de su culto, cuya práctica y observancia quedóles libre en virtud de la capitulación. Mas al recobrar las armas de Carlomagno en 785 aquella ciudad, quedó despojada la iglesia de que hablamos del honor catedralicio, y edificada á poca distancia de las murallas, ¡cuánto sufrió sin duda durante aquellos dos siglos en que la infeliz Gerona tantas veces fué perdida y recobrada, pasando sucesivamente del poder cristiano al sarraceno! Sin embargo, cualesquiera que fuesen las obras que para su reparación se emprendiesen, no las creemos de tanta consideración que merecieran consignarse en los documentos, como se verificó en la reedificación de la catedral por el obispo Roger. Así es preciso salvar ese vacío de algunos siglos, y observando de paso la mención que de ella se hace á últimos del XIII y la milagrosa parte que ocupa en los acontecimientos de aquella guerra (2), lleguemos al XIV, en que consta se trató de su reconstrucción y se empezó la parte gótica que hoy es su realce.

---

(1) P. Roig y Jalpí, *Resumen historial de Gerona*. Parte 1.ª, cap. 22.
(2) Aludimos al milagro de las moscas.

En 1313 ya se principió la nueva obra, y en 1318 se estaba construyendo el remate del presbiterio. Sin embargo, los fundamentos y la planta eran bizantinos, los macizos pilares habían resistido á todos los vaivenes de las guerras y á las injurias del tiempo, y no eran tan crecidos los fondos del cabildo que pudiese erigir un santuario completamente nuevo. Así forzoso les fué á las altas, estrechas y elegantísimas ventanas góticas del extremo del ábside adornar una torre semicircular, á guisa de las troneras que se abrían en los remates torreados de los templos anteriores á la introducción de la ojiva.

Entre tanto creciera admirablemente la devoción al patrón de Gerona San Narciso, y la cofradía que á su invocación se formara en 1307 resolvió edificar una nueva capilla donde estuviesen depositados tan sagrados restos. Dióse principio á aquella obra, y Guillelmo de Socarrats, chantre de la iglesia, encargóse de costear un nuevo sepulcro de mármol. Sin embargo, no á la sola tumba se limitó su generosidad, pues si hemos de dar crédito á los documentos, él era quien adelantaba las cantidades precisas para la construcción de las demás obras que se principiaran en el santuario cuya bóveda se proseguía en cuanto lo permitía la penuria del erario capitular. Por Abril de 1326, reunido el cabildo, trató entre varias cosas de la obra del monumento de San Narciso y de la bóveda del templo, en cuyas construcciones *ocupábanse continuamente varios trabajadores*; y considerando que además de los 3000 sueldos que Socarrats gastara en el referido monumento se necesitaba aún una crecida suma para rejas y demás partes del edificio, prometió devolverle el exceso de los 3000 sueldos que ya hubiese desembolsado ó que en adelante desembolsase, descontando empero los gastos que Juan de San Antonio tuviese que costear para la obra del arco de la bóveda, que por entonces tomara á su cuenta (1).

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, *Memoriale canonicæ Sancti Felicis*, fol. 40.— «Promisio Capituli facta G. de Socarrats ad opus S. Narcisi.—Die veneris intitulato II nonas aprilis anno Dni. MCCC vicessimo sexto.. et etiam esset ibi trac-

Poco tiempo pasó sin que se ofreciese ocasión de cumplir semejante promesa, pues no pudiendo en aquel mismo año satisfacer Socarrats á sus varios acreedores, entre los cuales se contaba el *maestro Juan*, artífice del monumento de San Narciso, el Cabildo le auxilió en semejante apuro, y por medio de P. de Costa, canónigo de aquella colegiata, entregó 200 sueldos al citado artista (1). ¿Pero quién era este *maestro Juan* que esculpía el bello sepulcro del santo protector de Gerona? El único documento que lo cita calla su apellido, y sólo nos es dado examinar su obra. Es una hermosa tumba de mármol blanco con estatua echada, y su cara principal está repartida en cinco cuadros que forman otros tantos pequeños arcos dentro de los cuales vense relieves que representan algunos pasos de la vida del santo. Permítasenos citar dos, por la particularidad que ofrecen concerniente á los antiguos ritos de la Iglesia. En el centro vese al Santo celebrando la misa de cara al pueblo, de manera que la mesa queda entre éste y el celebrante, al paso que en un cuadro de la izquierda figúranse Santa Afra y sus dos criadas en el acto de recibir el bautismo por inmersión. Todavía conservan en parte su color azul los relieves, realzados con dorados matices, restos que bastante indican cuán suntuoso sería aquel monumento cuando se acabó de construir por los años de 1328.

Al recorrer el templo de San Félix naturalmente buscamos su claustro, parte casi indispensable para las procesiones y en aquellos siglos también para las sepulturas; mas con pesar nos

---

tatum de opere monumenti Sancti Narcisi et de opere voltæ seu testudinis ipsius eclesiæ in quibus quidem operibus opifices continue operabantur. Capitulum et singuli de ipso capitulo considerantes quod ultra illa tria millia solidorum barch. de terno quos dictus G. de Socarrats de suo solvit..... in opere monumenti est multa pecuniæ quantitas necessaria tam in rexiis..., G. de Socarrats promiserunt quod totam pecuniarum et pecuniæ quantitatem quam ultra prædicta tria millia solidorum posuit et positurus est... restituent eidem G. de Socarrats ac suis vel quibus voluerit... salvo quod Joannes de Sto. Antonio operarius ipsius ecclessiæ qui de præsenti tam de suo quam de quæstu et aliunde expensas facit illius archatæ predictæ voltæ quæ quidem parata est fieri recuperet sumptus etc.»

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, *Memoriale Canonicæ Sancti Felicis*, fol. 41.

cercioramos de que desapareció, y que sólo en los documentos y polvorosos pergaminos vive aún para la historia del edificio de que formó parte. Estaba situado al norte, donde hoy se ve la capilla de San Narciso, á la izquierda de aquella puerta, y por la parte de mediodía lindaba con dicha capilla y la de G. Venrell, por el norte con la casa ú hospicio de G. de Roca ó de Ruppe, por el occidente con el refectorio de la misma colegiata, y por el oriente con el cementerio de una cofradía, que tal vez fuese la del santo arriba indicado. Constaba cada corredor, según dice el códice de donde extractamos estas noticias (1), *de ocho pares de columnas*, afirmando al mismo tiempo que de pilar á pilar ó de *base* á *base* mediaban siete palmos y medio y cuarto. En 1340 compraba el cabildo parte de un edificio en que se repartía la limosna de pan, y por Enero de 1344 lo verificaba con otra casa para construir el claustro. Desde entonces fuéronse acopiando los materiales, pero hasta el mes de Mayo de 1357 no se resolvió dar principio á aquella obra que costearon el canónigo Guillelmo Cavaler ó *Cavalerii* y Francisco de *Segrellis*, encargándose de su dirección el artífice *lapiscida Arnaldo Stany* (2). Poco tiempo después *Francisco Plana*, escultor, trabajaba por encargo del cabildo ocho ó diez pares de columnas con sus bases y capiteles á 11 sueldos el par. Estas son las únicas noticias que constan de su construcción, que no sabemos cuándo se concluiría, ó si todavía no llegara á su perfección al sobrevenir los acontecimientos y las guerras que motivaron su derribo.

Cuando en 1285 el ejército cruzado á las órdenes de Felipe *el Atrevido*, rey de Francia, invadió la Cataluña y cercó á Gerona, el templo de San Félix cayó en poder de los sitiadores

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro intitulado *Opus*, N.° 4, *Receptæ et expensæ ab anno 1355*;=*Receptæ*, fol. 1, *Memoriale de claustris hujus ecclesiæ*.

(2) Idem, *Expensæ*, fol. 15.

que desde allí ofendieron considerablemente el vecino muro (1). Arrojados después los franceses del principado por las armas victoriosas del rey don Pedro III de Aragón y II de Cataluña, *el Grande*, conoció éste cuán peligrosa era para la ciudad la

(1) La crónica de los reyes de Aragón es tan fecunda en acontecimientos, que con dificultad puede referirse en extracto un hecho ó época suya, cualquiera que sea. La de que habla el texto es una de las más gloriosas para nuestras armas, que venciendo las mayores fuerzas de los primeros estados europeos unieron la Sicilia al reino de Aragón. Disputáronse por largo tiempo la posesión de aquella la serie de reyes legítimos, que con más derecho que nadie obtuvieron su dominio, y los papas que introdujeron en aquel reino á los Franceses. La historia ha consignado en páginas sangrientas los funestos efectos del mal proceder y duro trato de éstos para con los habitantes, y todavía el nombre de las Vísperas Sicilianas nos hace estremecer de horror, recordándonos una venganza terrible, calculada con sangre fría y conducida y llevada á cabo á una misma hora en distintos parajes con cautela y sagacidad africanas. Expuestos los sicilianos al furor de la potencia á quien tan cruelmente ofendieran, por último recurso llamaron en su ayuda á don Pedro III de Aragón y II de Barcelona, el *Grande*, legítimo sucesor á la corona por parte de su esposa doña Constanza, hija de Manfredo rey de Sicilia, con quien casó en Monpeller á 13 de Julio de 1262. No sin graves contrariedades ciñóse la corona de Sicilia, pues no se la dejó llevar en paz el pontífice que entonces ocupaba la silla de San Pedro, Martín IV, natural de Francia. Triste es ver pospuestos los intereses de la religión y de la humanidad á los particulares y á la sed de venganza, y más triste aún que un jefe de la Iglesia abuse de su poder encendiendo la más encarnizada lucha entre dos potencias cristianas. Furioso anduvo el Papa buscando enemigos al rey de Aragón, y no curándose de la justicia y moderación de los medios con tal que le condujesen á su fin, dió á Carlos de Anjou la investidura, no sólo de la Sicilia, sino también de los reinos de Aragón y Valencia y del principado de Cataluña, y sin que precediese amonestación, citación ni juicio, lanzó decreto de excomunión contra el rey D. Pedro, declaróle enemigo y perseguidor de la Iglesia, privóle hasta el título de rey, y puso entredicho en todos sus estados. El monarca aragonés, tan fiel á sus deberes de cristiano como celoso del honor de su corona, considerando cuán injusta era semejante disposición, expidió con fecha de 2 de las nonas de Mayo de 1283 á todos los arzobispos, obispos, abades priores y demás dignidades de todas las iglesias, abadías y conventos un decreto, en que les prohibía publicar ni hacer circular la noticia de aquella excomunión bajo pena de la vida. Aunque en su conciencia sabía D. Pedro que no merecía semejante pena, conocía los trascendentales efectos que pudiera tener aquella publicación para sus vasallos, que no sabemos si hubiesen sido tan amantes del honor de su país que se atrevieran á pelear contra las fuerzas del Papa en favor de un rey excomulgado; y ciertamente dignos son de alabanza aquellos prelados, que con admirable ilustración y patriotismo guardaron inviolable secreto, y aun contribuyeron á la defensa. Algunos días después pasaba el rey á los Vegueres y Justicias otra circular, que por su concisión y firme tono traducimos del latín: «..... Os mandamos firme y extrictamente que si algún »prelado, ya sea arzobispo, ya obispo ó cualquiera otra persona de cualesquiera »condición y dignidad, temerariamente se atreviese á promulgar en público ó en »secreto cierta sentencia ó proceso expedido, *según dicen*, por el Sumo Pontífice »ó por otro contra nos y nuestros reinos, cosa que no creemos, al punto casti-

situación de la mencionada iglesia, y manifestó intención de derribarla. Acudieron solícitos los gerundenses y abogaron por ella, recordando su fama y devoción y obligándose á fortificarla siempre que la ciudad estuviese amenazada de un sitio, de ma-

»guéis sin remisión con pena de muerte al prelado ó á cualquiera que publicare la »mencionada sentencia, si es que en algo apreciáis nuestra gracia y estimación. »Nos no podemos tolerar que redunde peligro ó escándalo ni para nos ni para »nuestros pueblos de una sentencia ó proceso decretado indebida é injustamente, »cuando ninguna amonestación ni citación hemos recibido ni ningún delito, etcé»tera.....» (1) No bastó sin embargo para su seguridad esa terminante orden; pues habiendo el Papa publicado contra él una cruzada, armóse la Francia entera, engrosando sus filas las fuerzas de aquél y los aventureros que buscaban ocasión de distinguirse, si ya no obedecían en ello la voz de su deber como cristianos. Pasó aquel inmenso ejército el Rosellón, y después de sabias y bien combinadas operaciones con que le contuvo cerca de un mes el rey don Pedro, derramóse por el Ampurdán y campo de Gerona á la cual puso sitio, rindiéndola al fin por hambre, y teniéndola que abandonar poco después, mientras á toda prisa repasaba los Pirineos roto, desbandado y extraordinariamente disminuído. Como aquel sitio está lleno de detalles maravillosos, dejaremos que hable en nuestro lugar la crónica, que se atribuye al rey D. Pedro y se guarda en el real Archivo de la corona de Aragón (*a*), cuya sencillez y candor desarman aun al incrédulo más prevenido:

«... Apres vench lo rey de Fransa a Gerona e assetia aquella al derredor, y era »tanta la multitud de la gent que ab ell levara que tota la environa la vigilia de »Sanct Pera y tota la nit y tot lo mati e tot lo dia combate la dita ciutat fortment, »mes los de dintre aparellaren en tal manera los de fora que despuix nosi acosta»ren de bon cor. E per lo gran pardo que lo dit para Sanct apellat Marti habia »donat sobre asso, tanta gent hi vench despuix que a dos dies o tres foren doblats, »veritat es que estant la dita ciutat assetida los francesos no donant reverencia a »Deu ni a sos Sancts lo cors de Sanct Narcis qui ab reliquias ab gran honor estaba »en la iglesia de Sant Feliu mutilaren e destruiren y totes les altres reliquias de »aqui y de totes les altres igleyes lanzaren e vilment consumaren e lo dit rey en »pere ab sos enginyosos tractaments ab eguayts y en altra manera tants mata que »del coll de panissas entroha Gerona no trobarets sino homens morts. E tots los »dies los de ciutat exien los apelatis escondidament e paladinament matarenne sens »nombre e continuament les tollien cavalls e altres coses apesar e despit lur. E lo »dit rey enpera tots dies fahia e feria en la host ades dassa ades dalla, mes tanta »era la multitut de la gent estranya que jatsia que sens nombre ne matassen ama»las penas aparexia... Apres alguns dies nostre Senyor Deus volent punir la gent »de fransa e sas gents de las viltats e crueltats que feytes havian contra ell e sos »Sancts é venjar lo rey de aragó dels torts e injurias axi feytes, envia maledictio »de moscas exins del cors de Sanct Narcis que era una de las de farao, e eran de »tal figura e color que de la una part eren blaves e de la altra verdas e en quiscu»na part se mostrava vermellura e aixi eren venenoses que al caball o altra bestia

(1) Archivo de la corona de Aragón, registro 6 de su reinado, fol. 194.

(*a*) La crónica á que se alude no puede atribuirse á Pedro *el Grande* ni á otro de los monarcas de la casa de Aragón, no existiendo, tampoco, noticia de ella en ninguno de los índices é inventarios del Real Archivo. Según Bofarull (Antonio) en su *Historia crít. civ. y ecles. de Cataluña*, t. III, pág. 509, acaso sea una transformación ó traducción de otra siciliana, en lo referente á esta parte.

nera que sirviese de obra avanzada. Accedió el Rey á su demanda, é inmediatamente se nombraron obreros que recogiesen y administrasen los fondos, al paso que enviaron *cuestores* encargados de recoger las limosnas á todo el obispado y á los vecinos reinos de Valencia y Mallorca. Fielmente cumplieron su palabra, y pronto tuvieron ocasión de acreditarlo así, pues aquellos tiempos no eran para dejar de ofrecerla al más pacífico; pero honra sobremanera su proceder, no sólo la puntual obediencia que en el cabildo y en los obreros encontraron las órdenes del jefe militar de la plaza en momentos peligrosos, sino aún su desprendimiento y patriotismo, de que buenamente hicieron alarde costeando las fortificaciones y continuos derribos á que se veían obligados, y contándolo como cosa concerniente y propia de la obra.

El año de 1362 vió los primeros esfuerzos del cabildo en este particular, y á 12 de Marzo el canónigo Dalmacio Corona

»que tocavan en continent morian emetianse per les narils e per las oreyllas de »la gent e de las bestias quen null temps non exian entro que eran morts, de la »cual plaga tanta mortaldat se mes en la dita host que torna a fort poch nombre »de gent. E no tant solament comptes e altres barons y moriren et encara lo rey »de Fransa ne pres la febra molt gran e fonch greument malalt. E stant aixi la ciu- »tat haviay gran freitura de viandas e malaltia fort gran perque entra la pudor »qui a aquells de la establida venia de la mortaldats dels francesos... gran mortal- »dat se ciesque perque ab volentat e consentiment del dit rey enpera lo dit Ramon »Folch (1) tracta pati ab los francesos la vigilia de Sancta Maria de setembre quels »livraria la ciutat ab quels dexas anar sans esegurs ab tot so que porian levar y »axi fonch fet... e presa la dita ciutat la maledictió de les mosques commes anava »e mes creyxia en los francesos... no podian mes soffrir que romanguessen alli »per so com de nenguna part nols gosava venir ninguna vianda per raho del rey »de aragó e de las suas gents qui deligentment ho espiaven, e dolents e vensuts »plorosament comensaren a partir de aqui e lo dit rey enpera qui nols era luny »ades ades e fortment feria ab ells e matavan tants, que maravella era. E lo rey »empero frances per la gran malaltia sua no podia anar cavalcant e haviantlo »aportat en son lit e mentre que los francesos eren en lo comptat dempurias que »sentornaven, el compte dempurias ab en roger loria e ab lo compte de pallars e »ab en Ramon Folch e altres cavallers adevantaranse per altre cami e vingueren »al monestir de la vila de roses ahont era tot lo pretreyt de viandes e de altres »coses e gran multitut de francesos e lo dit monestir e vila ab tot lur pretreyt »prengueren o mataren gran infinitat de gents, e mentra que lo rey frances e la »host dolenta... etc.»

(1) Ramón Folch, vizconde de Cardona, encargado de defender la plaza por el rey.

aplicaba á los trabajos de fortificación y defensa cierta cantidad que recibía de G. de Scala (1). No por ello desistían los obreros de llevar á cabo la reparación del santuario; semejantes á los trabajadores de la Ciudad Santa; que, como dicen los continuadores de la *España Sagrada*, en una mano tenían los instrumentos de su arte mientras empuñaba la otra la espada, fortificábanse cuando amenazaba el peligro, y pasada la tempestad deshacían las obras de defensa y continuaban las del edificio. Construído ya el claustro en su mayor parte, concibieron el proyecto de erigir un nuevo campanario que honrase y embelleciese la colegiata, compraron terreno por Junio de 1368, y á 11 de Agosto el obispo colocó la primera piedra (2). Sin embargo no se concluyera aún la contrata con el arquitecto que debía con tanta maestría satisfacer los deseos del cabildo; el nombre de *Pedro Zacoma* no aparece hasta el 5 de Setiembre, y poco considerables serían los trabajos que en tan corto intervalo se verificasen, si es que no se redujeron á simples preparativos. Estipulóse en aquel instrumento, que extendió el notario Ramón Egidii: que *Zacoma* procuraría evitar en la obra gastos inútiles en cuanto fuese posible, promesa que verificó bajo juramento; que no emprendería otra cualquiera sin permiso del obrero, y que, al estar prontos los aparejos para edificar la torre, acudiría al llamamiento y dejaría todas sus demás obligaciones, exceptuando empero la construcción del Puente mayor (3), á que ya se había obligado antes, y conviniendo que el día que se hallase en ésta ó en otra también emprendida antes de la fecha, pasase

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro intitulado *Opus = Receptæ et expensæ* ab anno 1355, *Receptæ*, fol. XX.

(2) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, *Llibre del rebut y despes de la obra*, de 1365 usque 1391, fol. XVII: «Asit principio Stæ. M. Virgo.—En nom de »Deu e de Madona Sra. Yo. Dalmau Corona obrer de S. Feliu de Gerona de volun»tat e de consell del capitol e de mols Ciutedans comense de obrar e de fer lo clo»quer per la dita Esglesia diluns á III de Juliol de MCCCLXVIII.....» Y en el foleo XXIIII vuelto léese: «Comensaren á aparedar en lo cloquer lo divendres vespre »de la dita semana XI de Agost é mon senyor Bisbe posá la primera pedra.»

(3) Este puente aún subsiste, y está situado á poca distancia de Gerona.

una hora en la dirección del campanario. Fijóse su salario á 4 sueldos y se le señalaron 140 de gracia al año (1).

De repente en 1369 cundió por Cataluña la noticia de que las llamadas compañías francesas, capitaneadas por el famoso Beltrán de Claquin ó Duguesclin, amenazaban invadir los estados del rey de Aragón, y de nuevo paráronse las obras de San Félix para curar de la seguridad de Gerona.—Era Beltrán Duguesclin un caballero famoso y valiente capitán natural de Bretaña, que se distinguiera en las pasadas guerras de Francia contra los ingleses. Acabadas felizmente aquellas inútiles cuanto sangrientas querellas, que por tanto tiempo gastaron las principales fuerzas de la Inglaterra, que en ellas concentraba toda su atención de tal manera que, mientras el mediodía y parte del norte del continente europeo progresaban en el comercio y en la industria, rara vez pensó en los objetos y medios que la elevaron después al grado de riqueza y pujanza en que hoy la vemos; quedó la Francia inundada de sueltas é indisciplinadas divisiones, que aborreciendo el ocio de la paz y el trabajo, desbandáronse por el reino, talándolo cual pudiesen verificarlo sus mismos enemigos. La fama de su valor y de la experiencia de sus caudillos difundiérase por todos los estados de Europa, y bien puede asegurarse que pocas veces les hizo traición la fortuna y la victoria. Nueve años había que el Rey D. Pedro el *Ceremonioso* peleaba contra el *Cruel* de Castilla; en todas sus expediciones siempre procuró alistar á sus banderas algunas de aquellas compañías de arrojados aventureros, y últimamente había enviado á Aviñón con este objeto al infante D. Pedro y á D. Francisco de Perellos. Mucho holgaron de semejante coyuntura el rey de Francia y el Papa, que deseando limpiar el suelo francés de aquella plaga, cooperaron al ajuste de los más famosos capitanes al sueldo del de Aragón. Enardecieron su ima-

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, = *Obra* = *Receptæ* et *expensæ* ab anno 1365,—*Expensæ*, fol. XV.

ginación con la esperanza de la nueva gloria, triunfos y honores de que iban á cubrirse; no escasearon las promesas, y dispertaron su codicia con el donativo que de cien mil florines les hizo el Papa, que por entonces residía en Aviñón, y de otros tantos el monarca francés, prometiéndoles igual cantidad el de Aragón, amén del sueldo que se acordase (1). Las ofertas del conde de Trastamara, muy estimado de los aventureros, y á quien le importaba atraerlos á su servicio para arrancar el reino de Castilla y León del poder de su hermano D. Pedro, acabaron de decidirles y se avinieron á guerrear bajo las banderas de D. Enrique contra el rey de Castilla, que fué pelear bajo las de Aragón, siendo común la causa del de Trastamara y de Don Pedro el *Ceremonioso*. Entraron las compañías por Rosellón, y los principales capitanes, cuyo primer lugar ocupaba Duguesclin, vinieron á reunirse con el rey en Barcelona. El primer día del año 1366 dióles aquel sabio y político monarca fiesta y banquete en su palacio, y comieron á su mesa, cabiéndole á Duguesclin el honor de sentarse á la derecha del rey, que á pocos días le hizo merced de la ciudad de Borja y de los valles de Elda y Novelda, erigiéndoselo en condado y prometiéndole casar en su reino y dar estado á un hermano suyo, é indemnizarle de cuantos daños le acarrease la invasión de Castilla. No es nuestro ánimo, ni la brevedad de estos apuntes lo consiente, referir

(1) Tal vez este donativo dió origen á la graciosa anécdota que refieren las crónicas francesas, y que es un vivo rasgo del carácter de aquellos aventureros. Al pasar por Aviñón, humildemente pidieron al papa les diese la absolución de sus pecados y una crecida suma para su viaje. Fácil era cumplir con la primera parte de su demanda, pero no encontraba el Sumo Pontífice muy puesto en razón tener que desprenderse de tan considerable cantidad en favor de los *malandrines*; sin embargo su mismo apuro le sugirió un medio, que fué imponer el pago de aquella suma á los ciudadanos de Aviñón. Al saberlo Duguesclin y cuando le presentaron el dinero: «Cómo se entiende?... voto á tal! exclamó: no fué esa mi intención; acaso hemos venido acá para pillar al pobre pueblo? Eh! Restitúyase este dinero á los buenos ciudadanos, y páguennos lo pedido los bolsillos de sus Eminencias». Fué preciso hacerlo como indicó, y en seguida, dicen los autores franceses, recibieron los *malandrines* la absolución de un modo sobremanera edificante.

los excesos de aquella inundación de franceses, gascones, normandos, bretones é ingleses, ni seguir detalladamente sus marchas y acciones, que en gran parte le valieron á Enrique la ocupación de Castilla. Recompensó largamente el nuevo rey á los capitanes aventureros, repartióles títulos y posesiones, y dió á Duguesclin el condado de Trastamara con título de duque. Entre tanto no se descuidaba el de Aragón en exigir el cumplimiento de la donación que, en agradecimiento á su buena amistad y ayuda, le hiciera Enrique, cuando no era más que conde de Trastamara para cuando ocupase el solio castellano, del reino de Murcia y de las ciudades y villas de Cuenca, Molina, Medinaceli, Soria y otros lugares. No trató de cumplir por entonces sus promesas Enrique, y pronto ocuparon la atención general los preparativos que hacía el destronado Pedro entablando amistad con el príncipe de Gales, *el Príncipe Negro*, y prodigando el oro á otras compañías de aventureros que intentaba oponer á las de Enrique. Algo desavenidos andaban por aquel entonces el monarca aragonés y Duguesclin; pero importándole á aquél no romper con el capitán en tan difíciles momentos, avistáronse en Lérida á primeros de Marzo de 1367, y concertaron que quedasen para éste las villas de Borja y Magallón, recibiendo en satisfacción de lo demás cuarenta mil florines. Prometióle también el rey darle dentro de un año dos naves gruesas y una galera pagadas por seis meses, y otras tantas cuyo sueldo correría á costa de Duguesclin, que se ofreció á pasar con aquella flota á Cerdeña y hacer la guerra al juez de Arborea. Avanzaba entretanto el ejército de D. Pedro de Castilla y del príncipe de Gales compuesto casi enteramente de ingleses y gascones; salióle al encuentro el de D. Enrique, y avistándose entre Nájera y Logroño trabaron una sangrienta pelea, en que la victoria restituyó á D. Pedro *el Cruel* la perdida corona. Quedaron prisioneros los mejores caudillos de las tropas de Enrique, en cuyo número también se contó Duguesclin; mas poco tiempo debió de sufrir la pérdida de su libertad, cayendo

en poder de unos hombres que sólo estimaban la presa por el lucro del rescate (1).

No estaba, sin embargo, apagado el rencor que durante la mayor parte de su vida animó á los hermanos Pedro y Enrique de Castilla; la suerte de las armas aún debía decidir cuál de los dos quedaría en el trono, y los aprestos que con el favor del rey de Francia y del duque de Anjou hacía el último, ninguna duda dejaban de su resolución de conquistar el reino ó perecer en la demanda. Entró por fin con un ejército por Ribagorza, y dirigiéndose á Navarra, pasó el Ebro por Agraza y llegó á Calahorra, desde donde caminó directamente á Burgos, alzándose en poco tiempo á su favor la mayor parte del reino. Nuevas desgracias afligían cada día á D. Pedro, sus ciudades caían una á una en poder del enemigo, y la imperial Toledo con harto trabajo resistía los ataques de sus sitiadores. Probó D. Pedro el último esfuerzo, y reuniendo la más gente que pudo, marchó al socorro de aquella ciudad y sentó sus reales en Montiel. No le hizo esperar D. Enrique, que entonces acababa de recibir el refuerzo de quinientas lanzas que de Francia le traía Duguesclin, y poniéndose en camino con tanta rapidez como sigilo, llegó á la vista del enemigo, que andaba desparcido por aquellos lugares, y que precipitadamente se reunió en el número que pudo. Vinieron á las manos ambas huestes un miércoles á 14 de Marzo de 1369; la sangre de soldados mercenarios y extranjeros en su mayor parte debía dar la corona á uno de los dos hermanos, y la fortuna quiso que fuese este D. Enrique. Al ver rotas y desbandadas sus gentes, refugióse el infeliz D. Pedro al castillo de Montiel, que su hermano mandó cercar al punto con una pared; y no hallando el sitiado medio alguno de escaparse, procuró seducir á Duguesclin, ofreciéndole, si le ponía en libertad, doscientas mil doblas y muchas principales villas. Comuni-

(1) Dejando el *Príncipe Negro* á la discreción del mismo Duguesclin el fijar la cantidad para su rescate, el valiente bretón, no cediéndole en generosidad, se tasó en 60,000 florines, suma considerable entonces.

cólo el valiente bretón á Enrique, y acordando que se fingiese aceptar la oferta, salió una noche del castillo D. Pedro con algunos caballeros fiado en las gentes de Beltrán que le llevaron á su tienda. Entró, vió brillar en su derredor enemigas hachas y picas, y en medio de ellas á su hermano completamente armado; estalló en ambos el odio que tan profundamente arraigaran mutuas ofensas y tantos años de encarnizada guerra, tiraron de sus puñales, y empezó una lucha horrible, tras la cual, entre el removido polvo que levantaron los dos combatientes abrazados en fiero abrazo, los atónitos circunstantes vieron alzarse pálido y sangriento... al nuevo rey D. Enrique. Apenas se supo la desastrosa muerte de D. Pedro, la ciudad de Molina, cuya posesión había el de Trastamara prometido al monarca aragonés, vino á entregarse á éste, prestándole pleito homenaje, ejemplo que imitaron otras villas y castillos. No se atrevió el de Castilla á reclamar la posesión de Molina, pero para inquietarle en ella y tal vez arrancársela con artificio, donóla á Beltrán Duguesclin, que la aceptó con otras plazas, á pesar de saber muy bien que hacían parte de la donación que el mismo Enrique otorgara al monarca aragonés, prorrumpiendo al instante en amenazas contra éste, marcando las personas sobre quienes recaería su venganza, y negándose á pasar á Cerdeña conforme se lo recordaba el vizconde de Rocaberti enviado á Castilla para este objeto. Felizmente por orden de D. Enrique tuvo que ir á pelear en Portugal contra el rey D. Fernando, y fueron inútiles las disposiciones que para recibirle tomara el rey Don Pedro. Declaróse la guerra entre ambos reinos, Duguesclin reclamaba con orgullo la posesión de Molina y sus compañías estaban prontas á lanzarse á la primera orden; mas no se descuidaba el rey de Aragón, que tenía apercibido todo su ejército á las órdenes del infante D. Juan, al paso que mandaba abastecer y fortificar todas las ciudades, villas y castillos de las fronteras de Castilla, Navarra y Francia.

Entonces, por Setiembre de aquel mismo año, el jefe militar

de Gerona, el señor de Lefimbert de Fonellar, mandó fortificar la iglesia de San Félix, rodeándola de foso por las partes susceptibles de ataque y construyendo almenas y manteletes. Fué la fortificación más notable, y *Pedro Zacoma* no tuvo al menos por entonces el disgusto de ver por sí mismo paralizados los trabajos de su obra, pues se hallaba en Castelló, y dirigía la fortificación *Juan Botet* (1).

Felizmente la intervención del rey de Francia, y la prudente cuanto firme política del de Aragón, que contrajo alianza con los primeros potentados de entonces, atajaron los progresos de aquella guerra, y pudieron de este modo continuarse las obras de San Félix hasta el 1374. Pero duraba en el corazón de Enrique de Castilla el deseo de vengarse del monarca aragonés á quien no creemos tan ignorante en el arte de gobernar que se dejase deslumbrar por meras promesas de paz ó tregua, mayormente cuando había plazas que recobrar y mutuos agravios que satisfacer; y á la verdad muchos eran los cabos pendientes por cuyo medio podía anudarse el roto hilo de la guerra, sin que en ello apareciera mancillada la buena fe de los monarcas que estipularan observar treguas por algún tiempo.

Ya después de la batalla de Nájera, que devolvió el perdido trono á don Pedro I de Castilla, desconfiando el Ceremonioso de la lealtad de Enrique en cumplir lo prometido, entablara relaciones con el príncipe de Gales, relaciones que no volvieron después á romperse con la Inglaterra y que llevaban por objeto nada menos que la conquista y repartimiento de Castilla entre las altas partes contratantes. Las guerras á que tuvo que atender el inglés no dieron por entonces lugar á semejante empresa, pero aquel proyecto no se perdió enteramente para todos, y quedábanle al de Trastamara, ya rey de Castilla, enemigos que sólo esperaban una ocasión para ponerlo por obra. Siguió el rey

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro titulado=*Obra=Receptæ et expensæ ab anno* 1365, *Expensæ*, fol. XXXIIII.

de Aragón con el duque de Lancáster los tratos que entablara con el príncipe Negro; poco antes de la época de que hablamos le enviara varios embajadores en distintas ocasiones, y en aquel año de 1374 tenía el duque hechos serios preparativos para invadir la Castilla con título de rey, fundado en los derechos de su esposa doña Constanza, hija del desgraciado don Pedro; reunidas estaban sus huestes, y no seremos nosotros los que consideremos ó no móvil de estas operaciones al Ceremonioso, que nunca dejó traslucir su verdadera intención ni se comprometió á tomar un partido decisivo. Mas por su parte, aprestábase D. Enrique para romper la tregua entrando por la frontera de *Molina*, mientras ayudaba y armaba por el lado de Francia al infante don Jaime de Mallorca, para clavarlo, valiéndonos de la expresión del novelista inglés, como una punzante espina en el corazón de sus estados. Pero, en gracia de la claridad, retrocedamos un tanto y presentemos en resumen las causas de la enemistad del infante contra el rey don Pedro.

Deseando vivamente el de Aragón unir á sus estados el reino de Mallorca, que en cierta manera no debiera haber estatado jamás de éstos dividido, procuró con su sagaz política justificar á los ojos de la Europa la usurpación que meditaba. Largas y reñidas fueron las contestaciones entre el infeliz don Jaime, último rey de Mallorca, y su cuñado don Pedro, y la lira de los poetas españoles debiera ya haber cantado algunas de aquellas ricas escenas, que bien valen tanto como cualesquiera del reinado del *Justiciero* de Castilla. No contento el de Aragón con haber obligado al de Mallorca á prestarle homenaje por su reino y los condados de Rosellón y Cerdaña, dejóle comprometido en una guerra con toda la Francia, y mandó formarle proceso á pretexto de varias falsas imputaciones, que produjeron la incorporación de aquellos estados al reino de Aragón. Echemos un velo sobre la escandalosa acción del rey aragonés que retuvo en su poder á D.ª Constanza, teniéndola separada de su marido desde que de buena fe acudieron ambos á Barcelona

á ponerse en sus manos, y pasemos en silencio las sangrientas guerras entre aquellos dos cuñados que pararon en la muerte de don Jaime acaecida en Mallorca á 25 de Octubre de 1349, en la batalla que ganaron los generales de D. Pedro, D. Gilaberto de Centellas y D. Riambao de Corbera, que se hallaba allí de paso para Cerdeña. Entretanto el hijo del difunto gemía preso en Játiva, de donde se le trasladó después á Barcelona, sin que lograsen su libertad las reiteradas instancias del Sumo Pontífice (1). Perdida toda esperanza de recobrarla por semejantes medios, resolvió el infante emplear la violencia, y valido de sus servidores y sobornando algunos de los oficiales encargados de su custodia, escapóse de su prisión á 1 de Mayo de 1363, partiendo al punto á Nápoles, donde pasado un año se casó con la reina D.ª Juana, viuda del rey D. Luís que falleciera á veinte y seis del mismo mes. Desde entonces su nombre suena en la historia de casi todas las guerras que en algo contrariaban los intereses de su tío el *Ceremonioso;* de manera que, ya después de la batalla de Nájera en que fué vencido don Enrique, el príncipe de Gales, que entablara relaciones con el de Aragón, indicóle á éste que convenía al decoro de su persona y de su familia dar algunos estados en su reino al infante de Mallorca. Sin embargo, pronto la segunda irrupción de D. Enrique en Castilla volvió á encender la guerra, si es que en realidad había estado apagada, y al apoderarse aquél del castillo de Burgos, prendió también al infante de Mallorca que en él se hallaba. Muerto el rey D. Pedro en Montiel, y ocupando por fin el hasta entonces bastardo de Trastamara el trono de Castilla, temió el rey de Aragón que con motivo de sus diferencias pusiese en libertad á su sobrino D. Jaime, y tratando de reconciliarse con el nuevo monarca, insinuóle al mismo tiempo que

(1) En Barcelona estaba en el llamado Castillo Nuevo, por el cual se paseaba durante el día acompañado de guardas, encerrándolo de noche en una jaula de hierro donde tenía su cama.

cualquiera que fuese el curso de las negociaciones no rescatase la persona del infante. Pero sobreviniendo la ocupación de Molina y demás lugares por el *Ceremonioso*, enredáronse otra vez los sucesos hasta el punto de declararse la guerra, y el de Mallorca recobró su libertad, merced á las setenta mil doblas que por él pagó su esposa la reina de Nápoles, quedando empero casi aliado del rey Enrique. Éste era, pues, quien le auxiliaba en los aprestos que ya estaba haciendo el infante en 1373, mientras por su parte disponíase para romper por Aragón cuando espirase la tregua. Entró por fin por Rosellón el de Mallorca á la cabeza de un lucido ejército de aventureros; mas hallando todo el país armado y dispuesto á escarmentarle, dirigióse á la Seu de Urgel, pasando luégo á Aragón, donde hicieron sus gentes mucho daño, y tras una campaña sumamente prolongada y sin gloria tuvo que entrar en Castilla, donde falleció.

Á la primera noticia de su entrada en Rosellón, volvió á fortificarse San Félix, pero aquella fortificación debía ser fatal para el pobre edificio. Al principiar las obras del claustro, llevado el arquitecto del temor de que tal vez fuese por allí escalada la iglesia en futuras guerras, construyólo mucho más bajo, anteponiendo la seguridad de toda la colegiata y de Gerona á la grandiosidad de la construcción que estaba á su cargo. Así subsistieron á pesar de las frecuentes guerras y correrías de que eran teatro aquellas fronteras; sin embargo, nunca había estado pronto á invadirlas, desde la edificación del claustro, un ejército como el que acompañaba al infante de Mallorca. Por Agosto de aquel año, 1374, tapióse del mejor modo posible aquella parte de San Félix, mas no desapareciendo con esto el peligro de que se aprovechase el enemigo de su misma poca elevación para trepar de allí á lo alto de los muros del templo, por Setiembre mandó el jefe militar su derribo, que á 18 de aquel mes puso en ejecución el Cabildo fiel á la promesa que hicieron los pasados al rey D. Pedro *el Grande*, costeándolo

de los fondos de la misma obra (1). Extraño destino fué el suyo, principiarse ya bajo por temor al peligro, proseguirse lentamente, sufrir frecuentes interrupciones, servir de obra avanzada, y venir al suelo incompleto tal vez, pagando su demolición la misma mano que costeó su obra. No debía empero perderse para siempre su memoria, pues á poco tiempo, por Junio de 1378, compraba el conde de Urgel veinte y cinco pares de columnas, á razón de cincuenta sueldos el par (2).

Largo fué el intervalo que después de la mencionada tentativa del infante de Mallorca dió tranquilidad y descanso á las agitadas fronteras, y durante él, continuó con ardor la obra de San Félix. Á 8 de Octubre de 1375 los libros de ella ya no dan cabida en sus páginas á las cuentas que ocasionaban las fortifi caciones, y en su lugar vuelven á aparecer los salarios repartidos á los varios trabajadores que realizaban la idea de *Zacoma*. Proseguíase la construcción del campanario en Noviembre de 1376, en que el expresado arquitecto firmaba á favor del obrero Francisco Corona recibo de siete libras barcelonesas, parte de la cantidad estipulada en la contracta de 1368; lo mismo verificaba á 10 de Setiembre de 1378, y después de esta fecha no vuelve á aparecer su nombre hasta el año de 1385, en que de nuevo se fortificó la iglesia para resistir á las compañías francesas que habían entrado en el condado de Ampurias en defensa del Conde contra el rey D. Pedro. En lo alto del campanario construyéronse almenas y aspilleras en que trabajó el mismo

(1) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro de la fábrica, n.° 6. *Receptæ et expensæ ab anno* 1374 *ad* 1386.—*Expensæ* fol. 5. «Item diluns á XVIII del dit mes hagui II mestres e III manobres p. desfer les clastres axi com lo capità e moss. labat avie menat lorem hi tota la semana...» Fol. 6. «Item diluns XXV de Setembre foren á la obra los dits II mestres e III manobres p. splegar e desfer les clastres e tencar lo carrer den vandrel e aqls clastres q. son vers mitg jorn.»

(2) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro de Fábrica n.° 6. *Receptæ* fol. LVIII=«It Lany demunt dit á 15 del mes de juny vani XXV parels de colones de la Claustra de voluntat del honrat Capitol al noble é molt alt Senyor Compte de Urgel e donimen per parell L sous empero vanhiles bases els capitels é les tauletes...»

Zacoma; y para asegurar más las comunicaciones con la ciudad, edificóse un puente desde el templo á la vecina puerta del muro (1). Ésta fué la última fortificación considerable que paró el curso de las obras en la colegiata, pues aunque en 1389 volvió á tratarse de preparativos de defensa y hubo por entonces algunos movimientos militares en el Rosellón y en Cataluña, no fueron de tanta trascendencia, que en gracia de su narración debamos prolongar estos apuntes. Pocos años antes aparece en los códices el nombre de otro artífice, señalado con el humilde título de cantero, que en verdad hiciéranos dudar de su mérito, á no saber que aun los más ilustres arquitectos de aquella edad condecorábanse con los dictados de *lapiscidas*, estatuarios y escultores. Á 13 de Octubre de 1383 *P. Ramón* se obligaba á construir la bóveda por la parte de la capilla de Ramón Carol, médico del rey, que legó á la colegiata un censo por Junio de 1379 y fué enterrado en la pared exterior (2). Según la contrata, fijábase su paga á setenta libras barcelonesas, y debía dejarla concluída desde 13 de Octubre hasta la siguiente Pascua; obra no muy notable á primera vista, pero apreciable para los que observan que sobre aquella bóveda carga mucha parte de la pesada mole del campanario (3).

Por fin en 1390 gozaba aquel país de perfecta tranquilidad, y buena y segura prueba es de ello la orden que á 13 de Abril por el Cabildo se dió de deshacer los corredores de la fortificación, destapiar puertas y ventanas, y bajar otra vez los bancos al templo. De entonces, pues, fuese sin interrupción continuando la obra del campanario, que quedó perfecta en 1392, acabando con ella los trabajos más considerables que en aquella colegiata se emprendieron; de modo que preciso es salvar el intermedio

(1) Idem. libro: *Obra=Receptæ et expensæ* ab anno 1365.—*Receptæ*, folio XXI.

(2) Idem. libro de Fábrica n.° 6, desde 1374 hasta 1386; *Receptæ*, folio LXXII.

(3) Archivo de la I. Colegiata de San Félix, libro de Fábrica, n.° 6. *Expensæ* fol. LXXXX.

de dos siglos para dar con la construcción de la puerta principal, que se contrató por partes en distintas épocas y por diferentes precios: parte á 6 de Enero de 1605 por 1090 libras, y parte á 1 de Junio de 1610 por 1945.

Si quiere el lector respirar por un momento entre negruzcas paredes el aire que tantas veces respiraron Pedro el *Grande*, el *Ceremonioso*, y los más ilustres infantes de la casa de Aragón,



GERONA.—PORTAL DE SOBREPORTAS

haga otra vez muestra de su agrado y buena voluntad saliendo con nosotros del templo de San Félix por la puerta de mediodía. Salude al pasar las antiquísimas tumbas que de aquellas paredes

[illegible], y sin detenerse á contemplarlas mas de lo que el respeto exige, siga hasta la parte exterior del remate de la iglesia. Allí es donde con toda claridad está marcada la forma del ábside de los primitivos templos cristianos, que guarnece no sólo el cabo de la nave sino aun las extremidades del crucero. Al encontrarnos ceñidos por todos lados de espesos y rojos muros, difícilmente concebimos que tocamos las venerables paredes de una casa del Señor, al paso que en aquel conjunto no sabemos si domina la tristeza ó la majestad. A la derecha levántase pesada y sombría la puerta de la antigua ciudad llamada *Portal de sobreportas*, y por ella tiéndese en rápido descenso un callejón solitario en cuyo fondo dibújanse azuladas las montañas, mientras á la izquierda el ábside del remate y los del crucero figuran tres torres fortísimas y almenadas, y á existir el antiguo puente que unía la colegiata con la puerta de la muralla, creyéramos hallarnos al pié de una gótica fortaleza.

Pocos son los recuerdos íntegros que dejó en Cataluña la dominación árabe, y su misma escasez es la más sólida razón para no pasarlos por alto. Hale cabido á Gerona la suerte de conservar en su recinto un monumento de aquellos conquistadores, y descendiendo por el mencionado y pendiente callejón, en el convento de Capuchinas lo encontrará el curioso viajero, si es que puede atravesar sus umbrales (1). La sala que lo contiene

(1) Como es tan rigurosa la clausura de aquellas buenas religiosas, no creemos fácil para todos y en todas ocasiones penetrar en la morada de la más terrible mortificación y penitencia, dificultad mucho mayor algunos años há, como que personajes de distinción no pudieron satisfacer sus deseos de ver el monumento que el convento encierra. Sin embargo, la benevolencia del I. S. Vicario General allanó todos los obstáculos y nos facilitó la entrada en aquel edificio, dando en ello una prueba nada equívoca ya del concepto que las bellas artes le merecen, ya de la ilustración que le honra. Prendas son estas de que no carecen buena parte del clero de aquella ciudad, y tanto experimentamos sus efectos durante nuestra corta permanencia en ella, que sin caer en la nota de ingratos no podríamos pasar por alto esa leve demostración. Dos de sus individuos sin embargo llevaron la cortesía, amabilidad y franqueza á tal extremo, que no nos permite confundirlos con la masa general; y como que á su generosidad debimos los más curiosos documentos que nos han servido para redactar estos apuntes, creemos que todos los amantes de las artes y de las glorias de nuestro país tendrán un placer en saber los nombres de tan dignos sujetos, que son D. Martín Matute, canónigo

ha sufrido algunas variaciones desde su primitivo estado; sin embargo, parte de la bóveda aún permanece tal como la edificaron los sectarios de Mahoma, y en las paredes todavía se ven algunos nichos, que tal vez servirían para guardar los zapatos y sandalias de los que se bañaban. Pero lo que realmente forma el monumento es una construcción que á manera de templete se levanta en el centro de la pieza, sosteniendo con su extremidad superior el empuje de la bóveda, y formando en la inferior como un pequeño estanque ó receptáculo para el agua. Rodea el baño (*a*) una baranda que es la base de toda la obra, octágona y de poca elevación, y sobre ella se levantan ocho columnas muy esbeltas y airosas. Ninguna particularidad ofrecen sus capiteles, que, como la mayor parte de los de su género, fórmanse de algunas anchas hojas de palma, ejecutadas con no mucha delicadeza. Sobre ellas cargan los arcos semicirculares extremadamente graciosos, y sigue la pared á bastante altura hasta la bóveda, coronándola una pequeña cornisa donde se apoyan las curvas de ésta, y formando una especie de ático, que á su vez sirve de base á otras ocho columnas de mucho menores dimensiones. Los capiteles de éstas contienen adornos más variados que los del primer cuerpo, propios también del género árabe, como palmas, y hojas caprichosas, agrupadas de manera que algunas forman pavos con la cola abanicada, cuya ejecución sin embargo no honra al escultor. Este segundo cuerpo sobresale del techo, y por los intercolumnios baja la luz suave y templada: voluptuosa combinación que se nota en todas las obras árabes destinadas á este objeto, por la cual acrecen las proporciones del lugar, derrámase blandamente la claridad sobre las formas de la persona que está en el baño, haciéndolas resaltar blan-

---

de aquella Santa Iglesia é individuo de la Academia de la Historia, y D. Narciso Xifreu, canónigo de San Félix y también miembro de la mencionada Academia.

(*a*) Respecto del destino de esta construcción no han estado acordes todos los que han tratado de la Gerona monumental, atribuyéndolo algunos á baptisterio y otros á obrador de curtidos. La opinión más general coincide, no obstante, con la de Piferrer.

cas y bien contorneadas sobre el fondo oscuro de lo restante de la pieza, y dando cierto misterio y atractivo á aquel recinto de amor para el sensual hijo del oriente. Cobija estas columnitas una pequeña cúpula, ahora bastante maltratada por los siglos,



GERONA.—Baños Árabes

formada de una argamasa de cal y menudas piedras. ¿Por qué produce en nosotros cierta sensación de tristeza la vista de aquella obra destinada al recreo? En verdad grande es el contraste que las ideas que despierta este monumento ofrecen con todo lo que lo rodea. Corredores solitarios y ruinosos sólo repi-

ten huecas y sordas las pisadas de aquellas pobres vírgenes del Señor, y en sus paredes, en los techos, en los patios ¡cuánta pobreza! ¡cuánta desnudez! Hasta la ojiva, la elegante y graciosa ojiva, pierde allí toda su espiritualidad, despójase de todas sus molduras, y el género gótico preséntase seco y liso como el armazón, como el esqueleto sin la carne, como el primer despunte del pensamiento sin formas. Sin embargo, allí el moro cansado de batallas soñó en la recompensa que su Corán promete á los valientes; allí, errante por los jardines ó languideciendo de ardorosa apatía al són fresquísimo del agua, trazó en su imaginación los ideales contornos de las hurís que le destinaba su profeta. Mas ahora en vez de aquellos quiméricos tipos de belleza material, divagan al rededor del antiguo baño tipos de hermosura toda de espíritu; y si alguna vez el artista logra penetrar en aquel vedado recinto, largo tiempo conserva en su alma el recuerdo de aquel silencio y austeridad espantosa, de aquella vasta tumba, pero tumba bien miserable y humilde, donde aspiran á vivir muriendo algunas pobres mujeres, al paso que no se borra de su memoria la imagen de las superioras que celaron sus pasos durante su visita, de aquellos hábitos cenicientos, duros y aplastados que caminaban sin ondular, de aquellos capuces que ocultaban facciones pálidas y deshechas, de aquellas figuras en fin que se deslizaban como visiones, sin piés, sin rostro, sin habla!

Santo Domingo

Un frontis sencillo que remata en punta anuncia á lo lejos la existencia del templo de Santo Domingo, obra elegante y sencilla de una sola nave. Con todo, ningún detalle contiene, y si algunos adornan sus paredes son tan comunes en el género gótico y en tan corto número que apenas merecen citarse (*a*).

(*a*) El altar mayor fué consagrado por el obispo Arnaldo de Monrodón en 31 de Enero de 1339.

Hoy día está convertido este convento en cuartel y habilitado el templo por

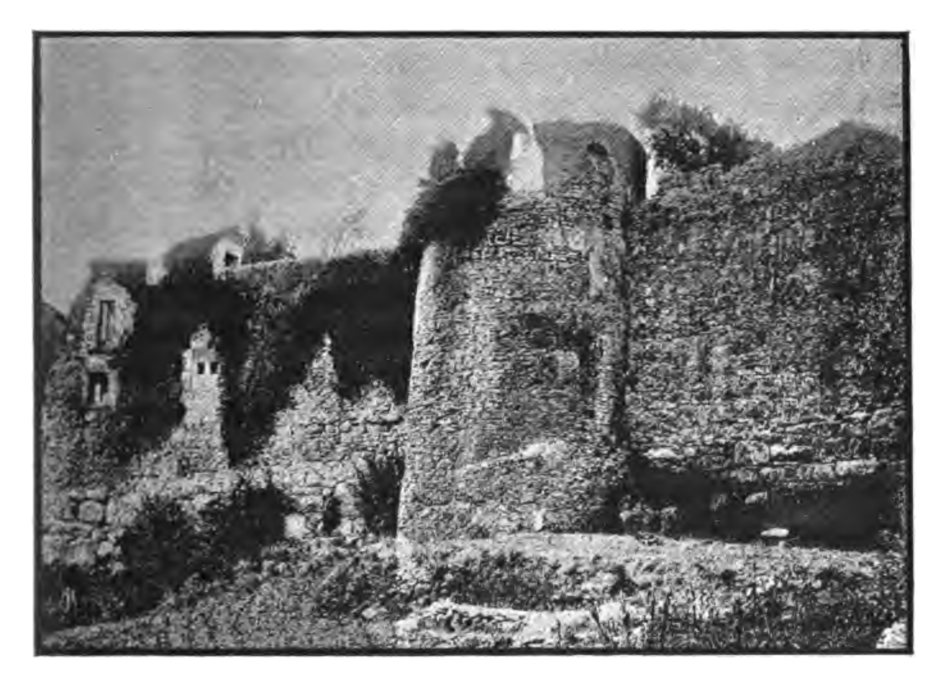
Un sepulcro hay notable en esta iglesia, no por su forma sino por el personaje cuyos despojos encierra. En la capilla de San Dalmacio, á la izquierda del que entra, vese levantada del suelo como unos cuatro piés una lápida de jaspe colorado oscuro, y en ella esculpida una inscripción en letras doradas. Según se desprende de su contenido, el que allí yace fué el Excmo. Señor D. Domingo de Iriarte, consejero honorario de estado, que acreditó sus talentos políticos en varios destinos y comisiones de la mayor importancia. Entre ellas hónrale sobremanera la confianza que en 1795 le dispensó el gran monarca Carlos III. Ardía en el vecino reino de Francia la hoguera de la revolución que consumía las creencias y los sistemas que por tantos siglos habían regido en Europa. Asustados los grandes potentados de ésta, conferenciaron entre sí, y se dijeron: «No oigan los pueblos el rumor de Libertad que suena en la Francia; levantemos al rededor de ésta una barrera para que las chispas no lleven el incendio al corazón de nuestros estados.» Y pensaron ahogar el rumor de Libertad con el estruendo de las cajas, de la artillería y de los combates, mientras sus numerosos soldados trazaban con sus bayonetas un círculo de hierro alrededor de la agitada Francia. La república limitóse al principio á contener sus ataques; mas cuando el levantamiento en masa de 1793 puso á su disposición un ejército inmenso y entusiasta, cuando el talento de Carnot varió el sistema de guerra hasta entonces usado, dirigiendo desde su bufete las combinaciones de los generales, entonces á su vez atacaron los franceses, y los ejércitos de Jourdan, Pichegru, Joubert, Westermann, Marceau, Dugommier, Hoche y Kleber,

---

medio de un techo que lo divide en dos pisos. Desde el superior puede contemplarse la nave con sus ventanales, rosetones y ábside. La bóveda presenta el cruzamiento de sus arcos unidos en seis claves esculturadas y policromadas, apoyándose aquellos en las sencillas ménsulas de los muros. En estos se abren esbeltos ventanales, combinados con rosones calados.

Lástima que este monumento, como otros muchos en nuestra patria, hayan de verse empleados en servicios cuya pobre importancia desdice del alto objeto por qué se fundaron, y más deplorable aún que se destruyan tan magníficas páginas del arte en aras de una economía mal entendida.

únicos nombres gratos en aquella época espantosa, pasearon la aborrecida enseña republicana por las márgenes del Rhin y del Escalda. Comprometiérase la España en la coalición de las potencias contra la república, y decidiéndose en los primeros choques á favor de nuestras tropas la victoria, tuvieron en 1795 que retirarse á Bayona y á Perpiñán los ejércitos franceses de los Pirineos orientales y occidentales. Pero al cabo siguió la



MURALLAS DE GERONA

suerte de los demás coaliados, y la fortuna protegió las hasta entonces derrotadas divisiones republicanas de los Pirineos. Atacó Dugommier á los españoles, y expeliéndoles del territorio francés, tras una serie de esclarecidas victorias entró en Cataluña, al paso que Moncey invadía las provincias por el Bastán y se apoderaba de San Sebastián y Fuenterrabía. Poco después, mientras Pichegru conquistaba la Holanda y creaba allí una

nueva república, Figueras y Rosas caían en poder de las tropas, que al mando de Perignon avanzaba en Cataluña, y Moncey, después de tomar Villareal, Bilbao y Vitoria, preparábase para acabar con los restos del ejército español que se replegara á Castilla la Vieja. Tantos triunfos herían de muerte la coalición, que atónita veíase amenazada en sus mejores posesiones, prontas á ser invadidas por ejércitos que sabían conmover los pueblos, sembrando por todas partes ideas y palabras demasiado halagüeñas y dulces para no admitidas. Abrióse, pues, el congreso de Basilea, donde asistió como plenipotenciario de España Don Domingo de Iriarte, que tuvo el honor de firmar la paz con la república á 16 de Julio de 1795. Nombrado luégo embajador en París, no pudo pasar á aquella capital á desempeñar su cargo, sino que aquejado de grave enfermedad, vino á España falleciendo en Gerona á 22 de Noviembre de aquel mismo año.

Difícil empresa sería enumerar y aclarar la multitud de inscripciones que se leen en los sepulcros del claustro, si ya no se la quiere calificar de ociosa, supuesto que casi todas no contienen noticia alguna á propósito para nuestro objeto. Ofrece este de que hablamos una particularidad que no osamos llamar anomalía, que tal parecerá á los admiradores del género gótico. Sobre pilares pareados á lo bizantino cargan los arcos en ojiva la más graciosa y pura, de cuyas líneas sobresalen algunas sencillas labores caladas, como las que se ven en muchísimas ventanas del 1400: extraña amalgama de formas, quizás peculiar á Gerona, donde dominan las construcciones de los siglos X, XI y XII.

Debió este convento su fundación al obispo Fr. Berenguer de Castellbisbal, que la solicitó, y según la inscripción colocada entre las capillas de Santo Tomás y San Dalmacio principióse el edificio á 30 de Diciembre de 1252 (1). Proseguíase con ardor en 1254, mas carecemos de datos positivos para asegurar en qué año quedó perfeccionado. Permítasenos aquí una

(1) La lápida dice así en latin: *Tertio Kalendas Januari anno Domini M.CCLIII fuit acceptus hic Gerundæ Conventus.*

ligera digresión, que reclama el solo nombre del mencionado obispo, y que echarían menos todos los versados en los anales de la corona de Aragón.

Repudiada su primera esposa D.ª Leonor de Castilla, el rey D. Jaime *I el Conquistador*, modelo de caballería y gentileza en su siglo, tuvo amores con varias señoras de sus reinos, entre las cuales la historia recuerda con preferencia á D.ª Guillelma de Cabrera y á D.ª Teresa Gil de Vidaure. Sin tratar más que á manera de indicación de aquella, que además no se sabe diese hijos al rey, hubo D. Jaime á la segunda con palabra de casamiento, y tuvo en ella dos hijos que fueron D. Jaime, señor de Ejerica, y D. Pedro, señor de Ayerve, troncos de dos ilustres genealogías. Pero, por una de aquellas súbitas resoluciones harto frecuentes en la historia de los grandes monarcas, repudió á poco el de Aragón á D.ª Teresa, que al momento entabló pleito contra él, acudiendo al sumo pontífice. No están contestes los analistas acerca de este hecho, pero comparando las fechas y las acciones no es difícil venir en conocimiento de que, al principio, no pudo la repudiada probar su matrimonio por falta de testigos, y que habiéndose éstos hallado, el Papa Gregorio IX dió sentencia favorable á la Vidaure, declarando legítimos los hijos y válido el matrimonio para cuando faltase la segunda esposa del rey D.ª Violante de Hungría. Fray Berenguer de Castellbisbal, fuese ó no requerido judicialmente por el papa á solicitud de D.ª Teresa, intervino en las declaraciones de los testigos. Pero ¿declaró el oculto matrimonio del monarca, violando el secreto de la confesión, fué ministro de aquel enlace clandestino y como tal llamado á declarar, ó sólo supo por conducto del tercero la palabra dada por don Jaime á D.ª Teresa? Cualquiera que sea la verdad de estas conjeturas, debemos creer que su declaración fué de mucho peso en la balanza de la justicia, y que tal vez la inclinó hacia la parte de la repudiada, ya que tan escandalosa y violentamente estalló contra su persona la ira del rey. Mandó D. Jaime cortar la lengua al obispo de

Gerona, y no satisfecho con tan atroz venganza, le desterró de sus estados (*a*). Pero el monarca aragonés era entonces el mejor caballero de la cruz, y poco tiempo pasó sin que la voz de la religión acallase la de las agitadas pasiones, y sin que aquel cuya lanza era el terror de los mahometanos temblase ante la ira del Vaticano, é inclinase la frente á las exhortaciones de un fraile enviado por el pontífice. Efectivamente, por Agosto de 1246 escribió á éste implorando su perdón, prometiendo pedirlo al obispo injuriado, y ofreciendo entre otras cosas convocar cortes para resarcir el escándalo. Después de algunas leves contestaciones, el papa, que tal vez necesitaba del brazo de D. Jaime para la cruzada que proyectara contra el Emperador Federico, envió después al obispo de Camerino que debía absolver de la excomunión al rey. Juntáronse pues en Lérida con el enviado varios prelados y magnates, y ante ellos compareció el monarca aragonés, confesando su delito y haciendo varias ofertas, que sería ocioso referir. Sin embargo el obispo Fr. Berenguer de Castellbisbal murió en Nápoles por Enero de 1254.

San Pedro de Galligans

¿Por qué los templos de Gerona, menos numerosos y magníficos que los de otras ciudades, infunden tanta veneración? El aire de antigüedad que los caracteriza, el pertenecer los más al género bizantino, y la misma disposición de sus partes, circunstancias son que nos transportan á los primeros siglos de nuestra regeneración tras la conquista de los árabes. Y hasta su misma colocación pertenece á otros tiempos más cristianos si cabe que la Edad media; y á no constar las fechas de su fundación, y si no viéramos sus formas, creyéramos estar viendo en

(*a*) Bofarull (Antonio) sospecha que algún motivo más poderoso, algo político tal vez, habría para mover el espíritu del rey á tan atroz castigo contra el obispo. Véase, para ilustrar este punto: *Historia crít., civ. y ecles. de Cataluña*, tomo 3, pág. 233.

algunos de ellos santuarios de los primeros siglos de la Iglesia. Efectivamente, por una rara particularidad, están construídos como mandan las constituciones apostólicas, esto es, su puerta al occidente y su altar al oriente, y aun muchos de los modernos observan esta disposición arquitectónica. Así se observa en el de San Pedro de Galligans, monasterio situado en un vallecito que forman la cuesta de Monjuí y la de la ciudad misma. Besan sus antiquísimas paredes las humildes y murmuradoras aguas del arroyo que toma de él su nombre y corre á confundirse con las del Oñar. Está en un extremo de Gerona, tan contiguo al muro que su campanario sirve de torre de defensa y de tránsito, y ciertamente aquel recinto bien merece una visita del artista viajero. Elévase en una plaza despoblada y silenciosa, sombreado por algunos viejos árboles, adorno imponente y magnífico en los antiguos monasterios, mudos recuerdos de aquellos tiempos de sencillez y de fe, en que á su sombra danzaban los campesinos al són de sus gaitas en las grandes festividades, ó celebraban allí sus mercados, mientras en el interior resonaban las preces de los sacerdotes. Delante, hacia la izquierda del observador, hay una iglesia llamada de San Nicolás, si podemos dar el nombre de iglesia á una obra extremadamente baja y pequeña. Sin embargo, tanto por su forma como por sus dimensiones es una preciosidad rarísima, al paso que la gracia que entre lo tosco respira cautiva la voluntad de quien la contempla. Pero hoy paredones más modernos nos roban su fachadita y buena parte de su nave, y sólo nos es dado inferir su mucha antigüedad por la inspección de lo que queda. Á pesar de que su altura en el remate apenas excede á la de un hombre, siendo á esta proporcionada su anchura, su planta es perfecta en el género bizantino, y nada le falta de lo que constituye un santuario. Su forma de cruz dibújase en el exterior con excesiva limpieza y claridad, y los tres ábsides de los dos brazos y del remate forman afuera otras tantas torrecillas apiñadas y graciosas, orladas en su parte superior con el adorno de curvas casi

peculiar al género á que San Nicolás pertenece, borrado y roído ahora en buena parte por su misma vejez. Sobre el crucero levántase el cimborio, que á su vez sostiene una pequeña y esbelta cúpula ó campanario que remata en punta, todo tan diminuto y ligero, que forma un conjunto bellísimo y gracioso: lindo asunto para un paisaje, bella ermita para asomar entre las sombrosas ramas de los robles y castaños, levantando su cupulita ya en medio del azur de un día sereno, ó ya entre amontonados nubarrones, mientras en lontananza brillara tal vez un río, tal vez un lago, y se perdieran en el fondo las azuladas cumbres de los montes. No se sabe la época de su fundación, y si alguna fe merecen las observaciones en arquitectura, tal vez sin errar pudiera asegurarse que es la fábrica más antigua de Gerona (*a*). No lo es poco la de San Pedro de Galligans, de cuya descripción nos desviáramos en gracia de lo pintoresco del lugar en que está situada. Súbese á su fachada por algunos escalones, compuestos muchos de ellos de lápidas medio borradas en caracteres romano-godos,—la misma antigüedad apoyándose en la antigüedad;—es semicircular, y á uno y otro lado asoman dos informes bultos, que no sabemos si quieren figurar hombres ó leones: tan toscos son, y tan profundamente han los años gastado la piedra. El aspecto general de aquel frontis es glacial, seco y severo como todos los de su género; algunos signos caprichosos, como estrellas, soles, flores extrañas guarnecen el arco igual en robustez al de San Pablo de Barcelona. Al entrar, encuéntrase un cuerpo algo bajo, gótico, que se construyó sin duda en el 1300 para sostener el coro, y detrás de él tiéndese á nuestros ojos un templo de tres naves, elegante en su género, alto y desembarazado y no escaso de luz, que le envía la ventana del frontispicio. Sostienen los arcos de la nave central, única que merece llamarse así, altas y gruesas columnas empotradas,

(*a*) Es posterior al siglo XII. En el día está convertida esta pequeña joya monumental en almacén, habiendo sido embadurnadas sus paredes.

que á primera vista tomáranse por obra romana según sus proporciones. Mas pronto échase de ver que ni son estas tales como las fijaron los antiguos, ni las demás circunstancias corresponden al arte griego ó romano. Carecen de base, y levantán-



GERONA.—Ábside de San Pedro de Galligans

dose con bastante pesadez corónanlas capiteles caprichosos y diferentes uno de otro, cuyas hojas de acanto no tienen la pureza y gracia que constituyen las verdaderamente tales, y ofrecen toda la corrupción y barbarie de los últimos momentos del arte antiguo. Las naves laterales, que á semejanza de las de San

Félix, mejor se llamaran corredores, ninguna materia pueden prestar á una descripción; sin embargo el todo de esta iglesia es de sumo interés para la historia del arte, y el que no sin fundamento pintóse en su imaginación tristes y fúnebres todos los santuarios anteriores á últimos del 1100, queda sorprendido al ver uno de aquella época, dotado de toda la elegancia que se puede apetecer de una fábrica de semejante género. Los claustros de este monasterio (*a*) son iguales en su forma á los de la catedral gerundense; pero, además de no alcanzar las extraordinarias dimensiones de los últimos, son más acabadas las labores de sus columnas pareadas, y en la parte exterior ó en la que mira al patio, sobre los arcos semicirculares, sobresalen cabezas, grupos de hojas, flores, etc., en que se apoya una especie de cornisa compuesta de pequeñas curvas, remate propio de casi todas las fábricas de entonces, que también se ve en los restos de murallas y torreones. Las bombas del último sitio echaron al suelo parte de las paredes de este claustro, y todo el monasterio se resiente del furor de las pasadas guerras. Una desnudez horrible se nota en sus muros; desaparecieron todos los monumentos sepulcrales, y sólo dos lápidas quedan en medio de tantos escombros (1).

(*a*) Restaurados estos claustros y reconstruído encima un piso, se halla actualmente instalado en ellos el Museo provincial de antigüedades. Consérvanse allí cuidadosamente fragmentos arquitectónicos muy notables, en especial una rica colección de capiteles, y en el piso superior se ve un buen monetario, una colección de armas y otra de cuadros.

(1) Como la una en manera alguna atañe á nuestro propósito ni bajo el aspecto artístico ni bajo el histórico, copiamos solamente la que á nuestro parecer puede considerarse interesante. Dice así:

Abbas miræ bonitatis
Hic B̄n Aquilus
Tumulatur qui beatis
Dotatur virtutibus
Sufragamen paupertatis
Castus rectus et pius
Dat Candelam ferialis
Vesperis et noctibus
Lampas Matri pietatis
Astat per hunc noctibus

Tampoco perdonaron los asaltos y los incendios los códices y pergaminos, esos monumentos que son el alma de las fábricas, ya que por ellos regulamos su origen, sus años de existencia, y las modificaciones que han sufrido. Situado desde su fundación fuera de los muros, y no tan lejos de ellos que no le alcanzasen sus tiros, cuántas veces habrá sido saqueado este monasterio en el sinnúmero de guerras y sitios que cuenta Gerona! Tan terribles deben de haber sido los estragos en él producidos por las luchas y los incendios, que perecieron para siempre todos sus documentos, de que ni copias autorizadas se encuentran. En tan absoluta carencia de noticias, sacadas del seno del mismo monasterio, fuerza les ha sido á cuantos se han ocupado de él recurrir á la historia y á otros documentos que aludiesen al mismo, operación que á su ejemplo ora practicamos nosotros.

Grande es su antigüedad como casa religiosa, y la tradición, que atribuye al buen Carlomagno todos los santuarios que se erigieron tras la irrupción de los árabes, también reconoce la mano del emperador en su fundación; pero desgraciadamente ningún documento la apoya, y es harto sabido que Carlos jamás vino á Gerona. La primera mención que de él encontramos es á fines del siglo x, en el testamento del conde Borrell II, otor-

Et altare Sanctitatis
Ditat libaminibus
Jacobi cum quo in altis
Requiescit sedibus.

Ora que empiezan á ventilarse todas las cuestiones que algunos adelantos pueden acarrear al arte, creemos que esta inscripción no dejará de parecer curiosa á los que se placen en indagar los orígenes de nuestra versificación. Es cosa ya sabida la antigüedad del asonante en las composiciones latinas de la baja edad, y los toscos poemas en versos leoninos de aquellos tiempos bastante se han traído á demostración para que nos entretengamos en explicarlos. Pero ningún ejemplo se ha citado que mezcle el asonante con el consonante, en versos cortos como la mayor parte de los *lais* provenzales ó de los romances antiguos; y la mencionada inscripción, además de ofrecer esta novedad es notable por la particularidad de que los versos impares son de ocho sílabas y consonantes, al paso que los pares son asonantes y sólo constan de siete, que, como rematan en dicción esdrújula, equivalen á seis. Los críticos y los anticuarios en literatura sabrán el aprecio que deba ó no hacerse de esta leve indicación, que como tal, y no otra cosa, la consideramos.

que el obispo Pedro Roger, hermano de la condesa Ermesendis, vendió á ésta y á su marido, el conde D. Ramón Borrell III, en cien onzas de oro la iglesia de San Daniel, que los nobles esposos compraron con el fin de fundar allí un monasterio, según se infiere de la misma venta y de escrituras de la época. Verificóse esto en 1015, y muriendo el conde á poco de empezada la fábrica, prosiguió Ermesendis la obra, dotando y enriqueciendo el monasterio, junto con su hijo Berenguer Ramón I *el Curvo*, y perfeccionóla después, á principios del siglo XII, la infortunada viuda de Ramón Berenguer II, *Cap de estopes*, cuando también viuda de Aymerich, vizconde de Narbona, su amor á su hijo la trajo á Cataluña donde murió.





CAPÍTULO IV

Figueras.—Vilabertrán.—San Pedro de Roda.
Castellón de Ampurias.—San Miguel
de Fluviá

Figueras

A cinco leguas de Gerona, hacia el norte, en medio de una llanura cubierta de olivos y en otro tiempo de arrozales, levántase una colina, ocupada por la villa de Figueras y coronada por el majestuoso castillo de San Fernando. La villa, aunque muy antigua, al decir de algunos, ni encierra monumentos que reflejen su pasado, ni tiene grandes recuerdos; el castillo, obra del siglo pasado que aún aguarda la mano de otro Fernando VI que la concluya, apenas es más que un padrón de ignominia así para los enemigos que lo invadieron como para los españoles á quienes estuvo confiada su defensa. En el año 1794

lo entregó Andrés Torres al republicano Perignon sin disparar un cañonazo: en 1808 se apoderó de él Duhesme, apelando á uno de los medios más infames; cuando el heroísmo de unos pocos españoles logró arrebatarlo por sorpresa á los franceses en la noche del 10 de abril de 1811, la flojedad de Campo-Verde inutilizó una empresa tan arriesgada, dando lugar á que el enemigo recibiera mayores fuerzas y tuviera que capitular la guarnición del castillo, escasa en número y falta de vituallas (1). Con razón decía Zowenshend en 1786 mientras lo estaban construyendo: «cuando llegue el momento de prueba, todo dependerá de la debilidad ó de la perfidia de su gobernador; en lugar de ser la defensa del país, podrá ser cuartel del enemigo.»

* Bien defendido este castillo, es la llave de la frontera, el dique más poderoso contra las invasiones francesas. Circuido de una triple muralla, armado de espaciosos baluartes en los ángulos de sus cinco lados, anchos y profundos sus fosos, grandiosos sus cuarteles y almacenes, inmensos sus algibes subterráneos, de una solidez asombrosa los techos y las paredes de sus infinitos pabellones, sentado en una altura desde la cual domina el Ampurdán y acecha el Pirineo, puede prevenir los ataques más repentinos, está casi al abrigo de todo asalto, mira con indiferencia á sus piés fuerzas considerables, y podría resistir por mucho tiempo á los sitios más rigorosos. Penetre el viajero en él, y admire su solidez y su magnificencia, la extensión de sus plazas, la abundancia de sus pertrechos de guerra, la riqueza que desplegaron en él los dos más grandes reyes de la casa de Borbón, Fernando VI y Carlos III. Arroje al paso una mirada á

(1) Campo-Verde no acudió al socorro del castillo sino hasta el 3 de Mayo en que llegó á Figueras con 9,000 infantes y 800 caballos. Atacó con denuedo á los franceses y les obligó á retirarse á la villa; mas dando luégo treguas al enemigo con la esperanza de que capitularía, dió lugar á la llegada de nuevas tropas francesas que arrojándose de improviso sobre su campamento le derrotaron, obligándole á una retirada vergonzosa. Abandonados los del castillo á sus propias fuerzas, atormentados por un continuo bombardeo y falta de víveres, no pudieron sostenerse sino hasta el 19 de Agosto en que capitularon.



esa vasta llanura del Ampurdán, cuajada de mieses, poblada de árboles y de villas, erizada de antiguas abadías, en que brillaron juntos el báculo y la espada, fértil pradera removida cien veces por el furor de innumerables combatientes, campo de batalla inmenso donde han chocado tantas civilizaciones y han sucumbido pueblos poderosos, llanura atormentada en otro tiempo por el fuego de los volcanes, y hoy azotada aún por ese terrible aire del norte, á cuyo soplo parecen temblar los montes sobre sus cimientos. Arroje al paso otra mirada á la cordillera que cierra en semicírculo este llano, cordillera escarpadísima, de vertientes rápidas, de bosques profundos, de cumbres muy agudas cuyos ecos, al decir de la tradición, despertaron un día al són de las bocinas de Roldán y Carlomagno. En esos montes y en esa llanura están aún impresas hondamente las huellas de la Edad media: allí es donde el monasterio levanta aún sus torres cinceladas al pié de los severos torreones de los castillos feudales, las iglesias son en el interior santuarios y en el exterior fortalezas; las villas algo importantes están ceñidas de viejas murallas coronadas de almenas. Los castillos de los vizcondes de Rocaberti, de los señores de Peralada, de los condes de Ampurias están confundidos entre la colegiata de Vilabertrán y los conventos de San Quirse de Colera y de San Pedro de Roda; Castellón y Torruella de Montgrí conservan aún la fortificación de los siglos medios; las iglesias parroquiales de San Miguel de Fluviá, de Vilaur, de Cerviá son templos de Dios y fueron baluartes de los hombres.

* Deja, deja, oh viajero, ese castillo de San Fernando, santificado sólo por la muerte de Álvarez, de ese indomable defensor de Gerona á quien los franceses hicieron morir lenta y alevosamente bajo las húmedas y oscuras bóvedas de las caballerizas (1); desciende á esa llanura dilatada, cuna de nuestra

(1) En el centro de la [illegible] las caballerizas hay un pequeño cuarto, cerrado por una verj[illegible] murió ese héroe, ahogado según unos, envenenado según otr[illegible]ormentado al decir del vulgo. La ins-

libertad é independencia después de la conquista de los árabes, teatro de los más grandes héroes de la tierra, tumba de nuestros enemigos, lugar sagrado donde la religión cristiana, perseguida por las lanzas de los infieles, vino á sentar su trono bajo los escudos de los valientes (1). En los monumentos que la cubren, brilla bajo todas sus fases el estilo bizantino, sombrío y aterrador en unos, majestuoso en otros, en algunos atrevido y en todos sacerdotal y grave: el estudio de sus formas y detalles será agradable para ti como para todo artista.

Vilabertrán

* En los alrededores de Figueras, hacia mediodía, hay un edificio antiguo que fué iglesia parroquial hasta el siglo XII, convento de Agustinos hasta fines del XVI, y hoy es una colegiata cuyo cabildo está presidido por un arcipreste (*a*). El templo que hoy existe, levantado sobre las ruinas de la iglesia primitiva de Vilabertrán, data del año 1064, época en que Pedro Rigalt, clérigo que se consagró enteramente al servicio del Señor y fué después el primer abad del monasterio, auxiliado por algunos propietarios que le hicieron donación de parte de sus tierras alodiales, empezó su construcción y trabajó en ella con sus propias manos hasta el año 1094. Parte de lo que constituyó el convento fué construido después con lo que tan generosamente cedieron á los abades los vizcondes de Rocaberti, que, no satisfechos con aumentarles el patrimonio, les dieron la jurisdicción civil y crimi-

---

cripción, puesta en el fondo de ese pequeño calabozo, no dice sino que murió asesinado pérfidamente por los franceses.

(1) En Cataluña, como en Asturias, empezó en los montes del norte la reconquista contra los árabes. El primer terreno recobrado fué el del Ampurdán, al cual fueron refugiándose todos los más entusiastas por la libertad de su patria, todos los más oprimidos y vejados por los conquistadores. La Iglesia labró en él sus primeros templos; San Benito los primeros y más suntuosos monasterios de su orden, que hubo en España después de la invasión sarracena.

(*a*) Hoy es parroquia.



COLEGIATA DE VILABERTRÁN

nal sobre todos los habitantes de la villa y de su término (1).

* Concebida y edificada la iglesia por un sacerdote, debía reflejar naturalmente en su conjunto el apego que tenía el clero de aquellos tiempos á las formas simbólicas, el odio que profesaba á la representación de los seres animados, el temor que sentía de que las bellezas artísticas impidiesen la meditación profunda y la concentración completa del cristiano. Su planta es una cruz: un presbiterio semicircular constituye su corona; una torre cuadrada crece á su pié; una capilla gótica y una sacristía bizantina forman las extremidades de sus brazos. El árbol de la cruz está dividido en tres naves por tres líneas de columnas pesadas é informes, sobre las cuales cargan bajas bóvedas de cañón seguido. La nave mayor, en cuyo centro está el coro, cerrado por macizos muros de piedra, recibe luz por ventanas semicirculares abiertas entre cada dos columnas en lo alto de sus paredes; las laterales están enteramente sumergidas en la sombra. La ornamentación es pobre y severa: los capiteles de las columnas son conos truncados que descansan en los fustes por su vértice; las bases, zócalos altos y desproporcionados, ceñidos por un grueso toro. En este templo todo habla á la razón, nada á la imaginación: esas bóvedas bajas y oscuras disipan las ilusiones y pesan sobre la frente del hombre como una realidad espantosa. La idea de la muerte viene á despertar su espíritu; la imagen del Supremo Juez del mundo ofusca sus sentidos; mientras los ojos buscan un rayo de luz entre las tinieblas del santuario, el alma busca con afán un rayo de fe entre las sombras de la duda.

(1) Vilabertrán pasó á ser convento del orden de San Agustín en el año 1100 en que fué elegido abad el mismo Rigalt, jefe hasta entonces de la clerecía. Transcribiremos aquí el catálogo de sus abades según el cronista de Cataluña: Pedro Rigalt hasta el año 1110: Pedro Guillem hasta el 1121: otro Guillem hasta el 1149: Pedro.... hasta 1152: Ramón.... hasta fines del siglo XII: Bernardo.... hasta 1200: Guillermo, Ramón, Guillermo y Arnaldo hasta fines del siglo XIII: otro Guillermo en el XIV. Cosme Damián Hortalá y Carlos Domenech fueron los últimos prelados en el siglo XVI, en que se secularizó la casa y fué hecha colegiata (a).

(a) Para completar esta lista de abades, véase VILLANUEVA: *Viaje lit*, t. 15, pág. 33 y siguientes.

* El claustro abierto á la derecha de la iglesia, no es menos sobrio de adornos, ni menos tétrico en el conjunto. Pequeño, bajo, irregular, pesado, refleja aún más al sacerdote que al artista. Pequeñas columnas pareadas sostienen sus arcos de semicírculo; entre éstos campean grandes pilares que les sirven



VILABERTRÁN.—CLAUSTRO DE LA COLEGIATA

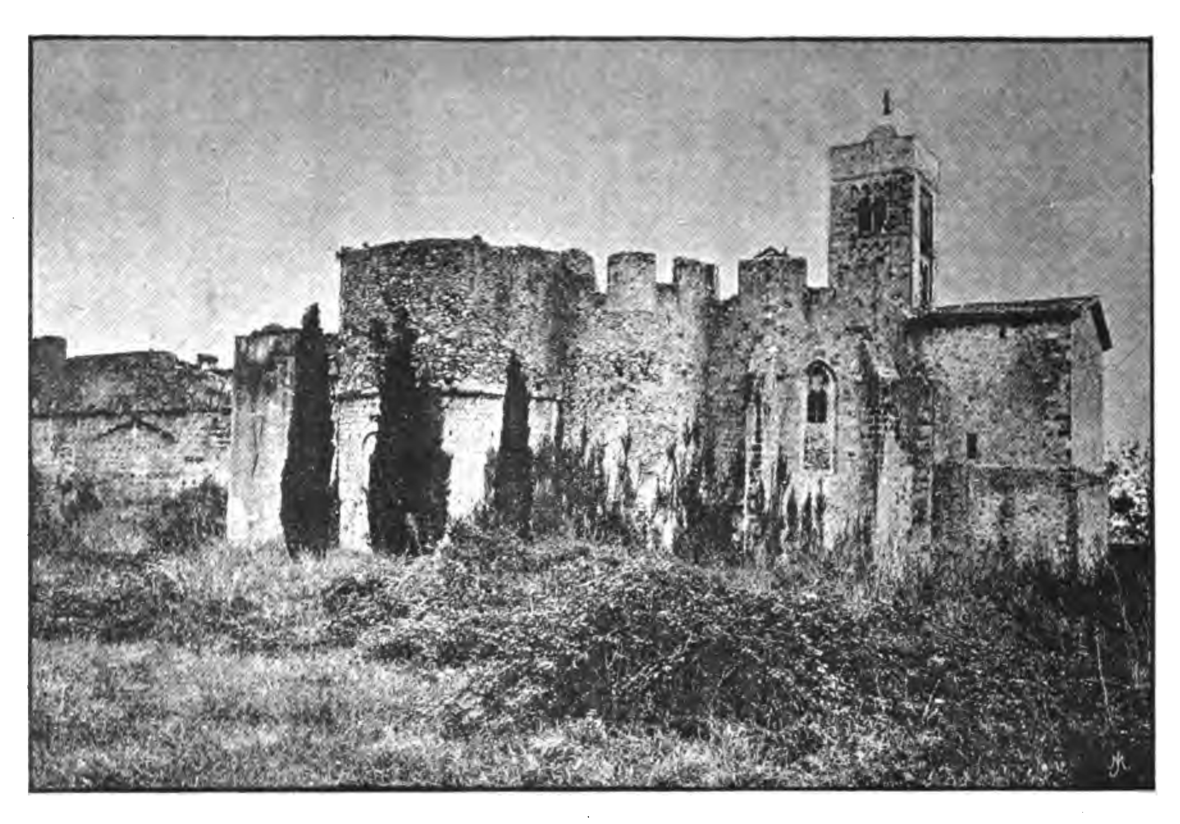
de estribo, salvo en el centro de uno de los cuatro lados, donde en lugar de esos macizos de piedra hay cuatro columnitas. Una que otra lápida sepulcral cubre sus muros (1); una capilla triste y lóbrega, donde no entra más luz que la que arroja una abertura estrecha, más parecida á una saetera que á una ventana, se oculta tras sus paredes de occidente; un pórtico sumamente

(1) Por una que está á la izquierda de la puerta de entrada sabemos: que á 12 de las calendas de Agosto de 1280 murió Gaufredo ó Jofre, vizconde de Rocaberti y señor de Peralada; á 11 de las calendas de Diciembre de 1229 Dalmacio ó Dalmau en la conquista de Mallorca; á 3 de las calendas de Agosto de 1212 otro Gaufredo del mismo nombre en Úbeda.

bajo, cuyos arcos están apoyados sobre pilares medio hundidos en la tierra, constituye su puerta de salida á uno de los patios del antiguo monasterio. Capilla, pórtico, columnas, arcos, todo está falto de adornos, de molduras; las pocas que hay en los capiteles son generalmente toscas, angulares, monótonas y de una gran dureza; si las hay algo más delicadas, representan hojas, flores, entrelazos; nunca seres animados ni fantásticos.

* Sombrío é igualmente severo es todo lo que fué convento. Sus altos paredones apenas presentan más que algunas líneas desiguales de ventanas góticas y un almenaje medio roto por remate. Lo más bello de todo el edificio, lo que más revela el genio artístico, muerto en el interior del templo por la fría é implacable voluntad del sacerdocio, es la torre de las campanas, único resto del frontis, del siglo XI, en que se descubre á la vez belleza, sencillez y severidad de líneas. Lisa hasta alcanzar el remate de la fachada moderna, presenta desde aquel punto hasta su barandilla superior tres cuerpos divididos por una simple cornisa. Forman la decoración de cada cuerpo cuatro ventanas de doble arco cimbrado engastadas en un recuadro entrante, una cenefa de arquitos cegados y una línea de piedras prismáticas unidas por sus ángulos. Las columnitas que sostienen los dos arcos semicirculares están levantadas en medio del espesor de las paredes, y sólo alcanzan la superficie de la torre con sus raros capiteles, cuya altura y derrame les da casi el aspecto del abaco egipcio. Esta disposición de las columnas junto con el corte de líneas á que da lugar el recuadro trabajado en hueco y los arcos cegados en relieve presentan á cada paso variados juegos de sombras que contribuyen notablemente á la hermosura y realce del conjunto. De la buena inteligencia del claro-oscuro hacían depender en gran parte los arquitectos griegos el efecto de sus monumentos (*a*).

(*a*) Se conserva entre los objetos que para el servicio del culto posee esta parroquia una antigua y preciosa cruz procesional de grandes dimensiones, pues mide unos diez palmos de altura. Es de estilo bizantino con magníficos bajo-relie-



VILABERTRÁN.—ÁBSIDE DE LA COLEGIATA

* Vista ya en detalle esta creación del siglo XI, diríjase el viajero á Palau y suba á la cumbre de Armen-Roda. Si al llegar allá, desea ver uno de los más grandiosos cuadros de la naturaleza, extienda en torno suyo sus miradas. Al norte levanta el Pirineo al cielo sus nevadas cumbres: la del Canigó está envuelta en sus nieblas eternas; las de Requesens, Albera, Montalbá y las Illas brillan como el hierro candente alumbradas por los primeros fuegos del sol. Al pié de esos montes colosales, rompe el mar sus olas entre los áridos peñascos de Cervera, punta casi insensible que separa dos naciones (*a*); más allá baña el Mediterráneo la Francia, más acá la España. Flotan en las aguas que bañan nuestras costas buques numerosos; y asoman islas más ó menos desiertas, parecidas á grandes navíos que sumergió el huracán en las arenas. La tierra y el mar parecen estar en lucha; adelántase aquella y extiende con arrogancia sobre las aguas el cabo de San Sebastián, el de Estartit y el de Creus; arrójase con furor el mar sobre las costas y abre aquí calas, allá puertos y acullá el golfo que se extiende desde Rosas á la Escala. ¡Oh! no separes tus ojos, oh viajero, de las orillas de ese golfo. En ese triste arenal estuvo Ampurias... Ampurias, aquella ciudad poderosa que poblaron los griegos, la primera que vió á los Scipiones y su armada, la que vió anclados en su puerto los buques de todas las naciones antiguas, la que fué tantas veces saludada por las escuadras rivales de Roma y de Cartago, la que atesoró tantas riquezas y en el apogeo de su gloria cubrió de mármol hasta los pavimentos de sus calles, la que, llena de orgullo, atrajo sobre sí la cólera de Trajano y quizás la ira de Dios. ¿Qué ves ya de esa ciudad soberbia que

---

ves y esmaltes, y lleva engastadas varias piedras preciosas y algunas cornalinas y sellos procedentes de la antigua Ampurias.

(*a*) Por esta punta atraviesa hoy la vía férrea que comunica España con Francia. En una estrecha vertiente entre aquellos peñascos, se levanta el moderno pueblo de Port-Bou, que debe su vida al camino de hierro. Posee este pueblo una bella iglesia de nueva construcción, de una sola nave de estilo ojival, levantada según los planos del arquitecto D. Juan Martorell.

recuerde su grandeza? Las armas, el fuego y el aire se adunaron en su ruina; y ya no quedan de ella más que un inmenso



VILABERTRÁN.—Cruz de la Colegiata

dique de mármol contra las avenidas del Mediterráneo y el esqueleto de sus murallas (*a*), bajo cuyas bóvedas de argamasa

(*a*) Aunque el descubrimiento de objetos antiguos en el solar que ocupó la an-

podrás aún rodear á caballo el lugar donde existió (1). Pueblos que ella hubiera mirado con desprecio cuando estuvo en su mayor prosperidad fueron á explotarla como una cantera, y levantaron con las piedras de sus templos y palacios las murallas que hoy les sirven de defensa. Sobre su mismo suelo, hay aún en lo alto de un peñón casas que constituyen un pequeño pueblo; mas ¡ah! son como los nidos del buho y del cuervo sobre las ruinas de nuestros caudillos feudales. La miseria devora á los habitantes de ese lugar triste y solitario, donde los pantanos envenenan el aire y el arado no sirve sino para remover las alhajas y los tesoros de la ciudad antigua, sepultados en las arenas de ese desierto. Los buhos y los cuervos de nuestros castillos derruidos se alimentan con la carne de los muertos; los habitantes de Ampurias, con lo que les producen las joyas de

---

tigua Emporión, desde la época á que hace referencia el texto, no haya permitido añadir muchos datos á los muy reducidos que de los principios de aquella histórica ciudad se tenían, ya que se discute aún su identidad con la ibérica *Índica* de fundación remotísima ó su origen puramente griego en el siglo v antes de nuestra era; no obstante, el estudio comparativo de las piedras labradas, monedas, fragmentos de cerámica y mosáicos que allí se han encontrado, ha servido para ilustrar este punto. Entre tales antigüedades merece especial mención el mosáico que representa el sacrificio de Ifigenia, descubierto en 1849 entre las ruinas de un edificio antiguo, y que ha llamado siempre la atención de los arqueólogos por la importancia del asunto. Hoy, gracias á los trabajos especiales de Pujol sobre numismática emporitana, y á las obras de Botet y Sisó: *Noticia histórica y arqueológica de la antigua ciudad de Emporión*, y de Pella: *Historia del Ampurdán* (en publicación), podemos apreciar la verdadera importancia de la antigua metrópoli comercial, conocer sus artes y su tráfico y tener una idea exacta de su perímetro y extensión en las dos partes de ciudad indiketa y griega.

(1) Los muros de Ampurias eran, por lo que permiten juzgar sus restos, anchos y abovedados: los grandes sillares que cubrían su armazón han servido para edificar las murallas de los pueblos vecinos *(a)*.

(*a*) Pella, en la obra citada, rectifica esta opinión respecto los muros de Ampurias, que examinados con detención resultan construidos de piedras sueltas sin argamasa, revestidas exteriormente de tapia hecha de una mezcla de tierra arcillosa, cal y arena; de manera que formaban una masa compacta de un grueso de 3'10 metros. Los huecos, que á semejanza de bóvedas se ven hoy día, son debidos á haberse ido extrayendo del corazón del muro las piedras sueltas. Esta muralla se conserva hoy en una extensión de 255 metros.

En su cara superior nótanse de trecho en trecho y á distancias iguales, unas ranuras transversales hechas con molde, al parecer, al construirse la tapia, las cuales pueden atribuirse á que debieron sostener una fortificación de madera que descansando sobre el muro venía á completar su menguada altura, que es sólo de cuatro metros.

una generación encerrada en esa inmensa tumba. Como si esa tierra fuese maldita, el aire del norte sigue persiguiendo las mugrientas chozas de esos desventurados y las va cubriendo con las arenas que levanta y arremolina (*a*).

San Pedro de Roda

* Al apartar sus ojos de ese triste sepulcro de una ciudad que fué, diríjalos el viajero hacia occidente y admire casi en toda su latitud el Ampurdán, que se extenderá á su vista desde el Pirineo hasta más allá de donde el Ter baña los muros de Torruella de Montgrí y azota las orillas de las islas Medas. Fije luégo la atención en el monte que le ha servido de pedestal para abarcar de una ojeada tan dilatado espacio; y, si desea recordar algunos hechos de las guerras feudales, ó busca datos interesantes para la historia del arte, observe la doble faja de murallas que coronan su cúspide casi inaccesible y examine las ruinas del monasterio que ocupa sus vertientes orientales. Aquellos muros son los únicos restos del castillo de San Salvador; allí dominaron los señores de Peralada; allí pelearon con éstos los condes de Ampurias, caballeros los más temidos de la comarca, espléndidos en sus palacios, fieros en los campos de batalla, humildes con sus inferiores, orgullosos con sus soberanos, siempre dispuestos á la guerra aun cuando debiesen hacerla con príncipes y reyes; allí dominaron los prelados de la vecina

(*a*) La existencia de Ampurias como á ciudad se prolonga hasta fines del siglo XII, pues se la encuentra sede del obispado empuritano durante la dominación visigoda (516 á 693); tomada por los árabes en 848 y destruida probablemente por los normandos en sus primeras devastaciones por las costas catalanas (858—61), después de lo cual sería reedificada á principios del siglo X (935) en tiempo del conde Gausberto, como lo fué su iglesia. Se halla después mencionada en documentos de los años 1002 *(in Impuria civitate)* y 1130 *(in civitate Impurias);* se tienen noticias de monedas de la misma en el siglo XII, y de una invasión, en el condado, de árabes mallorquines en 1178, que destruirían sin duda la ciudad.

BALAGUER Y MERINO: *Ordinacions y bans del Comtat d' Empurias*, Montpeller, 1879.

abadía de San Pedro á quienes lo cedieron generosamente esos mismos condes, quizás pocos años después de su victoria (1). El monasterio, teatro de escenas sangrientas, trono de una religión, morada de un santo, precioso monumento del siglo x, donde por espacio de ochocientos años hicieron brillar su piedad y su magnificencia los más distinguidos personajes del Principado, aún hoy, abandonado por sus monjes, habitado por la soledad y el silencio, medio hundido entre sus propios escombros, destrozado allá por el furor de las armas, devorado acá por el incendio, destruido acullá por el tiempo á cuyo impulso se desmorona hoy un arco y mañana se derrumba un techo, ofrece bellas perspectivas al pintor, magníficos detalles al escultor, líneas grandiosas y atrevidas al arquitecto, trazos sumamente característicos al que pretenda estudiar la marcha del arte cristiano durante la Edad media, marcha lenta y en ciertos períodos casi imperceptible. En él está vivamente reflejada la época en que las reminiscencias del estilo romano dirigían la mano del artista bizantino: los entrelazos, los follajes, las mil caprichosas combinaciones de los neo-griegos apenas logran confundir nunca las grandes líneas de la arquitectura del imperio, que aunque exageradas y sin la proporción debida, campean de una manera admirable en el interior del templo.

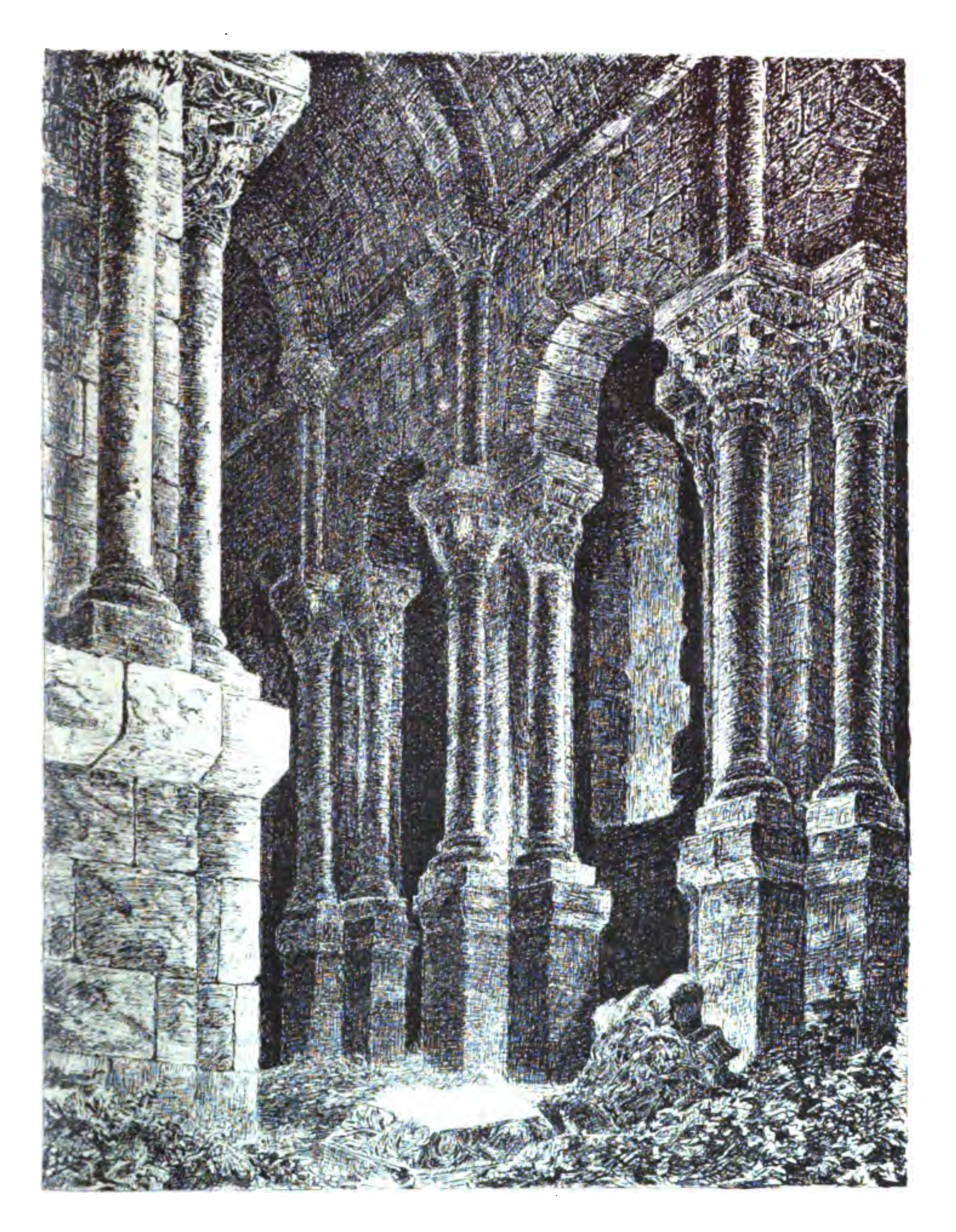
* Un profundo arco semicircular abre paso á un atrio conocido con el nombre de Galilea, donde junto á la puerta del convento, del cual no quedan ya sino desnudos paredones de mampostería, ostenta la fachada de la iglesia sus cimbras y su frontón coronada de almenas entre dos torres bizantinas. En el fondo de las cimbras, enteramente lisas y de un espesor considerable, hubo evidentemente una puerta historiada, hoy ya sin arcos ni molduras, desde cuyo umbral se descubre en toda su extensión

(1) Perteneció este castillo á los señores de Peralada hasta casi el primer tercio del siglo x: en 929 era ya de los Condes de Ampurias que lo poseyeron hasta el año 974, en que Gausberto lo donó al monasterio junto con toda la tierra de labranza y yerma que había desde él al Mediterráneo.

el templo, gallarda cruz latina, terminada al oriente por el presbiterio, al occidente por el coro, y al norte y mediodía por una puerta y una escalera que conduce al claustro. Dividen en tres naves el árbol de la cruz, grandes pilares cortados en su parte inferior por un triple pedestal continuo, en que descansan tres columnas adornadas de ricos capiteles. De estas sirven las dos para sostener los arcos laterales; la otra levanta sobre su abaco bellamente cincelado otra columna casi de igual altura y corte, en la cual cargan los recios arcos romanos de la bóveda. Siguen esos bellos grupos de columnas hasta el crucero, donde las líneas van simplificándose y los arcos parecen resultar simplemente de la inclinación de los pilares; al entrar en el presbiterio, las tres bajas y pesadas cimbras que lo circuyen, el arco de entrada que descansa en dos columnas disformes, la sombría capilla subterránea á que daban paso entrambas naves laterales, todo revela la mano de otro artista y aun de otro siglo. La nave mayor sólo recibía luz por una ventana semicircular abierta bajo el frontón de la fachada; las menores, sumamente estrechas y desnudas de todo adorno, estaban casi todas sumergidas en una oscuridad profunda; la luz que entra hoy en ellas á raudales por las roturas de las bóvedas perjudica el efecto que debían de producir en otro tiempo. Destrúyelo aún mucho más la galería moderna con que quisieron adornarlas, galería mezquina cuyos escombros van ya cubriendo el pavimento. No hay en ellas capilla alguna; sólo las hay en las paredes del crucero y en las del ábside: los altares que para suplir su falta empotraron en las naves, fueron las primeras víctimas del genio destructor que ha destrozado el templo.

* La nave mayor es la que merece más la atención y el estudio del artista. En ella la arquitectura pagana y la cristiana se confunden, las elegantes formas bizantinas se desarrollan con libertad entre las hermosas y tranquilas líneas que caracterizan el orden corintio; el genio libre y atrevido del arquitecto lombardo agranda y destruye hasta cierto punto las proporciones

matemáticas á que estuvo este sujeto; la regularidad y la variedad se enlazan sin esfuerzo; la severidad, la grandeza y la hermosura campean en todas partes sin que una á otra se destruya. Los pedestales son altos, sin pié, algo derramados en la parte inferior de su cornisa; las bases de las columnas tienen como la ática un plinto, una escocia entre dos toros y dos filetes; los fustes están coronados por un gracioso collarino; los capiteles presentan todos la altura del de Corinto, y algunos hasta sus hojas de acanto y sus caulículos: los abacos, altos y medio alfeizarados, están ceñidos de follajes de una pureza griega. Los arcos son pequeños pero regulares; sus dovelas tienen un corte bello y rigorosamente matemático. Las bóvedas, que arrancan de una cornisa extremadamente sencilla y severa, cargan sobre los grandes arcos que las sostienen, sin que las aristas templen su pesadez, ni clase alguna de revoque encubra la desnudez y lisura de sus piedras. Estas guardan en todo el templo las proporciones y la bien entendida colocación de las que constituyeron los mejores monumentos romanos. Es, pues, evidente que el artífice que construyó este santuario tomó por modelo, al concebirlo, la arquitectura del imperio; mas es también preciso confesar que, como todos los artistas de su época, no comprendió la estética de aquel grandioso estilo, ó no quiso comprenderla. Adoptó sus miembros, pero no siguió las leyes de armonía que para el empleo de estos se seguía invariablemente. Los pedestales son desmesurados; el diámetro de las columnas no guarda proporción con su altura; los abacos son demasiado altos y salientes. La nave mayor es estrecha y muy elevada; las menores son más pasadizos que naves. ¿Qué son, sin embargo, estos defectos? Á pesar de ellos, en conjunto, presenta el templo en medio de su severidad y de su dureza algo de ligero y mucho de elegante; la falta de reglas fué suficientemente suplida por la inspiración y el genio del artífice. La superposición de columnas sobre columnas, la gallarda forma de los capiteles, abacos y collarinos, donde ensayó las más graciosas



SAN PEDRO DE RODA.—Ruinas de la iglesia

combinaciones de líneas, y apuró su delicadeza el cincel neo-griego, la franca y libre distribución de todos los elementos arquitectónicos, la sobriedad y belleza de los adornos, todo hace de este templo uno de los más bellos monumentos de Cataluña y uno de los primeros en el género romano-bizantino. ¡Cuán bella y marcada es en él la alianza de los dos estilos! Al paso que sus capiteles recuerdan los más delicados y caprichosos de San Vital y Santa Sofía, sus anchos sillares y sus macizas bóvedas trasladan la imaginación á las sólidas galerías del antiguo Coliseo.

* Penetra, oh viajero, penetra sin temor en ese templo augusto, siéntate en los magníficos escombros que cubren su suelo, y contempla su esplendor y su magnificencia medio caídas. Respira por algún tiempo el polvo de sus ruinas, y hunde tus miradas en las sombras que tal vez circunden sus columnas silenciosas. ¿Se apodera quizás de ti el terror y la melancolía? ¿Se te oprime el corazón al considerar una tan gran creación artística expuesta para siempre á los ultrajes de los hombres y á la cólera del cielo? ¡Oh! eso es desgarrador: las yerbas van royendo sus paredes, el huracán dispierta los ecos de sus bóvedas con la caída lenta y sucesiva de sus piedras; el hombre apresura la obra de destrucción empezada por el tiempo, haciendo de él una cantera. El soldado y el bandido explayan en él sus furores, calentando quizás sus fríos miembros con los restos de sus últimos altares, tras ellos... ¿quién duda que vendrá la codicia á derribar con mano implacable esos tristes restos ya tan bárbaramente mutilados? Recorre por última vez, oh viajero, ese monumento en que ves agrupados tantos siglos y vinculados grandes recuerdos; no llores sobre sus piedras caídas; no levantes tu voz entusiasta por las que están aún en pié: tu llanto sería escarnecido, y compadecería el mundo tu entusiasmo insensato; tu voz ardiente sería apagada por el helado soplo del materialismo. Deja que se cumpla el fatal destino de ese monumento: ¿qué importa? Desaparecieron ya sus altares, desaparecieron

los sepulcros de sus prelados, han empezado ya á desaparecer las piedras de sus bóvedas; mañana desaparecerán esas columnas y esos arcos; ¡oh! y cuando vuelvas, tal vez la yerba no te permitirá ya descubrir dónde están sus cimientos. Mas ¿no es esa la suerte de todos nuestros templos? ¿No fué la religión misma la que lo abandonó en 1799? ¿Estás triste, oh viajero? y fueron monjes los que lo entregaron al furor del enemigo, á la tea del bandido y al azadón de la codicia... ellos, que habían jurado morir junto á sus muros, y tenían guardadas aquí las cenizas de sus antepasados, y podían en esos altares orar de rodillas sobre la tumba de los mártires, y vivían aquí entre las gratas sombras de su piadoso fundador y de sus ilustres bienhechores, y veían anudadas en esas piedras las tradiciones y hechos históricos que constituían el orgullo de su religión y la gloria de su convento (1). Deja, deja por fin ese templo cuyo silencio sólo interrumpe ahora la voz de su propia ruina: cuando suene la hora de su destrucción total, cuando las columnas caigan con estrépito y las bóvedas hundan el pavimento, si llega el sonido de esa hora á tus oídos, consuélete el recuerdo de lo que has visto, guarda tus lágrimas y tus suspiros para cuando no te vean los impíos destructores de nuestro siglo (*a*).

* Á la derecha del crucero hay aún una espaciosa escalinata, cuyas gradas, ya medio obstruidas por los escombros, conducen al claustro. Por lo que permiten ver los restos del convento

(1) Abandonáronlo en 10 de Diciembre de 1799, estableciéndose en Vilasacra, de donde se trasladaron al nuevo monasterio de la villa de Figueras en 11 de Octubre de 1818.

(*a*) La reacción en favor de los monumentos históricos no ha alcanzado á este célebre monasterio, que por ser de propiedad particular, no ha podido merecer la atención de las corporaciones oficiales. La ruina puede decirse que se ha consumado, pues nada se ha hecho para salvar tan preciosa joya, cuyos destrozados fragmentos va esparciendo la tramontana. Sólo quedan en pié las paredes exteriores con las dos elegantes torres de la entrada y la iglesia cuya bóveda ha podido resistir en su mayor parte. Todo lo demás, claustros, sala capitular, celdas, etc., es un confuso é inmenso montón de escombros.

También se halla en punible abandono la capilla de Santa Elena allí contigua, donde se ven dos delicados retablos trabajados en piedra.

[illegible] sus

[illegible] en-

[illegible] pris-

[illegible] poder

[illegible] de los

[illegible] tercero en

[illegible] paso,

entró en su capilla y oró fervorosamente á Dios sobre la losa que cubría ya los restos de los cuatro mártires, con que la enriquecieron sus primeros fundadores. Cuéntase lo mismo de Roldán, de quien se añade que lo dotó generosamente; y es un hecho que aún á fines del siglo pasado conservaban los monjes dos bocinas que suponían santificadas por los labios de esos dos grandes héroes del cristianismo. Dos siglos después, estaba ya el monasterio en ruina, tal vez carcomido por el tiempo, tal vez devorado por la guerra. Había entonces en el condado de Peralada un caballero, noble de origen, rico en hacienda á quien la historia llama Trasio ó Trasiunco: movido por la santidad de su hijo Ildesindo, monje á la sazón de ese convento, quiso repararlo y engrandecerlo, consagrándole primero sus riquezas y después su vida. Hizo levantar desde sus cimientos el templo que hoy existe, circuyólo de estancias donde pudiesen residir los humildes anacoretas, les cedió la propiedad de sus tierras, y fué luégo á Roma para doblar la rodilla ante el Pontífice y alcanzar de él la confirmación de cuanto llevaba hecho para mayor honra del Señor y aumento de la Iglesia. Volvió á Roda, henchida de gozo el alma: mas ¡ay! pronto fueron á acibarar su ventura la ambición y el egoísmo. Dos abades, el de San Policarpo y el de Bañolas, atacaron la independencia del nuevo monasterio, y se disputaron porfiadamente su dominio. Trasio, tan lleno de ardor como de fe cristiana, no quiso ceder ante las exigencias de los dos prelados; toma de nuevo el báculo de viaje, y vuela á la corte de Francia á implorar la mediación de Luís el Transmarino, que le oye afablemente, ensalza su caridad y su entusiasmo religioso, pone bajo su poderosa protección el monasterio, y, después de haber consultado á Gotmaro, obispo de Gerona, amenaza con todo el peso de su cólera á cualquiera persona eclesiástica ó seglar, noble ó vasalla que se atreva á poner la mano sobre tan santa obra ó en los negocios de los monjes. Á su vuelta á España todo fué para él felicidad y gloria: renunció al mundo y se encerró en el claustro; vió favorecido el monas-

terio por numerosos bienhechores de cuna distinguida; contempló casi hasta su fin los adelantos no interrumpidos de la nueva fábrica, y para colmo de su contento vió conferir la mitra y el báculo abacial á su hijo Ildesindo en presencia de los obispos de Barcelona y Gerona y los condes de aquella ciudad y de la de Ampurias. Vió aún, sin embargo, por segunda vez levantarse la sombra de la discordia contra su convento: las grandes dotaciones con que sin cesar lo enriquecían los más poderosos señores de Cataluña, Aragón y Francia excitaron el furor del prelado de Bañolas y del vizconde de Ampurias, que resueltos á no dejar en paz á los monjes de San Pedro, les disputaron cien veces la propiedad que sobre el estanque de Castellón y tres pequeñas islas les había sido concedida por Gaufredo, conde ampuritano. Mas Dios no permitió que Trasio muriese con el pesar de ver agitado su monasterio: en el día de San Pedro *ad vincula* del año 968, mientras una muchedumbre numerosa de romeros y peregrinos llenaba con el sordo rumor de sus preces las bóvedas de la iglesia; una asamblea, compuesta de dos condes y el mismo vizconde Adalberto, de dos obispos y dos abades, de cuatro arcedianos y el deán Amalerico, de un número considerable de presbíteros y diáconos de diferentes iglesias, oídas las justas quejas de Ildesindo y confesando Gaufredo la donación de las islas y el estanque, dispuso y escribió que bajo pretexto alguno pudiesen ser perturbados los monjes en el uso de estas propiedades. Poco tiempo después la silla romana ponía bajo su inmediata dependencia y protección el monasterio, excluyéndola de toda otra jurisdicción y vasallaje; y confirmaba plena é individualmente el dominio que sobre inmensas posesiones les había sido concedida. Expidióse la bula de confirmación en el año 974, y á últimos de Enero de 979 la comunidad entera estaba ya al rededor de un lecho de muerte recogiendo el último suspiro de Trasiunco. El alma de este varón piadoso voló al cielo; su cuerpo fué sepultado en la tierra; mas su sangre y su piedad y su celo cristiano no desaparecieron aún: Ildesindo, que

fué luégo obispo de Elna, consagró su vida á coronar la obra de su padre. Cuando ese venerable prelado murió, el monasterio de San Pedro había ya llegado á la cumbre de su esplendor y de su gloria.

* Este monasterio no fué solamente rico en bienes temporales; lo fué también en gracias espirituales. Bajo el altar mayor descansaban los restos de San Pedro exorcista, Santa Concordia, San Lucio y San Moderando; bajo el presbiterio había una cueva, ahora ya cegada, que fué lugar de penitencia para San Sergio, obispo de Narbona; cuando la fiesta de Santa Cruz de Mayo caía en viernes, venían peregrinos de tierras muy remotas á ganar ante sus altares el *jubileo santo*. La víspera de este día vestía el abad de pontifical, y seguido de todos los monjes salía fuera del recinto del convento, donde solía estar acampada una multitud inmensa, aguardando que se abriese la Puerta de Hierro que daba paso á la Galilea y estaba siempre fuertemente murada (1). El báculo en la mano izquierda y un martillo en la diestra, dirigíase por entre el gentío á la puerta mencionada, daba en ella dos ó tres golpes y mandaba luégo derribar la tapia. Derribada ya, corría el cerrojo y entraba él primero en la Galilea; tras él seguía la comunidad; tras ésta el pueblo. Desde entonces estaba empezado el jubileo que duraba ocho días y era tan grande como el que ganan en Roma los que visitan sus estaciones en el año santo. ¡Costumbre veneranda de que han desaparecido hasta las huellas! ¿Donde está esa puerta de hierro cerrada los más de los años y abierta con una solemnidad tan grande? ¿dónde están los sepulcros que decoraban las paredes de esa Galilea, dándole el aspecto de un panteón y comunicándole cierto aire de religión y de misterio? Todo ha debido

(1) Había en este monasterio dos puertas de entrada, una que establecía una comunicación directa con la iglesia, otra que conducía al convento. Mientras aquella, llamada *Puerta de Hierro*, estaba cerrada, los que visitaban el monasterio sólo podían entrar en el templo por la parte del claustro, que, como llevamos dicho, comunicaba con el crucero de aquel por una espaciosa escalera.

participar de la destrucción total del monasterio. Salúdale por última vez, viajero, y desciende, si te place, á Castellón de Ampurias.

Castellón de Ampurias

* Sentada Castellón en una pequeña colina del Ampurdán, cuyo pié bañan sosegadamente las aguas del Muga, presenta un aspecto agradable y bastante pintoresco. Sus casas, encerradas dentro una cerca de murallas levantadas en el siglo XIII y hoy ya confundidas en parte con los mismos edificios, derrámanse en un bello desorden por las vertientes del monte, bajando al occidente hasta muy cerca de un gran puente de sillería de siete arcos, y al mediodía hasta tocar las márgenes del río. Sobre sus techos desiguales, que forman en muchos puntos una gradería irregular pero vistosa, campea orgullosamente la iglesia parroquial, sobre cuyas altas paredes, coronadas en parte por un antepecho calado, descuella á su vez la torre de las campanas, graciosa y elegante creación del estilo romano-bizantino. Aumenta el efecto de este cuadro la frondosa vegetación de la llanura inmediata, donde entre yerbas altas y lozanas forrajea el caballo y se apacienta el toro.

* Sobre el mismo suelo de esta villa existió, según el parecer de algunos escritores, la ciudad de *Castulo,* antigua ciudad romana dentro de cuyas casas las tropas de Sertorio fueron acuchilladas por los españoles, y pocas horas después los españoles por las tropas de Sertorio. No hay ya en Castellón vestigios que acrediten su existencia; mas el cronista catalán que escribía en el siglo XVII refiere haber visto aún sus grandes puertas, restos de sus murallas, su puente sobre el Muga, con cuyas piedras fué construido el coro de Santa María, y un ara y una piedra cuyas inscripciones evidentemente romanas recuerdan un voto hecho al genio de la ciudad por Cayo Lelio Geminiano y la temprana muerte de Gneo Optato, á quien erigió un

sepulcro su hija Julia Felicina, hermana de un hijo de Castulón llamado Tusco (1). Las causas particulares de la decadencia y ruina de esta ciudad son del todo ignoradas; los documentos de la Edad media no hablan ya de Castulo, sino de la villa de *Casteylone*. Es probable, sin embargo, que esta villa conservaría aún entonces restos de su pasada grandeza y tendría mayor importancia que en nuestros días, cuando en el siglo x se celebró en su iglesia mayor un concilio provincial para transigir las grandes diferencias entre el abad de Bañolas y el de Roda, y á mediados del xi se estaban ya echando los cimientos del templo actual de Santa María, cuya magnificencia no está ahora en armonía con el conjunto que presentan sus humildes casas y sus calles desaliñadas y tortuosas. La guerra y la peste la asolaron en el siglo xvii: en 1650, cuando aún estaba peleando Cataluña con los ejércitos de Felipe IV, no contaba ya sino quinientos vecinos; nueve años después contaba sólo treinta (2). Para reparar tan grave pérdida apenas han bastado dos siglos: su población asciende hoy escasamente á 3000 almas. Así suele llevar Dios el destino de las ciudades, hoy levantadas á lo más alto y mañana hundidas en el polvo (*a*).

---

(1) He aquí el contexto de estas lápidas que copiamos tales como las presenta el cronista por no haber encontrado en Castellón los originales durante nuestra permanencia en esta villa:

1.ª	2.ª
GEN	D. M. S.
CASTUL	L. TUSCUS. CAST
PRO SALU	GN. F. OPT.
P. C. LAELY.	AN. X. X. X H. S.
L. FGEM	JULIA FELYS
V. L. S.	SÓROR. F. C. S. T. T.

(2) Así lo hemos leído en un *memorial* que *sobre las ruinas de las murallas, casas, convents y altres coses estimades*, etc., fué escrito en Castellón el día 12 de Diciembre de 1662. Obra este documento en poder de Peya, escribano de la misma villa.

(*a*) En la citada obra de Balaguer y Merino: *Ordinacions y bans del Comtat d' Ampurias*, trabajada con erudición diligentísima, se compilan interesantes detalles sobre la historia de esa población y su condado, formulándose por primera vez la serie de los condes de Ampurias de estirpe real.

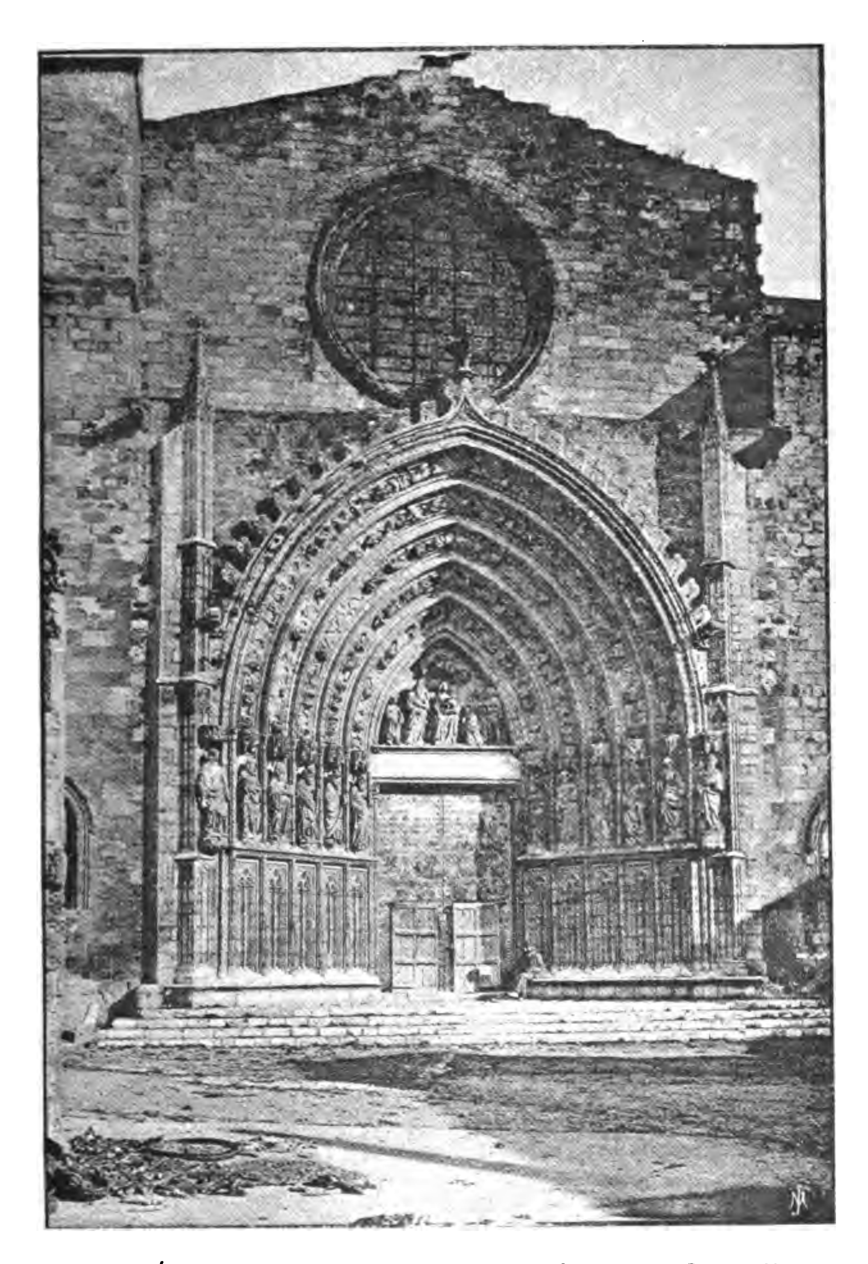
La cronología completa de los que llevaron tan famoso título nobiliario es la

* De los monumentos con que embellecieron Castellón los siglos medios, la iglesia mayor de Santa María es el único que puede cautivar las miradas del viajero. Empezada á mediados del siglo XI (*a*), continuada desde el crucero á la fachada á fines del XIV y concluída en el XV, presenta el estilo gótico en dos de sus mejores períodos; lleva con rapidez los ojos del artista desde la ojiva más esbelta y caprichosa hasta el bajo semicírculo apuntado; arrebata la imaginación, y la hace descubrir casi en todo su conjunto la más grande época de la Edad media, la que empieza por las cruzadas y acaba por la invención de la imprenta. ¡Cuán bella es su fachada, sobre todo para el que acierta á verla por primera vez al caer del sol en una de esas tardes de otoño en que zumba ligeramente el aire entre las doradas hojas de los árboles! Acaba de salir de calles estrechas y oscuras, y entra en una pequeña plaza, cerrada á entrambos lados por casas bajas y desiguales, en cuyo horizonte vagan á merced del viento nubes de oro y fuego, en cuyo fondo se destacan entre dos pilares de crestería las gallardas ojivas concéntricas del siglo XV. Al pié de éstas, entre las cuales asoman tiernos y delicadísimos follajes, contempla cobijadas por hermosos doseletes las graves figuras de los doce Apóstoles; y bajo la última curva distingue entre vagas sombras las de los reyes magos doblando la rodilla ante el Salvador, puesto en los brazos de la Virgen. Pintadas ojivas y figuras por los bellos y

siguiente, según las fechas que justifican su existencia: Irmingario, 812; Gaucelmo, 834; Suniriao ó Sunyer, 843—50; Alarico, 843 antes del 902; Suniario II, 884—931; Bencio, 919; Gausberto, 925—35; Gaufredo, 943—91; Hugo I, 1007—40; Pons I, 1041—78 ó 79; Hugo II, 1079—87; Pons Hugo I, 1123—60; Hugo III, 1155—1230; Pons Hugo II, 1230—67; Hugo IV, 1268—77; Pons Hugo III, 1277—1308; Malgaulin, 1314—21.

Por muerte de este conde sin sucesión masculina, entra á poseer el condado Hugueto de Cardona, quien lo traspasa por permuta á uno de los miembros de la familia real en la persona del Infante Pedro, quien lo posee de 1325 á 41; Infante Ramón Berenguer, de 1341 á 64; Juan I, de 1364 á 99; Juan II, de 1399 á 1401: Pedro, de 1401 á 1402. En este año, á causa de haber muerto sin hijos los dos últimos condes sobrinos que eran del rey D. Martín, fué agregado indisolublemente el Condado á la Corona.

(*a*) Fué consagrada en 1064.



CASTELLÓN DE AMPURIAS.—Fachada de la Iglesia de Santa María

transparentes colores que reflejan las nubes, cree ver algo de misterioso en la portada, y en medio del entusiasmo que le inspira la delicadeza de los detalles transforma en hojas naturales las de piedra, y las ve oscilar al soplo de la brisa. Examina entonces con afán los adornos más insignificantes, los recuadros que dividen el pedestal de los Apóstoles, el florón que corona el vértice de las ojivas, las agujas en que terminan los pilarcitos laterales; y á pesar suyo echa de menos aquellos siglos en que todos los canteros eran escultores y sujetaban la piedra á que siguiera todas las ondulaciones de la línea que su imaginación les sugería. Aunque no del mismo estilo, no deja de aumentar el interés de esa fachada la torre cuadrada del reloj que levanta á la izquierda sus muros tristes y sombríos, en que apenas hay otro adorno que dos ojivas cegadas y un círculo misterioso en que un índice inflexible va señalando los pasos que da el cuerpo hacia el sepulcro, hacia lo infinito el alma, hacia la realidad las ilusiones de la vida, hacia su término fatal los goces y los sufrimientos. En toda esta fachada no hay nada que menoscabe tanto su efecto como el paredón al parecer incompleto que asoma en segundo término sobre las ojivas concéntricas: su desnudez y su frialdad sólo están algo templadas por un rosetón, y en la área de éste no hay un calado ni una línea que lo armonice con lo bello y animado del conjunto.

* El interior del templo hace retroceder la imaginación á tiempos más severos, al siglo XIV. La ojiva es más sencilla, la ornamentación escasa, las líneas complicadas, pero distintas. Dividen el espacio en tres naves ligeras columnas, de cuyos capiteles parecidos á pequeñas guirnaldas de flores, parte el sinnúmero de ojivas que sostienen ya las bóvedas del centro, ya las de entrambos lados, todas por arista. La nave mayor es atrevida: sus arcos, de grande elevación y aún de mayor anchura, se espacian libremente en el aire hasta alcanzar el remate del segundo cuerpo de la fachada. No son así las menores, cuyas ojivas debieron encogerse bajo los recios botareles que

sirven de estribo á las centrales, según los principios del sistema de construcción seguido en todo el último tercio de la Edad media. En medio del templo está el coro; en los muros de las naves laterales hay capillas sobre cuyos arcos campean gallardas ventanas ojivales.

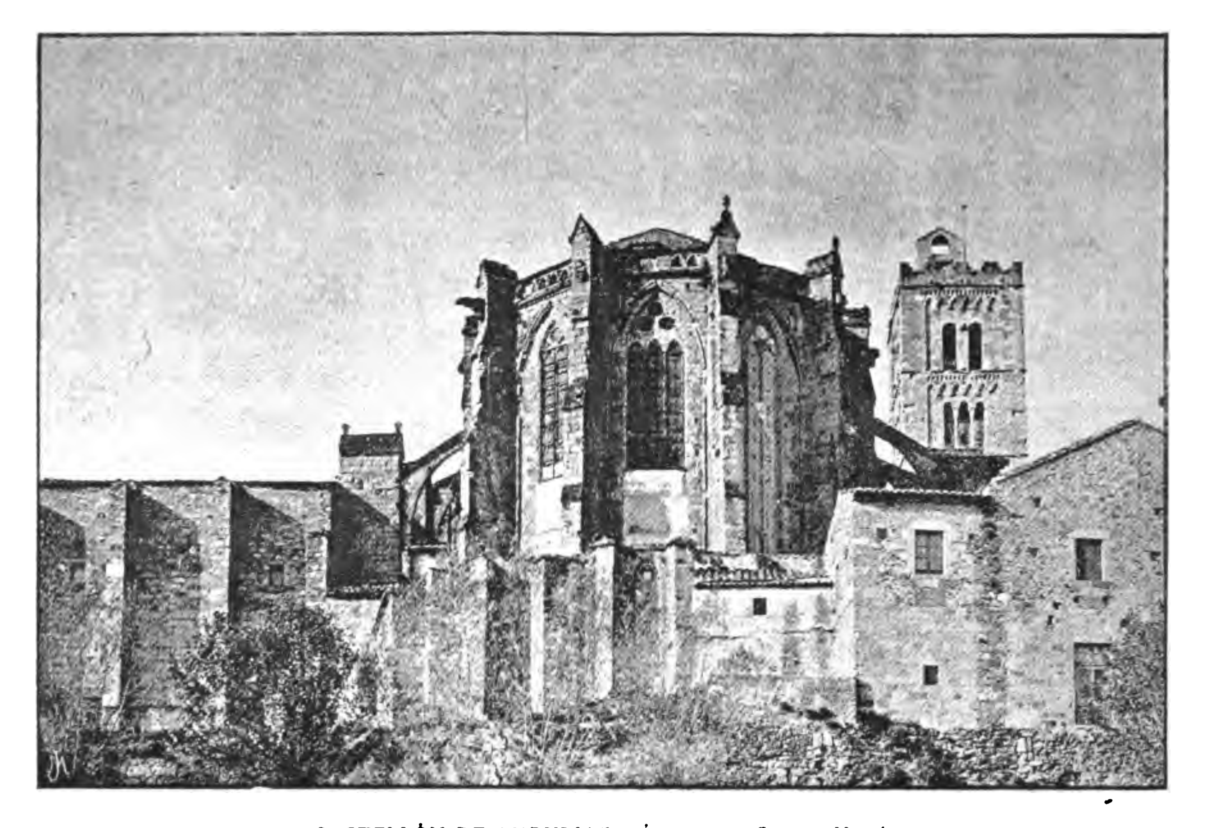
* Sigue esta construcción y disposición de líneas hasta el crucero, en cuyos extremos hay la sacristía y la aún incompleta capilla del Sacramento. Al llegar á él, retrocede aún más la fantasía, vuela á la época en que los primeros soldados de la cruz volvían de aquel tremendo combate donde la Europa disputaba al Asia las piedras del sepulcro santo. Las bóvedas que cubren las naves laterales son bajas, sus sillares grandes, sus aristas recias, las columnas que sostienen los arcos pesadas, los capiteles toscos; la cimbra lombarda apenas acaba de convertirse en ojiva. Todo es aquí grave, sombrío, sacerdotal, teocrático, distinto de lo que constituye el carácter general del templo: al entrar bajo esas bóvedas se hace naturalmente memoria de otros siglos, se conciben otras ideas, se cree estar en otro monumento. ¿Por qué empero, una construcción tan marcada y tan diferente apenas destruye en nada la armonía del conjunto? Desde el centro de la nave mayor presenta el templo, del presbiterio á la fachada, las mismas dimensiones y las mismas formas; las ojivas del ábside, apoyadas en muros macizos, tienen el mismo arranque y el mismo corte que las otras; los arcos que cargan sobre las columnas del crucero y sostienen las bóvedas centrales, en nada difieren de los que se levantan á su lado. Es forzoso convenir en que el artífice del siglo XIV, al apoderarse del monumento lombardo, quiso sujetarlo enteramente á las formas generales de su época. Levantó las paredes del ábside y sentó en ellas los arcos ojivales: prolongó las bajas columnas romanas, conservó las capillas existentes y abrió las demás sujetándolas á las mismas líneas. Á no suponer este hecho, es imposible concebir la existencia de los arcos del siglo XI entre las esbeltas ojivas del ábside y todas las de la nave

del centro; es difícil concebir que el corte de las capillas guarde tan escasa relación aun con el de las ventanas caladas que ostentan sobre ellas tanta ligereza.

* Para mayor unidad y belleza del monumento es también gótico el altar mayor, vasto lienzo de mármol cubierto de altos relieves, sobre los cuales campea la figura de la Virgen. Están en él bellamente ejecutadas las más grandiosas escenas del Nuevo Testamento, sobre todo aquellas en que el Hombre-Dios, después de haber acabado su obra regeneradora, sucumbe con resignación y dignidad, y dobla la frente bajo el peso de la ingratitud y las manos del verdugo. Suele haber verdad en las facciones de María contraídas por el dolor y la angustia; la hay en algunas figuras de Jesucristo donde lucha evidentemente lo humano con lo divino y brillan entre las sombras del sufrimiento los destellos del espíritu; la ofrece el rostro de algunos soldados y sayones, animados de sentimientos de odio y de venganza. Hay generalmente originalidad en la invención, en la composición inteligencia, en la ejecución belleza, en el conjunto de cada relieve bastante movimiento y vida. No es, sin embargo, comparable este altar, aun incompleto, con los de Zaragoza y Tarragona en que se observa más valentía, más delicadeza en las formas, más variedad en las figuras, más acierto en los grupos, más imaginación y aun más sentimiento en los artistas que los concibieron y los ejecutaron. En este se descubren demasiado los esfuerzos que hizo el autor para presentar belleza; no hay aquella facilidad ingeniosa que tanto encanto da á todas las obras del arte, no hay aquellas líneas rápidas y atrevidas, rasgos casi siempre de la inspiración y del genio. El escultor era sin duda poeta; pero su cincel no pudo seguir el vuelo de su fantasía (*a*).

* Completa por fin, el interés de esta iglesia de Santa María su antiguo campanario cuadrado, en cuyos tres últimos cuerpos, bajo una cenefa de ojivas cegadas y una línea de piedras pris-

(*a*) Data la obra de este altar del año 1483.



CASTELLÓN DE AMPURIAS.—Ábside de Santa María

máticas, figura en un lado una ventana elegantísima cuyo triple y profundo arco semicircular carga sobre seis columnas de bellos capiteles, distribuídos en líneas paralelas. Sus grandes dimensiones, la originalidad y gracia de su ventanaje, la sobriedad y la feliz distribución de sus adornos, la elegancia del recuadro qne los contiene, la limpieza de todos los detalles, el armónico efecto del conjunto hacen de esta torre uno de los monumentos más notables del siglo XII, siglo de transición en que el estilo romano-bizantino enlaza sus mejores galas con los primeros joyeles del goticismo. ¿Dónde podremos hallar en el Ampurdán otra comparable, si ya no es San Miguel de Fluviá, en cuyo torreón inmenso, pegado á una pequeña iglesia, brillan con toda la pureza y grandiosidad posibles las líneas del siglo XI? No es este tan bello, pero tiene más unidad y formas más robustas y severas; no habla tanto á los ojos, pero más al corazón. Lo adusto y duro de todas sus partes, la ruda sencillez de sus ventanas, cuyo doble arco está apoyado en el ancho y prolongado capitel de una columna, profundamente alfeizarado por la parte exterior y la interna, el desaliño que se observa hasta en sus adornos, su altura enorme, el almenaje medio roto de su remate reflejan al vivo al hombre de su época, vestido de hierro, armado de espada y maza á dos manos, dotado de una sola cualidad moral, la religiosidad; de una sola cualidad corporal, la fuerza (1). ¡Séaos propicio el cielo, viejas y venerables torres sobre que rodaron tantos siglos! permanezcan eternamente en pié

(1) Forma parte esta torre de la iglesia parroquial de San Miguel de Fluviá, pequeña iglesia bizantina consagrada en el año 1066 como aneja al convento de los Santos Germán, Andrés y Miguel de Cuxá, filiación del famoso monasterio del mismo nombre. El triple ábside de esta iglesia es notable por su aspecto feudal: está coronado de una barbacana ya medio derruída apoyada en bellos modillones (*a*).

(*a*) El remate de este ábside, así como el de la torre y del resto del templo, son muy posteriores á la construcción primitiva, ya que pertenecen al siglo XIV, en cuya época se fortificó la iglesia, coronándola de almenas.



CASTELLÓN DE AMPURIAS.—Campanario de Santa María

vuestras piedras ya ennegrecidas por el tiempo, y hablen hasta á la última de las generaciones de esas edades ya tan apartadas



SAN MIGUEL DE FLUVIÁ.—TORRE DE LA IGLESIA

de nosotros, en que al rumor de los campos de batalla y á la escasa luz que reflejaban las ruinas del mundo antiguo iba elaborándose lentamente la civilización moderna.



CAPÍTULO V

San Juan de las Abadesas. — Ripoll. — Vich
ADICIÓN. — Besalú. — Bañolas

San Juan de las Abadesas

DERRAMA entre la Muga y el Ter sus aguas claras y apacibles el río Fluviá, que de oriente á occidente cruza en toda su extensión el Ampurdán, bajando hasta las tristes playas de Ampurias desde los montes de Olot, ennegrecidos por el fuego de los volcanes (*a*). Tras esta cordillera, por cuya lava

(*a*) ADICIÓN.—Á orillas del Fluviá y en la confluencia de las carreteras de Ge-

Vifredo el Velloso, después de haber arrojado á los árabes de toda la llanura de Ausona, penetró en los montes vecinos hacia



BESALÚ.—Puerta lateral de Santa María

el norte; y es fama que al llegar á esa tierra de San Juan, viéndola yerma y despoblada, resolvió fundar en ella un con-

alto relieve que flanquean la ventana abierta sobre la portada. Penetrando en el interior, preséntase con toda precisión y majestuosa claridad la idea madre que presidió á la obra y se aprecia en un momento su plan: una nave central dominando sobre dos laterales con las cuales se comunica por grandes arcos en plena cintra, separados por robustos pilares cuadrados. La atención, no distraída, se dirige directamente al santuario, que es donde vienen á resolverse las líneas

vento de monjas, al cual dió por abadesa á su hija. Dueñas aquellas de vastas propiedades con que las dotó la liberalidad del conde, viéronse al principio obligadas á emplear esclavos en la reducción á cultivo de los terrenos incultos; mas no tardaron

---

generales de la construcción en un conjunto realmente bello. Las dos naves laterales van á juntarse detrás de la terminación de la nave central, formando semicírculo ó ábside mayor. Á su vez la nave central termina también en otro semicírculo menor, constituído por una serie de columnas pareadas con sus bases y capiteles de varia exornación, que descansan sobre un basamento común y sostienen una serie de arcos de medio punto sobre los que carga la bóveda en cuarto de esfera. Este doble ábside, donde juega la luz al pasar de las estrechas ventanas á la nave central por entre las columnas, tiene un aspecto de noble magnificencia que se aviene perfectamente con el recuerdo que la historia nos ha dejado de aquellos siglos de vigoroso despertamiento. Esta disposición de los ábsides del templo de San Pedro, muy rara en nuestra patria entre los monumentos de su estilo, se acusa perfectamente en el exterior, donde aparece el menor sobresaliendo al mayor, formando un hermoso juego de techumbres.

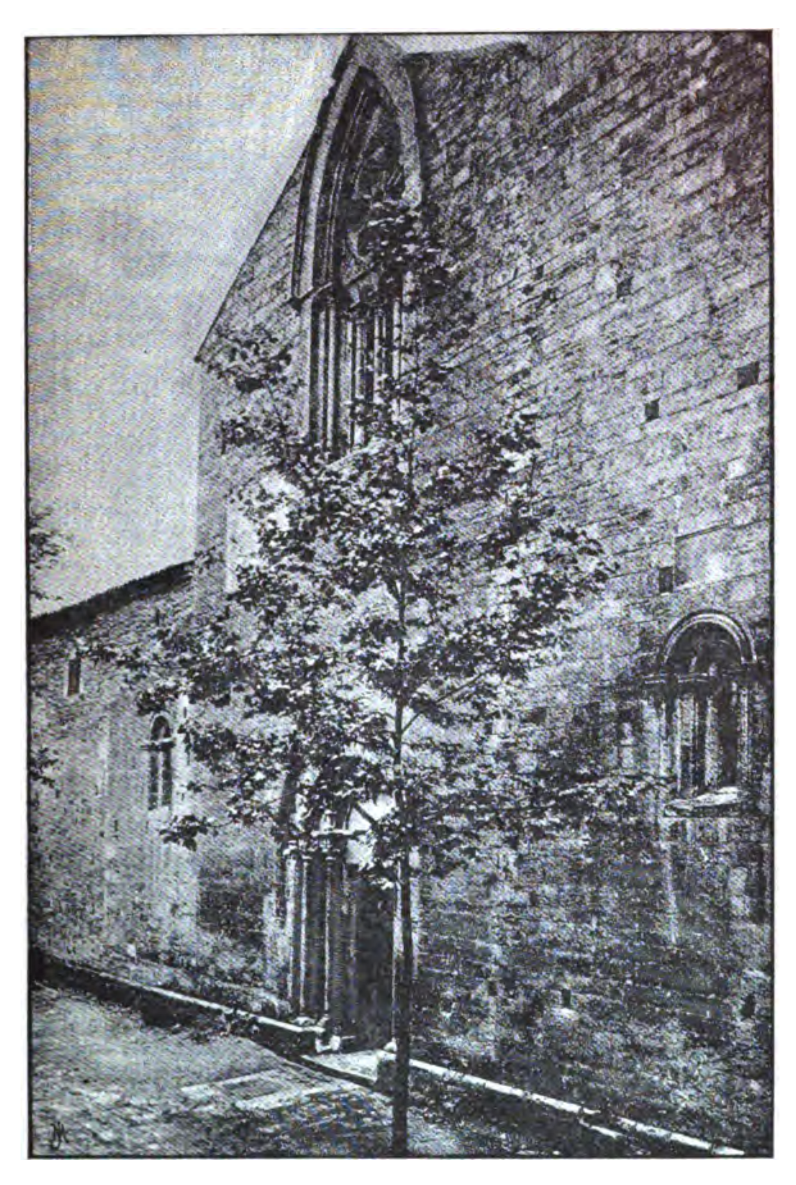
El monasterio debe su fundación á Miro, obispo de Gerona, quien en 977 lo dotó con largueza y escogió lugar para el edificio, consagrándose la iglesia en 1003 á instancia de *Tallaferro*. Tiénese noticia de la existencia de un monasterio anterior desde 844. En las viejas escrituras, que le denominan de *San Pedro y San Primo*, se indica que estaba situado *iusta Castrum Bisulduno*.

También se encuentran en Besalú otras interesantes reliquias de su pasada grandeza. Los ya citados muros del palacio de los Condes, la portada románica del Hospital y la *Judería*, subterráneo que se dice comunicaba con la mansión señorial, son restos que avivan la curiosidad del viajero que la visita.

El que desde Besalú quiera regresar á Gerona, siguiendo la carretera de Olot, podrá contemplar en Seriñá una sencilla y original parroquia románica, y tendrá que atravesar la villa de BAÑOLAS, interesante bajo el punto de vista artístico y pintoresco. Dale especial atractico el lago que baña sus casas y que se extiende en unos 2,500 metros de largo por 600 de ancho, en el fondo del valle, rodeado de graciosas colinas cubiertas de verdor. Á esta belleza natural que posee la villa (1) añádense las *Estunas*, rocas que presentan los efectos de una conmoción volcánica y el manantial de agua sulfurosa allí contiguo. Como á monumentos importantes presenta Bañolas, aparte su parroquia de estilo ojival que nada ofrece de particular, el antiguo monasterio de benedictinos fundado en 785, con su portada de aquel orden ya decadente y su claustro del Renacimiento, tan bello en el conjunto como elegante en sus detalles, donde se ven preciosas sepulturas, y la próxima iglesia de Santa María de PORQUERAS, situada á la parte occidental del lago sobre una pequeña eminencia. Es sin duda este templo, del más puro estilo románico, uno de los mejores de Cataluña. La portada de profundísimas arquivoltas con marcada tendencia al arco de herradura, con sencillo adorno de columnas y elegante cenefa de medallones; su interior de una sola y pequeña nave con bóveda de cañón seguido y su gran arco de ingreso al presbiterio, sostenido por dos colosales columnas historiadas; hasta su perfecta conservación; todo lo constituye

(1) Quien desee un estudio completo de este lago puede consultar la excelente monografía: *L' Estany de Banyolas*, publicada por D. PEDRO ALSIUS, en la revista *La Renaixensa*—1871.

Este mismo erudito escritor ha publicado un *Ensaig histórich sobre la vila de Banyolas*, Barcelona, 1872, que es una completa historia de la villa.



BESALÚ.—Fachada de San Vicente

en atraer á sí un buen número de cristianos que, depuestas ya las armas con que acababan de reconquistar su independencia, buscaban donde emplear sus brazos con menos peligro de su cuerpo y más provecho de su familia. Trasladados éstos allí, levantaron en torno del monasterio algunas casas, con lo que fué aumentando á la vez la población y la labranza de los campos (*a*).

* El mayor crecimiento de ese pueblo no fué, sin embargo, en la época en que habitaron las monjas el convento; data su mayor grado de prosperidad del tiempo en que lo ocuparon los canónigos regulares de San Agustín, que residieron allí desde principios del siglo XI hasta el reinado de Felipe II. No se sabe á punto fijo el número de casas que entonces contenía; mas consta que poseía buenos muros, defendidos por veinte y cuatro torres y seis puertas guardadas por recias barbacanas. Á fines del siglo XVI en que se secularizó el monasterio y pasó á ser iglesia colegiata bajo la dirección de un arcipreste, rota la mancomunidad de intereses, dividido entre muchos individuos el patrimonio que antes pertenecía á un solo cuerpo, empezó visiblemente la decadencia de la casa y la del pueblo, cuya suerte está, al parecer, íntimamente enlazada.

* Hoy no es siquiera el pueblo sombra de lo que fué algún día (*b*); la colegiata cuenta pocos canónigos y está quizás ame-

---

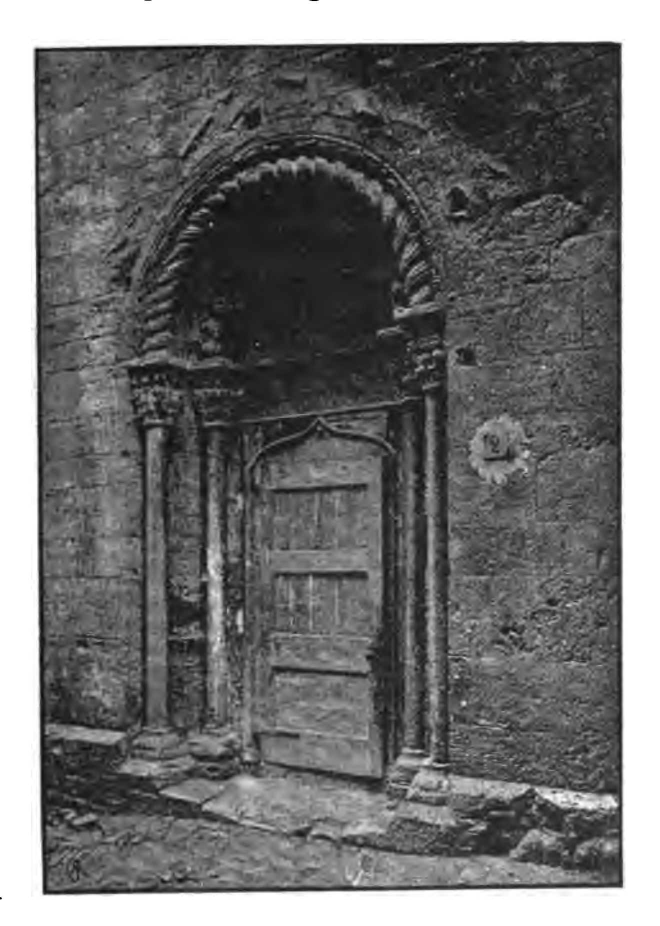
un ejemplar precioso. Fué consagrado en 5 Abril de 1182, por el obispo de Gerona, Ramón de Orufall.

Tomando otra vez la vía desde Besalú en dirección á Olot, después de los curiosos despeñaderos de basalto de Castellfollit, encuéntrase á mano derecha en la hondonada del Fluviá, cubierta de verdor y susurrante de abundosas fuentes, la parroquia de San Juan las Fonts, templo románico de bellas proporciones, de tres naves separadas por pilares con columnas empotradas y otros tantos ábsides, que se acusan en el exterior, en cuyos muros hay esculpidas á trechos, simbólicas figuras en los almohadillados de las piedras, algunos de los cuales se ven aún sin desbastar.

(*a*) La villa de San Juan existió á lo menos desde mediados del siglo VI, llamándose *Ripollet*, constando asimismo la existencia de un antiguo cenobio. Se la conoció también con el nombre de *San Juan de Ripoll*. Vifredo sólo hizo restaurar lo que ya había existido. Véase, por lo referente á esta villa, PARASSOLS: *San Juan de las Abadesas y su mayor gloria el Santísimo Misterio.*—Barcelona, 1874.

(*b*) Su vecindario ha quedado reducido á unas 1100 almas, cuando en el año 914 contaba ya 442 cabezas de familia.

nazada de muerte. Queda aún en pié la iglesia; pero no ya la de Vifredo (*a*), sino la que el siglo XII levantó (*b*) sobre las ruinas de aquella, y el XVI decoró con las líneas confusas y bastardas del último período del goticismo. Es una cruz latina per-



BESALÚ.—PUERTA LATERAL DE SAN VICENTE

fecta: el presbiterio y la puerta mayor constituyen las extremidades de su tronco; otras dos puertas de entrada las de sus

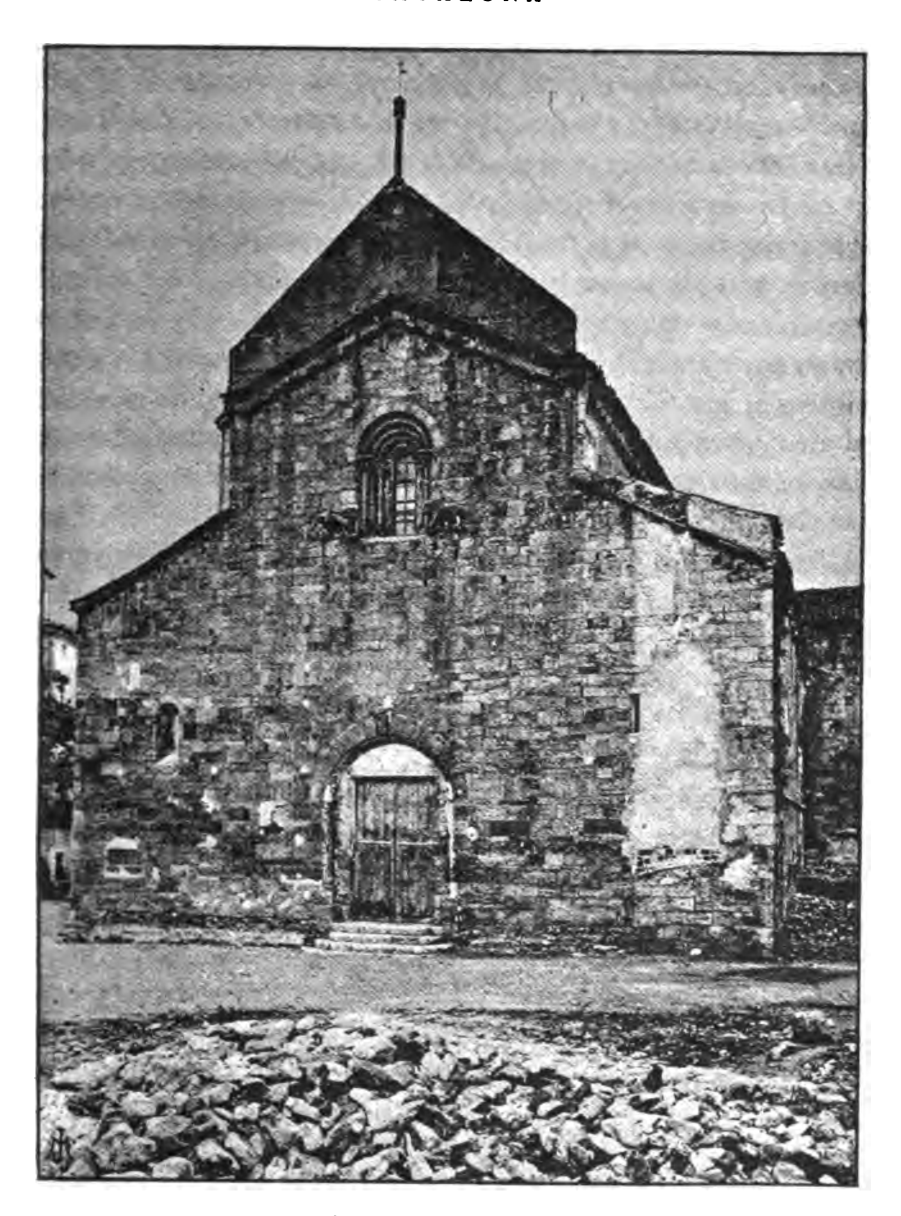
(*a*) Abierta al culto en 27 de Junio de 875. Antes había existido, como se ha dicho, un templo del siglo VI.

(*b*) Consagrada por el abad Poncio de Mulnells en 3 de Noviembre de 1150.

brazos. No constando sino de una nave, sus sólidas paredes son el apoyo inmediato de sus bóvedas de cañón seguido, cuyo arranque no consiste sino en una moldura sencillísima. No hay más columnas en todo el templo que dos de planta polígona al entrar en el presbiterio; y estas no llevan directamente sobre sí el arco de triunfo, que parte de un punto mucho más elevado. Á lo largo de la nave no hay una sola capilla: las cuatro del crucero son de plena cimbra y están destituidas de todo adorno. Esta sencillez severa no excluye, sin embargo, la grandiosidad: la nave es ancha, altas las bóvedas, espacioso el crucero, grande el abside. Hay en el centro de la iglesia dos coros: el mayor, rico pero sin belleza, presenta en relieve bajo su cornisa las principales escenas del Nuevo Testamento y los versículos análogos, entallados en caracteres góticos; el menor es una página sin interés para la historia de las artes. Menos interés artístico tienen aún las dos puertas del crucero, pero lo tienen histórico; en otros siglos por la de la derecha entraban sólo los hombres, por la de la izquierda sólo las mujeres; costumbre loable que fué muy general en los pueblos cristianos de los primeros tiempos de la iglesia.

* El presbiterio es la parte más notable de todo el templo. Bajo su bóveda esférica brillan, ya casi entre tinieblas, doradas agujas de crestería, que coronan el vasto lienzo del altar mayor, monumento gótico, atestado de relieves, cruzado de líneas caprichosas, lleno de todas las extravagancias y exageraciones que caracterizan el churriguerismo del estilo ojival y la decadencia y corrupción de todos los estilos. Detrás de este altar hay en alto un camarín del siglo XVII (*a*), de bellas proporciones y líneas bastante graciosas y sencillas, bajo uno de cuyos techos se descubren á la trémula luz de unas lámparas siete figuras del tamaño natural, representando la dolorosa escena del

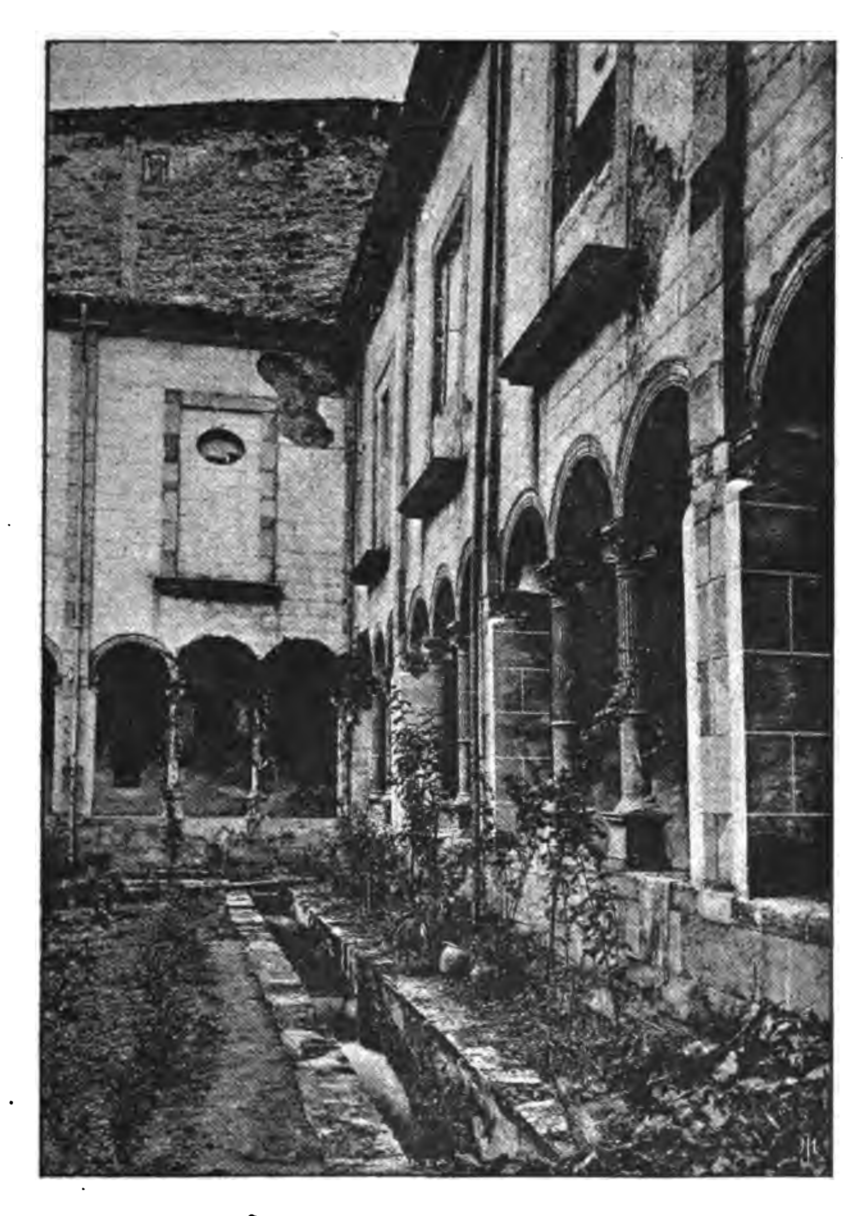
(*a*) El camarín á que se hace referencia fué construido á principios del siglo XVIII, así como ensanchada la capilla de Santa María donde se halla, según el proyecto de los hermanos José y Jacinto Moratò, de Vich.



BESALÚ.—FACHADA DE SAN PEDRO

descendimiento de la Cruz. En el centro Jesucristo, ya medio desclavado, está sostenido por Nicodemus y Erimatea; en los ángulos vese aún crucificados á los dos ladrones; entre ellos San Juan está sumergido en la tristeza más profunda, la Virgen bañada en llanto. En estas figuras no hay un dibujo correcto, ni la armonía que suele producir la exacta proporción entre los miembros de un cuerpo, ni propiedad en la posición, ni verdad en el traje; no forman todas ellas un grupo en que podamos admirar una invención grande, una composición sabia, ni una ejecución atrevida; hechas en el siglo XIII (*a*) cuando estaba aún en su infancia la escultura cristiana, no presentan, por fin, ninguna belleza de las que proceden hoy de un estudio detenido del arte; ¿por qué, sin embargo, se fijan involuntariamente en ellas los ojos, y se apodera del alma cierto terror inexplicable, y se doblan contra el suelo las rodillas? El autor de estas figuras, como todos los artistas de su época, no tenía una grande inteligencia, pero sí un gran corazón; sentía con más intensidad que no pensaba; suplía la falta del arte por la fuerza del sentimiento; nada buscaba fuera de sí, y todo dentro de su alma; cuando pasaba á la ejecución de su obra no se esforzaba sino en explayar en la madera ó en la piedra el dolor ó el terror que tenía concentrado en sí mismo; y alcanzado su objeto, descuidaba lo demás que miraba como cosa secundaria. Ejecutar era para él luchar: su propia ignorancia, la escasez de medios, la imperfección de sus instrumentos, la falta de arte eran para él otros tantos enemigos; ¿debía prolongar esa lucha para ejecutar esmeradamente cosas que no creía que pudiesen contribuir á reflejar con más viveza los sentimientos que le animaban? He aquí por qué en estas figuras y en general en todas las de la Edad media, entre las mayores incorrecciones, al través de las formas más rudas descubre siempre el cristiano la expresión

(a) Fué su autor el canónigo del propio monasterio Ripoll Tarascó, quien las trabajó durante el año 1250 á expensas de un hijo de la villa llamado Dulcet.



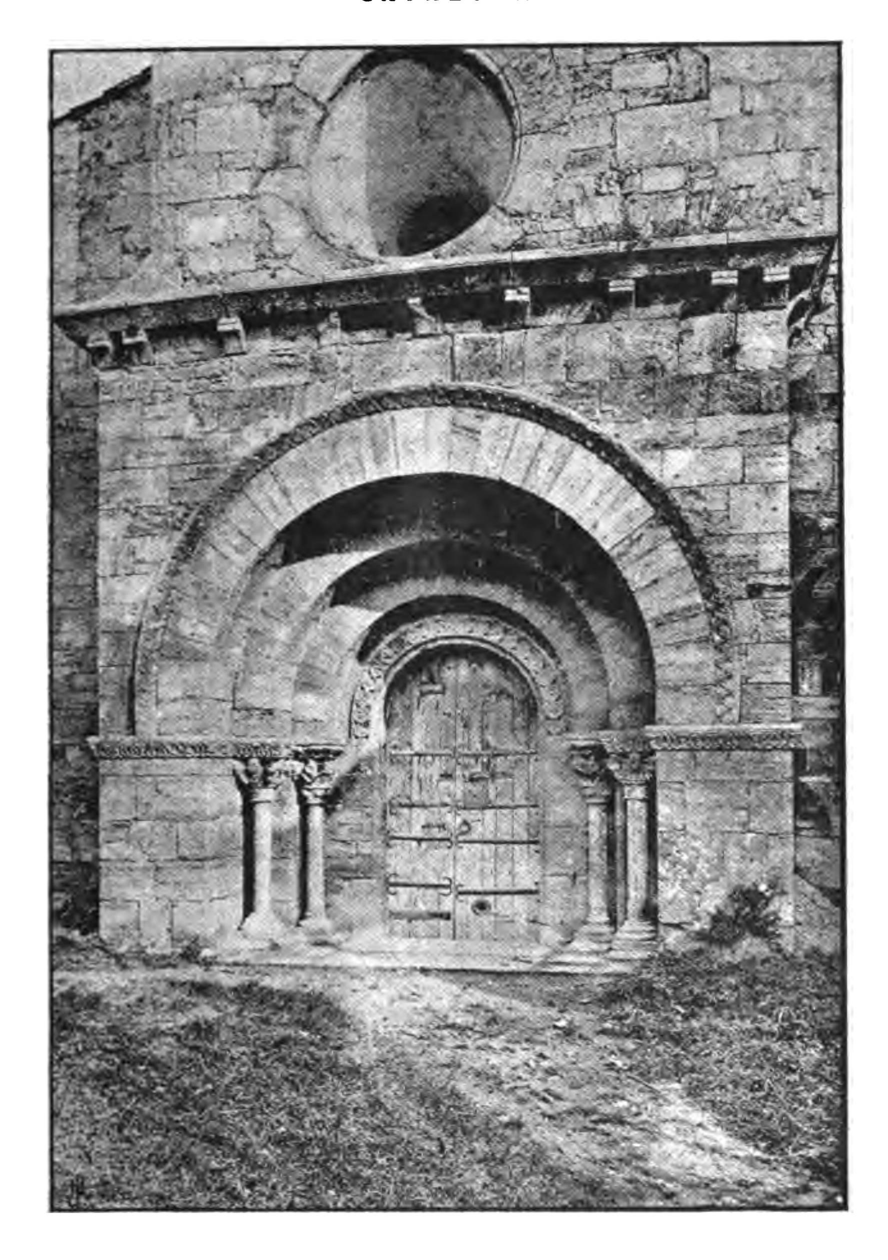
BAÑOLAS.—Claustro del Monasterio

severa é imponente de los misterios de su religión, de los hechos de sus héroes, de la doctrina de sus apóstoles; he aquí por qué se estremece y se siente tal vez anonadado al mirar creaciones que á los fríos ojos del arte parecerán quizás ridículas. El artista que siente, sabe en todos tiempos hacer sentir.

* Estas figuras tienen además en favor suyo una muy antigua creencia religiosa. Dícese que en la frente de la de Jesucristo se conserva intacta y pura después de seis siglos una Hostia que fué consagrada en el año 1251; y se asegura que cuando en 9 de Noviembre de 1598 quisieron exponerla en el altar para que pudiesen pasar á adorarla hasta los de tierras lejanas, cubrióse el cielo de nubes, azotó el rayo los montes, abriéronse los valles, cayeron los árboles al soplo de los huracanes, desbordáronse los ríos, bajaron con furia los torrentes y quedó inundada toda la comarca á la redonda. Conocida por este medio, añaden, la voluntad del Señor, se volvió á colocar con gran solemnidad la Hostia en la frente de la antigua figura del Redentor, y desde aquel momento las aguas absorbieron de nuevo sus vapores, y serenóse el cielo; volvieron los ríos á su cauce, cerráronse los ojos de los valles y asomó de nuevo la vida en la superficie de la tierra. Estos hechos que repite todos los días la tradición y confirma en parte la historia, no sólo han aumentado el respeto y la veneración á estas figuras, sí que también han atraído hacia ellas muchedumbre de romeros y de peregrinos (*a*).

* La Edad media fué también la que construyó en este monasterio el claustro. Es este un cuadrilátero irregular, cuyas esbeltas ojivas apoyadas en ligeras columnitas presentan todas las formas características del siglo XV; los capiteles, las bases,

(*a*) Acerca del culto á la Sagrada Hostia conocida bajo el título é invocación del Santísimo Misterio á que se hace referencia, cuyo hallazgo tuvo lugar en tiempo del Abad Arnaldo de Vilalba en Julio de 1426, véase la citada obra de PARASSOLS: *San Juan de las Abadesas y su mayor gloria el Santísimo Misterio*, donde se rectifican y amplían algunos de los datos consignados en la nota de la primera edición de la presente obra, por cuya razón la omitimos.



PORQUERAS.—Fachada de Santa María

los arcos, los detalles más insignificantes no son más que una reproducción de lo que constituye los claustros de Montesión y de Junqueras, y el patio del palacio de la Diputación de Barcelona. ¡Son tan bellas estas líneas! Entre esas columnas tan delgadas, al través de esos arcos tan graciosos vese el agua de una fuente saltando á borbotones, árboles que mecen sobre ella sus ramajes, yerbas en cuyas hojas ligeramente salpicadas se reflejan todos los colores de la luz, azucenas y violetas que abren su modesto cáliz; ¡hay aquí entre el arte y la naturaleza un enlace tan feliz, tanta armonía (*a*)! Descansa aquí, oh viajero, de las fatigas del camino, refresca aquí tus sentidos y síguenos luégo por las orillas del Ter hasta la villa de Ripoll (*b*).

Ripoll

* En esta triste villa á cuyo pié el Ter y el Frezer mezclan tranquilamente sus aguas, apenas se descubren más que las huellas de nuestras devastadoras guerras civiles. No hace aún diez años era la reina de su comarca; la industria disputaba en ella su trono á la agricultura; las aguas gemían avasalladas dentro vastas exclusas y precipitándose luégo sobre grandes ruedas ponían en movimiento numerosas máquinas; las montañas repetían día y noche los cantos de los artesanos y el estruendo de los talleres. El Ter reflejaba en toda su extensión la sombra de mil caballerías que cargadas de productos fatigaban sin cesar

(*a*) Consérvanse en esta iglesia preciosos frontales de altar pertenecientes á la Edad media, así como varias alhajas y ornamentos del culto de mucho interés arqueológico.

Además del templo descrito, existe en la villa el de San Pol, reconstruído en el siglo pasado, pero que conserva aún la portada, el triple ábside y la base del cimborio de la primitiva fábrica románica que databa del siglo x; así como un típico puente sobre el Ter, que hizo restaurar en 1130 el abad Arnaldo.

(*b*) Desde San Juan de las Abadesas puede el viajero tomar la línea férrea que se dirige á Ripoll y de allí á Vich y Barcelona, línea construída principalmente para la extracción de los carbones de las minas de Surroca y Ogassa próximas á San Juan.

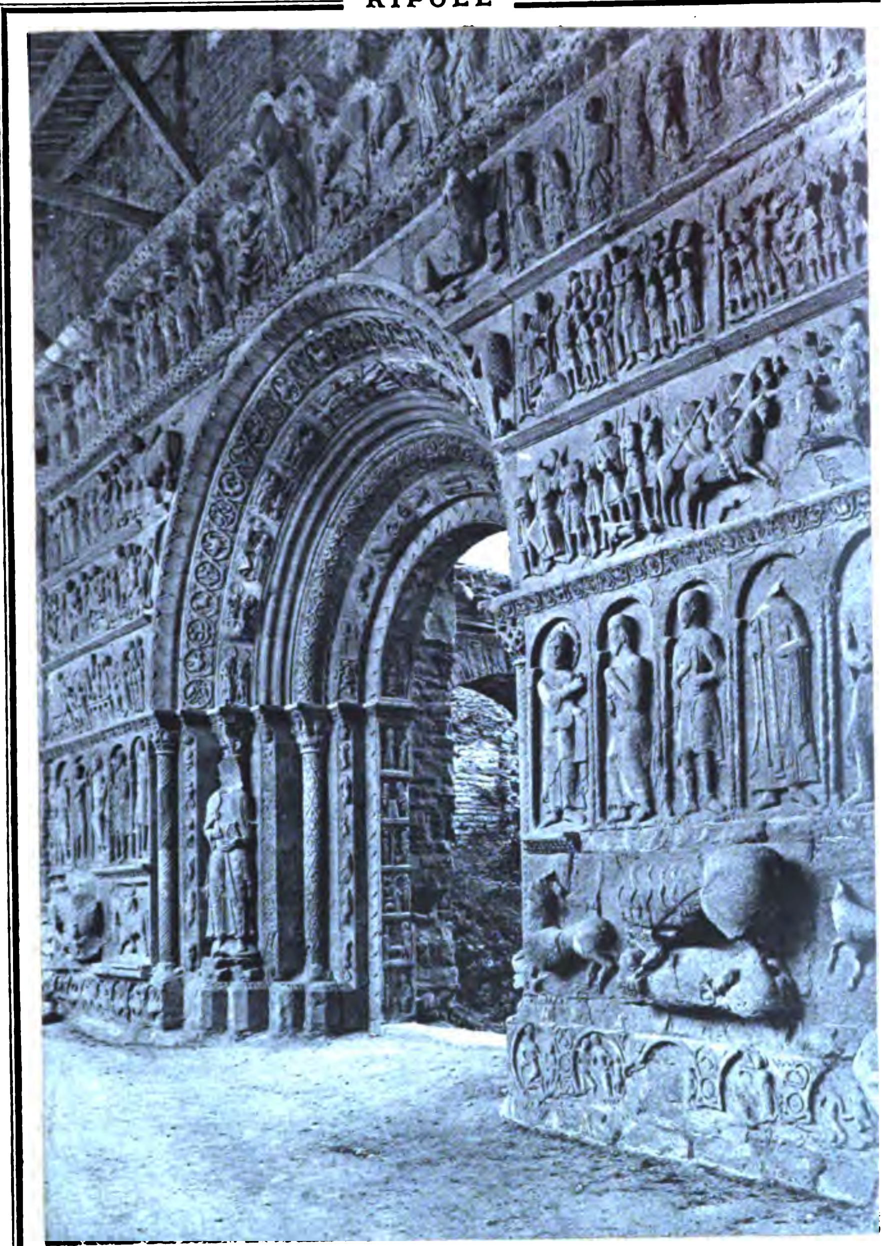
el eco de sus orillas montañosas; en la villa, en torno de la villa, fuera de la villa todo era animación y movimiento.—Hoy... casi todo son ruinas: están rotos sus puentes, caídas sus murallas, derribadas y ahumadas por el incendio sus casas, desiertas las más de sus calles. Nada de lo de diez años atrás está en pié: lo que existe fué levantado ayer con los mismos escombros de lo antiguo; las casas que son asiento de sus nuevos moradores han sido reedificadas sobre los restos de las paredes derruídas. ¡Ah! ¿vas á preguntar, viajero, quién redujo la villa á tan lastimoso estado?... Fué la guerra civil: Ripoll fué desgraciadamente una de sus víctimas más sangrientas: después de una lucha prolongada tuvo que ceder á la fuerza de su destino y no pudo encontrar piedad en el corazón de sus vencedores. Fué pasada por la espada y entregada al incendio: se vió huérfana de sus hijos y poblada por sus enemigos. La vista de su lamentable ruina lejos de apagar el odio de sus arruinadores, no hizo más que encender de día en día su furor y tuvo que bajar hasta el fondo del abismo de su desgracia.—No pretendas saber ahora el nombre del bando que la asoló: baste saber que eran españoles. En las guerras civiles, como no es decoroso insultar la miseria del vencido, no es tampoco justo ensañarse contra el furor del vencedor. De los dos partidos en lucha si el uno destruyó la villa, destruyó el otro el monasterio, el famoso monasterio de Vifredo el Velloso, panteón de los condes de Barcelona, sepulcro de los de Besalú, precioso archivo de la historia de los siglos medios, monumento arquitectónico donde estaba vivamente reflejado el pensamiento de toda una época (*a*). Si nos estremecemos de terror ante las ruinas de la villa, ¿cómo podremos dejar de estremecernos de cólera ante los restos del monasterio, sobre todo

(*a*) Estos sentidos párrafos hacen referencia al terrible asedio que sufrió la villa en la primera guerra civil. Restaurada con el transcurso de los años, presenta hoy otra vez un aspecto animado y alegre, por el movimiento que en ella se nota y por ser modernos casi todos sus edificios. Enlazada con la capital del Principado por la línea férrea, ha visto renacer su industria, que está en vías de rápido progreso.

[illegible] la fantasía, y á penetrar la
[illegible] aron los sentimientos
[illegible]

[illegible] del arte una página
[illegible] monumento? ¿Dónde
[illegible] tranquilidad de líneas,
[illegible] lujo de adornos, esa
[illegible] al parecer incoherentes
[illegible] y de monstruos, de
[illegible] mínimo simbolismo, por
[illegible] todas las naciones su-
[illegible] la del Egipto, la de
[illegible] primera mitad de la
[illegible] rectangular avanzado, en
[illegible] cimbra concéntrica,
[illegible] en ángulos entrantes
[illegible] los pedestales extra-
[illegible] alas de aves fantásticas,
[illegible] imagen de San Pedro
[illegible] ya rota un capitel
[illegible] ocupan el lugar de
[illegible] su extensión de ricas
[illegible] las formas y propor-
[illegible] Los ángulos salientes,
estrecho [illegible] plano sumamente
[illegible] follajes combi-
nados con [illegible] figuras de peces y reptiles ó
monstruosas cabezas humanas de un aspecto feo y repugnante.
De ellos y de las columnas [illegible] que forman los entrantes,
todo lo cual está coronado de una especie de ábaco corrido,
parten los arcos concéntricos ya mencionados, en cuyo ancho intra-
dós hay hojas, entrelazos y un gran número de relieves, que,
al decir de muchos, representan las escenas mas capitales de la
vida de los dos Apóstoles. Es digna de particular atención entre

RIPOLL

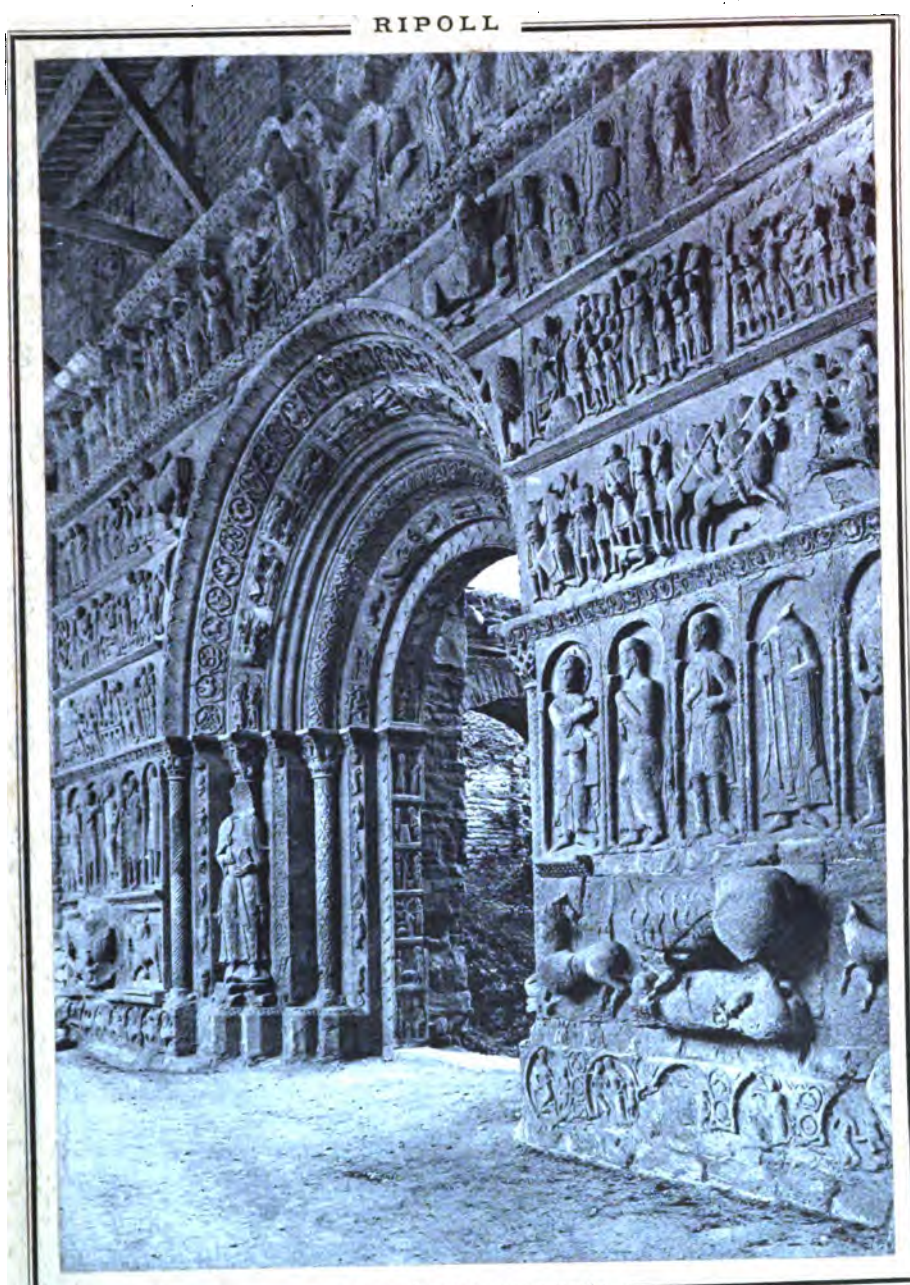


Portada del monasterio

si por ellos llega á recomponerlo la fantasía, y á penetrar la razón el sentido profundo que en él encerraron los sentimientos religiosos?

* ¿Puede acaso presentar la historia del arte una página más completa que la de la fachada de este monumento? ¿Dónde podremos ver como en ella esa aterradora tranquilidad de líneas, esa rudeza y severidad de formas, ese lujo de adornos, esa aglomeración de esculturas extrañas y al parecer incoherentes como de hombres y de fieras, de ángeles y de monstruos, de seres reales y de seres fantásticos, ese infinito simbolismo, por fin, que ha caracterizado la arquitectura de todas las naciones sujetas al poder de la teocracia, la de la India, la del Egipto, la de Méjico, la de la Europa cristiana de la primera mitad de la Edad media? Constitúyela un cuerpo cuadrangular avanzado, en cuyo centro da paso á la iglesia la plena cimbra concéntrica, apoyada en dos recios paredones cortados en ángulos entrantes y salientes. En el segundo ángulo entrante dos pedestales extraños, que descansan aparentemente sobre alas de aves fantásticas, sostienen dos figuras de tamaño natural, imagen de San Pedro y de San Pablo, que llevan sobre su cabeza ya rota un capitel cónico raramente historiado: en los demás ocupan el lugar de las figuras columnitas adornadas en toda su extensión de ricas labores, cuyas bases y capiteles guardan las formas y proporciones generales de las del orden corintio. Los ángulos salientes, cortados en su vértice, no presentan sino un plano sumamente estrecho en que están trabajados en relieve ya follajes combinados con grande inteligencia, ya figuras de peces y reptiles ó monstruosas cabezas humanas de un aspecto feo y repugnante. De ellos y de las columnas y figuras que adornan los entrantes, todo lo cual está coronado de una especie de abaco corrido, parten los arcos concéntricos ya mentados, en cuyo ancho intrados hay hojas, entrelazos y un gran número de relieves, que, al decir de muchos, representan las escenas más capitales de la vida de los dos Apóstoles. Es digna de particular atención entre

RIPOLL



Portada del monasterio

estas cimbras la última del fondo, más regular que las otras, de mucha mayor profundidad, y en general bastante bien conservada. Está dividida en altos recuadros que contienen representaciones de patriarcas y de santos; y apoyada en jambas que presentan doce relieves, en que no sin razón pretenden ver algunos la alegoría ó símbolo de los doce meses.

* El plano en que están abiertas las cimbras tiene, si cabe, mayor interés artístico é histórico. Está dividido en siete compartimentos cubiertos de relieves, bajo cuya cornisa, cortada en su centro en forma de arco y sostenida por algunos modillones, está sentada en un trono la figura de Dios Padre, adorada por algunos ángeles, puestos entre los símbolos de dos evangelistas, y servida por una serie de príncipes, la mayor parte con corona, que, al parecer, van de entrambos lados á presentarle sus ofrendas. Debajo de estas figuras, que ocupan el primer compartimento, vense en el segundo y el tercero, bajo una línea de piedras prismáticas y un cordón hermosamente labrado, otras distribuídas en diversos grupos, que representan, al decir de los cronistas del monasterio, escenas del Nuevo y Antiguo Testamento; y junto al extrados de las cimbras los símbolos de otros dos evangelistas sobre dos gallardos cisnes. Figuran en el cuarto que baja hasta encontrar la cornisa de los arcos concéntricos, á la derecha una batalla entre infantes y gente de á caballo, y á la izquierda el asalto de una ciudad en que al través de unos arcos se ve á los habitantes durmiendo sosegadamente y sobre las murallas á algunos soldados asomando entre las almenas la cabeza. El quinto casi de doble altura contiene bajo cinco arcos sostenidos por ligeras columnitas ya á un príncipe entre tres prelados y Jesucristo que los está al parecer bendiciendo, ya al mismo magnate sentado entre cuatro músicos en un mezquino trono. Campean en el sexto, en grandes relieves, un centauro peleando con un león que sujeta á otra fiera entre sus garras, y un caballero armado de punta en blanco alanceando otro león, tras el cual se ve en actitud de huir á un escudero;

y en el séptimo una línea de figuritas encerradas en doce pequeños escudos formados por un entrelazo. ¿Es acaso el príncipe mencionado el fundador del monasterio? ¿es uno de sus principales bienhechores? ¿qué significan esas luchas entre caballeros y leones? ¿Cómo pudo tener cabida en esa página tan altamente religiosa un centauro, monstruo creado por la mitología griega? ¿Qué puede expresar, por fin, el conjunto de esta fachada del siglo XI, quizás la más completa de cuantas existen en España? El alfabeto en que están escritas esas grandes creaciones poéticas es ya tan desconocido como los símbolos de la India y los geroglíficos de Egipto: el día en que una observación constante y profunda descubra lo que significa, quizás leeremos mejor la historia en las paredes de los monumentos que en las crónicas y en los manuscritos.

* Esta bella fachada conduce al interior del templo, envuelto ya en gran parte entre sus propias ruinas. Al entrar en él, desaparece á los ojos del viajero la homogeneidad; vense allí en mezcla confusa todas las formas y todos los estilos: la cimbra y la ojiva, el pilar cuadrado y la columna greco-romana, la bóveda de cañón seguido y la bóveda por arista, el mosáico bizantino y el bajo-relieve gótico, los grandes sillares romanos y las pequeñas piedras del último tercio de la Edad media. Desde el siglo IX acá han puesto la mano en él todas las épocas y casi todos los siglos. El IX y el XI construyeron su nave central cuyas bóvedas por arista (*a*) descansan en grandes paredes macizas cortadas en su parte inferior por ocho cimbras sumamente bajas: el XI levantó su crucero y su ábside semicircular, separados del árbol de la cruz por una hermosa y alta escalinata; el XII, el XIII, el XIV, el XV, cubrieron sus paredes de sepulcros y enriquecieron sus capillas con bellos altares de mármol, de que no quedan ya sino fragmentos; el XVI sentó sobre las ruinas

(*a*) Las bóvedas ojivales de la nave central fueron construídas en el siglo XV después de los terribles terremotos que asolaron gran parte de Cataluña.

del coro antiguo otro de la decadencia gótica en cuyo trascoro fueron colocados los sepulcros de dos abades; los posteriores, restaurando, embadurnaron gran parte del templo, y levantaron además de sus cimientos las dos naves laterales, frías y sin armonía alguna ni con los detalles ni con el conjunto. En medio de esta confusión de formas hay, sin embargo, un estilo dominante, el del siglo IX, estilo para nosotros casi indefinible que ni merece el nombre de bizantino ni el de romano bizantino, ni merece en rigor ser llamado estilo por no ser sino la última degeneración del que Roma legó á la Europa bárbara. La ojiva no aparece aquí sino en las bóvedas; en el ábside, en las ocho capillas abiertas en el crucero, en la parte inferior de la nave central no asoma otro arco que el de plena cimbra: y ¡qué cimbra! Cuando la arquitectura romana la adoptó como su trazo más característico, la apoyó casi siempre en el entablamento griego; cuando se apoderó de ella la arquitectura latina, la cargó ya directamente sobre los abacos; cuando después de la invasión de los germanos la levantó de entre escombros la ignorancia y la barbarie, se la vió descender con rápidez del abaco al capitel, del capitel al collarino, del collarino al fuste de la columna, del fuste de la columna al suelo. De vertebrada pasó á ser maciza; perdió sus antiguas dovelas y su clave; y debió desde entonces suplir por su fuerza propia la que antes recibía de la inteligencia de su constructor. Así lo manifiestan los monumentos de todos los países, donde no pudo penetrar en aquellos siglos oscuros la nueva civilización de oriente; en ese último grado de decaimiento la vemos en esta iglesia de Ripoll, donde los pilares que la sostienen son la continuación de la misma curva, sin que entre ésta y aquellos aparezca una sola línea divisoria; donde no se descubren siquiera las piedras que la componen.

* El presbiterio y el crucero, cuyo pavimento adornado de un bello mosáico cubren hoy las ruinas del altar mayor y las piedras caídas de las bóvedas, ofrecen también las mismas líneas

de la nave á pesar de haber sido levantado pocos años antes del 1032 en que fué consagrada por tercera vez la iglesia (1): los arcos de sus ocho capillas no presentan tampoco más que

(1) Las muchas consagraciones que de esta iglesia se hicieron en los dos primeros siglos de su existencia han dado lugar á errores que conviene desvanecer. Una nueva consagración no siempre significa la edificación de un templo nuevo; las más de las veces no supone sino el ensanche del antiguo ó una simple restauración. La última vez que fué consagrado este de Ripoll fué en 1032; mas de este hecho no cabe inferir que nada hay en él anterior al siglo XI. La obra de los abades Arnulfo y Guidiselo que fué consagrada en 977, la del abad Ennego que lo fué en 935, la del mismo Vifredo el Velloso que lo fué en 888 no han desaparecido aún del todo: sus huellas no han sido descubiertas por los historiadores del monasterio, pero lo serán indudablemente por los anticuarios modernos. No se necesitan muchos conocimientos sobre la historia del arte para apreciar la distancia que media entre la nave central interior y la fachada; entre las bóvedas y las paredes de la misma nave, entre la nave y el crucero. Mientras la fachada recuerda los más bellos días del arte en el siglo XI, la parte inferior de la nave nos sumerge en lo más oscuro y tenebroso de los siglos IX y X: mientras el crucero y el ábside detienen nuestra imaginación entre el estacionamiento del siglo X y el movimiento progresivo del XI, las bóvedas centrales la arrebatan precipitadamente á los primeros días de la revolución arquitectónica del XII. Los documentos no bastan ya por sí solos para la clasificación exacta de las obras monumentales: con los mejores documentos en la mano puede hoy el de mejor criterio incurrir en graves errores. Hacemos estas observaciones, porque no ignoramos que contra lo que decimos en el texto podrían citársenos documentos que han publicado los señores Marca y Villanueva *(a)*.

(*a*) No participa de esta opinión el último de los historiadores del célebre monasterio, don José M.ª PELLICER Y PAGÉS, en su copiosa monografía: *Santa María de Ripoll* (Gerona, 1878), pues afirma que el inmortal obispo y abad Oliva, príncipe de la casa condal, al plantear su pensamiento de la construcción del nuevo templo, arrasó lo existente y dió los nuevos cimientos en la vertiente terraplenada del monte San Roque (pág. 35).

Este mismo diligente autor, individuo de una de las dos familias ripollenses, las de Pellicer y Raguer, que más se han distinguido por su amor al monumento y más han cooperado á su restauración, describe de la siguiente manera, apoyándose en datos, el suntuoso aspecto del templo el día de su consagración, 15 de Enero de 1032, fecha que ha venido celebrándose por los ripollenses como una de las más gloriosas en la historia de la villa:

«Grandes arcadas, cerradas con verjas de hierro, preceden al pórtico de Nuestra Señora ocupando el fondo la Portada, cuyo color de piedra variaba espléndidamente el dorado, minio, verde y azul celeste de sus múltiples relieves. Encima de la Portada aparecía una elegante ventana de dos arcos con ajimez, preludio de aquellos incomparables rosetones, ornamento el más suntuoso de los monumentos ojivales. La fachada terminaba en ángulo más agudo que en las antiguas construcciones.

»Á la derecha de la Portada se admira aún la prismática torre cuadrangular, con veinticuatro ventanales, destinada á campanario; á la izquierda aparecen los arranques de otra simétrica torre que se desplomó, al parecer, durante el terremoto del siglo XV, pues tenemos indicios de que su construcción no quedó en proyecto. Otra tercera torre menor que las anteriores, se levantaba en medio de la bóveda del crucero.

»El plano del templo forma una cruz latina, su parte transversal de 40 metros determina el crucero, en cuyo punto medio se admiraba el mosáico y el retablo de oro, dos bellísimos dones (perpulchra dona) que junto con la Portada describiremos aparte. Adornan los lados de la Capilla de la Virgen otras seis practicadas á la derecha é izquierda del ábside.

»La parte longitudinal del templo mide 60 metros. Contiene cinco naves de 9 metros de latitud la del centro, y de cuatro cada una las colaterales. Las bóvedas son de cañón, estribando la principal en dos firmes muros, apoyados á su vez en diez y seis gigantescas arcadas que ponen en comunicación las cinco naves. En la

una línea que se prolonga hasta el suelo por entrambos lados. Lo que verdaderamente contradice el carácter general del monumento son sólo las modernas naves laterales, faltas de todo

---

parte superior del muro una sencilla y severa galería, que circunda la nave principal y el crucero, modifica místicamente la luz con cristales historiados. Las naves colaterales, separadas entre sí, parte por machones, parte por columnas, terminan su elevación en la base de la galería que proporciona misteriosa luz al sagrado recinto.

»Las paredes están atestadas de versículos bíblicos alternados con profusión de ricas pinturas murales y sobre tabla. Los altares son siete, número de místico significado. El obispo Mirón *Bonofilio* y Oliva *Cabreta*, habían elevado 46 años antes en el templo de Cuxá, siete altares en honor de los siete dones del Espíritu Santo, «*juxtam septem dona Spiritus Sancti septem in hoc templo erexerunt altaria.*» Oliva era abad de Cuxá, y apoderándose de la idea de su tío y de su padre, la reprodujo en el crucero de su basílica.»

Describe después el autor la Portada, cuyo simbolismo estudia, y el mosáico, obra del monje Arnaldo, en cuyo dibujo en rojo, amarillo y azul sobre fondo blanco, ve representada, en una parte la situación de *Santa María en la confluencia del Ter y del Fraser*, y en otra la victoria en el valle Ripollés de los cristianos contra el mahometismo, y dice del altar mayor que «consistía en una mesa de jaspe rojizo, apoyada en grupos primorosamente esculturados, representantes de las luchas entre las pasiones y la razón. En los ángulos se levantaban cuatro esbeltas columnas destinadas á sustentar una especie de cúpula que por su forma semejante á una copa hecha con el fruto del nelumbo, se llamaba *Ciborium*. Un precioso velo, semejante al que Godmaro regaló el día de la primera dedicación, adornaba los intercolumnios y ocultaba el altar durante la consagración. Otro de rico brocado se veía sobre el ara, en recuerdo de los de color de sangre que los primeros cristianos extendían sobre la tumba de los mártires. Del centro del *ciborium* estaba suspendida una paloma de oro, en la que se guardaban las sagradas Formas reservadas á los enfermos.

«El retablo del altar era un exquisito trabajo de orfebrería cuajado de rubíes, carbunclos y otras piedras preciosas, en el cual se habían invertido ciento sesenta onzas de oro y gran cantidad de plata.

«Recordaba, por su valor intrínseco y artístico, el *palliolo* ó frontal de oro de San Ambrosio de Milán, y la palla de oro de Venecia. Se componía de varios cuadros de la vida de la Virgen, cuyo asunto sería el que ostentaron las preciosas claves cuando las bóvedas de cañón fueron sustituidas por bóvedas ojivales. Nada más podemos añadir por haber desaparecido este incomparable tesoro en el siglo XV. Era anterior al de la catedral de Gerona, por ser regalo particular del mismo Oliva, como lo afirma el autor del *Gesta Comitum: Altare eodem modo construxit auro et argento et preciosis lapidibus nobiliter.*»

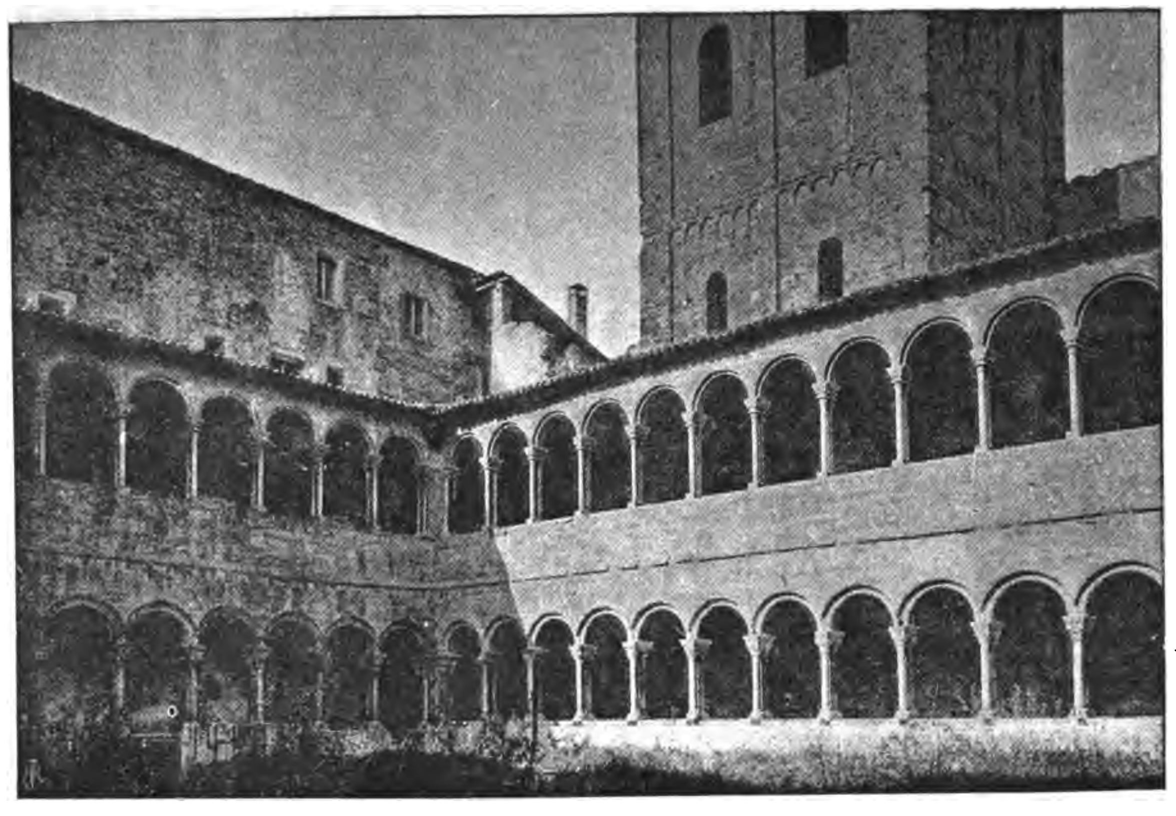
Á más de la construcción del templo propiamente dicho y sus dependencias, aumentó Oliva de una manera extraordinaria el archivo, dotándolo de excelentes códices, entre ellos tres biblias completas y dos colecciones canónicas que representaban cincuenta años de trabajo continuo hecho por dos personas, y el *Psalterium argenteum*, escrito con letras de plata en finísima vitela sobre fondo morado, con las versales y epígrafes de oro, cerrando todas sus planas vistosas orlas con enlaces de oro y fantásticas serpientes. Acerca de este archivo se dice en una nota referente á Ripoll del tomo I de la primera edición de esta obra: «El archivo y biblioteca de Ripoll eran famosos entre todos los depósitos monumentales de Europa; entre los códices manuscritos había la vida de Carlomagno por el monje *Eginhardo*, cartas, obras y homilías de los primeros padres de la Iglesia, biblias con paráfrasis en verso latino, la colección de las leyes godas ó Fuero-juzgo (manuscrito riquísimo del año 1010), tratados de gramática, de oratoria, de versificación, y aun de música y de matemáticas, cronicones en que estaban hacinados á manera de dietario los hechos principales de los reyes de Francia, y en particular los concernientes á Barcelona, el célebre *Gesta Comitum Barcinonensum*, etc., primeros pasos de la Edad media hacia la civilización; pero dejando á un lado estos códices, cuya antigüedad ascendía en muchos al siglo X, y la copia y riqueza de documentos del archivo, sólo mencionamos de paso el salterio ó libro de salmos escrito en letras de plata sobre vitela morada, con las iniciales y epígrafes de oro en cada salmo, el cual á pesar de pertenecer al tiempo de Carlomagno ó al menos al de Carlos el *Calvo*, esto es al siglo XI, conservaba sus letras tan bellas é íntegras como si fueran recientes, cosa extraordinaria si se atiende á la poca consistencia que las de plata han tenido en los pocos monumentos semejantes al de Ripoll que hay en Europa. Este salterio siguió la suerte de todo el archivo, que devoraron las llamas; pero se salvaron los códices indicados, que desde la pasada época constitucional se hallaban depositados en el Archivo de la corona de Aragón.»

Fué Ripoll sagrado panteón de los príncipes de la casa condal, y en su recinto fueron enterrados del siglo IX al XII sus miembros más ilustres, desde Wifredo el Velloso, primer conde soberano, hasta Ramón Berenguer IV, que echó los cimientos de la gran monarquía catalano-aragonesa.

interés para el artista, y el coro del que no queda ya en pié sino el muro posterior, enriquecido con las últimas líneas de la decadencia del goticismo. Los sepulcros y los altares son accesorios que contribuyen poco al efecto arquitectónico del conjunto.

* Comunica la iglesia por siete ú ocho gradas con un claustro, cuyos ciento y doce arcos semicirculares, distribuídos desigualmente en cuatro lados y en dos pisos, descansan sobre elegantes columnas pareadas, de bases regulares y de capiteles bizantinos. Esta es sin duda la parte del monasterio que presenta más unidad, belleza y armonía. Ningún pilar, ni ninguna clase de estribo interrumpe las largas series de sus arcos; las líneas generales de la ornamentación son constantemente las mismas. Dos filetes en los extremos del intrados, semicírculos concéntricos en los paramentos y una muy pequeña columna en el punto de intersección de los semicírculos colaterales constituyen la decoración de todas las plenas cimbras; abacos ceñidos de molduras y terminados por dos líneas salientes, capiteles de iguales dimensiones, un collarino y una base compuesta de un plinto y un toro, la de todas las columnas; una sencilla línea corrida, la división entre las dos galerías. Toda la variedad de este claustro está sola y exclusivamente en los abacos y en los capiteles, poblados por el genio del escultor de follajes y entrelazos raros, de animales fantásticos y de un escaso número de figuras de personajes religiosos. Sólo por ellos, por la ejecución más delicada que en algunos se observa, por el adelanto que en los trajes presentan otros, puede conocerse que fué construído el claustro en dos épocas distintas; sin esas diferencias ¿cómo no habíamos de atribuir á un mismo siglo y aun á un mismo autor esa doble y soberbia galería, cuyo conjunto comprendemos de una sola mirada, cuyo efecto es en nosotros tan simple y tan completo (*a*)?

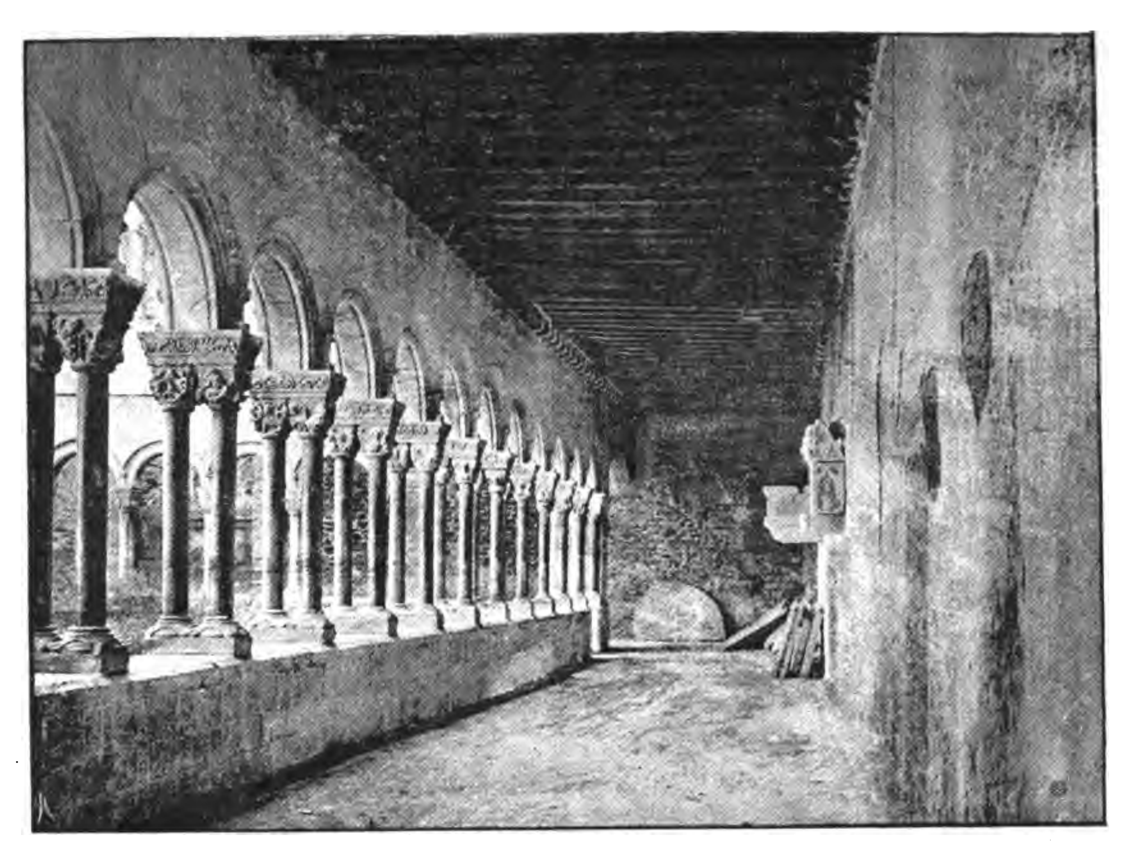
(*a*) Puso la primera piedra del mismo el abad Raimundo de Berga, que fué elegido en 1172, y continuaban las obras, que recibieron grande impulso, en tiempo del abad Galcerán de Besora, fallecido en 1383, dejando sólo por terminar el segundo piso.



RIPOLL.—Claustro del Monasterio

* Mas ¡ay! olvidaba que hasta aquí llegó la mano de la revolución, que uno de sus lados está en ruina casi completa, que sus techos ya no existen... ¡Cuán bellas son, sin embargo, estas ruinas, sobre todo para el que las contempla desde la ya destrozada puerta bizantina que abre paso del claustro al monasterio! Por entre ellas se levanta orgullosamente uno de los más grandiosos y severos torreones romano-bizantinos, el campanario del monasterio, ceñido de un triple ventanaje y de cenefas de arquitos cegados, defendido por grandes almenas entre las cuales nos parece que aún vemos asomar á los agigantados héroes de su siglo. Al pié de la puerta yacen amontonados acá y acullá columnas, abacos, capiteles, escombros confusos cubiertos por los espinosos ramajes de las plantas rastreras... ¡ah! no vayas, viajero, á pisarlos con planta indiferente: bajo esos montones de ruinas están los sepulcros de los condes, las tumbas de nuestros antiguos reyes *(a)*. ¿Te estremeces? ¡qué vergüenza! ¿ese es el monumento que han erigido nuestros contemporáneos á los que rompieron con su espada el yugo de los árabes? ¿á los que restablecieron con su sangre nuestra libertad é independencia? ¿Y no hay una mano que levante de entre los escombros los sepulcros? ¿Son ya nada para nosotros los recuerdos? ¿Es ya tan esplendoroso nuestro presente que no necesite de los brillantes reflejos de lo pasado?... Nos queda aún una esperanza: el egoísmo, la codicia harán quizás lo que no hizo hasta ahora el amor

(a) Hablándose de la salvación de esos venerados restos decíase en una nota al tomo I de la primera edición de esta obra, que trasladamos aquí: «El señor Don Próspero de Bofarull, con aquel celo que siempre ha manifestado por la conservación de nuestros monumentos, no perdonando medio para salvar de una total desaparición los restos de nuestros condes, sólo logró recoger los de Don Ramón Berenguer III el Grande, que encerró en una sencilla urna, cuyo remate figura una corona condal sobre una almohada carmesí, leyéndose en el frente esta inscripción: *Raimundus Berengarius III obiit XIV. K. Aug. A. D. M. C. XXXI.* Nos consta que el Sr. de Bofarull repetidas veces ha procurado se erija un sepulcro á este conde en la Catedral de Barcelona; pero entre tanto colocó la urna en la oficina del archivero, cuando desempeñaba este cargo con el celo é inteligencia á que el Archivo de la Corona de Aragón debe el orden y sabio arreglo que admiran á cuantos lo visitan, y sin los cuales nada son semejantes establecimientos.»

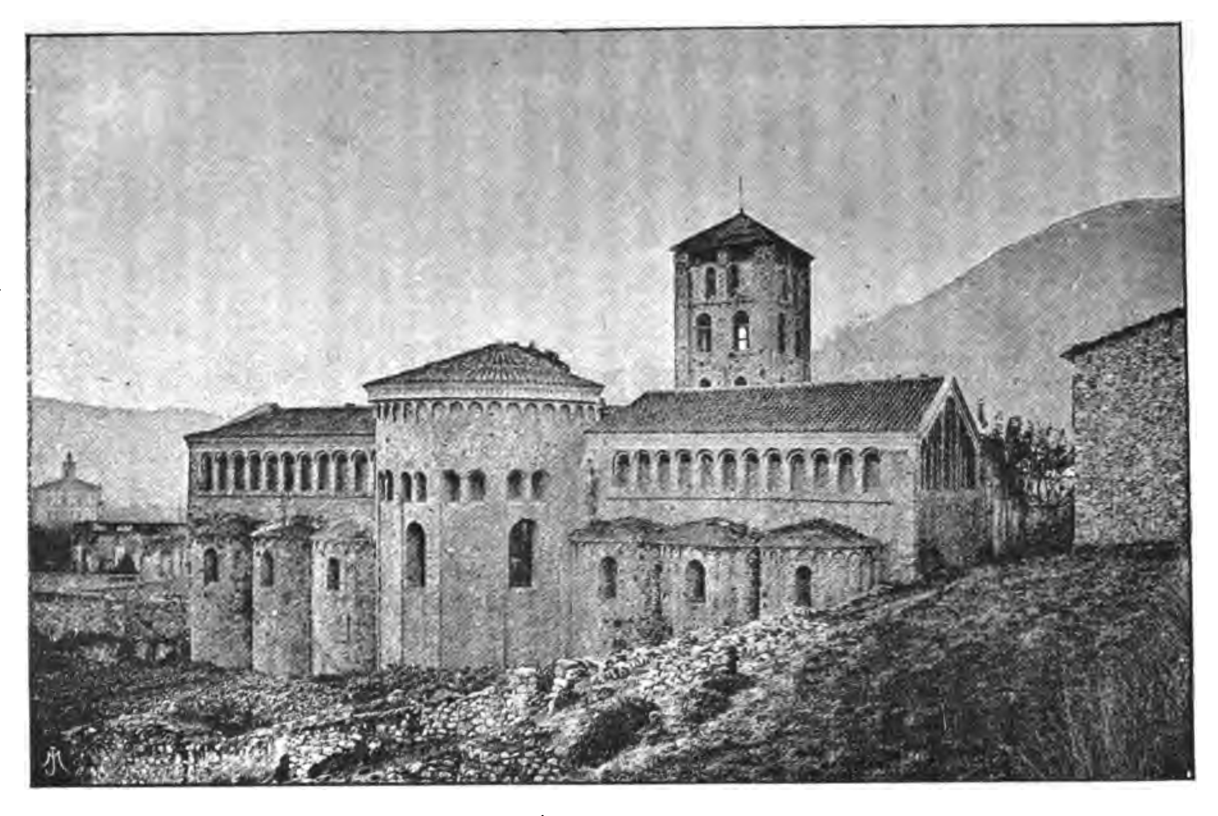


RIPOLL.—GALERÍA DEL CLAUSTRO DEL MONASTERIO

á nuestras glorias. Mas ¡ay! ¿quién sabe si cuando venga á sentarse algún establecimiento industrial sobre esas ruinas, serán arrojadas al aire las cenizas de los héroes y enterradas las piedras de sus tumbas entre los cimientos de la nueva fábrica?

* Más allá de la mentada puerta bizantina, apoyada en columnas de capiteles caprichosos, de cuyo doble arco concéntrico sólo quedan en pié dos anchas dovelas bellamente cinceladas, no se encuentra ya más que las casi arrasadas paredes de las que fueron casas de los monjes, desde las cuales puede aún gozarse de una de las más bellas perspectivas que ofrece la parte exterior del templo. Al lado de una grande ábside central, bajo cuya cornisa, sumamente sencilla, corre una orla de arquitos cegados muy profundos y una línea de cimbras descendentes sostenidas por pilares, están distribuídas otras seis ábsides menores, de formas y de adornos parecidos. Asoman encima de ellas los sombríos y elevados muros del crucero, adornados también de arcos en cuyo descenso constituyen dos frontones; y sobre todo este conjunto vese campear sola y con toda su imponente solemnidad la maciza torre que ayer dispertaba el eco de los montes al són de sus campanas, y hoy no tiene siquiera voz para lamentar su propia ruina. Á la derecha de la iglesia ocupan lo más alto de un cerro las paredes de un molino á cuyo pié corren las aguas saltando precipitadamente al valle; á la izquierda pasa el Ter lamiendo las vertientes de montes escarpados; y en el fondo uno que otro techo, que se distingue confusamente entre la parroquia y la abadía, anuncia que existen aún restos de la desgraciada villa (*a*).

(*a*) Aumentada la ruina con el desplome en 1847 de toda el ala del claustro que lindaba con la pared del Capítulo y con el hundimiento de la bóveda central del templo que había ya desaparecido en 1860, se sintió la necesidad de emprender una restauración que pedían á voz en grito los ripollenses y cuantos visitaban aquellos venerandos restos y venía gestionando el digno conservador de los mismos Dr. Raguer. Empezó formalmente los trabajos una comisión de Barcelona presidida por el Excmo. Sr. D. Nicolás Peñalver, uno de cuyos miembros, el distinguido arquitecto D. Elías Rogent, formuló un proyecto completo de restauración (1861-63), ayudando á los gastos el municipio de Ripoll. Habiéndose



RIPOLL.—Ábside del Monasterio

* Este es el último espectáculo agradable digno de contemplarse en Ripoll: la vista de sus calles tortuosas y solitarias no llena sino de amargura el alma (*a*). Síganos por ellas el viajero, y bajando hasta donde confluyen el Frezer y el Ter, tome el camino de Vich, abierto á la derecha de este caudaloso río (*b*). Admire al paso la fragosidad de los montes y la espantosa profundidad de sus despeñaderos, la frecuente caída de las aguas y la pintoresca situación de los pueblos que cubren sus orillas, la hermosura de las blancas aldeas que en el fondo de los bosques arrojan entre pinos y robles la humareda de sus hogares, el aspecto grave y amenazador de los castillos que desde la cumbre de algunos cerros dominan el río y la llanura. Detenga por algunos momentos sus miradas en el de Oris, continuación, al parecer, de las mismas rocas en que está sentado; contemple sus antiguos muros: contemple, sobre todo, los torreones cuadrados de sus ángulos en que por tanto tiempo tuvieron sus señores enarbolada la bandera de guerra contra los del castillo de Savasona, que asoma á lo lejos en la parte opuesta, más allá de las ruinas de la ciudad de Roda (1). Después de Oris no

después hecho cargo de la restauración la Comisión provincial de Monumentos de Gerona, ha ido invirtiendo en el monumento desde 1867 importantes cantidades, producto de las consignaciones del Gobierno y de los donativos de corporaciones y particulares. Hoy, gracias á tales reparaciones, presenta el templo íntegros y desembarazados sus siete ábsides, reconstruída el ala del claustro derrumbada, levantados los muros interiores que forman la nave central, limpia el área de ruinas y reunidos los mejores fragmentos arquitectónicos; y para más asegurar la brillante resurrección de ese monumento de la reconquista catalana, está en curso de tramitación el expediente para destinar el templo de Santa María á parroquia, proponiéndose en tal caso, tanto el Excmo. é Ilmo. Obispo de Vich como el Ayuntamiento de la villa, impulsar la restauración de modo que pueda restituirse al culto en 1888, fecha en que se celebraría el milenar de la primera fundación por Wifredo el Velloso.

(*a*) Recuérdese lo que decimos en la nota de la pág. 209.

(*b*) El camino de hierro, que sigue también el mismo curso del Ter, pasando generalmente por la orilla izquierda hasta llegar á Vich. Toca en San Quirse de Besora con su castillo, en San Feliu de Torelló villa antigua y en la industriosa Manlleu.

(1) Esta ciudad romana estuvo, al parecer, situada á la derecha del pueblo conocido hoy con el nombre de San Pedro de Roda, sito á las orillas del mismo río Ter. Quedan aún en aquel lugar restos de murallas y ruinas de edificios que lo acreditan, y en los archivos de Vich documentos que lo ponen fuera de toda duda. «Et sunt ipsas terras in comitatu Ausona, in termino *de Roda civitate*.... Et ipsa

encontrará ya más pueblos que los de la Gleba y San Hipólit, en cuyas rápidas y silenciosas cuestas apenas se oye más que el desagradable ruido de algún caballo que resbala en ellas brotando fuego bajo los hierros de sus plantas: penetre luégo en Vich.

Vich

Siempre los ojos del viajero reposan con placer en la llanura de Vich al descubrirla ceñida de montes, custodiada al sur por Montseny, cuya cumbre mira las lejanas torres de Barcelona, y al norte por las nebulosas cimas del Pirineo. Riégala en parte el Ter, que sólo asoma allí como para recoger el tributo que presurosas le traen las demás aguas de las colinas, y los pueblos y caseríos dispersos por ella destácanse con gracia sobre el tapiz de verdor que la alfombra casi toda.—Bien habrás visto, lector, alguna de esas aldeas compuestas de casas de labradores, que separadas unas de otras, preséntanse en medio de las huertas que cada una cultiva. Dos edificios se levantan en el centro de aquellas moradas de quietud y contentamiento: la una las domina con su torre pintoresca, abriéndose tal vez á su lado una blanqueada galería llena de las flores que cuida la mano pacífica del cura; y la otra ostenta en su frente aquellas diferencias levísimas, pero notables en la aldea, que distinguen entre todas la habitación heredada del médico, únicas necesidades del agricultor, que con el sudor de su rostro recoge el pan de la tierra; la salud del alma, que pocas veces da entrada al vaivén de las pasiones desenfrenadas y espera la paz de otra vida, y la salud del cuerpo, que el mismo trabajo robustece, y que

---

alia petia quæ est *prope Roda civitate* affrontat de oriente in flumine *Tezer* et de meridie in terra *Sancti Petri de Roda*... Et sunt hæc omnia in comitatu Ausone in appenditio *civitatis Rodde*» (Archivo capitular de Vich). Véanse las eruditas observaciones que en Agosto de 1833 publicó el canónigo D. Jaime Ripoll sobre estos documentos.

como las encinas que él plantó obedece las leyes del tiempo, cuyo curso no acelera. Al meditar sobre tanta armonía y sosiego; ¿no hubiste allá en tu alma compasión del que se afana por do-



CATEDRAL DE VICH

blar con su tarea las horas del día, hundido en el tráfago de los negocios? Al ver pasar aquellas yuntas de bueyes, guiadas por el robusto padre, que rodeado de sus hijos mayores anuncia con sus silbidos la llegada al infante, que en el hogar bebe la

vida y la robustez en los pechos de la madre casta y robusta, ¿no te preguntaste á ti mismo con qué derecho las ciudades, las orgullosas ciudades dicen: nosotros somos la nación; las pasiones que nos agitan deben también devastar los campos; nuestras ideas son las ideas de todos; y cuando nuestras ideas necesitan desparramarse del recinto de los muros, como el agua que hierve al fuego, los campos deben despojarse de las cercas y diques, que en ellos alzaron la religión y sanos consejos de los pasados, para dar paso al torrente? Y si en tu mocedad, cuando el hálito emponzoñado de las grandes poblaciones no había aún corrompido las aldeas, moraste en alguno de los pueblos de esta llanura, y asististe los domingos á la misa mayor ¿no recuerdas con enternecimiento aquel cuadro evangélico, cuando mancebos y doncellas acudían al pié del altar, donde el sacerdote les preguntaba el catecismo, corregía con mucho amor al que erraba, explicaba lo oscuro, y concluía con algunas reflexiones emanadas de la moral más pura, las más propias para hacer buenos cristianos, buenos españoles, buenos esposos y buenos padres de familia, sin afectación, sin enardecimiento, sí con aquella mansedumbre, sencillez y dulzura que revelaban al Pastor entre sus ovejas (1)? Los ancianos, que retirados al fondo oían por la milésima vez tan excelentes principios, así sin libros y sin códigos aprendieron las ideas de moral que necesitaban, que grabaron en sus corazones, y que luégo enseñaron á sus hijos: ¿qué principios de moral guiarán por el mar de la vida á esta generación criada en las plazas, en los combates, en los incendios y en el desprecio de todo lo sagrado (*a*)? Y cuando el hielo de la vejez despueble sus cabezas y rodee sus corazones de la soledad, amargura y espanto que acompañan siempre á la saciedad y á la pérdida de las creencias, ¿qué habrá enseñado á

(1) Esta costumbre, que se observaba en casi todas las parroquias rurales de Vich, aún dura en algunos pueblos.

(*a*) Téngase presente la ocasión en que Piferrer escribía estas páginas.

sus hijos para su bienestar? ¿qué áncora les legará que no esté rota y que no dé en arena movediza? ¿qué fanal, cuya luz no sea falsa ó no bastante á vencer las tinieblas?

Mas Vich está á nuestra vista, y el humilde papel de viajeros que nos impusimos no consiente tal vez consideraciones que desdigan de la escasez y marcha sencilla y franca de estos apuntes. Pasando, pues, el lector con nosotros el puente que cruza sobre el arroyo Meder, éntre en la antigua *Ausa* romana (*a*), y *Ausona* la gótica (1); eche de paso una ojeada á la plaza del Mercadal, tal vez una de las mejores y más pintorescas de Cataluña, por su extensión y por los toscos y caprichosos pórticos que la ciñen, y acompáñenos á la

---

(*a*) La antigüedad de Vich se hace remontar, según los modernos estudios de historia primitiva, á una época remotísima, encontrándose monedas ibéricas con el nombre *Ausa*, *Ause* ó *Eausts* que algunos traducen por ciudad *abundante en polvo*.

Últimamente un notable descubrimiento ha venido á confirmar su importancia en la época romana. Al derribarse la antigua morada—castillo de los Moncadas,—situada en el centro de la ciudad, se han descubierto los muros exteriores de una construcción que puede atribuirse evidentemente á un templo. Se hallaron en pié las paredes laterales y la posterior, construídas con grandes bloques y cemento. Con las porciones de basamento y cornisa existentes, y los restos de columnas, arquitrabes, frisos, etc., que se han descubierto entre los escombros, podrá restablecerse la primitiva forma del monumento.

La conservación de vestigios tan interesantes se ha logrado gracias al desprendimiento y amor al arte de los distinguidos vicenses que forman el núcleo literario y científico que tanto ha contribuído al moderno renacimiento del Principado; proyectándose crear en aquel histórico recinto un museo de antigüedades.

(1) Los godos, acomodando á la índole de su idioma el antiguo nombre de *Ausa*, lo cambiaron en *Ausona*, que perseveró hasta la conquista de los árabes; y tras varios vaivenes, debió la capital de los antiguos ausetanos los principios de su verdadera restauración á Wifredo *el Velloso*. Pero también entonces debía sufrir un cambio en su nombre, pues tanto estrago hicieran en ella las guerras pasadas, que se le dió el de *Vicus Ausonæ*, barrio ó calle de Ausona, de que al fin se ha venido á formar el actual de Vich. De muy antiguo perteneció la villa al señorío de los obispos, bien que posteriormente, á principios del siglo XI, según algunos, entró á poseer la parte alta de la ciudad la familia de Moncada; y como por Setiembre de 1315, para evitar las disensiones que hasta entonces se agitaran entre ambos señoríos y tener quien protegiese la iglesia, el obispo don Berenguer Çaguardia cedió su parte por medio de una permuta al rey don Jaime II, con la compra que por Marzo de 1450 hizo la corona de la parte de los Moncadas, que entonces poseía el conde de Foix, hallóse el rey único señor de la ciudad.

Catedral de San Pedro

En la plazuela que hay delante de ella, sobre un basamento circular de 9 palmos de diámetro y 18 de alto, levántase un templete, que consiste en ocho pequeñas columnas dóricas, pareadas á los cuatro lados, que apean el cornisamento y una cúpula coronada con una cruz; y por las cuatro inscripciones latinas, que se leen en lo alto del basamento, sábese que allí estuvo un tiempo el templo de Santa María *la Rotunda*, así llamado por su figura circular, que el canónigo Guillelmo Bonfil erigió en 1140, si bien el santuario competía en antigüedad con la catedral misma (*a*), que se derribó en 1787 para dar mayor ensanche á la nueva fábrica de San Pedro (1). Aunque pocas demoliciones se han hecho con tanta justicia y respeto, y si bien dejaron allí aquel templete que recuerda Santa María; el artista siente la pérdida del edificio antiguo, y crece su pesar cuando vuelve los ojos á considerar el frontis que motivó el derribo, porque en verdad ni el todo es más que una obra común y regular de dos cuerpos, ni todas sus partes respiran aquel buen gusto y armonía, que á veces dan valor al todo.

Pero el interior sorprende con la majestad y elegancia de sus tres naves y crucero divididas por seis pilares altos, delgados, y adornados en sus cuatro caras con pilastras corintias estriadas, muy bien esculpidas y de excelente efecto. También

(*a*) La primera memoria de esta iglesia es del siglo x.

(1) Su forma era un círculo de 128 palmos de diámetro; enteramente aislada y sin otros estribos que ocho fajas verticales de muy poco resalto en el exterior, á las cuales correspondían en el interior otras tantas pilastras con columnas empotradas, cerrábala una cúpula con una linterna circular á manera de torre, que daba luz al templo y servía de campanario; y tenía dos puertas, una á oriente mirando á la catedral con pilares y adornos góticos, y otra á mediodía. El opúsculo de donde extractamos estas noticias (*Relación de las festivas demostraciones con que la ciudad de Vich manifestó su religión, su piedad y su regocijo con motivo de la consagración*, etc.) y el testimonio de los contemporáneos afirman que la Rotunda ninguna ruina amenazaba, y que sólo la necesidad de ensanchar el nuevo templo de la sede pudo motivar su derribo.

en las paredes laterales, correspondientes á cada pilar hay otras arrimadas, y encima corre y da vuelta á toda la iglesia un cornisamento que las une, y sobre cuya cornisa, en extremo saliente, cargan los arcos de las bóvedas, que están en forma de cúpulas. Igual cornisamento llevan los pilares, que, como tienen tan poco grueso, dejan pendiente afuera y aislada una gran porción de cornisa, que así resulta un tanto desproporcionada respecto del machón y del arranque de los arcos que apea. Sin embargo nada con esto pierde el todo de su riqueza y buen efecto, que son grandísimos, particularmente en el presbiterio y ábside, donde están profusamente distribuídas las pilastras, y la vista se goza en la combinación de los capiteles, de la cornisa y de los arcos (1).

Con la demolición de la antigua fábrica perdiéronse todos los sepulcros, descuido criminal en quienes la ilustración propia de su clase debía ser engendradora de mayor respeto á la memoria de los pasados y á los monumentos de la antigüedad. Igual fortuna corrieron los altares, y apenas acierta uno á ex-

(1) La fábrica que permaneció hasta estos últimos tiempos, era la que erigió el obispo Oliva, y con gran suntuosidad y asistencia de prelados y magnates consagró el último día de Agosto de 1038 el arzobispo de Narbona. Constaba de una sola nave, eran muy espesas la bóveda y las paredes, escasas las luces, su frontis tosco, con remate triangular y dos torres á los lados. La puerta principal formábase de una arcada en degradación sobre algunas columnas, todo sembrado de varias labores, y sobre el dintel veíase esculpida la cena del Señor. Pero muy deteriorada debía de estar la iglesia ya en el siglo XIII, pues á 22 de Agosto el obispo D. Raimundo de Anglesola en una pastoral exhortaba á los diocesanos á que contribuyesen á su reparación con sus limosnas. En 1401, siendo obispo D. Diego de Heredia, se construyó el crucero, y en 1587 la puerta llamada de San Juan; pero ya entonces se conoció la necesidad de una fábrica más capaz, al paso que se trató de la conservación del claustro y del campanario. En 1633 se empezó á construir en la parte del Evangelio una nave, cuya pared y capillas fueron lo único que se conservó de aquella fábrica, que se derribó á fines del siglo pasado. Púsose la primera piedra de la obra nueva á 24 de Setiembre de 1781, y concluída se consagró á 15 de Setiembre de 1803, fechas que se hallan mencionadas en la grande inscripción que hay junto á la puerta que da al claustro. Dió la traza D. José Morató, y la ejecutó el arquitecto D. Jacinto Marsal: tiene 281 palmos de largo hasta el presbiterio, 188 de ancho, y hasta la clave de la cúpula 200 de alto; el presbiterio 80 de largo y 60 de ancho; la nave central también 60 de anchura, y 35 las colaterales; y el frontis 160 de altura, y cerca 200 de latitud.



VICH.—GALERÍA DEL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL

plicarse cómo conservaron el mayor, linda obra gótica de alabastro, que á fines del siglo XIV ó principios del siguiente costeó el sacrista D. Bernardo Despujol. Consta de cuatro cuerpos horizontales; el primero es una línea de pequeñas figuras de los evangelistas y apóstoles, y los tres restantes forman cuadros con relieves alusivos á la Virgen y á San Pedro, divididos por fajas verticales, en que graciosamente sobresalen va-

rias estatuas de santos en pequeños nichos. Ocupa el centro San Pedro, sobre un pedestal octágono, que entre otros adornos lleva esculpido un ecce-homo, y le cobija un pináculo, que á su vez sirve de repisa á la imagen de la Virgen, también puesta debajo de un doselete.

La obra que más llama en esta catedral la atención del viajero, es sin disputa el claustro, unido á la iglesia por la parte de mediodía. En aquellos cuatro corredores despliega el arte gótico su magnificencia de detalles, y el artista más experimentado cede á la impresión que le causa la vista de tanta riqueza, gusto y elegancia. Sin mencionar el primer piso ó bóvedas, que al nivel del patio sostiene toda la obra, el segundo tiene en cada corredor cinco grandes ventanas, ó dígase mejor, arcadas en ojiva, separadas y apoyadas por gruesos y robustos machones en cuyos capiteles se ven muchas figuras, cuyo asunto es punto menos que imposible explicar desde el pavimento; en el claro de cada una levántanse sobre el firme del antepecho tres columnitas casi rectangulares hasta la altura de las impostas, y desde éstas y de los capiteles hasta la cúspide del arco tiéndese como sutil tejido un primorosísimo calado, diferente en casi todas las ojivas.

Artista, que no desprecias la humilde ermita ni la pobre torre de la aldea, y llenas las páginas de tu álbum ya con las estatuas tendidas de las tumbas, ya con las frescas hojas de las portadas; este claustro te brinda pródigamente con sobrada copia de rosetones y detalles para ventanas, fachadas, puertas y capillas; y cuando de vuelta á tu morada hojees los apuntes de tus correrías, si la mano involuntariamente se resiste á doblar la hoja, que contiene los de esta obra, bien puedes afirmar que posees un resumen de los adornos que el género tudesco empleó como constitutivos en las partes más delicadas de sus edificios.

Á ser más ancho el corredor que se halla contiguo á la iglesia, ó el del norte, allí sería el mejor punto de vista, y



allí se gozaría de uno de los más excelentes efectos que pueda ofrecer una fábrica de aquel género. Á través de las trabajadas arcadas vense las del corredor de mediodía, las cuales, como tiene éste otras tantas ventanas que miran al campo, preséntanse inundadas de luz; y mientras por entre sus columnitas se descubre el verdor de la campi-

VICH.— CLAUSTRO DE LA CATEDRAL

ña y al fondo la azulada cima de los montes, los calados, que precisamente son allí muy complicados, aparecen delicadísimos como oscilando en la atmósfera, bien cual una cosa aérea y vaporosa, á cuyo través se percibe el azul del cielo.

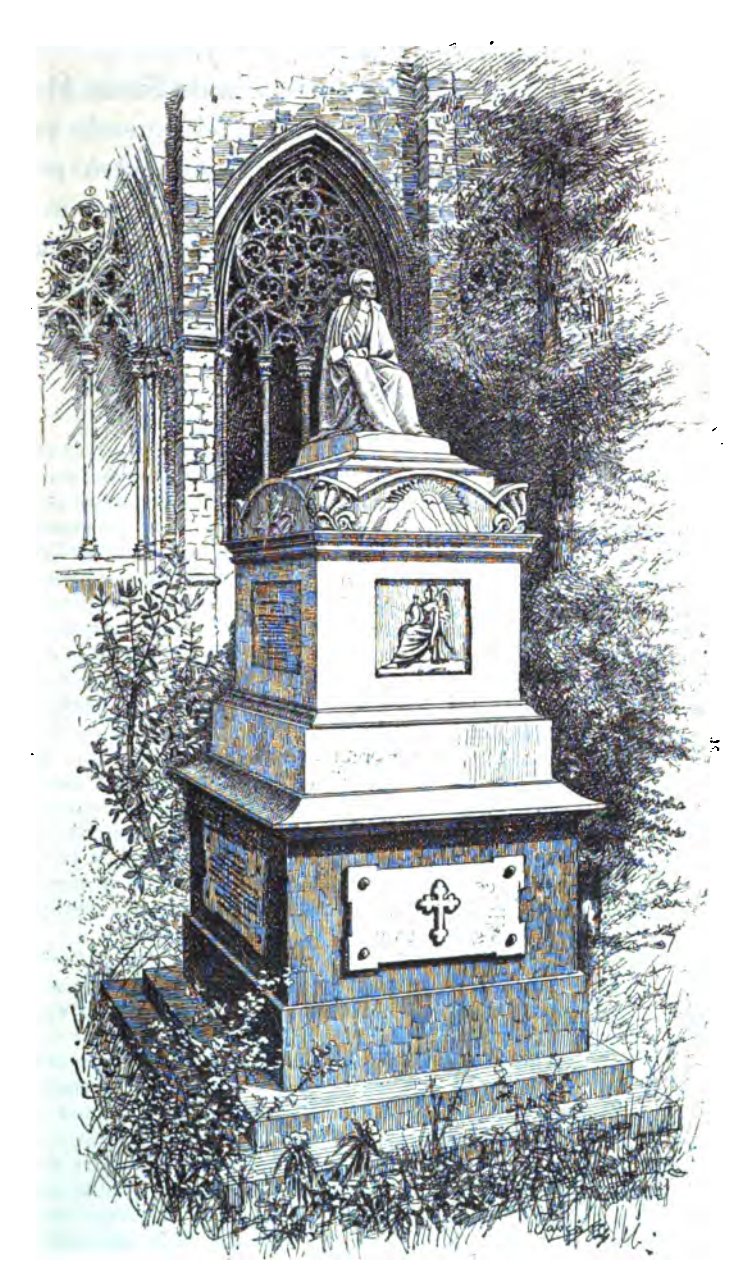
Ningún sepulcro embellece este claustro (*a*), pues todos desaparecieron cuando construído el moderno templo, y hallándose aquel tan alto que se subía á él por diez y ocho gradas, prefirieron deshacerlo piedra por piedra y volver á construirlo al nivel de la iglesia, que arruinar para siempre uno de los monumentos más exquisitos en su género: acción no bastante alabada ni imitada por muchos cabildos y arquitectos, cuyo mérito hubiera excedido á todo elogio, si con igual celo é inteligencia hubiesen salvado las varias tumbas en que yacían obispos y otras ilustres personas. También con aquella mudanza se perdieron las capillas subterráneas que allí había, y entre ellas la famosa de San Nicolás, donde se celebraban las misas matutinales ó *populares*, y en la cual hasta principios del siglo XIV en la fiesta de San Esteban se cantaba la epístola de su martirio con una hermosa paráfrasis lemosina del 1200. Queda todavía en el ángulo, que forman los tramos de norte y oriente, una bella puerta gótica, que conduce á la sala capitular, antes capilla del Espíritu Santo, pieza casi cuadrada, con ábside en el fondo y la bóveda en forma de cúpula (1): al lado y en las pie-

(*a*) En su centro levántase hoy un severo monumento que guarda las cenizas del inmortal filósofo Dr. D. Jaime Balmes, hijo de Vich, donde nació en 28 de Agosto de 1810 y donde falleció el día 9 de Julio de 1848.

Consta de un gran basamento de estilo clásico en dos cuerpos sobre una gradinata, el inferior de mármol negro y el superior de mármol blanco, terminado en unos frontones con emblemas alusivos á la vida y á la ciencia del eminente vicense. La estatua de éste, de la misma piedra, remata el monumento, presentándose la figura sentada y en actitud de profunda meditación.

La imponente ceremonia de la colocación de los restos de Balmes en este mausoleo, se verificó el 4 de Julio de 1865, celebrándose por la mañana unos suntuosos funerales, y procediéndose después al acto en presencia del Clero Catedral, del Comisario regio, Ayuntamiento de Vich, Comisiones de la Diputación Provincial, Ayuntamientos de Barcelona y Gerona y representantes de la Universidad Literaria, de diferentes Academias y Corporaciones, de la prensa, de la milicia, etc.

(1) En el altar de esta sala hay dos pequeñas tablas de marfil, en que están



VICH.—Monumento de Balmes

[illegible] rica en códices (1), y [illegible] moderna da entrada á [illegible] de Santa María de [illegible] Sobre el segundo piso del [illegible] levantado otro pequeño [illegible] bien que no con [illegible] gótico: pero sea como [illegible] son aquellas venta- [illegible] magníficas producciones del [illegible]

[illegible] es una curio- [illegible] trabajo (2).

[illegible] tomos en fol. per- [illegible] no le excede, en la [illegible] y animales fantásticos. [illegible] de las interpretacio- [illegible] magister Raimun- [illegible] scripsi et perfeci [illegible] *Perico* ó *Pedro* en [illegible] sionibus et expen- [illegible] precentia docmata [illegible] divine societur vir [illegible] escribere qui nescit [illegible] miniaturas que adornan [illegible] y otros que ofrecen [illegible] tiempos. Hay allí el [illegible] de la Edad me- [illegible] que la mayor parte son las [illegible] a' que se dedique á ilus- [illegible] de estos.

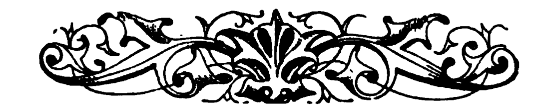
(2) [illegible] y el cabildo, re- unidos [illegible] que se hiciese un claus- tro nuevo [illegible] y Berenguer Egidio, segun cons- ta en el archivo [illegible] 1, *fol.* 52 y 53. En 1325 [illegible] *Despuig*, cuyo salario eran [illegible] los documentos nombran como maestro director á un tal [illegible] un tal *Plana*, discípulo suyo, cobrando [illegible] 18 dineros, y 10 los demás operarios. En [illegible] trabajaba [illegible] de las ventanas *Berenguer Portell*, es- cultor de Gerona, llevando por cada una [illegible] sueldos, como tambien se nota en los *libros de la obra*, [illegible] que por una casualidad sin duda no debió de ver mas que el documento que lo menciona, negó que las columnas se hiciesen en Gerona, como [illegible] el Sr. D. Martin Matute en las notas, que rela-

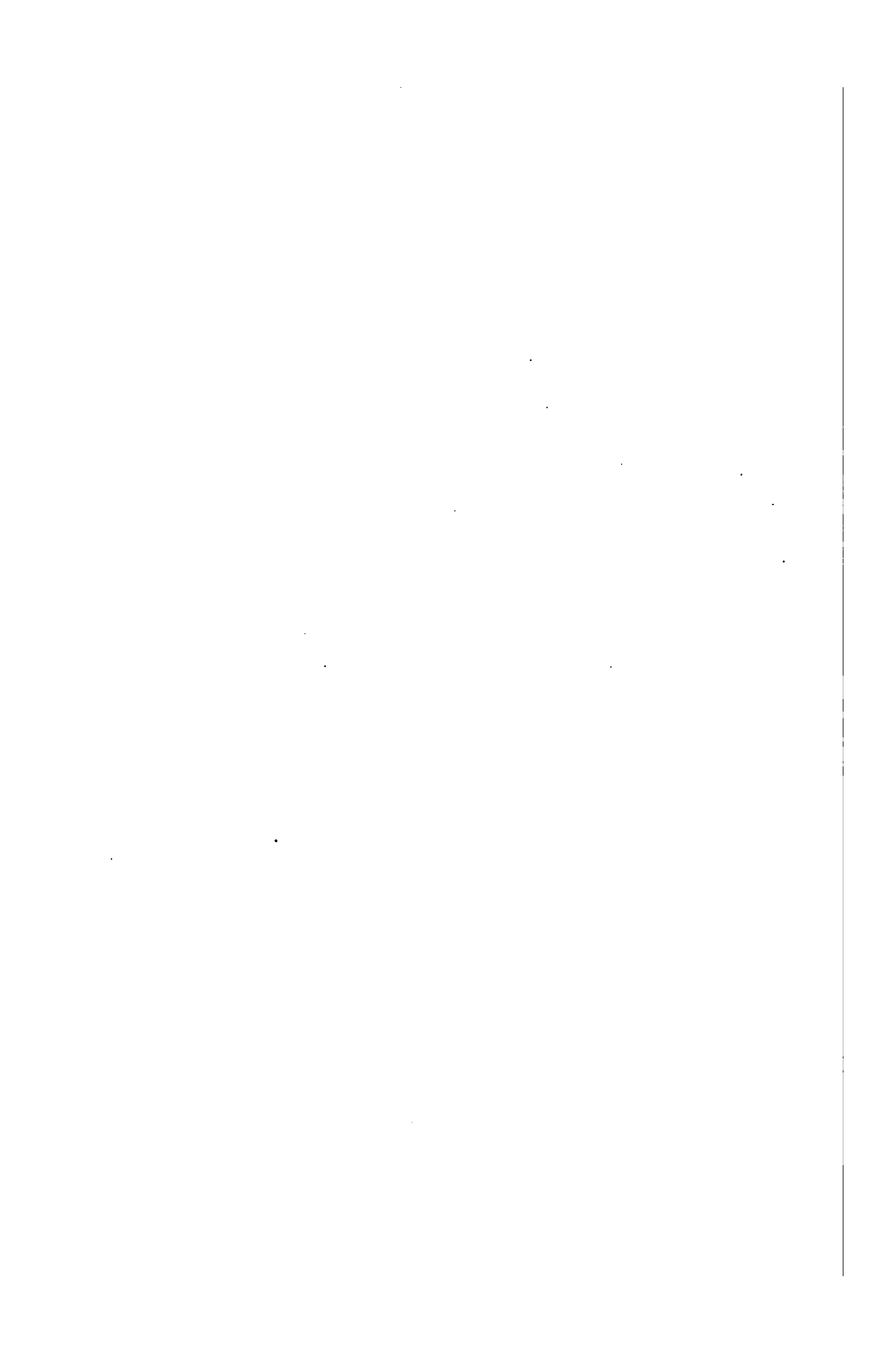
(a) Estas dos tablas que [illegible] se hallan hoy guardadas en el Archivo. Se cree pertenecen al siglo XIV.

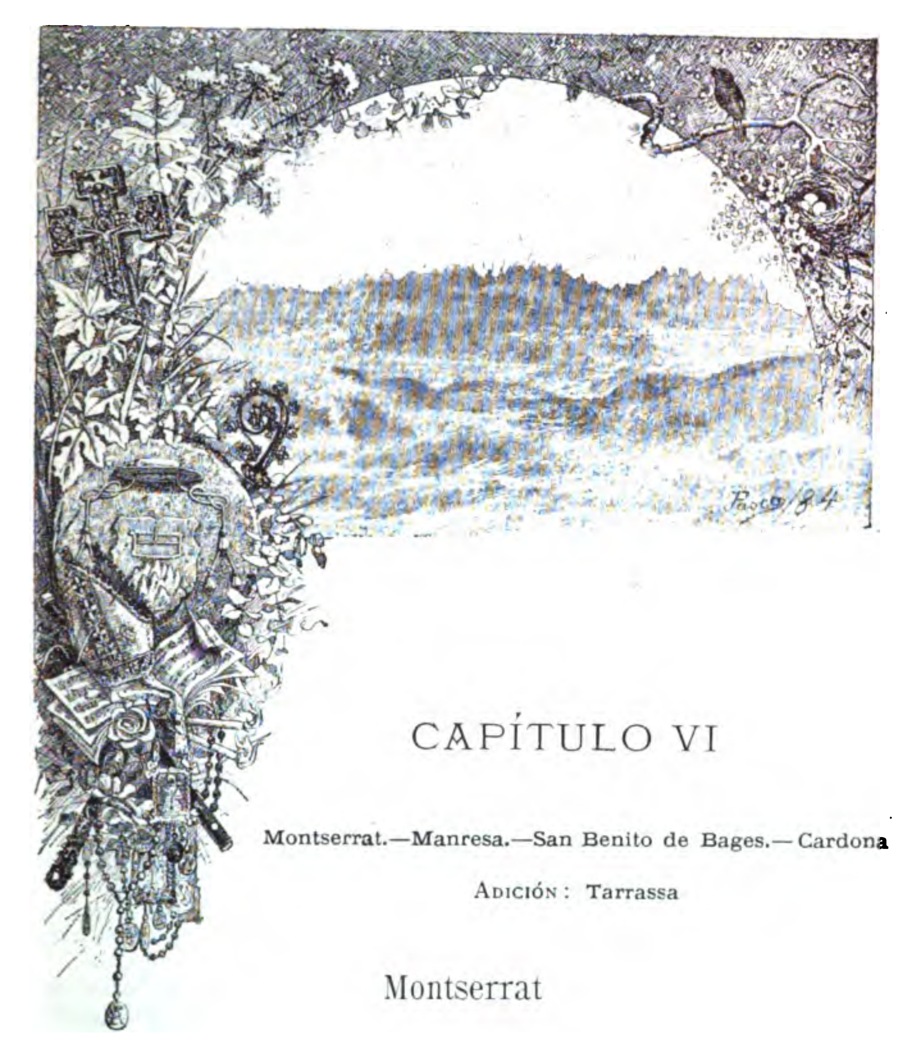
Así, por una rara coincidencia, efecto tal vez de la veneración que de muy antiguo se profesó á aquellas partes, compónese la catedral ausonense de tres fábricas de distintas épocas, que son otras tantas muestras y perpetuos monumentos de las tres grandes mudanzas que desde el siglo XI ha sufrido el edificio:—el campanario bizantino, que parece una de esas torres con que los moros embellecieron el hermoso suelo de la Andalucía; el claustro gótico aéreo, vistoso y transparente; y el templo moderno, greco-romano, alto, desembarazado y majestuoso.

---

tivamente á aquella ciudad facilitó al P. La Canal para la redacción de los tomos de la *España Sagrada* concernientes á ella; pero si hubiese continuado la lectura del mismo documento, se hubiera convencido de la exactitud del señor de Matute, al ver que *Portell enviaba* á Vich lo que iba labrando, por conducto de un arriero ó *traginer* llamado *Mateo,* que recibía por los portes de cada fuste 12 sueldos, é iba depositando los trabajos en el taller de Francisco Terrades ó Terrares delante del palacio episcopal. En 1340 ya estaba concluído el claustro, pues en capítulo general se prohibió que en las procesiones que se hiciesen en él se introdujesen ciertos juegos y animales. La capilla del Espíritu Santo se empezó por 1344, ya que á fines de Mayo de aquel año el Cabildo concedió al caballero Francisco de Malla y al clérigo Galcerán de Salas licencia para construirla, *Liber vitæ, tom. 2, fol.* 92; y estaba concluída por 1351, *Liber vitæ, tom. 2, fol.* 119. Cuando se hizo la Catedral nueva, para nivelar el claustro con el piso de la iglesia, el cual ya quedó más alto que el de la antigua, respetando aquella obra maestra de elegancia y gusto gótico, la deshicieron piedra por piedra, y aún perseveran en éstas los números con que las marcaron.







CAPÍTULO VI

Montserrat.—Manresa.—San Benito de Bages.—Cardona

ADICIÓN: Tarrassa

Montserrat

CUANDO el viento azota lentamente las nubes, y por entre sus disformes grietas asoma el azul del cielo, ¿visteis los grupos fantásticos que aquellas forman, fingiendo ya monstruos horribles, ó ya apiñándose como fábricas portentosas que levantan al aire cien agujas desiguales? Así aparece fantástico Montserrat al que viniendo de Igualada (*a*) lo contempla por la parte

(*a*) ADICIÓN.—Para dirigirse el viajero desde Barcelona á Montserrat, puede tomar el camino de hierro de Barcelona á Martorell siguiendo desde este punto por carretera hasta Collbató al pié de la montaña, ó la vía férrea de Zaragoza que

que corre de mediodía á poniente al ver sus peñones desgajados y como colocados por mano de hombre, aquellas crestas multiformes, caprichosas y gigantescas, la fantasía créase catedrales ciclópeas erizadas de cúpulas ó inmensos castillos aéreos fortalecidos con cien torres, si ya no se estremece ante aquel conjunto de fantasmas, ante aquel Briaréo, que medio hundido en los abismos de la tierra alza al cielo los cien brazos. Aquel es el monte, que cantan las baladas montañesas; aquel con que las

---

cruza la parte occidental del Vallés para ir á encontrar el valle del Llobregat, continuando desde la estación de Monistrol por la carretera que conduce hasta el mismo Monasterio. En el recorrido desde Barcelona á Monistrol, después de dejados Moncada y Serdañola, se encuentra Sabadell, moderna ciudad hija de la industria, que cada día aumenta en importancia, y después TARRASSA, unida á la inmediata población de SAN PEDRO DE TARRASSA por un puente sobre el poético torrente de Vallparadís, ocupando ambas poblaciones el lugar donde existió la antigua *Egara*.

Sobre el grupo de casas que forman la población de San Pedro, domina el artístico conjunto de los tres famosos templos románicos de San Miguel, Santa María y San Pedro, situados en un punto culminante donde existió la primera Catedral destruida cuando la invasión sarracena, y donde puede conjeturarse con fundamento se levantaría el *arx* ó recinto fortificado de la ciudad primitiva.

Los orígenes de ésta piérdense en la oscuridad de los tiempos, pues que se la encuentra existente cuando las primeras invasiones de pueblos semitas, traduciéndose su nombre de *Egara* por *ciudad nueva*. En tiempo de la dominación romana tuvo el título de *ciudad Municipal*, siendo sede episcopal desde el siglo v hasta su destrucción por los árabes. Arrasada completamente por éstos, convirtióse pronto en núcleo de defensa para los cristianos, recobrando nueva vida, como lo acreditan la época é importancia de las tres iglesias existentes.

La más antigua es indudablemente la de San Miguel, cuya original extructura la hace única en su género en nuestro país. Es de planta cuadrada: en el centro del techo se levanta una claraboya ó linterna, sostenida interiormente por una serie de columnas formando otro cuadrado. Los capiteles de estas columnas no corresponden en su mayor parte á las dimensiones del fuste, y se consideran restos del templo primitivo. Tiene el actual una especie de cripta y su destino se atribuye por tradición constante á baptisterio. No hace mucho ha merecido una restauración inteligente que demandaba su estado de ruina.

La iglesia de Santa María, consagrada en 1112 por Raimundo Guillén, obispo de Barcelona, y colegiata de monjes regulares de San Agustín desde su origen hasta 1592, es coetánea de la de San Pedro; presentando ambas una fisonomía de antigüedad que acrecientan las numerosas lápidas romanas y fragmentos de épocas posteriores á su construcción, empotrados en los muros.

Cerca de estos tres edificios existen los restos de una fortaleza y casa con capilla atribuída á los Templarios; y en la ciudad vecina, á más de la iglesia parroquial de estilo ojival donde puede verse un magnífico Cristo yacente de mármol, hállanse también fragmentos de una antigua torre y castillo.



SAN PEDRO DE TARRASSA.—IGLESIA DE SAN PEDRO

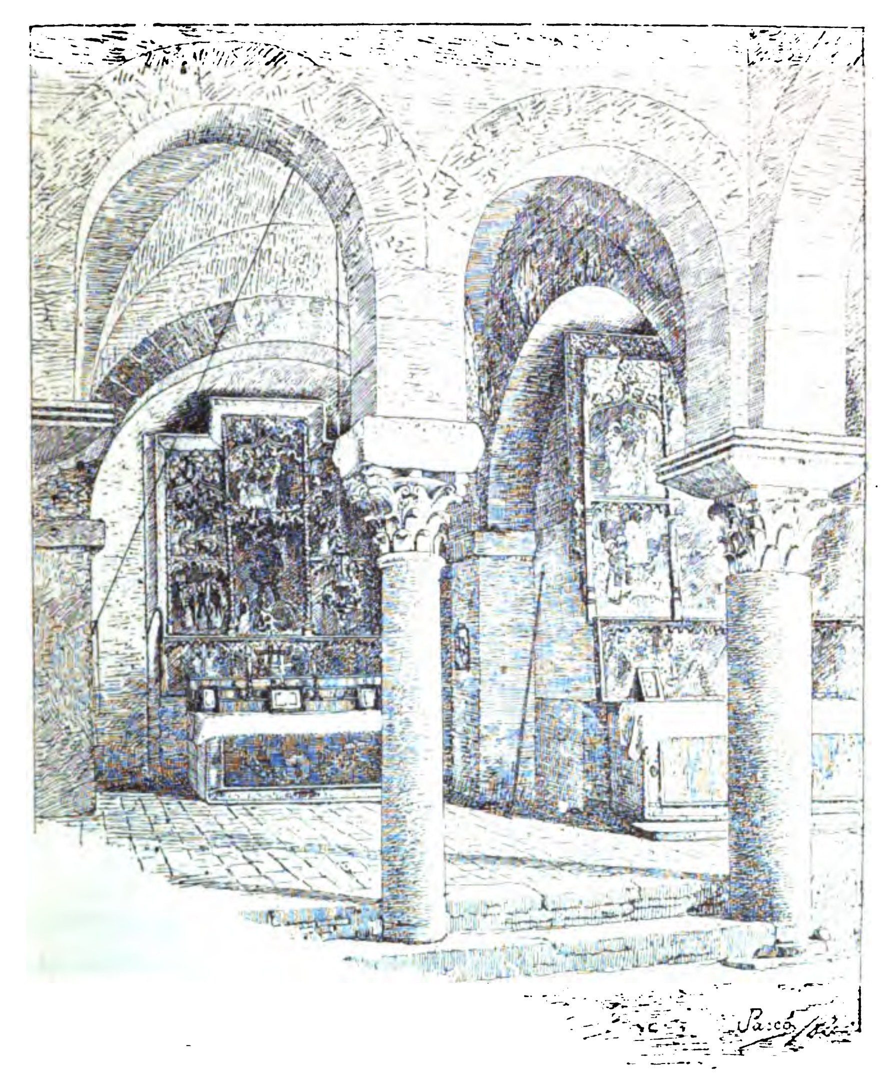
madres catalanas entretuvieron á sus hijos en la infancia; cuyo nombre, apenas pronunciado con labios balbucientes, doró los primeros sueños de nuestra imaginación; aquel que, al oir la



SAN PEDRO DE TARRASSA.—EXTERIOR DE SAN MIGUEL

relación de nuestros padres y de nuestros hermanos mayores, excitó en nuestras tiernas almas una vaga idea de algo bien grande, bien hermoso, en que aparecían historias y coronas de

reyes formando un aureola al rededor del nombre de María, al paso que concebimos una dulce esperanza que nos prometimos



SAN PEDRO DE TARRASSA.—INTERIOR DE SAN MIGUEL

verificar cuando llegásemos á la edad de nuestros hermanos. ¡Cuán bello! ¡Cuán caprichoso! La misma naturaleza le colocó así aislado, como si complaciéndose en su obra hubiese querido

marcar su diferencia respecto de los demás montes, y destinarlo para objeto de la veneración de los pueblos.—Pero ¿haremos nosotros lo que el exacto y frío pintor de paisajes, que no se olvida de apuntar en su tela ni el olivo de la izquierda, ni la



MONTSERRAT.—Vista de Monistrol

pared de la derecha, ni deja de indicar entornada la puerta de un corral, pues con ello gana un efecto de sombra, bien que entretanto no hinche los espacios de su cuadro con el aire del cielo, ni roba á la naturaleza su espíritu y expresión, ni oye aquella armonía inmensa é infinita con que cantan la creación aquellas partes? ¿Describiremos este monte famoso? Y excepto de sus bellezas naturales, ¿qué describiríamos en él sino soledad y abandono? ¿y qué veríamos en el santuario sino miseria y pesadumbre para el ánima afligida, que recordara lo que fué? Recorramos

más bien con rapidez aquellas masas de peñascos; hundámonos en el espantoso y sublime derrumbadero que se abre al pié del monasterio hasta tocar las aguas del Llobregat, ó bien subamos á saciar nuestra alma con la inmensidad de los espacios (*a*); deslicémonos por la orilla de los precipicios; trepemos por aquellas largas y casi rectas escaleras, que asemejan las no menos bellas comarcas de los Alpes, hasta la desierta ermita donde moraron en paz hombres de corazón sencillo y santo; bajemos después por las rápidas cuestas, mientras el viento pasa mugiendo por entre aquellos fantasmas de roca, y á su violento empuje se arremolinan bandadas densísimas de aves agoreras, cuyos graznidos nos llenan de un horror santo; y cuando cansados de tan larga correría, y ebria la imaginación de goces y de inspiraciones nos sentemos só el claustro destrozado ó al pié de la fachada exterior bizantina (1), envueltos en el manto del espíritu,

(*a*) La cúspide más elevada de la montaña, llamada *Turó de Sant Jeroni*, está á 1241 metros sobre el nivel del mar.

(1) Sin tener en cuenta lo del templo de Venus fundado por los romanos en el monte *Estorcil*, que así dicen llamaron ellos á Montserrat, ni lo de las monjas introducidas en el templo fundado por Wifredo *el Velloso* y después trasladadas á San Pedro de las Puellas de Barcelona; sólo consta que en un privilegio, dado por 888 á favor del monasterio de Ripoll, Wifredo concedió á éste el sitio de Montserrat con todas las iglesias que hubiese en el monte y en la falda, y en una confirmación del mismo privilegio del conde Sunyer, hecha en el siglo siguiente, ya se expresa entre otras la de Santa María. En el siglo XI ya se encuentra Montserrat habitado por monjes de Ripoll y regido por un prior, que nombraban el abad de este monasterio y los monjes de aquel; así perseveró hasta Junio de 1410 en que Benedicto XIII, otro de los que se disputaban la tiara, lo erigió en abadía independiente. Queda de la fábrica primitiva una portada bizantina con dobles arcos bastante variados en sus detalles, y de la gótica un trozo de claustro, lleno en otro tiempo de exvotos y presentallas, obra de los arquitectos de Barcelona *Maese Jaime Alfonso* y *Maese Pedro Basel*, que lo construyeron en 1476; bien que antes, en 1392, hállase memoria de un *Jaime Dez Mas*, famoso arquitecto, que construyó varias partes del monasterio hoy destruídas, y entre ellas el célebre Refectorio Real, que también ha desaparecido. Fué el maestro *Jaime* uno de los que más se distinguieron en el robo y matanza de judíos y destrucción del Call de Barcelona por Agosto de 1391; y gracias á las instancias del prior de Montserrat y á su mérito como arquitecto, pudo alcanzar que el rey D. Juan le concediese un salvoconducto, que ofrece estas cláusulas notables: «—.... Per venerabilem, religiosum ac »dilectum nostrum fratrem Vincentium de Rippis, priorem beate semper Virginis »Marie de Monteserrato, precepimus quod vos Jacobus Dez Mas, lapiscida civitatis »Barchinone, qui in ecclesiarum domorumque et alierum operibus estis valde sub»tilis et expertus. Refectorum monasterii ejusdem operatis subtiliter atque bene,

I

Asomad, asomad á la ventana, bellas niñas; y vosotros engalanad vuestras puertas, porque ya llegan los devotos romeros de la Virgen, y sus banderas coronadas de flores ondean alegremente por encima de los matorrales.

La brisa de la montaña trae el armonioso eco de sus plegarias, interrumpido de cuando en cuando por el de los instrumentos de los que siguiendo la procesión van á visitar á la Virgen.

Bajos los ojos y con el rosario en las manos avanzan devotamente los peregrinos; allí ni esplendor ni riqueza; humilde, muy humilde es su andar, fervientes los rezos que murmuran, y los hay que esmaltan con la sangre de sus piés descalzos las espinas y las piedras de los caminos.

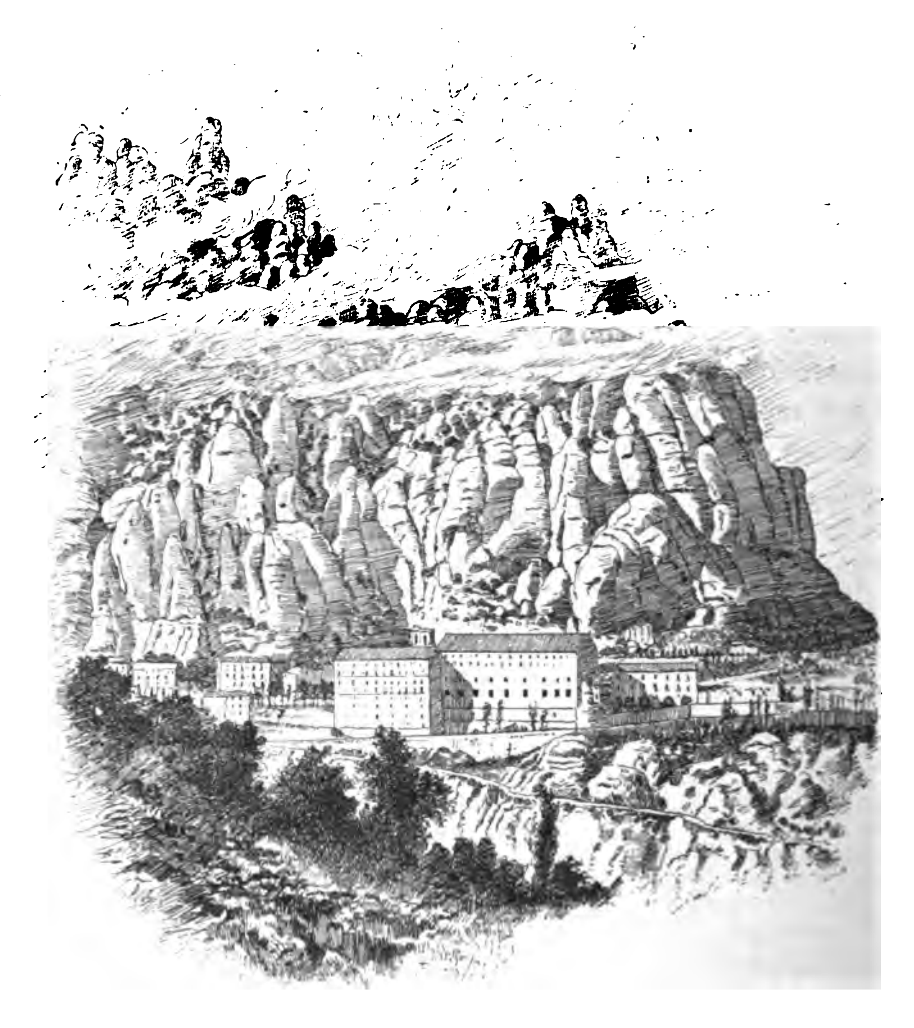
Las niñas, suelta la cabellera, que sujeta sólo una guirnalda de flores silvestres, responden con voz tímida á las letanías, y las rosas avergonzadas de sus mejillas y el rubor que baja sus párpados son la mejor ofrenda que sus corazones inocentes llevan á la Virgen.

Detrás de la clerecía y de los buenos magistrados de la

286. Á cada lado tiene seis capillas muy espaciosas, que equivalen á dos naves laterales, y sobre ellas se levantan otras con balaustrada cada una, las cuales, despojadas ahora de sus altares, forman un vasto ándito á una y otra parte; de manera que están las paredes laterales de la nave divididas en dos cuerpos, separados en su longitud por una gran moldura á manera de cornisa, y las pilastras del primero, que estribando en el suelo y tocando en la moldura dividen las capillas inferiores, son corintias. Entre la quinta y sexta capilla interrumpe la nave una elegante verja de hierro, con que se reemplazó la magnífica antigua; los arcos, dentro de los cuales está comprendida á una y otra parte la sexta capilla, pueden calificarse de torales, pues sostienen una cúpula. El ábside, con que remata este templo, es bellísimo y produce muy buen efecto. La demás fábrica moderna de este monasterio es de proporciones colosales; el solo lienzo que mira de levante á mediodía consta de ocho pisos muy altos y vastos cada uno; y al menos conocedor le será fácil calcular cuántos esfuerzos y gastos debieran de ser necesarios para edificar sobre la viva peña, y transportar los materiales (a).

(a) Modernamente se han practicado en esta iglesia algunas restauraciones, y está en curso de ejecución el grandioso ábside exterior, de estilo románico, y el nuevo camarín.

comarca, la turba regocijada marcha al són de las gaitas, y al compás de los cantares, que con sus madres les enseñaron á cantar á la Virgen.



MONTSERRAT.—Vista general del Monasterio

Cerrad, cerrad tras vosotros las puertas de vuestras casas, porque ya la procesión se hunde en los recodos de la falda del monte. ¿No veis cuál asoma en aquel flanco saliente, al pié de

la cruz que sombrean peñascos gigantescos (1)? Allí repiten con más fervor la plegaria, cuyos últimos sonidos espiran en el aire al doblar aquella punta.

Helos que los divisan del monasterio, y echan á vuelo las alegres campanas, mientras la muchedumbre de peregrinos, que llenan los claustros, la plaza y la hospedería, alzan confuso murmullo, llamándose y noticiándose la llegada de los nuevos romeros, —mientras los magnates hospedados en los aposentos de monseñor abad aparecen curiosos á la ventana, —mientras los perros contestan ladrando á los silbidos, y los halcones aletean y lanzan chillidos agudos, posados en el puño de sus amos ó en las sillas de las cabalgaduras.

Entonces el padre dispensero redobla su afán, y grande actividad reina en la cocina, cuyo hogar envía á lo alto densas nubes de humo; porque en verdad jamás visteis hospitalidad como la de estos buenos monjes de Santa María (2).

Pero ya al pié del monasterio, antes de apagar los recién venidos su sed en las frescas linfas de aquella fuente, sube al cielo en alas de la devoción una voz general que entona el *Birolay* de Santa María (3):

---

(1) Desde la falda del monte hasta el monasterio, mayormente en el camino de Collbató, había á trechos algunas cruces, cuyo efecto era singularísimo al lado de aquellas masas tajadas, y junto á los derrumbaderos que orlan la senda.

(2) Sabido es que en la hospedería de Montserrat se daba aposento y manutención por tres días á toda clase de personas (*a*).

(3) El P. Villanueva, tomo 7 de su *Viaje*, copió este *Birolay* de un manuscrito del siglo XIV, que se conservaba en el archivo de aquel monasterio; dice así:

Birolay de Madona Sancta María

Rosa plasent, soleyl de resplendor,
Stela lusent, yohel de sanct amor,
Topazis cast, diamant de vigor,
Rubis millor, carboncle relusent.
Lir transcendent, sobran tot altre flor,
Alba jausent, claredat sens fuscor,
En tot contrast ausits li pecador;
A gran maror est port de salvament.

Aygla capdal, volant pus altament,
Cambre reyal del gran Omnipotent,
Perfaytement auyats mon devot xant,
Per tots pyant siatsnos defendent.
Sacrat portal del Temple permanent,
Dot virginal, virtut sobreccellent,
Quel occident quins va tots iorns gaytant
No puxe tant quens face vos absent.

(*a*) En la actualidad se concede aposento franco por el mismo tiempo.

«—Rosa placentera, joya de amor santo, topacio castísimo, claridad sin sombra, tú tiendes una mano compasiva al acongojado, y eres puerto de salvación en la tormenta.»

«—Águila caudalosa que remontas tu vuelo á lo alto, puerta sagrada del templo, oye nuestra plegaria: defiéndenos y ruega por nosotros.»

Grande, muy grande es el pasmo de los recién venidos al ver tanta muchedumbre; porque ciertamente grande, muy grande es la devoción á la Virgen de Montserrat.

Allí miran á sus hermanos de todas las provincias de España; allí oyen la dulce habla del hijo de Italia á la par de las oraciones del que mora en las márgenes del Sena, tierra fecunda en caballeros; y allí contemplan los dorados rizos y ojos azules del blanco germano, que brillan junto á la cabellera, negra como las alas del cuervo, del que se adormece al arrullo del mar en Sicilia, ó con las frescas brisas de Sorrento (1).

Oís cuál hondamente resuena el órgano dentro de las sagradas naves, y cómo el eco caprichoso repite los rezos de la comunidad, que con sendos cirios va lentamente bajando del altar á recibir la procesión de los romeros? El venerable abad, que viste los adornos pontificales sobre el hábito de San Benito, aparece en lo alto de las gradas, y con los ojos levantados y las manos extendidas invoca la gracia del cielo sobre los devotos

(1) Casi todos los pueblos de Cataluña tenían día señalado al año para subir en procesión á Montserrat; varios de Francia asistían también procesionalmente, y además de los romeros de todas las provincias españolas, acudían extranjeros en número crecidísimo. Podrá cualquiera formar un cálculo aproximado de la concurrencia diaria, leyendo lo que dice ARGÁIZ, *Perla de Cataluña*, pág. 223 y 24: «En el año de 1624, yo fray Mateo Oliver confesé, desde primeros de Enero de el »dicho año hasta último de Diciembre del mesmo, de Franceses ó Flamencos y »otras naciones de lengua francesa cinco mil y quinientas y cincuenta y dos per»sonas:» Y después de enumerar los individuos de la casa, sigue copiando un libro de gasto en estos términos: «Fuera desto, en la Hospedería de gente principal, »peregrinos y pobres, suele acudir mucha gente por todo el año, y en algunas fes»tividades se han contado en un dia, sin la gente de casa, nueve mil setecientas »y quince personas, y á todas horas se les da de comer, pan y vino y lo demás, »conforme á la calidad de las personas, y á dos y á tres días;» añadiendo que en un solo año se dió comida y aposento á 3829 eclesiásticos ó regulares.

de la Virgen, y con su diestra, traza sobre sus cabezas el signo cristiano.

Oh! quién podría contar las riquezas que allí pasman á los romeros! Sus ojos no aciertan á contar el número de las bellas lámparas, dádiva de los reyes, de los poderosos y también de las buenas y piadosas villas; y al mirar los cirios gigantescos que arden perpetuamente: «En verdad, exclaman, la morada es esta de la Virgen (1).»

Y cuando los solícitos sacristanes les abren el tesoro de la sacristía, cuando les deslumbran los frontales, los tapices y adornos, las joyas, los vestidos, los vasos y candelabros, allí juntan las manos y repiten:

«¿Quién tales maravillas vió? en verdad la morada es esta de la Virgen.»

Pues al subir trémulos de veneración al camarín de la Madre de Dios, cuando el fuego de la piedad les embarga el uso de sus potencias y hace latir con fuerza sus corazones, al ir á besar la mano á María y á su Hijo, si sus ojos se atreven á mirar aquel divino rostro, bájanse con temor sorprendidos de

(1) Cerca de ochenta lámparas ardían perpetuamente delante del solo altar de la Virgen, como lo menciona la canción popular:

Fins setanta quatre llantias
Creman devant del altar;
Totas son de plata fina
Menos una que n' hi há,
Que es la llantia del rey moro,
Que may l' han vista cremar.
Una nit la van encendrer,
Un angel del cel parlá:
«Apagueu aquesta llantia,
»Si no 'l mon s' enfonsará.»

Una de las más notables era la que el duque de Toscana en 1669 regaló al monasterio, pues era de plata, exquisitamente trabajada, y pesaba siete arrobas y media. La lámpara del rey moro, que recuerda la canción, tal vez sea la linterna ó farol de la capitana del turco, que en Lepanto adquirió D. Juan de Austria, y ofreció después á Montserrat. Muchísimas poblaciones de Cataluña tenían perpetuamente en aquel santuario un cirio cada una, todos tan abultados, que el menor pesaba diez quintales, llegando algunos á veinte y cinco; y cada año se les renovaba la cera que se había gastado en el anterior, bien que se quitaron de la iglesia cuando D. Juan de Austria la mandó dorar.

tanta majestad y magnificencia, heridos por el brillo de las coronas de oro, en que arden millares de diamantes y esmeraldas, mientras ellos en lo hondo de su alma murmuran: «¡En verdad aquí es la morada, y esta imagen la imagen de la Virgen (1)!»

Allí se postran sobre las húmedas losas que encierran los restos de los finados; allí les suceden otros romeros, que se arrodillan en las losas todavía calientes, y allí la oración sube al cielo constante, continua, eterna, como la escala transparente que debe unir la tierra con el cielo.



MONTSERRAT
PUERTA DEL ANTIGUO MONASTERIO

Entretanto el movimiento no cesa afuera; óyense las voces

(1) Difícil sería enumerar exactamente todas las joyas y demás piezas de valor que contenía el tesoro de la sacristía, pues con la devoción fué siempre creciendo la munificencia de los reyes y poderosos, no sólo nacionales, sino también

de despedida de los que regresan á sus casas y de los que llegan, los silbidos de los que se llaman, el ladrar de los perros y el relinchar de los caballos, los gritos del buhonero y la cantinela del pobre ministril, que de cuando en cuando interrumpe con un preludio de su arpa, descolorida por el sol y la lluvia, la balada del ermitaño Garín y de la linda Riquildis, hija del buen conde Wifredo.

Apresuraos, bellas niñas; guiad, guiad, vosotros los gentiles mancebos; el sol tiñe la corriente del Llobregat con el oro de mediodía, y las ermitas de los pobres solitarios están muy lejos. Visitemos los altos picos, donde el hombre de Dios ha construído su cabaña junto al nido del halcón, y entremos en la *Cueva del diablo*, ahora que el reflejo del sol ahuyenta los espíritus, antes que las tinieblas de la noche ¡Jesús-María! traigan las feas visiones y los gemidos de la doncella degollada (1)!

II

Una naturaleza horrible arredraba á nuestros antepasados, que subían á las ermitas por las varias sendas y peligrosas escaleras que á ellas conducen: ora como colgados en el aire,

---

extranjeros. Baste indicar lo que Argáiz, y Serra y Postius dicen del Viril y principales coronas de la Virgen y de Jesús. El viril, que era de oro, llevaba 1106 diamantes, más de 1000 perlas preciosas, 107 ópalos, 3 grandes zafiros, algunas ricas turquesas, y en lo alto una pluma de 15 ópalos, estimada en 4000 pesos, regalo de un príncipe. La Virgen tenía cuatro ricas coronas; una de ellas estaba evaluada en 50,000 ducados; y otra, que era de oro, contenía 1124 diamantes, de los cuales cinco se estimaban en 500 ducados cada uno, 1800 perlas, 38 esmeraldas, 21 zafiros y 5 rubíes, y remataba en un navío de oro y diamantes, que valía 18,000 pesos, pesando el todo más de dos arrobas. Un monje flamenco la trabajó en el mismo monasterio con varias piezas y joyas del tesoro, y estuvo 27 años en concluirla. De las tres coronas de Jesús era la más notable una de oro, tachonada con 238 diamantes, 130 perlas de gran valor, y algunos rubíes y esmeraldas, evaluada en 18,000 ducados.

(1) Se refiere á la tan sabida tradición de Fray Juan Garín, que tentado del demonio violó y degolló á la hija del conde Wifredo, y al fin hizo tan áspera penitencia que el mismo conde le tomó por fiera y le llevó á su palacio, donde un hijo suyo de tres meses le anunció que Dios le había perdonado. Todavía enseñan en Montserrat dos cuevas, con el nombre de Garín la una, y la otra del Diablo.

miraban con pavor los derrumbaderos, que de pico en pico se prolongan hasta el abismo del río; ora masas pardas é inmensas amenazaban sus cabezas; y ora al doblar la punta de una roca, tendíase á su vista un vasto panorama, en cuyo fondo asomaban tal vez cumbres nevadas. El viento traíales en sus alas caprichosas las armonías del órgano y del canto, cuyos sones profundos y lejanos cobraban algo de fantástico y temeroso al quebrarse en aquellos colosos fríos de roca, bien como los últimos ruidos del mundo que dejaban atrás, ó por mejor decir, como los acentos intermedios entre el mundo y el cielo á que caminaban. Altas, muy altas aparecían las ermitas; todas en la cima de los peñones, todas aisladas en los aires, como puntos de esperanza; y la senda, como senda de esperanza, ¡ay! ¡cuán difícil y trabajosa!—Así una imagen vaga, una luz incierta nos lleva en el mundo de desengaño en desengaño; ora hundida en los negros derrumbaderos, apenas brilla á nuestros ojos; ora entre las tinieblas, lanza una claridad que nos llama tras sí; y bien que siempre huye adelante como un fuego fatuo, ¡infeliz el corazón en que ella no refleja! Tras la pérdida de las ilusiones, el varón fuerte la ve posada tranquilamente en alta cima desgajada, donde no hay vegetación ni vida al parecer; y si sus santos deseos de felicidad hacen que ponga el pié en el áspero sendero, como el soldado arroja las piezas pesadas para subir más ligero al asalto, uno á uno va él arrojando tras sí los objetos que le recuerdan el mundo y de que quisiera rodearse aún en la soledad, pues anchas gotas de sudor bañan su frente, y bien han menester sus piés del auxilio de sus manos. Mas en cambio, arriba ¡cuánta serenidad! ¡cuánto sosiego! Desde aquella pobre casucha, desde aquella pelada roca, asiste á las escenas más imponentes de la naturaleza: el sol levántase cada día de su lecho de oro sobre el mar lejano; los valles y las cumbres envían á lo alto un murmurio que se difunde á manera de armonía grande y poderosa; y cuando á su vez la luna inunda de un vapor de plata los espacios, y á través de aquel velo resplandecen



MONTSERRAT.—La Cueva de la Virgen

las estrellas, el concierto de la naturaleza penetra en su corazón; entonces entiende lo que antes no entendía; entonces le suena dentro del pecho una voz suavísima, que va adormeciendo sus deseos con cantares de paz; y entonces el ánima, desembarazada y limpia, recuerda con el divino León aquel que sopló á deshora

. . . . manso viento
del espíritu eterno, y enviando
un aire dulce al alma fué llevando
la espesa niebla que la luz cubría,
dándole un claro y muy sereno día.

Al pisar el umbral del ermitaño de Montserrat, nuestros antepasados miraban con admiración la sanidad, beatitud y dulcedumbre que por entre las huellas de las vigilias y ayunos aquellos rostros respiraban. Orar y trabajar, esta era su vida; bien como en el Oriente hundiéronse un tiempo á meditar en los desiertos los Antonios, los Pablos, los Jerónimos, figuras portentosas que asombran y llenan las soledades del Egipto, de la Palestina y de la Tebaida. Si las aves cuidaban del alimento de aquellos primeros solitarios, si las fieras les hacían mansa compañía y les cavaban la sepultura; los pintados pajarillos obedecían la voz de los ermitaños de Montserrat, y como un instinto sobrenatural les revelase la sencillez é inocencia de aquellos hombres inofensivos, bajaban cariñosos á partir amigablemente la comida que ellos llevaban á la boca, de donde con mucho amor se la tomaban. Las primeras lumbreras de la iglesia estudiaron al Señor en el claro y sublime libro de la naturaleza que á sus ojos estaba abierto; y ¡qué ideas de Dios, de la inmensidad, de la vida eterna debieron tener los solitarios de Montserrat? ¿Cómo no pensar en Dios, cuando les rodeaban sus maravillas? ¿Cómo no abismarse en la inmensidad de Dios, cuando sobre sus cabezas encorvábase inmensa é infinitamente la bóveda de los cielos, cuando contemplaban el curso ordenado de los astros, tan pequeños para aquella grandeza como una

avecilla para la atmósfera? ¿Cómo no sentirse inspirados, cómo no cantar al Señor, cuando á su alrededor se formaban las tempestades, cuando mil ecos repetían el retumbo del trueno estremeciendo aquellas moles grandiosas, que aparecían envueltas en el fuego de los relámpagos, cuando la negra nube desde allí descendía y se extendía como un mar por la llanura, robando á las ciudades y á los campos la luz del sol, que brillaba entretanto más puro para el hombre de Dios? Lo que el Maronita siente en las cimas del Líbano, lo que el Cofto en las arenas de Egipto, lo que el Nestoriano en las márgenes del Tigris, lo que el solitario de Abisinia junto á las cataratas del Nilo y á la orilla del mar Rojo, esto sentía el ermitaño de la Virgen de Montserrat; y la situación de su retiro no era para consagrar su vida al socorro de los extraviados, como el misionero de América ó el religioso de los Alpes; sus días deslizábanse puros y santos como los de aquellos anacoretas, y como ellos, *después de conversar con los ángeles* (1), volvía á tomar el humilde trabajo con sus manos. Ni el frío sudor del injusto, ni las tristes imaginaciones del ambicioso le conturbaban el sueño; los mismos bramidos de la tempestad y del viento se lo procuraban tranquilo y regalado; sólo lo rompía el toque de la campana ó el rezo del coro que subía entre la oscuridad; y si con las últimas nieblas de la noche un recuerdo del mundo cruzaba con aspecto seductor por delante de su espíritu, si renovándose las sensaciones de lo pasado encendían en él trabajosa batalla, un coro de voces infantiles saludaba á poco en el templo la Estrella de la mañana (2), que serenaba el cielo y ahuyentaba los vapo-

(1) Tomamos esta imagen de un sabio artículo de nuestro amigo el Sr. M. Milá sobre moral literaria, en el cual, con la ojeada segura y profunda que le distingue, considera bajo aquel respeto la escuela escéptica y Walter-Scott.

(2) Había en Montserrat escuela de música, cuyos alumnos, que eran monacillos, cantaban los loores de la Virgen, particularmente en los oficios matinales. Famosos instrumentistas, contrapuntistas y algunos cantores de Cataluña salieron de aquella escuela, y en ella aprendió los principios del arte el célebre Fernando Sor, el grande autor de fantasías y barcarolas, el rival de Bellini en cantos

res, y sus acentos formaban un conjunto celestial que decía: —¡Feliz, feliz el hombre inocente! El ojo complacido de Dios no se aparta de él; los ángeles se miran en su alma: sus días pasan sin ruido y en paz; y cuando es cumplida su edad sobre la tierra, él puede presentarse al trono del Señor con el manto de la verdad y de la justicia, y levantar á él sus manos puras y limpias de sangre: ¡feliz, feliz el hombre inocente!

III

El sol se había hundido en el ocaso, y á la luz del crepúsculo se dilataban las sombras, cuando con el corazón henchido de entusiasmo descendíamos de las alturas. Levantárase ya la luna sobre el mar, cuyas aguas repetían su resplandor tibio y siniestro; bandadas negrísimas de grajos revoloteaban en torno de los peñascos, donde acostumbraban pasar la noche, y sus graznidos, que mil ecos transmitían, nos helaban de espanto, mientras sobre el valle íbase tendiendo, como una vasta y sombría sábana, la niebla, que ciñendo el pié del monte lentamente subía del río. En todas partes soledad y silencio: los desiertos corredores del monasterio retumbaron con nuestros pasos, y á lo lejos brilló la luz con que el pobre guarda de aquella casa salía á guiarnos en medio de la oscuridad.

Triste y meditabundo sentéme á un balcón, que dominaba el derrumbadero que baja hasta el Llobregat; y como buscando un alivio á mi frente que ardía, apoyéla en el frío hierro de la baranda, y largo tiempo pensé en lo que ha sido. Sin percibirlo, fijóse mi vista en los fantasmas nebulosos, que silenciosamente iban prolongándose desde el abismo; no sé qué vértigo se apoderó de mí, pero parecióme ver figuras sardónicas que me sonreían, y rostros tristísimos que me miraban con ojos atónitos.

---

populares y característicos, y en armonías sentimentales, nuevas y profundas (a).

(a) En la actualidad subsiste esta escuela.

Pasaban la niebla, y pasaban ellos; y mi alma creyó ver una legión de espíritus en marcha. El vapor pegábase poco á poco á los arbustos y á las rocas, y con frío abrazo envolvía los pardos



MONTSERRAT

ANTIGUO MONASTERIO DE SANTA CECILIA

colosos de los riscos; los débiles rayos de la luna quebrábanse en aquella masa transparente, y á través del vislumbre siniestro oscilaban las sombras de los peñascos como los genios malignos de la montaña. No temblaba abajo una hoja en los sauces de la orilla: caía poco á poco el rocío helado y silencioso;—algu-

33

nas sombras saltaban como gnomos por entre la niebla, y en los trémulos reflejos del agua sonreíanse sílfides de oro.....

Un murmullo hondo y continuado alzábase del fondo y llenaba los espacios; y apoderándose de mi oído, robó la atención de mi alma, y adormeciéndome entrecerré los párpados.

De súbito una imagen funesta cruzó por mi mente; rojos colores de fuego surcaron el horizonte, y un són de voces vagas y misteriosas salió de las rocas y del abismo.

VOZ DE LAS AGUAS

«La luna ya va declinando, y las estrellas palidecen. Esta es la hora en que las sílfides y los genios abandonan sus mansiones no pisadas de hombre,—sus aposentos de cristal al fondo de las arenas de oro, ó sus palacios de plata dentro las gotas de rocío que resplandecen en el seno de las flores silvestres. Levántate, hermano mío, ¿no me oyes? Esta es la hora.»

VOZ DE LA MONTAÑA

«Bien te oigo, hermana mía; pero mis oídos, acostumbrados al nocturno canto del coro y á las armonías del órgano, no aciertan á distinguir las horas por el canto del buho posado en la peña, ni hay para mí colores en la mañana, pues me falta el rezo matinal de los sacerdotes.»

VOZ DE LAS AGUAS

«Ni para mí tiene el año estaciones, pues mis ondas no reflejan ya las cruces y pintadas banderas de los romeros, que subían al templo de la Virgen cuando el mayo cubre los campos de flores; ni asomo tímidamente la cabeza á gozar del regocijo de los que, tras las pálidas espigas y por los verdes pámpanos, pasaban el puente de Monistrol cantando loores á la Virgen.»

VOZ DE LA MONTAÑA

«Duros, muy duros tiempos hemos alcanzado. Reinas subían descalzas hasta el santuario (1); Reyes dejaban su corona



MONTSERRAT

CAPILLA DE LOS APÓSTOLES

á los piés de la Virgen; ciudades la invocaban en sus trabajos, y mis ecos todos resonaban con el són regocijado del nombre de María.»

(1) La reina D.ª Violante, esposa de D. Juan I, á 29 de Octubre de 1387 subió descalza de Collbató al Monasterio.

VOZ DE LAS AGUAS

«Duros, muy duros tiempos hemos alcanzado. Mis olas murmurando llevaban á la mar el nombre de María, y donde á su pesar enrojezco las aguas saladas, paraban los remos en el aire como las alas de un ave que se cierne, y los marineros rezaban sus oraciones á la vista de Montserrat; pero hoy los remos pasan encendiendo las espumas, y los marineros mozos se burlan del viejo patrón que con el dedo les señala Montserrat.»

VOZ DE LA MONTAÑA

«Un zumbido prolongado sube del valle y llena los ecos de mis rocas, como un rumor de cien truenos, como el crujido lejano de cien batallas; y desde lo alto de mis picos vastas columnas de fuego abrasan el espacio, y un estruendo hondo llega en las alas del viento, como el incendio de cien ciudades, como la voz de cien pueblos que se levantan. Duros, muy duros tiempos hemos alcanzado.»

VOZ DE LAS AGUAS

«Desde las montañas donde nacen hasta donde luchan con las marinas, reflejan mis aguas una tinta de sangre, y el brillo azulado y siniestro de las armas, y los semblantes feroces de los guerreros. Duros, muy duros tiempos hemos alcanzado.»

VOZ DE LA MONTAÑA

«De día, de noche, eternamente habremos nosotros de llorar lo pasado y contemplar la miseria presente: el hombre no es más que un anillo de la cadena inmensa; algún día reclina al menos su cabeza en la losa del sepulcro, olvida lo que ha visto

y deja el mundo á otra generación, que sólo hace una jornada de la marcha eterna, y sólo ve un anillo de la cadena.»



MONTSERRAT

CAPILLA DE SAN MIGUEL

VOZ DE LAS AGUAS

«Pero mis olas corren siempre puras hasta la mar; y el río

de la vida, á medida que corre, va enturbiándose con las lágrimas de lo pasado y de lo presente.»

VOZ DE LA MONTAÑA

«La luna va declinando; las estrellas palidecen; el viento pasa, y los espíritus inmundos cabalgan en la niebla. Esta es la hora en que las sílfides y los genios vuelven á sus palacios de cristal y á las gotas de rocío que brillan en el seno de las flores silvestres.»

VOZ DE LAS AGUAS

«Allí, á lo lejos aparece como un punto negro el Puente del Diablo (1), y los malignos espíritus ya acuden al festín nocturno, danzando en círculos mágicos sobre mis aguas.—Hermano mío, ¿qué lees en el cielo? ¿Durará lo que es, ó tornará lo que ha sido?.....»

. . . .

VOCES DE ESPÍRITUS EN LA NIEBLA

«Avanzad, avanzad; esta es la hora que abandonamos á los

(1) Tras la invasión de los bárbaros, y posteriormente de los sarracenos, perdida la memoria de las grandes épocas de la dominación romana, la Edad media contempló con asombro los restos gigantescos de la señora del mundo, y esos acueductos, esos circos, esos puentes que inspiraban un terror supersticioso por su misma grandeza y origen oscuro, pareciéronle obra sobrenatural, en que ó trabajó la mano de los ángeles ó anduvo la del infierno. Todos los países de Europa tienen puentes que llevan el nombre del Diablo, y concretándonos á Cataluña, los más célebres son el que hay en Martorell sobre el Llobregat, y otro sobre el Segre entre Orgañá y la Seo de Urgel. Aquel consta de tres ojos con restos de fábrica romana; el del centro es bastante atrevido, y en uno de sus extremos se levanta un arco de muy buenas proporciones, pero sin detalles, que, según crónicas y una malhadada lápida que allí pusieron cuando su recomposición, es el mismo arco triunfal erigido en el tránsito del grande Aníbal para su expedición á Italia. Desgraciadamente nada confirma semejante aserto, y á juzgar por la sola obra el menos conocedor echa de ver que es enteramente romana, aunque el tiempo ha borrado ornatos é inscripciones. El del Segre, á poca distancia de Orgañá, cruza sobre el río, que pasa encajonado entre altas peñas, lugar horrible y sombrío, que justifica el nombre que la tradición le ha dado.

cuervos los campos de batalla, y á los planes de la ambición y del crimen las ciudades.

» Sacudan nuestras alas los vapores de la niebla, derramando sobre la tierra los sueños malos; la luna va declinando; entreguémonos á los placeres del sábado: esta es la hora.

» Las estrellas se cruzan con un color de sangre; las combinaciones de los astros son sangrientas. ¡Sangre! ¡sangre! Bueno, muy bueno es lo presente.

» Avanzad, avanzad; sacudan nuestras alas los vapores de la niebla, derramando sobre la tierra los sueños malos; la luna va declinando; entreguémonos á los placeres del sábado: esta es la hora. »

. . . .

Un silbido y una campanada profunda me hicieron estremecer; moviérase un viento leve, y la visión pasó con la niebla azotada que se desgajaba: un ave nocturna perezosamente y sin ruido hendía el aire tardo; y el reloj del pueblo vecino marcaba la una con un són hueco y sordo, que se perdió en el espacio, y que ningún eco benéfico retuvo. Al fondo del abismo corría el Llobregat, cuyo murmullo subía mansamente y todo lo llenaba; en torno soledad y silencio, y sobre mi cabeza las sombrías bóvedas del monasterio.

¡Ilusión! ¡ilusión! tú que con tu bálsamo refrigerante apagas el fuego de las heridas del corazón humano, rodéame siempre con tu velo santo; y si mi cabeza cayere lánguida y fría sobre el pecho frío, si la ruga de la duda y de la desesperación sulcare mi frente, desciende, hija del cielo! toca mis párpados con las azuladas puntas de tus alas, y sonríeme con tus ensueños de oro!

Manresa

* Si el viajero dirige sus pasos á la ciudad de Manresa verá sus casas bajar, formando un bello anfiteatro, hasta las orillas del Cardoner desde la loma de una colina, que ocupan sus templos antiguos y modernos. Las aguas del río pasan á sus piés ya deslizándose tranquilamente á la sombra de los árboles, ya saltando de altas exclusas con aquel majestuoso ruido de que apenas tenemos un débil remedo en el grito unánime y prolongado de una multitud enfurecida. Levántanse sobre ellas en los extremos de la ciudad dos puentes de sillería, construído el uno en el siglo XIV y el otro en los del antiguo imperio; y en medio otro muy largo de madera (*a*). El aspecto que desde el primero presenta Manresa es altamente pintoresco. Vese casi del todo aislada en una altura á su orgullosa Seo, en cuya torre cuadrada van á morir los últimos rayos del sol poniente; á su espalda corre en una línea quebradísima la ciudad, ostentando entre sus casas desiguales los monumentos que otras generaciones la legaron. Algo más allá del puente romano álzase al margen de un derrumbadero el templo que construyó el siglo XVII sobre la cueva de San Ignacio, en cuyos sólidos muros, adornados de medias figuras barrocas que por su inclinación parecen estar mirando cómo se precipita á sus piés el río, se reconoce á la primera ojeada la mano de los jesuítas, que han querido imprimir el sello de la eternidad en todas sus obras. Destácanse más á la izquierda entre las blancas paredes de vastos grupos de casas los viejos y oscuros conventos de Santo Domingo y Nuestra Señora del Carmen, en cuyas piedras se ve aún dominar exclusivamente el frío pensamiento del sacerdote; y allá á lo lejos asoman detrás de las murallas de la ciudad los techos de la casa de la Compañía, levantada junto al hospital en que el santo

(*a*) Un puente de hierro comunica actualmente la ciudad con la estación del ferro-carril.

soldado de Loyola, tendido sobre su capa y la cabeza contra el suelo tuvo el famoso rapto de los ocho días. Descúbrense por fin acá y acullá iglesias más ó menos antiguas, cuarteles, fábricas espaciosas que tiemblan al estruendo de las aguas y bajo



MANRESA.—VISTA GENERAL

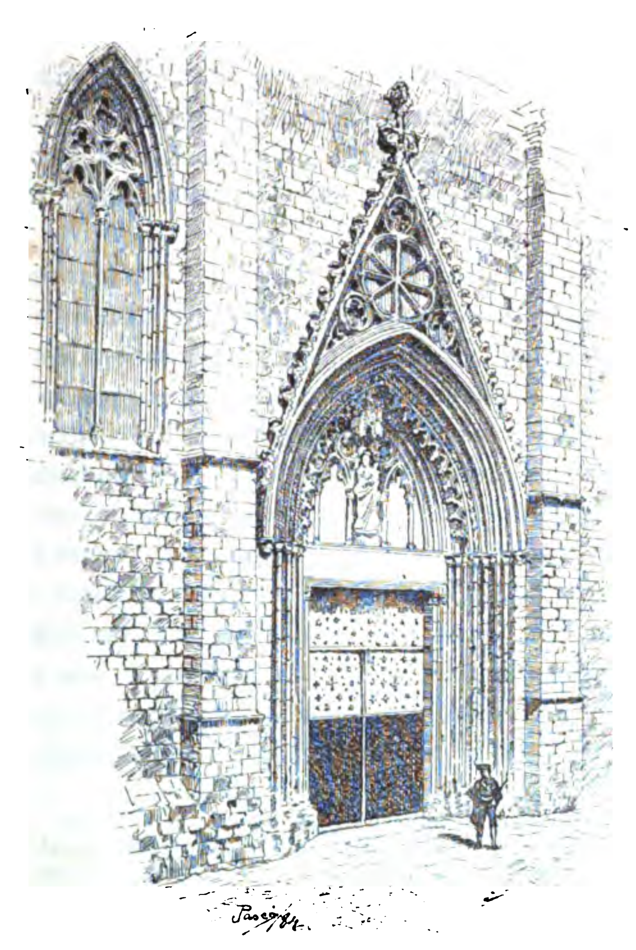
el incesante golpear de los batanes, casas aisladas que han venido á sentarse en medio de una llanura á que da fecundidad y vida el agua de una acequia dilatadísima, construída en el siglo XIV con una constancia que no pudieron llegar á quebrantar ni aun siete años de entredicho (1). Todo es en torno de la ciu-

(1) Púsola en entredicho, el año 1338, el obispo de Vich don Galcerán Saclosa por creer que para la construcción de la acequia hollaba la ciudad los derechos de muchos propietarios así de tierras como de aguas.

dad risueño y animado: los árboles orean con sus ramajes las murallas; corren las aguas entre márgenes floridas; la campiña es bella; cércanla cordilleras de montes entre los cuales dominan los caprichosos torreones del misterioso Montserrat: gimen los puentes y los caminos inmediatos bajo los pasos de las caballerías (*a*); suena aquí el estruendo de una cascada, allí el rumor de los talleres. Á la vista de tan bello espectáculo difícilmente podría trasladarse el viajero al sangriento 30 de marzo de 1811, y figurarse el aspecto que presentaría Manresa, pasada á sangre y fuego por las tropas francesas. Los enemigos corrían por las calles de la ciudad armados de teas y de espadas; los ciudadanos huían despavoridos de la muerte que donde quiera les amenazaba, y sólo escapaban del incendio para ir á sucumbir bajo las armas de sus vencedores; los gritos de furor de los soldados ahogaban en todas partes los lamentos de las víctimas; la sangre corría á arroyos en los cuarteles y en los hospitales; algunas casas, los templos, los establecimientos fabriles caían devorados por las llamas, cubriendo de nubes el espacio é inflamando el cielo. Toda la ciudad era un mar de humo sobre cuyas olas no asomaban más que algunos techos y las torres de sus monumentos religiosos. Los alrededores estaban desiertos: sólo allá en una altura veíase al través de la humareda una figura siniestra que con los brazos cruzados y los ojos ardiendo en ira estaba contemplando esta escena aterradora. Era el mariscal Macdonald, el único autor y el único espectador impasible de tan grandes males. Entre los españoles que la veían fuera de los muros de la ciudad no había uno cuyos ojos no pidiesen venganza al cielo, cuyos labios no llamasen á los ciudadanos á las armas. En las poblaciones del contorno las campanas arrojaban á lo lejos el grito de guerra, el tambor y la corneta sonaban al oído y al corazón de cuantos podían ceñir espada, las puertas

(*a*) El transporte por este medio de locomoción ha desaparecido casi por completo, gracias al ferro-carril y á las carreteras que parten de Manresa hacia distintos puntos.

de las casas y aun las de las villas no se abrían sino para dar paso á los soldados del pueblo, armados más de patriotismo que de acero. Llegó el rumor hasta los oídos de los destructores, que llenos de espanto desplegaron al aire sus banderas y bus-



MANRESA.—Puerta de la Catedral

caron la salvación de sus vidas en una retirada, durante la cual tuvieron que expiar sus crímenes bajo el hierro de los somatenes catalanes. Macdonald quiso vengarse con el incendio de Manresa de las derrotas sufridas en el Bruch por las tropas de

Schwartz y Chabrand: mas debió ser á su vez el objeto, no de la venganza, sino del furor y de la desesperación de los pueblos. Las ahumadas ruinas de la ciudad fueron por mucho tiempo un recuerdo que avivó sin cesar el odio á los invasores, y obligó á la madre á murmurar palabras de guerra hasta al oído del inocente niño que mecía en su regazo. Hoy están aún destruidas algunas de las casas que devoró el incendio, y apenas hay monumento en que no estén impresas las huellas de los enemigos; la ciudad que pudo reparar los daños de tantas guerras anteriores no ha podido todavía cicatrizar del todo las heridas que recibió á principios de este siglo (2).

* Dícese, aunque sin razon plausible, que Manresa fué un tiempo la famosa Atanagia, ciudad que por su rebeldía llamó contra sí las armas de los Escipiones. Ignórase la época de su fundación y la de su total ruina: mas creen generalmente los cronistas que ya en tiempo de la república fué destruída é igualada con el suelo. Antes de las guerras civiles de César, cuando Pompeyo vino á España para destruir la obra de Sertorio, existía ya de nuevo con el nombre de Manrasa, recuerdo, al parecer, de su destrucción primera; y, á juzgar por una lápida encontrada en Tarragona á fines del siglo XVII, no dejaría de ser ciudad de alguna importancia, cuando levantó una estatua en honor del que con una rapidez asombrosa pacificó entonces la península (1). Recibió de Hadriano el título de municipio (2), y

(2) Téngase presente la época en que se escribían estas líneas.

(1) El pedestal de esta estatua fué descubierto en Tarragona en el año 1642: en él se lee:

GNEO. POMPEYO. MILIT.
ARCHIDUCI. SUBACTA. SERTOR.
FACTIONE. IN. HISPAN. ET. PACATA.
PROVIN. TOTA. OB. MAGNUM.
BENEF. AB. EO. LARGITER. FAC.
MANRASEN. STATUAM. D. D.

Ignoramos dónde estará ahora este pedestal, del que únicamente sabemos que en 1664 paró en poder del padre Roig y Falpi junto con otro cuya inscripción trasladaremos luégo.

(2) Así lo prueba el otro pedestal que acabamos de mentar en la nota anterior. En él leemos:

al imperio debió probablemente los escasos monumentos que están aún acreditando su pasada grandeza. No da lugar á otra conjetura más fundada la bella construcción del puente sobre el Cardoner, ni la de la torre de Breny, sita en la orilla izquierda del Llobregat, á poco más de media legua de la actual Manresa (1).

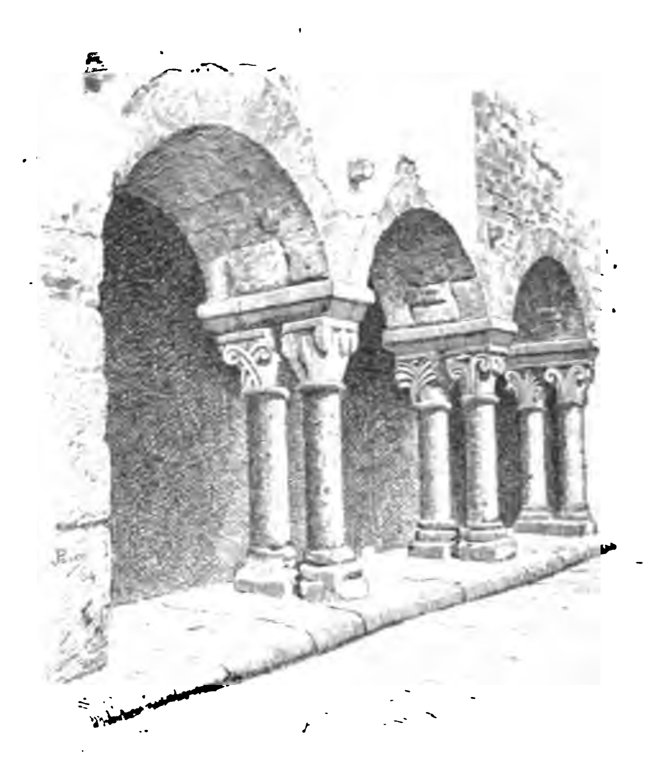
* Los godos ejercieron en la ciudad romana sus acostumbrados rigores; y es muy posible que, como aseguran las crónicas, no volviese á levantarse de su caída hasta que puso en ella la mano el piadoso Recaredo. No llevó tan mala suerte cuando la invasión de los árabes; mas un siglo y medio después parece haber sido asolada de nuevo por el rebelde Aizón, de quien su odio á los francos y sobre todo su ambición desmedida hicieron un brazo de los infieles y un verdugo de su patria. No tardó, sin embargo, en reponerse; y cuando la espada de Almanzor cautivó la ciudad de Barcelona, pudo ya servir de escudo y de arsenal al conde Ramón Borrell, que levantó en ella el ejército con que rescató su corte. Vió entonces dentro de sus murallas á los temidos hombres de *paratge*, á los más ilustres ciudadanos del principado, á los mejores caballeros de la época, á los condes de Besalú, Pallars y Ampurias, á los vizcondes de

HADRIANO. IMP. PONT.
MAX. BELLIGERO. TRIUMPHAT.
OB. SINGUL. BEN.
MUNICIPALIS. MANRASA.
STATUAM. D. D.
(Epitome histórico de la ciudad de Manresa.)

(1) Se ignora del todo el uso á que estuvo destinada esta torre en tiempo de los romanos: quién cree que fué un sepulcro, quién un monumento erigido en recuerdo de una gran batalla dada en la confluencia de los ríos Llobregat y Cardoner. El pueblo la ha mirado como cosa del diablo, y ha inventado sobre ella cuentos y consejas disparatadas que no merecen crédito alguno. Es casi cuadrada, y está compuesta de grandes sillares perfectamente tallados por la parte exterior. No tenía antes entrada por parte alguna, como la de los Escipiones (*a*).

(*a*) Fué destruída esta torre en 1870 para emplear sus materiales en la construcción de una fábrica allí contigua, quedando solamente el basamento sobre el cual, y aprovechando parte de la bóveda, se edificó una casa de labranza. Descríbela detalladamente D. MANUEL TORRES Y TORRENS en su *Memoria ó apuntes sobre la torre del Breny y castillo de Balsareny (Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona*, t. III), acompañando una vista de la misma.

Cabrera y de Cardona, á los señores de Pinos, Rocaberti, Anglasola y Cruillas. Todos los días veía llegar nuevas mesnadas tras el pendón de algún noble ya conocido por sus hechos, en tanto que ella, llena de entusiasmo, se preparaba para acompañar al conde en su campaña.



MANRESA.—CLAUSTRO ANTIGUO EN LA CATEDRAL

* Fué indudablemente la que más contribuyó al triunfo de Ramón Borrell sobre Barcelona; mas hasta esa gran victoria se convirtió en su daño. Ciegos de cólera los árabes, se vengaron de ella descuajando los árboles de sus montes, talando la campiña, destruyendo sus murallas y sus casas hasta no dejar piedra sobre piedra; siendo tal su ruina, que los documentos de

aquella época no la mientan sino como un pueblo destruído, como una ciudad que fué. Como si no fuese posible extinguir del todo su vida, volvió á poblarse y á empezar de nuevo su reparación, que aunque lenta, fué incesante y la condujo por fin á un estado de esplendor á que no llegó ninguna otra ciudad subalterna en Cataluña (*a*). Los monumentos que levantó en sólo un siglo atestiguan su riqueza y su encumbramiento en la Edad media. En 1308 se trabajaba ya en el convento de padres Carmelitas, en 1318 se empezaba el de Santo Domingo, en 1328 se estaban echando los cimientos de la Seo, antes de 1350 tenía ya concluída su costosa acequia. Menguó después su afán por construir; mas no habían pasado dos siglos, cuando entusiasmada por los vivos recuerdos de San Ignacio de Loyola, edificaba nuevos templos sobre cada uno de los lugares que éste santificó con su presencia.

* Estos monumentos, más que por su mérico artístico, merecen atención por los hechos que en ellos sucedieron. La iglesia del convento del Carmen, bella y gallarda nave gótica ceñida de capillas ojivales, nos recuerda en unas grandes letras escritas en el presbiterio el año en que Dios, queriendo manifestar la inocencia de la ciudad, puesta en entredicho por el obispo de Vich, hizo brotar del seno de los montes de Montserrat una luz vivísima, que entrándose por una de las ventanas de este templo, se dividió por tres veces en tres centellas iguales y por otras tantas tomó su forma primitiva (1). El convento de Santo

(*a*) Según modernos autores, Manresa constituyó condado durante toda la época del de Barcelona, estando á veces unido y á veces separado del señorío de la misma persona que regía este último.

Véase: Mas y Casas, *Ensayos históricos sobre Manresa,*—Manresa, 1882.

(1) Las letras del presbiterio dicen: *Lux orta est eis anno 1345*. Acerca de la significación de este suceso no están conformes los autores: los hay que, contra lo dicho en el texto, sostienen que no fué el misterio de la luz sino uno de los medios que empleó Dios para persuadir á fray Romeo Saclosa de que debía consagrar á la Santísima Trinidad la capilla que estaba entonces construyendo con ánimo de dedicarla á los santos Simón Cananeo y Judas Tadeo. Nosotros hemos creído deber seguir la opinión que confirma en el mismo pueblo de Manresa una tradición no interrumpida.

construído del 1572 al 1592. Como ella tiene, además, un rico tabernáculo gótico cuyas afiligranadas cúspides brillan á la pálida luz que arrojan las ventanas del ábside, y buenas fachadas laterales de ojivas concéntricas (1).

* Hay aún en Manresa otras iglesias pequeñas, algunas de ellas tal vez más antiguas que las hasta aquí mentadas (*a*); mas no presentando ninguna formas ni trazos que caractericen una época del arte, nos trasladaremos al monasterio de

San Benito de Bages (*b*)

* Este monumento situado á las orillas del Llobregat entre los pueblos de San Fructuoso y de Navarcles, es uno de los que más hacen suspirar al hombre por la paz del corazón y la tranquilidad del alma; todo convida en él á levantar los ojos á Dios y á alejar de la memoria los frívolos recuerdos de este mundo. Su posición, su antigüedad, la misma humildad y sencillez de líneas, todo contribuye á acallar la voz de las pasio-

---

Inés y de San Mauricio, traídas de Viena del Delfinado, á instancias de un arzobispo hermano del castellano D. Alonso el emperador, en tiempo del conde Berenguer III. Permanecieron en San Fructuoso hasta el año 1392: fueron trasladadas á Manresa y depositadas en la capilla á 29 de Agosto de 1578. Venéranse en la misma las cenizas de los santos Fructuoso, Augurio y Eulogio. Véase VILLANUEVA.

(1) En el año 889 se halla ya mencionada esta iglesia en la dotación de la sede de Vich hecha por el rey Oton. En el siglo x fué, al parecer, nuevamente construída, pues se sabe que la consagró y dotó el obispo ausonense Jorge, que lo fué desde 914 á 947. La actual fué empezada en 1348. Fué canónica á lo menos desde el siglo xi: hasta 1098 fué, según Villanueva, aquisgranense: hasta 1592 siguió la regla de San Agustín: desde entonces acá ha sido colegiata presidida por un Paborde. (VILLANUEVA, *cond.* 7.) *(a)*

(*a*) Una de ellas es la de San Miguel, cuya actual construcción es del siglo xi (1022.) Algunos la suponen la primera fundada en Manresa.

(*b*) Para ir desde Manresa al monasterio se sigue la carretera de Manresa á Vich hasta el k. 7, donde se tuerce á la derecha llegándose á San Benito, á los 15 minutos.

(*a*) Desde el concordato es sólo Parroquia mayor con la facultad, modernamente concedida, de que cuatro beneficiados vistan de canónigos. Se conserva contigua á la Seo una ala del claustro de estilo románico, que se atribuye al templo anterior al actual.

Entre los objetos del servicio del culto es digno de verse un precioso frontal bordado en seda, obra italiana del siglo xiv, con numerosas figuras.

SAN BENITO DE BAGES.—GALERÍA DEL CLAUSTRO

nes y á excitar los pensamientos más tranquilos. Montes cubiertos de vides y de olivos le cercan hacia el norte: la cuesta que conduce á el, abierta entre árboles frondosos (*a*), llega hasta el pie de sus murallas: crece la yerba en torno suyo, y el río que la besa dulcemente refleja en la limpia superficie de las aguas sus modestas ábsides y su torreón cuadrado. Un bello arco de cantería da paso al convento; y unas pocas cimbras concéntricas algo carcomidas por los siglos, constituyen la portada de la iglesia, junto á la cual se levanta una torre ceñida de ventanas de doble arco y coronada por una pirámide de mampostería. La iglesia, pequeña, baja, oscura, sin columnas, sin pilares, sin más que dos paredes paralelísimas en que está apoyada una bóveda de cañon seguido, mas parece una capilla que una iglesia, y mas aun una cripta que una capilla. No turba el claustro, aunque algo mas adornado, el efecto del conjunto. Es también pequeño, grave, de bajas y recias bóvedas, de muros en cuyo espesor hay una serie de nichos que cobijan tumbas adornadas de escudos de armas y cubiertas por losas triangulares de un corte severo. Lleva seis arcos semicirculares en cada uno de sus cuatro lados: mas solo en los capiteles de las columnas pareadas que los sostienen presenta variedad y riqueza de detalles. Tiene más de panteón que de claustro: el viajero no recorre sino con respeto y hasta con temor sus calles en que oye resonar distintamente cada una de sus pisadas. Hay por fin cierta tranquilidad solemne así en el claustro como en todo el monasterio.

* Los capiteles de las columnas es lo único que habla á los ojos del artista. Hay en ellos bellos follajes y elegantes entrelazos; luchas entre fieras y hombres armados de todas armas, caballeros que van de caza precedidos de sus halconeros, príncipes que reciben el homenaje de sus vasallos, sacerdotes que están celebrando las principales ceremonias religiosas, ángeles

(a) Han desaparecido.

que unen en los ángulos sus alas. ¡Cuán interesantes son estos relieves aunque toscos y faltos generalmente de dibujo! Carecen de belleza, pero no de verdad: cada figurita es digna de un estudio detenido para el que pretenda conocer los trajes y las costumbres del siglo XI. Vese en ellos al halconero con cota de armas, botas y grandes espuelas; al barón montado en un caballo que no lleva más que un simple freno y silla de arzones altos; al príncipe envuelto en un manto recamado de pedrería, abrochado en el hombro izquierdo; al sacerdote ciñendo en vez de cíngulo un ancho talabarte y llevando sobre el alba una casulla cortada en ángulo agudo; al soldado encerrado dentro de una espesa malla que le cubre de piés á cabeza. En uno de los del lado septentrional figura en un bello grupo la ceremonia del bautismo por inmersión, reprobada posteriormente por la Iglesia. Es indudable que no se llegará á comprender á fondo la Edad media hasta que las miradas de los anticuarios se fijen en los capiteles de sus monumentos: la escultura suplió en aquel dilatado período la falta de nuestra novela de costumbres.

* Aunque tanto la arquitectura como los relieves del claustro reflejen el siglo XI, no es posible suponer que data de esta época todo el monasterio. Las toscas y escasas líneas de la portada de la iglesia y la sencillez y austeridad del interior dan lugar á creer que éste es el mismo templo levantado á mediados del siglo X por Ricardis y Salla, proseguido con ardor por sus hijos Isarno y Vifredo, consagrado, al fin, en 972 en presencia del conde Borrell y de su corte por Froya obispo de Vich, Wisedo de Urgel, y Pedro de Barcelona. En una modesta tumba, puesta á la raíz de la torre, están aún guardadas las cenizas de los piadosos fundadores, que, aunque pusieron el convento bajo la autoridad del Pontífice y ordenaron que todos los abades debiesen salir de su familia, no lograron prevenir intrusiones y discordias que empezaron en el mismo siglo. Apenas muerto Abbo, su primer prelado, apoderóse violentamente de la abadía

el monje Adalberto, que fué rechazado á su vez por Seniofredo: y fué tal la lucha en que se pusieron éstos con la comunidad cuya dirección habían tomado á su cargo, y tan grandes su codicia, su orgullo y su desenfrenado despotismo, que obligaron á los monjes á dirigirse al conde de Barcelona para que pusiese fin á tan grande escándalo y les diese por prelado á Ramio, varón cuyas cualidades le encomian en una carta muy notable. ¿Parece siquiera posible que pudiesen dispertarse tan viles pasiones en un albergue tan solitario y tan tranquilo, en medio de ese valle triste donde todo mueve el corazón á amar solamente á Dios, fuente de paz y de ventura? (1)

* Déjelo el viajero, aunque sienta alejarse de las dulces y tranquilas orillas en que está sentado el monasterio; tome nuevamente las del Cardoner, y diríjase por los empinados y ásperos montes de Suria á otro de los pueblos más importantes de Cataluña, á la villa de

Cardona (a)

Ocupa Cardona el lomo de una sierra por cuyas rápidas vertientes bajan sus quinientas casas hasta el pié de una muralla coronada de almenas y flanqueada de torreones, que va á reunirse en una cumbre con las de un castillo. Defiéndenla, además de sus fortificaciones, su elevación sobre todas las alturas del contorno, sus profundos despeñaderos, y en muchas partes el río que pasa junto á la sierra bajo un puente moderno y otro antiguo que levantaron los duques é inutilizó el furor de sus vasallos (2). Mira

(1) Por los años de 1067 se incorporó esta abadía con la de San Ponce de Tomeras, situada ocho leguas al norte de Narbona. En 1594 fué unida por Clemente VIII con la de Montserrat. Recibíanse en ella mujeres *ad monachilem habitum*, que estaban bajo la obediencia inmediata del Abad, y seguían como los monjes la regla de San Benito.

(a) Manresa y Cardona están desde 1849 unidas por una carretera.

(2) Es tradición que los duques de Cardona mandaron construir este puente para vejar con un tributo más al pueblo, y que éste irritado contra la medida lo derribó hasta verle inutilizado.

por oriente y septentrión á un valle dilatado, cubierto de verdor y de frescura, entre cuyos árboles blanquean las estrechas y tor-



CARDONA.—SALINAS

tuosas sendas (*a*) que conducen á Manresa y á Solsona; y entre occidente y mediodía ve levantarse á sus piés unos montes de

(*a*) Hoy carreteras.

colores en que brilla el sol naciente como en los poblados ramajes de un árbol que salpicó la lluvia. Contiene dentro de sus muros calles desiguales que á cada paso ofrecen al artista nuevas y pintorescas perspectivas, plazas que son otros tantos miradores, y entre otras iglesias una de San Miguel muy espaciosa, en cuya nave ostenta la arquitectura ojival las formas varoniles que conservaba aún á últimos del siglo XIV. En el castillo, defendido por una triple faja de murallas, una corona de baluartes y una casamata construída durante el reinado de nuestro último monarca, guarda aún como testimonio de su antigüedad y muestra del celo religioso de sus señores una colegiata del siglo XI dedicada á San Vicente (*a*), que aunque desfigurada por los techos que la cortan horizontalmente desde el año 1794 en que se la destinó para cuarteles y almacenes, admira aún por la majestad de su conjunto, la severidad de todas sus partes y la riqueza de su panteón ocupado en otro tiempo por veintitrés sepulcros, donde estuvieron enterrados los duques de la villa (*b*).

(*a*) En 1040, por Eriballo, obispo de Urgel, hermano del fundador el vizconde Beremundo.

(*b*) Hablando de la casa de Cardona dice Piferrer en una nota al tomo primero de la primitiva edición de esta obra, lo siguiente:

«Esta casa, contestes los buenos cronistas, la hicieron originaria de Fulcón, conde de Anjou y cuñado del emperador Carlomagno, que fué el Hércules y el Gerión de toda esta parte de los Pirineos orientales tras la invasión de los moros, según los parentescos y fundaciones que se le achacan. Pero la primera mención cierta que trás la restauración de Cardona por el conde D. Wifredo *el Velloso* se halla, es la donación hecha á la *iglesia de San Vicente dentro del castillo de Cardona*, del año 26 del rey Lotario, 981 de Cristo. ¿Qué vizcondes ó *patronos* la gobernaron durante aquel espacio de tiempo? Ningún carta-documento lo recuerda: y si bien es cierto que los tuvo, con todo el año 986 instituyó hereditaria aquella dignidad en una familia el conde D. Borrell II, en la segunda puebla ó privilegio de población de Cardona, en la cual se hace referencia á la primera carta-puebla dada por el *Velloso*, hoy desconocida. Fué, pues, el primer vizconde *Ermemiro*, instituido por el conde de Barcelona á 23 de abril de 986; era hermano de *Arnulfo*, obispo de Vich, y ambos hijos de *Wadardo* y de su esposa *Ermetruit;* y muriendo sin sucesión, obtuvo el vizcondado su otro hermano—1010. *Raimundo*, casado con *Enguncia*, en la cual hubo á *Bremundo*, *Eriballo*, *Fulco*, y *Raimundo*, y á *Amaltrudis*—1015. *Bremundo* ya era vizconde en este año 1015; á 2 de Julio de 1019 empezó á construir la iglesia de San Vicente, y fundó su abadía; y falleciendo sin hijos á fines de 1029 ó á principios de 1030, le sucedió su hermano—1030.

* Si el viajero busca datos para la historia del arte, debe examinar con detención esta colegiata, una de las creaciones más grandiosas y homogéneas del estilo romano-bizantino. Divídenla en tres naves dos largas líneas de pilares cuadrados, en cuyos capiteles cargan las cimbras laterales y las bóvedas de cañón seguido. En medio de su crucero, cubierto por un cimborio algo más bajo de lo que pedía la elevación del templo, campea sobre algunas gradas el presbiterio; y debajo de ellas vese un *confessio* que no es sino una reproducción de las formas generales del monumento. La nave mayor es ancha; pero muy estrechas y sin capillas las menores, cuyas cimbras es probable que, como las de San Pedro de Roda, no servían sino para exponer á la vista de los fieles los altares que solían estar empotrados en los muros. No hay en todo el templo ni una sola moldura ni más curva que el semicírculo: las archivoltas parecen la continuación de los pilares, y éstos no se distinguen de sus capiteles sino por el ligero corte de sus ángulos. En otro tiempo habría en las paredes del presbiterio una línea de imágenes de escultura; pero hoy no quedan más que los nichos que las cobijaron, abiertos á gran distancia del suelo. Tampoco quedan del panteón sino dos sepulcros, que recuerdan los últimos momentos del goticismo (*a*).

* Mas basta ya, viajero; hora es de que demos tregua á nuestros estudios monumentales. Al lado de las obras de Dios ¿qué

Eriballo, arcediano de Gerona y después electo obispo de Urgel. Éste acabó la fábrica del templo, que consagró por 1040; y murió á 19 de Diciembre del mismo año en un lugar de la diócesis de Narbona, yendo á los Lugares Santos de la Palestina.—1040. Como había muerto antes violentamente su hermano *Fulco*, sucedió en el vizcondado el hijo de éste y sobrino de Eriballo *Raimundo Folc*, que adoptando el nombre propio de su padre por apellido patronímico, lo transmitió después á toda su descendencia, perpetuándose hasta casi nuestros días glorioso, esclarecido con varios enlaces con la familia de sus soberanos, con increíbles hazañas particularmente por mar, que fué, digámoslo así, el elemento de los Cardonas, y con la gran parte que en todos los negocios de la corona de Aragón les cupo.»

(*a*) Hay en este castillo una capilla dedicada á San Ramón Nonat, que falleció dentro su recinto el 31 de Agosto de 1240. Mandó edificarla en 1682 la duquesa D.ª Catalina.

son las de los hombres? Vé y visita los montes de sal con que ha sido enriquecida esta villa; y si deseas gozar de uno de los más grandiosos espectáculos de la naturaleza, aguarda á que la lluvia sacuda la costra de polvo que los cubre y el sol del día siguente, extendiendo sobre ellos sus rayos, haga brillar á tus

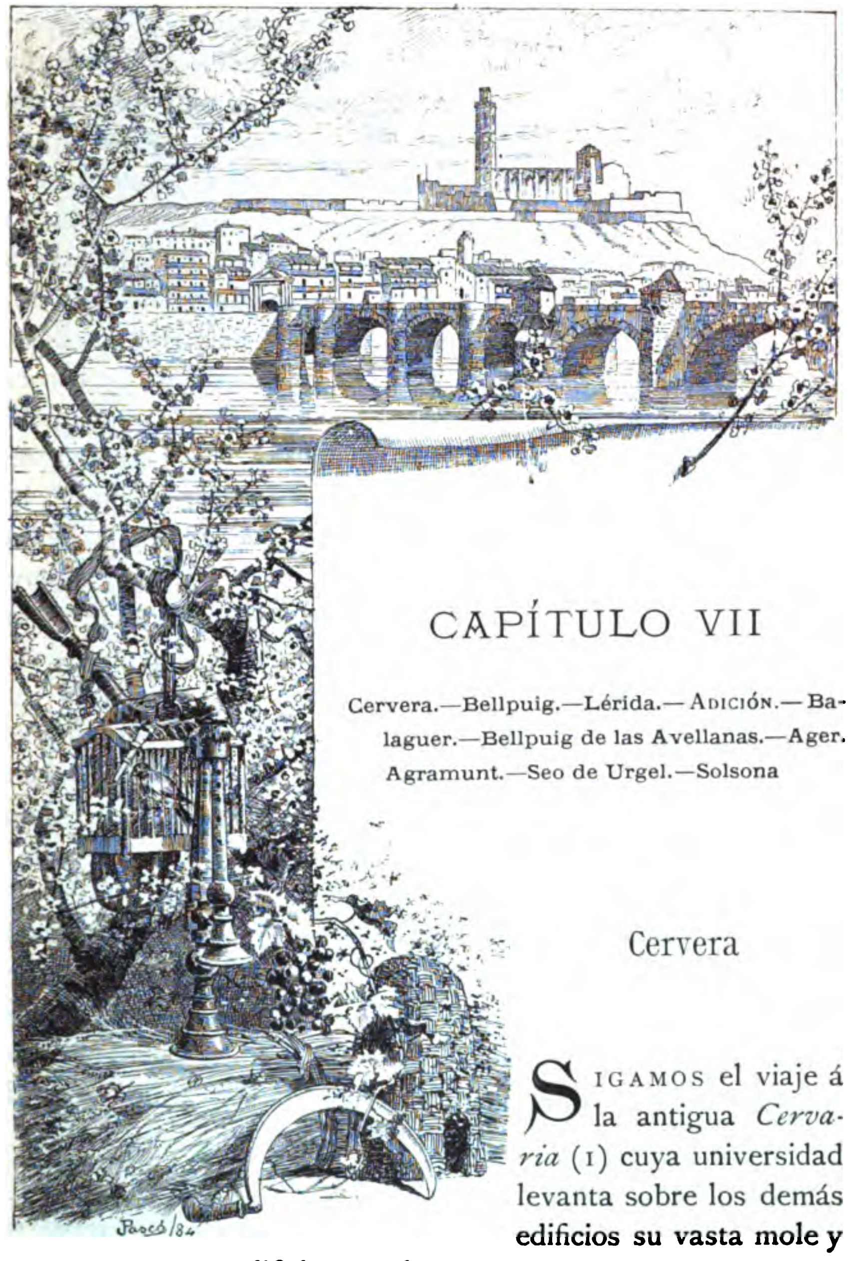


CARDONA.—CASTILLO

ojos todos los colores del iris y todas las vislumbres y reflejos que podría presentar un mar de perlas ligeramente conmovido. Recorre sus blancas y deliciosas cuevas cubiertas de estaláctitas que cuelgan graciosamente del techo y salpican el suelo con las gotas que despiden; contempla las numerosas pirámides que brotan á cada paso de la tierra, ricas y caprichosas como esos afiligranados tabernáculos góticos que tantas veces te hemos hecho admirar en el fondo de nuestras catedrales; ve, por fin, los arroyos que bajan de la cumbre de sus montes y van preci-

pitadamente á compartir con el Cardoner la sal de que al pasar por ellos se impregnaron. Los hombres los han explotado durante veinte siglos como una cantera; la tempestad ha agitado mil veces el rayo sobre sus cumbres; las nubes han caído sobre las faldas con todo el peso de sus aguas: y ni el rayo, ni las lluvias, ni los hombres han podido llegar á conmover sus bases. Nuestros monumentos sucumben bajo el ciego furor de un soldado... el soplo de una revolución basta para asolar fábricas en que trabajaron las generaciones de tres siglos...





CAPÍTULO VII

Cervera.—Bellpuig.—Lérida.— Adición.— Balaguer.—Bellpuig de las Avellanas.—Ager. Agramunt.—Seo de Urgel.—Solsona

Cervera

Sigamos el viaje á la antigua *Cervaria* (1) cuya universidad levanta sobre los demás edificios su vasta mole y sus torres. Es un edificio grande y majestuoso, en que desgra-

(1) Este nombre tuvo en tiempo de los romanos. Recobrada de los moros á principios del siglo xi por las armas del conde de Barcelona D. Ramón Borrell III,

ciadamente échanse menos pureza y buen gusto: el frontis que es anchísimo, consta de dos pabellones en los extremos y una portada en el centro, ocupando lo que entre aquellos y esta media, una línea en dos cuerpos, de los cuales el primero es un basamento con unas grandes lápidas rectangulares de resalto, y el segundo consiste en ventanas, coronándolo una balaustrada. Á cada lado de la puerta central hay columnas pareadas y empotradas, de no muy buenas proporciones, acanaladas con líneas trémulas desde la base hasta un tercio de su altura, y con estrías rectas y muy delicadas en lo demás del fuste; los capiteles llevan una línea de hojas de acanto, que más que tales parecen por lo retorcidas y duras pequeños rollos ó feos penachos, y las volutas cierto no les van en zaga en lo macizas y nada delicadas ni graciosas. Sobre este primer cuerpo levántase otro, cuyo churriguerismo no sabemos cómo explicar, y no le faltan las armas del Sumo Pontífice y las de España doradas, ni una tarjeta en el centro, que en letras de oro contiene una inscripción, que en nada altera la buena armonía del conjunto (1). Sigue la estatua de la Virgen entre dos jarros; y remata la portada con una desproporcionada corona, á la cual acompañan otros dos jarros con llamas, que se ven en los extremos laterales, todo dorado.

Ya el patio, á que conduce esta puerta, cautiva al menos la atención con su longitud, y el frontis que precede á la escalera de las habitaciones superiores se presenta digno de algún examen. Consta de dos cuerpos: en el inferior hay el ingreso con dos columnas á su lado, iguales, menos en las estrías, á las de

---

cedióla á Raimundo de Cervera; pero á 27 de enero de 1353 el rey D. Pedro *el Ceremonioso* la erigió en condado á favor de su hijo D. Juan, ya duque de Gerona. Cuando la guerra de Sucesión, siguió el partido de Felipe V, quien premió sus servicios haciéndola ciudad con voto en cortes en 1701, reuniendo en ella las universidades literarias de Lérida, Barcelona, Vich, Tarragona y Gerona, construyendo en 1717 el edificio para los estudios, y con otros muchos privilegios.

(1) Dice: *Academia Cervariensis á Philipo V. rege erecta anno MDCCXVII regiæ in cervarienses munificentiæ constantis cervariensium in regem fidei perenne monumentum.*

CERVERA.—VISTA GENERAL

la fachada ya descrita; el segundo, que tiene las apariencias de jónico, perpendiculares á las ventanas de abajo lleva otras en los dos lados entre dos grandes pilastras jónicas, estriadas y arrimadas, bien que un tanto singulares y pesadas en las volutas; en el centro ábrese un balcón, y ocupa el espacio que queda entre éste y el arquitrabe una inscripción en letras de oro sobre mármol blanco (1). De lo mismo es el cornisamento, cuyo friso tiene otro lema (2), y corona toda la obra un frontón también de mármol blanco, en cuya cúspide hay una esfera, conteniendo el tímpano en relieve la parte superior de una fábrica ó templo jónico, y la imagen de la Sabiduría, que con la diestra levanta un vaso en que arde una llama, y en la izquierda tiene abierto un gran libro, mientras algunas figuras se dirigen á ella en ademán respetuoso y suplicante. Es este frontis la parte más notable de aquella universidad; no porque en él falten los defectos que afean las demás, ni porque deje de dominar la mayor sequedad en sus líneas, pues en esto corre parejas con todo el edificio; sino porque es harto singular que en su decoración no echaron mano de todos los desatinos del barroquismo. Á uno y otro lado se levantan dos torres cuadradas, con dos relojes en la pared que mira al patio, y un águila veleta asoma sobre el cuerpo de campanas. La capilla, que también es teatro de la universidad, consta de tres naves bastante desembarazadas, divididas á cada parte por dos machones; sobre los segundos y la pared que cierra aquel oratorio por la parte del altar carga una cúpula con transparentes; y aunque el altar es una obra la más rara en punto á churriguerismo, tiene no obstante el conjunto de aquella capilla cierta majestad muy propia para los solemnes actos á que en los usos universitarios se la destinaba (*a*).

---

(1) Es como sigue: *Carolo Caroli. F. Philipi. N. Borbonio. Aug. fundatori. pacis. p. p. et Ludovicæ. Borboniæ. Aug. Coniugi piæ. felici. Borbonia. Cervariensis. Academia. optimis. regibus. hospitibus. desideratissimis. a. 1802. ex. a. C.*

(2) Dice: *Sapientia ædificavit sibi domum. prov. c. VIII.*

(*a*) Dióse comienzo á este edificio en 1718, según los planos del ingeniero Don Luís Curiel y se inauguró con extraordinarios festejos en 1740. Afecta la figura

No es Cervera famosa por fábricas que le señalen un lugar esclarecido en la España monumental; con todo, á fuer de viajeros escrupulosos y amigos de buscar sensaciones artísticas, en lo que menos al parecer puede darlas, dejemos atrás la Uni-



CERVERA.—FACHADA DE LA UNIVERSIDAD

versidad, y atravesando aquel portal antiguo, que en otro tiempo fué el recinto de la población, sigamos por la calle mayor, y parémonos en su extremo. Al saborear una deliciosa novela del escritor del siglo (1), una novela de las que menos brillan por

de un cuadrilongo de 112 metros 81 centímetros en su lado mayor y 90 metros 44 centímetros en el menor. El coste total ascendió á cuarenta millones de reales. Trasladada definitivamente á Barcelona la Universidad por decreto del Regente del Reino de 22 de Agosto de 1842, quedó este edificio sin objeto, habiendo servido más tarde de presidio y para otros impropios usos, todo lo cual así como el abandono y los incendios que ha sufrido, han causado en él terribles deterioros.

(1) Walter Scott (a).

(a) En la época en que esto se escribía, hacían uror entre los entusiastas adeptos de la escuela romántica,

su importancia histórica, filosófica ó artística, una de las de segunda clase, si es que tales obras admiten clasificaciones; ¿nunca insensiblemente y sin repararlo tú, lector amigo, dejaste caer el brazo con el libro medio cerrado, nunca bajaste levemente los párpados, ó inclinando la cabeza continuaste en tu mente el paso ó aventura que estabas leyendo, á guisa de comentario vago y fijo siempre en un mismo objeto?—¿ó no te hiciste en tu imaginación una pintura de las localidades y mientras herraban tu caballo, ó la posadera aderezaba una sabrosa y sustanciosa refacción, no echaste á andar envuelto en tu capa por las calles de aquella ciudad ó villa, según sea la novela, y no interrumpiste en sus pacíficos quehaceres, para preguntarle por la iglesia ó la casa del concejo, al pacífico artesano, que pasmado y atónito murmuró siete veces tu pregunta?

Si así es, esta sensación recordarás al desembocar por la calle Mayor á la plaza, en cuya entrada te detendría la singularidad de su conjunto. Rodéanla por tres lados unos soportales ó pórticos antiguos, desiguales y sumamente caprichosos, los cuales sostienen edificios que en verdad no les van en zaga (*a*); ciérranla las Casas Consistoriales, fábrica del 1600, que ninguna particularidad ofrece, sino unas grandes figuras toscas de medio cuerpo esculpidas en las ménsulas de los balcones, las cuales representan soldados, labradores, viejas, compradores, etc., con ademanes y expresión los más grotescos y con el traje de la época, única circunstancia que les da algún interés y valor, bien que no fué enteramente inoportuna la idea de quien las hizo colocar en aquella plaza-mercado, si ya no son un buen testimonio de la sencillez de aquellos tiempos, y de la previsión y paternales relaciones de los municipales con los buenos vecinos

---

(*a*) Han sido derribados estos edificios y sustituidos por otros de moderna construcción.

las obras del insigne escocés, siendo Piferrer uno de sus más ardientes admiradores. Las novelas de aquel autor, cuyo valor literario ha sido reconocido universalmente, influyeron de una manera poderosa en el desarrollo de la afición á los estudios de la historia y del arte de los tiempos medios.

del distrito, á cuyo solaz y regocijo destinaban semejantes figuras, aun hoy en día objeto de mil comentadas y diversas explicaciones. Por encima de este edificio asoma la bella torre gótica de la iglesia parroquial de Santa María, elegante y maciza, con calados en lo alto de las ventanas, y coronada por una cornisa graciosa; y á la izquierda destácase una parte de aquel templo también gótico, al cual echaremos una ojeada.

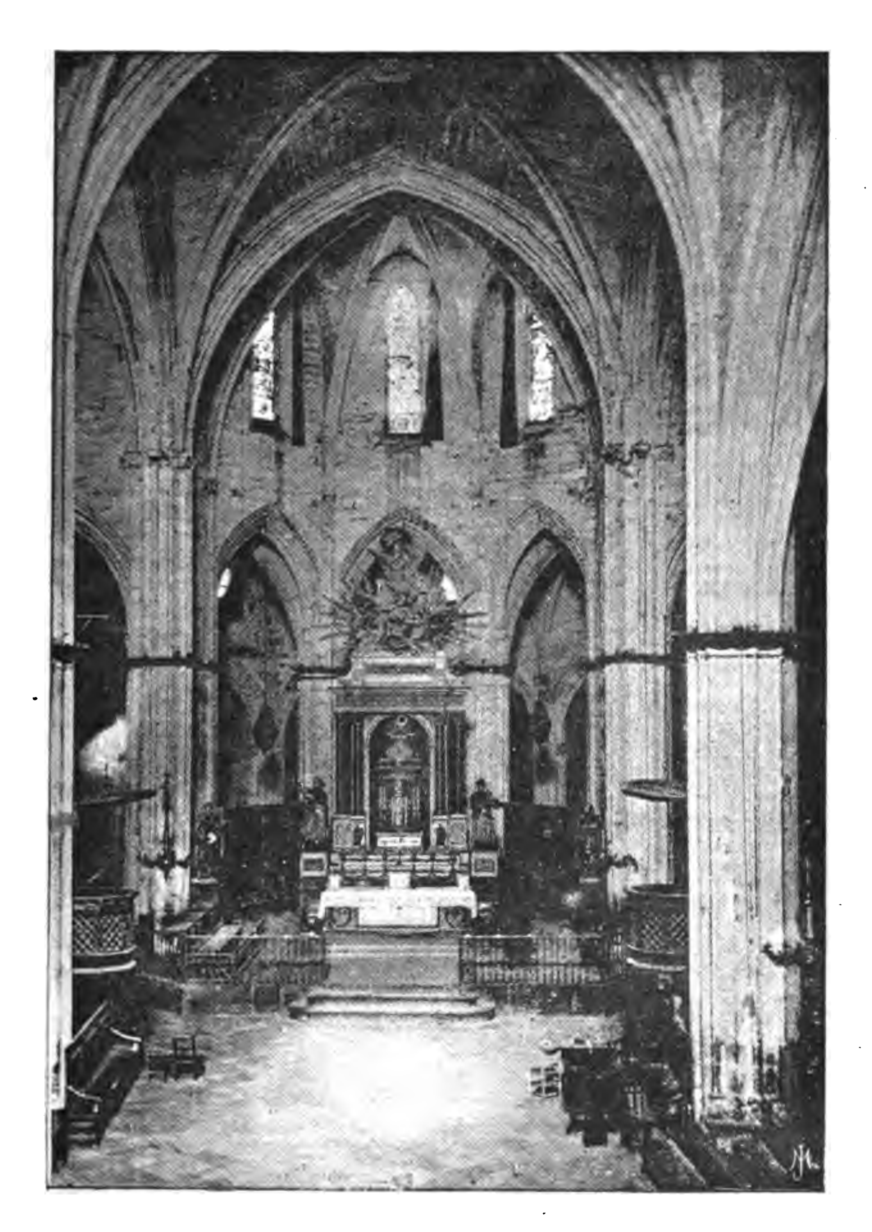
Saludando de paso el frontis, que forma un rectángulo algo saliente con una puerta alta y airosa, pero puramente lineal y sin otras esculturas que las escasas de los filetes donde se figuran las impostas, una ventana circular sin calados, y un sencillo relieve en el remate; el interior aparece bastante espacioso y elegante, principalmente en la central de sus tres naves. Divídenlas diez pilares, cuyos capiteles, en vez de las hojas ó molduras acostumbradas, forman unas como fajas con un escudito en la parte que corresponde sobre cada una de las molduras, que partiendo desde la base siguen guarneciendo el arco; y donde debería estar el crucero, en lugar de brazos rebasa la línea de las naves laterales un ábside ó segmento de círculo en cada parte, conteniendo tres altares. Entre los arcos de la bóveda del presbiterio hay pintadas vidrieras, y catorce bustos de santos con pequeñas pilastras compuestas guarnecen la pared que le cerca por detrás (*a*), en la curva donde se reunen las naves menores. Dos son las puertas laterales de este templo; la del norte ninguna atención merecería sin el pintoresco conjunto que debe á los estribos y rojas paredes y al campanario; pero la de mediodía que da al cementerio, es un interesante documento bizantino del siglo XI, que causa agradable sorpresa al ánimo, arrinconado allí, como conservado por descuido junto al santuario gótico, y en una población en que ya este mismo es una singularidad que sorprende. Adornos de grecas, cuadritos y losanjes llenan las impostas; pero los capiteles de las dos

(a) Obra del escultor cervariense D. Jaime Padró.

[illegible]nicas columnitas que hay arrimadas en cada lado a uno de los recodos que estos forman, llevan una semejanza de hojas en cuyo extremo se ven bolas pequeñas. El doble arco es pesadísimo, y entre sus curvas cilíndricas y el macizo dintel está esculpido San Martin a caballo, partiendo su capa con el pobre: imagen que confirma haber sido este santo titular de la parroquia, antes que se empezase la nueva fábrica [illegible].

De los pocos sepulcros que hay en ella, es el mas notable el que está en uno de los tres altares que guarnecen la pequeña ábside que sirve de [illegible] del crucero a la parte del norte. Forma [illegible] bastante bien esculpidos en [illegible] con estatua echada. Ocu- [illegible] que contie- [illegible] armas del difunto, y el del [illegible] a la cual los ángeles [illegible] tan diminutas, [illegible] atencion y [illegible] capucho echado,

[illegible] Arsenals die- [illegible] San Martin, [illegible] de Santa [illegible] con tanta lentitud se [illegible] según la obra [illegible] que hoy guarda [illegible] su *Viaje litera-* [illegible] diciendo: [illegible] por todo [illegible] al que desee [illegible] crucero a la iz- [illegible] escalon que a [illegible] templo por [illegible] Pocos años [illegible] recibir el *seny* [illegible] campana [illegible] de Montblanch, [illegible] por precio de [illegible] la torre de [illegible] *Juan Barrufat* [illegible] y su ayudan- [illegible] de esta iglesia, reno- [illegible] buena parte de la [illegible] obra muy [illegible]dable en un artífice moderno.



CERVERA.—INTERIOR DE SANTA MARÍA

y calzas coloradas con pie, sobre las cuales resalta el calzado que es unos borceguíes negros en forma de red, de manera que entre sus ojos se ve el color rojo de aquellas; y al lado ciñe daga con vaina perfectamente trabajada. Estatua es esta de una importancia indisputable por lo que al traje respecta; y sin embargo, tal vez ningun artista le ha dedicado una hoja de su álbum.—Si los viajeros mas ilustres no se desdeñan de copiar los monumentos mas oscuros y humildes cuando de alguna utilidad pueden ser al arte, ¿por qué nuestros artistas han de ceñirse á estudiar las solas fábricas que mayor nombradía dan á la España? Y si á genio exigente y descontentadizo se achacan nuestras observaciones, cúlpese enhorabuena, no á nosotros, sino á esos fondos de cuadros y de viñetas donde se confunden las épocas de la arquitectura, y á esos trajes que son las más veces vivas copias de los que saca á lucir en la escena un actor ignorante en la arqueología.—Encima hay en relieve una línea de figuras, que representan el obispo en el centro acompañado del clero á una y otra parte, y las cobijan unos arquitos, sobre los cuales asoma el Padre Eterno entre ángeles y otras figuras que oran. Buen estudio del traje eclesiastico hay que hacer allí; y cierto son de notar la gracia de las posiciones, la belleza de los pliegues, mayormente de los que se derriban de la cintura, y el purismo que respiran todas las imágenes. Ninguna lápida lleva este sepulcro; bien que por la sierra que decora su blasón puede inferirse que yace allí otro de la familia de los Serras, pues se encuentra sepultado uno en una capilla cercana (*a*) (1).

(*a*) Esta capilla, hoy de San Ramón de Penyafort, antes bajo la invocación de San Felipe y San Jaime, la heredó de *Serra mayor* (a quien perteneceria indudablemente el sepulcro), el magnífico D. Juan de Gilabert, doncel y Señor de Tudela, y en ella pendía antiguamente toda su armadura militar.

BOFARULL: *Iglesia de Santa María (Cervera)* en el *Album històrich, pintoresch y monumental de Lleyda y sa Provincia*, t. I, Lérida, 1880; donde se leen algunos otros datos sobre esta iglesia.

(1) Al lado del sepulcro descrito, al entrar en la curva que rodea el presbiterio, sobre la puerta que antes conducía al campanario, hoy oculta tras un cuadro ó capillita donde se echa la limosna, hay una urna, cuyo frente forma cuatro divi-

Pero harto se prolonga nuestra visita de pasajero; acompañemos el lector á la iglesia de San Antonio, muy antigua pero renovada, y apuntando dos inscripciones que hay en ella (1), despídase con nosotros de aquella población (*a*).

Bellpuig

Bellpuig (*b*), antiguo solar de los Anglesolas, cuyo castillo

---

siones ojivales, con el blasón de los Queralt, hoy Santa Coloma, que es un león sin cabeza; y la lápida, que está en la pared, algo más abajo, dice: *Home quem guardes estat so axi como tù es, é tu seràs axi com io so*: *Di un pater noster per lánima mia à honor de Deu. Anno Domini MCCCXV. IIII kalendas iunii obit G. de Caralta* ✝. En la capilla de San Isidro se ve un sepulcro casi igual al que ya describimos en el texto, aunque no pueden sus relieves parangonarse con los de aquel; también está dentro de un arco, y yace en él el *Serra* mencionado según se lee en este extraño y gracioso epitafio, que está á su lado en la pared y en el cual marcamos la separación de los versos: *Tu hom quem guardes à mi,—hom era axi com tù é mori,—é tù moràs é seràs axi com mi.—Di I pater noster per ànima de mi—Ramon Sera qui iach aci—En la capela mia de Sent Marti—é desta present vida lo dia de Tots Sants lan M, CCC. LXXX dos passi.—Fé bones obras é faràs bona fi, —é notre Seyor Deus perdonaros à nostres pecats à tù é à mi. Amen.* Otro sepulcro muy semejante hay en la capilla de San Jaime; y si por las labores ambos parecen de una misma mano, también se dijera están vaciados en un mismo molde los epitafios, que con corta diferencia contienen una misma inscripción. Por último, junto á la entrada de la capilla del Santísimo Misterio, una urna de alabastro, con tres escudos de armas en el frente, contiene los restos de Beltrán dels Archs.

(1) La una está á la derecha del que entra, y contiene el día y año en que se consagró aquel templo, de este modo: *Anno Domini M.CCC.LXX.IIII in ecclesia Santi Antoni ville Cervarie, reverend. Pater dominus frater Franciscus dei gratia episcopus Cimaviensis, fratre Guillelmo Baroni comendatore existente, altare B. Virginis Marie, et Jacobi, et B. Antoni, et altare Virginis desperanse, necnon altaria beatorum Georgii, Lucie, Marchi, Luce, Marie Magdalene, Victorie et ciminterium, diebus VI, VII.* (esto está algo borrado) ....*X*.... (tal vez X *bris*, diciembre) *consecravit.* En la pared del coro, cerca de la bóveda y junto á la ventana se lee en una piedra: *Petrus... dona me fecit fieri.*

(*a*) Son dignas también de verse en Cervera una capillita llamada del *Hospital* que se supone sea resto de una antigua iglesia de Templarios, con la particularidad de conservar aún vestigios de pinturas murales de la Edad media; y otra románica llamada de S. Cristóbal, en el Arrabal, que contiene algunas buenas tablas góticas.

(*b*) Yendo en ferro-carril de Cervera á Bellpuig encuéntrase la villa de Tárrega. Sobre ella dice la primera edición de la presente obra lo siguiente: «Apéese el viajero en Tárrega en cuya plaza álzase una cruz, digna de ocupar un lugar en su álbum. Es gótica; adórnanla labores caladas, y lo que forma el capitel de su pilar tiene varias imágenes en pequeños nichos; y contemplando de paso la pequeña iglesia que hay en la calle del Carmen, y las ventanas de las casas del lado y de enfrente...»

corona la pequeña colina que ha dado nombre á toda la población, preséntase agrupado entre aquella fortaleza y la iglesia parroquial todavía más elevada (*a*); conjunto poético, que bien indica cuáles fueron sus principios, cuando los primeros pobladores se reunieron al rededor del señor, que los protegía con su vencedora espada, y del templo, donde hallaban auxilios para el espíritu, y nuevo aliciente á la esperanza (*b*) (1). Si el

(*a*) El castillo de Bellpuig, reconstruido al parecer en el siglo XVI, presenta una imponente masa de piedra cuyo color rojizo se destaca artísticamente en el espacio. Es un edificio cuadrilongo, de recias paredes, parco en líneas; y en su interior se conservan una grandiosa escalera y algunos salones desde cuyas ventanas se divisa todo el llano de Urgel. Este castillo, aunque deteriorado por la mano del hombre que se va aprovechando de sus materiales, puede aún dar idea de lo que fué en sus buenos tiempos.

(*b*) Algunos suponen con fundamento á Bellpuig remota antigüedad, viendo en dicha villa la *Adnovas* del tiempo de la dominación romana, deduciéndolo de algunos restos de edificación y monedas encontradas.

PLEYAN DE PORTA: *Bellpuig (Album pintoresch y monumental de Lleyda y sa provincia, t. I.)*

(1) Las crónicas y anales de Cataluña mencionan largamente los hechos de los Anglesolas; y no falta quien haga ascender su principio á D. Bernardo de Anglesola, que fué otro de los nueve varones restauradores de Cataluña, cuya existencia y hazañas desgraciadamente no están del todo confirmadas por la historia, si es que no son falsas una y otras (*a*). Dejando, pues, para quien se dedique á escribir la historia particular de esta noble familia la relación circunstanciada de sus acciones, tomamos prestados los siguientes *apuntes genealógicos*, de los que publicó en 1820 el señor don JAIME RIPOLL, en su opúsculo: *Compendio de la Vida y Virtudes del Ven. P. Fr. Juan de la Virgen*, etc.=Siglo XI.—El primer señor de Bellpuig y tronco indubitable de los Anglesolas fué D. Berenguer I Gondebaldo de Anglesola, restaurador del campo y poblaciones de Urgel, quien en 1079 obtuvo de los condes de Barcelona donación confirmatoria del castillo de Anglesola, y de todo el territorio comprendido en el condado de Ausona desde el Mor hasta el río Corp, y desde los confines de Tárrega hasta los de Mollerusa y del condado de Urgel; dejó de su esposa doña Sancha un hijo que le sucedió, y fué—Siglo XII—D. Arnaldo Berenguer, que se halla firmado en una concordia del año 1128; sucedióle su hijo—D. Berenguer II Arnaldo, á quien menciona Diago en 1134. Además de dos hijas llamadas doña Ninive y doña Sibilia tuvo á—D. Guillermo I, que en 1166 hacía algunas donaciones, y hubo en D.ª Arsendis, su esposa, á=Siglo XIII—D. Guillelmo II, que en 1220 fundó con su esposa doña Sibilia, hija de los vizcondes de Cardona, un hospital para peregrinos, y en 1224 el monasterio de San Nicolás de Premostratenses. Tuvo tres hijos: D. Guillelmo III, que le sucedió, D. Berenguer Arnaldo, y D. Ramón, que ascendió á obispo de Vich por los años de 1264 á 65.—D. Guillelmo III era señor de Bellpuig ya en 1255; y de su esposa D.ª Constanza de Alagón dejó dos hijos: D. Guillelmo IV, y D. Ramón, que en 1306 fué electo obispo de Vich.=Siglo XIV—Don Guillelmo IV murió en 1325, y estuvo casado con D.ª Beatriz, hija de los condes

(*a*) Véanse las notas á la pág. 80 del tomo primero.

carácter franco y sencillo de los habitantes, si la vista de tanta quietud en un pueblo que aún conserva en parte las costumbres de sus padres, y cuyas ocupaciones agrícolas muy poco lugar dan á la depravación que gangrena las capitales y las comarcas donde *todo* progresa, hacen alguna impresión en el pecho; bien puede apearse el viajero en Bellpuig, gozar de aquella calma bonancible, y convencerse de que la agricultura es la que menos siente los efectos de esa terrible ley de la humanidad, que al lado del bien pone el mal, que á cada cosa le da la muerte envuelta en su misma vida, que á ciencias y artes las hace vivificadoras y envenenadoras de la sociedad, y que con los descubrimientos del ingenio y de la industria, al mismo tiempo que da trabajo y subsistencia á la clase más numerosa, riqueza al

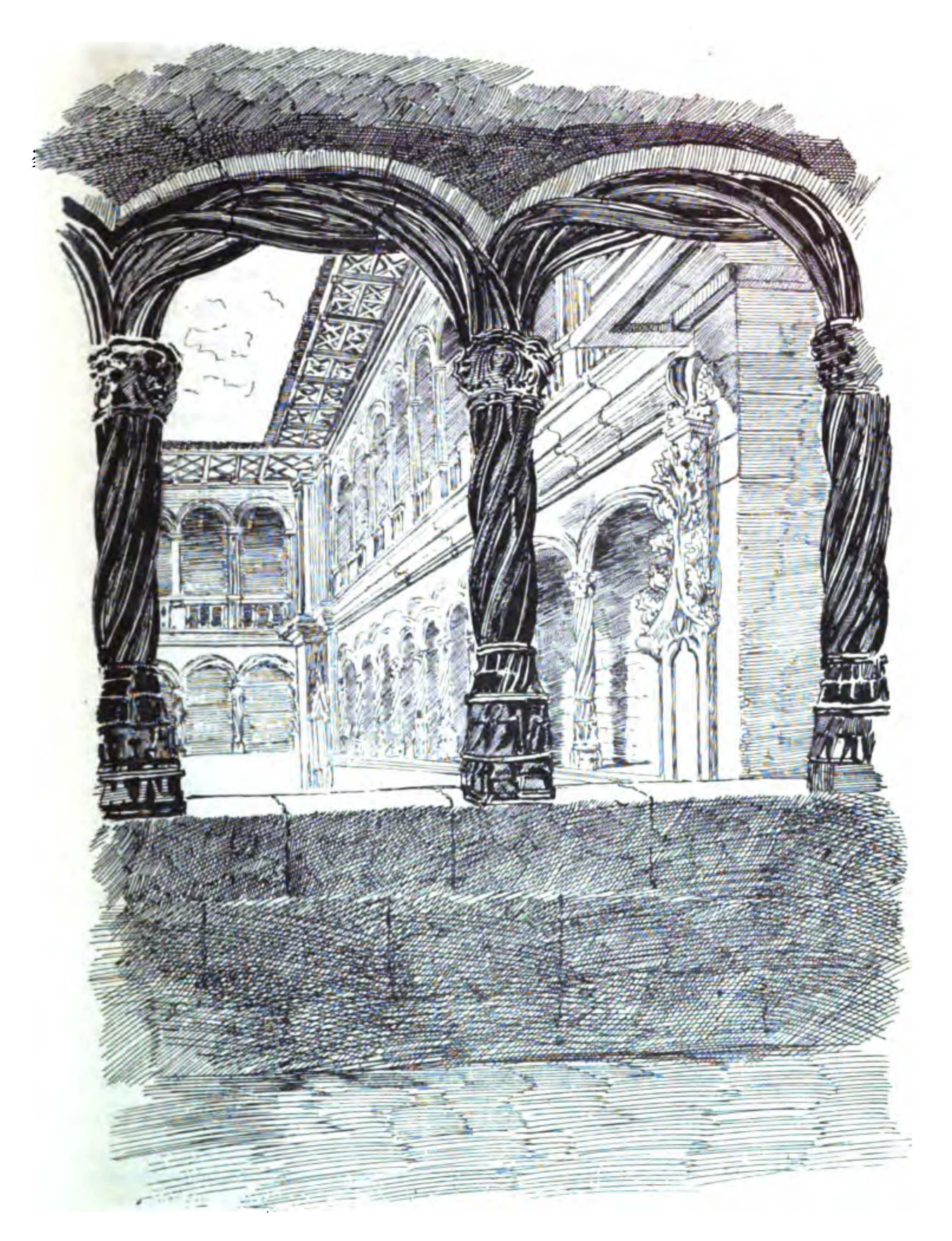
---

de Pallars, en quien hubo á D. Ramón I y á D.ª Beatriz, que casó con D. Hugo, vizconde de Cardona.—D. Ramón I, en 1386 había fallecido sin dejar posteridad de su esposa D.ª Francisca, y con su muerte se extinguió la línea masculina de los Anglesolas, y entró la femenina en—Don Hugo I. Folch de Cardona, último vizconde y primer conde de Cardona, hijo de doña Beatriz de Anglesola, y nieto de D. Guillelmo IV. Tuvo de su esposa D.ª Beatriz de Luna á D. Juan Ramón, primogénito y conde de Cardona, á D. Hugo, á quien dejó la baronía de Bellpuig, á D. Antonio, conde de Golisano, y á D. Pedro, obispo de Lérida. Falleció en 1401. Á D. Hugo II de Cardona y de Anglesola le sucedió su hijo = Siglo xv —D. Ramón II de Cardona y Anglesola. Fueron sus hijos D. Hugo III, D. Antonio, y D. Ramón. Había fallecido en 1460.—D. Hugo III siguió el partido del príncipe de Viana, cayó prisionero en la acción de Rubinat, y en 1462 fué desposeído de la baronía de Bellpuig que pasó á su hermano—D. Antonio I; éste había fallecido en 1485, dejando de su esposa D.ª Castellana á D. Ramón, que le sucedió, y á D.ª Isabel, que casó con D. Bernardo de Vilamarí, conde de Capacho. = Siglo xvi.—D. Ramón III, Folch de Cardona y Anglesola, conde de Alba, Olivento, y de Palamós, señor de la ciudad de Marsano y gran Almirante de Nápoles, de quien hablaremos al describir su sepulcro, falleció por 1522, y le sucedió su hijo—D. Fernando Folch de Cardona, Anglesola y Requesens, duque de Soma. Estuvo casado con la nieta del gran capitán Gonzalo de Córdoba D.ª Beatriz, en la cual hubo á D. Luís, y D. Antonio, que le sucedieron en la baronía de Bellpuig, y á D. Ramón y D. Jerónimo, que murieron en la infancia. Falleció en 1571.—Su primogénito D. Luís no dejó posteridad, y le sucedió en 1574 —Su hermano D. Antonio, que en 1590 se titulaba duque de Sesa por su madre nieta del duque de Sesa el Gran Capitán. Casó con D.ª Juana hija de los duques de Cardona, y al fallecer en 1606 dejó varios hijos, que no mencionaremos ya, pues el primitivo título de Anglesola ha ido desapareciendo con los enlaces que elevaron aquella familia al rango de la primera grandeza. La línea masculina de los Cardonas continuó hasta el siglo xviii, en que empezó la de los Osorios de Moscoso.

estado y fortuna á los particulares, corrompe las costumbres, aumenta las necesidades con el lujo, engendra los vicios, produce la increencia, y poco á poco va preparando mil elementos de desquiciamiento y desorganización. Allí, sentado cabe la benéfica lumbre del hogar, platicando con los venerables octogenarios, que ocupan el robusto escaño de roble que ocuparon sus mayores, mientras la abuela mece el niño que contempla las salamandras del fuego, y la madre solícita, cubierta la cabeza con honesta toca, adereza y pone una mesa limpia, *abastada de amable paz* más que de costosa vajilla; ¡cómo ruedan dulces las horas! ¡cómo en medio de tanta mansedumbre aparece triste allá la trabajosa vida y áspero bullicio de las ciudades, mansiones de inquietud y de delirio! Allí, ni ambición, ni desasosiego: y si en tu primera juventud, oh viajero, en aquella edad santa en que nuestros sueños se revisten de la pureza de los ángeles, soñaste una vida tranquila toda de amor é inocencia, allí una suave tristeza baña tu animo, el corazón llagado por los desengaños y las pasiones llora el tiempo perdido en el movimiento y el tumulto, y entonces aquellas tiernas y regaladas palabras del maestro León, — fuente mansa y apacible de todo pensamiento sereno y virtuoso, depósito dulcísimo de *toda cosa buena* —, se vienen melancólicamente á los labios:

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero:
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo
á solas sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Mas no solo á su quietud y sencillas costumbres debe Bell-



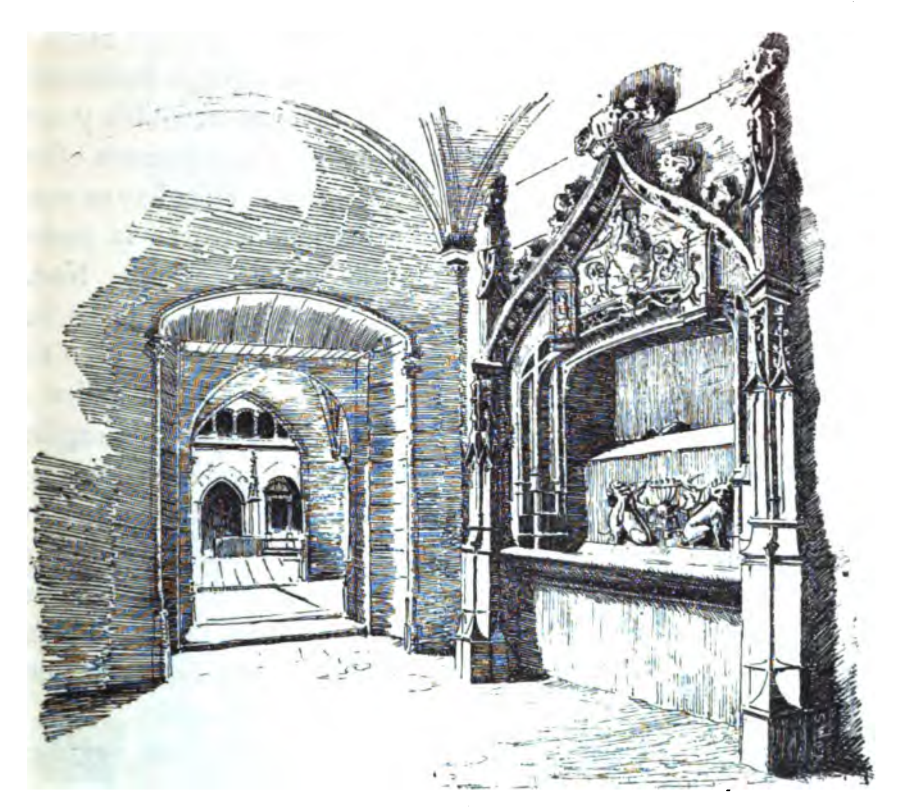
BELLPUIG.—Claustro del Convento de Franciscanos

puig su nombradía (*a*); también las bellas artes cítanlo con elogio, pues encierra una joya de que pocas poblaciones pueden envanecerse. Hay á corta distancia de la villa un convento que fué de PP. Franciscanos, ahora desierto, notablemente destrozado, y amenazado de una total ruina. Nada en su exterior convida á visitarlo, y ni la misma puerta del templo, que está tapiada, contiene el menor adorno; pero entrando por la portería que conduce al claustro, ofrécese al observador una de las vistas más raras que le habrán admirado en sus viajes. Consta aquel claustro de tres pisos, bien que por la cornisa y canales que coronan el segundo, claramente se conoce que allí remataba al principio la fábrica. Son góticos los dos primeros, y obra de la decadencia de aquel género: el inferior tiene cuatro grandes arcadas en cada galería, pero aunque ojivales, muy macizas y desnudas de aquella esbeltez que es el mayor atractivo de los monumentos del 1300 á fines del 400; aumentan su pesadez unos estribos sin gracia que hay arrimados á los pilares, y rematan en unos como penachos piramidales, adornados con follajes, que llegan casi al antepecho del segundo piso; y los de los cuatro ángulos suben hasta la cornisa de éste, la cual apean con el florón que los corona. Si el lector ha visto las columnas de la Lonja de Valencia, ó las que hay en el antiguo patio de las Casas Consistoriales de Barcelona (*b*), fácil le será concebir una idea clara de la forma que reina en el segundo alto, fábrica singularísima y barroca en su género, aunque no enteramente destituída de gracia y delicadeza. Los once pilares, de que consta cada galería, figuran una columnita cuadrada, cóncavo ó acanalado cada uno de sus lados, y muy agudos los cuatro ángulos; de la base salen cuatro gruesas molduras ó medias cañas, que cual sogas retorcidas la rodean en espiral; y después de los ca-

(*a*) Esta villa, estación ahora de la línea de Zaragoza á Barcelona, ha cambiado bastante el rústico y sencillo aspecto de otros tiempos.

(*b*) Se refiere, por lo que respecta á las segundas, á las que flanquean la portada plateresca, hoy empotrada en la parte interior de la entrada de la Sala de Ciento.

piteles, adornados con follajes, frutas y animales fantásticos, y tan variados que apenas hay dos iguales, siguen las cuatro molduras retorciéndose al rededor de los arcos, que en número de once en cada corredor, fingen apear una pared de grande espe-



BELLPUIG.—FUENTE EN EL CONVENTO DE FRANCISCANOS (a)

sor y muy saliente del grueso de ellos. El tercer cuerpo ó piso, compónese de columnitas dóricas istriadas.

(a) El autor de este dibujo, D. Vicente Oms, artista distinguido y entusiasta por las bellezas monumentales de nuestra patria, acompañó con el mismo, la siguiente nota que reproducimos:

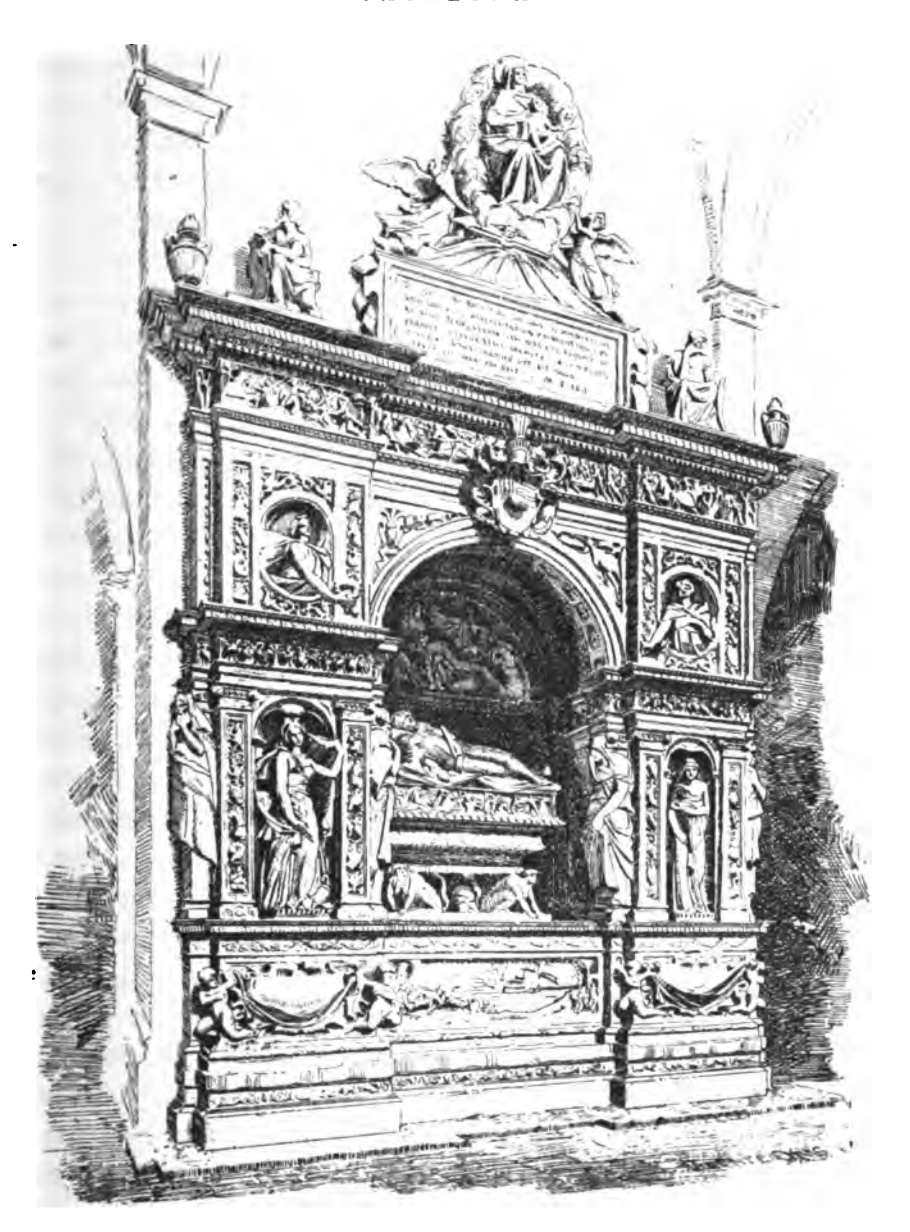
«Esta fuente del convento de Bellpuig constituye, como la fachada de S. Miguel de Barcelona, un bello ejemplar de aquel puro renacimiento, que bajo la estructura gótica, reviste ya las galas del nuevo estilo, con notable distinción; muestra sumamente rara del mismo, particularmente en Cataluña.»

Aun ya que no tenga el viajero que bajar á la iglesia, haga por la escalera en espiral que da al claustro, obra de gran mérito por lo atrevida y desembarazada, por el excelente construcción de sus grandes sillares, y sobre todo por aquel... [illegible] que se abre en el segundo piso, la cual, al mismo tiempo que guarda tanta simetría y rectitud en sus líneas que burla... [illegible] el examen del más inteligente, sigue la inclinación [illegible] de la escalera de una manera casi imperceptible y con una graduación suave, que es recreo de los ojos y en nada ofende la proporción ni la perspectiva. Otro resto gótico hay en este convento, y es la puertecilla de un armario abierto en la pared de la sacristía, donde se depositaban los vasos sagrados. Nada más bello, ni más original y gracioso: á uno y otro lado se levantan dos pilarcitos piramidales; ocupa el centro del arco un gran florón, encima corre una cornisa de hojas con animales ó gárgolas salientes á semejanza de las que se ven en la capilla de San Jorge de Barcelona; y un magnífico arabesco llena el espacio que queda entre los pilares, la cornisa y el arco, que es muy trabajado y ostenta adornos de animales y hojas, todo tan pequeño, que apenas consta esa puerta de cuatro palmos en cuadro. Ella y el claustro son obra de principios del siglo XV, en que fundó el convento D. Ramón de Cardona (*a*), y lo perfeccionaron su viuda D.ª Isabel y su hijo D. Fernando.

Pero aquella joya preciosa, que cita Cataluña con orgullo, está en la iglesia (*b*) á la parte de la epístola, y es el sepulcro del fundador de aquel convento, del que en las guerras de Italia, donde brillaba el astro de Gonzalo de Córdoba, mereció el renombre de gran Capitan, que justificó con sus altos hechos por mar y tierra. Forma un grande arco, que como está arrimado á la pared solo deja ver su frente y las dos caras laterales, tan lleno de relieves, que menester es un examen el más detenido para gozar de todo su efecto. Apóyase en un basa-

(*a*) En [illegible]

(*b*) Hoy trasladado á la iglesia parroquial. Véase la nota de la página 313.



BELLPUIG.—PANTEÓN DE D. RAMÓN DE CARDONA

mento grandioso, cuya base vese interrumpida por una faja de monstruos marinos y mariscos de tan poco realce, que apenas acierta á concebir el observador cómo pudo el cincel labrar aquellos contornos y degradaciones tan delicados y menudos: en el neto de la parte central despliégase un precioso relieve, que figura un desembarco en tierra de moros, tal vez la empresa de Mazalquivir que con tanta gloria llevó á cabo don Ramón de Cardona; ocupa el centro el mar lleno de galeras en formación de batalla, vistosas con las ondeantes flámulas, y guarnecidas de hileras de hombres de armas que con orden militar van entrando en los botes de desembarco; éstos de todas las naves bogan con furia hacia la playa, que está á la izquierda del que mira, y en la cual ya los caballeros cristianos traban recio combate con los sarracenos; y á la derecha los cristianos están atando á los prisioneros de todos sexos. Es una obra perfecta en escultura por la sabia degradación de términos, que mayormente se deja ver en la escuadra, tras cuyo primer navío, que por su grandor y belleza recomendamos á la atención del viajero artista, si es de algún interés á sus ojos la copia de una galera capitana de fines del 400 y principios del 500, van perdiéndose las demás embarcaciones, apareciendo en lontananza las velas muy rebajadas de otros bajeles, que apenas se divisan sobre un mar ya casi liso y sin apariencia de ondas, si un tanto agitado en primer término; eslo también por la excelencia de la composición, por la acertada combinación de los grupos, mayormente los del combate, y por la expresión de las figuras, completando la armonía del conjunto las palmas que asoman en varios sitios de la playa y que marcan la naturaleza del país. Á uno y otro lado de este relieve, hay una lápida sostenida por dos genios (1); y en la bella cornisa con que remata este basa-

(1) La de la derecha contiene esta inscripción: *Ornasti et manes lacrimis miserabilis uxor, haud optare alias fas erat interias*, y la de la izquierda la siguiente: *Servasti thalamum genio dulcissime coniux, servandus nunc est pro thalamo tumulus.*

mento, lo que podríamos llamar friso, tiene festones pendientes de mascarones y pechinas, produciendo casi el mismo conjunto que la faja con que termina la fachada de casa Gralla en Barcelona (*a*). Sobre las extremidades del basamento levántanse los dos machones del arco, los cuales están como divididos en dos pequeños cuerpos; el primero llega hasta la imposta, es jónico, y forma en cada lado un nicho con estatua alusiva á la victoria, entre dos pilastras, cuyos fustes contienen trofeos militares de un mérito superior á todo elogio, haciendo veces de volutas graciosísimos caracoles de mar, y de ovario una línea de mariscos perfectamente trabajados. En las caras laterales hay en lugar de pilastras, cariátides que sostienen el capitel jónico, cuyos caracoles-volutas asoman á uno y otro lado de sus cabezas, que en verdad tienen expresión y energía. Seguramente es de lo más rico que pueda trabajar la escultura el cornisamento de este primer cuerpo; el friso ostenta un magnífico arabesco de aves acuáticas y jarros, todo ejecutado con admirable delicadeza, y la cornisa lleva hasta el extremo la gracia y riqueza de los adornos propios del orden jónico. El cuerpo, que sigue á éste, aunque un tanto pesado, no menores bellezas artísticas ofrece: de unos como medallones salen dos bustos enteros casi completamente relevados, con corona y olivo que presentan al héroe; á uno y otro lado las pilastras ostentan en sus fustes hermosos trofeos, y caprichosos juegos de monstruos marinos llenan los espacios que los medallones no ocupan; y la delicada cornisa jónica del primer cuerpo sirve también de imposta al grande arco, que se tiende con armonía y majestad, y en cuya clave hay esculpidas primorosamente las armas del difunto. Corona el todo un cornisón, cuyo friso es de lo más notable de aquella obra. Es un relieve continuo; á la derecha marcha el ejército español á las órdenes del duque don Ramón, en el centro y sobre el blasón de la clave las tropas atraviesan un bos-

(*a*) Véanse las notas al texto que trata de esta mansión, que ya no existe. Tomo primero, página 395 y siguientes.


BELLPUIG. — BAJO-RELIEVE DEL PANTEÓN DE CARDONA

que; á la izquierda la vanguardia carga al enemigo, cuyas últimas filas huyen desordenadamente y se precipitan en el mar, y entre los combatientes un caballero español asesta un terrible bote al baberol de su contrario, cuya lanza se rompe en el choque, estando él en ademán de venir al suelo. Nada diremos de la valentía en la ejecución de este relieve, ni de la animación de sus figuras, ni de la feliz distribución de los agrupamientos, ni de la increíble minuciosidad y perfección en los menores detalles, pues en una obra tal como la que describimos, alabar una parte es hacer el elogio del todo; sólo indicaremos su importancia como documento para el pintor de historia y para el literato. Al ver la completa armadura de los caballeros, las testeras y bardas de los caballos, el bizarro traje de los mosqueteros, y la airosa vestimenta de la demás infantería, el menos inteligente conoce cuán rico estudio del vestido militar de principios del siglo XVI hay que hacer allí; pues si los detalles de los arcos triunfales y los relieves de las columnas romanas han dado

asunto á las investigaciones del historiador, los monumentos de nuestras glorias nacionales pueden y deben darlo á la exactitud en las descripciones, y á la verdad y colorido de una época, tal vez más interesante para nosotros que la romana, por lo mismo que de ella datan nuestros más ilustres hechos, que nos colocaron entonces al frente de la civilización europea. Sobre la cornisa, que por cierto no cede á la del primer cuerpo en bondad y magnificencia, álzase un pequeño ático que contiene una inscripción (1), y sostiene la estatua de la Virgen con su divino Hijo en los brazos, rodeada de una aureola de querubines y en medio de dos ángeles; y en los extremos laterales aparecen dos figuras también sentadas, y dos jarrones ó pebeteros.

El arco forma en su interior un nicho espacioso y profundo, y se presenta no menos decorado que las demás partes de esta obra. Seis bellas cariátides del tamaño natural, que expresan el dolor más vivo, sostienen los capiteles jónicos, sobre los cuales sigue guarneciendo todo el interior la cornisa descrita del primer cuerpo de los machones; y en los plafondos, que en las paredes laterales quedan entre aquellas figuras, hay un arabesco, que, aunque diferente en cada uno, en ambos termina en un busto fantástico, el cual sostiene un canastillo de frutas. Ocupan el fondo del arco la Virgen con Jesucristo difunto en su regazo, Magdalena y algunos ángeles, todo de gran relieve; pero, sea dicho sin ánimo de menoscabar el mérito indisputable de este sepulcro, muy mal figura tan piadoso asunto en medio de tanta gala, en medio de tanto adorno y profusión mundana, y ya el mismo escultor lo ocultó allí en aquel paraje retirado, como si presintiendo su mal efecto y contraste con lo demás lo quisiese ocultar á las miradas del observador. Encima se encorva con pompa y gracia el arco, que está cuajado de riquísimos artesones, y en verdad mucho requiere tan espléndido dosel la urna

(1) Dice así: *Raimundo Cardonæ qui Regnum Neapolitanum prerrogativa pene regia tenens gloriam sibi ex mansuetudine comparavit, Isabella uxor infelix marito opt: fecit. Vix. ann. XXXXXIIII. mens. VIII. dieb. VI anni. M. D. XXII.*

ó sarcófago, que es la pieza maestra de todo el monumento, y por sí sola interesante. Sobre un gran plinto están agachadas dos sirenas, ejecutadas con tanta dulzura y pastosidad, que al ver cuál se doblan sobre el borde del plinto sus patas traseras, que figuran ser membranosas como las nadaderas de ciertos peces, el oído espera percibir el sonido que debieran de producir si azotaran con ellas el agua; como agobiadas por la dura carga que sostienen, apóyanse en el suelo con ambas manos, y sus colas levantadas reúnense en el centro con un bello capacete. En lo que llamaremos peana de la urna, esto es, en aquella especie de zócalo que carga inmediatamente sobre este capacete y las sirenas, hay una pequeña faja de caballos y monstruos marinos en bajo-relieve de una pureza la más exquisita; sigue un adorno de lazos y hojas, y tras una moldura cóncava bien esculpida con canales y seguida de una línea de un pequeño medio-ovario aparece el vaso ó urna, que en el centro y extremos laterales de su parte inferior ostenta finísimas pechinas que con mucha gracia siguen la curva del vaso, ocupando bustos fantásticos el espacio que entre ellas queda. Corren encima dos fajas de arabescos, y tiéndese luégo el soberbio frente de la urna, digno rival del neto central del basamento por la magnificencia y superioridad de su gran relieve, que representa á Neptuno acompañado de Tritones, Diosas y Sirenas, montados en caballos y monstruos marinos: trozo brillantísimo ya por el cabal acierto en el desnudo á pesar de no pasar de poco menos de un palmo las figuras, ya por su expresión, por las actitudes, por el trémulo y sonoro movimiento de las aguas, por la variedad, ferocidad y admirable viveza de los caballos, y en general por el gusto de su composición, que lo hace acreedor á una lámina dedicada á él exclusivamente. Pero, este frente y las sirenas ofrecen á los ojos imágenes lascivas, que muy mal se avienen con la santidad de un templo y con la majestad de semejante obra; y si á la verdadera filosofía atendemos, y no á esas convenciones que los preceptistas han decorado con el nombre

de filosofía (1), no nos satisfará tal vez aquel cuadro mitológico junto al mismo cadáver, en la parte principal de su tumba, que como tal debía contener la representación de la principal de sus acciones. En la cubierta hay la estatua tendida sobre una rica alfombra sembrada de bordaduras; con la diestra rodea ó abraza el almete, que está debajo de un recamado cojín en que apoya la cabeza; su izquierda lleva el bastón de mando, y junto al ristre del peto hay las manoplas: así aparece armado aun en el descanso, en que allí se le representa, el que en vida anduvo con las armas en la mano con gloria de su patria (2).

Pero aun con esta descripción general, no podrá concebir una idea clara y exacta de la suntuosidad de aquel sepulcro quien no lo haya visto. El gusto purísimo que respiran todos sus adornos, su pastosidad, su flexibilidad, su atrevimiento y valentía (3) lo constituyen una de las excelentes obras que nos han legado los primeros y más sabios artífices de la restauración (4). Desde los peces y mariscos apenas tocados del cincel,

(1) Tal es, verbigracia, la de que los adornos y alegorías de este monumento son adecuados á su objeto, porque está dedicado á un Almirante. ¡Sublime filosofía, como la del músico que pone trompetas donde el poeta escribió: *suenan trompetas!*

(2) El cadáver de D. Ramón se conserva todavía incorrupto, y con el mismo vestido con que lo sepultaron; bien que este ha sufrido alguna alteración con las repetidas veces que en este siglo se ha abierto el sepulcro para enseñarlo á los viajeros, sin volver luégo á colocar la cubierta con el aplomo que antes lo cerraba casi herméticamente, y no sin notable daño de la parte superior de la urna, donde para ello apoyan siempre una grosera palanca de hierro. También contenía la urna la espada que el pontífice Julio II regaló á D. Ramón, cuando se le eligió general de la Liga Santísima, que así llamaron á la verificada entre el Papa, España y Venecia contra las fuerzas del Imperio y de Francia; pero hoy estará sin duda adornando con otras preciosidades robadas á España algún museo ó armería de París, pues se la llevaron los franceses cuando la guerra de la Independencia.

(3) Lo relevado y perfectamente vaciado de la mayor parte de los relieves es superior á todo elogio; y si de un mero capricho de osadía se puede inferir la que reina en la ejecución de las partes pricipales, permítasenos indiquemos aquel hilo que, como formado por el humor de sus labios entreabiertos, hay en la boca de la primera cariátide á la izquierda del interior del nicho, y cuya consistencia no se cree, hasta convencerse con el tacto de que allí lo dejó á propósito aislado el cincel al vaciar la concavidad de la boca.

(4) Como tal vez el testimonio de sabios profesores no sea del todo inútil en juicios de esta clase, citamos lo que han dicho D. Antonio Ponz y D. Antonio Ce-

que aparecen en la parte inferior del basamento, de las pilastras, de las bellas cariátides y de la urna hasta los arabescos del interior del nicho, ¡cuánta gracia! ¡cuánta magnificencia y variedad! Tan cuajado está de esculturas, que asemeja una cristalización grandiosa; y no contento el escultor con ejecutar con maestría las partes más notables, sembrólas de bellezas y de otros objetos casi imperceptibles para el que las mira desde el pavimento (1).—Mas ¿el ojo indagador de la crítica se pierde tal vez en ese amontonamiento de detalles y perfecciones de manera, que nada note allí que no sea digno de alabanza? En verdad mal cumpliríamos con el deber que nos impusimos, y no corresponderíamos á nuestros principios, que hemos manifestado en varios pasajes de estos apuntes, si omitiésemos los leves reparos que pueden ofrecerse al observador menos amaestrado por la experiencia. Á pesar de tanta gracia y valentía, aun con aquella pureza suya que encanta, no llena enteramente este monumento el objeto á que se le destinó, y aparece un tanto destituído de

---

lles acerca de esta obra: «—Aquí es menester hacer alto, digo en Bellpuig, donde »he hallado una obra digna de referírsela á V. y acaso el monumento más suntuo»so de las artes, que hay en Cataluña... Volviendo á Juan Nolano, bien merece »contarse como uno de los grandes hombres que florecieron cuando las nobles »Artes iban saliendo de las tinieblas.» PONZ, *Viaje de España, tomo 14, carta 5.ª* «—La multitud de corazas, de escudos, etc... sobre ser de tan elegante composi»ción se hallan trabajados con mucha valentía: en fin los más de dichos ornatos »fueron inspirados por aquellos que adornaban los famosos templos de Neptuno, »de Marte, y de otros semejantes monumentos antiguos... Si se comparan no obs»tante el sin número de preciosidades de esta nuestra obra con las de otras mu»chas de España, Francia, Italia, etc., puede absolutamente asegurarse que es »una de las más sublimes, y por lo mismo se la debe considerar como un modelo »exquisito de escultura de ornato arquitectónico, y de entallado el más ondulato»rio, flexible, pastoso y grandioso, etc.» CELLES, *artículo inserto en el diario de Barcelona, el 24 de abril de 1827.*

(1) En los solos trofeos, que adornan las fustes de las pilastras, hay que proceder con la mayor atención si se quiere gozar de cuanto contienen; pues no hay casco, ni escudo, ni jarro, ni aljaba, por pequeño que sea, que no lleve esculpidos otros relieves que bastarían para su cabal decoración si estuviesen en tamaño mayor. Podemos afirmar, sin temor de que se nos contradiga, que únicamente una colección de láminas á solo contorno y en fragmentos es suficiente para dar á conocer las riquezas de aquel monumento; colección, que por otra parte reportaría tanto provecho á las bellas artes, como honra á España y á los que la emprendiesen.

aquel carácter sepulcral de las masas griegas y de los obeliscos egipcios, que suben al cielo como la idea de la inmortalidad; pocos pensamientos profundos, pocas reflexiones sobre Dios, sobre la miseria de la vida, la inmensidad de los cielos, la eternidad y la muerte sugieren al alma aquellas graciosas imágenes, y échase menos la sensación honda y grave que raras veces dejan de causar los lineamentos grandiosos, severos y espléndidos. Ni se nos objete la delicadeza de buena parte de los sepulcros góticos: sobre no hacer alarde de gran saber en lo que dejaron los griegos y los romanos, los buenos artífices de los siglos XIII, XIV y XV sólo el sentimiento religioso tuvieron en cuenta al labrar sus obras; además, la misma expresión mística de las ojivas lo comunicaba á los detalles, en cuyos pequeños nichos solían ellos poner pequeñas figuras, que ocultaban su dolor entre los anchos pliegues de sus capuces y ropones, y convidaban á la meditación y al recogimiento; y si alguna vez tendían sobre la cubierta la estatua de una gentil dama, aun al esculpirla pura y esbelta, marcaban en todo su cuerpo aquella expresión de quietud y beatitud cristianas, que parecía estaba diciendo: *descanso en la paz del Señor!* En segundo lugar, sin mencionar ahora la mezcla de lo sagrado y lo profano, la misma profusión de ornatos perjudica su buen efecto; y ciertamente faltan ahí algún plano liso y molduras, que dividan los pensamientos, hagan resaltar las bellezas, y presenten puntos de reposo á los ojos. Con todo, estos recorren con admiración aquella trabajadísima masa de mármol blanco de Carrara; y al contemplar tanta magnificencia y perfección, el viajero saluda con respeto el nombre del grande escultor *Juan Nolano*, que recuerda un rótulo inscrito en el zócalo (1), y consagra un pen-

(1) Dice así: *Johannes Nolanus faciebat.* Frente de este sepulcro, entre las capillas hay tres grandes lápidas rectangulares de mármol blanco, ceñidas por un marco de mármol negro, en que se ven á manera de mosáico piezas de otros colores, que figuran armas, escudos, cuadros, banderas, etc., de bastante trabajo (*a*). Las dos, que están entre la segunda y primera capilla, dicen:

(*a*) Se han trasladado á la indicada iglesia parroquial y se hallan empotradas en la parte posterior del panteón.

samiento de admiración á la buena memoria de la esposa de D. Ramón de Cardona, Doña Isabel, que mandó erigir aquel sepulcro (1).

1.ª *D. O. M. Ferdinando Folchio, Cardonio, Anglasolio, Neapolitano Almiranto, Duci Somensi, Comiti Olivitii et Palamosii, Baroni Belpuchii, Lignolæ et vallis Almonasiriæ Ramondi Cardoni Neapolis Pro—rege Italiæ Prefecti, exercitus pontificii et veneti qui icto foedere coierant ducis eleccti, filio, Antoni Cardoni nepoti; cuius omnis vita gloriosis laboribus consumpta est dum Carolo V. Imp. maximis rebus gerendi comes adest adsiduus, et publicæ consulit utilitati. Vixit annos XLIX, menses IX, dies XXIV; obiit anno sal M. D. LXXI. idib. septemb. Antonius filius idemque hœres Patri piissimo pos.* (queda un espacio y sigue:) —*Ramondo Cardonio, Ferdinandi priori filio, cui novem tantum diebus vitalis lucis usura perfrui concessum fuit, Antonius frater p.*

2.ª *D. O. M. Memoriæ maiorum et ossibus Folchiis, Cardoniis, Anglasoliis, Requeseniis, et una cum iis quos progenurunt amplissimis honoribus et titulis decoratos mollius quiescat, Antonius Folchius, Cardonius, Anglasolius, Requesenius, Cordobus, Dux Somensis, translatis ex arce locum dedit. Vixere annos ob nimiam vetustatem posteris suis incertos.*

La lápida inmediata al presbiterio contiene esta inscripción: *D. O. M. Beatrici Figueroæ, Ludovici Corbubi, Suessani Ducis. filiæ, Magni illius Gonzalvi Ferrantis nepti, Ferdinandi Cardoni magni Neapolitani Almiranti uxori. Visit annos XXX: obiit anno M. D. LIII nonis augusti. Antonius Folchius, Cordubus, Anglasolius, Dux Somensis, Matri dulcissimæ posuit.* (Sigue un espacio en blanco y continúa:)—*Hieronimo Cardonio, Anglasolio, Ferdinandi et Beatricis filio, qui ex hac luce quinto ætatis anno excedens, parenti ex dificili partu acerbam mortem, sibi fatalem horam nimium properavit, Antonius omnibus aliis rebus destituto in gremio et sinu matris locum dedit.*

(1) Desierto y despojado el convento en que está esta obra, tal vez siga la suerte de los demás situados fuera de las poblaciones, mayormente si se mira al estado ruinoso que en varias partes ofrece. Qué será entonces del sepulcro? Se achacará también á la revolución la barbarie de los que toleren la destrucción de tal monumento? Por qué no se traslada á la iglesia parroquial del mismo pueblo, ya que con poquísimo coste podría esto verificarse? — Ni pedimos que se lleve á Madrid, á ese panteón que á guisa de *depósito central*, debe reunir en la corte los mejores monumentos de España; porque los sepulcros no son cuadros, y la mayor parte de su interés desaparece si se arrancan de las capillas solitarias, de las naves donde sobresalen aislados, de los silenciosos claustros, y sobre todo del mismo puesto con que están íntimamente enlazados los recuerdos de los difuntos, y al cual dan nombradía é importancia, cuando no le procuran lucro con la afluencia de viajeros y artistas. Si la manía de centralizar hasta lo menos susceptible de centralización lleva á cabo ese proyecto, el público curioso y desocupado tendrá, no hay duda, el singular placer de ir á pasar por delante de aquella preciosa colección de urnas como va á una exposición de artefactos, los folletinistas larga materia para salir de apuros, los versificadores asunto para una evocación general de sombras y espectros, los *románticos* á la moda, ó por mejor decir, los nuevos clásicos, fuente abundante para sus inspiraciones, y grande ocasión para sermonear en verso ó en versículos; pero entre tanto la poesía que ama el murmullo de los árboles seculares en los monasterios, que rodea con un velo santo de luz las cúpulas y los campanarios, que aparece gigantesca envuelta en la misteriosa oscuri-

Lérida

Junto al río Segre, que baña sus murallas por la parte de mediodía, y caprichosamente encastillada en la pendiente de una colina, preséntase Lérida bella y pintoresca al que llega por la entrada del Puente (*a*). Detrás de la ancha faja del agua, que con el puente asoma en primer término, van empinándose los edificios, sombreando la mole del castillo toda la población, al paso que la alta torre de la catedral, que ocupa la cima, desde lejos llama la atención del viajero. Ya aquel conjunto le promete vistas y sensaciones tales como las gozó en Gerona; y efectivamente, al atravesar la puerta, se ve realizada su esperanza, y disfruta de un espectáculo que raras veces pueden dar las modernas poblaciones. Delante y á la izquierda, pórticos, que todavía conservan su carácter gótico, elevan sus robustas ojivas, á cuyo abrigo ábrense numerosas tiendas; y para completar el efecto, junto á éstas hay unas aberturas, que por sus escalones

---

dad de los templos, y nos inunda de un terror sublime en los pardos muros de los claustros llenos de sepulturas,—esa poesía habrá desaparecido (*a*).

(*a*) Hoy la entrada más concurrida es por la puerta del Príncipe Alfonso, que comunica con la estación del ferro-carril de Zaragoza á Barcelona.

El puente antiguo que daba nombre á la puerta de que se habla en el texto, subsistió hasta el 25 de Junio de 1866 en que se hundieron tres de sus arcos, sustituyéndose por uno de madera que en 1875 dejó su lugar á otro de hierro. Cruza también el Segre otro puente destinado al ferro-carril.

Por lo demás, el aspecto de la ciudad ha cambiado notablemente con el ensanche que se ha efectuado hacia la parte de la estación, el pasco ó rambla de Fernando, y los Campos Elíseos que se levantan en el lugar donde existía el *Cap-pont*.

(*a*) Á esta elocuentísima excitación de Piferrer débese, de seguro, la salvación del incomparable monumento con tanto entusiasmo como exactitud descrito. Hoy, en efecto, se halla trasladado á la Iglesia parroquial y colocado llenando el vano del arco de una de las capillas del lado del Evangelio.

El señor Pleyán de Porta en su citada monografía *Bellpuig (Álbum hist. pint. y mon. de Lleyda y sa provincia*, t. I) indica que esta traslación tuvo lugar desde el 13 de Diciembre de 1841 (obsérvese la proximidad de esta fecha con la de la primera publicación de la presente obra) á 11 de Mayo de 1842 que duró la obra de desmonte y reconstrucción. Consta del acta levantada en 11 de dicho Mayo por el notario D. J. Gili á presencia del procurador de la casa del Duque, la venerable Unión y Reverenda Comunidad de Presbíteros, del Capellán Mayor, Alcalde y Ayuntamiento, el sobrestante director de la obra, los albañiles y acompañamiento. Consta asimismo en ella como se abrió á presencia de todos el sarcófago y se vió el cuerpo incorrupto de Cardona, cuyas facciones conservaba, hallándose en buen estado sus vestidos y midiendo el cadáver 1'82 metros.

y por los individuos que suben y bajan ó asoman en el fondo, se conoce son habitaciones subterráneas. Á la derecha hierve el gentío en la plaza del mercado, que lo es de granos; y si se coloca el observador junto al lienzo de mediodía, mirando á la fuente, que es un exceso de barroquismo, tendrá un punto de vista deliciosísimo, en el cual, sobre el movimiento de los que llenan la plaza, y sobre los grupos de apiñados edificios destácase la gran masa de la catedral antigua, cuyo campanario cobra allí altura inmensa, amenazando todó aquel sitio desde su elevado asiento, al paso que á la derecha adelántase el antiguo templo de S. Juan, que visitaremos de paso.

Tiene á un lado su puerta principal, que suplicamos se detenga á contemplar el viajero, si quiere tomar apuntación de un monumento de un género no muy común, y muy elegante en el mismo. Es una portada bizantina que forma un cuerpo de resalto; compónese la puerta de varios arcos cilíndricos, concéntricos y semicirculares, que descansan en otras tantas columnas, y en cuyo arranque hay pequeñas estatuas de grande efecto; remata el todo en una cornisa apeada por unos grandes modillones bárbaros, que con todo recuerdan las fábricas romanas; y encima ábrese una ventana; en medio de otras dos algo distantes, que también están sobre dos trozos de cornisa. Todavía queda en el exterior descubierta buena parte del ábside; y si pudiera despejársele de los edificios que con el transcurso de los siglos se le han agregado, presentaría San Juan un conjunto muy original é interesante entre los monumentos del siglo XII. Hay otra puerta muy sencilla donde debería estar la principal (1), y sólo es notable por una ventana en ojiva, adornada al gusto que domina el templo (*a*). De una sola nave es el interior, y si bien

(1) Esta puerta está en un callejón, detrás del *Almudi*, que es la casa donde se depositan los granos, que no pueden venderse el día de mercado. Creemos ocioso advertir que es árabe la etimología de Almudí, sinónimo de *Alfolí* ó *Alholi* *Alhorí*, y *Alhondiga* ó *Alfondiga*.

(a) La parte ojival de este templo debióse sin duda á una reparación que sufrió en el siglo XIV según una lápida en jaspe que decía: *En lan de Nostre Senyor*

LÉRIDA.—Vista general

conserva algunos pilares ó columnas toscas, con capiteles sin labrar, y arrimadas á las paredes, á primera vista conócese que la iglesia ha sido renovada en algunas partes, mayormente en la bóveda; pero ninguna inscripción da noticia al viajero de la época de semejantes renovaciones (1), y la misma poca luz que reina en ella aviénese al misterio que cubre su fábrica y su historia (*a*).

Otro templo tiene Lérida más bárbaro aún y tal vez de fundación mucho más remota, aunque no así lo juzgará el que llegue á San Lorenzo por la plazuela que á él conduce entre mediodía y poniente. El efecto que allí ofrece es de los más pintorescos que pueden darse: estribos rojizos y apiñados, paredes roídas y gastadas, trozos de ventanas medio tapiadas, urnas sepulcrales con los detalles borrados, el exterior de un ábside el más caprichoso, y una linda puerta gótica medio oculta detrás del gracioso campanario que á su lado se levanta. Esta entrada y dos pequeñas capillas con sus altares del mismo estilo, que se encuentran dentro inmediatas á ella, á la izquierda, son lo único que tiene algún adorno y elegancia, pues sus arcos llevan buenos calados, y los relieves de sus altares no carecen de expresión y de pureza. Pero pase el observador á la nave central, si quiere ver el verdadero templo; de una ojeada ya conocerá que la planta primitiva constó de aquella sola nave, cuya barbarie amedrenta, y más parece propia de unas catacumbas

---

M.CCC.LXXII frare Ramon de Colum de la ordre de frares menos per la gracia de Deu bisbe de Tercuisa). Tremeseu sagra aquesta esglesia lo tercer dimecres apres Aparici e esen aquel an obres en P. Emerich girugich, en Brg. Fillol specier.

(1) La única lápida que hay en esta iglesia hállase á la derecha del que entra por la puerta principal, sobre la pila del agua bendita, y dice: *Lonorable en Berenguer Gallart ciutadá de Leyda quondam obiit lany de la Nativitat Nostre Senyor MCCCCVIII a VI de febrer lexa a la almoyna de Sent Johan cent lliuras barch cascun any en la vigilia de Nadal.*

(*a*) Á pesar de su interés artístico y de los recuerdos que para el pueblo leridense encerraba este edificio, pues que en él se congregaba el Concejo general de la ciudad en los buenos tiempos en que ésta gozaba sus privilegios, no se libró del frenesí destructor que caracteriza los períodos revolucionarios. En 19 de Octubre de 1868 empezó su derribo, de orden del Ayuntamiento, y pronto desapareció todo vestigio del que debía considerarse como monumento de gloria.

que de una iglesia del Señor; y al ver la forma de su bóvedà, sus pilares, sus paredes y su poca luz, fácilmente nos adhiriéramos al dictamen de los que la han reputado obra *goda*, á no saber que la mano de los sectarios de Mahoma pocos templos perdonó en el furor de la invasión que inundó España. Con todo, ya que no nos atrevemos á concederle tanta antigüedad, que ningún documento apoya, pero que su misma forma confirma; sus robustísimas paredes, los seis pilares ó columnas pareadas, arrimadas á ella sin base, sin proporción, sin pulimento, los capiteles sin labrar, que se parecen á una piedra á la cual sólo se le dió el primer corte y desbaste para la precisa configuración del capitel, —tan diferente del rico corintio, como el pedrusco, que desbastado marcaba las dimensiones de una grande estatua, lo era del Moisés que el cincel de Miguel Ángel arrancó de dentro de aquel envoltorio, —la bóveda, que es continuada y tosca, interrumpida por tres arcos, que á manera de fajas cargan pesadísimos y sin ninguna moldura sobre los pilares, todo hace á San Lorenzo anterior al siglo XII, en que conquistó definitivamente á Lérida el conde de Barcelona D. Ramón Berenguer *el Santo* (1). Y si el observador es poeta, y en medio

(1) Dejando á las investigaciones de los anticuarios el cuidado de fijar el oscuro origen de Lérida, cuyo nombre antiguo *Ilerda* tiene su etimología en la voz céltica ó hebrea *il* ó *hil*, que significa ciudad ó fortaleza, y de *ard* ó *erd*, altura (*a*); sólo mencionaremos de paso que sus habitantes los ilergetes, en cuya región ella estaba situada, se señalaron en su resistencia contra los romanos, y que junto á sus murallas comenzó á eclipsarse la estrella de Pompeyo con la desastrosa campaña en que sus dos generales Afranio y Petreyo experimentaron la superioridad de César, que les precisó á evacuar España, no quedando en ella más que la división pompeyana de Varrón, que ocupaba la ulterior. Octavio la condecoró con el título de Municipio, que se ve en casi todas sus monedas de entonces, y estuvo ella muy floreciente bajo el mando de los emperadores. Cuando la irrupción sarracena, rindióse sin resistencia en 716 á las vencedoras armas de Muza y Tarec; tomáronla á principios del siglo IX las de Ludovico Pío; pero volviendo luégo á poder de los moros, poseyéronla éstos hasta el 24 de Octubre de 1148, en que el gran D. Ramón Berenguer IV los echó de aquella ciudad para siempre, y restableció en ella la sede episcopal, que entre tanto anduviera vagando, ó sólo había tenido permanencia provisional en Roda. Entonces añadió Lérida las cuatro barras

(*a*) En las monedas ibéricas de Lérida se ha leído *Ilitsurda*, ó sea ciudad de los *sardanes* ó *surdaones*, atribuyéndolas al pueblo de este nombre que, después de haber entrado por la moderna Cerdaña, fué bajando hasta aquella ciudad.

de aquella oscuridad, en que apenas puede introducir un pálido vislumbre la única y pequeña ventana que hay colocada sobre la sencilla puerta, escucha cuál ruge afuera el viento que estremece la bóveda y hace retemblar los vidrios; fácilmente su imaginación le transportará á los tiempos en que Atanagildo fundaba un San Millán de la Cogolla de Suso, Sisebuto levantaba en Toledo un templo á Santa Leocadia, y Wamba otro en el pueblo de Bamba, al paso que la alta estatura, las pieles y el crujir de las armas de aquella raza invasora se armonizaran perfectamente con el carácter robusto, tosco y triste del santuario. Pero á esta obra antigua se le añadieron después dos pequeñas naves laterales, abriendo en las macizas paredes arcadas de comunicación ojivales, pero gruesas y pesadas; y aunque son góticas estas añadiduras, corren sin embargo parejas en lo sombrío con la fábrica primera, y sólo la puerta y capillas mencionadas ostentan algún adorno y elegancia. También es gótico el altar mayor, que respira el gusto del 1400, aunque no en su mayor pureza: es de piedra, apóyase en una línea de escudos y florones, y en otra de nichos con bustos de santos, y lo dividen verticalmente seis pilarcitos piramidales, que llevan cada uno tres figuras de santos con sus doseletes y peanas, y horizontalmente fajas de dibujos, formando de este modo tres cuerpos de cuadros, en los cuales hay ejecutados en relieve varios pasos de la vida y martirio de San Lorenzo, cuya estatua está entre los dos pilares del centro cobijada por un alto y trabajado piná-

---

gules á las cuatro flores de lis con que, según es fama, la decoró Ludovico Pío (a), pero dió después una de estas flores al blasón de Valencia, en cuyo sitio se señalaron los tercios leridanos, á los cuales debió la ciudad conquistada buena parte de su nueva población y los pesos y medidas. El rey D. Jaime II *el Justo*, á 1.º de Setiembre de 1300 fundó en ella aquella Universidad, que tanto floreció hasta el año de 1717, en que el rey D. Felipe V reunió todas las de Cataluña en Cervera. Varios son los sitios que le han merecido triste nombradía; y apenas ha habido guerra que no le haya costado un asalto y un saqueo: circunstancia fatal á toda la población, y también á los monumentos antiguos, que han desaparecido en su mayor parte.

(a) **Esta referencia á los emblemas del escudo de armas de Lérida, debe considerarse sólo como una tradición.**

culo piramidal; de manera, que como también los cuadros superiores terminan en ligeras agujas, asoman en el remate de este altar once cúspides, que son su mayor gracia. Mas aunque de piedra, está pintado; y al paso que el oro y el azul no escasean en las esculturas de los pilares y de las fajas, también las figuras de los relieves ostentan su encarnación, un tanto denegrida, y los colores del traje. Dé el observador una ojeada á las pocas inscripciones sepulcrales que hay en este templo (1), y saliendo

(1) Aunque no ofrecen ninguna particularidad, como no se han publicado hasta ahora, creemos nos agradecerán los curiosos y los viajeros que les ahorremos el trabajo de ir á descifrar sus oscuras y numerosas abreviaturas y transposiciones de letras. Entrando por la puerta de mediodía, en aquella misma nave lateral, á algunos palmos del suelo hay empotradas en el machón más inmediato al presbiterio dos lápidas; la inferior bastante ancha y de piedra negra, lleva una orla de follaje, que parece estuvo dorado, y tiene por armas tres calderos, diciendo la inscripción: *Aquesta es la sepultura del honrat en Simó Caldera mercader de la ciutat de Leyda del cual son marmessors perpetuals la confraria dels mercaders e teners de la dita ciutat;* y la superior, que es más pequeña y de mármol blanco, con caracteres iguales á la de San Juan dice: *Lonorable en Berenguer Gallart ciutadá de Leyde q° qui obiit lany de la Nativitat de Nostre Senyor MCCCCVIII a VI de Jebrer lexa als pobres vergonyans de Sent Lorens XV lliuras barch. cascun any X lliuras la vigili de Nadal... V. la vigilia de Pasca.* Frente á este machón, en el inmediato y dentro de la misma arcada de comunicación, hay un pedrusco levantado del suelo, tosco y con algunos escudos de armas, que parece una urna; y algunos palmos más arriba, sobre la imposta del arco vese una lápida casi elíptica con esta inscripción: *Anno domini M° C. C°XC VI tercio nonas januarii obiit Bernardus Rodera civis Y lerde et Bernardus Rodera draperius filius eius instituit pro anima dicti patris sui decem solidos censuales operi Sancti Laurentii anima eius requiescat in pace amen.* En la sacristía del rector, antes capilla, hay un sepulcro, de que sólo se ve la mitad, pues el techo que allí pusieron para formar dos pisos cubre la estatatua echada y el remate (a); y la inscripción dice así: *En lan de Nostre Senyor, M.CCC.XXX.* I. *dimarts IIII idus setembre pasa daquesta vida en... rega ciutada de Leyda lo cos del cual iau aci qui Jeu fer esta capela sots invocació de Sen Johan evangeliste en la cual capela establi dos preveres qui canten tot temps per la sua anima e de son pare e de sa mare e de tots fels defuns als cual asigna ccc. sol. iaqs. sensals percascun an e XXV sol sensals per alrealenc item lexa CXX sol. sensals á la claustra de la seu de Leyda per provesió á J. pobre per tots temps anima cuius requiescat in pace amen.* Detrás del altar mayor, dentro de un oscurísimo rincón donde antiguamente se custodiaban los sagrados ornamentos, debajo de un sepulcro muy elevado en la pared, gótico, pintado y con estatua echada, que no pudimos examinar detenidamente por lo incómodo del lugar y por la escasa luz que nos alumbraba, hay una lápida con la inscripción siguiente: *Ad honorem Dei et beate Virginis Marie et ob reverenciam beati Petri apostoli venerabilis et discretus Simon Guaça rector ecclesie V maro... ale..' et beneficiatus in ecclesia Sancti Laurencii et asignavit isti capel le beati Petri Apostoli. c. sol. jachm, perpetuo censua-*

(a) Han desaparecido los obstáculos que impedían la vista de este bello sepulcro.

por la puerta del norte, despídase de una fábrica tan venerable por su antigüedad como rara por su conjunto.

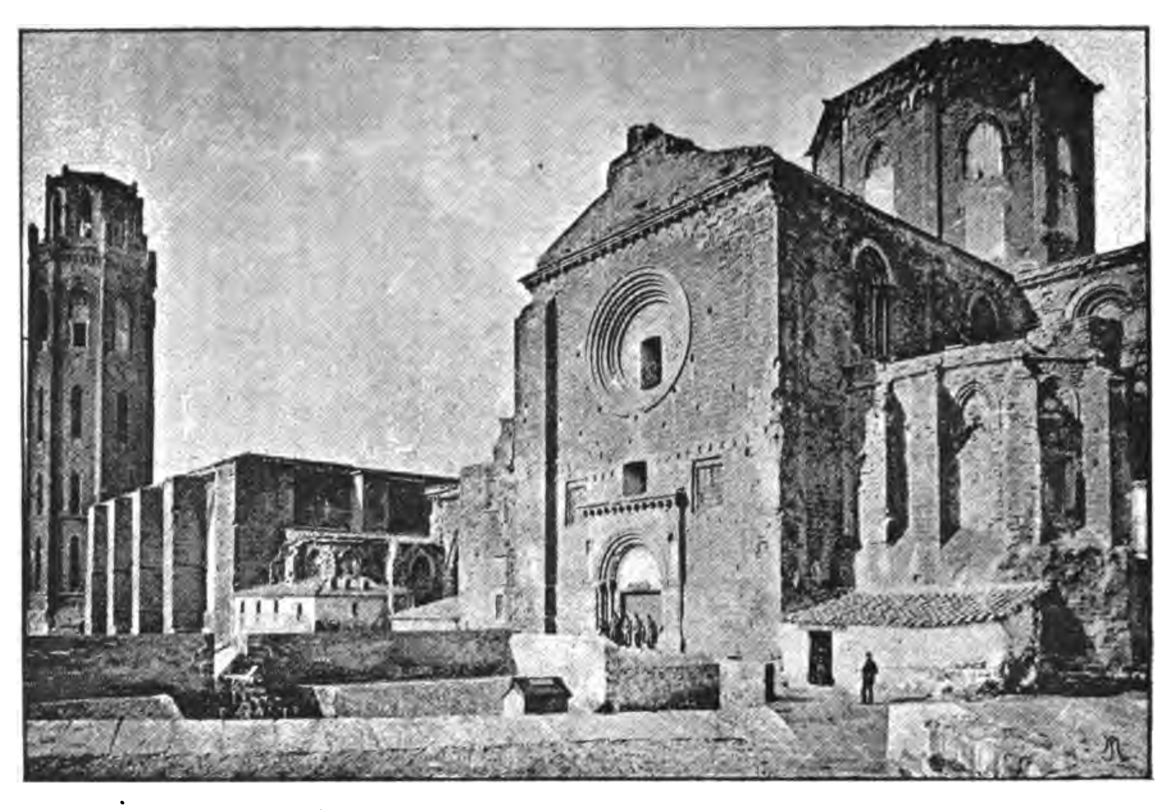
Catedral Antigua

Si la vista de un templo desierto, profanado y mutilado en muchas de sus partes llena de amargura tu corazón, saluda al pasar, oh viajero, las rojas paredes de la catedral antigua, y aléjate de Lérida conservando las ilusiones que aquella alta fábrica hizo nacer en tu espíritu. En mal hora la edificaron dentro del recinto de una fortaleza; y al ver su abandono, sus ventanas rotas, su interior convertido en cuartel y almacenes, y derribados los sepulcros, viénense á la imaginación las palabras del sublime profeta: *los caminos están de luto, porque no hay quien venga á las solemnidades, todas sus puertas destruidas... Desechó el Señor su altar, maldijo su santuario, entregó en manos del enemigo sus murallas torreadas: dieron voces en la casa del Señor, como en día de solemnidad.* Pero si el amor al arte y á los monumentos de la antigüedad sabe vencer tan funestas impresiones, sube al castillo, recorre y mira.

Es aquella catedral un magnífico resto de la arquitectura bizantino-gótica con mezcla del gusto árabe en algunas de sus partes; extrañísimo conjunto que la constituye una de las páginas más interesantes y más escasas de la historia del arte. El frontis se aparta enteramente del carácter general de todo el edificio; y, lo mismo que el de la iglesia tarraconense, es una obra gótica pura unida á una fábrica, donde si algo hay gótico, está adulterado y ajustado á las exigencias del género bizantino. Consiste en una portada cuyo ingreso forma una grande ojiva en degradación, que consta de cuatro arcos concéntricos. Á ca-

---

les in d... unsdale qd p...t et asignavit pro faciendo aniversario pro ipsius anima cuolibet anno X sol. jachm. perpetuo censuales et etiam V. sol jachm. pro alio aniversario cuolibet (estas dos palabras están casi borradas) *anno fiendo pro anima beneficiati Gaça quondam frater.*



LÉRIDA.—Vista de la Catedral Antigua

da lado, levántanse del suelo seis bien esculpidos pedestales, en cuyo remate hay que mirar la hermosa combinación de los relieves; siguen doce nichos, si de tales pueden calificarse unos espacios divididos por molduras, bien que faltan las estatuas; y sobre ellos asoman unos muy trabajados doseletes sin cúpula. Otros menos pequeños siguen guarneciendo todo el intrados de la grande arcada, dispuestos de manera, que á la vez cobijaban la estatua que cada uno tenía debajo y servían de pedestal á otra. Está la puerta dividida en dos por un pilar labrado en forma de pedestal hasta su mitad, y coronado con un gran doselete igual á los descritos, formando el espacio intermedio un nicho, ahora vacío, guarnecido á uno y otro lado con pequeñas estatuas. Desde el dintel al arco hay tres líneas de figuras en relieve, y sobre dos ángeles ocupa el centro la del Padre Eterno, de tamaño mayor que las demás. Aun así mutilada produce esta puerta muy buen efecto; pero si al extrados del arco no le faltaran casi todas las hojas que lo embellecían, si se conservasen íntegros los dos pilares piramidales que llenos de labores se levantan á los lados, si volvieran á colocarse en los pedestales la estatua de la Virgen, los doce Apóstoles, y las demás figuras (1); sería esta una portada muy notable ya que no por lo grandiosa, por lo elegante y adornada.

(1) Las estatuas de los Apóstoles y de la Virgen guárdanse en la pequeña iglesia de San Pablo. Las de los Apóstoles son gigantescas, y no carecen de bondad en las proporciones y en los paños, de expresión en los rostros, y de majestad en el conjunto. La Virgen está hoy pintada y colocada en un altar donde se venera, y en su frente se ve un levísimo hoyo, que la tradición explica del siguiente modo: Mientras el maestro de la portada de la catedral trabajaba para el hospital una Virgen, que aún persevera; uno de sus oficiales, que es fama era el aprendiz, tanto se afanó en la construcción de la estatua que debía adornar el pilar que divide en dos la puerta del templo antiguo, que dejó muy atrás al maestro y su obra. Furioso éste al verse vencido por su aprendiz, y cegándole los celos, cogió un martillo y lo lanzó á la frente de la nueva estatua; pero, dice la tradición, la Virgen no dejó impune el insulto hecho á su imagen, y una muerte repentina fué el castigo del sacrílego artífice. Sin embargo, si el lector recorre alguna vez las calles de Lérida y se detiene á contemplar la hermosa figura de Nuestra Señora y el soberbio pedestal y doselete góticos que la acompañan sobre el dintel de la puerta del Hospital, creemos que no tardará en preferirla á la que se venera en San Pablo, y se compadecerá del error y celos del buen Maestro.

Por una disposición no muy frecuente en las fábricas antiguas, éntrase por allí al claustro, que precede á la iglesia, y es un monumento en que compiten lo singular y lo pintoresco. Consta cada corredor de tres grandes arcadas desiguales en grandor y en adornos; y divídenlas estribos tan originales y caprichosos, que desde el suelo hasta la imposta figuran ya un solo y robusto pilar bizantino, ya dos igualmente macizos, ya un trozo del mismo estribo con uno en cada ángulo, siguiendo liso el machón hasta el remate de la pared. En la parte interior vense arrimados á los estribos otros pilares que apean los arcos, y en unos y otros hay que estudiar sus capiteles, llenos de fantasía y gracia. Antiguamente ocupaban todo el claro de las arcadas calados muy sencillos, que casi sólo consistían en líneas cruzadas, de que aún hay restos. Las dovelas de las ojivas figuran cables retorcidos, dobles líneas ondulantes sumamente graciosas, dientes de sierra, y aquel adorno tan característico del estilo bizantino, compuesto de grecas trabadas entre sí. Pero á no haber ciertas imágenes en algunos de los capiteles, y si no se supiera que aquella obra forma parte de un templo cristiano, creeríase tal vez ver un resto de las fábricas mahometanas: tan árabe es el gusto que aquel claustro respira.

Fuerza le será, empero, salir de él al que quiera visitar la iglesia, pues han desaparecido las puertas que conducían al interior; bien que de paso puede echar una ojeada al campanario gótico, que se levanta esbelto y atrevido al extremo de la derecha de la portada, y cuyas ventanas destrozadas y despedazado remate están atestiguando los estragos de las guerras. Por el solo examen del exterior del templo, conócese que la planta figura una larga cruz latina, enteramente igual á la catedral de Tarragona aunque en menores proporciones, con cimborio en el centro y grande ábside en el extremo. Pero, además de las preciosidades que iremos observando en esta iglesia y de que carece la magnífica tarraconense, ya en el crucero asoma un pensamiento original y sobremanera armonioso: cada brazo lleva una

portada, que al paso que da mayor belleza á todo el edificio y á aquel cuerpo saliente, engrandece el punto de vista; y el que por allí entra goza de toda la majestad de aquella nave transversal, á cuyo extremo divisa otra puerta, cuya misma luz, contrastando con las masas sombrías de las paredes, hace que parezca más lejana y finge mayores dimensiones en aquella parte de la fábrica. La portada del brazo que mira al norte es rigurosamente bizantina (1); pero como ninguna particularidad ofrece que no veamos luégo con mayor perfección en otras, suba el observador por aquella escalera que conduce al segundo piso del interior, ya que la mano vandálica de los soldados de Felipe V convirtió en cuarteles tan rico y santo monumento, y sólo á ella culpe si aquella menguada división en dos pisos le roba buena parte de la altura y del efecto de las naves (2). Consta de tres, divididas á uno y otro lado por tres pilares, que se componen de un grupo de columnas, como los de la catedral de Tarragona; pero, preciosidad que no tienen los de ésta, los capiteles convidan á un estudio el más completo y más rico de adornos bizantino-góticos. Es increíble la analogía que guardan con las iluminaciones de los códices del 1100 y 1200; y sierpes enlazadas, dragones fantásticos, monstruos, grecas, florones y caprichosas combinaciones de líneas, todo parece se copió de las pintadas iniciales de una Biblia ó del cartulario de algún monasterio del norte. Pero su mismo buen gusto revela que, aunque bizantinos, anduvo en ellos la mano de los artífices góticos, y que el género germánico regeneraba el arte con las formas ojivales al erigirse á Dios aquel edificio; y cuando otro

(1) Á la derecha de esta portada, en el estribo angular y muy levantada del suelo, hay una lápida, que en caracteres del siglo XIII dice: *Lo pare den Pere Bonaventura Bavaci f...o mort en las ca* $\frac{\textit{lendas}}{\textit{iuliol.}}$

(2) Al destinarse este templo para cuarteles tras la toma de Lérida por las armas de Felipe V, se dividió en dos altos, levantando además tabiques de separación. El superior se reservó para habitaciones, y el inferior sirve ahora de almacén de municiones ó del parque.

testimonio no lo confirmase, publicaríanlo las solas ojivas, que cargan sobre los pilares muy altas, mas en extremo gruesas y sin los cordones ó molduras cilíndricas propias de las bóvedas bizantinas. Siga empero el observador á lo largo de la nave lateral del norte, que es la inmediata á la escalera por donde subió, y al llegar junto á la pared que hace veces de portada y divide la iglesia del claustro, vuélvase, y mire el buen efecto de aquellos grupos de capiteles, cuyos detalles destácanse al principio con limpieza y van perdiéndose luégo entre la oscuridad y la distancia; y, perdónesenos la suposición, tal vez no le pesará por un momento que esté el templo dividido en dos pisos, pues los pilares, que como en su mayor parte se hunden en el inferior, aparecen allí bajos y sin base, la bóveda pesada y sombría, la misma luz dudosa, todo da á aquella nave el carácter de un templo subterráneo sajón (1). Sin embargo la central muéstrase ya más despejada y anchurosa aun privada como está de casi el cuarto de su altura; y completan la homogeneidad del edificio aquellas preciosas ventanas bizantinas, que raras veces se ofrecerán al estudio del artista, pues consta cada una de los dobles pilares y arcos, de que suelen componerse las puertas del mismo género. Mas las del cimborio desvíanse un tanto de la forma general de las demás, y asoman en ellas calados que se resienten aún de la sencillez y no muy buen gusto del arte sajón en esta clase de adornos, y que quizás pudieran compararse con los de San Cucufate del Vallés y de la catedral de Tarragona. La nave del crucero es ahora el remate de la iglesia, pues una pared divide de esta el trozo superior de la central y el ábside, que es la capilla de la guarnición. Mas para entrar

(1) El sepulcro que se ve en la pared del segundo arco fué el del venerable Berenguer de Peralta, canónigo y después obispo electo de Lérida, que falleció en 1256 antes de ser consagrado como tal. En 1276 erigiósele aquella sepultura, muy mutilada en el día, que aún conserva casi toda la estatua echada, revestida con los antiguos hábitos clericales, varios relieves que representan el clero y el pueblo, y en el remate dos serafines sosteniendo una mitra. En una lápida que había al lado leíase: *Anno Domini MCCLXXVI sexto nonas octobris transitus venerabilis patris domini Berengarii Peralte huius sacrosante sedis electi.*

en esta, descienda el viajero la mencionada escalera, y contemplando por un rato el aspecto sublime y grandioso que presentan por aquella parte del norte las negruzcas y ruinosas paredes de la iglesia y del remate, abra la pequeña puerta que á este le conduce. Es una pieza muy desembarazada; y aunque blanqueada mezquinamente, los ojos descansan con placer en la elegancia del ábside, y en su bóveda proporcionada y cerrada perfectamente (1).

Si desea gozar uno de los mejores puntos de vista que ofrece el exterior de aquel remate, dé el viajero la vuelta á la especie de torreón que forma la curva del presbiterio, y colóquese junto á la batería que mira entre mediodía y oriente. Raras veces se habrá complacido su alma en más sublime y armonioso espectáculo, pues el arte, la antigüedad y la misma naturaleza reúnense allí para producir un efecto mágico y grandioso. Á la derecha, junto al torreón del ábside donde se destaca con lim-

(1) Dos cosas notables hay en este presbiterio: una lápida romana, perfectamente conservada, que ya han publicado Finestres y Pujades (*a*), y un sepulcro gótico. Forma este un bello arco ojival, con pilares piramidales á los lados; dentro hay una urna con figura echada de un sacerdote joven, sobre el cual aparecen tres ángeles que levantan un velo ó paño mortuorio en ademán de enseñar la estatua al observador, y ocupan el restante espacio varios relieves que representan el clero y el pueblo, todo mutilado. Créese que estuvo allí sepultado un hijo natural del rey don Pedro I *el Católico*, canónigo y sacristán de aquella santa iglesia (*b*); y en el pilar del crucero de la parte de la epístola hay una lápida de mármol negro con esta inscripción: *Anno Dni. MCCLIV pridie idus septembris obiit Petrus de Rege canonicu et sacrista istus sedis qui fuit filius illustrissimi domini regis Petri Aragonum et constituit sibi anniversarium XV solidorum. Anima ejus requiescat in pace, amen* (*c*). Cuando estuvo concluída la fábrica del templo debió de trasladarse el cadáver al vecino sepulcro ya descrito; y en una de sus preciosas hojas volantes publicada en Vich por 1834, el distinguido anticuario D. Jaime Ripoll insinuó la idea de que tal vez aquel hijo natural del Rey D. Pedro tomó el apellido latinizado *de Rege*, del catalán *Rey* ó *Reig* propio de su madre.

(*a*) Figura en el Museo de Antigüedades, instalado en el Instituto Provincial.

(*b*) D. Luís Roca y Florejachs en su laureada obra: *La Seo: Memoria de la Catedral antigua de Lérida*, Lérida, 1881, á la cual recurrimos especialmente para completar el texto, dice acerca de este sepulcro (página 59): «Una nota entresacada del libro de *la Pretiosa* existente en el Archivo de la Catedral ha venido á señalarnos la verdadera pertenencia. Destinóse aquel sepulcro á contener el cadáver del Rdo. D. Berenguer de Barutell, Consejero regio, Canónigo y Arcediano mayor de la Seo leridana, que tuvo un fin harto desgraciado. Falleció á las tres de la noche del 2 de Diciembre de 1432; sucumbiendo á las siete violentas heridas que en defensa de la iglesia había recibido el día anterior por mano de enconados adversarios.»

(*c*) Se trasladó esta lápida al Museo de Antigüedades.



LÉRIDA.—Fachada de las Casas Consistoriales

pieza una de las ventanas que describimos, dos trozos góticos, á manera de torrecillas, ocupan parte del ángulo formado por aquella y por el brazo del crucero, asomando en lo alto la linterna. La mano del tiempo y el furor de las guerras han dado nueva sublimidad á aquellas masas de suyo sublimes: no hay un sillar que no esté gastado ó conmovido, no hay remate que no esté destrozado, los calados góticos aparecen en parte rotos y en parte tapiados, y en los intersticios de los trozos más ruinosos aparecen plantas enormes y arbustos, que el viento mece tristemente. En el centro álzase la fachada del brazo de mediodía del crucero, sigue luégo el exterior de una capilla gótica, y tras la mole de los estribos del claustro lánzase á las nubes el bello campanario. Pero, si jamás soñó el viajero en paisajes risueños, en horizontes inmensos, en llanuras teñidas de verdor y plateadas por la corriente de los ríos; contemple lo que llena el fondo á la izquierda, y siga con los ojos aquel portentoso panorama que se despliega desde poniente á levante. Mire á sus piés el caserío, que va descendiendo hacia la orilla del Segre; siga la ondulante corriente de éste y de los dos Nogueras, cintas de plata que resplandecen destacándose sobre el riquísimo verdor de las huertas que ellas fertilizan en las diversas y blanquizcas poblaciones; repose con placer los ojos que se pierden en la inmensa llanura del Urgel (*a*) y salude con entusiasmo

(*a*) Hoy en día esta llanura presenta un aspecto más ameno del que ofrecía cuando la contempló Piferrer, gracias al grandioso Canal que la ha convertido en regadío. Véase lo que el mismo Piferrer decía sobre la ejecución de aquella obra pública, entonces en proyecto:

«En los miserables tiempos que hemos alcanzado, al paso que por una parte se está ponderando la infeliz suerte del pueblo español, y se trabaja en la laudable y santa empresa de cimentar su libertad política; por otra, ninguna de aquellas obras se lleva á cabo, ni se intenta siquiera, que labran el bienestar de los pueblos, ese bienestar que, por más que clamen los entusiastas teóricos, á todos los gobiernos se aviene, á todos los apoya, y sin el cual nada son los más perfectos. No hay para qué mentar esas carreteras *ondulatorias*, que parecen un mar agitado, perdónesenos la frase; las necesidades de la agricultura no se atienden; y concretándonos á la sola Cataluña, ó mejor, al solo Urgel, ha quedado en proyecto el canal que debía regar ó mejorar más de 300,000 jornales de tierra, y derramar la abundancia, el comercio y la riqueza por 213 poblaciones ó grandes caseríos, que ahora

las jamás cantadas márgenes del Segre, dignas rivales de las del Ebro y del Turia.

La portada de aquel brazo del crucero convida con su originalidad é interés. Es bellísima en el género bizantino, y forma un cuerpo de resalto casi cuadrado: el arco es semicircular, con dobles cilindros y muy profundo, y carga sobre pilares, en cuyas impostas y capiteles hay entallados animales fantásticos, buenos arabescos, y adornos de grecas, entre los cuales son de notar unas que figuran cuerdas trabadas y enlazadas como una red. También así se presenta embellecido el arco, á cuyos lados sobre las impostas vense dos caprichosos y distintos nichos de gusto árabe, con imágenes, una de ángel, y otra de mujer, pero sin cabeza (*a*). Encima, en lo que podríamos llamar friso de toda la portada, aparece un rótulo en grandes mayúsculas bizantino-góticas, que siguiendo el mismo carácter de toda la obra, seme-

---

tienen en su mayor parte que emigrar y mendigar su sustento, cuando el cielo les niega la lluvia, que desgraciadamente va escaseando de algún tiempo á esta parte. «=Sería muy difícil calcular las inmensas ventajas que lo restante de Cataluña y parte de España pueden prometerse del riego del Urgel. Esta vasta llanura, cuyo suelo es por su naturaleza tan rico y feraz, no aguarda para dar cosechas permanentes sino las derivaciones del Noguera y del Segre. 100,000 jornales de tierra, esto es, el tercio de la superficie, producirían anualmente tres cuarteras de trigo (cada uno) además del producto actual. Puestas en comercio las 300 mil cuarteras, al precio de 5 duros, y extraídas por el canal, redituarían la suma de 900 mil duros, que es casi la cuarta parte de lo necesario para la construcción del mismo, y este trigo no solamente bastaría á cubrir todas las necesidades de la provincia, sino que aún podría dar un sobrante para la exportación.—» *Diccio. Geogra. voz Catal. pág.* 696. Agréguese á esto el cultivo de los prados artificiales, el aumento que de ello recibiría el ganado mayor, la desaparición de las balsas corrompidas de que ahora sacan su bebida hombres y animales, el establecimiento de molinos, las produciones de las huertas, de que hoy se carece en la mayor parte de aquel país, una más acertada y juiciosa distribución de las grandes propiedades por medio de contratos enfitéuticos, etc., la baratura y facilidad de los transportes por el canal, las inmensas ventajas que de esto reportaría la industria manufacturera, etc.; y entonces se comprenderá cuán importante y necesario es que se realice este proyecto, si alguna compasión merece la suerte de aquellos pueblos, y alguna atención la bondad y excelente disposición del terreno, si se quiere que los grandes esfuerzos industriales no se malogren y puedan competir con los productos extranjeros, y si en fin hemos de ser lo que dispuso fuésemos la Providencia al darnos una de las más bellas porciones de Europa.

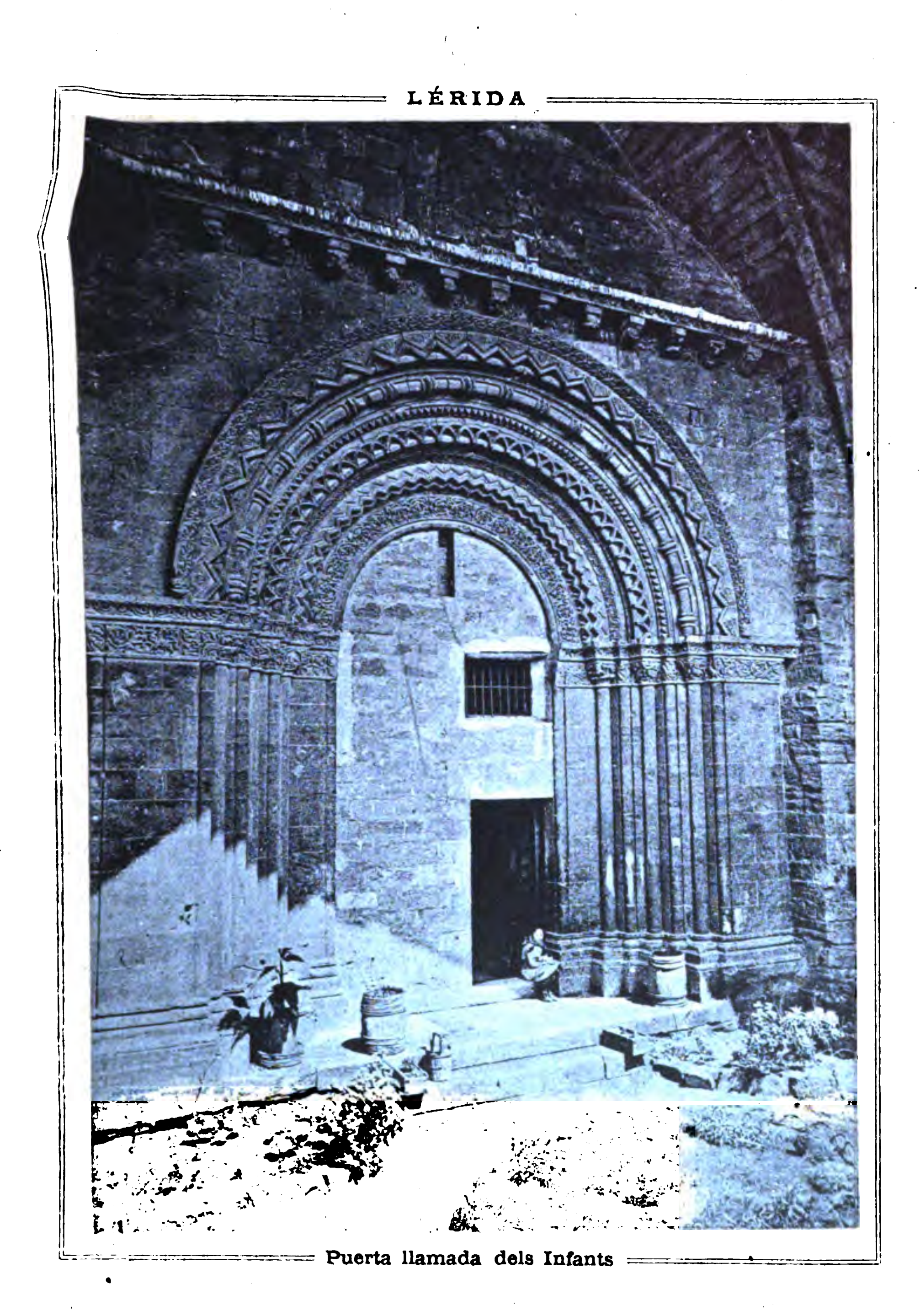
(*a*) Representan estas estatuas la Virgen María y el arcángel Gabriel. Figuran ahora en el Museo de Antigüedades.

tellones, contienen pequeñas estatuas y escudos de armas, que resaltan de las dovelas semejantes á graciosos florones y sumamente trabajados; y en el ábside, recargados, digámoslo así, de bordaduras, y reuniéndose en una clave delicadísima, prolongan fuera de ella hacia el frente de la capilla una cruz enriquecida con labores afiligranadas.

Pero el mejor trozo de esta catedral, el que primero debe visitar el artista, es la gran puerta lateral, llamada en otro tiempo *dels Fillols* ó de los *Infantes*, é inmediata á la capilla de Jesús: ancha y elevada, compónese de numerosos arcos, sembrados de detalles, que varían infinitamente en cada uno; y en la cornisa, que cobija tan bello portal, hay que mirar las ménsulas ó modillones, los espacios que quedan entre ellos, el que media entre el arco y aquel remate, y el resto de este, todo cincelado como una preciosa taza de oro, todo sembrado de mil dibujos medio árabes, medio bizantinos, y góticos en parte. Renunciamos empero á describir; artista, que deseas enriquecer tu álbum con la más abundante y escogida colección de detalles, de arabescos, de caprichos, en fin, á la vez góticos, árabes y bizantinos, vé allá y confiesa que pocas veces otra obra más interesante hizo brotar en tus ojos el llanto del entusiasmo, y enterneció tu alma con aquel enternecimiento que nos inunda cuando oímos una sinfonía de Rossini, una plegaria de Bellini, una barcarola de Sor ó una romanza de Herold, cuando leemos al sencillo y profundo Moratín, cuando nos hundimos en los espacios donde vive Schiller el santo, cuando el último personaje de Walter Scott nos hiela de espanto y desesperación, de aquel espanto y desesperación sagrada en que nos sumerge el conocimiento de nuestra propia

con dos figuras echadas de caballero y dama y numerosos relieves góticos, donde estuvieron depositados los despojos de D. Luís de Requesens y de su esposa, leyéndose en el epitafio: *Anno M. D. IX. decimo quarto mensis novembris obiit qui hic jacet claræ memoriæ spectabilis dominus Ludovicus de Requesens comes Palimosii et gubernator principatus Cathaloniæ.* Los Grallas construyeron á sus costas la capilla contigua al crucero en la parte del evangelio, que eligieran para su sepultura. Algunos de los difuntos mencionados trasladáronse por Noviembre de 1781 á la nueva catedral, donde se enterraron en un mismo panteón.

LÉRIDA



Puerta llamada dels Infants

impotencia ante aquella *naturaleza* tan *verdadera* como *completa*, tan grandiosa como sublime, tan *ideal* como *positiva*, donde *todo* está previsto, *todo* se sabe,—ante aquella mesa inmensa en fin, á la cual, valiéndonos de la expresión del gran crítico alemán (1), se sientan todas las naciones entonces amigas, hermanas y acordes en confesar las delicias y sabor de los platos.

Esta es la catedral, en que la mano del rey D. Pedro I *el Católico* puso la primera piedra por Julio de 1203, y que fué consagrada por Octubre de 1278 (2); último suspiro del arte bi-

(1) W. MENZEL, en su obra *Literatura alemana*, tratado del *Quinto género del romanticismo*.

(2) Á los seis días de recobrada Lérida, á 30 de Octubre de 1149, el obispo de Roda D. Guillén Pérez restauró la sede en aquella ciudad, y consagró la iglesia, en presencia del conde de Barcelona D. Ramón Berenguer IV, de los prelados Bernardo, arzobispo de Tarragona, Pedro, obispo de Vich, Guillelmo de Barcelona, Bernardo de Urgel, y Bernardo de Zaragoza, del maestro del Temple Pedro Rovira, y de los grandes barones de su corte. Pero ¿qué iglesia era la que se consagró? Si no la tal vez entonces existente de San Lorenzo, es imposible satisfacer á tal pregunta (*a*); pues no podía ser el templo de los sarracenos, ya que su mezquita continuó siéndolo hasta el año 1203, en que el rey D. Pedro I la mandó consagrar á 22 de Julio. Sea como fuere, este mismo día D. Pedro y el conde de Urgel pusieron la primera piedra en la obra de la catedral, que hoy subsiste, siendo *tal vez* el primer arquitecto *Pedro Dercumba* (*b*), como se lee en una lápida medio tapada por el tabique que separa el presbiterio del crucero: *Anno Dni M CC.III. et XI kl. aug. et sub dno Inocentio Papa III venerabili Gombaldo huic ecclesie presidente inclitus rex Petrus II et Ermengaudus comes urgellen. primarium istius fabrice lapide. posuerunt Berengario. . . . . operario existente, Petrus Dercumba.....M. 7 fabricator.* En 1278 ya estuvo concluída la nueva iglesia, que á últimos de Octubre consagró el obispo D. Guillelmo de Moncada, según otra lápida que aún existe: *Anno Dni M.CC.LXX. VIII. II. kl. novem. dnus G. de Monte catano IX Epus. Illd. consecravit hanc eccla. et concessit XL dies indulgentie p. om. octavas, et constituit ut festum dedicationis celebretur semper in dica. pa. ps. festum S. Luche.* El claustro se construyó en el siglo siguiente (*c*), y en un episcopologio ilerdense, que hizo el sabio Caresmar y que nos facilitó el Sr. D. Mariano Olives, se lee: «=27. Arnaldus Ces»comes ex Canonico Ilerdensi Episcopus ejusdem ecclesiæ. Palatium episcopalem »exornavit, fundavit nonnulla beneficia; dum ipse Romæ resideret, ejus Vicarius »Generalis Pontius de Ribelles, canonicus Ilerdensis, literas expedivit pro colli»gendis eleemosinis *pro maximo et sumptuoso opere claustri suæ cathedralis.* Simi»las expedivit pro fabrica ecclesiæ Minorissæ: fuit promotus in Arquiepiscopum »tarraconensem anno 1334.»

Así subsistió aquel templo hasta el año 1707, en que, tomada Lérida por las

(*a*) Conjetura Roca y Florejachs, en la obra citada, que estaría esta iglesia situada en lo alto de la misma colina, donde existieron hasta principios del presente siglo restos de una capilla.

(*b*) Léese *Decumba* que se traduce por *de Coma* ó *Cescomes*.

(*c*) En 1310 el rey D. Jaime II concedió para esta fábrica seis mil piedras *somadals* que debían extraerse de las canteras de Gardeny.

zantino, que cedía la plaza al gótico, cuya proximidad ya revelaba con las bellas combinaciones de sus ornatos. Al mirarla tan bella, tan rica, tan sólida y majestuosa, dijérase que el género normando quiso despedirse del suelo que había cubierto de san-

---

armas de Felipe V, el gobernador francés conde D'Aubigny mandó al cabildo que desocupara la catedral, ya profanada en el asalto; orden tiránica é innecesaria, porque ni faltaba lugar más á propósito para almacenes, ni los que acudían á la iglesia embarazaban á la fortificación y defensa, pues lo verificaban por una puerta del lienzo de mediodía, que entonces se cerró. El gobernador dejó para siempre consignada en aquel hecho la memoria de su barbarie, impiedad y profunda ignorancia en la historia y en las bellas artes, ya que ninguna consideración le mereció tan interesante monumento; pero los gobiernos sucesores al de Felipe V la dejaron de su descuido y poco respeto á los despojos de los pasados, rodando aún por el suelo los ataúdes á fines del siglo último. También demolió el citado gobernador el suntuoso palacio episcopal, inmediato al templo, levantando en su lugar un baluarte: pero fuese por el lugar, que para el nuevo templo se escogió después, no permitiese alzar torre alguna, que hubiera estado expuesta á los fuegos del Garden y del castillo,—fuese porque D'Aubigny quiso privar á los ilerdenses del medio usado en Cataluña para acudir á las armas, esto es, del toque de somatén; las campanas continúan en el campanario de la catedral antigua, y desde allí se dan todos los toques correspondientes al divino servicio, que se celebra en la nueva.

Entre tanto trasladárase el cabildo á San Lorenzo, y después de repetidas é infructuosas instancias para que se le devolviese la iglesia antigua, ó se le construyese otra nueva, al fin D. Carlos III, cediendo á la petición que el cabildo le presentó á 25 de Octubre de 1759 á su paso por Lérida, señaló local para la fábrica de un nuevo templo, y le destinó 240,000 reales anuales de limosna hasta su conclusión. Pero es tan hondo el sitio que se escogió, que aparece aquella catedral mezquina en su frontis, si de tal puede calificarse un vestíbulo con tres entradas que la precede. Es esta iglesia de orden corintio, y extremadamente grandiosa y desembarazada, bien que tal vez no satisface aquella elevación suya á los rigorosos observadores de las proporciones; pero ello es que aquellas altas bóvedas aparecen imponentes y majestuosas, y ensanchan el corazón del que las mira. Consta de tres naves; tiene en el centro el coro, donde hay que contemplar las buenas esculturas que lo enriquecen; numerosas capillas guarnecen las naves laterales, separadas por pilastras corintias, que se corresponden con los pilares de la central, y adornadas en su ingreso con columnas, que apean el arco; y las más ostentan altares muy bellos y perfectamente esculpidos. El rey D. Carlos III cometió el encargo de trazar el proyecto al Excmo. Sr. D. Pedro Cermeño, comandante general de Galicia, al cual sucedió en el cargo de director de la obra D. Francisco Sabatini, mariscal de campo, y director general del real cuerpo de ingenieros. El escultor don Juan Adán, socio y director de varias academias de Bellas Artes en Roma y España, vino de Italia para labrar los altares mencionados; debióse el coro al escultor don Francisco Bonifas, y construyó los órganos el capitán suizo D. Luís Scherrer, célebre ya en Francia y en Ginebra por obras de esta clase; y bien puede asegurarse que no escasearon los medios ni la buena voluntad en reparar en lo posible la pérdida de la antigua joya, que en el castillo está abandonada á su ruina, si ya las bombas no hacen antes lo que lentamente van ejecutando los siglos.

tuarios con toda la pompa y lujo de sus decoraciones, engalanando sus rudas formas y macizos pilares con risueñas grecas, con guirnaldas de arabescos y con las imágenes de los capiteles: así diz que el cisne, bronco habitador de las lagunas, canta al morir con inefable dulzura; así á veces se despide el sol espléndido entre un cortejo de nubes de oro.

Mas ¿por qué esos tabiques atajan las naves majestuosas? ¿por qué esas tapias en las arcadas del claustro? ¿cuánto tiempo esos proyectiles hacinados dejarán que subsista el templo?—Y sin embargo ¡tan fácilmente podría reponerse en su estado primitivo!—Pero nos olvidábamos de que los soldados de Felipe V no respetaron las cenizas de D. Alfonso III *el Benigno* (1); que el insolente militar que gobernaba en Lérida en su nombre echó atropelladamente del santuario al Señor, y á sus ministros; que desde entonces se ha dejado aquella obra abandonada á su propia ruina; y que antes que restaurarla, se prefirió prodigar caudales en la construcción de un nuevo templo. Entre tanto las lápidas sepulcrales sirven de esplanada á la artillería; y si atraído por la fama de lo pasado buscas en Lérida y en aquella antigua catedral, oh viajero, las tumbas que la decoraban, pídeselas á los feroces guerreros que esparcieron los huesos de los finados, y huye indignado de aquel recinto exclamando con el profeta: «Como se ha oscurecido el oro, se ha mudado su bellísimo co»lor, han sido dispersas las piedras del santuario en las cabezas »de todas las plazas?»

ADICIÓN.—Al norte de Lérida se encuentra, sentada á orillas del Segre, la histórica ciudad de BALAGUER. Sus orígenes se remontan á la mayor antigüedad, pues que la encontramos siendo una de las principales poblaciones de los

---

(1) El rey D. Alfonso *el Benigno* estuvo enterrado al principio en el convento de PP. Franciscos, extramuros de Lérida, con su segunda esposa D.ª Leonor de Castilla, y D. Fernando, el primer hijo que hubo en ella; pero demolido en 1644 aquel convento en la insurrección de Cataluña contra Felipe IV, trasladáronse los restos reales á la catedral antigua, en un ataúd que en letras de oro expresaba aquella translación; y por último á fines de 1781 fueron depositados con otros en un panteón de la catedral nueva.

ilergetas, citándose como sus nombres primitivos los de *Balagarium*, *Bellegarium* ó *Velequaria*, que traducen por *dominadora* ó *señora de los valles*. Consta el primero de aquellos nombres en una lápida del tiempo de los romanos, llamándola también Tito Livio *Bargusia*. Su historia va unida á la de los pueblos ilergetas; no destacándose, después, del cuadro general hasta acabada la reconquista, cuando la hacen su capital los egregios Condes de Urgel, ilustre casa que teniendo su principio en Armengol de Moncada (á quien Carlomagno á últimos del siglo VIII ó principios del IX concede tal feudo que después se hace hereditario) se extingue en la persona del *desdichado* D. Jaime, á principios del XV.



BALAGUER.—CLAUSTRO DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO

Su importancia va creciendo en la Edad media á medida que sus poderosos señores adquieren nuevos dominios y la hacen como la segunda capital del Principado al enlazarse con la familia real.

Los monumentos antiguos de Balaguer serían hoy la admiración del artista y del arqueólogo si el terrible asedio que sufrió en 1413, en que delante de sus muros se jugó la suerte de la casa de Urgel, y la guerra de Sucesión, después, no hubiesen casi aniquilado sus mejores edificios. Entre estos dominaba por su espléndida belleza el que se llamaba por antonomasia el Castillo *hermoso*, noble alcázar de los Condes de Urgel, que se elevaba enriscado sobre la cuesta que domina la ciudad, frente mismo del puente del Segre. Dícese que era el palacio de gran fortaleza, de fácil defensa y muy suntuoso. Estaba adornado con jaspes, pórfidos y mármoles, en tanta abundancia y de tal riqueza que con ellos se engalana-

ron otros edificios cuando su ruina. Ni de esta famosa morada ni de la *Casa de la Condesa* que, situada en el llano á la otra parte del río, era al mismo tiempo sitio de recreo y punto de defensa del puente, quedan casi ruinas. Sólo del primero nos restan, como recuerdo de tanta grandeza, las delicadas columnas que forman el actual claustro del convento de Santo Domingo.

Esta fábrica, una de las más bellas que tenía en Cataluña la orden dominicana, no es hoy ni sombra de lo que fué, antes del sitio indicado. Nos la describen los historiadores con su magnífica iglesia de una sola y atrevida nave, sus claustros, entre ellos el llamado de la *Expansión* con majestuosas arcadas que sostenían cortinajes de elegantes calados, sus suntuosos panteones, etc., y nos señalan su época de esplendor entre 1350 en que se concluía, y 1413 en que arruinada casi por completo, hubo de ser reparada, renovándose su claustro con los despojos del alcázar, de donde procede la galería gótica cuya reproducción publicamos. Sufrió nuevos destrozos en la guerra de Sucesión y en las del presente siglo, en términos que el area de la actual iglesia es una tercera parte menor de la que tenía. Hoy las antiguas dependencias conventuales están convertidas en cuartel.

Mejor suerte ha cabido á la iglesia de Santa María, otra grandiosa fundación de la Casa de Urgel que se asienta sobre la misma eminencia donde se hallaba el palacio-castillo. Fué levantada merced á una piadosa disposición del conde D. Jaime I, hijo segundo de D. Alfonso IV rey de Aragón y de D.ª Teresa de Entenza, por su esposa D.ª Cecilia de Cominges de acuerdo con el clero y común de la ciudad de Balaguer, según convenio de 16 de Setiembre de 1351. La obra sufrió muchos entorpecimientos, pues no se logró poderla consagrar hasta 24 de Febrero de 1558. Esta circunstancia explica el que pertenezca ya á la decadencia del estilo ojival, sin que por esto deje de tener majestuoso aspecto. Fórmala una sola nave, con capillas laterales. Tiene en su ábside ventanales muy poco rasgados y rosetones en los muros laterales. Las puertas son sencillísimas, menos la del noroeste que es la de la antigua capilla de San Miguel incluída dentro de la construcción. Tiene adosadas dos torres, una cuadrada y otra octogonal que es la de las campanas. Abandonada esta iglesia mucho tiempo y deteriorada en gran parte, ha podido conseguirse modernamente que fuese declarada monumento nacional, procediéndose á su restauración hasta permitir abrirla otra vez al culto.

Hay asimismo en Balaguer la famosa iglesia del Santo Cristo, antiguamente de Nuestra Señora de Almatá, que se supone la más antigua de la ciudad, si bien la primitiva edificación, seguramente románica, perdió su fisonomía con la reconstrucción que se hizo en 1787.

Por lo demás, la ciudad en conjunto presenta un aspecto de antigüedad que la hace atractiva á los ojos del artista, y que aparece ya al que llega por el caminó del puente, donde se levanta una puerta almenada.

Otro renombrado cenobio se halla á poca distancia de Balaguer, notable por su antigüedad y belleza, y famoso en el siglo pasado por ser foco brillante para la historia y las letras catalanas. Nos referimos al Monasterio de SANTA MARÍA DE BELLPUIG DE LAS AVELLANAS, edificado en lugar apacible y solitario, en el siglo XII, por su primer abad el clérigo Juan de Orgañá, mediante donación hecha por los condes de Urgel Armengol y Dulcia en 1146. La iglesia fué reedificada probablemente en el siglo XV, presentando las delicadezas del estilo ojival en su ancha nave con crucero, en su cubierta de bóveda en el ábside y de techado en la nave y en sus ventanales de elegantes vanos adornados con calados y columnitas. Contiguo á ella vese un claustro románico de la última época, formadas sus galerías por arcos de medio punto adornados con estrías y pestañas, y sostenidos por columnas pareadas de capiteles sin adorno alguno y á modo de conos invertidos. Había antes en esta casa suntuosos enterramientos de los Urgel y los Cabrera con estatuas

yacentes y finos relieves. que en el siglo XVII conservaban aún como trofeos, colgados encima de ellos. paveses, banderas. estandartes, etc.

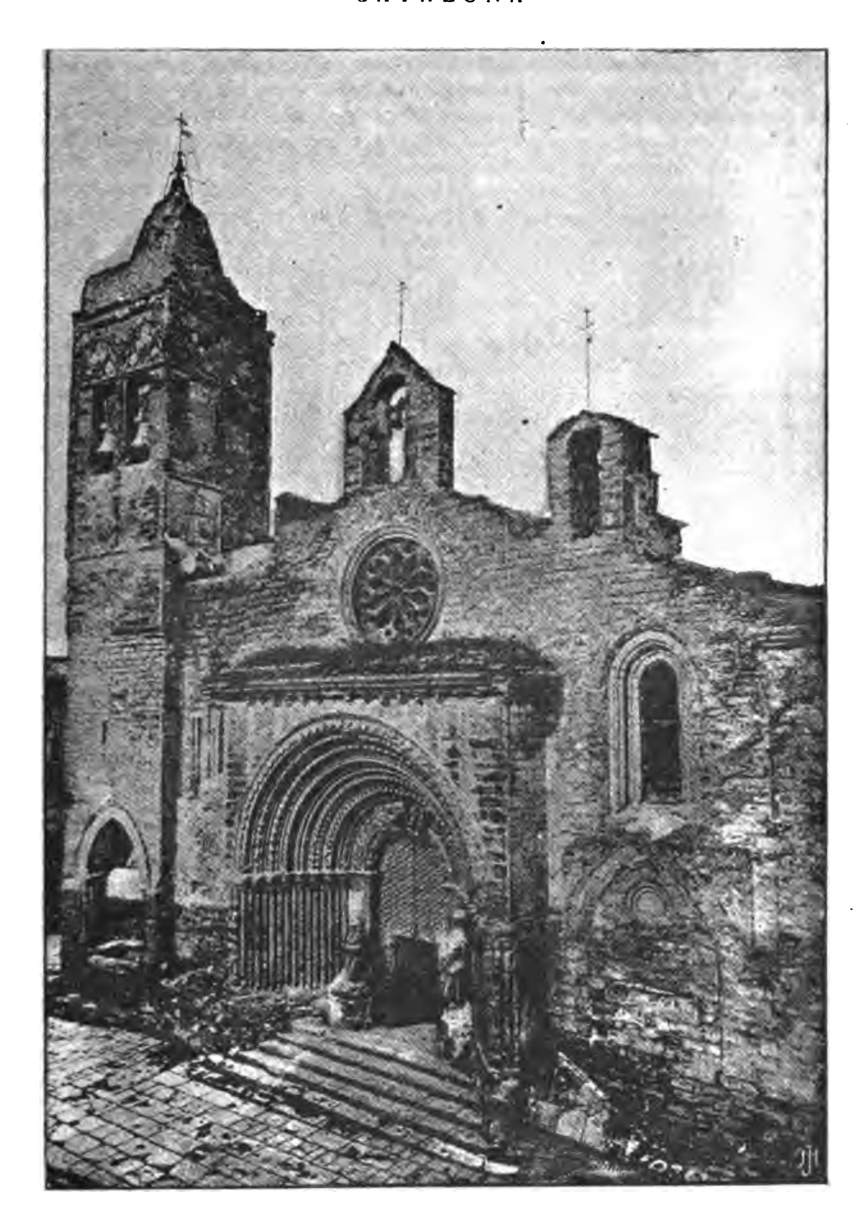
El monasterio era de canónigos Premonstratenses, floreciendo especialmente en el pasado siglo. cuando lo rigieron los abades Caresmar, Pascual y Martí, ilustres escritores que reunieron en ella un tesoro en libros y antigüedades de todas clases sobre las cuales trabajaron, como se ha indicado, en ilustrar los anales del Principado.

Habiendo experimentado esta casa los efectos de los disturbios políticos, abandonada y casi en ruinas, fué adquirida por D. Manuel de la Pezuela, Vice-Almirante de la Armada, quien no solamente ha evitado en ella mayores daños, sino que, al presente, la ha concedido para morada de los religiosos Trapenses procedentes de Francia que la van restaurando convenientemente.

Al pié del Montsech, más arriba de Bellpuig. hállase la antigua villa de AGER, perdido hoy el antiguo esplendor del tiempo en que era cabeza del vizcondado de su nombre. Contémplanse en ella las ruinas de la colegiata de San Pedro, fundación del siglo XI, con sus dos iglesias superpuestas, donde el estilo románico se encuentra con toda su primitiva rudeza. Existen en esta iglesia interesantes sepulturas, y fué trasladado á la parroquial un baño con magnífico bajo-relieve de tritones y monstruos marinos y un busto central que constituye una de las antigüedades de la provincia más interesantes de la época romana. El riquísimo archivo de la Colegiata, que mereció los escrupulosos cuidados del sabio Caresmar, se trasladó á la parroquia.

Importante es también en la provincia de Lérida tanto por su honrosa historia como por su antigüedad, la villa de AGRAMUNT, situada á orillas del Sió. Consta por referencia en tiempo de los romanos con el nombre de *Anobis*, llamándosela después *Acrimons*, sin duda latinizando su nombre vulgar. La serie de sus anales empieza por el siglo VIII cuando la invasión de los árabes, en la que sufre varias acometidas hasta 1070 en que el conde de Urgel Armengol IV se apoderó definitivamente de ella, dotándola con suma largueza de franquicias y libertades como lo hicieron sus sucesores. La villa, por su parte, fiel á tan catalana estirpe, se mostró constantemente entusiasta por la causa del Principado, tanto en los tristes días en que vió la desaparición del condado resistiendo un asedio que terminó por honrosa capitulación en 13 de Agosto de 1413, como en las guerras posteriores. Fué cabeza de la veguería de Urgel y tuvo siempre, hasta el siglo XVII, la facultad de batir moneda.

El añejo aspecto de muchos de sus edificios, algunas casas señoriales, forma entonado fondo al cuadro que ofrece su iglesia parroquial, uno de los monumentos más notables en su género. La puerta principal, en particular, es riquísima página del arte románico de aquel período (siglo XIII) en que alcanzada la plenitud de su desarrollo, derrama en los detalles toda la riqueza de una exornación prolija y fantaseadora. Ábrese en un cuerpo saliente adosado al centro de la fachada, el cual, aumentando la profundidad del muro, permite multiplicar extraordinariamente los arcos en degradación, sostenidos hasta por quince columnas á cada lado. Dichos arcos ofrecen una variedad riquísima en adornos propios del estilo, presentando un aspecto muy semejante al de la Puerta *dels Infants* de la antigua Seo leridana. Formando la clave ó dovela principal del arco que constituye el fondo de la puerta, hay un interesante grupo en alto relieve que representa la Virgen con su Hijo en los brazos recibiendo la adoración de los Reyes magos, constando, en una inscripción al pié, que lo hicieron labrar los tejedores de la villa en Octubre de 1283; única fecha que tenemos de la construcción del templo. Las dos figuras que se ven á un lado y otro de la puerta estaban antes



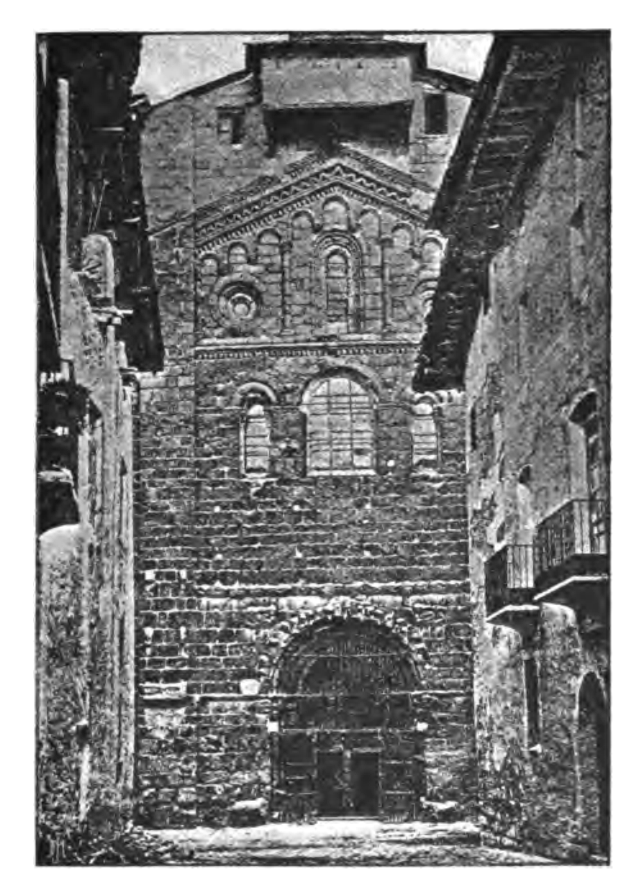
AGRAMUNT.—Fachada de la Iglesia Parroquial

en el interior de la iglesia, habiendo sido trasladadas allí con poco acierto. El resto de la fachada, á dos pendientes, lo adornan un rosetón de columnitas radiales que se unen en arcos entrecruzados y una ventana á cada lado. Levántase adosado el campanario con remate de aberturas ojivales, terminadas en calados sencillos, sin duda posteriores á la primera idea de la fábrica. El interior lo forman tres naves separadas por pilares unidos entre sí por arcos apuntados, que llevan adosadas columnitas ó filetes que se unen en las bóvedas también en ojiva. Á las tres naves corresponden, pasado el crucero, otros tantos ábsides, que se acusan al exterior en tres cuerpos adornados con filetes que los dividen en plafones ó compartimentos, descendiendo de una serie de arquitos que constituyen la cornisa. Tiene el ábside central tres ventanas en saetera y una sola los laterales. Tal es este templo, cuyo interior ha sufrido muchas modificaciones, pero aunque no tanto como su fachada, es interesante y digno de visitarse.

En la ribera del Segre, al pié de los Pirineos, radica otra de las poblaciones de que debemos ocuparnos, la Seo de Urgel. Es su abolengo antiquísimo, pues que se la considera una de las primeras de España. En los tiempos primitivos encuéntrasela con los nombres de *Arc-Org* ó *Arc-Orgelia* señalado en monedas ibéricas que se le atribuyen, y Ptolomeo la denomina *Orgia*. Su importancia debió continuar hasta los primeros siglos de nuestra era, cuando ya en el VI la hallamos sede episcopal. Tomada diferentes veces por los árabes hasta quedar reducida al *Vicus Urgelli* de los documentos, es restaurada su iglesia en el siglo IX, pues hallamos concluído su templo en 819. Sus prelados alcanzan la mayor preponderancia en el siglo XI en que edifican el templo actual, y por cesión en 1040 hecha por los condes de Urgel y ampliada en 1085, adquieren el señorío de los valles de Andorra, que comparten en 1278 con la casa de Foix, y que aún conservan hoy día simultáneamente con la nación vecina. Esta población víctima de diferentes sitios y asaltos en el transcurso de los siglos por su proximidad á la frontera, se ha hecho célebre modernamente al figurar su nombre en nuestras contiendas civiles; sirviendo sus tres castillos de punto de mira de los contendientes.

Ya hemos indicado que la restauración de su iglesia tuvo lugar en 819. La iglesia actual fué consagrada por el prelado Eriballo en 1040, pero su edificación, como la de muchas otras fábricas de esta clase, duraba hasta muy adelantado el siglo XII. Es en su aspecto exterior un peregrino ejemplar de la arquitectura románica del segundo período, presentando una fisonomía especial que le distingue de los demás que hay en su clase en Cataluña y le acerca á las obras de la escuela que floreció en el mediodía de Francia. Su fachada, que por medio de dos recios contrafuertes revela la división interior en tres naves, tiene en los lados sencillas puertas de arcos en degradación sin resalto alguno en la línea de los muros; mas el cuerpo central se caracteriza por presentarse dividido en secciones á modo de altos ó pisos, merced á unas líneas de boceles, relieves y dentellones que corren en sentido horizontal. En la parte inferior ábrese la puerta principal semejante á las laterales. adornada con columnas de historiados capiteles, llevando en el arco exterior toscos dibujos. En la primera división superior hay tres ventanas, la del centro mayor que las laterales, apoyándose sus arcos en unas columnitas. La segunda y última división que termina en las dos vertientes de la techumbre, recordando el clásico frontón, aparece distribuída en tres espacios por medio de dos columnas empotradas que descienden de las arcuaciones de la cornisa: en el espacio central se despliega una elegante ventana adornada en sus diferentes arcos por cabezas de clavo, y en los laterales perforan el muro unos tragaluces circulares La cornisa está ricamente compuesta por distintas fajas de escacados, dentellones, zig-zags y cables. Rematan hoy la construcción unos muros con matacanes, sin

duda de época posterior al plan primitivo. Las fachadas laterales divididas también por contrafuertes le dan mucha severidad, como así la torre-campanario, robusta mole cuyos lados llenan unos paramentos refundidos divididos en tres secciones por unas platabandas que se desprenden de las arcuaciones de la cornisa. En la parte posterior, el ábside resalta en semicírculo, distribuído el muro en espacios verticales donde se abren ventanas, por medio de unas columnas empotradas que suben á enlazarse en la parte superior con una galería.



SEO DE URGEL.—Fachada de la Catedral

El interior de la catedral es de tres naves, más alta la central, con crucero y cúpula. La nave central termina en el ábside indicado que conserva sus líneas arquitectónicas á pesar de haberse pintado recientemente el templo, mientras las laterales acaban en el crucero. Las bóvedas, de cañón seguido, van sostenidas por robustos pilares, y la obra en conjunto está cubierta con un revoque de estilo compuesto, que le da el aspecto de las iglesias de los dos últimos siglos.

El altar mayor es de hierro dorado de estilo gótico; y en el coro hay interesantes detalles del mismo estilo.

Contiguo hay un claustro del siglo XII renovado en el XVI. La parte antigua, de orden románico, tiene una serie de arcos en plena cintra sostenidos por columnas simples que rematan en capiteles de follaje.



SEO DE URGEL.—Exterior de la Catedral

Conserva esta Seo bastante de su gran riqueza en alhajas y ornamentos del culto, siendo también muy celebrado su archivo que guarda documentos antiquísimos; algunos de ellos se remontan á la época de los emperadores francos.

Es finalmente de notar en el límite oriental de la provincia, confinando con la de Barcelona, la ciudad de Solsona, la antigua *Xelsa* de los lacetanos, *Setelsis* de los romanos, y la *Celsona* del tiempo de la reconquista. Su importancia estratégica en la Edad media parece haberse perpetuado hasta este siglo, siendo en distintas épocas objeto de crueles y largos asedios que la han detenido en su progreso.

Su iglesia de Santa María, antes sede episcopal, consta ya á últimos del siglo IV, habiendo sufrido su templo diferentes destrucciones y reedificaciones. La fábrica actual ofrécese, en su ábside, románica (probablemente del siglo XII); en su fachada, de estilo barroco no desprovisto de cierta grandiosidad; y gótica en su interior. Es éste de una sola nave de nobles y holgadas proporciones, con crucero; descubriendo los caracteres de la segunda época del estilo. Al extremo del brazo derecho del crucero se halla situada la capilla donde se venera la re-

nombrada Virgen de Solsona, cuya Imagen es una preciosa obra del arte bizantino en su mejor florecimiento.

Como ampliación de los datos consignados en esta *adición* puede consultarse el *Album històrich pintoresch y monumental de Lleyda y sa Provincia*, donde se insertan interesantes monografías sobre los citados y otros puntos de esta última.





CAPÍTULO VIII

Vallbona. — Poblet. — Santas Creus

Vallbona

TIENE la provincia de Lérida templos y viejas abadías llenas de poesía y de recuerdos; mas no aventaja á la de Tarragona, cuyos amenos valles están erizados de monumentos grandiosos que guardan bajo sus bóvedas las cenizas de cien héroes. Hay también entre estas dos provincias montes escarpados; y, apenas salvada hacia al mediodía su primera cordillera, vese ya en la hondonada el monasterio de Vallbona (*a*), cuyo torreón octógono, coronado de agujas y frontones de crestería y dominado por una baja pirámide central, se destaca apenas en el fondo pardusco de las montañas que en torno suyo se levantan.

* Está Vallbona en un valle triste y solitario cuyo silencio

(*a*) Si bien que rayano con la de Tarragona, el pueblo de Vallbona de las Monjas pertenece á la provincia de Lérida.

no turban más que de vez en cuando el sonido de las campanas y los cantos de las monjas; y es todo en él tan grave y tan solemne, que el hombre se acerca con respeto á sus muros y huella con temor la tierra, turbado por el eco misterioso que va dispertando cada uno de sus pasos. Unas pocas gradas, abiertas entre dos bajos paredones en que crece el musgo, conducen á un patio (*a*), donde junto al templo hay cinco sepulcros del siglo XIII, lisos unos y adornados otros de escudos de armas. Ocupa el patio todo el lugar que media entre la sencilla fachada principal de la iglesia, incompleta y sin entrada alguna, y el ala izquierda del crucero, en la cual campea una puerta bizantina, compuesta sencillamente de cimbras concéntricas, y cobijada por un frontón sin base corrido de arquitos descendentes. Entre las paredes del crucero y las de la nave se levanta sobre el punto de intersección un cimborio algo bajo y ceñido de ojivas profundamente alfeizaradas, descollando á su lado el ya mencionado torreón, cuyos esbeltos arcos calados se abren graciosamente entre las agujas de los ángulos. Completan el efecto de este cuadro lo pobre de las casas del contorno y el aspecto general de los alrededores, que, si no son ya lugar de soledad y de horror, como los llama un documento del siglo XIII, tienen aún mucho de solitario y algo de lúgubre.

* Es el interior del templo una cruz latina de una sola nave, gótica desde la fachada al crucero y bizantina desde el crucero al ábside. Nada hay en el santuario que no refleje la severidad de las órdenes religiosas, oscuro como está el fondo de las naves, ligeramente pintados por los colores de los cristales los lunetos de sus bóvedas, y del todo frías y desnudas sus paredes, sólo cortadas por algunas capillas lóbregas y profundas. Á los dos lados del altar mayor, á cuyo pié descansan los restos de Raimundo de Anglesola y Vallbona, á quien la tradición llama hace siglos santo, hay dos urnas sepulcrales en que, al decir de las

---

(*a*) Hoy convertido en plaza.

inscripciones pintadas (1) en ellas en grandes caracteres, descansan D.ª Violante (2), reina de Aragón y esposa de Jaime I, y una hija suya reina de Castilla. La antigüedad de estos sepulcros, y más que la antigüedad los recuerdos que contienen, dan mayor interés al templo, que en medio de su gravedad y de su silencio es ya por sí solo imponente y objeto de continuas meditaciones. El cristiano al ver las tumbas de los reyes dobla involuntariamente la rodilla y abre sus labios á la plegaria, considerando que los que subieron á la cumbre de las grandezas humanas han debido bajar también á deponer dentro de una losa el cuerpo que adornaron la púrpura y el oro, la frente que abarcó un imperio, el corazón que tuvo sujetos á sus deseos las naciones de la tierra. Son reinas las que duermen aquí el sueño eterno de la muerte: fué la una esposa de un rey conquistador que contó por victorias las batallas, avasalló ciudades, y repartió entre sus hijos los reinos que alcanzó su espada; á no mentir la inscripción (3), debiólo ser la otra de un rey á quien los electores de

(1) Dicen las inscripciones: *Fuit translata Sancia regina Castelle, filia Violantis, regina Aragonum. Anno 1275.—Fuit translata Dona Violantis regina Aragonum. Anno 1275.*

(2) Era D.ª Violante hija de Andrés II, rey de Hungría, y hermana de Santa Isabel. Casó con D. Jaime de Aragón, en Barcelona, á 8 de Setiembre de 1235. Suponen los historiadores que fué de mucho talento, llegando á decir de ella Zurita: «fué esta reina tan excelente princesa y de tanto valor, que el rey mismo, siendo uno de los valerosos príncipes que hubo jamás, y de gran seso, y prudencia, y muy preciado caballero, gobernó las cosas de su Estado todo el tiempo que vivió principalmente con su consejo así en paz como en guerra.» (*Anales de Aragón*, libro III, cap. 23.) No la culpan los escritores sino de haber sido causa, por el demasiado amor que á sus hijos tenía, de la notable desavenencia que estalló con escándalo del reino entre su esposo D. Jaime y el príncipe D. Alfonso, hijo de éste y de su primera mujer D.ª Leonor. Murió D.ª Violante, al decir de muchos analistas, á 9 de Octubre de 1251; mas no lo cree así Zurita por constar que fué otorgado su testamento á 12 del mismo mes y año y haberse encontrado memorias suyas de algunos años después.

Según Beuter, debió también ser trasladada á este monasterio la infanta D.ª María, hija de la misma D.ª Violante y el rey D. Jaime; mas al verificar su traslación desde Daroca fué detenida en Zaragoza por los naturales de esta ciudad, que la enterraron en la iglesia de San Salvador.

(3) Todos los historiadores están acordes en que fué enterrada en este monasterio D.ª Violante; añadiendo Zurita que lo fué por su voluntad, manifestada en el testamento que otorgó en Huesca á 12 de Octubre de 1251. Mas acerca de la Doña Sancha, hija suya y reina de Castilla que se supone sepultada en el mismo lugar

Francfort ofrecieron la diadema del Imperio: y murieron también, y no vivieron exentas de disgustos y calamidades.

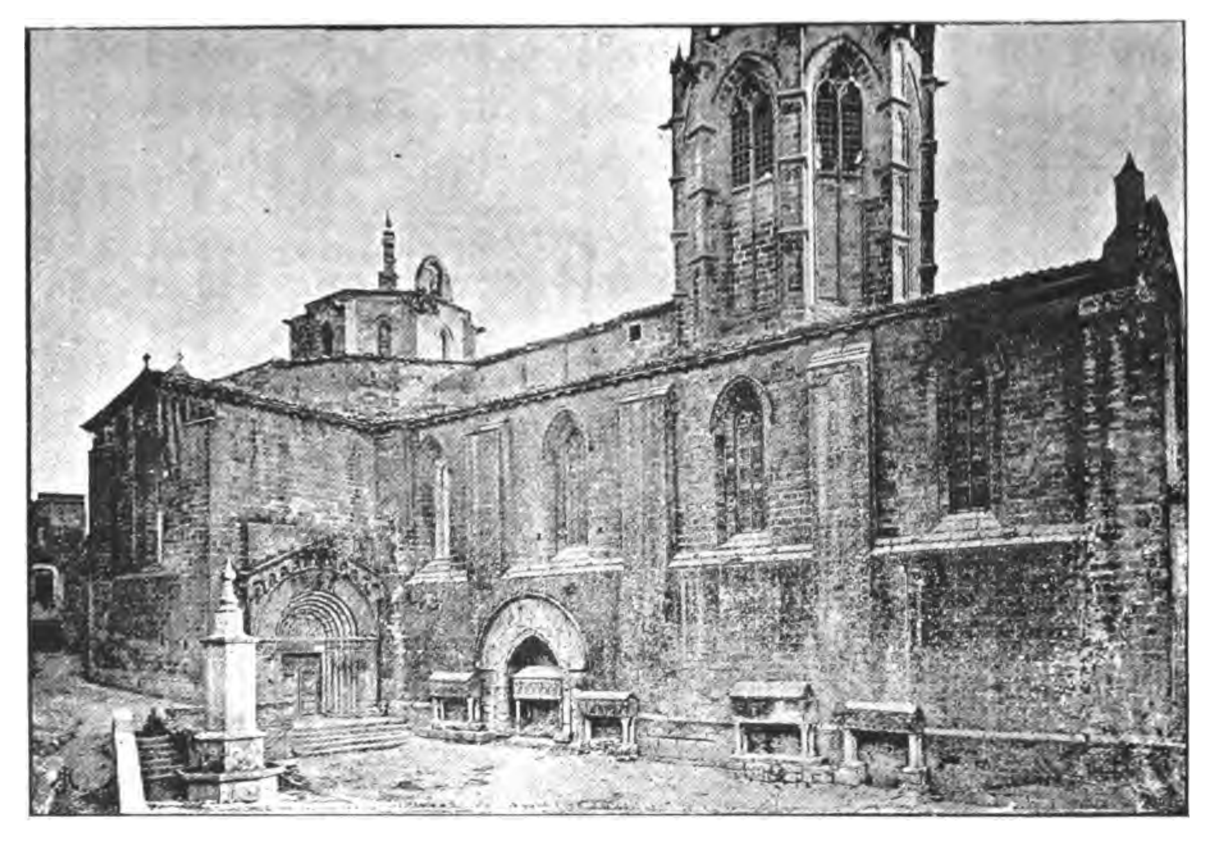
* Ofrecería muchas dificultades la historia de la fundación de este monasterio, si una carta (1) publicada hace pocos años no hubiese venido á completar y enmendar las viciosas relaciones de los analistas. Cuando estaba aún en poder de moros el territorio de Ciurana, vivían en la profundidad de los bosques y en el seno de las montañas santos eremitas expuestos continuamente á nuevos ultrajes y persecuciones. Conquistada ya Ciurana por las armas del conde de Barcelona Berenguer IV, bajaron los

---

que aquella, se ofrece un gran número de dificultades. Según la inscripción, fué trasladada á Vallbona esta D.ª Sancha en 1275; y antes de este año no se sabe que haya reinado en Castilla otra señora de la casa de Aragón que la esposa de D. Alfonso el Sabio, llamada también D.ª Violante é hija de la reina aragonesa del mismo nombre. Se debe, pues, por de pronto convenir en que hay cuando menos en la inscripción error de nombre. Mas aun conviniendo en ello, tampoco es posible suponer que fuese la trasladada aquí la esposa de D. Alfonso, cuando sabemos de ella que sobrevivió á su marido muerto en 1284; que en 1287 fundó una capellanía en el monasterio de Arlanza; que en 1295 pasó desde Ávila á las cortes de Palencia; que en 1300 fué, por fin, á Roma, á la vuelta de la cual, según las Memorias de Cardeña, murió y fué sepultada en Roncesvalles. Ó hay por consiguiente error de fecha, ó no puede guardar ninguno de estos sepulcros los restos de una hija de Aragón que haya sido reina de Castilla. ¿Será pues la D.ª Sancha á que se refiere la inscripción una infanta de este nombre, hija de la misma D.ª Violante y el rey D. Jaime? Es posible habiendo muerto antes del 1275; mas sería muy de extrañar que cuando todos los cronistas se hacen cargo de su peregrinación á la Tierra Santa y de su muerte en uno de los hospitales de Jerusalén, ninguno de ellos se lo hubiese hecho de su traslación á un monasterio de su patria. Como quiera que sea, la lápida está evidentemente equivocada.

BEUTER, y MANRIQUE en sus *Anales cistercienses*, tampoco hacen mención de que haya sido enterrada en este monasterio ninguna D.ª Sancha; mas suponen en cambio que lo fué una infanta llamada D.ª Leonor, hija de la misma Violante de Aragón. Ignoramos en qué apoyan este hecho; y no podemos menos de lamentar que no nos lo hayan manifestado, siendo puesta en duda la existencia de esta infanta por la mayor parte de los historiadores, y negada á lo menos tácitamente por el que con más interés y con mayor fruto se ha dedicado á investigar todo lo perteneciente á la genealogía de los condes de Barcelona. (V. *Condes vindicados* de BOFARULL, tomo II.)

(1) Carta de D. JAIME PASCUAL, canónigo premonstratense de Bellpuig de las Avellanas, al muy I. S. Marqués de Campmany, ó sea recopilación de noticias y documentos los más interesantes para la historia de la fundación y de los fundadores del real y antiguo monasterio de Sras. religiosas cistercienses de Santa María de Vallbona en Cataluña, sito en el arzobispado de Tarragona y en el territorio de Urgel. (Publicóla con notas y observaciones D. J. R. V., Barcelona, imprenta de Valentín Torres. 1837.)



VALLBONA.—Exterior del Monasterio

más de las escabrosidades donde moraban; y agenos de todo temor se reunieron en cenobios ó conventos de que algunos fueron fundadores. Había entre ellos un noble Anglesola, cuyas virtudes iba pregonando la fama en toda la comarca; y dicen de él que al abandonar los montes, fundó el año 1157 en Colobres y en Vallbona dos monasterios, donde sin sujetarse á regla determinada fueron reuniéndose cuantos de ambos sexos deseaban renunciar al mundo. Escogió Vallbona para su residencia por parecerle el valle más hórrido y desierto y más conforme al ejercicio de la vida austera que llevaba; y por los años de 1176, cuando estaba ya poblado de religiosos el monasterio, movido por el celo y repetidas instancias de D.ª Berenguela de Cervera, trató de unir los dos conventos en uno de monjas bernardas, poniéndolo bajo el báculo de D.ª Oria de Ramiro, abadesa á la sazón del de Colobres (1). Consintió D.ª Oria en lo que pedían

(1) Beuter y con él Manrique en sus *Anales cistercienses*, suponen que para poblar este monasterio vinieron del de Tulebras (en Navarra) algunas monjas presididas por la misma D.ª Oria, á quien suelen llamar Orga; mas hay contra esta opinión un documento auténtico que se conserva aún en el archivo de Vallbona, el testamento del fundador, otorgado en Abril de 1276. En él leemos: «Notum sit cunctis hominibus quod ego Raymundus de Vallesbona relinquo corpus meum ad ipsam ecclesiam Beatæ Mariæ de Vallebona. Nullus enim exitum mortis potest evadere. Quapropter dispono et ordino me prædicto loco Beatæ Mariæ in perpetuum. Similiter relinquo conventum et sanctimoniales quæ maneant in ecclesia de Vallebona vel quæ manere voluerint in obedientia abbatissæ de Colobres, in tali pacto quod ipsa abbatissa non trahat res de prædicto loco, nec abstrahat aliquid de rebus illius loci quod mutet in alium locum. Si vero ipsa abbatissa de Colobres manere voluerit in prædicta ecclesia de Vallebona santimoniales et conventus ipsius loci de Vallebona sint ei obedientes. Si autem prædicta abbatissa noluerit manere in prædicta ecclesia, conventus ecclesiæ de Vallebona eligat priorisam ad suam voluntatem et sine nulla contradictione. Actum est hoc VI idus aprilis anno M.° CC.° LXXVI.—Signum Raymundi de Vallebona qui hoc firmavit, testibusque firmare rogavit.—Iterum ego Raymundus de Vallebona dono et concedo germano meo Pocululo ut semper habeat victum et vestitum in ecclesia de Vallebona et ut semper maneat in ipso loco sive sit laicus, sive sit frater.—Signum Geraldi de Amaldano.—Signum Petri, sacerdotis de Loro.—Signum Raymundi, subdiaconi de Turrerulea.—Signum Procululi, fratris Raymundi de Vallebona.—Signum Petri, capellanis de Loro qui hoc scripsit.»—¿Procedería tal vez el error de Beuter y Manrique de la semejanza que presentan en el nombre los dos monasterios de Colobres y Tulebras? Á nuestro modo de ver la opinión de estos dos autores no es del todo infundada. D.ª Oria de Ramiro era navarra, y no tenemos datos para negar que lo fuesen las que vivían con ella en Colobres. ¿De qué podia proceder el hecho de existir en este monasterio religiosas venidas de tierras tan

el severo ermitaño y sobre todo D.ª Berenguela; pasó en el mismo año 1176 á Vallbona; y fué desde entonces jefe del nuevo monasterio, en que entraron luégo y fueron sucesivamente preladas la dicha señora de Cervera y su hija Aliardis ó Aldiardis de Ager, á quien los cronistas llaman generalmente Elvira. No se refiere en ninguno de los documentos publicados quién costeó la obra; mas es de suponer que se empezó con los bienes de Anglesola y de D.ª Berenguela, siendo después proseguida, como de ordinario sucedía, con las ofrendas y dádivas de muchos varones piadosos, entre los que descollaron por su liberalidad los reyes de Aragón Alfonso I y Pedro II (*a*).

* Tomó nombre este monasterio del de su fundador Anglesola y Vallbona, que logró vincularlo en él.

Santa María de Poblet

Por los años 1120, en el valle llamado *Conca de Barberá*, no muy distante de Tarragona, vivía en una humilde choza un ermitaño, *Poblet*, que sin temor de los moros que aún dominaban en la comarca, diérase á la contemplación y soledad, y fijara su residencia en aquella porción del valle apellidada *Lardeta* por los mahometanos. Aconteció empero que Almira Almominiz, que así llaman las historias al rey de aquel territorio, dejando un día su enriscado castillo de Ciurana, salió á correr las fronteras cristianas, y encontró en su expedición al solitario, á quien

distantes sitas al norte de la Península? ¿Las había llamado el mismo Ramón de Anglesola? Si no es cierto, es cuando menos verosímil; y he aquí cómo podía muy bien decirse que Vallbona fué poblado por monjas navarras, siendo indudable que este monasterio se formó con la agregación del de Colobres.

(*a*) Tiene este cenobio un grandioso claustro, interesantísimo por su arquitectura y por las tablas y cuadros con que se halla adornado. Cada galería ofrece un ejemplar distinto, pues que son románicas las de levante, poniente y mediodía y ojival la del norte, que es el lado en que está adosado el claustro á la iglesia. La galería gótica, más elevada que las restantes, presenta sus arcos apuntados de grandiosas proporciones, y tiene en uno de sus extremos interiores la sala capitular con una ostentosa portada ojival de anchos calados que se destacan sobre el fondo oscuro de la sala.

mandó llevasen maniatado á Ciurana. Sin embargo, la prodigiosa desaparición del preso, que las historias y la tradición cuentan se efectuó por tres veces, dió á conocer al régulo la virtud y santidad del ermitaño. Devolvióle, pues, la libertad, y haciéndole donación del terreno de *Lardeta*, donde estaba la ermita, mandó á los moros que respetasen aquel lugar y la persona de *Poblet*.

La tradición, que sólo hemos mentado muy concisamente y de la cual tomamos lo que antecede, con sobrada minuciosidad describe los milagros que tal cambio operaron en el corazón del moro; y bien sabemos que no sin excitar graves dudas y quizás sin caer en la nota de supersticiosos, hubiésemos ofrecido relación más circunstanciada, si es que, á pesar de su brevedad, no alcanza también la duda á la anterior indicación. Pero el documento de la donación se conservó hasta nuestros días (1); y pues la tradición está de tal manera justificada, creemos no será fuera de propósito copiarlo traducido del árabe en que se escribió:

«En el nombre de Dios piadoso apiadador, y la salvacion de Dios sea sobre Mahoma su Profeta honrado, sobre él, y los suyos, y loores á Dios el uno. Esta es la donacion del honrado Rey Almira Almominiz. Esfuérceos Dios, y ayúdeos, con su ayuda á vos el Hermitaño Poblet, aquel que habita en la partida de Lardeta. Esfuérceos Dios, y ayúdeos, y os faga cercano á su misericordia la grande. En lo qual vos fuistes preso en la Villa de los Moros en el tiempo de la Guerra, y por vuestra dignidad y gracia, que Dios os quiso facer, fuistes vuelto á vuestra Hermita. Por ende yo el dicho Rey Almira Almominiz vos fago gracia de todas estas Montañas y Tierras, que son en esta partida para vos, y para quien vos querreis indistintamente, sin ninguna revocacion. Y que ningun Moro sea osado de ir contra la dicha mi Donacion, so pena de la vida. Otro sí, vos asseguro, que ninguno de los mios, ni menos otros Moros que sean, no sean osados á damnificar vuestra Persona ni cosas vuestras. Y asi lo firmo con firma honrada y juro á Dios de no ir contra lo que vos he prometido. E pongo á Dios por testigo, aquel que no hay otro Criador sino él. Fué fecha la dicha Escritura á veinte dias del mes de Febrero año de la Era de Mahoma de DC.XIIII. años (1120 de Jesucristo).»

(1) Según FINESTRES hallábase en el archivo de Poblet, caj. 1. ligaza de num. 1

Á favor de este seguro, reuniéronsele á Poblet algunos compañeros: pero viéndose á poco oprimidos por vasallos del rey moro de Lérida, consiguieron que éste, en 20 de Marzo de 1130, confirmase con un decreto la donación y privilegio del de Ciurana (1); confirmación que les animó á fabricar una capilla y con ella su habitación.

Así principió el famoso monasterio que nos ocupa, y de tan humilde ermitaño tomó nombre una de las primeras y más opulentas casas religiosas de España. Reinaba entonces en Cataluña el famoso conde D. Ramón Berenguer IV, *el Santo*, cuyas vencedoras armas iban arrojando á los moros de las fronteras cristianas, y cuyo pendón plantara por 1148 en el territorio de Poblet el noble Ramón de Cervera. Deseoso el conde de introducir en sus estados la religión cisterciense, y venerando al mismo tiempo la ejemplar vida de los solitarios de Poblet, escribió al monasterio de Fuen fría, diócesis narbonense, cuyo abad, accediendo á su ruego, escogió trece monjes, confirió la dignidad abacial á cada uno de ellos, y los envió á Cataluña á convertir la modesta capilla de *Lardeta* en monasterio. Tres iglesias fundó allí Ramón Berenguer en 1151, y aún no acabada

(1) El Infante D. Fernando, hijo del rey de Granada, recién convertido á la religión cristiana, tradujo este documento del árabe al castellano, á su paso por Poblet en 6 de Noviembre de 1493:

«En el nombre de Dios, y Dios hace la Zala sobre Mahoma, sobre él, y toda su »compañía. Este es el privilegio del muy alto Larabe Rey de la Morisma, Hijo del »Rey de la Morisma. Que los ensalce Dios con su ensalzamiento, y que los ayude »con su ayuda á los Vasallos sugetos á Lérida. Que Dios pongá paz en ellos, y que »los guarde y alumbre sus ojos, y aclare sus entendimientos, y que no salgan de»bajo de su amparo con todo cuanto ordenaren. Mando á los principales, y á los que »tienen poder en esta tierra, que ninguno sea osado, nin porfie en el Reino de la Mo»risma en tiempo de guerra ni de paz en esta tierra de Poblet, ni en su término »de gente comun en esta merced, que me rogaron, y suplicaron que ninguno non se »la tome. E mando que tenga para si para siempre jamas su término, y su nombre, »y que ninguno sea osado de los Moros contrariar esto: porque es segura asegu»rada para siempre como esclavo obediente: Y que ninguno non se aproveche de »ella, ni de una gota de agua, ó el que viniere sin licencia de ellos, que no le obe»dezcan: que faré justicia de él sin recibir ruego de ninguno, y ansi será Dios »queriendo, y él es el ensalzador, y que no hay otro Dios sino él, ni otro bien sino »suyo. Fecha á 20 de Marzo 624 (1130 de J. S.).»

la mayor, que se dedicó á Santa María, verificóse á 7 de Setiembre de 1153 la traslación del convento, que por entonces estableciérase en la habitación de los antiguos ermitaños, al nuevo edificio, asistiendo al acto el conde de Barcelona y su esposa D.ª Petronila, reina de Aragón.

Desde entonces fué creciendo en suntuosidad aquella fábrica, si es que este nombre puede comprender á semejante reunión de partes, completas y magníficas por sí solas; y los monarcas aragoneses dejaron en ella espléndidos recuerdos de su reinado, al paso que las primeras casas de Cataluña también la ennoblecieron con varias obras.

Rodea aquel vasto recinto un muro almenado, cuya circunferencia es de 1154 varas, y pasado el cual, álzanse las habitaciones de los labradores y criados del monasterio y otro muro, en que se abre una puerta magnífica en esculturas, fabricada por los años de 1460 á 1498. No anduvo escasa la mano de nuestros antiguos reyes en decorar este monasterio, y es tanta la multitud y variedad de sus partes, que su sencilla enumeración ya exige límites más extensos que los de estos apuntes. Á mano derecha, llama la atención una pequeña iglesia, que costeó D. Alfonso V de Aragón, IV de Cataluña y I de Nápoles, de donde en 1441 envió el primoroso retablo; la puerta mencionada conduce al suntuoso atrio, en cuyas paredes vese pintada la historia del ermitaño Poblet, y donde se recibían procesionalmente los monarcas y personas de distinción; y dejando atrás esta parte del monasterio, á la izquierda de una plaza que allí se forma, hay la antigua fábrica de Santa Catalina, que consta de diez y ocho varas de longitud y doce de anchura, y es una de las tres que mandó edificar el conde D. Ramón Berenguer IV, consagrada por el obispo de Valencia D. Andrés de Albalate, á 20 de Junio de 1251. Y dejando á la derecha la Hospedería, y arrimado al monte el palacio del abad, llégase al verdadero recinto del monasterio, pues que en él está la clausura y lo que principalmente lo constituye.

POBLET.—PUERTA REAL

Al embellecer la Edad media las capitales con suntuosos templos y ricos frontispicios, pobló también las soledades con vastas abadías de uno y otro sexo. Pero si aquellos expresaban todo su espíritu religioso y poético, si en su exterior ningún rasgo veíase que rompiese la armonía y elegancia del todo, dirigido tan sólo á la belleza, riqueza y osadía; llevaron éstas en su frente las señales de tan agitados tiempos, y sus muros y torreones claro dicen que ni el signo de mansedumbre y redención veíase siempre exento de profanaciones, cuando no lo protegían sendas ballestas desde las almenas levantadas. Nuestras buenas abadías catalanas aún conservan restos de sus venerables fortificaciones; y en verdad iglesias hay, que castillos creyera el viajero, si no le guiase en su extravío el són lento de la campana, que tristemente se quiebra en las honduras. Poblet, tal vez más que ninguno, ofrece un ejemplo de esta verdad; y en el recinto de que hablamos, aparece como un fuerte castillo, cuyos cuatro lienzos guarnecen doce torres, coronando todo el muro almenas y ladroneras. Fabricóse desde el año 1367 hasta el 1377; y el rey D. Pedro IV, el *Ceremonioso*, bien conoció la riqueza y preciosidad del santuario, ya que de semejante fortaleza mandó rodearlo. Mas si la severidad propia de tales obras reina en aquel muro, sorprenden agradablemente la vista sus dos únicas puertas, cuyas esculturas contrastan con las torrecillas y troneras que las guarnecen.

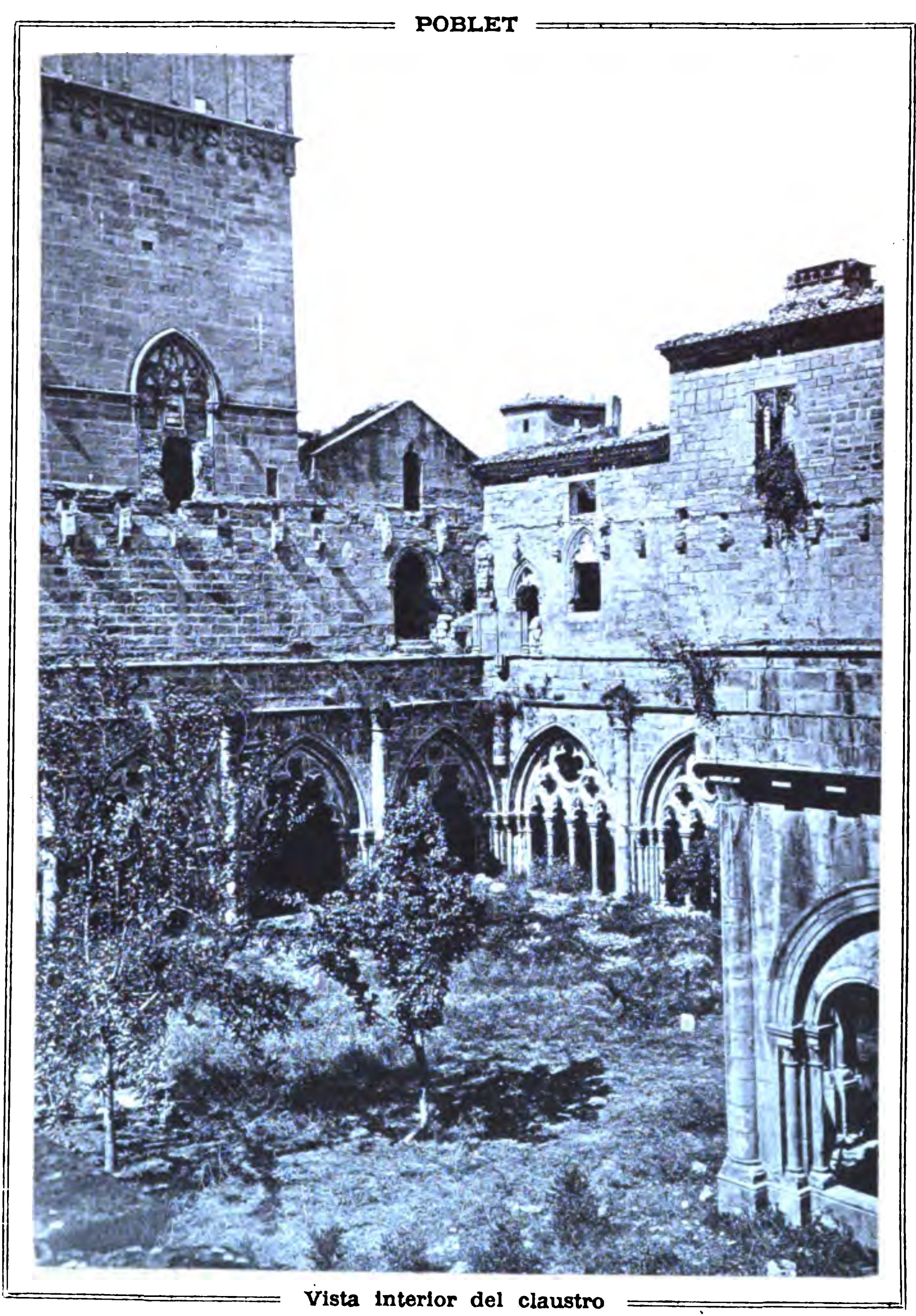
Al rededor de la iglesia mayor agrúpanse las habitaciones y demás partes del monasterio, que en obsequio de la brevedad mencionaremos como de paso. El claustro llamado de San Esteban edificóse en 1415 de orden de D. Fernando I, en el mismo lugar que ocupara el antiguo: y aún se ve en él la pequeña iglesia dedicada á aquel santo, otra de las tres que fundó el conde de Barcelona, y junto á ella las *Cámaras reales,* construídas en 1375, donde paraban los reyes y su familia. Atravesando otro claustro contiguo á éste y el locutorio, llégase á la librería, que dividen en dos naves cuatro columnas jaspeadas.

adornan sus paredes varios cuadros, y entre ellos los retratos de D. Pedro Antonio de Aragón y de su esposa D.ª Ana Catalina de Lacerda, duques de Segorbe y Cardona, favorecedores del monasterio; y los 3750 volúmenes, lujosa y uniformemente encuadernados, y los grandes estantes de ébano, que los encierran dentro de cristales venecianos, aún conservan las armas de aquel magnate, con cuyo nombre se honra ahora esta librería. En una pieza inmediata está la llamada *Librería antigua,* igual con corta diferencia en número de volúmenes á la de D. Pedro Antonio de Aragón; y saliendo de ella, á la otra parte del locutorio, tiéndese el bello claustro mayor, obra del siglo XIII. Aunque todas sus partes son notables por la elegancia de los pilares y ojivas; con todo, hay un lienzo que particularmente llama la atención, pues en el firme del antepecho levántanse allí dos columnitas que interrumpen el claro de cada arco hasta anivelarse con los capiteles de los pilares, y llenan lo restante caprichosos y calados rosetones. Las paredes desaparecen debajo de los sepulcros, donde se ven esculpidos los nombres más celebres de nuestra antigua nobleza, y todo el lugar cobra con ellos mayor grandeza y majestad. Con este claustro se comunican algunas de las principales piezas del monasterio, entre las cuales cuéntanse la sala capitular, el palacio del rey Don Martín, y la Iglesia mayor.

Éntrase en la Sala capitular por una puerta en arco semicircular, cuyas multiplicadas molduras, que semejan otros tantos arcos delgadísimos, cargan sobre no menor número de ligeros pilares, si este nombre merecen los cilindros que guarnecen á veces las puertas góticas. Á sus lados ábrense dos ventanas; á cada una parte en dos un pilar, que sostiene dos graciosas ojivas guarnecidas con un sencillo calado; perpendicular á aquel y en medio de estas vese encima un pequeño rosetón, y pintados vidrios llenan los huecos desde el antepecho al arco. Forma esta sala tres despejadas naves, divididas por cuatro pilares tan delgados y esbeltos, que la vista recorre todo el ámbito de

aquel sitio, como si ningún estorbo en medio se levantara; y sobre sus capiteles arrancan los arcos de las bóvedas, alzándose primero casi rectos como si fuesen continuación de los pilares, y derramándose luégo con bellísima proporción á uno y á otro lado. Circuyen todo el recinto tres gradas, de las cuales la postrera ostenta un magnífico y alto respaldo coronado por una linda faja de graciosas labores; y en seguida, vense repartidos por las dos paredes laterales doce cuadros que contienen los retratos de los monjes, que sobre el humilde hábito de San Bernardo vistieron la púrpura, ó cubrieron sus cabezas con la tiara ó la mitra. También ennoblecen este lugar monumentos sepulcrales, y las largas y anchas losas, que entapizan el suelo, aún muestran esculpidas las efigies de los abades, que conforme á las constituciones del monasterio fueron allí sepultados. Después de contemplarlas, vuélvase el viajero hacia la puerta, y gozará del mejor punto que aquella pieza puede ofrecerle. Las tres naves tiéndense en toda su gracia; las graves figuras pintadas en los cuadros de las paredes, aparecen á la vez con no poca majestad, y mientras por entre las columnas asoman los pilares que dividen las ventanas y parte de las pintadas vidrieras, divísase en el fondo el claustro, cuyos ligerísimos arcos y rosetones armonízanse admirablemente con esta sala.

El palacio del rey D. Martín, aunque está situado junto al claustro, tiene no obstante su ingreso y fachada á la derecha del que entra por la referida puerta real de la muralla. Deseoso el pacífico y sabio monarca de acabar sus días en la quietud del claustro, mandó en 1397 fabricar este edificio, para cuando pudiese practicar su resolución, que no se la dejaron cumplir los acontecimientos. Labraron los artífices delicadas ventanas y puertas, en que derramaron las ricas molduras y filetes propios del género; esculpieron sobre la portada las armas de los reyes de Aragón, y levantaron suntuosas bóvedas en los salones y aposentos. Mas sobrecogiendo al rey la muerte antes de que la fábrica estuviese en su punto de perfección, quedó para siempre



Vista interior del claustro

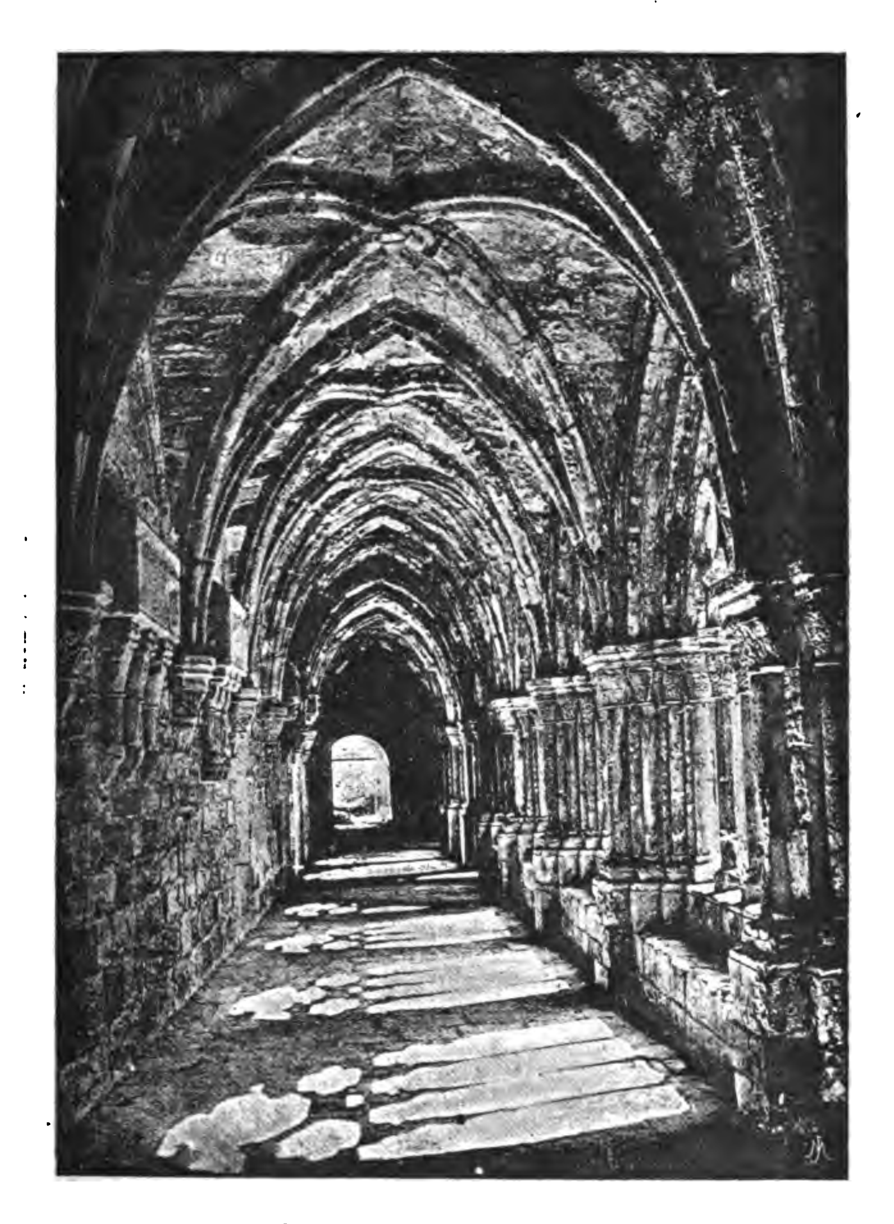
incompleta é inhabitable. Á la verdad el interregno que siguió al fallecimiento de D. Martín, muy poco á propósito fué para proseguirla; y desgraciadamente el reinado de los monarcas posteriores tanto abundó en guerras y revueltas, que no pudieron dedicarse á las grandes empresas destinadas á embellecer sus estados, con la decisión y magnificencia de sus antecesores en el trono.

Pero el edificio más notable de Poblet y el que más bellezas contiene es sin disputa la Iglesia mayor. Echó sus cimientos, como se dijo, el conde D. Ramón Berenguer IV; pero su sucesor D. Alfonso, al encargarse de la prosecución, la amplió y mejoró de manera, que bien pudiera decirse formó nueva planta. Sin embargo el que ve por primera vez su frontis, difícilmente creería en la existencia de tanta riqueza gótica, á no alentarle lo que de ella cuentan la fama y las historias. Cualquiera que sea el mérito de este frontispicio, sorprende semejante obra moderna donde todo recuerda la memoria de los poderosos y magníficos monarcas de Aragón. Adornan la portada cuatro grandes columnas de bruñido jaspe, y ocupan los dos intercolumnios, pues están á derecha é izquierda de la puerta las estatuas de San Benito y San Bernardo. Sobre el ingreso, en un espacioso nicho vese la Virgen, que asciende al cielo sostenida por ángeles, y llenan lo demás de la fachada algunas pilastras y florones, apareciendo en los extremos laterales unos como retablos de mármoles jaspeados, con su ornato de columnas, nichos y estatuas.

Fabricóse siendo sucesivamente abades D. Baltasar Sayol y D. Baltasar Fontanillas, desde 1716 hasta 1722, en que ya estaba concluida. Pero antes de entrar en el templo, en el mismo atrio llaman la atención dos capillas, titulada del Santo Sepulcro la una y la otra de la Virgen de los Ángeles, que se presentan venerables y ricas en sepulturas. En la primera, inmediato al altar y sostenido por seis columnas mírase un bello sepulcro de alabastro, lleno de relieves y pequeñas imágenes, esculpidos

unos y otras con perfección; y una estatua echada, revestida de los hábitos pontificales, corona majestuosamente la urna. Yace allí D. Jaime Zarroca, obispo de Huesca y Canciller del rey Don Jaime I, que viniendo á Poblet por Noviembre de 1289 con Don Alfonso II, *el Liberal*, enfermó en el monasterio y murió á 12 del siguiente Diciembre. Al lado de éste, y también sostenido por seis columnas, hay otro sarcófago de alabastro, que así en buena ejecución como en riqueza de detalles y figuras corre parejas con el mencionado, y lo mismo que él tiene estatua echada. Consérvanse en él, desde el año 1280, los restos de D. Berenguer de Puigvert, señor de Prenafeta, Belcayre, Montsuar, Figarola, Miramar, Montornés, y de otros lugares, con los de su esposa y dos hijos. Al otro lado del altar, aparecen dos elegantes urnas casi iguales; apóyase cada una en dos pilares, y en su frente hay perfectamente entalladas las armas y divisas de la casa de Urgel y de Moncada. Yace en la una D.ª Aurembaix de Moncada, esposa del conde de Urgel y vizconde de Cabrera y de Ager D. Ponce de Cabrera, é hija del famoso D. Ramón de Moncada; y falleció por 1239. Contiene la otra los despojos de D.ª María de Moncada, que murió en 1352, y estuvo casada con D. Pedro de Aragón, también conde de Urgel, hijo del infante D. Jaime, nieto del rey Alfonso III, y padre del último conde de aquella casa D. Jaime *el Desdichado*, á quien hubo en su segunda mujer (1). Los demás sepulcros de esta capilla, que

(1) Como no es ésta la última mención que de los condes de Urgel tendremos que hacer, en gracia de la claridad séanos lícito presentarlos reunidos en un breve catálogo. Fueron los primeros Suniefredo, presunto hermano de Wifredo el *Velloso;* y Suniefredo, hijo de éste, que casó con su sobrina Adalaiza, hija de Sunyer, en la cual hubo un hijo llamado Borrell;—pero extinguida esta línea por morir Borrell y no dejar otro sucesor su padre Seniofredo, reuniéronse los condados de Barcelona y de Urgel á mediados del siglo x en la persona de D. Borrell II de Barcelona. Sucedióle Armengol I *el Cordobés*, su segundo hijo y valiente caballero, que conquistó el renombre con que le señala la historia á costa de su vida en la famosa batalla de Acbatalbacar cerca de Córdoba: y siguieron Armengol II, llamado *el Peregrino* por su viaje á Jerusalén, donde murió; Armengol III, *el de Barbastro;* Armengol IV, *el de Gerb;* Armengol V, *el de Mollerusa;* Armengol VI, *el de Castilla;* Armengol VII *el de Valencia;* y Armengol VIII, en quien se extinguió la línea masculina, haciendo lugar á la femenina de su hermana D.ª Milagro, espo-



POBLET.—GALERÍA DEL CLAUSTRO

ninguna particularidad ofrecen, conservan aún los nombres de los Cervera y de los Grañena, nombres célebres en nuestra antigua historia, y cuyos títulos recuerdan la restauración de Cataluña, que llevaron á cabo aquellos caballeros con la ayuda de

sa de D. Ponce de Cabrera, por medio del hijo de éstos—D. Guerau, vizconde de Cabrera, de quien pasó el condado de Urgel á D.ª Aurembaix, hija única de Armengol VIII; y muerta también ésta sin sucesión, volvió á la de Cabrera en—Don Ponce, hijo de D. Guerau. Siguieron D. Alvaro, y D. Armengol de Cabrera, que en su testamento otorgado á 10 de Julio de 1314 dispuso que, en caso de morir sin sucesión, como se verificó, vendiesen sus testamentarios al rey D. Jaime II su condado de Urgel y vizcondado de Ager por cien mil libras jaquesas, con la condición empero de que D. Alfonso, segundo hijo del rey, casase con D.ª Teresa, sobrina del testador é hija de D. Gombaldo de Entenza ó Dentenza y de D.ª Constanza de Antillón, y debiesen los nuevos esposos titularse condes de Urgel con uso de sus armas, fundando en cierto modo un mayorazgo de segundos para los Infantes de Aragón. Casóse, pues, el Infante D. Alfonso con D.ª Teresa á 10 de Noviembre del año predicho en la Catedral de Lérida; y si fué rica y pingüe la dote que le trajo su noble esposa, no menos rica se le presentó ésta en prendas así del ánimo como del cuerpo. Estuvo en efecto dotada de raro talento y hermosura; y aunque bien sabemos que al hacerlo nos desviamos de nuestro objeto, el voto de un contemporáneo es de sobrado peso en semejante materia, para omitido. Y si á esta razón se agrega la frescura, la candidez, sencillez y pureza *gótica* de la expresión y de los conceptos, creemos no se tomará á mal que copiemos el encabezamiento del capítulo 291, fol. 239, de la crónica, que en idioma catalán escribió Ramón Muntaner:—«E aquest Infant Namfos hach per muller una de les gentils dones Despa»nya, que filla de Rey no fos, é la pus rica: ço es á saber la filla del molt noble en »Gombau Dentença, é ab ella pres lo comptat Durgell, é tota la Baronia de sans »Dentillo, é tota la Baronia de son pare en Gombau. E cascuna destes Baronies son »gran casa, é axi fo molt be muyllerat de dona molt noble é molt rica, é fo de les »pus savies dones del mon, que de la sua saviesa se poria fer un gran llibre, é fo »molt bona Christiana, é feu molt de be en sa vida á honor de Deus. E daquesta »dona hach lo senyor Infant que sobrevixqué á ella dos fills molt graciosos, dels »cuals ha nom lo major Infant en Pere, é lo menor infant en Jacme: é hach una »filla la qual es Regina de Mallorques, que axi poca com era de edat de V. anys, la »donaren per muller al senyor Rey en Jacme de Mallorques: é tot aço se vaé aca»bat en la sua vida. E puys axi com á Deu plagué la dita senyora Infanta muller »del dit senyor Infant Namfos passa desta vida á la ciutat de çaragoça, lo darrer »dimars de Huytubri, del any M.CCCXXVII é fo soterrada lendema que fo festa »dels beneventurats Apostols san Simon é Judes, en la esgleya dels frares menors »de çaragoça. Deus per la sua marcé haja la sua ánima, axi com de beneyta é sanc»ta dona deu haver: que ella fo combregada, é pernoliada, é moltes vegades con»fessada, axi com aquella qui era mol catholica, é graciosa á Deus é al mon: e asi »la volch Deus en son regne nina é jove: é en la ciutat de çaragoça fo feyt per ella »gran dol, é gran plor...» Pocos días después de la muerte de D.ª Teresa, ascendió al trono de Aragón su esposo D. Alfonso, que se apellidó III *el Benigno*, pues el primogénito Jaime, renunciando sus derechos á la corona ya en 22 de Diciembre de 1319, tomara el hábito de San Juan de Jerusalén. Insiguiendo por tanto el Rey D. Alfonso la disposición testamentaria del difunto conde Armengol de Cabrera y la erección que del condado de Urgel en mayorazgo para los segundos

Dios y de su buena lanza. El altar de esta capilla es una obra suntuosa de mármol, enriquecida con muchas labores y adornada con filetes de oro; costeólo el abad D. Juan de Guimerá, que lo fué desde 1564 á 1583, y ya estaba concluido por los años de 1579. Yace este abad en el pavimento de la misma capilla, y á su celo y afición á edificar debió Poblet la conservación y aumento de sus preciosidades.

---

hijos hizo el rey D. Jaime II: en 16 de Mayo de 1328 cedió los estados de Urgel y de Ager á su segundo hijo D. Jaime. Así, continuando el catálogo de aquellos condes, titulóse éste D. Jaime I; casó en 1331 con D.ª Cecilia, hija de D. Bernardo y de doña Matha ó Mathe, condes de Comenge; y declarándose partidario de la *Unión* y aspirante á la sucesión de la corona, atrájose el odio de su hermano el rey D. Pedro III *el Ceremonioso*, que le mandó envenenar, según opinión de los más graves historiadores, de los cuales así se expresa Zurita:—«...Estando el rey »en Lérida, llegaron el infante D. Jaime y quatro mensajeros de los que tenian la »voz de la union de Valencia, y pidieron algunas cosas que le parecieron muy des»ordenadas, y en gran perjuyzio de la corona real: y el rey les respondió que por »entonces no avia lugar de proveer lo que pedian: pero que él iva á Barcelona á »celebrar sus bodas, y despues lo mas breve que pudiesse yria al reyno de Valen»cia, y ternia allí cortes, y en ellas se proveeria de manera que se tuviessen por »contentos... De allí passó el rey á Barcelona, adonde començó á tener las cortes, »y dentro de pocos dias fué allá el infante D. Jaime que yva muy enfermo de una »muy grave dolencia, y della murió luego: y segun lo que tenía el rey ordenado »con el infante D. Pedro que se hiziese contra su persona, y su muerte acelerada, »se tuvo por cierto que le fué dado veneno... Quando llegó á Barcelona yva ya tal »que escrive el rey en su historia, que saliendo á recibirle, y haciéndose ciertos »juegos y entremeses por su entrada, andando un bolteador dando bueltas sobre »una cuerda muy delgada, que atravessava una calle de parte á parte, no pudo ver »cosa alguna: y llegando á su posada se tuvo por muerto y falleció dentro de po»cos dias (15 de Noviembre de 1347)...» *Anales de Aragon, lib. 8, cap. 18, fol. 156 y 57*. Sucedióle en el condado de Urgel su hijo D. Pedro, al cual siguió D. Jaime II, *el Desdichado*, que casó con doña Isabel, hija del rey D. Pedro *el Ceremonioso* y de su cuarta mujer D.ª Sibilia de Forciá. Cuando la muerte sin hijos del rey Don Martín *el Humano*, fué D. Jaime uno de los aspirantes á la corona, fundando sus derechos ya en ser biznieto por línea varonil del rey D. Alfonso III *el Benigno*, ya también porque su esposa era hija del rey D. Pedro y por consiguiente hermana del difunto D. Martín. Pero publicada en Caspe la singular decisión de los jueces nombrados por el reino, que daba la corona á D. Fernando I *de Antequera;* incitado por su madre D.ª Margarita de Montferrat, que en el decurso de aquellos acontecimientos hizo muestra de ánimo varonil y ambicioso, opúsose D. Jaime al nuevo monarca, y apelando á las armas, la suerte de ellas quiso que se viese por último reducido á su sola ciudad de Balaguer, donde, después de una obstinada resistencia, le prendió el rey D. Fernando. Confiscáronsele sus estados, y haciéndole merced de la vida, fué condenado á cárcel perpetua en el castillo de Játiva, donde á los veinte años de prisión y padecimientos acabó miserablemente sus días, asesinado en 1 de Junio de 1433 por los Infantes hermanos de D. Alfonso IV. Con él acabaron los condes de Urgel, cuyos estados incorporáronse á los de la Corona. (Véanse los *Condes Vindicados* del Sr. Bofarull.)

Seis sarcófagos adornan las paredes de la otra capilla, titulada de Nuestra Señora, y todos tienen la configuración de una urna común á los entierros góticos, con más ó menos adornos. Ocupan el más inmediato al altar por la parte de la epístola don Hugón de Ánglesola, señor de Miralcamp, y D. Berenguer de Anglesola, que murieron por 1265 el primero, y en 1291 el otro. En la urna siguiente, adornada con dos escudos, cuyas armas son dos grandes puentes, yace D. Ramón Pons de Ribelles, que falleció en 1228, y la tercera, ó la más distante del altar, contiene los despojos de D. Gerardo de Jorba, señor de Jorba, Montmaneu, Odena, Rubinat y otros lugares, y de su esposa D.ª Saurina. En las de la parte del Evangelio hay enterrados D. Bernardo de Alañá, difunto en el año de 1382, con su esposa é hijos, D. Guillén de Alcarraz así llamado porque ganó á los moros el lugar y castillo del mismo nombre, y el noble Ramón Senhero, ciudadano de Lérida, que falleció por Marzo de 1527.

Consta el interior de la iglesia mayor de tres naves, y forma una cruz latina de considerables dimensiones, pues su longitud desde la entrada al remate es ciento dos varas y media, su elevación noventa y dos en la nave central y veinte y siete en las laterales, y su anchura veinte y siete, excepto en el crucero, donde llega á cuarenta y cinco. Siete pilares por parte, rodeados de agrupadas columnas, dividen la central de las menores; y en el presbiterio es de ver el gracioso conjunto que ofrecen describiendo el ábside. Sin embargo, para el que observe el espesor de sus paredes y la sencillez que generalmente reina en ella, aparecerá esta iglesia más sólida que suntuosa; y bien conocerá que al erigirla más que á otra cosa se atendió á la duración, si es que no se resintió de la proximidad del arte bizantino, que iba espirando.

Pero si su planta y forma general muéstrase severa y en cierto modo desnuda, no así sus partes, que bastan por sí solas á ilustrar y embellecer la fábrica más mezquina.

Ocupa el centro el coro, cuyas cien sillas, más con su majestad que con su elegancia, publican la opulencia del monasterio; en cada respaldo, entre dos graciosas columnas, vese de medio relieve una imagen de algún santo, doctor de la Iglesia ó fundador de alguna religión, y la cobija un doselete primorosamente labrado. Sin embargo, no siempre fué esta la configuración de las sillas, que sólo á un accidente deben su existencia en el estado en que hoy las vemos.—En 1436, el abad D. Miguel Roures mandara hacer el coro, que costó 800 florines, suma bien considerable para la época, y que por lo mismo nos da una idea de lo que sería aquella obra, que con todo los historiadores de Poblet nos describen como muy sencilla. Pero á 19 de Noviembre de 1575, cuando ya los religiosos se retiraran al dormitorio, sordos crugidos y un vivo resplandor les precisaron á levantarse y á correr á la iglesia que estaba envuelta en humo. El fuego prendiera á las sillas del coro y al órgano de encima, y fuerza les fué á los monjes acudir con todos los auxilios para salvar la Iglesia. Quedaron abrasados la mayor parte de los asientos, y ennegrecidos todo el templo, altar mayor y panteones; y difícilmente hubiérase reparado el daño, á no llegar pocos días después, llevados de su devoción, dos artífices al monasterio. Era el uno diestro en limpiar retablos y todo género de ornamentos, y el otro un buen escultor; llamábase éste el *maestro Ramírez*, pero el nombre del primero ha quedado ignorado como los medios de que se valía para ejercer su arte, si ya no deba más bien llamarse industria. Limpió sin embargo lo que le encargó el abad, que era entonces D. Juan de Guimerá; el *maestro Ramírez* empezó á labrar cincuenta sillas con sus imágenes y doseletes, prometiéndole el monasterio 500 libras barcelonesas por solo el trabajo de esculpirlas, y acabó su obra en el año 1576. Pero quedaban aún algunos de los asientos superiores, tales como los construyó en el siglo XV el artífice gótico; y ofendiéndose de semejante variedad el *gusto* del XVIII, renovàronse hasta asemejarse á los del maestro Ramírez, cons-

truyéndose en 1734 sus respaldos, también adornados de imágenes y doseletes, aunque con la diferencia que precisamente debía haber, en cuanto á pureza, entre una obra del 1500 y otra del 1700. El abad D. Baltasar Sayol, que costeó esta renovación, en la exornación y aumento de esta iglesia hizo alarde de un celo y buena voluntad dignos de otro siglo y de otro arte; y mucho abonan estas dotes suyas la portada, que ya describimos, las ventanas, las rejas de todas las capillas, y los altares, que mandó labrar durante su abadía. Pero no siempre de su celo reportó mayor belleza el templo de Poblet; era aquella la época del gusto más estragado, y satisfaciendo los deseos del abad, los artífices churriguerescos rompieron las pintadas vidrieras de las capillas, que reemplazaron con blancos cristales, y levantaron ridículos retablos sobre los destrozos de las místicas *tablas* góticas (1).

Más feliz en sus empresas el abad D. Pedro Queixal, á principios del siglo XVI pudo erigir un altar mayor, que recordase su nombre á la posteridad. Es de alabastro, y forma cuatro cuerpos, llenos de esculturas: consta el primero de cinco cuadros ó comparticiones, divididos por pilastras, en los cuales vense misterios de la Pasión de Jesucristo; componen el segundo seis imágenes de santos, y en medio aparece la Virgen, de mayores dimensiones que aquellas; los siete cuadros del tercero, abundantes en relieves, contienen siete asuntos de la vida de Cristo, y en el cuarto los doce Apóstoles contemplan á su divino Maestro, que en el centro figura ascender al cielo. Sobre el remate ó cornisa, álzase en medio un cuadro también de alabastro, en que hay esculpido de relieve un Crucifijo con la Virgen,

(1) Entre otros mandó este abad quitar el retablo antiguo de la capilla de la Concepción, que como la mayor parte de los góticos consistía en una tabla con pinturas y algunos relieves; y para probar su devoción á la Virgen, pagó de su *peculio otro dorado, de talla y escultura primorosa*, como dice Finestres, que no tenía obligación ni motivo de ser buen voto en la materia. El artífice que lo construyó, cuyo nombre ignoramos, también tuvo encargo de *tallar* el altar de Santa Tecla, cuya capilla se iba entonces edificando, todo á coste y costas del abad.

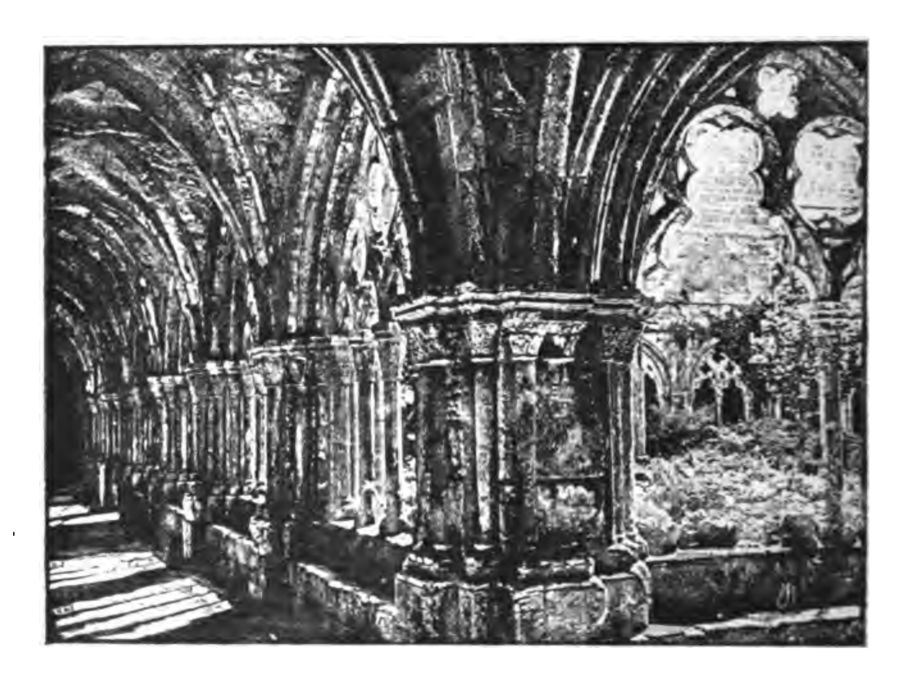
Santa Magdalena y San Juan; y aunque no perteneciente á esta obra, baja de lo alto de la bóveda un magnífico pabellón que la cobija y le da notable majestad y grandeza. Ignórase el nombre de su autor, y la inscripción latina que corre el pedestal sólo menciona el año 1529, en que estaba hecho, el emperador Carlos V, que reinaba en España, y el abad Queixal, que regía el monasterio (1).

Diez y siete capillas adornan las naves laterales y ábside de este templo; algunas son obrá de la Edad media, entre ellas las siete de la nave lateral derecha, que junto con el grande cimborio, que quedó por concluir, costeó por los años de 1330 el abad D. Pedro de Copons; y otras datan del 1600 y del 1700. Todas se presentan graves y ricas en sepulturas; los nombres más esclarecidos de nuestros anales lo son también de ellas, y difícil sino prolija tarea sería enumerarlas circunstanciadamente. Bella es la tumba que contiene la capilla de Santa Magdalena; es un sarcófago grande que está al lado de la Epístola, de piedra muy vistosa, dividido en pequeños nichos góticos, sembrado de detalles primorosos, y lleno de buenas imágenes. Sobre la ancha losa que lo cierra hay tendidas dos estatuas de varón y hembra, que en lo suntuoso del ropaje publican su alta alcurnia, y la gravedad y quietud, que respira su rostro, advierten al viajero la conformidad, armonía y buen amor con que vivieron unidos. Yacen allí D. Bernardo de Anglesola, señor de Miralcamp, y su noble esposa D.ª Constanza de Anglesola, con su hijo D. Hugo y su mujer D.ª Sibilia. Pero la existencia del cadáver de D.ª Constanza en este sepulcro, donde ya descansaban los referidos, data del 1401, en que la trajo á Poblet su hijo D. Berenguer, Presbítero Cardenal de Benedicto XIII.

La capilla contigua á esta, la de las Santas Vírgenes, si bien menos rica en urnas, no le cede en la calidad de los nombres

(1) Dice así: *Anno Domini 1529, regnante in Hispania Carolo Rege, ac Romanorum Imperatore, Petro Queixal hujus insignis Monasterii Abbate existente, hoc Retabulum factum fuit.*

que la decoran. La humildad de los Mur hizo que escogiesen en el suelo tumba sencilla y no notable: allí descansan D. Hugo y su buena señora D.ª Leonor, que fallecieron en 1320 y 1331; los nobles esposos D. Manuel de Maza y Mur y D.ª Juana, difuntos en 1410 y en 1413; D.ª Elfa de Mur, señora de Albi y



POBLET. — ÁNGULO DEL CLAUSTRO

de Cerviá, que falleció en 1420, y su esposo D. Acardo, que tardó poco en seguirla, todos buenos y leales consortes que, sobreviviéndose apenas, quisieron partir mutuamente el lecho de muerte, del mismo modo que en vida partieron así los goces y riquezas como los padecimientos. Escogieron tumba humilde y cristiana; pero las pisadas de los fieles y asistentes al templo no han podido borrar la Torre ceñida de muros de su blasón, que publica el nombre de esta noble familia, oriunda de los monarcas aragoneses, nombre que adquirieron gloriosamente cuan-

do, tomando en buena guerra á los moros el lugar y castillo de Villamur, ciñéronlos, con firme propósito de permanecer allí, de altas y bien fortalecidas murallas.

Á pocos pasos de esta capilla, junto á la de San Benito, arrimado á la pared hay un sepulcro de piedra común, que honraría por sí solo cualquiera fábrica. Y sin embargo ¡tanta es la riqueza de Poblet en monumentos! está en el suelo, no pegado ni formando parte del muro, sino tirado allí como un objeto de sobra, y expuesto á servir de apoyo á cuantos pasan. Guárdalo empero un gigante caballero, que tal parece, según es larga, su estatua tendida, que aun en su sueño conserva el aire guerrero que le dió en vida honor y prez; y muy terrible debería de ser, si despertase, el crugir de la tremenda y cumplida armadura que lo cubre. Y bien demuestra su calidad la suntuosidad del lecho en que descansa, pues ricos dibujos é imágenes guarnécenlo por todas partes á la usanza gótica; al paso que las palabras latinas, que lo ciñen, en cadenciosos versos le nombran conde entre los Reyes, y Rey entre los condes (1). Pero el valiente, que ellos mencionan, en 1669 desocupó esta su antigua morada de descanso, en que yaciera por espacio de tres siglos; y como lugar, que él honró por tantos años, no podía ni debía servir á barón menos célebre, ó á mal caballero, el monasterio sepultó en él al famoso D. Rodrigo de Rebolledo, barón de Montclús y señor de veinte y cuatro lugares en Aragón y Cataluña, leal servidor del rey D. Juan II, cuya vida salvó en la acción de Gaeta, peleando hasta quedar cautivo, y valiente y cumplido caballero, que llenó las crónicas de aquella época con rasgos de su intrepidez, fidelidad y desprendimiento. Murió por

(1) Dicen así:

Conditus hic sum Raimundus cognomine Folchus
Regibus ecce Comes, Rex Comitique fui.

De este célebre vizconde de Cardona hablamos al describir las sepulturas de su familia.

Diciembre de 1479 en Aragón; y traído á Poblet, donde quiso ser enterrado, fuélo en tumba de madera, hasta el referido año de 1669.

También la noble casa de Urgel, igual á la condal de Barcelona en los principios de la restauración de Cataluña, como salida de un mismo tronco honró este monasterio, escogiendo en él sepultura para muchos de sus individuos. Unos, despojándose al morir de las pretensiones de la vanidad, quisieron ser enterrados en el suelo; otros hicieron se consagrase á su memoria una lápida en varias capillas; pero una es la que entre estas lleva el nombre de tan esclarecida estirpe. Desde el año 1203 tomaron los condes de Urgel á su cargo la capilla de los Santos Evangelistas, que de entonces perdió este nombre y se llamó por el de sus bienhechores; y escogiéndola para sepultura, yació en ella el conde D. Armengol VIII, hijo de D. Armengol VII *el de Valencia*, así llamado porque murió en aquel reino con su hermano Galcerán de Salas en la batalla que por 1184 tuvieron con los moros en Requena, y de D.ª Dulcia, sobrina del conde de Barcelona D. Ramón Berenguer IV, é hija de la hermana de éste D.ª Jimena y de Roger II, tercer conde de Foix. Estuvo casado con D.ª Elvira, condesa de Subirats; y falleciendo en 1208, después de una vida señalada con brillantes hazañas, que le valieron fama merecida de buen caballero, fué sepultado detrás del altar de esta capilla, en una sencilla urna levantada del suelo. Sus sucesores, que lo fueron los vizcondes de Cabrera (1), prefirieron enterrarse en varias partes de este monasterio; pero al ascender á la silla condal de Urgel D. Álvaro, devolvió á la capilla de los Evangelistas el honor de enterramiento, que le concediera su primer bienhechor. Fué hijo de D. Ponce y de D.ª María; mas cúpole tan turbulento condado, que pocas veces pudo desceñir la espada, á que constantemente tuvo que apelar en defensa de sus contrariados derechos. Casó de primeras nupcias con D.ª Constan-

(1) Para la inteligencia de este trozo, véase la nota relativa á los condes de Urgel, pág. 360.

za de Moncada, y de segundas con D.ª Cecilia, hija de los condes de Foix; y falleciendo en 1182, conforme á lo dispuesto en su testamento diósele sepultura en esta capilla. Yacen también en ella su hija D.ª Leonor, que hubo en su primera mujer, y otra Leonor, hermana del *desgraciado* D. Jaime, conde de Urgel, la cual, casi reducida á la mendicidad tras la caída de su hermano, por haberle confiscado sus bienes el nuevo rey D. Fernando *de Antequera*, retiróse á una ermita cerca de Poblet, y en ella falleció á 28 de Mayo de 1430.

Pero estos famosos caballeros y nobles damas dispersos por las capillas vienen á ser el cortejo fúnebre de los monarcas aragoneses, á cuya sepultura está dedicada la iglesia de Poblet, y cuyas tumbas espléndidas bien dicen con la pasada magnificencia de los que á sus dominios en los estados de Aragón, conquistados en buena guerra, agregaron los reinos de Sicilia, Nápoles y Cerdeña, y las posesiones que en la Grecia les dió el esfuerzo de sus mismos vasallos. Á uno y otro lado del crucero, entre el presbiterio y el coro, sobre un enlosado de mármoles blancos y negros, álzase el panteón, cuyo conjunto respira á la vez majestad y elegancia. Apoyáse en un basamento de alabastro, cuyo gusto moderno no corresponde al general y dominante en la obra, que es el gótico; y forma varios cuadros ó comparticiones divididas por estatuas también de mármol blanco, que descansan sobre pedestales á guisa de pilastras. Cuatro son las figuras que de esta manera separan los tres cuadros de la parte que mira al crucero en el panteón del lado del Evangelio, y ocupa en relieve el espacio que entre ellas queda una grande urna, sostenida por dos leones y con corona en su remate. La parte que da á la capilla real forma cinco espacios ó cuadros entre seis estatuas; los relieves de los de ambos extremos figuran el profeta Jonás saliendo de la ballena delante de Nínive, y el profeta Ezequiel en su predicación á los huesos que el soplo de Dios animó para escuchar vaticinada de su boca la resurrección de la carne; contiene los dos inmediatos á uno y otro escudo de

armas, y en la compartición del centro hay una puerta, ornada en su dintel con una ancha y grande corona, y sus hojas de bronce no se abren sino para dar paso á la muerte. Igual á este el basamento del panteón que está en la parte de la epístola, diferénciase con todo en los cuadros que corresponden á los descritos, cuyos relieves representan Jesús resucitando á Lázaro en Betania, y en Naim al hijo de la viuda. Corre encima una ancha faja, rica en caprichosas esculturas, que en su mayor parte son alados grifos, y sobre ella cargan al parecer las bellísimas urnas góticas, que son tres en cada panteón, separadas por pilares del mismo estilo. Guarnece todas sus caras una galería de pequeños nichos en que, como se suele ver en los mejores sepulcros del género, hay tristes y graves varones, cubiertos con sendas y holgadas túnicas, por debajo de cuyos capuces asoman sus rostros meditabundos y doloridos; y ocupan el restante espacio de las batallas, las acciones memorables y pomposos funerales de los reyes, en relieves harto magníficos y notables por su expresión y delicadeza. Á tanta riqueza de escultura agrégase el brillo del azul y oro, que reluce en los espacios que ellos no llenan, sobre los vidrios, de que para ornato de las más señaladas urnas acostumbraba valerse el arte de la Edad media. Sobre uno y otro declive de las losas hay las estatuas de los finados; y cierran la techumbre en cada panteón tres arcos, que van de pilar á pilar, levantando por defuera sus agudas cúspides á manera de pináculos ó doseletes, caladas con primor y delicadeza desde el vértice de su ángulo hasta el íntrados, del cual también cuelgan labores semejantes. Cobija cada uno una urna, y su bóveda interior vese ricamente pintada de azul y sembrada de estrellas de oro.—Pero la memoria de nuestros más insignes monarcas reclama un tributo de obsequio en estas páginas, harto limitadas, con dolor lo decimos, para que podamos mencionar debidamente las acciones, que los hicieron modelo de los soberanos de aquella edad, y que tocaremos por encima, si bien con respeto, y como por vía de indicación ligera y abreviada.

Este que se levanta inmediato al presbiterio al lado de la epístola ornado en su cubierta con dos grandes estatuas de alabastro tendidas, una con los sagrados hábitos de diácono y ceñida de laurel, y otra con la cogulla cisterciense, contiene los restos de D. Ramón ó Alfonso I de Barcelona y II de Aragón. Nació en Barcelona á 4 de Abril de 1152 (*a*), del conde D. Ramón Berenguer IV *el Santo,* y de D.ª Petronila, reina de Aragón; feliz coyuntura, que aunó debajo su cetro los dos estados, de cuya reunión resultó su propio engrandecimiento. Entró á suceder á su padre á 6 de Agosto de 1162, y en 1164 D.ª Petronila hízole donación del reino, que gobernó con singular prudencia y fortuna, pues á poco tiempo, en 1168, ya tomaba, después de un largo y obstinado sitio, la villa de Caspe y muchos lugares y castillos de Aragón, en 1170 sujetaba los sublevados vasallos moros de las montañas de Prades, y en 1172 preparaba una expedición al reino de Valencia. Merced á sus constantes esfuerzos, y secundado por sus fieles catalanes y aragoneses, por los años de 1181 ya ondeaba el pendón cristiano en casi todo lo que hoy forma el Aragón; y salvando sus armas los Pirineos, hiciéronse respetar en sus estados de la Provenza, del Bear, y del Rosellón. Casó en 18 de Enero de 1174 en Zaragoza con D.ª Sancha, hija del emperador y rey de Castilla y León D. Alfonso VII, y de su segunda esposa D.ª Rica ó Riquelde, y hubo de ella á D. Pedro, que le sucedió en la corona, á D. Alfonso, conde de Provenza, á D. Fernando, que fué monje de Poblet y abad de Montearagón, á D.ª Constanza, que casó con Emerico, rey de Hungría y de segundas nupcias con Federico II, emperador de Alemania, á D.ª Leonor, desposada en 1203 con D. Ramón IV, conde de Tolosa, á D.ª Sancha, mujer del conde de Tolosa D. Ramón V, y á D.ª Dulcía, que profesó en el monasterio de Sijena fundado por su madre. Otorgado

(*a*) La discrepancia que puede notarse entre algunas de estas fechas con otras del tomo primero, referentes á sucesos del mismo tiempo, proviene de la diferencia entre las cuentas de la Encarnación y de la Natividad.

su testamento, en que expresaba su voluntad de que le enterrasen en Poblet, al cual legaba su corona, falleció este monarca en Perpiñán, á 25 de Abril de 1196, y la posteridad, entre los varios renombres con que podía honrar su memoria, le ha conservado el de *Casto*, que le merecieron sus virtudes y continencia (1).

Frontera al descrito, en la parte del Evangelio é inmediata al presbiterio mírase una urna, que sostiene dos figuras de alabastro tendidas, una ricamente ataviada con las reales insignias, en que hay que admirar buena ejecución y no poca dificultad, y otra vestida con la humilde cogulla de monje. Pero un solo cadáver está allí encerrado; y si el observador ha oído mentar alguna vez D. Jaime I *el conquistador*, si se ha entusiasmado con la lectura ó relación de sus altos hechos, incline su frente con respeto, que delante tiene lo que de tanto valor, tanta cortesía, magnanimidad y gloria nos queda. Y si desea saber en resumen lo que fué este rey, acérquese y haga por leer su epitafio latino (2). Fueron sus padres D. Pedro I *el Católico*, y D.ª María de Montpeller; pero son tales las circunstancias que motivaron y acompañaron su nacimiento, que no sin faltar al deber, que de mencionar lo más interesante de nuestra crónica nos propusimos, pasaríamos por alto una sencilla relación de

(1) Aunque la exactitud en la relación de las localidades exija que se mencionen las tumbas reales por el orden con que están colocadas en los dos panteones, sin pasar repentinamente del uno al otro; con todo, como los reyes no están enterrados por orden cronológico, y siendo nuestro propósito trabajar aquí antes una indicación histórica que una mera descripción artística, en obsequio de la claridad hemos creído más conducente hablar de los monarcas sepultados por el orden que prescriba su genealogía.

(2) Es como sigue: *Anno Domini M. C.C.LXXVI. Vigilia B. Mariæ Magdalenæ Illustrissimus ac virtuosissimus Jacobus Rex Aragonum, Majoricarum. Valentiæ, comesque Barcinonæ et Urgelli, et Dominus Montispesulani, accepit habitum Ordinis Cisterciensis in Villa Algeciræ, et obiit Valentiæ VI. Kal. augusti. Hic contra Sarracenos semper prævaluit, et abstulit eis Regna Majoricarum, Valentiæ et Murciæ, et regnavit LXII annis, X. mensibus, et XXV diebus: et translatus est de Civitate Valentiæ ad monasterium Populeti, ubi sepultus fuit præsentibus Rege Petro filio suo, ejus uxore Constantia Regina Aragonum, et Violante Regina Castellæ filia Domini Regis Jacobi prædicti, et Archiepiscopo Terraconæ, et multis Episcopis, et Abbatibus ac Nobilibus viris. Hic ædificavit Monasterium Bonifazani, et fecit multa bona dicto Monasterio Populeti. Ejus anima requiescat in pace. Amen.*

aquel hecho.—Á poco de enlazado el rey D. Pedro con D.ª María, con quien, sea dicho de paso, si pródiga en las del ánimo, anduvo la naturaleza avara en las calidades del cuerpo, cobróla tal repugnancia, que, escandalizando á todos sus reinos, la dejó abandonada y se dió á ilícitos amoríos y entretenimientos. Llamara por entonces su atención una dama de Montpeller, en cuyo obsequio justaba, y á la cual servía con armas, divisas y fiestas; bien que la noble señora cerró las puertas de su voluntad á la tentación de semejantes obsequios y servicios, y no abrió los ojos al brillo fascinador de un rey amante. Afligidos los cónsules y prohombres de la villa con tan público galanteo, habiendo compasión de su señora natural D.ª María, que á fuer de cristiana y casta esposa procuraba ocultar su suerte sin aparecer quejosa ni apesadumbrada y marchitábase en su retiro, y teniendo en cuenta la orfandad, guerras y desgracias que forzosamente de la muerte sin hijos del rey debían resultar á estos sus reinos; trazaron cómo remediar estos extremos, que fué ganar para sí el privado del rey en sus tratos, y poner en ejecución lo que sigue. Al indicar el privado á D. Pedro que, gracias á su persuasión, se rindiera la festejada señora á la voluntad de su real amante, y al darle cita para la siguiente noche, hizo presente al alborozado monarca que la dama insistía en que estuviese á oscuras el aposento, condición en que no hizo alto el impaciente galán. Pero ya desde que se pusieron de acuerdo sobre este ardid los magistrados y el favorito, ordenaran sendas rogativas, misas y procesiones por la buena armonía de los dos esposos y á fin de que Dios les concediese sucesión; el pueblo acudía cada día á las iglesias, aunque ignorante del fin principal de las plegarias y sólo los autores y las primeras dignidades del clero sabían el objeto á que se destinaban. Llegada la noche señalada, la reina D.ª María, que accediera á las súplicas de los magistrados, fuése para la cámara del rey, acompañándola los doce cónsules, otros tantos caballeros y ciudadanos principales de la villa, canónigos, abades, doce doncellas, y dos notarios prontos á extender el

acta de lo que aconteciese. Allí quedó con el rey; y entre tanto, ocultos los acompañantes fuera de la cámara, encendieron los cirios, de que venían provistos, y pasaron toda la noche en fervientes súplicas y oraciones para que la tan ansiada sucesión coronase sus piadosos esfuerzos, mientras todas las iglesias de Montpeller estaban abiertas, y llenas de numeroso gentío, que por orden de sus magistrados acudía durante toda aquella noche á los rezos y plegarias. Despuntaba ya el día, y antes que su claridad alumbrase el engaño del rey, abrieron los acompañantes de súbito la puerta del cuarto, y formados en procesión majestuosa y con velas encendidas entraron en él. Sobresaltóse D. Pedro, é incorporándose en el lecho, echó mano á la espada, pero su furor hizo lugar á nueva sorpresa, cuando arrodillándose todos y con lágrimas en los ojos: — «Señor, le dijeron, dignaos mirar quién yace á vuestro lado.» Y levantándose la reina, conocióla su esposo y oyó de boca de sus fieles magistrados la relación del caso. Aprobó el rey su buena intención; y dejando después confiada á su custodia D.ª María, que no se apartó un punto de su encierro, á 2 de Febrero de 1208 el feliz nacimiento de D. Jaime coronó aquella acción y regocijó á todos los aragoneses (1).

(1) En verdad más parece ficción de poeta que verdad histórica el caso que acabamos de narrar; pero todos los cronistas lo refieren, muchos citan la casa en que pasó, y no lo juzgamos por otra parte tan desnudo de verosimilitud, que deba sujetarse su admisión á la prueba de su mera posibilidad. Pero cuando un autor coetáneo, Ramón Muntaner, el más elegante de nuestros cronistas, que floreció con armas y letras en tiempo del rey D. Jaime y de sus hijos, encabeza con él su libro; creemos es la mejor prueba que pueda alegarse citar sus mismas palabras, en cuya *candidez*, *simplicidad* y gracia se complacerá el menos aficionado á hojear las crónicas de la Edad media:

«Capitol 3, *Com los prohomens é consols de Muntpesller stegren tostems vigilants en storcre lo dan que pogra sdevindra á Muntpesller, é com lo neximent del Senyor Rey en Jacme fo per miracles, asenyaladament per obra de Deus.*

«Manifestament pot hom entendre que la gracia de Deus es, é deu esser ab tots aquells qui dexendents son del dit senyor Rey en Jacme Daragó, fil del dit senyor Rey en Pere Daragó, é de la molt alta madona dona María de Muntpesller, com la sua nexença fo per miracle, asenyaladament de Deus, é per la obra sua. E perço

Agitados fueron los años de su infancia; hallábase en poder del francés conde de Monfort, terror y azote de la infeliz Provenza, cuando murió su padre D. Pedro en la batalla de Muret habida con el de Monfort á 13 de Setiembre de 1213; y como

---

que tots aquells ho sapian qui de aqui avant oirant aquest llibre, yo ho vull recomptar. Veritat es que lo dit senyor Rey en Pere pres per muller é per Regina la dita madona María de Muntpesller, per la gran noblesa que habia de llinatje é per la sua bonesa. E perço com sen crexia de Muntpesller, é de la baronia, la qual avia en franchalou. E per temps avant lo dit senyor Rey en Pere, qui era jove, com la pres per escalfament que hac de altres gentils dones, estech que no torna ab la dita madona dona María de Muntpesller: ans venia alcunes vegades á Muntpesller que no sacostava á ella, de que eren mol dolents é despagats tots los lur sotmesos: é assenyaladament los prohomens de Muntpesller. Si que una vegada sesdevench que el dit senyor Rey vench á Muntpesller, é..... enamoras de una gentil dona..... é per aquella bornava, é anava ab armes, é treya ataulat. E feu tant, que á tot hom ho donava á conexer: é els consols é prohomens de Muntpesller qui saberen açó, faeren se venir un cavaller qui era privat del dit Senyor Rey en aytals affers, é digueren li que si el volia fer aço quel dirien, quells quel farien per tostemps rich hom é benanant. E ell dix, que le dixessen ço quels plagues, que no era res al mon quell pogues fer á honor dels, que ell non faes, salvant la sua fé. E desta rahó demanaren segret los uns als altres. Sabets, digueren ells al cavaller, queus volen dir, la rahó es aquesta, que vos sabets que madona la Regina es de les bones dones del mon, é de les sanctes: é honestes: é sabets que el senyor Rey no torna ab ella, de que es gran minua é dan de tot lo regne: é la dita madona Regina pássaso axi com á bona dona, que non fa res semblant que greu lissia. Mas á nos torna á dan, que si lo dit senyor Rey moria, é no hi havia hereu; seria gran dan, é desonor de tota sa terra, é assenyaladament seria gran dan de madona la Regina, é de Muntpesller: que convendria que vengues en altres mans, é nos per nenguna rahó no volriem que Muntpesller ixsque nul temps del reyalme Daragó. E axi si vos ho volets, vos y podets consell donar. E respos lo cavaller, dich vos senyor, que ya no romandra en mi, que en tot ço que yo puixca donar consell, en re que sia honor é profit de Muntpesller, é de mon senyor lo Rey é de la Regina madona dona María, é detots lurs pobles, que yo no faça volenters. Ara donchs pus tambe ho deyts, nos sabem que vos sots privat del senyor Rey, de la amor que ha á aytal dona: é que vos percasats que ell la haja. Perque nos vos pregam, que vos li digats que vos avets acabat, que ell haurá la dona, é que vendrá á ell tot segretament ala sua cambra. Mas no vol que llum hi haja per res: perço que per ningu sia vista: é de aço haura ell gran plaer. E com ell será gitat, é tot hom haura despatxada la cort, vos vendrets á nos aci al lloch del consolat de Muntpesller, é nos serem los XII. consols, é haurem entre cavallers é altres ciutadans altres XII dels millors de Muntpesller é de la baronia: é haurem madona dona María de Muntpesller Regina, qui ab nos ensemps será ab XII dones de les pus honrrades de Muntpesller, é ab XII donzelles: é yra ab nos al dit senyor Rey, é si vendran ab nos dos notaris los millors de Muntpesller: é lo official del bisbe, é dos canonges: é quatre bons homens de religió: é cascú hom, é cascuna dona é donzella portará un ciri en la ma, lo cual encendran quant la dita madona dona María entrará en la cambra ab lo senyor Rey. E á la porta de la dita cambra tuyt estarán ajustats, entró sia prop del alba, que vos obrirets la cambra. E com será oberta, nos ab los ciris cascú en la ma entrarem en la cambra del senyor Rey: é aquí ell se maravellará, é lavors nos direm li tot lo

con aquella catástrofe quedó á merced del vencedor, fué menester un mandato del Sumo Pontífice para que devolviese Simón el real infante á sus estados. Pero la ambición de sus tíos los infantes y los bandos que en varias partes del reino se levanta-

feyt, é mostrarli hem, que te de prop la dita madona dona María Regina Daragó: é que avem fe en Deus, é en madona sancta María, que aquella nuyt engendraran tal fruit: de que Deus é tot lo mon ne será pagat, é lo seu regne ne será provehit si Deus ho volrá.»

Capitol 4, *Recompta la resposta que feu lo cavaller als consols de Muntpesller, les pregaries é oracions ques faeren, é com sacordaren ab la Regina de ço que havien en lur enteniment.*

«E com lo cavaler oy, é entés la lur rahó, qui era sancta é justa: dix, que era aparellat, que compliria tot ço que ells havien dit: é que daço no se staria per pahor de perdre la amor del senyor Rey, ne encara la persona: é que havia fe en nostre senyor ver Deus que axi como ells havien tractat, é cogitat aquel feyt. que axi vendria á bona acabament, é que daço estiguessen tots segurs. Mas empero senyors, dix lo cavaller, pus vosaltres bavets tambe pensat, yous prech que per amor de mi hi façats mes. E ells responeren molt benignament, é dixeren: nos som aparellats que hi façam tot ço que vos hi consellets. Donchs, senyors, á honor de Deus, é de madona Sancta María de Vallvert, vuy ques dissapte, que havem començat á tractar de aquets affers: yous prech é consell que dilluns á honor de madona sancta María començen tots quants preveres ne homens dordre haja en Muntpesller á cantar misses de madona sancta María: é queu tenguen VII jorns. á honor dels VII goigs que ella hach del seu car fill: é que li placia que á nos tuyt do Deus goig é alegre daquest tractament: é que hi do fruyt: don lo regne Daragó. é lo comptat de Barcelona é Durgell é de Muntpesller, é totes les altres terres ne sien be proveydes de bon senyor. E axi que ell ordenaria, quel Diumenge seguent á vespres farien tots los feyts, segons que havien tractat. E axi mateix que á madona sancta María de les Taules, é á madona sancta María de Vallvert faessan axi mateix cantar misses. E en aço sacordaren tots. E encara ordenaren que lo dit Diumenge que aços faria, que totes les gens de Muntpesller sen anassen per les sgleyes, é que hi vetlassent tuyt, dient oracions mentre la Regina seria ab lo senyor Rey: é que tuyt haguessen lo dissapte dejunat en pa é en aygua. E axi fo ordonat é endreçat. E sobre aço tots ensemps axi com eran justats al consell anarensen á madona dona María de Muntpesller Regina Daragó: é digueren li tot ço que ells havian endreçat é ordonat. E la dita madona dona María dix los que ells eren sos naturals, é que era cert que per tot lo mon se deya quel pus savi consell del mon era aquell de Muntpesller: é puix axi se testimonejava por tot lo mon, que ellas devia tenir per pagada de lur consell, é que premia la lur venguda en lloch de la salutació quel angel Gabriel feu á madona sancta María, é que axi com per aquella salutació se compli salvació del humanal llinatje, que axi lo lur tractament é acord vengues á compliment á plaer de Deus, é de madona sancta María, é de tota la cort celestial, é á honor é profit des les ánimes é dels cors del senyor Rey é della, é de tots los lurs sotsmesos. E que axis complis. Amen. E axi partirense ab gran alegre, é podets be entendre é pensar que tuyt estegren aquella setmana en oració, é en dejunis: é assenyaladament la senyora Regina.»

ran, negáronle el reposo de que necesitaba para consolidar su dominio, y difícilmente hubiera separado los grandes obstáculos que se le opusieron, á no contar con la ayuda de fieles y decididos vasallos, y si no le hubiese guiado con sus prudentes conse-

---

Capitol 5, *Com se feu que lo senyor Rey no sentis perques feyen les pregaries é dijuns essent sabidor dells: é com se portá lo feyt en bon acabament, reconexens lo senyor Rey ab quisen era deportat:*

«Ara poriem dir, com se poria fer que açó no sentis lo senyor Rey, puix axi manifestament aquella se faes preguera daquest feyt, en manas hom dejunar? Jo responch é dich, que ordenacio era per tota la terra del dit senyor Rey, que tots dies se feya oració, especialment que Deus donas pau é bona amor entre lo dit senyor Rey é la senyora Regina: é que Deus hi donas tal fruyt, que fos á plaer de Deus é á be del regne: especialment tostemps quel senyor Rey fos á Muntpesller sen feya professó senyalada: é com ho deyen al senyor Rey, ell deya: be fan, será com á Deus plaurá. E axi esta bona paraula quel senyor Rey deya, ab moltes altres bones quen deya la senyora Regina, é lurs pobles, perque nostre senyor ver Deus ho compli axi com á ell vench en plaer. E avant oyrets perque de les oracions ques feyen, nes deyen per aquesta rahó, lo senyor Rey no sen pensava re, ne nul hom no sabia que açó degues axi anar, salvant aquells qui al consell eren estats. E axi les dites oracions, é misses é beneficis se faeren per VII jorns aquella setmana: é entre tant lo cavaller obrá en los feyts, é aportá lo feyt en acabament, en aquell que havets oyt, qui era tractat. Axi que lo Diumenge á nuyt, com tot hom fo gitat al palau, los dits vint y quatre prohomens, é Abats, é Priors, é Lofficial del Bisbe, é homens de Religió, é les XII dones é les XII donzeles, ab los ciris en la ma entraren en lo palau, é los dos notaris axi mateix: é tuyt ensemps vengueren entro á la porta de la cambra del senyor Rey, é aqui entrá madona la Regina: é ells estegueren defora ajonollats en oració tuyt en semps. E el Rey é la Regina foren en lur deport, quel senyor Rey cuidava tenir de prop la dona de qui era enamorat. E axi estegueren aquella nuyt mateix totes les sgleyes de Muntpesller obertes, é tots los pobles qui hi estaven pregant Deus, axi com damunt es dit, que era ordonat. E com fo alba los prohomens tots, é prelats, é homens de Religió, é dones cascú ab son ciri ences en la ma, entraren en la cambra: é lo senyor Rey era en son llit ab la Regina, é maravellas, é salta tantost sobre lo llit, é pres lespasa en la ma, é tuyt ajonollárense, é digueren plorant: senyor mercé sia de gracia, é de mercé vostra, que vejats quius jau de prop. E la Regina dreças, é lo senyor Rey conech la, é comptaran li tot ço que havien tractat. E lo senyor Rey dix, que puix que axi era, que plagues á Deus fos complit lur enteniment.»

No todos los cronistas dan á este caso el barniz poético y religioso que Muntaner; ni en su relación aparece siempre el rey D. Pedro, aunque infiel esposo, galante y cortesano caballero; ni el desenlace pasa siempre en el palacio del rey, ni siempre guarda la frase la tersa sencillez que brilla en la del cronista citado. Un cronicón manuscrito con caracteres de últimos del siglo XIII á principios del XIV, que posee D. Próspero de Bofarull, y cuyo autor se ignora, es el que más difiere de Muntaner en la narración de este hecho. Pero como aquel libro sólo debe considerarse recopilación de todos los cuentos y noticias que circulaban entonces en boca del vulgo, nos abstendremos de copiar aquí el trozo que lo cuenta, pues sin duda la delicadeza y modestia se ofenderían de la *desnudez* que en él reina, y de

jos su ayo el maestre de los caballeros templarios D. Guillelmo de Monrodón. Por fin, ocupando ya tranquilo el trono, que tanto debía honrar luégo con sus hazañas, á 6 de Febrero de 1221, á los catorce años de su edad, casó en la villa de Agreda con D.ª Leonor, hija de Alfonso IX de Castilla, á pesar del parentesco que entre los dos mediaba por ser biznietos del Emperador Alfonso VIII de Castilla y León. Fatal circunstancia fué esta para la esposa, pues como para la realización del matrimonio no se contara con el consentimiento del Papa, valiéndose de ella el monarca, pidió el repudio al Pontífice, y logró enviase éste un legado que, después de examinado el negocio, anuló el enlace. Legitimó no obstante el rey á D. Alfonso, único hijo que en la repudiada D.ª Leonor hubiera, y que falleció en vida de su padre por 1260.

Durante su viudez mantuvo relaciones amorosas con varias damas de sus reinos, entre las cuales deben mencionarse con preferencia D.ª Guillelma de Cabrera, que no le dió hijo alguno, y D.ª Teresa Gil de Vidaure, á la cual hubo con palabra de casamiento, y en quien tuvo dos hijos, que fueron D. Jaime, señor de Ejerica, y D. Pedro, señor de Ayerve, troncos ambos de dos ilustres genealogías. Repudió empero el rey á la madre, que entabló contra él pleito ante el Sumo Pontífice, alcanzando sentencia favorable. Mas jamás logró volver á vivir con el monarca, que con todo reconoció por legítimos los hijos que en ella hubiera, declarando en uno de sus testamentos, otorgado en Montpeller á 26 de Agosto de 1272, que le sucediesen en falta de los legítimos (1). Sin embargo, es de creer que jamás obtuvo doña Teresa el título de reina, ni como tal fué reconocida, de manera que las segundas nupcias del rey sólo se entienden con D.ª Vio-

algunas expresiones en que no vió ningún ataque á la moral la sencillez de aquellos tiempos, y que de buena fe usó como las más propias.

(1) Como no presentamos aquí más que una sucinta indicación de los principales datos históricos de cada monarca, omitimos las circunstancias de este repudio, que ya habrá visto el lector en la pág. 151 donde las referimos largamente.

lante, hija de Andrés II, rey de Hungría, con la cual casó en Barcelona á 8 de Setiembre de 1235. Tuvo de ella cuatro hijos: D. Pedro, que le sucedió en el reino de Aragón y condado de Barcelona; D. Jaime, á quien legó su padre en feudo el reino de Mallorca, islas adyacentes, los condados de Rosellón y Cerdeña, el señorío de Montpeller, y otros estados; D. Fernando, que murió mozo en vida del rey; y D. Sancho, que fué arzobispo de Toledo;—y cuatro hijas, que fueron, D.ª Violante, que casó con D. Alfonso el *Sabio* de Castilla; D.ª Constanza, con el hermano de éste el infante D. Manuel; D.ª Sancha, que es fama peregrinó en traje incógnito y ageno de su rango al Santo Sepulcro y murió en Jerusalén; D.ª María, religiosa; y D.ª Isabel, que se desposó con el rey de Francia Felipe *el Atrevido*.

Tuvo también amores D. Jaime con una señora de la casa de Antillón, y con otra dama aragonesa llamada D.ª Berenguela Fernández; de sus relaciones con aquella nació Fernán Sánchez, á quien dió su padre la baronía de Castro; de las con la segunda, D. Pedro Fernández, creado por el rey barón de Ijar, y en ambos empezaron en Aragón las ilustres familias de su apellido.

Los altos hechos de este rey han prestado brillante asunto á todas las crónicas y á todos los historiadores; y si por sí solos reclaman historia que los refiera por separado, que tanta es su abundancia é interés, mal podríamos nosotros, al mencionarlos, conciliar la brevedad con el decoro y extensión que les corresponde. La habilidad y firmeza con que sosegó ya en los primeros años de su reinado las alteraciones de sus estados, las muchas relaciones diplomáticas que mantuvo con la mayor parte de los soberanos de entonces, y hasta con los soldanes de Alejandría y Babilonia; las infinitas y osadas expediciones, en que hizo prueba del valor de su brazo y de su buena lanza; la fundación de la milicia mercenaria y la institución del primer cuerpo municipal de Barcelona, de aquel *Consejo de Ciento*, que con sus sabias disposiciones hizo á esta ciudad centro de seguridad, paz y abundancia, que no eran muy comunes entonces en las grandes

poblaciones; no son para meramente indicadas en unos apuntes, indicación que, en nuestra conciencia, sería profanar, ó digamos mejor, desflorar la época más heróica de nuestros anales. Las solas conquistas de Mallorca, Valencia y Murcia, son tres poemas, cuya magnificencia, variedad é interés, no reconocen rival en aquel período de la historia española; las hazañas del *Ricardo* aragonés ahí están intactas en las crónicas, vírgenes, jóvenes y en toda la fuerza de su esplendor y poesía; y menos afortunadas que los hechos del héroe de Inglaterra, no han tenido un Walter-Scott que las hiciera populares contándolas á todo el mundo civilizado (1). Pero si en esta época de increencia y de *invasión* literaria una mano inexperta é indigna ha de revolver las cenizas del héroe, y una pluma audaz, siguiendo el impulso de la *moda,* pretende trazar en rasgos mentidos algún episodio de su vida, y convertirle en mezquino personaje de cuento insulso, de drama desatado, forzado é incompleto, ó de pesada parodia de novela; bien están las hazañas de D. Jaime ahí en el polvo de las crónicas, bien están destacándose ahí altas y gigantescas detrás de la prosa *cándida* de Muntaner, al fondo de los detallados cuadros del gran Zurita, donde la misma incuria y sencillez en las formas favorece al resalto de la figura principal, y no ofende á la verdad ni altera el colorido.

Enfermo este gran monarca y sintiendo se le acercaba la muerte, á 6 de Julio de 1276 abdicó en Alcira á favor de don Pedro, á quien entregó su poderosa espada *Tizona,* que fuera su verdadero cetro, y recomendó el amor y buena armonía para con sus hermanos, especialmente para con D. Jaime, rey de Mallorca, y guerra constante contra los sarracenos. Y después de recibir el hábito cisterciense, y de profesar los votos religiosos, yéndose para su monasterio de Poblet, alcanzóle la muerte en Valencia á 27 del mes indicado. Ningún retrato nos queda

(1) Inútil nos parece advertir que aludimos á *Ricardo Corazón de León*, que Walter-Scott ha pintado en sus novelas, principalmente en el *Ivanhoe* y en el *Talismán.*

que recuerde sus facciones, si bien todos los historiadores convienen en ponderar su gallardía y majestuosa apostura; sólo un cronicón manuscrito de fines del siglo XIII á principios del XIV, detalla las calidades de su persona, en estos términos: «Sabed »que el rey D. Jaime era el hombre más hermoso del mundo, »más alto de un buen palmo que los demás, gallardo y perfecto »en todos sus miembros. Tenía cara grande, y sonrosada y »fresca; nariz larga y muy recta; boca grande y fresca; bellos »y blancos dientes; negros y hermosos ojos, y bellas cejas; »anchas las espaldas, largo y delgado el talle, gruesos y bien »hechos los brazos, las manos bellas y largos los dedos; era »intrépido, hazañoso, dadivoso, afable para con todos, muy »compasivo, y sin más deseo en su corazón que andar en conti»nua guerra con sarracenos (1).»

Cuatro estatuas adornan el sepulcro inmediato al de D. Jaime, y sólo una de ellas manifiesta ser varón por su hábito de diácono, traje que mal se avendría con el puñal que lleva en la mano, á no publicar el epitafio (2) que allí yace el rey D. Pedro IV de Aragón y III de Barcelona, *el Cruel* según unos, *Ceremonioso, Político* según otros, y *del Punyalet* para los catalanes por razón de la daga que no se apartaba de su cinto, y con

(1) Como ya indicamos, posee este cronicón D. Próspero de Bofarull, y hemos traducido al castellano el pasaje catalán, que está en el fol. 61, y dice así: «*De la bondat del Rey en Jacme.*»—«Devets saber que aquest Rey en Jacme era lo pus bell hom del mon, é era maior que altre hom un gran palm, é era ben format é complit de tots sos membres. Thania gran cara, é vermella, é frescha; el nas lonch é be dret, é gran bocha é fresca, é belles dents é blanques é blanchs, é beylls hulls negres, é belles seylles, é gran spatles, é lonch cos é delgat, els brassos grossos é ben feits, é belles mans é lonchs dits, é era molt ardit, é prous de ses armes, é larch de donar, é agradable á tota gent, é molt misericordiós, á era tot son cor é sa volentat de garreiar tot temps ab sarrahins.»

(2) Dice así: *Quartus Aragoniæ Petrus, á pugione vocatus, invictus animo, hic jacet inanimis LXVII ætatis expletis annis, dum Regni sui compleret LI obiit Barcinone anno Domini M.CCC.LXXXVII nonis Januarii: ejus corpus ibi Ecclesiæ cathedrali commendatum mansit VII annis et IV mensibus sine desiderato sepulcro quod ipse sibi et aliis Regibus in hoc Monasterio Populeti construxerat. Ad ipsum autem fuit postea translatum anno M.CCCXCIV, idibos maii qua die præsente Illustrisimo Joanne filio suo Rege Aragonum cum præclaris viris et Prælatis plurimis solemniter fuit humatum. Anima ejus requiescat in pace. Amen.*

que al romper uno de los privilegios de la Unión hirióse en la mano, y prorrumpió en aquella exclamación tan citada por los historiadores: «*Justo es*, dijo, *que privilegio á costa de tanta »sangre de varones ilustres adquirido, no se cancele ni extinga sino con sangre de un rey.*» ¿Á qué referir los hechos que ilustraron su vida? Los pocos, que la estrechez de estas páginas nos ha permitido presentar en resumen en varios pasajes, bastan en nuestro concepto para dar una idea del reinado más agitado y más brillante de la historia de Aragón. Tres estatuas de mujer yacen á su lado, y todas ostentan ricos ornamentos reales y ciñen corona. Es la una su primera esposa D.ª María de Navarra, con quien casó en la iglesia Mayor de Aragón á 25 de Julio de 1338, habiendo en ella á D.ª Constanza, que casó con D. Federico II, hijo de los reyes de Sicilia; á D.ª Juana, que, frustrándose el proyecto de sus bodas con Eduardo de Inglaterra, casó en 1372 con el conde de Ampurias; á D.ª María, que murió niña, y á D. Pedro, que nació en Valencia por Abril de 1347, y falleció pocas horas después. Representa la otra la segunda esposa del rey D.ª Leonor de Portugal, que fué víctima de la peste en Teruel el siguiente año de 1348 y no dejó sucesión; y la restante indica que allí descansa D.ª Leonor de Sicilia, tercera esposa de D. Pedro, é hija de los reyes de Sicilia D. Pedro y D.ª Isabel; casó con ella en Valencia por 1349, y al fin vió el rey satisfechos sus deseos de evitar guerras á sus reinos, pues al siguiente año dió á luz la reina á D. Juan, que creciendo en años fué confiado á los cuidados del almirante D. Bernal de Cabrera, y el primero de los primogénitos de Aragón que se tituló duque de Gerona. Fué el segundo hijo de D. Martín, y el tercero Don Alfonso, que murió en la infancia; pero entre los dos mediara el nacimiento de una hija, la infanta D.ª Leonor, que casó en Soria á 18 de Junio de 1375 con D. Juan, primogénito de Castilla, y fué madre del *de Antequera*. La cuarta mujer del rey, D.ª Sibilia de Forciá, que sobreviviéndole sufrió las persecuciones de sus entenados D. Juan y D. Martín, dióle tres hijos:

D. Alfonso, á quien condecoró su padre con el título de conde de Morella, otro cuyo nombre se ignora, y D.ª Isabel, que casó con el último conde de Urgel D. Jaime *el Desdichado;* pero no contiene este sepulcro los restos de esta reina, que fué sepultada en el convento de San Francisco de Asís de Barcelona.

En frente, al lado del sarcófago de D. Alfonso I *el Casto,* yacen el primogénito del *Ceremonioso*, el rey D. Juan I, y dos de sus esposas. Corto fué su reinado, y pobre en las acciones que ilustraran el de sus antepasados; y si su padre, como dice Zurita, cuanto fué de más débil y delicada compostura de cuerpo, tanto fué en el ánimo más ardiente y de una increíble prontitud y viveza, no parece heredó D. Juan estas calidades, pues en él dominó la flojedad, aunque acompañada de la justicia y beneficencia. Casó la primera vez, en vida de su padre, en 1370, con D.ª Juana de Valois, hija de los reyes de Francia; pero asaltándola imprevistamente la muerte en Beziers cuando iba á reunirse con su esposo, quedaron éste y los reinos de Aragón privados de una princesa en quien aunáranse las virtudes y la hermosura. Acortó empero su viudez el rey D. Pedro, que dispuso concertase segundas nupcias con D.ª Matha ó Matea de Armeñac, celebrándose los esponsales á 6 de Marzo de 1372 en el castillo vizcondal de Lautrec, y representando en ellos D. Lupo de Gorrea la persona del infante. Hubo en esta señora á D. Jaime, nacido en 24 de Junio de 1374, y muerto de pocos meses; á D.ª Juana, que en 1392 se desposó con el conde de Foix, y un niño que vivió pocos días. Murió D.ª Matea en Zaragoza por Octubre de 1378, y á los 28 años de su edad hallóse viudo segunda vez sin otro hijo que D.ª Juana. Empezaba entonces á sentirse en la familia real el influjo de la reina D.ª Sibilia, y apoderándose ésta de toda la voluntad y cariño del rey, poco tardaron á estallar los celos entre la madrastra y los infantes, particularmente el primogénito, sobre quien descargó todo el peso de la ira de su padre. Desgraciadamente el estado de viudez, en que encontrábase D. Juan, vino á complicar su si-

tuación; trazó con semejante motivo el rey un proyecto de enlace, que convenía perfectamente á sus miras políticas, entre su hijo y la reina de Sicilia; y negándose por esta vez D. Juan á su querer, trató tercera boda en 1379 con D.ª Violante, sobrina del rey de Francia Carlos *el Sabio* é hija de los duques de Bar. Temiendo el Infante el enojo del rey, retiróse unos días á los estados de su cuñado el conde de Ampurias, que juró defenderle con ellos y con su persona, que fué lo mismo que jurar su propia perdición, mayormente siendo rey el rey D. Pedro, y un infante primogénito quien aceptaba su oferta, y que en trance apurado no vacilaría entre la pérdida de la corona y la ruina del de Ampurias. Á tanto llegó entonces la indignación del rey, que, amén de las amenazas, recurrió á la *ciencia gaya* en que sobresalía, y compuso contra D. Juan unos versos que le remitió con carta de 13 de Noviembre de 1379, y en que le zahiere por su mala elección de esposa (1). Pero el infante, sin curarse

(1) Esta carta y los versos hállanse en el *Archivo de la Corona de Aragón*, *Sigilli secreti, 133, Petri III*, Núm. 1265, fól. 64 y 65; y por el contexto de aquella aparece el grave disgusto que ocasionó al rey el enlace del infante, y que contrasta notablemente con su aparente condescendencia. Copiámoslos sin abreviaturas, aunque con los signos ortográficos que nos han parecido necesarios para su inteligencia.

«Lo Rey: = Molt cart primogenit. Vostra letra havem reebuda é hoyda la creença quens ha comptada Ramon de planella vostre armer. E si hagues plagut avos »lo matrimoni de nostra neta de Cicilia, nos ne forem molt pus pagat, lo qual po»gra esser vengut á acabament si tant hi haguessets traballat con en aquest. Pero »pus aquest matrimoni es vengut aperfecció, par que adeu sia pus plasen que »aquell, é ab aytant es agradable á nos. Placia á nostre senyor que do á vos é á »ella la sua benedicció, é nos vos dam la nostra paternal. E entant com som home, »no podem nostre cor refrenar que no haiam desplaer deles errades vostres qui »sots nostre fill, é pertal com hom qui ha dolor en son cor é altre remey no pot »haver, pren se aplorar, trametem vos unes coblas que havem fetes daquesta ma»teria. Dada en Barchelona sos nostre segell secret á XIII dies de Noembre del »any MCCCLXXIX *Rex Petrus*.»

Mon car fill, per sent anthoni,
vos juram quest mal consellat,
con laxats tal matrimoni
en queusdan un bon regnat,
e quen haiats altre fermat.
¡En imfern ab lo dimoni
si enbreu quius nanganat!
Qui ben crex son patrimoni
es nest mont per tuyt presat.

Axi ho dits apolloni
largament en un dictat,
on hoa ben declarat,
e li fa gran testimoni
Alaxandre en veritat
no volg esser mullerat.
¡Pel valent de sent celoni,
quen perdes tal heratat! = *Rex Petrus*.

de las burlas como no se curó de las amenazas, casó á 2 de Febrero de 1380 en Montpeller con D.ª Violante; tristes bodas, en que no hubo fiesta alguna, y á que tan sólo asistieron el infante D. Martín, el conde de Ampurias y su esposa la infanta D.ª Juana. Ellas fueron el pábulo, si no el origen, de las funestas disensiones de la familia real, que escandalosamente salieron al público con la guerra que el *Ceremonioso* hizo á su desdichado yerno el conde de Ampurias hasta echarle de sus estados, en venganza del valimiento y amistad que ofreciera á D. Juan, que entretanto estuvo á las órdenes de su padre, y aun mandó alguna expedición contra el conde para desarmar la suspicaz desconfianza del rey. Pero señoreando absolutamente en la voluntad de éste la reina D.ª Sibilia, privó D. Pedro á su hijo de la administración de los negocios que por su primogenitura le competía, y con público pregón mandó que ninguno le obedeciese ni tuviese por primogénito. Acudió el infante al Justicia de Aragón, y entonces se echó de ver la alta importancia y utilidad de este cargo, escudo contra la violencia y baluarte de la libertad y de los fueros (1). Jamás desde entonces renació entre

(1) El grave y profundo Zurita, al trazar los acabados cuadros de sus anales, no descuidó seguir la marcha de las instituciones y aprovechar todas las coyunturas favorables para explicar las formas casi republicanas de los estados aragoneses, de manera que para el estudioso y analizador es su obra un examen imparcial y profundo de los fueros y leyes en que fundaban su libertad los naturales; extraña osadía del escritor y extraña inadvertencia del suspicaz Felipe II! Al tratar del Justicia de Aragón en varios pasajes, lo hace con tal claridad, nobleza é individualización, que cuanto quisiésemos tal vez decir sobre esta materia no llegaría ni con mucho á lo que dijo el analista, de quien copiamos en muestra el siguiente trozo relativo al asunto del texto: «Entonces el infante tuvo refugio al recurso del Justicia de Aragon, que fué siempre el amparo y defensa contra toda violencia y fuerza, y desde los principios del reino, quando este magistrado fué instituido, para que se fuesse á la mano á los que quisiessen quebrantar sus libertades y fueros, fué no solo recurso de los súbditos, pero muchas veces se valieron dellos reyes contra sus ricos hombres: y en el augmento del reyno, despues que acabó de conquistarse de los infieles, fué el amparo y principal defensa para que los reyes y sus ministros no procediessen contra lo que disponían sus fueros y leyes y contra lo que les era permitido por sus privilegios y costumbres. Firmó entonces el infante de derecho ante el Justicia de Aragon sobre la preeminencia que le competia como á primogénito, que era el remedio ordinario que tuvieron en este reyno los Aragoneses quando temian ser agraviados del rey ó de sus officiales en sus personas ó en sus bienes: porque con firmar de de-

D. Pedro y D. Juan el antiguo afecto y confianza, y bien lo indicó el rey, cuando en la última cláusula de su testamento legó su eterna maldición al hijo en caso de que no cumpliese éste su voluntad y postreras disposiciones, maldiciendo también á todos

---

recho, que es dar caucion de estar á justicia, se conceden letras inhibitorias por el Justicia de Aragon para que no puedan ser presos, ni privados, ó despojados de su possession, hasta que judicialmente se conozca y declare sobre la pretension y justicia de las partes, y parezca por proceso legítimo que se deve revocar la tal inhibicion. Esta fué la suprema y principal autoridad del Justicia de Aragon, desde que este magistrado tuvo orígen, y lo que llaman manifestacion: porque assi como la firma de derecho por privilegio general del reyno impide que no pueda ninguno ser preso ó agraviado contra razon y justicia, de la misma manera la manifestacion, que es otro privilegio y remedio muy principal, tiene fuerça quando alguno es preso sin processo legítimo, ó quando le prenden de hecho sin orden de justicia: y en estos casos solo el Justicia de Aragon, quando se tiene recurso á él, se interpone, manifestando el preso, que es tomarlo á su mano, del poder de cualquiere juez, aunque sea el mas supremo, y es obligado el Justicia de Aragon y sus lugartenientes á proveer la manifestacion en el mismo instante que les es pedida, sin preceder informacion; y basta que se pida por cualquiere persona que se diga procurador del que quiere que le tengan de manifiesto: y despues de ejecutada la manifestacion, constando al Justicia de Aragon ó á sus lugartenientes que fué preso sin processo y contra los fueros y libertades del reyno, lo suelta y libra de la prision, y le pone en lugar seguro, adonde esté libre por espacio de un dia natural. Estas dos cosas fueron desde los principios del reyno las fuerzas y como el homenage de la libertad, y parece ser lo mismo que la intercession de los tribunos del pueblo Romano, cuyo principal officio era velar por el bien universal del pueblo, y toda su fuerza y vigilancia se empleava en moderar la insolencia de los magistrados, pues no era otra cosa la intercesion que oponerse á toda fuerza y tiranía: y assi los tribunos del pueblo Romano eran el recurso y remedio contra las injustizias de los jueces: y por esta causa muchas veces se ponian en sus sillas delante de las puertas de la curia, adonde el senado se congregava, y con gran atencion examinavan los decretos y estatutos públicos del senado, para que no se confirmassen los que no se aprovavan por ellos, y era costumbre que sus casas estuviesen de día y de noche abiertas, como un puerto y seguro recurso de los que tuviessen necesidad de su presidio: y fuessen como una ara, para donde se recogiesen los agraviados y oppressos: y por esta causa la manifestacion se provee sin dilacion ninguna. Con esta igualdad entendieron aquellos primeros Aragoneses, que concurrieron en los principios del reyno á establecer sus leyes, que se conservara el bien universal de todos, si se atribuia á cada uno de los mayores y menores su derecho: y assi tuvo este magistrado suprema autoridad y fuerza con todos, desde que se fundó con el mismo reyno, y se introdujo generalmente como una ley casi divina en las ánimos de los Aragoneses. Fué éste muy señalado ejemplo que el primogénito, que devia suceder en el reyno á su padre, se uviesse de valer del remedio de los mas inferiores y que menos pueden, y firmó de estar á derecho con él ante el Justicia de Aragon, que era Domingo Cerdan: y él le dió sus letras inhibitorias como era de costumbre, y se publicaron por todo el reyno, y con la suprema autoridad de la ley, que fué la principal fuerza del reyno, no se dió lugar á que con desordenada passion y fuerza fuese privado el infante de su derecho por el rey su padre: y de allí adelante se administró en su

sus súbditos si le juraban fidelidad y obediencia antes de que se obligase á hacerlo. Así encendida la discordia en la familia real, y atizando el fuego los varios bandos que á su favor hacíanse cruda guerra; la calumnia inventó las acusaciones más torpes y ridículas, que en todos los corazones engendraron odio fanático á las personas contra quienes iban dirigidas. Procurando la infamia y deshonra de la reina, los validos del infante atentaron á su honestidad con voces las más ofensivas; y no contentos con achacarle el crimen de adulterio, dijeron que era obra de sus brujerías la enfermedad que afligía al rey y al infante. Por tanto, llegado el rey al último trance de la vida, y temerosa D.ª Sibilia de la crúel suerte que le reservaba el odio del sucesor, resolvió ponerse en salvo con los de su valía antes que falleciese su esposo, y lo puso por obra cuando éste hubo ordenado su última voluntad, que fué un sábado por la noche, 29 de Diciembre de 1386. Cundió en breve por Barcelona, donde ello aconteció, la noticia de esta fuga, y creciendo la gravedad de sus circunstancias á medida que pasaba de boca en boca, tal vez no sin ser parte para ello la malicia del bando contrario, hasta el extremo de asegurarse que habían abandonado al rey en su agonía y robado su palacio; determinaron los nobles, prelados y conselleres perseguirlos al toque de *somatén*, que pronto retumbó de pueblo en pueblo. Encerráronse los fugitivos en el castillo de San Martín de Zarroca; y cercados por las tropas que en su persecución se despacharan, el día siguiente á la muerte del rey, que fué un domingo 6 de Enero de 1387, entregáronse al infante D. Martín, á quien confiara su hermano D. Juan la lugartenencia del reino. Estaba éste enfermo en Gerona; mas tanto pudo con él la fuerza de su encono, que no consultando el peligro de su persona y el estado de su dolencia, acudió á Barcelona, mandando numerosas prisiones de los par-

nombre la governacion general como antes, aunque estava retirado y se apartó de la furia con que su padre le comenzava á perseguir.»—ZURITA, *Anales de Aragon*, lib. X, cap. 36.

tidarios de la reina, de cuyos bienes se apoderara é hiciera donación á su esposa D.ª Violante, y acelerando las averiguaciones de los hechizos que algunos testigos declaraban había D.ª Sibilia suministrado al difunto D. Pedro y á D. Juan: y como precisamente á su llegada á la capital agravósele la enfermedad al nuevo rey, sin duda por las fatigas del viaje y por la agitación de su ánimo, y opinaron algunos de sus médicos que estaba hechizado, opinión dictada por el soborno, si ya no era la capa con que se cubría su ignorancia; sin guardar orden de proceso ni formalidad alguna, resolvióse dar tormento sobre este particular á la reina viuda y á sus amigos. Entonces fué cuando, entre otras declaraciones, depuso en el potro un judío que el rey estaba verdaderamente hechizado, afirmando con gran confianza que no moriría de aquel mal, antes convalecería con ciertas medicinas que él le aderezase, llegando su audacia hasta el extremo de fijar el día de su mejora, y el en que ya podría montar á caballo,—promesas que, según las historias, confirmó el suceso. Presa la reina en una torre que llamaban Denvives en la calle del Orbs, y temerosa de que la sinjusticia y violencia de sus contrarios la condujesen al patíbulo, autorizó á los sujetos, que al rey plugo nombrar, para que en nombre de éste tomasen posesión de todas sus villas, castillos y estados. Aflojó con esta cesión la ira de D. Juan, y contentóse por entonces con condenar á muerte los más de los partidarios de aquella. «—Fué este caso el más grave y atroce que se hubiese jamás intentado, porque se procedió con muy livianas disposiciones y indicios á question de tormento contra la reina, por mandado del rey y de los de su consejo, con gran crueldad y inhumanidad, no embargante que los jueces á quien se cometió esta pesquisa no consintieron en ello, antes protestaron expresamente, atendido que la reina aun no avia sido oyda de sus defensas ni quanto al efecto de tortura, ni quanto la causa principal—»: así se explica sobre el particular el grave Zurita con la rectitud, filosofía é imparcialidad que le valieron el dictado

de *genio* entre los analistas españoles, y con las cuales, al paso que llenó ampliamente y más que ninguno los deberes de cronista, dió ya algunos pasos en la carrera de la verdadera historia, que debían después ilustrar en país extraño los Gibbon y los Robertson. Por fin interpuso su mediación el cardenal de Aragón, legado del Papa, que por aquella sazón hallábase en Barcelona, y merced á sus instancias alcanzó gracia para la desventurada viuda y su hermano, á los cuales sacó por sí mismo de su encierro.

Afortunadamente pararon aquí las crueldades del rey Don Juan, y las demás acciones de su reinado nada ofrecen que se oponga á la benignidad, que acordes le han atribuido todos los cronistas, pudiendo decirse que de los monarcas sus antepasados heredó tan sólo la afición al fausto y á las letras. Así á imitación del famoso consistorio de Tolosa, fundó en Barcelona una academia del *gay saber*, reuniendo de este modo en un centro y dando dirección y estímulo á los ingeniosos trobadores, que hicieron lenguaje del amor y de la cortesanía el idioma lemosín. Su casa sobrepujó en esplendor y lujo á la de su difunto padre y á las más señaladas de entonces; en sólo los aprestos de cazar, así de montería como de toda clase de adiestrados halcones, de cuya riqueza, brillantez y abundancia se envanecía, gastáronse crecidas sumas, porque cuidaba que todo fuese tan raro y de tan excesivo precio, que en ninguna otra parte pudiese encontrarse; y tanto amó este ejercicio, que más de una vez padecieron por ello notable retraso los negocios del estado. «Con todo esto, dice Zurita, fué sumamente dado á todo género de música, y correspondia bien á su condicion la reina D.ª Violante su mujer, que tenia en su casa muchas damas hijas de los principales señores de estos reynos, y avia tanto estudio y cuydado en favorecer toda gentileza y cortesanía, que ordinariamente era frequentada la corte del rey como la del mayor príncipe que avia en la christiandad. Mas introdújose tanto abuso en esto, que toda la vida se passaba en danzas y salas de damas; y en

[illegible] los ordinarios
[illegible] las trobas y
[illegible] scíencia, de
[illegible] y lo que en
[illegible] y que era
[illegible] se señalaron
[illegible] de cava-
[illegible] las trobas de
[illegible] que todos
[illegible] escanda-
[illegible] y Mallorca,
[illegible] por la privanza
[illegible] de Vilaregut
[illegible] mal estado de
[illegible] en Monzón por
[illegible] la casa

[illegible] *Histories e*
[illegible] Com don
[illegible] de genti-
[illegible] sos regnes é
[illegible] gentilesa. e
[illegible] rey qui en aquell
[illegible] lo rey tenc
[illegible] se per-
[illegible] nobles
[illegible] apres tenia
[illegible] e tenia molts
[illegible] esperves per cassar
[illegible] pendre plaer de-
[illegible], de totas
[illegible] de totas natu-
[illegible] acavallaria
[illegible] continuada-
[illegible] hom sabes en
[illegible] moltas baronesas.
[illegible] en gran nombre.
[illegible] casa: fins ales
[illegible] segons ella
[illegible] mester havien, per-
[illegible] que cascú ha
[illegible] que rey ne reyna
[illegible]

POBLET.—PANTEONES REALES ANTES DE LA DESTRUCCIÓN DEL MONASTERIO

real, y se echasen de su servicio ciertas personas *profanas y de mala vida* (Zurita),—petición que coronó el éxito, no sin haber antes opuéstose el rey á ella, y dado los diputados gran muestra de virtud, tino y entereza. Tras un reinado no el más glorioso, la pasión por la caza costóle á D. Juan la vida, pues cazando en el bosque de Foixá, delante del castillo de Doriols, cerca de Torruella de Montgrí, á 19 de Mayo de 1396, cayó del caballo, y selló con su muerte su renombre de *Cazador*, con que es conocido en la historia.—Tres estatuas tendidas adornan su sepulcro; la que representa viste dalmática y ciñe corona, reales insignias que asimismo lleva la de su última esposa D.ª Violante; pero más humilde la de su segunda mujer D.ª Mathea, sujeta sus preciados cabellos con una modesta guirnalda de flores, y tiene en sus manos la corona de reina: pensamiento poético y delicado, que la presenta graciosa y pura aun en el sepulcro, diciendo cuánto debió de serlo en vida la que al brillo del oro prefirió en su frente las pálidas violetas!

Al lado del sepulcro del rey D. Pedro *el Ceremonioso*, el tercero de la parte del evangelio ostenta tres estatuas, una armada de punta en blanco, otra vestida de diácono, y la restante es una mujer con las reales insignias. Á juzgar por el epitafio (1), yace allí el rey D. Martín *el Humano*, que entró á suceder en el trono por la muerte de su hermano D. Juan, y que tras un reinado pacífico y paternal, descendió al sepulcro sin dejar hijos, y sí sólo ancho campo á la ambición de los aspirantes á la corona, y al rencor de los bandos, que lograra contener su suave gobierno; así nadie después de su muerte cuidó de acabar su sepultura, que dejara encomendada, y sin ni siquiera

(1) Este epitafio es como sigue: *Fortis et strenuus Martinus Aragoniæ Rex. Obiit anno Domini MCCCCX. prid. kal. Junii. Cecidit in ipso virilis Comitum Barcin. propagat. Regnavit annis XV, diebus XI, liberis ante ipsum defunctis, et ipse LI ætatis expleto anno, Regnum posteris per juris examen sub lite decidendum reliquit. Fuit primo in Sede Barcinonense sepultus; unde L. anno Populetum translatus anno MCCCCLX. Inter suos ibidem fuit tumulatus. Anima ejus requiescat in pace. Amen.*

borrar su epitafio sirvió el sarcófago para el rey que le sucedió, entrando éste en su morada de muerte tan imprevista y tal vez indebidamente como entró en la gobernación de sus estados. Yace, pues, allí el rey D. Fernando I, *el Honesto*, que nació en Medina del Campo, á 30 de Noviembre de 1380, del rey de Castilla D. Juan I, y de su esposa D.ª Leonor, hija del rey Don Pedro *el Ceremonioso*. Casó siendo infante *de Antequera*, en 1393, con su tía D.ª Leonor de Alburquerque, la *rica-hembra* en quien hubo á D. Alfonso, que le sucedió en los estados de Aragón; á D. Juan, que sucedió á éste en ellos; á D. Enrique, maestre de la orden de Santiago; á D. Sancho, de las de Calatrava y Alcántara; al valiente D. Pedro, que pereció de un balazo en la conquista de Nápoles; á D.ª María, que casó con su primo el rey de Castilla D. Juan II y falleció con sospechas de envenenada por D. Alvaro de Luna, y á D.ª Leonor, desposada con el rey D. Duarte ó Eduardo de Portugal, y también muerta con indicios de envenenamiento.

Fué D. Fernando príncipe de señaladas prendas, y bien acreditó su rectitud y magnanimidad cuando, al regentar la corona de Castilla por su sobrino D. Juan II, en medio de las más apuradas circunstancias y contratiempos, despreció la oferta que de aclamarle soberano le hacían los grandes del reino: loable desprendimiento, que no quedó sin recompensa, pues tras el agitado interregno que siguió á la muerte sin hijos del rey Don Martín, el parlamento de Caspe, con aquella tan extraña decisión que todavía no ha podido ó no se ha atrevido á explanar la historia en todas sus partes y motivos, puso en sus sienes la corona de los reinos de Aragón. Pero ya antes tuviera buen cuidado de introducir en éstos respetables fuerzas castellanas que apoyasen á los señores de su bando; el famoso San Vicente Ferrer declaróse su más decidido protector, y bien sabido es su inmenso influjo en la época; y uno de los papas, que entonces se disputaban la tiara, y que como tal era reconocido en España, Benedicto de Luna, abogaba también por él, y sus instancias

fueron tal vez la causa no menor de la declaración de Caspe. La mayoría del solo reino de Aragón acogióla con júbilo, pues allí contaba D. Fernando numerosos parciales; pero Cataluña, Valencia, Mallorca y Sicilia sobresaltáronse á tan inesperada nueva, pues, y no sin razón, consideraban altamente desatendidos los derechos de alguno de los demás aspirantes, en particular del conde de Urgel. Así, aunque los parlamentos particulares de cada una de aquellas grandes partes del reino respetaron prudentemente la decisión de Caspe, con todo, jamás poseyó el nuevo rey la absoluta confianza y sincero cariño de los catalanes, que miraban con dolor dada la corona de los Jaimes y los Pedros á un infante castellano, que era lo mismo que decir entonces un eterno enemigo de Aragón, pues á tal odio dieran origen, entre otras causas, las continuadas y feroces guerras que por tantos años se hicieron ambos pueblos. Mas si el solo ofendido sentimiento nacional no hizo grato por entonces á los catalanes el nombre del de Antequera, bien puede decirse que en este caso el instinto popular tuvo visos de profético, y que vislumbró las mudanzas que aquella introducción de la línea femenina tarde ó temprano acarrearía á sus cosas. El habla catalana, ese idioma dulce, enérgico y sonoro con que cantaban los trovadores el amor, los cortesanos urdían pláticas sutiles y corteses, los reyes aragoneses hablaban á los vasallos de sus distintas provincias, y éstos elevaban hasta el trono la voz de la verdad y de la justicia; el habla catalana paró de repente en sus progresos hacia la perfección, y poco á poco fué cediendo el campo á la de Castilla. Hijo de ésta el monarca, llena de compatricios suyos la corte, la adulación cortesana hizo desde entonces gala del lenguaje de su señor; y únicamente tolerado, de preferido y cultivado que era antes, en palacio y entre las clases superiores, el bello idioma lemosín perseveró tan sólo en los pueblos, que mal pudieron pensar en mejorarlo, y perdiendo la importancia, perdió también la posibilidad de pasar á la posteridad estimado y perfecto como sus rivales el francés y el ita-

liano, y como ha pasado la entonces no muy culta lengua castellana (*a*). ¿Y qué trajeron á Aragón esos reyes sucesores del de Antequera? Encontraron en estos reinos unas instituciones altamente libres, corporaciones municipales celosas de la conservación de sus fueros; desde luego no supieron avenirse á semejantes trabas para el ejercicio de su absoluta autoridad, y con increíble constancia, sagacidad y cautela trabajaron en la obra de destruirlas, que empezó, aunque de intención, el de Antequera, prosiguió Fernando *el Católico,* y llevaron á cabo los Felipes. Con la traslación y residencia de la corte en Castilla decayeron los estados aragoneses de su antiguo esplendor; sufrió el comercio catalán con semejante cambio, y el descubrimiento de la América vino á darle la estocada de gracia, si así puede decirse, sin que la tan celebrada política de Fernando supiera utilizar aquel suceso para el genio marítimo y emprendedor de los catalanes. Además, los anales aragoneses recordaban con gloria la sencillez de sus primitivos señores, la castidad, liberalidad y misericordia de los Alfonsos, la grandeza de los Pedros, las hazañas de los Jaimes, la humanidad de los Martines; y si una sola parte de tan inmenso y sublime cuadro aparecía manchado por el crimen, si debajo de una figura se leía *D. Pedro el Cruel*, la magnificencia de su reinado y el brillo de sus acciones desvanecían impresión tan dolorosa; — pero desde que entró á suceder la raza de Castilla, el refinamiento, la intriga y la discordia sangrienta sentaron su morada en el real palacio. Es verdad que hubo un Alfonso *el Sabio;* mas también es harto cierto que en el reinado de su hermano Don Juan II sucediéronse la matanza, los incendios, y las persecuciones en estos reinos, que se vió el infeliz primogénito príncipe de Viana perseguido por su mismo padre, y arrebatado á las esperanzas de los fieles catalanes en la flor de sus días.

(*a*) Piferrer escribía estas líneas antes de iniciarse el actual renacimiento de la literatura catalana, y de que se pronunciase la tendencia al estudio del romanismo.

Desgraciadamente el nuevo rey D. Fernando no tuvo al parecer en mucha cuenta el afecto de sus súbditos de Cataluña; y el odio que profesaban éstos á cuanto llevaba el nombre castellano salió á la plaza ya en los principios de su reinado. Acostumbraban los monarcas de Aragón, al ascender al trono, jurar la conservación de los fueros y privilegios de cada una de sus provincias, con cuya condición les juraban á ellos fidelidad sus vasallos; pero no siempre eran éstos tan exigentes en el particular, que no dejasen á veces transcurrir algún tiempo sin tomar el juramento al nuevo rey. Así fué pública la desconfianza con que recibieron á D. Fernando los de Cataluña, cuando, después de haber él jurado ya en Lérida y el día de su entrada en Barcelona, para que el acto fuese más solemne pidiéronle lo renovase en públicas Cortes, obligándose de este modo el rey con triple jura á conservarles sus constituciones, antes que le prestasen ellos fidelidad y homenaje. Mas como en la confirmación de los feudos exceptuase las donaciones y enagenamientos que por los reyes D. Pedro, D. Juan y D. Martín hubiesen hecho desde 20 de Diciembre de 1365 hasta aquel día, protestaron contra semejante reserva y excepción los representantes de todos los estados de Cataluña. Á tales principios siguió la rebelión del conde de Urgel, el ídolo de los catalanes, y en su concepto el legítimo sucesor, de cuya parte empero no estuvo jamás ni la fortuna ni el consejo; y si bien al tomarle su último baluarte, la ciudad de Balaguer, le perdonó D. Fernando la vida, no aprovechó con todo aquella ocasión de aparecer más caballero que rey, esto es, no mandando comparecer ante su tribunal al infeliz conde, ya que éste se le rindiera á discreción, y después de vencerle el rey á fuerza de armas, ni encerrándole en una fortaleza, donde gimió por espacio de veinte años. Asistieron fieles los catalanes á su monarca en aquella coyuntura, no sin tentar empero antes todas las vías de una conciliación pacífica; mas si bien su pundonorosa lealtad les precisó á guardar silencio en tan trágico desenlace, sintieron sin embargo la

ruina del conde y la extremada severidad del rey, tanto más cuanto que eran castellanos la mayor parte de los caballeros, capitanes y tercios que en aquella guerra se emplearon. Esta afición de D. Fernando y esta preferencia que concedió siempre á los de su patria fué no poca parte en enagenarle el afecto de sus súbditos de Cataluña; y al mismo tiempo hizo así más odiosos sus compatricios, porque,—como naturalmente nos repugna creer de las personas que estamos acostumbrados á amar ó respetar, algo que las pueda rebajar en nuestra veneración ó aprecio, ó aun cuando tengamos de sus faltas casi certidumbre, deseamos y nos complacemos en engañarnos á nosotros mismos buscando en otros la culpa,—á los castellanos de la corte echóse esta, cuantas veces anduvo el príncipe desacertado. Y, fuerza es decirlo, durante su corto reinado nada ó casi nada hizo el nuevo rey por captarse el afecto de los catalanes; desconoció enteramente su genio, que con tanta política supieran halagar sus predecesores, convirtiendo el mismo orgullo y fiereza de aquellos provinciales en firmísimo apoyo de su corona, bien que tal vez no le dejaron tiempo para ello los continuos negocios que le trajeron ocupado y cuidadoso.

Acabadas felizmente las disensiones, que motivaron la tan disputada sucesión, deseaban todos estos reinos que, usando el rey de clemencia, otorgase una amnistía que cicatrizase las heridas de la patria, y volviese á aunar los aragoneses todos. Así lo expresaron las cortes generales convocadas entonces, por Febrero de 1414; mas ¡con cuánto dolor vióse cerrarlas Don Fernando sin pensar ni siquiera en tan prudente medida, antes bien pidiendo por medio del procurador fiscal que se procediese contra todos los que habían hecho guerra desde su jura, y nombrando acto continuo los que debían entender en tal proceso! Renacieron los odios particulares; los proscritos tenían numerosos parientes y amigos en las mismas cortes y en todos los brazos del estado, y ya antes de acabarse enteramente la asamblea, dieron éstos notoria muestra de cuán poco dispuestos es-

taban á permitir que se persiguiese á sus deudos y amigos, cuyos agravios, dijeron, miraban como propios. Mas en las cortes de Montblanch, celebradas á fines de aquel año, fué donde apareció en toda su evidencia el rencor que contra D. Fernando conservaban los catalanes. Después de participarles en ellas que sus negocios le llamaban á Castilla, agradecióles su mucha lealtad, representóles sus empeños y gastos por la conservación de la corona, y finalmente pidióles para ocurrir á sus necesidades un subsidio de 80,000 florines; pero pusiéronse de por medio tantas querellas particulares, enredáronse de tal modo las negociaciones, que despechado y confuso húbose de partir el rey sin ni siquiera recibir respuesta á su petición, mas no sin tener antes altercados con los diputados, y particularmente con el primer conseller de Barcelona, y no sin oir explícitamente la manifestación del disgusto con que veían los catalanes desempeñarse los primeros oficios y principal intervención en aquellas cortes por personas que no eran naturales de estos reinos, sino de Castilla (1).

Esta antipatía para con D. Fernando no se extinguió sino con su muerte; y en sus últimos días, manifestó Barcelona aquel contrario afecto con tanta claridad y entereza, que rayarían en escándalo y tal vez no sin razón se las llamaría desacato, si al mismo tiempo no mediara el celo por la conservación de sus privilegios, aun de los más mínimos, que de tiempo antiguo inmortalizara los magistrados barceloneses.—Terminadas felizmente

(1) El cronista Tomich, que floreció por entonces, y que pudo muy bien asistir á aquellas cortes, en el fol. 68, capítulo 46 dice:=«... é lo Rey sen venc en cathalunya en la vila de muntblanc, pertenir corts als cathalans, en les quals corts foren prelats, barons, nobles é cavallers, ciutats é vilas del dit principat de cathalunya, los quals demanaren alguns capitols al rey en les dites corts, los quals capitols lo Rey nols volc atorgar, ans sobre los dits Capitols lo rey se lexá dir algunas paraulas en presencia de totes les corts assats carragosas als regnes é principat, les quals paraules no vull açi reçitar, pero al dit rey fou respost per lo honorable mossen Ramon Desplá, sindich conseller en cap de la noble ciutat de barçelona, així com se pertanya arespondre segons les paraules ditas per lo rey, tota faeltat guardada al dit senyor, é per aquestes paraules les cors romperen, é lo rey sen aná á valencia...»

las negociaciones que motivaron la entrevista del Emperador Segismundo y de D. Fernando en Perpiñán para trabajar en la obra de la unión de la Iglesia, cuyo pontificado pretendían poseer legítimamente tres papas, Juan XXIII, Gregorio XII y Benedicto XIII; y acordado que, previa renuncia de los pontífices, la cual en efecto hicieron los dos primeros, todos se sujetasen á la decisión del concilio de Constanza; vínose el rey por tierra á Barcelona, fatigado del peso de los negocios, y dolorosamente afligido por la enfermedad, de que de mucho antes hallábase aquejado, y que entonces iba acortando sus días aceleradamente. Conociendo él su triste estado, quiso probar si los aires nativos de Castilla repondrían un tanto sus perdidas fuerzas, proponiéndose al mismo tiempo arreglar sus cosas en aquel reino. Mas era preciso antes acudir á los empeños del real erario; y pretendiendo llevar á cabo lo que dejó por concluir en las cortes de Montblanch, vínole en mientes, en mal hora empero, tentar el ánimo de los barceloneses y particularmente de sus conselleres en cosas de poca monta, para pasar después á intereses más crecidos. Desgraciadamente escogió por primera prueba no pagar alguna de las imposiciones con que la ciudad cargaba los comestibles; loca resolución, con que acabó de demostrar cuánto desconoció el verdadero carácter de los catalanes de entonces, que, sobrado quisquillosos acerca de la conservación de sus fueros y libertades, irritábanse del menor asomo de infracción, por alto que fuese el personaje de donde ésta venía.—Hay en el archivo mnnicipal de Barcelona, y sea dicho de paso, un libro manuscrito del siglo XVI, cuya mal pintada portada lleva este significativo título: *Libre de algunes coses asanyalades, succeydes en Barcelona y en altres pars* (a); y si bien fórmanlo principalmente apuntaciones riquísimas y preciosas sacadas de los antiguos dietarios y memorias, entre la portada y el índice median algunas hojas, cuyo contenido muy bien puede calificarse de

(a) Publicado posteriormente, según se indica en el tomo primero, en Barcelona año 1878.

breve crónica, como ya él mismo se titula llamándose *Historia de Juan Fivaller*. Es un cuadro suntuoso y expresivo de aquella época; mas ningún torreón feudal asoma en el fondo sobre enriscada eminencia; no cruzan sus lanzas so corpulentos y sombríos árboles hazañosos paladines, ni el clarín agudo llama á la batalla, ni tascan el freno impacientes y generosos alazanes, ni en primer plan aparece mística y espirituosa doncella, cuyos aéreos contornos se dibujen al través de los copiosos y elegantes pliegues que, derribándose de su leve cintura hasta doblegarse en el suelo, le formen como un pedestal de inefable pureza y armonía, mientras aplica tal vez el oído á los tristes y lánguidos sones con que el aura le lleva por intervalos una trova lejana, no curándose entretanto del azor que la acaricia aleteando posado en su puño;—no: es una tela toda *municipal*, en que se destacan grandiosas y góticas las figuras de un Rey y de un Conseller, apareciendo en segundo término una ciudad tan cristiana como valiente, tan fiel y respetuosa para con sus príncipes como adicta á sus leyes y costumbres, entre confusas sombras de expediciones, conquistas, pueblos y monarcas que llenan el fondo. Aquellas breves hojas entre otros sucesos detallan con escrupulosa minuciosidad el hecho que acabó de enagenar al rey el afecto de Barcelona; y si bien en ciertas partes no vienen á su favor ni la crónica ni la historia, concédasenos que narremos sucintamente las cosas como allí están, pues la novedad y poesía del asunto bien suplen la exactitud histórica.—Insinuada ya por el rey á los conselleres su voluntad de no pagar el impuesto de los comestibles, aconteció que su dispensero trabó gran disputa en el mercado con el cortante *(a)*, negando la cantidad que el derecho de la ciudad reclamaba; y como ya los

(a) Encontrado en el Archivo municipal de Barcelona un pliego del Libro de deliberaciones del 1416 en que hay el acta de 29 de Febrero, fué publicada por D. Andrés Balaguer y Merino en un trabajo titulado: *Un paper vell (Calendari Catalá, del any 1871, Barcelona)*. De él se deducen, á más de otras curiosas particularidades relativas á ese famoso hecho, que el tributo ó vectigal acerca del cual pendió la cuestión, era sobre el pescado.

ánimos andaban aquellos días temerosos por la conservación de las libertades de Barcelona, á los gritos y denuestos de los dos fué acudiendo el pueblo, y poniéndose de parte del carnicero, movióse tan gran tumulto, que cundió por todos los barrios de la capital, derramó la alarma, y llegó á noticia del rey y del consejo. Mandó D. Fernando que se presentase á palacio el primero de los cinco conselleres ó regidores, que aquel año eran Marcos Turell, Juan Fivaller, Arnaldo Destorrent, Galcerán Carbó y Juan Bussot; y fuese que Turell estuviese enfermo, como realmente lo estaba poco después según los dietarios, fuese mayor confianza que Fivaller les merecía, reunidos los principales y consejo de la ciudad rogáronle que cumpliese con la orden del rey, que casi era lo mismo que rogarle se pusiese en inminente peligro de muerte, mayormente estando tan airado el príncipe, y no aún apagado el rencor que al conseller guardaba por pasadas contiendas. Animáronle sus conciudadanos con promesa de vengarle si moría, y con el halagüeño aliciente de la fama con que le honraría la posteridad, consignando su acción generosa en los anales de la patria. Resuelto á acometer aquella arriesgada empresa y viendo que acrecía la conmoción de la ciudad, cuyos vecinos cerraran sus casas, y tomando las armas ofrecíanse á sus magistrados, fuése para su posada, y ordenadas sus cosas, despidióse de su esposa é hijas, que dejó tendidas en el estrado por la fuerza del dolor. Salió Juan Fivaller vestido de luto, arrastrando luenga falda, cuyo extremo sostenía un paje asimismo enlutado; precedíale el verguero municipal, ostentando en su traje igual color, que también cubría su maza ó verga, y acompañábanle doce escuderos revestidos de sendas gramallas negras, y con sendas y enlutadas caperuzas. Así con paso grave y mesurado íbase para el palacio del rey, y tras aquel espectáculo á la par sombrío y majestuoso agolpábase en silencio el pueblo, al cual precedían los magistrados y personas más notables de Barcelona. Dolíanse de Fivaller sus conciudadanos, porque en verdad creían que caminaba á la muerte, y

[illegible]

[illegible] la ciudad de Barcelona.» [illegible] la misma pregunta [illegible] con el nombre de su oficio: hasta que entró [illegible] al rey, que dió esta notable contestacion: [illegible] ya dice que es tal su pertinacia.» Besó el [illegible] la mano á su alteza, quien, extrañando esta muestra de [illegible] que, en su concepto, tan mal se avenía con el im[illegible] reprendióle severamente y echóle en cara [illegible] el nombre catalán forzando al rey á tal [illegible], de la cual eran inmunes prelados y clérigos, [illegible] encontraba en la historia. Contestando [illegible] Juan Fivaller (1) «No se le oculta, dijo á vuestra

(1) [illegible] diferencia tal como esta en la [illegible]

alteza, que con solemne juramento prometió conservar nuestros privilegios, y poner todo su cuidado y ahínco en no infringir ninguno de ellos: sagrada promesa, que bien supieron cumplir todos los reyes vuestros predecesores. ¿Por qué, pues, lejos de imitar su ejemplo vuestra alteza, parece intenta contradecir, retirar y romper su juramento, faltando á su palabra? Mucho en verdad de ello nos admiramos, y en el alma lo sentimos no menos por lo que respecta á vuestra alteza, que es (perdóneme vuestra alteza) quien nos ofende, que por lo que á nosotros, contra quienes se encamina la afrenta, porque con igual fervor deseamos se mantengan ilesos el honor del rey y el bien de Barcelona. Y no se ofenda vuestra alteza de si somos tan rígidos en la observancia de nuestras leyes y tan osados en hacer alarde de ella delante de nuestro príncipe, y en aconsejarle y suplicarle que le merezca más respeto y mire por su propio honor, y por la tranquilidad de todos sus pueblos. Como esto, empero, no sea de mi principal propósito, ni al impuesto en cuestión ataña, antes parezca que quiero dar consejos á vuestra alteza, lo cual no permita Dios; vuelvo á lo propuesto, y es, que los impuestos y derechos semejantes de la república son, no del rey: con esta condición aceptamos por rey á vuestra alteza, y con la misma vuestra alteza nos aceptó por suyos y vasallos con firmísimo juramento de observar y conservarnos todos nuestros privilegios. Así pues le afirmo (pidiendo otra vez perdón) que más justa cosa pretendemos nosotros que vuestra alteza, y en cuanto á que queden ilesas vuestra fama y reputación, vuestra alteza será juez. Por lo que hace á nuestras personas, bienes y vida, sepa vuestra alteza que, cuánto más pretendiera esa inmunidad, yo y mis colegas más resueltos estamos á perder antes que la libertad la vida: muerte mejor ni más gloriosa no puede cabernos que morir por la libertad con lustre y fama de la república, que nuestros conciudadanos no menos nos celebraran y honraran en muerte que los Atenienses y los Romanos celebraron á los que daban su vida por la patria; y,

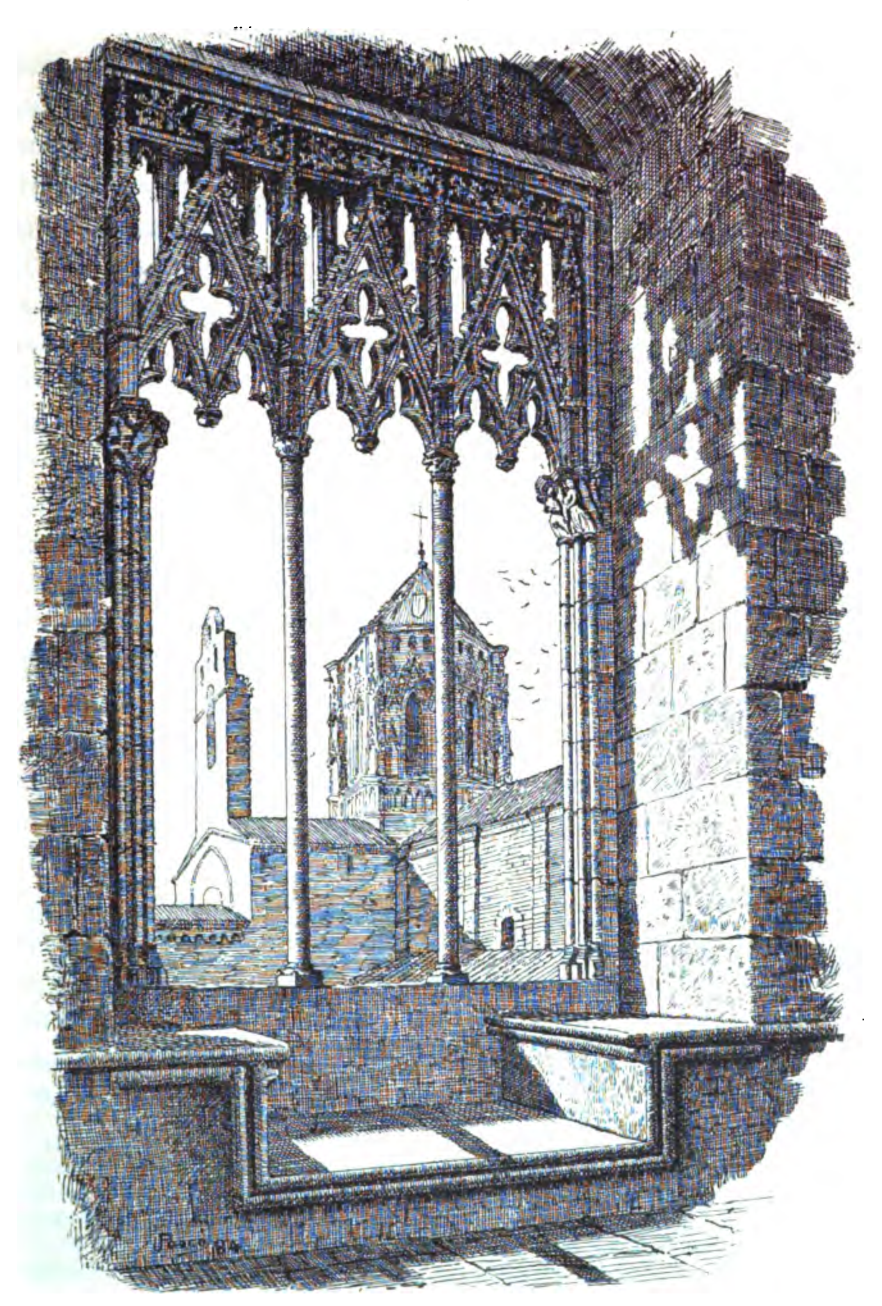
lo que es más, alcanzaremos premio de Dios, como lo alcanzaron los mártires, que por cierto mártir es quien muere en defensa de la república, verdad y justicia. Y si bien propúseme en mi primer intento no verificarlo, como buen cristiano debo amonestar á vuestra alteza, mire vuestra alteza lo que va á hacer; mire no pierda el respeto y consideración que á la inocencia de la ciudad se debe, mire no descuide ó trabaje contra el bienestar de sus súbditos: si morimos, no moriremos sin venganza.»
—Grande arrojo, si no temeridad, fué el de Fivaller, al hablar á su rey en términos tan osados y enérgicos, y tal vez no había entera necesidad de anticiparse á semejantes declaraciones y, digámoslo de una vez, amenazas. Pero de esta misma anticipación resaltan las funestas prevenciones que separaban del rey á los catalanes, porque achaque propio del odio y de la antipatía es envenenar, digámoslo así, las palabras, y aguzar los conceptos, como si refutar se debiera lo que todavía no profirió nuestro enemigo. El rey sin embargo indignóse de tan atrevida respuesta, y volviéndose á los señores de su consejo, calificó de avaricia y vanidad la pretensión de los conselleres, burlóse con amarga ironía de los ejemplos de los atenienses, romanos y mártires con quienes se asemejara Fivaller, y afirmando que solo les movían la bellaquería, porfía y soberbia, y no el amor de la patria, de verdad ni de la religión, comparólos con Lucifer, dijo que su única ambición era ser iguales al rey, y añadió luego estos sofismas: — «Diceme que estoy obligado á cumplir lo que prometí y juré. ¿Quién sino vosotros me obligó á ello? Estaba en mi mano jurar ó no, pues que me proponíais la condición de que, si quería ceñir la corona, debía antes efectuar las promesas y juramentos que me impusisteis, porque del contrario no sería rey? He ahí como forzáis a prometer y jurar, ó dígase mejor perjurar, que en verdad perjuro es quien no jura según su conciencia. Vuestra es, pues, la culpa, no mía; si algo prometí observar, fué solo lo justo, que de otro modo ya no era lícito el juramento; ahora las leyes de mi reino, entre las cuales

juré la conservación del real patrimonio y estado, oblíganme á no someterme á vuestro impuesto, y ved qué sería mayor delito, quebrantar aquellas leyes ó dejar de cumplir mi juramento. No haré mención de los reyes mis antecesores, á quienes debemos esta enojosa situación en que nos hallamos; no el nombre hace el rey, sino que las buenas hazañas granjéanle autoridad y nombre. Ellos construyeron y aparejaron la nave á su placer y antojo; y yo que ahora rijo el timón y la gobierno, quiero seguir la razón, y no su ejemplo. Yo presté juramento; pero si lo que juré no es digno de que se cumpla, éslo de que se corrija, porque no há lugar al juramento, si no se jura cosa arreglada á la justicia. Mas ¿á qué altercar con éste, que no sólo con razones, sí que también con amenazas me ha contrariado poniéndome por delante la sedición de la ciudad y la muerte segura de mis validos? En verdad, más es esto que una mera defensa del impuesto! — » Y sobremanera furioso, dijo al conseller: — «Juan Fivaller! entrad, entrad en aquel aposento.— » Entró éste en el cuarto, y, dice cándidamente su *Historia*, tendió la vista en derredor, por si veía algún dogal, cuchilla ó arma preparada para darle muerte; bien que, pues el bien de la república le pusiera en tal apuro, esperó con impavidez el éxito de su misión, cualquiera que fuese. Entretanto consultaba el rey el negocio con los de su consejo, que todos y especialmente Don Guerao de Cervellón, D. Guillén Ramón de Moncada y D. Bernal de Cabrera, suplicábanle respetase la persona del conseller, no diese nuevo pábulo al incendio del tumulto, y confiase la solución de aquel complicado lance al tiempo, gran causador de mudanzas; que lo que entonces se le negaba, tal vez se le concedería luégo sin oposición alguna, y sin ni siquiera pedirlo, porque el movimiento del pueblo, dice la *Historia* citada, es semejante á un torrente que, furioso al principio con las grandes lluvias, cálmase al fin y vuelve á su curso ordinario. Manifestáronle que no estaba tan bien quisto de la nación catalana, que debiese ésta buenamente conceder la franquicia que él exigía;

y pasando á examinar los motivos del poco amor que le profesaba aquel principado, á él achacaron la culpa, y á su poca afabilidad en el trato para con ellos, y al desconocimiento de las costumbres y carácter catalán en que viviera. Y tocante á la sublevación que amagaba, dijéronle que no debía probar ó experimentar su alteza á cuánto llegaría la audacia de los catalanes, teniendo un reciente testimonio de ello en la contestación que dieron al príncipe su hijo, cuando, en una disputa sobre la sentencia de un delincuente, dijéronle: que no había borrado la antigüedad los caracteres de los instrumentos de la declaración relativa á la sucesión del reino, sino que estaba la tinta fresca y no seca todavía, y ya procedía contra las leyes, costumbres y constituciones de Cataluña.

Cedió D. Fernando á las amonestaciones de sus consejeros, y mandó que llamasen á Fivaller, que, por firme que fuese su resolución de estar preparado á todo evento, no pudo resistir á una natural impresión que le causó el concepto de que le llamaban para darle muerte; y como le notase el rey demudado el rostro: «¿Qué es esto? le dijo; ¿cómo os espanta la muerte á vos, que tenéis á gran gloria y fortuna morir contra vuestro rey y señor?—» Y participándole que quedaba ileso el derecho del impuesto, despidióle con estas palabras: «—Vuestra de hoy más es la victoria; no creáis empero que os reporte grande honra y provecho.—» Fueron acompañando al conseller D. Guerao de Cervellón y D. Guillén Ramón de Moncada, que pagaron de su haber el impuesto por el rey, no cesando en todo el tránsito desde el palacio á la casa de aquellas aclamaciones con que le saludaban sus conciudadanos. Pero era harto dura la defensa para que no hiciese honda mella en el corazón del rey; y al día siguiente, que fué un lunes 9 de Marzo de 1416 (1), sin participarlo más que á los más privados de su casa, salióse de la ciudad en litera camino de Molins-de-Rey. No faltaron en Bar-

(1) Archivo municipal, Dietari. de 1416 á 1422.



POBLET.—Ventana del Palacio del Rey D. Martín

celona algunos á quienes puso en gran zozobra tan misteriosa partida, mayormente siendo público el pésimo estado de la salud de D. Fernando; y como echasen la culpa de todo á la excesiva rigidez de los municipales, originóse de ahí reñida discusión con los que se la echaban al rey; bien que, según nuestro manuscrito, sólo dolíase de la desaparición de éste alguna gente de baja plebe, pues los ciudadanos siempre favorecieron la causa de la ciudad. Despacharon los amigos del monarca algunas personas, que le suplicaran echase en olvido lo pasado, y no abandonase el principado con tales muestras de enojo, y lo mismo hizo el cuerpo municipal, alcanzándole los enviados á poca distancia de las murallas, pero D. Fernando, como dice el contemporáneo Tomich (1), desvió el rostro por no dar á besar su mano á los embajadores municipales. Llegó por fin á Igualada, donde el rigor de la enfermedad fué creciendo de tal manera, que pronto, desconfiando de los de la tierra, tuvo que recurrir á los auxilios espirituales. Allí se echó de ver el celo extremado de los catalanes por sus costumbres y leyes, y allí manifestando con cuán pundonoroso proceder sabían templar los actos de severidad á que su deber les compelía, y fué que, sabiendo la ciudad de Barcelona el triste estado del rey, que, según la tan verídica *Historia*

(1) Cap. 46, fol. 71.—...«lo rey, per raó de sa malaltia, se hac aturar aperpinya, fins en lo mes de març, en lo cual mes lo Rey se comença de exir de perpiñá ab unes andes ab bastaxos qui la portaven al cap, é feu la via de Barcelona á ses iornades, é com fou á Barcelona, desagradás ab los de la ciutat per certs drets que li feyan pagar, en tant quel rey se isqué de la ciutat, é com los consellers anaren per pendre comiat, lo rey no si volc girar per donarlos abesar la ma...»

Pero la *Historia* manuscrita de Juan Fivaller cuenta este hecho de tal manera, que es un nuevo testimonio del espíritu de independencia de Cataluña, y de la aversión con que era mirado D. Fernando=«Lo Rey, *dice*, com hagues caminat y fos lluny de la muralla obra de sis mil pasos, despedí ab molt breu resposta los Embaxadors de la ciutat; volent dir molts (axi lo historiador ho recita posantho en dupte) que lo rey respongué: que si tornava com volien, que seria en malhora pera ells, y si molt vivia, que tenia á castigar á Barcelona. Molts hi ha que diuen queu digué certament, pero nou digué als Embaxadors de la ciutat, sino adalguns cavallers íntimos y familiars seus, los quals se dolien molt dell, y staven molt indignats també contra la ciutat; y axi los de Barcelona nou saberen sino per hoir dir; que si als Embaxadors se fos dit, ells hagueren respost al que convenia á la república, y que noy havia conquesta hahont noy havia resistencia.»

ya citada, estaba atacado de la peste, al punto convocóse el consejo, y nombraron á Fivaller, para que partiese á Igualada con sus parientes, amigos y facultativos, á encargarse de la curación del rey, en cumplimiento del privilegio que cometía á Barcelona el cuidado de asistir á los de la familia real que enfermasen en el principado. Partió el conseller á 18 de aquel mismo mes (1); y sin prestar más atención de la que reclamaba la cortesanía al brillante recibimiento con que le acogieron los municipales y pueblo de Igualada, fuése directamente para la posada del rey, y subió á las cámaras superiores, que halló cerradas. Salió á ver quien llamaba D. Guerao de Cervelló y encontrándose con Fivaller, quiso atajarle el paso y cerrar la puerta, cosa que no consintió el magistrado barcelonés, antes no dudó hacer muestra de su fuerza, gracias á la cual hallóse dentro. Pero, salvo el respeto que la famosa y verdadera *Historia* manuscrita del honorable conseller se merece, estos detalles no se encuentran consignados en ninguno de nuestros historiadores y cronistas, pudiéndose decir lo mismo de otros muchos que allí á continuación los acompañan; y el benévolo lector queda por tanto absolutamente dueño de creerlos ó no, según en su ánimo prevalezca la afición y amor á nuestras tradiciones y el respeto á tan grave testimonio, ó la quisquillosa incredulidad de la crítica histórica, grande enemiga de la poesía y de los héroes, á los cuales con ese proceso eterno de citas y desenterramientos de códices va despojando de sus más bellas posesiones (*a*). El ruido de la disputa, que nos impiden apellidar forcejo la calidad y autoridad de las personas, llamó la atención del enfermo; y como le dijesen que movíalo Juan Fivaller, que quería entrar

(1) El dietario mencionado del archivo municipal (1416—1422) dice sobre el particular.=«Dimecres á XVIII dies del dit mes; aquest dia partiren los honorables en Johan Fivaller conseller, en Ramon Desplá, en Bernat de Marimon, é micer Vicens Padrissa, qui per part de la ciutat anaren al senyor Rey, qui era á la vila de igolada, é era malalt á la mort.»

(*a*) Véase Bofarull (Antonio): *Hist. crit., civ. y ecles. de Cat.*, t. 5, pág. 314 y siguientes, para hacerse cargo de lo que la crítica histórica ha dilucidado hasta hoy sobre estos sucesos.

adonde estaba su alteza, quedó un rato pensativo, y dijo: «—¡Cómo! ¿Heles cedido mi ciudad, y hasta aquí me persiguen? que éntre, y sepamos qué pretende.» Explicándole el magistrado de Barcelona el privilegio que tocante á la curación de su persona les competía, añadió brevemente que de la misma manera con que procurara conservar el derecho del impuesto, asimismo venía á conservar el de asistirle y cuidarle; y con *tan buen estilo* dijo estas y otras muchas cosas, que cautivó el corazón del rey, quien mandó que sólo Fivaller y los que con él vinieran tuviese el cuidado de su persona. Entonces, siempre según la *Historia* manuscrita ya citada, fué cuando la municipalidad barcelonesa dió al mundo el más raro ejemplo de lealtad; cuya memoria ha durado hasta nosotros conservada por la tradición, y que no reconoce igual en los anales de todas las municipalidades; pues de tal modo cumplió su encargo Fivaller, que con su propia boca *sorbíale el veneno de las llagas*. Vanas empero fueron todas las diligencias; acercábasele al rey la postrer hora, y conociendo entonces, aunque tarde, cuánta era la pundonorosa fidelidad catalana, y agradecido á los desvelos del conseller, nombróle su albacea mayor y recomendóle sus hijos en un codicilo desconocido hasta ahora (*a*), espirando un jueves 2 de Abril de aquel año de 1416. Breve y agitado fué su reinado; así pocas acciones lo hicieron célebre como al de sus antecesores, y tal vez su celo por la unión de la Iglesia, entonces combatida por el cisma, fué la que más confirma su actividad y aptitud para los negocios; pero hasta en esto hirió el espíritu nacional de sus súbditos, que á su descuido atribuyeron el no ser declarado único y verdadero pontífice el aragonés Benedicto de Luna, á cuyos esfuerzos más que á otra cosa debía la corona (1).

(a) Tampoco ha sido encontrado hasta el presente tal codicilo, dudándose de su existencia.

(1) Concédannos nuestros lectores que otra vez les remitamos al citado Tomich, quien, como fué contemporáneo, debe considerarse expresión de la opinion general de entonces: fol. 70, cap. 46.—«....E lo papa seya en la cadira papal (*se refiere á la entrevista del emperador con el rey de Aragon y el papa Benedicto de*

La historia ha dado el título de *Sabio* á su primogénito D. Alfonso, que le sucedió y fué en Cataluña el IV y en Aragón el V de este nombre; y si una conducta siempre meditada, si la constancia en llevar á cabo grandes empresas, si el amor á las letras son causas bastantes á justificar aquel dictado, pocos príncipes lo llevan con tanta justicia. También en los primeros años de su gobierno experimentó la tibieza de sus vasallos de Cataluña; bien que supo con sus buenas calidades hacer que perdiese mucho de la obstinación pasada, y á poco pudo entender en la expedición á Cerdeña, después de cuyo brillante éxito pasó á Córcega y Sicilia. Entonces comenzó aquella extraordinaria celebridad suya, que llamó á sus banderas la flor de la caballería y le sostuvo aun en los mayores contratiempos; y esta misma nombradía excitó á la reina de Nápoles D.ª Juana á implorar su auxilio, aviniéndose á adoptarle por hijo y declararle sucesor suyo con solemne jura de toda la corte, que se celebró á 16 de Setiembre de 1420. Era aquella reina mujer de mucha liviandad y de un ánimo sobremanera variable: y la que por no sufrir yugo de ninguna especie, salvo el deshonesto de su privado el gran senescal, había perseguido á su propio esposo, mal debía durar en la afición al adoptado D. Alfonso, tanto más cuanto que sólo le impeliera á hacer la adopción el aprieto en que la pusieron sus contrarios los del bando del duque de Anjou. Así en medio de las fiestas y justas con que el magnífico monarca aragonés deslumbraba las demás cortes de la cristiandad, aquella inconstante mujer iba urdiendo con su senescal y demás consejeros la trama que debía echar de sus estados á D. Alfonso, al paso que confederábase con sus mismos enemigos los anjoinos, y procu-

---

Luna en Perpiñan) é los cardinals é altres prelats cascuns staven aseguts segon lur grau, de que lo emperador com viu star axi lo papa li feu reverencia é honor axi con han acostumat de fer los emperadors als papas, é agradas molt be del papa é de sa manera é sanctedat, de queus dic que si lo rey de nostra nació hagues volgut sostenir un petit descarrec, lo papa é lo emperador foren stats de bon acort, é nous penseu que lo papa fos deposat per altra rahó sino per poc asforç de aquells quil devien sostenir....»

raba enemistar al aragonés con el papa y el duque de Milán. Atizaron los consejeros el odio de la reina, á la cual persuadieron que proyectaba D. Alfonso llevarla á Cataluña; y evitando ella entonces la compañía de su adoptado, y como se encerrase en cierta manera en su castillo de Capuana, hubo de salir á plaza su mutua desconfianza, tanto que el senescal declaró que no iría á los castillos Nuevo y del Ovo, que tenía el rey, sin un salvo-conducto firmado por él mismo. Resueltos, en fin, D.ª Juana y sus validos á deshacerse del de Aragón por cualquier medio, aun por el del asesinato, acordaron ponerlo por obra cuando fuese él á visitar á la reina. Corría entonces el mes de Abril de 1423; y mientras andaba el rey entendiendo en los preparativos de una justa real adornada con grande aparato así de galas como de invenciones, dióle aviso de la conspiración su secretario Francisco de Ariñó, que se hallaba de embajador en Roma. Disimuló, y espiando las acciones de sus enemigos, supo el día en que debían ejecutar su plan, que fué á 25 de Mayo. Pasó, pues, el senescal á su real alcázar á participarle que á la reina importaba su presencia; y mandando arrestarle, montó D. Alfonso á caballo, y á todo correr fuése para el castillo de Capuana, donde estaba aquella. Mas no pudo esto efectuarse con tanta celeridad y sigilo, que no recibiese la reina aviso de que iban á prenderla por un propio que al punto le envió un doméstico florentín Gaspar Polsana, que acompañara al senescal; y con esto, tuvo ella tiempo de apercibirse. Y muy grande fué el servicio de aquel doméstico, pues apenas acabaran de echar la compuerta á la torre, y acudieran los soldados á las almenas, ya el rey estaba con los suyos en mitad del puente, donde les alcanzó la ballestería de la muralla. Desnudó la espada D. Alfonso, y arremetió el primero por el puente; pero envolviéndole una nube de flechas, y siendo herido su caballo, cierto lo pasara mal, á no acudir á prestarle su celada Juan de Bardaxí, que sacó de aquel acontecimiento una muy mala herida.

Húbose, pues, de retirar D. Alfonso, y así permanecieron

por algunos días ambos adversarios, ella encerrada en su castillo esperando la llegada de Esforcia, á quien participara su peligro, y él requiriendo á los barones de su bando que apercibiesen sus fuerzas, y refrenando el pueblo de Nápoles. Llegó por fin Esforcia; y saliendo los del rey á darle la batalla, cuando ya la fuga de sus contrarios les prometía la victoria, al desparramarse para el alcance viéronse de repente cercados en lugares angostos y escabrosos, donde no pudo maniobrar la caballería, que era su principal fuerza, y tuvieron que cejar ante los auxiliares de la reina. Con esto quedó D. Alfonso reducido á encerrarse en los castillos Nuevo y del Ovo, al paso que con aquel revés abriéronse las puertas de Nápoles á los del bando anjoino. Quiso empero la suerte que entonces estaba navegando con rumbo á Nápoles para traer el rey á Cataluña una escuadra de treinta velas, compuesta de veinte y dos galeras y ocho naves gruesas, que enviaba á sus costas el principado, á las órdenes de D. Juan Ramón Folch, conde de Cardona; y como arribase al puerto de Nápoles á 10 de Junio, y tuviese D. Alfonso aprestada su gente para tentar un combate y castigar la infidelidad de aquel pueblo, concertó con el almirante y con los capitanes de las embarcaciones. Rompiéronlo con grande ímpetu las fuerzas aragonesas, y arrollando en un punto á los que estaban delante del castillo real, entraron revueltos con ellos por la puerta de la ciudad, apoderándose los catalanes de la primera calle. Dióse el asalto por tres partes, y el rey encargóse de embestir por la marina con la armada; sobreviniendo empero la noche cuando ya los aragoneses señoreaban buena parte de la población, cesó el ataque, y los de la ciudad pudieron instar á Esforcia á que volase al auxilio de la reina. Vino éste al día siguiente, mas sólo fué para presenciar el triunfo de D. Alfonso, que no pudo impedir él con todo su valor, de que hizo gran muestra en aquella sangrienta jornada, en la cual tuvo cuatro caballos muertos. Así retiróse D.ª Juana á Aversa, y de allí á Nola, donde revocó la adopción hecha en favor del rey, y llamó

al duque de Anjou, recibiéndole en Aversa con gran fiesta y aparato, y adoptándole en lugar del destituído. Á aquella victoria siguió la expedición de Ischia, á cuyo buen éxito contribuyó de manera el rey, no sólo como capitán sino también como soldado, que andando en un esquife animando á los que atacaban por mar, volcó el bote, y fué él á fondo armado de todas piezas de donde no saliera á no socorrerle los suyos. Pero los negocios le llamaban á sus estados de Aragón; y dejando de lugarteniente en Nápoles al infante D. Pedro, hízose á la vela á 15 de Octubre de aquel año. Á su paso quiso ofender al de Anjou en una de sus mejores posesiones; y reunidas las más naves que pudo tras la tormenta que las dispersara, acometió el puerto de Marsella, que como era angosto en su entrada y se cerraba con una cadena, burló las primeras acometidas; por lo cual mandó el rey que tomasen tierra cuatro compañías, y poniéndose al frente de ellas, tanto combatió la torre de donde salía la cadena, que los de dentro se dieron á partido con condición de no entregar la torre sino cuando estuviese rendida la población. Corrieron, pues, los soldados á apoderarse de un buque sin remos que había en el puerto, y procurándoselos y tomando luégo otras dos naves, rindieron todas las que allí estaban; de manera, que sin romper lo que atajaba la entrada, eran ya dueños del puerto los aragoneses. Pero cerró en esto la noche; juntó el rey consejo de capitanes, y desoyendo la opinión contraria del conde de Cardona, dictada por la más laudable prudencia, adoptó la arrojada resolución de Juan de Cabrera, que fué de sentir no se debía dar lugar que el enemigo se recobrase del espanto, ni malograr el ardimiento y entusiasmo de la tropa. Arremetieron, pues, las galeras con ímpetu contra la cadena, que rompióse y les abrió paso hacia el muelle, donde echaron su gente á tierra, trabándose entonces la lucha en la ciudad, al resplandor de las llamas que arruinaban los edificios más vecinos á la playa. Pero entre el furor y estruendo del combate y el desorden del saqueo, no desmintió D. Alfonso su generosidad y gallardía, pues nom-

bró algunos principales caballeros que custodiasen las mujeres que se habían refugiado á los templos, y les devolvió benignamente el oro y joyas que habían logrado salvar del saco y rapacidad de los soldados, y que le ofrecían en agradecimiento á la protección que á su honestidad concediera. Fué esta acción un sábado 19 de Noviembre, y en ella dió D. Alfonso el tercer relevante testimonio de su valor, cuyas primeras pruebas, además de las guerras de Cerdeña, Córcega y Nápoles, presenciara el castillo de Capuana y la toma de Ischia. Continuó empero su viaje entre los rigores del invierno que le asaltó con recios temporales; y haciendo un leve alto en Barcelona, aportó á Valencia, en cuya catedral colgó la cadena de Marsella, y depositó dos años después el cuerpo de San Luís, obispo de Tolosa, que los soldados habían recogido de entre las llamas durante la refriega, y que el rey llevara en su capitana como la más rica joya del triunfo.

Aguardábanle en sus estados graves cuidados y negocios, que por muchos años le trajeron ocupado, y en que sobresalió tanto su consejo como en las armas su valor y fortuna. Reinaba en Castilla D. Juan II, ó más bien su valido D. Álvaro de Luna; y como es raro que favores de príncipes no engendren discordia y dén lugar á la envidia, andaba la corte revuelta, cabiéndoles no poca parte de ello á los turbulentos hermanos del rey de Aragón D. Juan, rey de Navarra, y D. Enrique. No seguiremos el curso de aquellas intrigas y disturbios; no pintaremos la corrupción de la corte de Castilla, ni la desmoralización de los pueblos de las fronteras, ni las continuas amenazas de guerra entre deudos y compatricios; semejante tarea ni atañe á nuestro objeto, ni es para borroneada en unos apuntes.

Entretanto las cosas de Nápoles resentíanse de la ausencia del rey, y más que todo de la inconstancia y perfidia de los capitanes italianos, que en aquella época escandalizaron la Europa. Ayudados de los genoveses y del duque de Milán, volvieron los del bando de Anjou á mover guerra; apoderándose de Gae-

ta, á cuyo socorro no quiso acudir el aventurero Braccio, que estaba á las órdenes del rey; y gracias á la traición de otro jefe, Jacobo Caldora, perdieron los aragoneses la ciudad de Nápoles, quedando en su poder los solos castillos Nuevo y del Ovo. Reducido el infante D. Pedro, qne tenía el mando de ellos, á los últimos apuros, arribó felizmente delante de Nápoles la armada catalana á las órdenes de D. Fadrique de Aragón conde de Luna, hijo del difunto rey D. Martín de Sicilia, nieto de D. Martín *el Humano*, y uno de los competidores á la corona cuando la muerte de éste. Enviábala el rey, no tanto para socorrer á don Pedro, como para dar favor á los Fregosos, enemigos del de Milán en la señoría de Génova. Encargándose, pues, del mando de ella el infante, pasó á combatir los estados de los genoveses; pero como temeroso el duque de Milán volvió á anudar la rota confederación con D. Alfonso, no pasó la expedición de las primeras victorias que señalaron las sabias disposiciones del infante. Ya en esto andaba la mano del rey, que con enviar por capitán de aquella armada á D. Fadrique, le separaba del teatro de las intrigas de Castilla donde podía desempeñar uno de los primeros papeles, y traspasando luégo el mando á D. Pedro le quitaba los medios de formar algún proyecto en Sicilia, que en cierto modo podía considerarse herencia suya, pues era hijo del último de sus reyes. Pero era llegada la hora en que D. Fadrique debía arrojar la máscara con que por tanto tiempo disimulara su resentimiento, y la enemistad de D. Alfonso y sus hermanos con el rey de Castilla dióle ocasión de tratar con éste. Presintió el monarca aragonés los secretos compromisos del de Luna, y usando de gran benignidad hízole reiteradas ofertas de acrecentar su estado, á que negándose constantemente D. Fadrique salióse escondidamente de Tortosa donde residía la corte, por Noviembre de 1429, y se encerró en su castillo de Chodes. Quiso el rey evitar su ruina; pero el desatinado mancebo alzó el estandarte de la rebelión, y perdidos sus estados, tuvo que refugiarse á Castilla, de donde hizo cruel y continua guerra á los infantes.

Entretanto las cosas de Nápoles iban disponiéndose á favor de D. Alfonso. El gran senescal, que no sufría compañero en el mundo, aborrecía ya al duque de Anjou, y temiendo no se le anticipasen los grandes barones que ya trataban de pasar al servicio del rey, ofrecióse á éste suplicándole echase en olvido lo pasado; cuyo ejemplo siguieron la reina D.ª Juana, llevada de su natural inconstancia, y el papa Martín IV. Con todo, la muerte de éste, y el ascenso de Eugenio IV al solio pontificio, atajaron un tanto el curso de estos prósperos sucesos; pero asentada la treguà entre Castilla, Aragón y Navarra, puso el rey en orden la armada que pudo en Valencia y en Barcelona, zarpó de esta á 23 de Mayo de 1432, y enderezó su rumbo á Sicilia. Allí se le agregaron otras sesenta naves, teniendo de este modo reunidas bajo de su mando más de cien embarcaciones, y viéndose ya poderoso por mar, como sagaz conocedor de las cosas, quiso antes de trabajar en la conquista de Nápoles hacer alarde de sus fuerzas en una expedición que, al paso que le granjease mayor renombre, impusiese respeto y llenase de espanto á sus enemigos. Así resolvió hácer guerra al rey de Túnez, y arribando á 15 de Agosto delante de la isla de Gerbes, cortóle las comunicaciones con el continente, ganando el puente que con éste la enlazaba; y como el rey berberisco, que estaba á dos jornadas de allí, supiese la llegada de la escuadra aragonesa, envió á suplicar á D. Alfonso que le esperase, si no temía medir con él sus fuerzas, á lo que accedió el de Aragón, que con ello acrecentó su fama de bueno y leal caballero. Cumplió el tunecino su palabra, y asentando y fortificando terriblemente sus reales á vista del rey, destacó varias partidas á escaramuzar, mientras esperaba el día de la acción general, que fué un lunes 1.º de Setiembre. Pero como el sol señalaba ya la hora de medio día, y no estaba aún desembarcada toda la gente de D. Alfonso, cansado el moro de la tardanza, puso en movimiento su ejército y rompió el ataque: al verlo, salieron los sitiados de la isla y acometieron por su parte á los aragoneses,

que, estrechados entre dos fuerzas y embarazados con la maniobra del desembarco, se vieron en uno de los mayores apuros que puede ofrecer la guerra. Era imposible la retirada; y abandonando la defensiva, al grito de San Jorge, cargaron á los moros con tal furia, que llevándolos arrollados hasta los reales, saltaron con ellos la primera línea de fortificación, y arrojándolos sucesivamente de otras tres trincheras, tras un combate sangriento y horrible apoderáronse de la quinta donde estaba el rey de Túnez. Desbandáronse aterrados los tunecinos, salvándose su rey tan á duras penas, que perecieron todos los que le ayudaron á montar á caballo; siguieron los aragoneses el alcance por espacio de tres millas, y recogieron un botín inmenso en las tiendas de los africanos. Valióle al rey esta victoria la posesión de Gerbes, los ricos despojos del enemigo, entre los cuales había la magnífica tienda del de Túnez y veinte y dos piezas de artillería, y sobre todo la gran fama de su valor y poder, que se extendió por toda la Italia y dió mayor autoridad á sus cosas.

Apenas llegado á Sicilia, hallóse con que el papa Eugenio solicitaba su amistad contra los comunes de Venecia y Florencia y el duque de Milán: á esta agradable novedad siguióse la desgracia del gran senescal de Nápoles para con la reina Doña Juana, desgracia motivada por la envidia de los demás cortesanos, por el odio que le profesaba la duquesa de Sesa, grande amiga de la reina, y más que todo por su orgullo insoportable con ésta; y como despechado de que D.ª Juana le negase algunos estados que pretendía su ambición insaciable, profiriese contra ella ciertas expresiones indecorosas y atentatorias á la majestad real, instigada de los demás cortesanos, vino ella en prenderle. Pero sus enemigos habían resuelto su muerte, que le dieron al asegurarse de su persona; bien que tuvieron que cohonestar esta acción con la supuesta resistencia del senescal al acto de ponerle preso, que tanto mostró dolerse de ello Doña Juana; y arrestados todos los parientes del difunto, la duquesa

de Sesa, que era muy aficionada al rey de Aragón, impidió que el de Anjou dejase la Calabria y acudiese á Nápoles á apoderarse del mando. Al punto pusiéronse de acuerdo con D. Alfonso muchos de los grandes barones del reino, particularmente el príncipe de Taranto y el de Salerno; mas excusando el rey confiar á las armas la pronta solución de aquel negocio, y trabajando con suma sagacidad y prudencia en atraerse el favor de sus mismos enemigos, alcanzó que D.ª Juana revocase la adopción del de Anjou y revalidase la suya, con la condición empero de que no entrase en Nápoles sino llamado por ella, firmándose la nueva adopción á 4 de Abril de 1433. Mas al siguiente año, como se hallase D.ª Juana gravemente enferma, y no pudiendo su ánimo veleidoso mantenerse por mucho tiempo en lo que primero resolvió, comenzó á dar oídos á los cortesanos del bando anjoino, que la indujeron á que llamase y confiase al duque de Anjou el mando del reino. Asiéndose con gusto de esta proposición, desoyó las respetuosas embajadas que D. Alfonso le enviaba al intento, y autorizó la guerra contra el príncipe de Taranto, que por la deserción de uno de sus capitanes tuvo que pedir socorro al rey, el cual firmó con sus enviados nuevo tratado de alianza, dejando el rompimiento de la guerra para cuando quedase sentada la tregua entre Aragón y Castilla. Entretanto, el duque de Anjou y el capitán Jacobo Caldora, por orden de la reina invadieron los estados del de Taranto, que, á pesar de su heróica defensa contra fuerzas tan crecidas, no pudo impedir la toma de muchas de sus plazas, bien que el fin de aquella guerra vengóle sobradamente; pues como siendo ya entrado el invierno y fatigado de aquella trabajosa campaña se retirase el duque, enfermó gravemente y fué á morir al castillo de Cosencia á mediados de Noviembre de aquel año 1434. Sintió grandemente D.ª Juana este infeliz suceso, y aunque tarde acompañó con tan notables muestras de pesadumbre el elogio de las virtudes del difunto, que pareciéndole poco las públicas demostraciones del luto en los vestidos

y en los demás usos de la corte, no perdonó cuantas en voces, acciones y plañidos puede hacer una mujer desesperada: tan extremada fué en todo, y tanto la huella del vicio borrara de aquel corazón los principios de cordura, buena fe y honor, únicos que pueden trazarnos una conducta firme, segura y constante entre los azares de la vida. Aprovechóse en esto el príncipe de Taranto del orgullo y loca alegría que al envidioso Caldora le inspiró la muerte del duque y que motivaron que no prosiguiese la conquista; y en poco menos de un mes recobró todo lo que había perdido. Por fin tras una vida turbulenta y no la más honrosa, á 2 de Febrero de 1435 pasó la reina Doña Juana á dar cuenta á Dios de sus acciones, que la posteridad ha condenado acá en la tierra; y revocando al morir la adopción de D. Alfonso, y nombrando para que le sucediese en el reino de Nápoles á René de Anjou, hermano y heredero del difunto duque, á la sazón prisionero del de Borgoña, legó á la trabajada Italia nuevos trabajos y nuevas guerras que, salvo el feliz y pacífico intervalo que el mediodía de ella debió al genio del grande Alfonso, prolongáronse con inmenso derramamiento de sangre hasta la paz de Crepy firmada en 1544.

Al recibir en Mesina la noticia del fallecimiento de D.ª Juana, envió el rey al príncipe de Taranto algunas fuerzas mandadas por D. Juan de Veintemilla, y no pudiendo llevar á cabo su proyectada confederación con el duque de Milán, á petición de los principales barones del reino de Nápoles hízose á la vela para allá, llevando consigo á sus hermanos D. Juan rey de Navarra, y D. Enrique, que habían venido de España para tratar con el rey de sus diferencias con Castilla, y quedando en Sicilia el infante D. Pedro ocupado en disponer el resto de la armada. En Capua recibió los homenajes de los señores sus amigos; y reuniendo un lucido ejército, aunque con pocas naves de guerra, pasó á poner cerco á Gaeta, donde mandaban un capitán genovés y otro del de Milán. Gracias á la buena defensa de éstos, tanto duró el asedio, que pudieron el duque de Milán y los ge-

noveses aprestar una buena escuadra para socorrerles, y como á pesar de los reiterados avisos de D. Alfonso permaneció el infante D. Pedro en Mesina con la mayor parte de las galeras, con solas las que estaban en el cerco hubo el rey de presentar batalla á los genoveses, que dieron vista á su campo á primeros de Agosto. Montó D. Alfonso una de las naves, y siguiendo su ejemplo todos los barones y caballeros, embarcáronse como *si fueran á fiesta y á gozar de cierta victoria, gente de gala y corte* (Zurita), inexperta en las cosas de la mar, que embarazaron las maniobras, y trastornaron el orden de batalla, tomando por huída de los enemigos lo que sólo era ardid para ganar el viento. Dióse combate á 5 de Agosto de aquel año 1435 á la vista de Ponza, y fué la mayor derrota que jamás hubiesen sufrido las armas aragonesas, pues sin contar la pérdida de casi todos los buques, quedaron prisioneros en nombre del duque de Milán el rey, sus hermanos D. Juan, rey de Navarra, y D. Enrique, y toda la nobleza y corte que asistían al cerco de Gaeta, y en que se contaban los nombres más ilustres de los reinos de Nápoles, Sicilia, Aragón, Valencia, Cataluña y Castilla. Entonces fué, si no mienten las crónicas, cuando la famosa campana de Velilla tocó por sí misma la víspera de la batalla como pronosticando la derrota; caso singular, sobre el cual el analista aragonés, después de referirlo como tradición, añade: «cosa á que cada cual podrá dar el crédito que bien le pareciere, pues de mí puedo afirmar que si lo viese, como hay muchas personas de crédito que lo han visto, pensaría ser ilusion.»

La Italia, ó más bien la Europa entera, admiró entonces el raro ejemplo de caballería y magnanimidad que daban á todos los príncipes un rey cautivo y vencido, y un duque su dueño y vencedor; y si en el uno sobresalían la serenidad, presencia de ánimo, jamás desmentida confianza en sucesos más prósperos, y noble majestad en sus palabras y acciones que hacía respetar á los demás su propia desgracia, dió el otro tan rara muestra de cortesanía, generosidad y delicadeza, que la historia lo re-

cuerda con complacencia cuantas veces la fortuna derriba y pone á un soberano en manos de su enemigo. ¡Qué entrada la de Milán! ¡qué ceremonial y qué acompañamiento de corte, para dizfrazar el cautiverio con las galas y la etiqueta! Fuese la mutua amistad que se cobraron el rey y el duque, fuese la finura con que aquél supo persuadir al de Milán el peligro que corría la Italia de que con aquella derrota suya entrase á esclavizarla la casa de Francia si René se alzaba con Nápoles, empezaron á tratar de la libertad de D. Alfonso, dándosela entretanto el duque á D. Juan, rey de Navarra, que pasó después á Aragón con poderes de lugarteniente. Poco tardó el generoso duque en devolvérsela también al rey y á cuantos hubo en su poder, confederándose al mismo tiempo tan estrechamente con su nuevo amigo, que le prometió constante ayuda hasta la total conquista del reino de Nápoles, ofreciéndole á él D. Alfonso valerle contra todos sus enemigos, incluso el papa. Al saberlo el común de Génova, negó la obediencia al de Milán; y como casi todos los caballeros presos en el combate de Ponza habían sido encerrados en las fortalezas de la señoría, pidióles ésta por su rescate general setenta mil ducados. Entre tanto no estaba ocioso el infante D. Pedro, que andaba renovando las relaciones con los napolitanos del bando aragonés, y se apoderó de Gaeta, adonde poco después acudió el rey con la gente de armas que reclutara en Lombardía, estableciendo allí el cuartel general, y organizando su ejército. El infante, que en esta ocasión mostró tal vez más ardimiento del que á los intereses del rey convenía, se apoderó de Terracina, que era de la iglesia; y si bien de ello recibió D. Alfonso notable disgusto, no por esto dejó el papa Eugenio de declararse su más encarnizado enemigo.

Al mismo tiempo en las cortes generales de Monzón probaban los aragoneses y catalanes cuán dispuestos estaban á servir al rey, ofreciendo aquellos socorrerle con doscientos mil florines, que fué el donativo más extraordinario de que hubiese memoria, y éstos con una buena armada aparejada en breves

días, servicio que por su prontitud y por ofrecerse primero que el de los aragoneses, fué tal vez mayor y de más provecho que el donativo. Por fin apurados todos los medios de traer el papa á conciliación, movió D. Alfonso sus gentes de Capua á últimos de Noviembre de 1436, y empezó la campaña apoderándose de muchas fortalezas enemigas, de la ciudad y principado de Salerno, y de toda la costa del ducado de Amalfi, quedando de este modo la ciudad de Nápoles reducida á tan grandes apuros, que el papa creyó llegado el caso de acudir á su auxilio. Instó para ello á los florentinos y venecianos; y cediendo por fin á las súplicas de la animosa duquesa de Anjou, que mandaba en Nápoles por estar preso su marido en poder del duque de Borgoña, envió con un lucido ejército de veteranos el patriarca de Alejandría, que entró en el reino de Nápoles por el mes de Abril de 1437, reuniéndosele luégo Antonio Caldora. En las primeras acciones mostróse la suerte favorable á las armas del rey, que derrotaron á los que de Nápoles iban á juntarse con el patriarca, y después sorprendieron de noche con grande estrago el campo de Jacobo Caldora; pero cuando, merced á las sabias operaciones del monarca aragonés, quedaba el ejército pontificio cogido entre el de éste y el del príncipe de Taranto, sacando el legado fuerzas de su desesperada posición, acometió á toda furia y prisa al del príncipe, que quedó preso tras la más completa derrota, desertando después de la causa del rey, y dándose por vasallo de la Iglesia para alcanzar su libertad. Perdió con esto D. Alfonso uno de sus más poderosos aliados, y para llenar el vacío que dejaba, entabló negociaciones con el príncipe de Salerno, con quien se firmó la concordia en Gaeta á 16 de Setiembre. Fué el papa el más temible enemigo que tuvo el de Aragón en aquella empresa; y mucho acreditó éste su prudencia en guardar el respeto debido al vicario de Cristo, al mismo tiempo que movía sus armas contra el señor temporal que tan osadamente invadió sus estados, y cuyo general y representante, también eclesiástico, no dejó en aquella guerra

gran fama de buena fe y de delicadeza. En efecto, aviniéndose el rey y el legado á una determinada tregua, durante la cual obligóse además el último á no tomar á su sueldo á ninguno de los Caldoras; no sólo no cumplió lo jurado, concertándose con Jacobo uno de ellos, sino que juntando su gente á la de éste, á favor de una marcha forzada y muy secreta cayó sobre el campo de D. Alfonso, que sólo debió su salvación á un aviso que tuvo pocos momentos antes; bien que, desconfiando poco después de sus mismos amigos, pagó el patriarca legado lo merecido por tan escandalosa violación de la tregua, teniendo que fugarse en un navío, abandonado ya por sus soldados, que se pasaron al servicio de Jacobo Caldora, en cuyo poder cayó todo su tesoro. Corría entonces el año 1438, y por el mes de Abril súpose la ida á Nápoles de René, que por fin recobrara la libertad, y mancomunándose con Caldora, hizo al rey una guerra activa y porfiada, entre cuyos azares no es raro hallar rasgos de singular cortesía. En aquella campaña experimentó también D. Alfonso la veleidad y mala fe de los magnates italianos, que sin ningún escrúpulo, según el vaivén de los sucesos, rompían sus juramentos; y uno hubo entre ellos, y fué Baltasar de la Ratta, conde de Caserta, que en menos de dos años mudó cinco veces de bandera, pudiendo afirmarse que los mismos capitanes aventureros más guerreaban por su provecho que por cumplir sus compromisos con aquel á cuyo servicio estaban. Pero la fortuna sonreía á la gran prudencia con que D. Alfonso conducía aquella campaña; dueño él de lo más importante del país, quedaban los enemigos encerrados y obligados á andar errantes por el Abruzo; y habiéndoles también roto la escuadra, creyó que era ya tiempo de sitiar la capital, asaz falta de provisiones, desamparada de los principales ciudadanos, y sin cabeza que cuidara de su regimiento, y así puso el cerco por mar y tierra á 20 de Setiembre de aquel año. Mas aquella empresa debía costarle uno de sus más dulces objetos; pues á 17 de Octubre, yendo el valiente infante D. Pedro á la parte de los reales donde man-

daba, alcanzóle en la cabeza un tiro de lombarda, que puso fin á su gloriosa carrera, á los veinte y siete años de su edad, con tanto dolor del rey, que al mirarle cadáver lloró y bendiciéndole dijo: *Dios te perdone, hermano mío, que otro placer esperaba de ti que verte de esta manera muerto; sea Dios loado, que hoy murió el mejor caballero que salió de España!* Resuelto empero á no levantar la mano del cerco, y desoyendo cuantas proposiciones se le hacían por el de Francia y por el papa acerca de componer amistosamente la contienda, lo que en lenguaje diplomático equivale á dar tiempo al caído para levantarse; hubiera indudablemente conquistado la capital, á no oponerse á ello la flojedad de los barones italianos, particularmente del príncipe de Taranto, otra vez reconciliado con el rey, y del conde de Nola, que no deseaban el triunfo decisivo de uno de los competidores, y estorbaban la victoria para seguir sobrenadando entre las oleadas de la guerra, y acomodando las velas á todos los vientos favorables. Así hubo el rey de levantar su campo é irse á Capua, donde apercibiendo sus fuerzas á principios del siguiente año 1439, volvió á entrar en campaña contra René, que también reparara las suyas. Pasóse lo más de ella en negociaciones, que movían el papa y el de Francia, y como hubiesen los enemigos sitiado el castillo Nuevo ó Castelnovo de Nápoles, acudiendo el rey á darle socorro cuando estaba ya en los últimos apuros, é impidiéndole meter en él refuerzo el duque René, rindióse la fortaleza por el mes de Agosto, aunque quedó suficientemente compensada esta pérdida con la toma de Salerno y con la obediencia que á D. Alfonso prestaron muchas familias principales, hasta entonces enemigas suyas. Murió también á 15 de Noviembre el famoso aventurero Jacobo Caldora, á quien halló la muerte soportando el peso de las armas en la edad de setenta años, y con él perdió el bando de Anjou su mejor apoyo, pues sus hijos Antonio y Ramón observaron en lo sucesivo una conducta tan reservada y equívoca, que el mismo René tuvo que salir á pié de Nápoles por Enero de 1440 y atravesar todo el

país ocupado por los aragoneses para juntarse con Antonio; valiente resolución, en que á la vez arrostró los peligros de las guarniciones enemigas, del hambre y del frío, espirando al rigor de éste algunos de sus compañeros en los lugares excusados y salvajes por donde tuvo que abrirse paso entre la nieve. Pero esta resolución no excusó la defección de Caldora, que ya después de estorbar el triunfo de René en aquella campaña, vino á la obediencia del rey por Febrero de 1441, quedando de este modo D. Alfonso libre para acudir á la guerra que movía contra Francisco Esforcia y para hacer frente á las intrigas del papa, venecianos, florentines y genoveses, pues tan próspero soplaba el viento para sus cosas, que apenas podía René oponer resistencia por sí mismo, ni se entendía, como dice Zurita, si estaba en el reino ó en la Provenza. Frustrada empero la expedición que los confederados, á cuya cabeza estaba el papa, tentaran contra el rey enviando con ejército al cardenal de Taranto; puso el de Aragón cerco á la ciudad de Nápoles á 17 de Noviembre, sin que los cuidados de aquellas operaciones le retrajeran de ir sojuzgando lo que quedaba en poder de René en la Calabria, y mucho menos de atender á los negocios de España y á las tramas de las primeras potencias de Italia. Durante aquel largo sitio, Antonio Caldora, á quien el rey en muestra de confianza devolviera el hijo que le había tomado en rehenes, instigado por Esforcia ó más bien por su propia liviandad é inconstancia, pagó la generosidad del monarca con levantar el estandarte de la rebelión en tan crítica coyuntura. Mas ya cayeron en poder de D. Alfonso todas las primeras ciudades; y la capital, única que había podido resistírsele, gracias á los esfuerzos de los genoveses en socorrerla con vituallas, pues la armada aragonesa estaba en su mayor parte ocupada en las conquistas que el rey hacía entre tanto, cerrado entonces su puerto, la capital luchaba por fin con el más terrible enemigo de las grandes poblaciones, con el hambre que inutiliza la defensa, desarma el brazo de los valientes, y convierte el mismo gran número y pujanza de ellos

en su mayor ruina y miseria. Andaba en aquella ocasión el duque René animando á los suyos, y bien mostró ser digno hermano del difunto primer rival de D. Alfonso; pero había sonado la hora de su desgracia, y el 2 de Junio de 1442 alumbró la toma de Nápoles por el rey, que usó de gran moderación en la victoria, y la última desesperada resistencia del de Anjou, que en una galera genovesa dió el postrer adiós á aquel reino, cuya posesión con tanto valor defendiera. Quedaban empero con guarnición enemiga algunas principales fortalezas, que fueron rindiéndose, y Antonio Caldora tenía aún bajo de sus banderas un lucido ejército de veteranos, á los cuales se uniera la caballería de Juan de Esforcia; mas acudió el rey á toda prisa; tomó de paso algunos lugares fuertes de Caldora; y sitiando á Capernone, donde había el tesoro de aquella familia de aventureros, esperó á que Antonio acudiese á salvar sus riquezas, como lo hizo.

Dióse la batalla á 29 de Junio, y fué quizás una de las más importantes de aquella serie de campañas: por una parte el ejército enemigo componíase de soldados viejos, endurecidos en las fatigas de las armas, y avezados á no temer la muerte y á la pelea, y por otra el del rey, ya que no igual á él en número y experiencia, éralo en la decisión é intrepidez, y superior en la confianza de su causa y de sus últimos triunfos; y á unos y otros mandaban los primeros generales de la Italia, pues Antotonio se había formado en la escuela de su padre el famoso Jacobo, y Juan de Esforcia en la del conde Francisco de este nombre, al paso que la grande experiencia de D. Alfonso dábale el primer voto en el consejo y su valor el primer lugar en el combate, y los Veintemilla, los Cardona, los Moncada, los Boil y los Urrea, jefes de los tercios reales, no eran tan oscuros guerreros que la fama no les hubiese más de una vez honrado con el nombre de capitanes insignes al contar sus victorias. Batiéronse con valor ambas partes; pero tomara el rey tan excelentes disposiciones, que en lo recio de la acción tuvo el enemigo

que destacar parte de sus fuerzas en defensa de la retaguardia cargada por una división que el de Aragón ya había colocado en lugar oportuno para ejecutar aquella maniobra; y como se hallaban en acción todas las tropas de Antonio y el rey tuviera la previsión de retener á su lado un lucido cuerpo de reserva, avanzó entonces con éste, y su ataque decidió la victoria. Salvóse Juan de Esforcia, mas no Caldora, que quedó prisionero; bien que, previo juramento de fidelidad perdonóle el rey á 6 de Julio, y le dejó en posesión del condado de Trivento y de algunos lugares, regalando generosamente á su mujer todas las riquezas y joyas que el derecho de la guerra hacía suyas. Aquel fué el postrer suspiro del bando anjoino, pues apenas merece mencionarse la conquista de los pocos lugares que aún no se habían rendido, al paso que sus campañas con el conde Francisco de Esforcia ya no debían mirarse como negocio del de Anjou; y desembarazado de toda guerra, á instancia de los grandes del reino, hizo su entrada triunfal en Nápoles. Mandaron para ello los del consejo de la ciudad derribar cuarenta brazas de la muralla por la parte del mercado, por donde á 26 de Febrero de 1443 entró el rey D. Alfonso en carro triunfal tirado de cuatro caballos blancos, rodeado de la corte más espléndida que se hubiese visto, en que se confundían vencedores y vencidos, pues la clemencia del monarca hizo que á ninguna familia costase lágrimas su triunfo, y saludado por los vítores del pueblo, que veía cesar los horrores del hambre y de la guerra, durando muchos días las fiestas y torneos, en que el monarca hizo alarde de no vista liberalidad y magnificencia. Y bien podía celebrar su victoria, pues aquella nueva corona que ceñía era la corona de Nápoles, la más bella de todas sus coronas; Nápoles la rica y la famosa, sultana recostada sobre un lecho de flores, regalada con la perfumada brisa de las llanuras de Sorrento que dulcemente la oreaba adormeciendo al són de las ondas de aquel golfo magnífico, Nápoles, por quien dejara los reinos de Aragón, y que veinte y dos años de guerra se le hacían más querida, como si

su grande ánimo se desdeñase de ceñir las coronas que no le costaba más trabajo que el de haber sucedido á su padre, y como si los obstáculos y fatigas le representasen aquella cual obra que, después de Dios, sólo debía á sí mismo. Al fin púsose de acuerdo con el papa, que le concedió la investidura para él y sus herederos á 15 de Junio de aquel año, obligándose el rey á recobrar para la Iglesia los estados que á ésta usurpara Francisco de Esforcia; obligación que le puso en grave compromiso con el duque de Milán, cuyo yerno era Francisco.

No le seguiremos en todos los sucesos que llenaron su vida, á través de las intrincadas negociaciones con las demás potencias de Italia, y de las turbulencias que traían conmovida la España toda, que casi siempre le tomó por árbitro en la contienda; al trazar el breve resumen que precede, fué nuestro solo intento acompañarle en su principal acción, en la conquista del reino de Nápoles, teatro de nuestras glorias, y el mejor florón un tiempo de la corona española. Su prudencia y su acierto en los negocios valiéronle celebridad inmensa en todas las naciones; y tanto le amó el duque de Milán, que cercano á la muerte le instituyó su heredero universal á 12 de Agosto de 1447, herencia que fué después otro de los pretextos de las sangrientas guerras que asolaron la infeliz Italia. Pero, cuando estaba cercano su triunfo en su última expedición, en la rendición de la orgullosa Génova, y cuando, después de haber socorrido la Albania, amenazaba el naciente imperio otomano de Constantinopla; vino la muerte á detenerle en su gloriosa y larga carrera al rayar el día 27 de Junio de 1458, á los sesenta y cuatro años de edad, nombrando sucesor suyo en el reino de Nápoles á su hijo D. Fernando, habido en una dama D.ª Margarita de Yjar, legitimado por el papa, y jurado ya antes por los estados napolitanos, y dejando por heredero de los demás estados anexos á la corona de Aragón á su hermano D. Juan, rey de Navarra, pues ningún hijo le diera su esposa la virtuosa, sufrida y magnánima reina D.ª María, hija de los reyes de Castilla, con quien había

casado á 12 de Junio de 1415, y la cual hizo muestra de grandes talentos en la lugartenencia de estos reinos, que desempeñó admirablemente durante la mayor parte de la continua ausencia, ó sea mansión, del rey en Italia.

Jamás, desde tiempo inmemorial, había admirado ésta tantas virtudes en un príncipe y pocas veces ciñeran la corona sienes más dignas y augustas; y tras aquella vida grandiosa y heróica, dejó á la posteridad señalado ejemplo de su profunda destreza y prudencia en los negocios, de su infatigable constancia y valor en las armas, y de su nunca desmentido amor á las letras. Las no interrumpidas disensiones de sus hermanos con la corte de Castilla, las cuales, si así puede decirse, llevó siempre colgadas de un brazo, las numerosas relaciones que hubo de entablar con motivo de la empresa de Nápoles, sus tratados de alianza, su intervención en el famoso concilio de Basilea, y tantas negociaciones como le sobrevinieron tras la conquista de aquel reino hubiesen sido bastantes para hacer glorioso á un hombre de estado; muchos capitanes célebres no legaran á la historia tan larga y brillante relación de guerras, hazañas y conquistas; y mereciéronle el renombre de *Sabio* la afición que hasta en su vejez tuvo á la lectura, la fundación de varios establecimientos literarios, entre los cuales su *amada* Barcelona le debió su Universidad en 1450, y la preferencia y protección que siempre concedió á cuanto llevase el sello del saber, preferencia que fué causa del cariño que profesó á su desdichado sobrino el estudioso príncipe de Viana, y de que hizo prueba cuando, falleciendo por Noviembre de 1457 su amigo el historiador Bartolomé Faccio, mostró sentir tanto su muerte, como si le faltara uno de sus mejores consejeros (1). Su corte fué espejo

(1) «Porque despues de haber puesto su persona á tantos peligros por tierra y mar, y á cabo de tanto tiempo conquistado por las armas la mejor y más excelente parte de Italia, y dexando tan fundado aquel reyno riquísimo para sus sucesores, tuvo en la vejez ordinaria licion de los autores más excelentes, que escrivieron las memorias del principio y augmento de la República Romana, y era su Palacio, entre las otras grandezas que se representavan en él, una escuela de

de todas las cortes de Europa en lo espléndida, civilizada y culta; la dulzura y amabilidad de su ánimo conciliáronle todas las voluntades; su generosidad en perdonar á los vencidos, y también á los traidores, fué un noble contrapeso á la ferocidad de aquellas guerras, y en fin sus altas prendas hiciéronle Rey de los reyes de su tiempo. Pero ¿ningún lunar afea aquella grandiosa figura? ¿ó la historia perdió de vista sus defectos, deslumbrada por el resplandor de sus hazañas? La historia, como todo lo de este mundo, es un conjunto de grandezas y miserias, y su ojo fijo y penetrante ahonda todos los secretos y desgraciadamente descubre en los grandes varones faltas casi imperceptibles, que expone á la posteridad, para que la misma importancia y elevación de quien las cometió nos enseñe á desconfiar de nosotros mismos y dé más peso al escarmiento. Ella menciona la no muy humana política de D. Alfonso en tener encerrado al infeliz conde de Urgel, á quien fué trasladando de fortaleza en fortaleza, cuando ni el temor ni la prudencia aconsejaban tamaño rigor; ella observa que, á pesar de su buena administración, resintiéronse las cosas públicas del espíritu de corte, que más de una vez tuviéronse en menosprecio las libertades del reino, y que el lujo y corrupción de Castilla empezaron á relajar las costumbres de la nobleza de Aragón, y á influir en todos los negocios; y por último, ella dice que no estaban tan cicatrizadas las heridas que la disputada sucesión al trono había abierto á la patria, que no reclamase ésta absolutamente todo su cuidado, y que su ahínco en la conquista de un nuevo reino y su dilatada ausencia de sus antiguos estados no fueron ciertamente muy á propósito para la quietud, provecho y felicidad de éstos. Mas ¿qué mano, por hábil y experta que sea, osará afear con algunos toques oscuros su retrato? Así

los mas señalados oradores que huvo en su tiempo, y tuvo por sus Maestros tan insignes é ilustres Varones, como se ha referido, dedicando ciertas horas ordinarias para la licion de los grandes hechos pasados, como se pudieran señalar, para la doctrina y enseñamiento de sus nietos...» ZURITA, *Anales de Aragon*, lib. XVI, cap. 47, fol. 52.

como las manchas se ven perderse en aquel océano de luz, de la misma manera los defectos de D. Alfonso desaparecen bajo el cuadro inmenso de los hechos y negocios a cuya ejecución le destinó la Providencia.

Pero ésta, que para sus altos fines pone la noche junto al día, envía tras la calma la tempestad, y amontona las desnudas y sombrías moles de los precipicios sobre los valles risueños y esmaltados de verdor, permitió que ascendiese al trono de Aragón un rey, que era el reverso de la medalla de su difunto hermano. Criado en las intrigas y disturbios de la corte de Castilla, de las cuales fue alma y instrumento, más a los estímulos de la ambición y a los odios y venganzas de hombre de partido, que le vieron siempre con las armas en la mano, ¿qué había de reportar de su coronación el reino sino discordias, guerras, asolamientos y miserias? Perseguidor y tirano de sus hijos D. Carlos y D.ª Blanca, que hubo en su primera mujer la dulce y virtuosa D.ª Blanca, primogénita y sucesora del rey de Navarra D. Carlos III el Noble y viuda ya de D. Martín rey de Sicilia; casado de segundas nupcias con una mujer digna de él por su fiereza, crueldad y ambición, D.ª Juana Enríquez, hija del Almirante de Castilla, que, como dice un ilustre escritor (1), por lo mismo que era nacida particular, insultaba a los pueblos con la ostentación de su imperio y de su tiranía; D. Juan II ensangrentó las páginas de la historia de su reinado, y llevó su execrable sed de mando y de venganza al extremo de aliarse con la hija tercera de su primer matrimonio D.ª Leonor, esposa del conde de Foix, contra aquellos dos desventurados hijos suyos y hermanos de esta desnaturalizada hermana. ¿Por qué mencionar ideas que la pluma se niega a escribir, y que inspiran al alma amargo desprecio de nuestros semejantes? Las sombras lívidas y atormentadas del príncipe de Viana y de D.ª Blanca prestan siniestro horror a la narración de aquella época: el hedor de la san-

(1) Quintana, Vidas de españoles célebres, pág. 74.

gre y del veneno transpira en cada capítulo, en cada hoja; y las llamas de cien villas incendiadas, y los estragos de la guerra y del hambre aparecen cual tristes funerales, con que á la par el amor y la venganza de los pueblos quisieron honrar la memoria de aquellas ilustres víctimas, y castigar la barbarie de su padre. Ni el haber dado el sér á D. Fernando, que nació de sus segundas nupcias á 10 de Marzo de 1452 y fué después el rey *Católico,* pudo borrar la funesta memoria de sus acciones; y al bajar al sepulcro á la edad de ochenta y un años á 19 de Enero de 1479, en la pompa de su entierro faltó aquella parte la más preciosa, la más bella y honorífica para el difunto, las lágrimas y el sentimiento de sus vasallos, al paso que, fuera de sus talentos militares, no dejó otra fama que la de ***hombre faccioso y turbulento***, ***que ni de particular ni de rey tuvo ni dió sosiego*** (1).

Yace en el sepulcro tercero de la parte de la epístola, al lado del de D. Juan *el Cazador*, y sobre su cubierta hay tres bellas estatuas tendidas, una de su segunda esposa, que figura vestir soberbio traje, y las dos del rey, que aparece en la una armado de punta en blanco, y cubierto con manto talar en la otra. Su hermano y antecesor D. Alfonso estuvo depositado en el convento de Dominicos de Nápoles hasta el año 1671, en que el virrey D. Pedro Antonio de Aragón cumplió con la última voluntad del rey, enviando su cadáver á Poblet, y erigiéndole después un suntuoso sepulcro de alabastro. Está este inmediato al panteón del Evangelio, enriquecido con numerosas esculturas, y remata en una urna, sobre la cual hay su estatua en traje de corte, arrodillada sobre un rico cojín, y después á sus piés cetro y corona, cobijándole un gran dosel en que relumbran el oro y la púrpura. En frente álzase otra sepultura exactamente igual, y en ella están depositados los restos del hermano de los precedentes el infante D. Enrique, que por Mayo de 1445 falleció de las heridas que recibió en la batalla de

(1) QUINTANA, *Vidas de españoles célebres*, pág. 196.

nioso, D.ª Juana, condesa de Ampurias, cuya estatua viste el hábito cisterciense; cuatro adornan las paredes laterales de la capilla de S. Benito, y yacen en ellos tres hijos del mismo rey, D.ª María y D. Pedro, de su primera esposa, y D. Alfonso, de la tercera, pero ignoramos quién fué en el mundo el que ocupa el restante; otros cuatro, depósito de las cenizas de algunos hijos del rey D. Juan I, míranse levantados junto á la sacristía antigua, y en el brazo izquierdo del crucero descansa en otro sarcófago D. Pedro, hijo del primogénito de Aragón D. Martín, rey de Sicilia, el cual con su temprana muerte acaecida en 1399, y muriendo también después su padre, motivó aquella última disposición del rey su abuelo D. Martín *el Humano,* que fué causa de que el parlamento de Caspe llamase al trono la línea femenina. Todos ostentan riquísimos relieves; todos llevan estatuas tendidas, y mucho honra semejante séquito á los monarcas aragoneses, en cuyas tumbas les acompañan otros infantes que no cupieron en las de sus hermanos.

El interior del basamento ya descrito de los reales sepulcros es el panteón de las nobles casas de Segorbe y de Cardona, donde yacen también en sencillos ataúdes el rey D. Martín, su primera esposa D.ª María, D.ª Beatriz de Aragón, nieta del rey D. Alfonso, D. Carlos, príncipe de Viana, el infante D. Pedro, hermano del conquistador de Nápoles, y otras personas de la familia real; y el que atravesare el umbral de aquella puerta coronada, que está en el centro de cada panteón, saludará con respeto aquellos nombres ilustres de nuestra historia, y echará una mirada de dolor á sus tumbas que tanta miseria encierran después de tanta grandeza. Bien hace la majestad de los reyes en descansar sobre la nobleza de estos duques, bien hace en apoyarse en el valor de aquellos, que fueron el verdadero y firme basamento de su trono como hoy el panteón lo es de sus reales sepulturas.

Uno sin embargo yace apartado de los demás, y la esplendidez de su sepulcro compite con la de los reales, como si aun

después de muerto quisiese manifestar cuán inmediato al trono le tuvieron sus altos hechos. Fué en el mundo el vizconde de Cardona D. Ramón Folch, décimo de este nombre, llamado por los catalanes el *Prohom Vinculador*, célebre general, esforzado caballero, y defensor heróico de Gerona contra la invasión de los franceses al mando de Felipe *el Atrevido* en 1285; falleció en 1320, y en 1322 fué enterrado en su sepulcro antiguo, que, como vimos, se destinó después para D. Rodrigo de Rebolledo, cuando en 1669 se trasladaron sus restos al que hoy ocupa. Está junto á las gradas que conducen al dormitorio; figura un pedestal adornado con muchas esculturas, que sostiene una urna también enriquecida con relieves y rodeada de grandes bustos, y remata en una agigantada estatua tendida, armada de todas piezas, á imitación de la que hay en el sepulcro primitivo, y puesta allí tan grande no tanto para el mejor efecto artístico, como para denotar las fuerzas y notable robustez que alcanzó el vizconde, y de cuya mención no se olvida el epitafio latino inscrito en el pedestal! (1).

¿Qué templo poseyó jamás tanta riqueza en monumentos sepulcrales, ni dónde mejor que en él pudiera el artista hacer

(1) Dice así: *D. O. M. Inclytos inter Viros maximo D. D. Raymundo Folch XVII. Cardonæ Vicæ Comiti: inter magni nominis Imperatores dexterrimo: inter giganteæ virtutis Milones Alcidi: inter maturæ mentis Catones Numæ: inter ætatis suæ Dynastas Heroi antonomasticé proclamato: Alfonsi Principis pro patre Regni Gubernatoris Coadjutori destinato: Petri Aragoniæ Regis cum Siculo Carolo in duellum venturi electo Propugnatori: Gerundæ contra Pontificis Galliæque Regis insultus defensori invicto: ejusdemque ab Hostium dominatu Vindici fortunato: Huic in belli alea Marti: in pacis otio Mercurio: in Templis pietatis Antesignano: in componendis inter Reges suos discordes amicitii Confaederatori: in pacis teneram non semel oppigneratio: in expeditione Murcica expugnationes Authoris. Huic Cardoniorum Propagatori, in gratitudinis et honoris obsequium postera ejus propago nobilissima hoc Bustum struit Excellentissimus Dux D. D. Ludovicus de Aragon, Folch, et Cardona (olim Fernandez de Córdoba) Dux de Cardona, et de Segorbe, Marchio de Comares et de Pallars, Comes de Ampurias et de Prades, Vice-Comes de Villamur. Eques Aurei Velleris, cui Ordini nomen daturi Caroli Secundi Hispaniarum Regis Torquem Aureum propria manu collo admovit, tantis Cineribus debitum anno M.DC.LXIX. D.C.S.* Este pomposo epitafio, que de puro hinchado raya en extravagante, y sólo respira adulación y mal gusto, es con todo muy inferior al sencillo y expresivo dístico del antiguo sepulcro, mencionado en la página 369.

un estudio completo de las sepulturas góticas de todas épocas? Desde las fúnebres y sencillas urnas levantadas en las paredes de los claustros hasta el trabajado sarcófago de los monarcas ¡cuánta variedad! ¡cuánto interés en los detalles! ¡qué riqueza la de los trajes! ¡qué expresión la de las figuras! (1) Mas esta

(1) Estando el rey D. Pedro *el Ceremonioso* en Poblet por 1366, trató con el abad D. Guillén de Agulló, de erigir dignas sepulturas á sus antepasados los reyes D. Alfonso *el Casto*, y D. Jaime *el Conquistador*, y á sus esposas, los cuales yacían en ataúdes de madera en varias partes del templo; y para ello, por el mes de Abril de aquel año, empezaron á construirse á uno y otro lado del crucero dos grandes arcos, sobre los cuales fueron colocándose los sarcófagos. Encargó también el rey que se labrasen cuatro sepulcros pequeños, iguales empero en la forma á los reales, para sus hijos difuntos, y después otro para su hija D.ª Juana, condesa de Ampurias, sin olvidarse del suyo propio (*a*): su hijo y sucesor D. Juan *el Cazador*, imitó su ejemplo mandando al mismo abad cuidase de edificarle un sepulcro para sí, y cuatro pequeños para sus hijos ya difuntos, iguales á los que se fabricaban por orden de su padre *el Ceremonioso;* y concluidos todos en 1390, trasladó D. Juan á ellos los cadáveres de los reyes y de los infantes, excepto el de su padre D. Pedro, que, como estaba depositado en Barcelona y exigía su traslación mayor ceremonia, no fué traído á Poblet hasta el mes de Mayo de 1394.

D. Martín *el Humano*, que sucedió á D. Juan, hizo fabricar otro sepulcro pequeño para su nieto D. Pedro de Sicilia, hijo del rey de Sicilia D. Martín; pero durante el interregno que siguió á su muerte, nadie cuidó de acabar para *el Humano* el que dejara encargado; hasta que D. Fernando *el Católico* lo perfeccionó y lo destinó para su abuelo *el de Antequera*, mandando al mismo tiempo labrar otro para su padre D. Juan II. Fué el artífice de estos dos el maestro *Egidio Morlán*, que los tuvo acabados en 1499, como consta de la escritura auténtica de la traslación de los reales cuerpos á los nuevos entierros, traducida del latín por FINESTRES en su *Historia de Poblet*, lib. II, Centuria IV. Diserta III, pág. 80. Debajo de los arcos que sostenían los dos panteones, fuéronse colocando los cadáveres de la real familia, entre los cuales había los del rey D. Martín, del príncipe de Viana y del infante D. Pedro duque de Notho, D. Enrique, y D. Juan, hijo de D. Fernando *el Católico*, en cajas de madera cubiertas de terciopelo, y además todos los de la casa de Segorbe y de Cardona, que podían considerarse como individuos de aquella; y estando allí expuestos al tránsito de la gente, que atravesaba por los arcos de una á otra parte del crucero, el duque D. Luís Ramón Folch determinó en 1660 cerrar aquel paso, de manera que las paredes que levantase sirviesen al mismo tiempo de pedestal á las tumbas de los reyes, y dejasen dentro hueco bastante para panteón de sus predecesores. Confióse la ejecución de la obra, que ya describimos en la página 371, á los escultores *Juan* y *Francisco Grau*, naturales y vecinos de Manresa, que por ella pidieron 5500 libras barcelonesas, y la tuvieron concluida en 1662, efectuándose por el mes de Julio la traslación de todos los cadáveres á los nuevos panteones. El duque D. Luís encargó luégo á los mismos escultores le labrasen un gran sepulcro de alabastro para el vizconde de Cardona D. Ramón Folch, *el Prohom vinculador*, que yacía en otro gótico de piedra común, fijando su precio á 1800 libras barcelonesas; y concluido por 1669, á 4 de Abril se puso en él el cadáver, y lo cerraron con la gran cubierta que ostentaba estatua tendida de

(*a*) Trabajaron en estos sepulcros los maestros Eloy y Jaime de Castell.

misma abundancia, que pudiera valerse el renombre de *templo de los sepulcros*, ¡cómo entristece el alma, publicando la miseria de nuestra existencia! Si la iglesia está desierta y silenciosa, si delante de las tumbas arden las lámparas, cuya luz trémula finge movimiento en las estatuas de los finados; cierre entonces su álbum el artista, y dése por un rato á la meditación y al recogimiento.—Allí, delante de sus mismos ojos, están esos que llenaron los sueños de su juventud, esos gigantes de la tierra, que la poblaron con sus ejércitos, trastornaron con su ambición, ó admiraron con su talento y virtudes; y sin embargo ni desviar pueden ahora el insecto que zumba en torno de la triste llama que alumbra su morada de descanso. La piedad y el sentimiento, que acá en el corazón nos dice que no todo muere con la vida, les levantaron esos sarcófagos de alabastro; todos asoman sobre la cubierta con el mismo carácter con que les conoció el mundo; el guerrero viste la enmallada cota, y cruza ambas manos sobre la luenga espada que de los piés le llega al pecho; el rey espléndido se envuelve con majestad en los pliegues de su manto, y la dama ciñe guirnalda de flores, y cubre su cabeza con la honesta toca de los buenos tiempos antiguos.—Mas llega, acércate á ellos, artista; aparta los ojos de tanta magnificencia, de los mantos ricamente bordados, de las airosas vestimentas, de los recamados cojines y de las armaduras trabajadas; y entre cuatro losas sin pulir, mira dentro el pobre esqueleto, envuelto en una mortaja que se convierte en polvo al tocarla. Aquella frente calva y huesosa ¿es la que presidió al destino de tantos

---

caballero armado de punta en blanco. Hallábase entonces de virrey en Nápoles Don Pedro de Aragón, hermano del duque D. Luís; y cumpliendo al fin con la última voluntad del rey D. Alfonso, y con las reiteradas órdenes de todos los monarcas sucesores suyos, á 4 de Junio de 1671 envió á Poblet con el obispo de Casano los cuerpos de aquel rey, del infante D. Pedro, y de la nieta de D. Alfonso D.ª Beatriz de Aragón, esposa de Matías, rey de Hungría. Y habiendo visto el mismo D. Pedro las obras de los escultores *Grau*, satisfecho de su buena ejecución, en 1672 mandóles que al lado de los panteones fabricasen dos sepulcros para el rey D. Alfonso y para el infante D. Enrique, quedando por el mes de Junio de 1673 rematada la obra, que valió á los artífices 4,000 libras.

pueblos, tal vez sólo para turbar su sosiego y para legar á la posteridad funestas rivalidades? ¿Son aquellas manos denegridas y secas las que decidieron de la suerte en las batallas? ¿Esa carne momia es por quien suspiraron los donceles, por quien se rompieron lanzas, y por quien hubo regocijo en la corte? ¿Son estos los famosos autores de aquellos tratados de paz y guerras, de aquellas compras y ventas de pueblos, en que tal vez la sangre humana fué el precio? —¡Y si en la balanza de los juicios divinos nada pesa la razón de estado! ¡Y si el derecho de Dios no reconoce el derecho de gentes! —Recoge entonces tu álbum, artista; y mientras las bóvedas repiten tus pasos tardos y sonoros, vé recordando aquello del poeta:

Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nacemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenescemos,
Así que cuando morimos
Descansamos.

Artista, estas tumbas espléndidas son monumentos levantados á la brevedad de la vida y á la instabilidad de las cosas humanas; y si la miseria de los restos de los que fueron hinche tu corazón de amargura, alza la frente al cielo, y recuerda que hay en nosotros un alma que no muere, y que la pobre cruz de madera, que señala la fosa de la virtud y del talento, es en otro mundo mejor una corona de beatitud inefable, que dura perpetuamente.

Lector, si al recorrer estas breves páginas que anteceden alguna vez deseaste en tu corazón gozarte en la vista de tanta

56

suntuosidad, vano es tu deseo, y con dolor desvanecemos ahora tu ilusión, pues ninguna suntuosidad puede haber en un triste y confuso montón de escombros.—¿Á qué, pues, ponderar la existencia de lo que fué, si al fin la verdad nos dice que está ya borrado de la tierra?—Cierto; mas como la pérdida de aquellas cosas más vivamente nos hiere, cuya bondad pudimos antes conocer y palpar, así la relación de las grandezas de Poblet debía preceder á la de su ruina, porque menester era conocerlas para llorarlas. ¡Y qué! amantes de los monumentos que honran la nación española, ¿se nos negará que lo mencionemos en nuestro último adiós, á la manera con que los amigos enumeran las virtudes del difunto sobre su misma sepultura, ó se tomará á mal que bosquejemos una descripción que contribuya á conservar su memoria, como el leal y casto amador que va recordando en su pena las dotes de su difunta amada, cuyo retrato le mueve cada día á llorar y orar por la que está en el cielo?

Lució un día funestamente memorable; una revolución desquiciaba la España toda, y el sol reflejaba en las armas de los que ciegos de frenesí iban á derribar una obra que habían respetado los siglos. No le bastaron á la iglesia ni la santidad de su nombre, ni su majestad, ni la muralla de sepulcros que la ceñía; todo se profanó, y las cenizas de los héroes fueron holladas por la muchedumbre. Al sentir una mano sacrílega sobre sus armaduras, al resonar en los templos insolentes burlas y feroces carcajadas, ¿cómo no se movieron aquellos reyes y guerreros, y cómo aquellas gigantes espadas no salieron de la vaina? Las llamas devoraron las tapicerías y las dádivas con que nuestros antepasados enriquecieron el monasterio, y las profundas bóvedas, desplomándose con estrépito, todo lo sepultaron con horrible destrozo, y convirtieron en un monton de ruinas el monasterio de Santa María!

* La historia y la importancia de Poblet (*a*) son ya muy conocidas para que nos detengamos en explicarlas: la voz de su ruina llegó hasta las naciones más apartadas de Europa, que deploraron unánimes la pérdida que experimentaron las artes desde el momento en que penetró dentro de sus regios muros el hacha de nuestras revoluciones. Rompiéronse entonces las bóvedas de sus inmensos salones, derribáronse los bellos calados de la mayor parte de las ojivas de sus claustros, penetróse en la iglesia y violáronse los sepulcros de los reyes que descansaban en ellos bajo elegantes cúpulas sembradas de oro y pedrería; levantáronse sobre la punta de los fusiles las momias de esos grandes héroes... Vinieron después de los destructores los artistas, y por un mal entendido amor al arte hicieron desaparecer los fragmentos de los sepulcros que debían darnos ahora una idea aunque imperfecta de lo que antes fueron (*b*).

(*a*) El fragmento que sigue, referente á Poblet, es, como lo indican los asteriscos, del Sr. Pí y Margall. Lo ponemos en este lugar para la mejor ordenación del texto, y para no privar al lector de las apreciaciones de este escritor respecto la importancia de aquel insigne monumento.

(*b*) La destrucción de Poblet, como aquí se insinúa, no fué obra de un día. Fueron menester las conmociones políticas de los años 1822 y 1835 y el largo período de tiempo en que estuvo completamente abandonado, para que perdiese la regia vestimenta que envolvía sus formas arquitectónicas, hasta quedar éstas enteramente descarnadas y aniquiladas en varios puntos. Tardóse mucho hasta que por parte de las corporaciones oficiales, se pensó en destinar á aquellas ruinas un guarda que evitase las continuas mutilaciones, que por distintos móviles cometían los numerosos viajeros que las visitaban, y es de ayer que ha empezado á repararse, ya que no haya alcanzado aún la suerte de ser objeto de una restauración completa. Puesto á cargo de la Comisión Provincial de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Tarragona, se han podido recabar del Estado algunos fondos con que hacer frente á los primeros gastos para evitar siquiera la destrucción. Al efecto, empezaron por recomponerse las cubiertas y limpiarse los escurrideros de las aguas, se han retirado los inmensos montones de escombros que formaban en ciertos puntos verdaderas colinas y que han permitido dejar expedito el paso á ciertos aposentos donde por largos años había sido imposible penetrar; se han reforzado techos y bóvedas, y últimamente se acaba de abrir la Puerta Real que había estado tapiada.

En la actualidad es, pues, fácil recorrer todos los ámbitos del monumento, facilitando la visita al mismo las nuevas comunicaciones que lo enlazan por medio del inmediato pueblo de la Espluga de Francolí con Lérida y Tarragona (línea

veía entrar por sus puertas más que hombres llenos de respeto que iban á hincarse de rodillas ante sus altares; y hoy no ve sino curiosos que van á recorrer sus ruinas, compadeciendo cuando más la desgraciada suerte que le cupo. Ayer fué el rey de los monumentos de su época; y hoy se ve eclipsado por otro monasterio del mismo siglo, dádiva del mismo príncipe y joya de la misma orden cisterciense, al que concedió el cielo salir casi ileso del furor de nuestras discordias civiles. ¡Pobre monasterio! Llorad sobre sus tristes restos, artistas; llorad vosotros todos los que estimáis en algo las glorias de nuestra patria; y vosotros, poetas á quienes conmueve hasta la caída de las flores, arrancad de vuestras liras los acentos más sentidos para cantar la caída de este monumento, urna en que estuvo depositada la gloriosa grandeza de dos siglos. ¿Por qué seguís aún esa poesía monótona de variaciones sobre un mismo tema? ¿Por qué no venís á inspiraros en el fondo de esas ruinas y á ensayar sobre objetos nuevos nuevos cantos?

Santas Creus

* Á cinco leguas de Poblet hacia el oriente está el monasterio de Santas Creus, situado en un pequeño altozano, al cual conduce una senda abierta á las orillas del Gayá en medio de una frondosísima arboleda. Atribuyen algunos su fundación á uno de los reyes de Aragón que llevaron el nombre de Don Pedro; y otros á D. Guillén Ramón de Moncada en desagravio de la muerte que dió á Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona; mas no es debida sino al conde Berenguer IV, el mismo que fundó y dotó el de Poblet. No hubo en Aragón ningún D. Pedro en la época en que fué erigido el monasterio, ni aconteció sino mucho después el asesinato del arzobispo, víctima en 1193 de las terribles discordias de los Castellones y los Castellvines; así que mal podían los reyes de aquel nombre ni Don Guillén de Moncada, por el motivo supuesto, haber sido los

fundadores de un cenobio que ya en 1152 existía en Valdaura, y en 1153 en Anchosa, de donde fué trasladado por fin en 1157 á las pintorescas márgenes del pequeño arroyo que hoy pasa murmullando bajo las copas de sus árboles (1).

(1) No hemos dudado en atribuir la fundación de este monasterio al conde Berenguer IV, ya por verlo asegurado así en la historia de Poblet, escrita por uno de los historiadores más concienzudos, ya por no creer posible que con los fondos de un particular haya podido ser levantada la actual fábrica, que es la que en 1157 recibió á los monjes Bernardos residentes primero en Valdaura y luégo en Anchosa. Los cronistas están generalmente acordes sobre quien levantó y fundó la fábrica de Valdaura; mas al pasar á hablar de las dos traslaciones referidas, casi todos guardan silencio sobre el que pudo costear la construcción de las nuevas obras. Sólo dos autores se ocupan de este punto (Finestres y Pujades); y ambos convienen en que la obra hecha en Anchosa fué pagada por el conde que, según uno de ellos, quiso manifestar con esto á Dios lo agradecido que estaba por haberle dado en D.ª Petronila á su sucesor Alfonso. Añade luégo Pujades al hacerse cargo de la segunda traslación que, viendo los religiosos la esterilidad de Anchosa, y sabiendo que el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona y el barón de Montagut estaban en pleito sobre el dominio de un campo muy ameno llamado *de la Contradicción*, resolvieron pedírselo con el objeto de fijar en él su residencia, cosa que les fué otorgada; pero no fué más allá el cronista catalán, contentándose con decir acerca de la nueva fábrica que fué hecha con ayuda y favor de príncipes y señores. Por poco que se reflexione, sin embargo, sobre los textos de unos y el silencio de los demás, será fácil venir en conocimiento que no pudo ser sino Berenguer IV el principal fundador y dotador del nuevo monasterio. ¿Es siquiera probable que, habiendo hecho él levantar en 1152 el de Anchosa, hubiese permitido cinco años después que otro costease el del campo de la Contradicción, ó sea el de Santas Creus, mucho más estando entonces construyéndose el de Poblet, y siendo el de Santas Creus casi una repetición de éste?

Como quiera que sea debemos siempre convenir en que el verdadero fundador del convento, el que reunió dentro los muros de Valdaura los primeros monjes, fué el mismo Guillén Ramón de Moncada de quien hablamos en el texto, varón de gran nombradía que acompañó al conde en todas sus más arriesgadas empresas, en la conquista de Almería, en la toma de Tortosa, y en los asaltos de Lérida y Fraga, caballero de los más distinguidos del reino, que fué gran senescal de Aragón y Cataluña. Consta evidentemente por una carta de donación fecha á los 4 de Diciembre del año de la Encarnación del Señor 1150, carta de cuya autenticidad no podemos dudar, y de la que hacen mención Pujades y Marca que la traslada literalmente en el número 412 del apéndice á su obra. Al leer esto se extrañará quizás que nos opongamos en el texto á la opinión de los que dan á Moncada por primer fundador de Santas Creus; mas conviene advertir que no nos oponemos sino al motivo que suponen en Moncada para emprender la construcción de este monasterio. Sostienen que esta fué solamente efecto de la necesidad de reparar un crimen cometido contra una persona á quien su estado hacía sagrada; y en esto, como hemos dicho, no podemos consentir, siendo la falta posterior de más de cuarenta años al tiempo que se supone hecha la penitencia. Beuter y los que le siguen, para apoyar esta opinión dan por acaecida la muerte de Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona, en 1149; mas ¿hubiera podido sostenerse por mucho tiempo este aserto á haberse fijado la atención en el Catálogo de los arzo-

* Era este monasterio, después del de Poblet, el mejor monumento de la orden cisterciense en Cataluña: no tenía la imponente grandeza de su rival; pero presentaba, en cambio, más unidad artística, formás más sencillas y severas, y sobre todo mayor belleza intrínseca, nacida de las gallardas proporciones que conservaban entre sí sus miembros. Su iglesia, principalmente, aventajaba y aventaja no sólo á la de Poblet, sino á las creaciones más acabadas de su siglo. Descúbrese su fachada, apenas se cruza la puerta del monasterio, sobre unas gradas espaciosas, puestas al pié de una cisterna, que cierran una larga calle formada por las casas de los jubilados, las oficinas y el palacio de los abades. El triste y oscuro color de sus piedras, la dulce tranquilidad de sus líneas y la noble sencillez de todas sus partes llaman de repente las miradas del artista, que la contempla largo rato sin acertar á descubrir la causa de su singular belleza. Es un simple cuerpo central con dos alas algo más bajas, coronadas de almenas (*a*), en que sobre las cimbras concéntricas de la puerta no descuella más que una esbelta ojiva

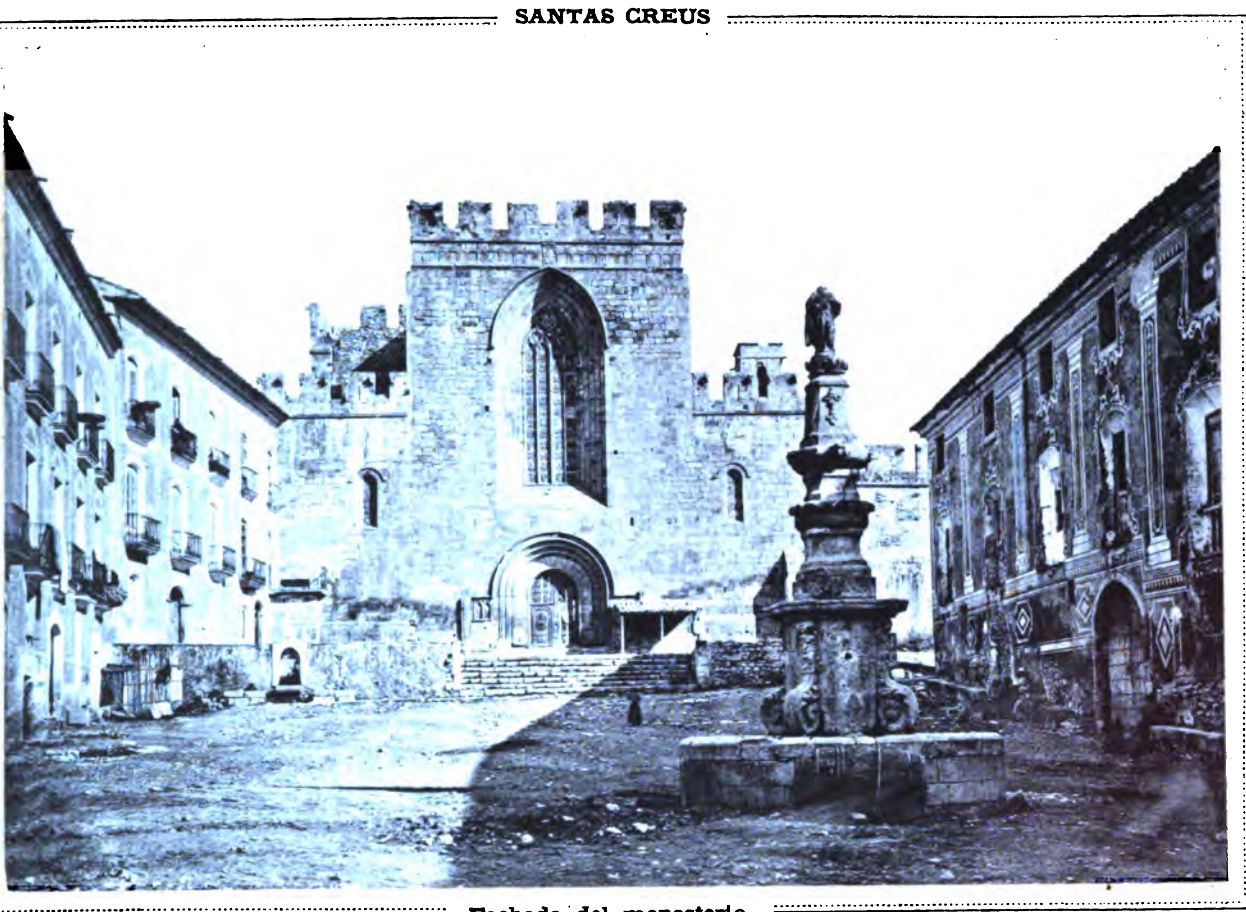
---

bispos de aquella diócesis? Éralo en 1149 D. Bernardo Tort; sucedióle en 1163 Hugo de Cervelló, muerto en 1171 por el príncipe Roberto, subió luégo á la silla arzobispal Guillén de Tarroja; y hasta 1184 no entró el Berenguer de Vilademuls, que, según consta positivamente, fué muerto en 1193 por el Moncada de que hablamos, en venganza de un ultraje que éste había recibido de aquél, cuando caído en poder de los Castellvines fué encerrado en un castillo y metido de piés en un cepo, del cual cortó Vilademuls una astilla sonriéndose y diciéndole que así pretendía aliviar sus dolencias. Al paso pues que no podemos dejar de admitir que Guillén Ramón de Moncada fué el fundador del primitivo mnnasterio de Valdaura y el que, según algunos, junto con Galcerán de Pinos y Pedro Alemán costeó la obra levantada en este sitio; tampoco podemos dejar de rechazar el parecer de los que pretenden que lo fué y la costeó en desagravio de la muerte del arzobispo. ¿Si tal hubiese sido el motivo no lo hubiera siquiera mentado la carta de donación? En ella no parecen otros motivos que los que solían generalmente alegarse para la fundación de obras pías. «Quidquid infra hos quator terminos continetur (leemos en ella) cum decimis et primitiis et omnibus supradictis donamus et tradimus Deo et prædictæ Grandisilvæ abbati et monachis tam præsentibus quam futuris ad construendum monasterium in honore sanctissimæ Dei Genitricis semperque Virginis Mariæ pro redemptione animarum nostrarum... (*b*)

(a) Este remate almenado es indudablemente posterior á la primera construcción de la iglesia.

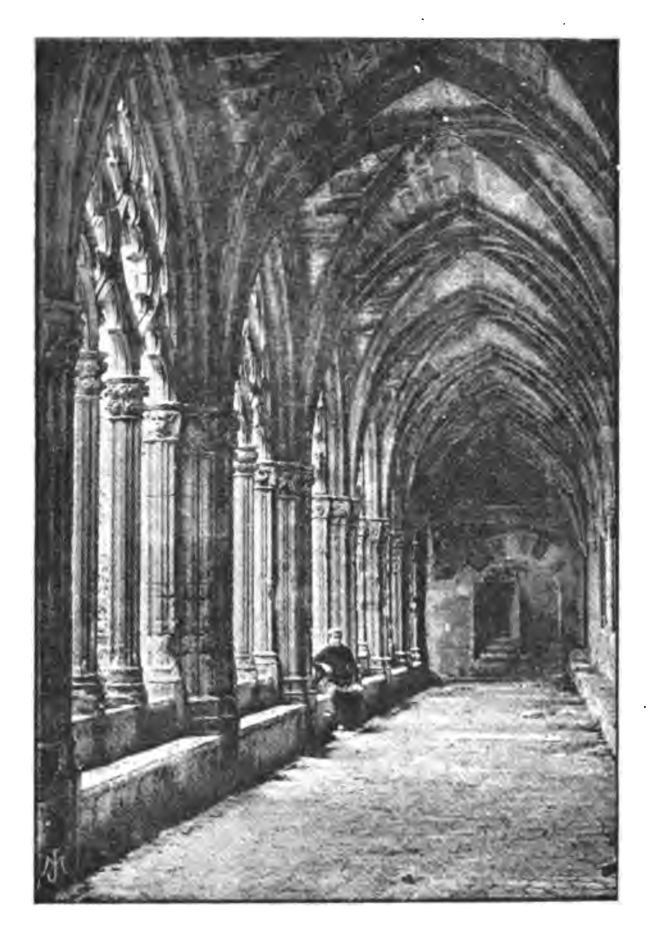
(*b*) Para mayores detalles sobre el tan debatido punto de los orígenes de este monasterio, consúltese la obra: *Santas Creus*, por D. Teodoro Creus y Corominas, Villanueva y Geltrú, 1884.

SANTAS CREUS



Fachada del monasterio

entre dos ventanas semicirculares; pero es tanta la delicadeza de los arcos cimbrados, tan ricos los follajes que sirven de capiteles á las columnitas que los sostienen, tan gallarda la ojiva,



SANTAS CREUS.—Galería del claustro

tan feliz la distribución de todas sus partes, que los sentidos, la inteligencia y hasta la imaginación reposan en ella con placer, viéndose á la vez halagados y satisfechos. Ante ella se medita involuntariamente y se siente aún mucho más que no se medita: el corazón obra más que el pensamiento, é impele á acercarse á

sus muros y á ver lo que oculta tras sí tan misterioso velo (*a*).

* Afortunadamente la fachada y el interior guardan perfecta armonía; y el entusiasmo artístico, en vez de menguar, crece cuando, apenas puesto el pié en el santuario, se ve una hermosa cruz latina cuya rectitud y paralelismo de líneas no están siquiera cortados por el ábside, de planta cuadrilonga. Divídenla en tres naves grandes pilares adornados de un sencillo filete que constituye el arranque de las ojivas de las bóvedas: tiene en su centro el coro, dos bellos sepulcros góticos en el crucero, y en el fondo de la nave mayor un tabernáculo, encima del cual brillan los pintados cristales de un rosetón abierto en la pared del ábside. Hay en todo una simplicidad y una desnudez que asombran, pareciendo difícil que haya podido brotar de ellas la belleza que respira el templo, fundada no en el lujo de los detalles, sino en la armonía del conjunto (*b*). Aumentan el interés del monumento los grandes tesoros y recuerdos históricos que encierra. Están sepultados en el coro D. Guillén y D. Ramón de Moncada, bravos caballeros que con su espada llevaron el espanto al corazón de los enemigos de su patria (1); descansan en el crucero en ricas urnas dos de los más ilustres monarcas de Aragón; D. Pedro el grande que conquistó la Sicilia contra el poder de tres reyes y derrotó en cien batallas los ejércitos de Francia, y D. Jaime II que sujetó la Cerdeña y llevó sus

---

(*a*) Á un extremo de esta fachada se halla la puerta que comunica el exterior con el claustro. Forma un arco de medio punto, de largas dovelas, rodeado por otros en degradación y adornado con escudos de las barras y de las flores de lis. Flanquean la puerta dos nichos sobre cuyas peanas descansaban antes las estatuas de los reyes D. Jaime II y D.ª Blanca y que hoy han desaparecido.

Esta puerta de una elegancia extremada, estaría antes cobijada por un pórtico, pues que los arranques de los arcos aparecen aún en los muros.

(*b*) Empezóse la construcción de este templo en 25 de Setiembre de 1174 y fué abierto al culto en 22 de Mayo de 1211. La parte de la iglesia que va desde el coro á la fachada se supone construída en tiempo de D. Jaime II.

(1) Ninguno de esos dos Moncadas debe ser confundido con el fundador del monasterio de Valdaura; son dos hijos de aquél que acompañaron á D. Jaime I en la conquista de Mallorca y murieron en la batalla que se dió contra los moros al día siguiente de haber desembarcado en la isla la expedición cristiana. Aconteció esto en 1229.

sus muros y á ver lo que oculta tras sí tan misterioso velo (*a*).

* Afortunadamente la fachada y el interior guardan perfecta armonía; y el entusiasmo artístico, en vez de menguar, crece cuando, apenas puesto el pié en el santuario, se ve una hermosa cruz latina cuya rectitud y paralelismo de líneas no están siquiera cortados por el ábside, de planta cuadrilonga. Divídenla en tres naves grandes pilares adornados de un sencillo filete que constituye el arranque de las ojivas de las bóvedas: tiene en su centro el coro, dos bellos sepulcros góticos en el crucero, y en el fondo de la nave mayor un tabernáculo, encima del cual brillan los pintados cristales de un rosetón abierto en la pared del ábside. Hay en todo una simplicidad y una desnudez que asombran, pareciendo difícil que haya podido brotar de ellas la belleza que respira el templo, fundada no en el lujo de los detalles, sino en la armonía del conjunto (*b*). Aumentan el interés del monumento los grandes tesoros y recuerdos históricos que encierra. Están sepultados en el coro D. Guillén y D. Ramón de Moncada, bravos caballeros que con su espada llevaron el espanto al corazón de los enemigos de su patria (1); descansan en el crucero en ricas urnas dos de los más ilustres monarcas de Aragón; D. Pedro el grande que conquistó la Sicilia contra el poder de tres reyes y derrotó en cien batallas los ejércitos de Francia, y D. Jaime II que sujetó la Cerdeña y llevó sus

---

(*a*) Á un extremo de esta fachada se halla la puerta que comunica el exterior con el claustro. Forma un arco de medio punto, de largas dovelas, rodeado por otros en degradación y adornado con escudos de las barras y de las flores de lis. Flanquean la puerta dos nichos sobre cuyas peanas descansaban antes las estatuas de los reyes D. Jaime II y D.ª Blanca y que hoy han desaparecido.

Esta puerta de una elegancia extremada, estaría antes cobijada por un pórtico, pues que los arranques de los arcos aparecen aún en los muros.

(*b*) Empezóse la construcción de este templo en 25 de Setiembre de 1174 y fué abierto al culto en 22 de Mayo de 1211. La parte de la iglesia que va desde el coro á la fachada se supone construída en tiempo de D. Jaime II.

(1) Ninguno de esos dos Moncadas debe ser confundido con el fundador del monasterio de Valdaura; son dos hijos de aquél que acompañaron á D. Jaime I en la conquista de Mallorca y murieron en la batalla que se dió contra los moros al día siguiente de haber desembarcado en la isla la expedición cristiana. Aconteció esto en 1229.

armas hasta las fronteras del reino de Granada (1); yace en el pavimento á los piés de D. Pedro el almirante Roger de Lauria,

(1) Acompañan á estos sepulcros dos inscripciones en verso latino que no dudamos en trasladar á continuación por el interés histórico y hasta literario que contienen.

1.ª

Petrus quem petra tegit gentes et regna subegit,
Fortes confregitque, crepit, cuncta peregit,
Audax, magnanimus sibi miles quisque fit unus,
Qui bello primus inherat, jacet hic modo imus,
Constans proposito verax sermone fidelis,
Rebus promissis fuit hic et strenuus armis,
Fortis justitia vivens æqualis ad omnes,
Istis laudatur vi mentis laus superatur,
Christus adoratur dum penitet unde beatur,
Rex Aragonensis comes et dux Barcinonensis,
Defecit membris undena nocte novembris,
Anno milleno centum bis et octuageno
Quinto siste pia sibi tutrix virgo Maria.

2.ª

Horioratur hac tumba qui simplicitate columba
Est imitatus Rex Jacobus hic tumulatus,
Rex Aragonensis comes et dux Barcinonensis,
Mayoricensis Rex nec non Ciciliensis:
Moribus et vita consors sua Blanca munita
Ilustri nata Carulo simul hic tumulata.
Nec fuit hic segnis in subdendis sibi regnis,
Subdita sunt jamque sibi Murcia Sardiniaque,
Floruit hic quinque Regnis tempus utrimque
Restituit gratis tria jus servans deitatis.
Hic humilis corde peccati mundus à sorde,
Misericors mundus animo sermone facundus,
Judicis justus armis belloque robustus,
Lætus non mæstus vultu mitisque modestus,
Dici pacificus meruit quia pacis amicus,
Regna tenet cœli domino testante fideli,
Cum se collegit habitum Cisterciensem præ elegit,
Qui cuncta regit parcat quæ nescius egit.
Defecit membris secunda nocte novembris,
Anno milleno centum ter bis quoque deno
Septenoque pia sibi sistat dextera Virgo Maria.
Amen.

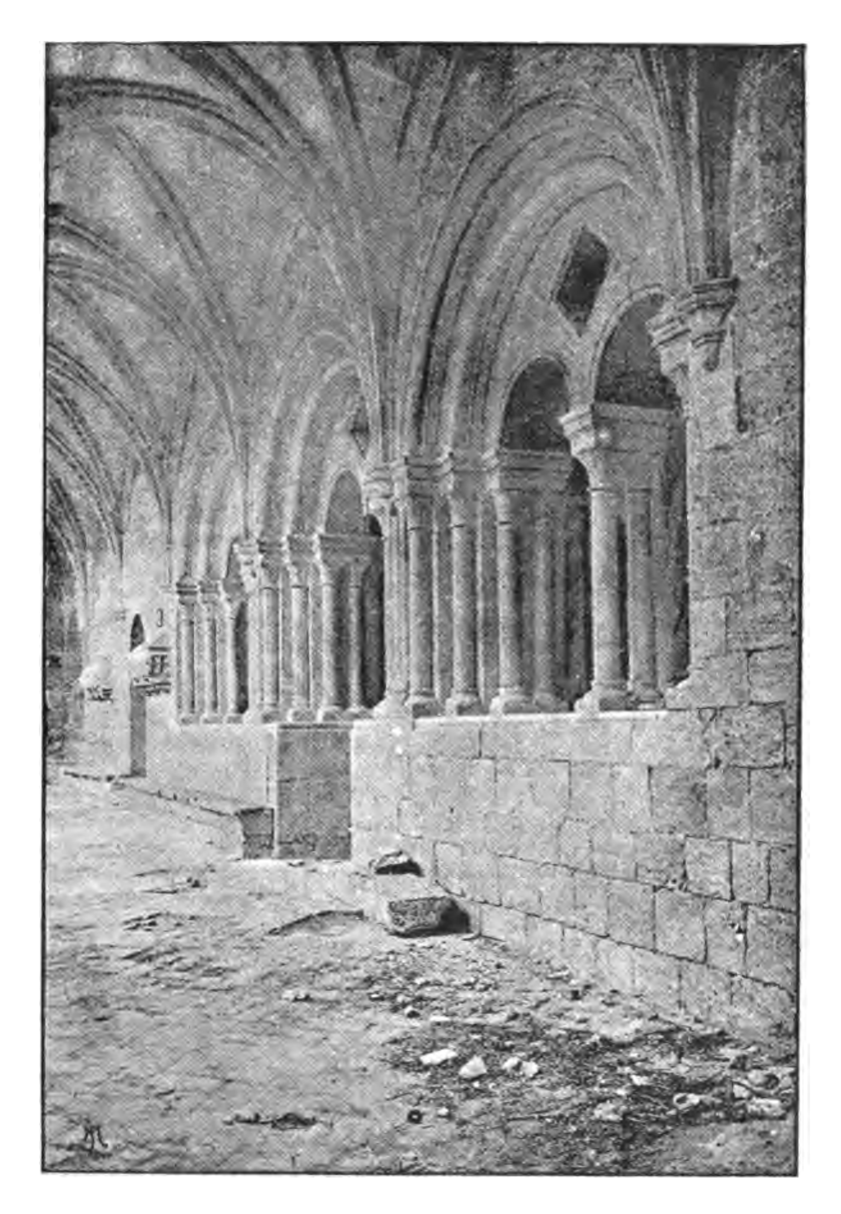
Por la primera de estas inscripciones, como dice acertadamente el anticuario D. Jaime Ripoll, queda al parecer dirimida la discrepancia de los historiadores sobre el día y año de la muerte del rey D. Pedro el Grande; por ella vemos que esta acaeció en la noche del 11 de Noviembre de 1285. La segunda en nada corrige la historia sobre el carácter y fecha de la muerte del rey D. Jaime, sólo nos da noticia de una circunstancia omitida por la mayor parte de los escritores: á

que venció en los mares de Malta, Nápoles y Rosas, siendo el azote de la Francia y el terror de la Calabria (1); descansa al

---

saber, que está enterrada D.ª Blanca en el mismo sepulcro de su marido. Bajo el punto de vista literario ofrecen ambas inscripciones la particularidad de presentar rimada la última palabra de muchos versos con una de las de en medio, práctica que vemos después usada hasta en los autores castellanos del siglo XVI.

(1) Este célebre marino no fué nombrado almirante de la armada aragonesa hasta la época en que el rey D. Pedro el Grande, debiendo partir de Sicilia para Burdeos donde había sido citado á duelo por su antagonista Carlos de Anjou, dejó el gobierno de aquella isla, para mientras fuese á ella su esposa D.ª Constanza, á un consejo nacional de que fueron directores el mismo Lauria, Juan de Prócida y Alaimo de Lentini. Desde entonces datan los grandes hechos de Roger. Empezó por recorrer las costas de Calabria y aseguró á los aragoneses la posesión de Regio, Calama y la Mota, la de los castillos de San Lúcido, Santa Águeda, Pontidatila, Amendolea y Bova, tomando además á Trìpani y Stromboli. Sabedor luégo de que Carlos de Anjou enviaba á cruzar por los mares de Sicilia una escuadra formidable salida del puerto de Marsella, dirigióse contra ella con el grueso de la armada; y alcanzándola en Malta, dióla el abordaje entrándose en lo más recio de la pelea y matando con su propia mano y gran riesgo de su vida á Guillermo Carnut, el almirante. Habida noticia de la venida del mismo Carlos, no tardó en arrojarse sobre Nápoles de donde obligó á salir al frente de una escuadra al príncipe de Salerno, primogénito del de Anjou. Entró también al abordaje y fué el primero que espada en mano asaltó la galera capitana, combatiendo cuerpo á cuerpo con el príncipe, que al fin cayó en sus manos prisionero. Este fué el golpe más terrible que llevó á la causa de sus enemigos; obliga al cautivo á que ceda al rey de Aragón las islas Ischia, Prócida y Caprea; le encierra luégo en Trinacria y da con ello á la reina Constanza un medio seguro para evitar todo ataque por parte del desventurado padre. Este, al saber tan grande desventura, reune ciego de cólera todas sus fuerzas navales; mas retrocede siempre de su empeño en acometer, amenazado de continuo por la reina de Aragón con que la Sicilia va á vengar en su hijo la muerte del desgraciado Coradino.—Después del combate de Nápoles, donde más se distinguió Roger fué en el puerto de Rosas, en que destrozó por entero una escuadra francesa, apoderándose de Eguerando de Bailleul, su comandante, al tiempo que Felipe el Atrevido ganaba á largas jornadas los montes Pirineos, huyendo de Gerona acosado por las armas de D. Pedro. Muerto ya este monarca, parece que se eclipsó la estrella del ilustre caudillo, que ya no arrojó desde entonces más que algunos fugaces destellos de su antigua gloria. Celebrada la paz entre el monarca francés y Jaime II, protestó contra ella el hermano de este monarca, D. Fadrique, alzándose luégo con el mando de la Sicilia en virtud de los derechos adquiridos por D. Pedro; y esto fué causa de que Roger se viese desde entonces obligado á combatir en favor de los franceses contra aquella misma isla que tan valerosamente había defendido por espacio de tantos años, contra los mismos que habían contribuido á sus mayores victorias, contra un príncipe de la misma familia que tanto le había ensalzado premiando, como nunca han premiado los reyes, sus servicios. Puesto al frente de sus escuadras, hasta entonces invencibles, se dirige contra el reino de Nápoles; toma al principio plazas importantes y se corona con nuevos laureles; mas luégo, vuelta contra sí la suerte, queda derrotado en Abruzo, desde donde tuvo que pasar fugitivo á Aragón siendo declarado traidor y despojado de sus haciendas por los sicilianos. Ardiendo en ira por su vergonzosa derrota y, sobre todo, por el hecho de haber muerto los mesineses á un sobrino suyo



SANTAS CREUS. — Puerta de la Sala Capitular

fin con Jaime II la bella D.ª Blanca de Nápoles dada al de Aragón (1) en prenda de una paz tan pronto celebrada como teñida con la sangre de hermanos que pelearon contra hermanos (2). Al pié de esos altares oró por mucho tiempo á Dios San Bernardo Calvó que acompañó á D. Jaime el Conquistador en la guerra contra Valencia, y fué obispo de Vich donde se conserva entero su cuerpo después de siete siglos (3); en ese presbiterio recibió el hábito de Calatrava y el Maestrazgo de Montesa Guillén de Eril, primer jefe de esta orden de caballería (4); bajo esas bóvedas fué recibido de monje cisterciense el mismo Don Jaime II que quiso acabar sus días bajo la augusta sombra de

en el cadalso, empeña de nuevo al rey D. Jaime en aquella guerra fratricida, reune todas las fuerzas marítimas posibles; y como pretendiendo echar el resto de su valor personal, pelea con el mayor denuedo, cerca de Mesina, contra la escuadra de D. Fadrique y alcanza una de las victorias más grandes y sangrientas. Esta fué, empero, su última jornada: cayó dentro poco en manos de D. Fadrique, quien por medio de tan ventajosa presa pudo entonces entrar en negociaciones de paz, dejando salvos los derechos que sobre la Sicilia había legado á sus sucesores la espada de Pedro el Grande. Murió Roger en Cataluña al empezar el año de 1305; y deseando D. Jaime honrarle hasta después de la muerte, le dispensó el obsequio de ser enterrado á los piés del rey D. Pedro, cuyo reinado había engrandecido con tan gloriosos triunfos.

(1) Después de largas guerras sostenidas por la Francia y Aragón con motivo de la ocupación de la Sicilia, celebróse en 1293 á instancias de Bonifacio VIII un tratado de paz entre los soberanos de ambas monarquías en el cual se estipuló entre otras muchas cosas que D.ª Blanca, hija del rey de Nápoles, debiese casarse con el de Aragón D. Jaime II, llevándole en dote hasta setenta mil libras de plata. Cesó por de pronto la guerra; devolvió Aragón la isla á la Iglesia Romana; alzó el Papa la excomunión que pesaba sobre los aragoneses desde la toma de Sicilia por Pedro el Grande; y todo parecía inclinarse á un estado de calma duradero. No tardó, empero, D. Fadrique, hermano del rey D. Jaime, en sublevarse contra el tratado, apoderándose del gobierno de la Sicilia, lo cual dió á poco lugar á una guerra civil en que de una parte estaban los sicilianos y los aragoneses establecidos en la isla, y de otra Francia y Aragón íntimamente unidas. De esto puede colegirse lo poco que sirvió así el tratado como el enlace de D.ª Blanca con Don Jaime.

(2) Están además enterrados en esta iglesia otros príncipes y nobles de la casa de Aragón, entre los cuales no podemos dejar de mentar al infante D. Fernando, hijo de D. Jaime el Conquistador, y á la reina Margarita, esposa de Martín el Humano.

(3) Fué San Bernardo Calvó monje, y luégo abad de este monasterio, del cual no salió hasta que fué elevado á la silla episcopal de Vich.

(4) Recibió Eril el hábito de Calatrava de manos del gobernador de Alcañiz y el maestrazgo de las del abad del monasterio. Aconteció esto en tiempo del rey D. Jaime II, fundador de la orden de Montesa.

San Bernardo. Aquí entraron en procesión acompañando desde pueblos lejanos el cuerpo de los reyes los más nobles caballeros de la monarquía vistiendo fúnebres mantos sobre sus armaduras, los soldados que les habían seguido en sus campañas llevando contra el suelo sus banderas vencedoras, los concelleres de las ciudades libres envueltos en sus largas gramallas y precedidos de maceros con las mazas negras, las comunidades de todas las órdenes rezando fervorosamente y dejando ver en el fondo de sus filas á sus abades, apoyados en ricos báculos de plata, los obispos y arzobispos de Aragón puestos en ala delante del féretro, al cual seguían hombres de diferentes artes y profesiones agrupados bajo los pendones gremiales, y una muchedumbre numerosa que venía á saludar á sus monarcas hasta verlos dentro de su sepulcro. El templo recibió esas fúnebres comitivas cubierto de paños negros que iluminaba la luz de cien blandones; un cafafalco negro, adornado con las armas reales, se levantaba en medio del crucero llegando al parecer hasta las bóvedas; y al pié del tabernáculo veíanse ricos cojines negros con flecos de oro, donde debían doblar la rodilla príncipes y prelados. El cuerpo de los reyes pasó luégo al catafalco; y en tanto las campanas desde lo alto de las torres conmovieron el aire con sonidos plañideros. Mezcláronse á poco con estos los ya débiles, ya desgarradores acentos del órgano, y las sonoras y acompasadas voces de cien clérigos que entonaban esos terribles cánticos de la Iglesia, inspirados al parecer por la misma muerte. Concluidas las exequias, el templo entró de nuevo en su habitual soledad: calláronse todas las voces, espiraron todas las luces, y en medio del vasto monumento sólo se distinguía el lúgubre catafalco sobre el cual vagaban los trémulos resplandores de las lámparas lejanas. Los ilustres difuntos descansaron desde entonces bajo las bóvedas de oscuras capillas hasta que las artes les hubieron labrado un sepulcro digno de sus altos hechos.

* Esmerábanse entonces los artistas en proyectar y ejecutar

para los reyes los monumentos funerarios. Los de D. Pedro el Grande y Jaime el Justo son verdaderamente bellos y suntuosos. Están cobijados los sepulcros por elegantes templetes de mármol sobredorado, compuestos de cuatro pilares de crestería, entre los cuales hay otras tantas ojivas apoyadas en columnitas cortadas en haz y adornadas de capiteles de un doble y riquísimo follaje. Consiste el de D. Pedro en un gran vaso de pórfido sentado sobre dos leones, de estilo enteramente árabe, que, al decir de la tradición, fué un baño arrebatado á los moros por las armas del que allí descansa (*a*); y está cubierto por una pequeña urna elíptica ceñida de figuritas en relieve puestas bajo una serie de ojivas terminadas por frontones afiligranados. El de D. Jaime es cuadrilongo, y ricamente entallado: lleva en los dos lados de la tapa la figura del rey y la de su segunda esposa D.ª Blanca, coronadas entrambas y vestida aquella con el hábito de la orden cisterciense (*b*). El interés artístico é histórico que los dos encierran no han podido, sin embargo, preservarlos del todo de profanaciones odiosas que ya se resiste á repetir la pluma. ¿Son, empero, dignos ni ellos ni el monasterio del descuido y del olvido en que todavía se los tiene? ¿No merecen ser conservadas con mayor esmero esas joyas preciosas que afortunadamente salieron casi ilesas del furor de nuestras sangrientas revoluciones?

* Comunica la iglesia con un claustro espacioso, compuesto

(*a*) Según otros, es un trofeo traído de Sicilia por Roger de Lauria. Mide 2'24 metros de largo por 1'90 de ancho y 0'75 alto, y tiene esculpidos en medio relieve, en una de sus caras tan solamente, una cabeza de león y dos anillos con una hoja de hiedra en medio de cada uno.

(*b*) Fué mandado construir por el mismo D. Jaime II á los dos años de la muerte de su esposa D.ª Blanca y con destino inmediato á sepultura de la misma.

Según una carta del propio rey, de 1.º de Setiembre de 1312, desde Gerona ordena á Bertran *Riguer* ciudadano de Barcelona y maestro mayor de las obras de su palacio, que construya en Santas Creus un sepulcro semejante al de su padre; y en 1315 manda ya enviar allí el epitafio que había dispuesto fabricar para el sepulcro de su dicha esposa D.ª Blanca. (Creus: *Santas Creus*, pág. 130.)

Observaremos que este *Riguer* es indudablemente el mismo Bertrán *Riquer* que, según indicamos en una nota á la pág. 376 del tomo primero, dirigía por aquella época las obras del Palacio Mayor de Barcelona y la capilla de Santa Águeda.

de treinta ojivas, que lleva en uno de sus ángulos una glorieta exágona de formas puramente bizantinas. Son los calados de las ojivas bellos, aunque en su mayor parte de la decadencia gótica; mas forman un contraste singular con las líneas pesadas y severas de los dobles arcos semicirculares que, cobijados por otro mayor, descansan sobre columnas pareadas de toscos capiteles en cada uno de los lados de la glorieta (*a*). Bajo las bóvedas de esta hay una fuente cuyas aguas sólo salpican ya las yerbas espinosas que pueblan sus contornos, cubiertos ayer de flores; y en una serie de cimbras muy profundas, abiertas en los muros del claustro, numerosos sepulcros, en la tapa de uno de los cuales está tendida la figura del noble Queralt, cubierta de piés á cabeza de una malla finísima, revestida de cota de armas y grevas de hierro, y armada de una grande espada ceñida á la cintura por un ancho talabarte (1). Asoman entre estos sepulcros una puerta de cimbras concéntricas, puesta entre dos ventanas semicirculares, que abre paso á una sala capitular, dividida en tres naves, donde sobre las tumbas de siete abades se hacía en otro tiempo la elección de los prelados, y otra mucho más sencilla que conduce á las piezas interiores del monasterio, trazadas casi todas sobre las de Poblet, de las que no se distinguen sino por sus más pequeñas dimensiones y la menor delicadeza de sus detalles.

* Las piezas interiores son de la misma época que el templo; y es indudablemente en ellas donde mejor se concibe la grandeza del siglo en que fué levantado este grandioso monumento (*b*). Cuando el viajero las recorre hoy en medio del si-

(*a*) Este claustro fué construido al comenzar el siglo XIV por disposición de la citada reina D.ª Blanca, pudiendo suponerse fundadamente obra del indicado maestro Riquer.

(1) Están enterrados también en este claustro algunos de los Pinós y Castellones.

(*b*) Se hallan en el recinto monacal los palacios de D. Pedro III y de D. Jaime II, cuyos departamentos están casi destruidos; pero no los patios, que aunque de reducidas dimensiones, son dos joyas arquitectónicas por la hermosura de sus detalles y lo atrevido de la construcción.

lencio que las circunda, y desde las puertas de sus salones apenas logra abarcar las muchas ojivas que arrancan de hermosos capiteles empotrados en lo alto de los muros; cuando al pene-



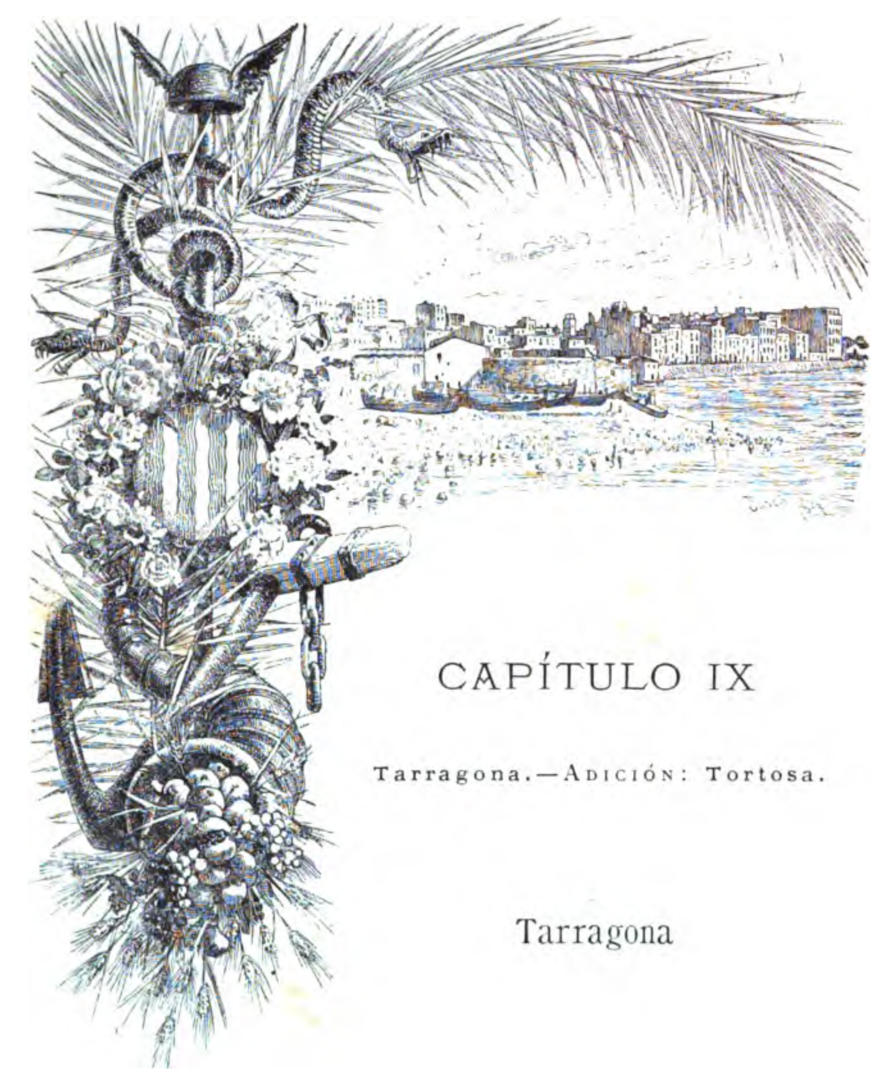
SANTAS CREUS.—SEPULCRO DE RAMÓN ALEMANY DE CERVELLÓ

trar en sus oscuras y húmedas bodegas sumerge en vano sus miradas en torno de los colosos pilares que las dividen en dos naves; cuando al través de bajas y profundas aberturas distingue profusamente sus calabozos donde no brilló en otra época la luz del día; cuando entra en las salas de sus bibliotecas, durante muchos siglos laboratorio y tumba de los conocimientos

humanos; cuando sigue, por fin, una por una las casas de los monjes y la multitud de dependencias que dan al monasterio todo el carácter de un pueblo, ¿es acaso posible que no cruce por su mente la idea de que para tanta grandiosidad era preciso un siglo en que el espíritu religioso hubiese alcanzado uno de sus mayores triunfos? ¿Es posible que no vea en este y en otros monasterios, más bien que monasterios, monumentos dedicados al recuerdo de una gran batalla y de una gran victoria? En el tiempo en que este y el de Poblet fueron erigidos, el Asia temblaba aún bajo las armas de la Europa; y los infieles de España iban retirando de día en día las fronteras de su reino, acosados al mediodía por Alfonso VII, al norte por las armas de Aragón y al oriente por Berenguer IV. Cataluña estaba ya enteramente libre: Tortosa, que resistió á todo el poder de los francos, acababa de ceder á las escuadras coaligadas de Barcelona, y Génova; gemían cautivas Lérida y Fraga, ante cuyos muros se había estrellado poco antes el ímpetu arrollador de Alfonso; los fragosos montes de Ciurana y Prades, donde nunca había podido penetrar la espada cristiana, resonaban ya con los himnos con que devotos ermitaños agradecían á Dios tantas victorias. Barcelona y Aragón habían constituido el año anterior un solo reino.—La Iglesia por otra parte era entonces el alma de las sociedades; predicaba desde los púlpitos la guerra contra infieles, y haciendo mártires de los soldados muertos en el campo, reunía los pueblos bajo las banderas de Cristo, y los arrojaba contra los muros de las ciudades árabes. Asistía ella misma á los combates; y sabiendo soltar el báculo para empuñar la lanza, impedía la preponderancia de la nobleza que no podía presentar mayores timbres ni blasones. Dueña casi exclusiva de las ciencias y de las artes, era la consejera de los reyes, cuyo poder templaba con el freno de la religión, y cuyos excesos detenía con el anatema. Era ya propietaria de posesiones inmensas, y ejercía no pocas veces el derecho de vida y muerte sobre un crecido número de vasallos. Tenía, además, á la sazón á un

hombre que acababa de darle preponderancia, reuniendo bajo la sombra del claustro caballeros de las más nobles familias; tenía á San Bernardo, cuya reforma de la regla de San Benito iba encontrando eco en todos los tronos de Europa. Circunstancias tan favorables y tan felizmente reunidas no podían dejar de producir cosas grandes y grandes monumentos: los monasterios de Poblet y Santas Creus no deben ser considerados sino como su resultado inmediato y espontáneo. Llevan impreso en sí el sello del reinado de Berenguer IV y el del imperio de la Iglesia. Son los trofeos levantados en el vasto campo de batalla en que cayeron Lérida y Tortosa; la manifestación del poder cristiano en el siglo XII; los laureles concedidos á la Iglesia por el último conde de Barcelona y recogidos por los discípulos del patriarca San Bernardo.





CAPÍTULO IX

Tarragona.—ADICIÓN: Tortosa.

Tarragona

DESPUÉS de recorrer el lector con cierta detención las precedentes páginas (*a*), si ha notado el plan general que en la historia de las poblaciones seguimos, y observado cuán escasas noticias hemos dado de las dominaciones anteriores á la invasión de los godos; extraño le parecerá que, dejando para luégo mencionar los acontecimientos de la circunferencia de la Edad media, en cierto modo únicos que hasta ahora nos han

(*a*) Esta monografía se hallaba en la primitiva edición en el tomo primero.

ocupado, nos remontemos á la antigüedad romana, y demos de paso una ojeada á las oscuras tradiciones que de los fenicios en Cataluña perseveran. Pero el nombre solo de Tarragona (*a*) ya reclama esta innovación en nuestra marcha; sus torres romanas

(*a*) El viajero que se dirija de Santas Creus á Tarragona, puede desde Valls tomar la carretera que va á aquella ciudad, ó el ferro-carril *directo* que enlaza en la Plana con el de Lérida á Reus y Tarragona.

Escogiendo este último camino, visitará algunas poblaciones interesantes por sus monumentos y recuerdos. Ante todo en Valls, ciudad populosa é industrial, verá la iglesia parroquial de San Juan Bautista, compuesta de una vasta nave gótica; y podrá contemplar en la Capilla de Nuestra Señora del Rosario unos anchos lienzos de pared cubiertos de azulejos que representan la batalla de Lepanto, trabajo hecho, según una inscripción allí existente, en 4 de Mayo de 1634. Es una curiosidad muy notable y digna de ser conservada.

En la Plana, situada en el valle del Francolí, se presentará á sus ojos el puente del camino de hierro llamado de la *Rochela*, formado por dos elevadísimos pilares de barras de hierro entrecruzadas, que sostienen un largo tramo en celosía por donde corren los trenes como suspendidos en el espacio.

Siguiendo la línea férrea desde la Plana en dirección á Reus, recorrerá la vertiente oriental de las montañas de Prades, sobre uno de cuyos profundos valles interiores se asentaba en un elevado risco el famoso *castillo de Ciurana*, y más al sud se levanta cual gigantesca muralla el *Montsant*, que tiene á sus piés las ruinas de la vieja cartuja de Scala-Dei, primera casa de esta orden fundada en España, en el siglo xii (1163) por D. Alfonso el Casto. Tenía este cenobio una iglesia románica, completamente transformada por restauraciones posteriores, varias dependencias adornadas con valiosas pinturas, y tres claustros, el más moderno del año 1403.

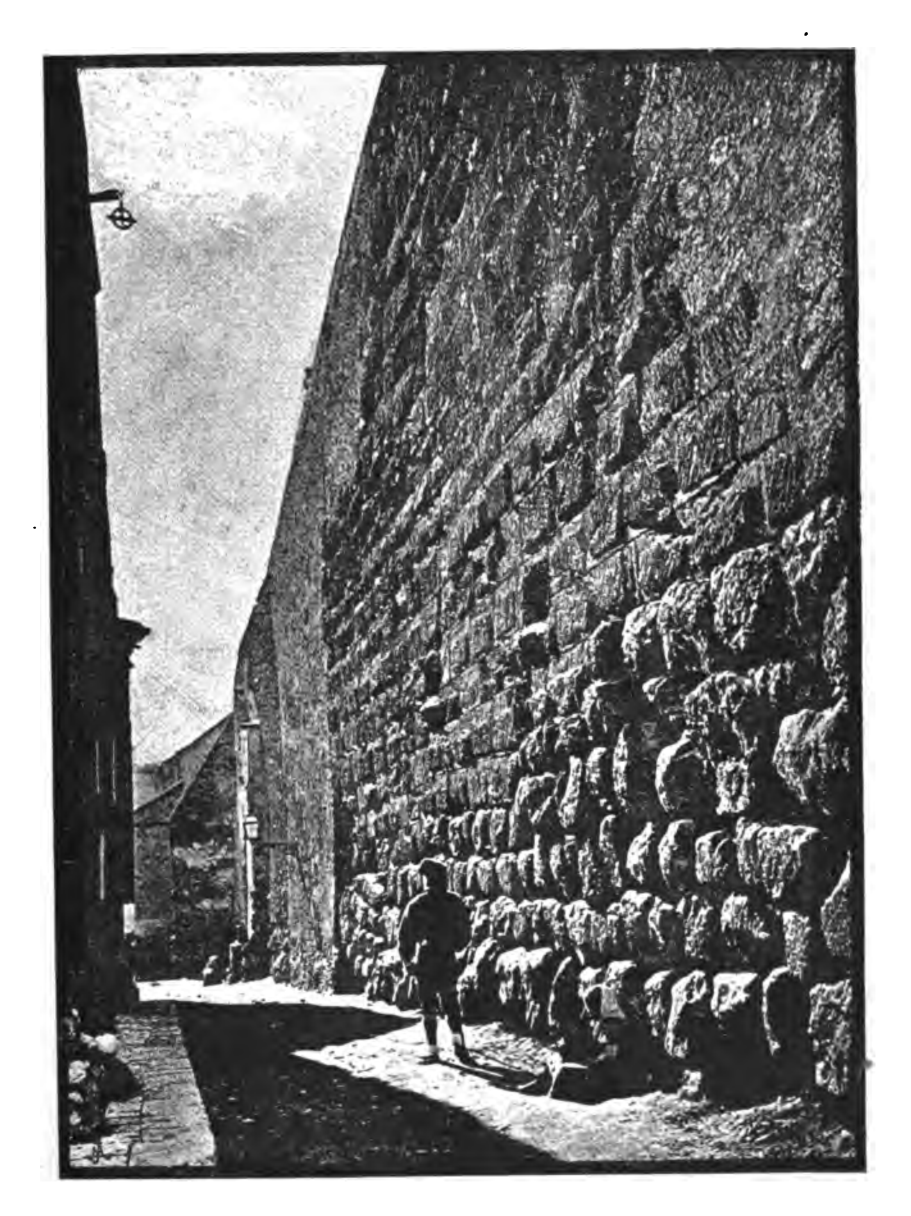
Antes de llegar á Reus se encuentran: Alcover, población que tiene toda la fisonomía de la Edad media y cuenta entre sus edificios una pequeña iglesia, llamada vulgarmente la *mezquita*, que recuerda por sus líneas el arte árabe: y la Selva, villa cuya parroquial se debe al célebre arquitecto catalán *Blay*, que puso la primera piedra de la misma á 10 de Noviembre de 1582, asociado con otro artista *Amigó*; de quienes se habla más adelante en el texto.

La ciudad de Reus es una de las más importantes de Cataluña por su industria y comercio y por la vida que le dan su numerosa población y constante progreso. La circunstancia de ser de fundación relativamente moderna, ya que no se remonta más allá del siglo xii, después de la reconquista de Tarragona, hace que no abunden en ella los monumentos antiguos; pudiéndose señalar, (aparte las Casas Consistoriales, edificio de orden compuesto cuya fachada de sillería se empezó en 1601,) la iglesia parroquial de San Pedro. Pertenece esta iglesia al último período del estilo ojival, pues que se construyó desde 1512 hasta muy adelantada la centuria. Forma una ancha y desahogada nave con capillas laterales y ventanaje en la parte superior. Tiene adosado el campanario de gran elevación y esbeltez, formando bello juego las líneas de sus pisos superiores con miradores flanqueados de contrafuertes y el agudo chapitel que le sirve de remate.

Cercano á la ciudad hay la ermita ó santuario de la Virgen de Misericordia, vasto edificio de mediados del siglo xvii, constituído por una nave de regulares dimensiones con un pequeño crucero y cúpula central. Tiene el templo un camarín que es un ejemplar del estilo barroco, notable por su riqueza y buena



CATALUÑA — Labrador del campo de Tarragona



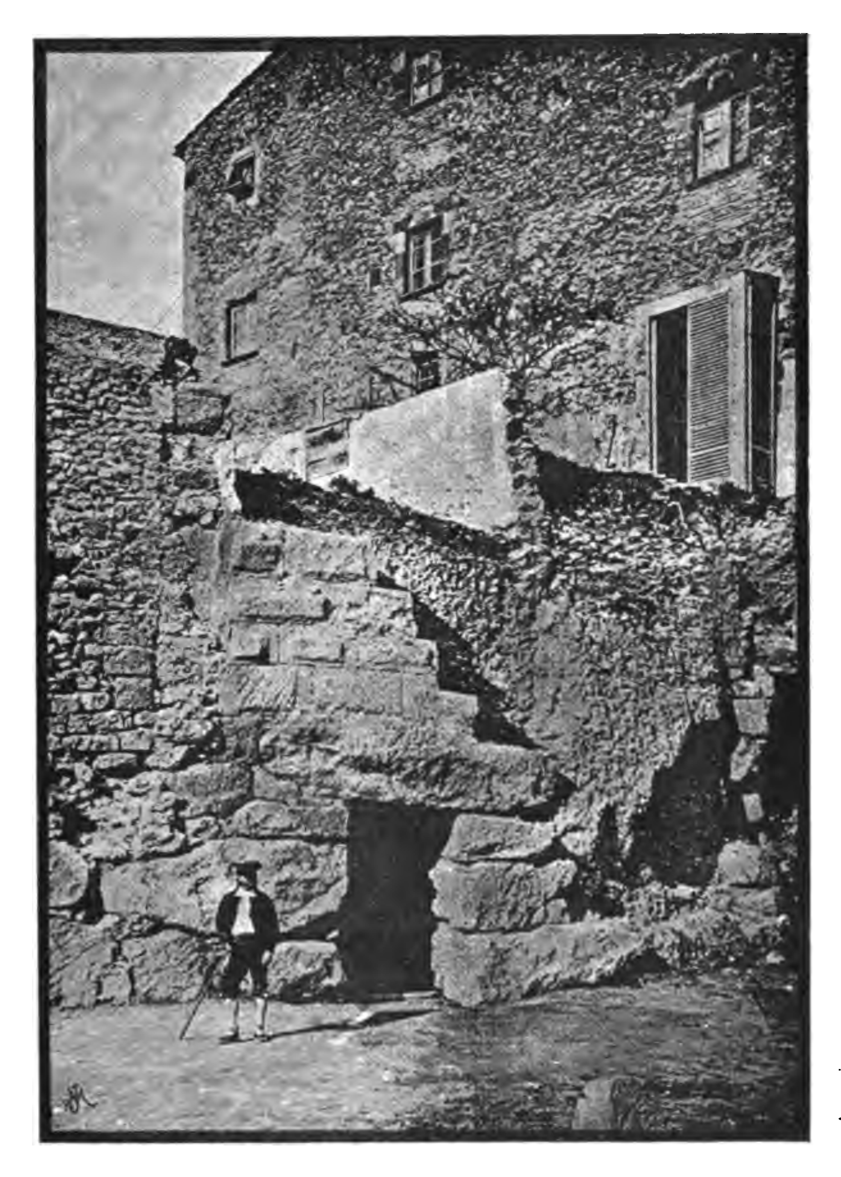
TARRAGONA.—Muros Ciclópeos

aún se levantan con orgullo sobre la colina; en los destrozos de sus monumentos cobíjase hoy toda una ciudad, y sus centenares de lápidas sólo el altivo idioma latino hablan á los ojos. Si por la pasión que dominó en la vida de un hombre decimos que tal fué su carácter, y de ella como de un centro hacemos partir los motivos de sus acciones; ¿por qué la vida de los pueblos no ha de apreciarse por su dominación principal, por la época de su esplendor y grandeza? No tuvo Tarragona ligeras galeras que paseasen en su nombre las barras catalanas por el Mediterráneo, pero dura la fama de su puerto romano, el más celebrado entonces en toda esta costa; sesudos y reposados consellers nunca se reunieron en ella en espacioso salón para dictar códigos á los navegantes, ó para tratar con las primeras potencias marítimas de la Edad media, pero su nombre fué el de toda la mitad de España romana, y á ella, como á la cabeza y metrópoli de tan vasta provincia, acudían los embajadores de los distintos pueblos á celebrar los *conventos*, que frecuentemente presidió la majestad de los emperadores. Pregúntese por Tarragona gótica, y exceptuando un templo grande y suntuoso, sólo restos paganos contestarán á la pregunta, mientras á la voz del anticuario poblárase el contorno de flámines, pretores, presidentes, legionarios, todos vestidos á la romana, todos ostentando sendas túnicas, y todos con su *nomen y cognomen*. ¿Por qué pues pediríamos á esa ciudad lo que no tiene, por qué exigiríamos á su historia que fuese lo que no es? Presentemos más bien en resumen el cuadro de la verdadera Tarragona, de Tarragona residencia de los Césares en España, ya que los tiempos poste-

---

proporción. Trabajaron en la ornamentación de este santuario los célebres pintores Juncosa y también José Franquet, naturales todos del Priorato, que formaban en aquella época uno de los núcleos más notables de artistas que en este ramo había en el Principado.

La línea férrea, al partir de Reus, describe una extensa curva, para tocar en Vilasecca y saludar el histórico Salou, tan poético por sus recuerdos como por las brillantes perspectivas de sus suaves playas, hasta llegar, finalmente, á las puertas de la monumental Tarragona.



TARRAGONA.—Puerta Ciclópea

riores sólo fueron para ella tiempos de lenta agonía y total decadencia.

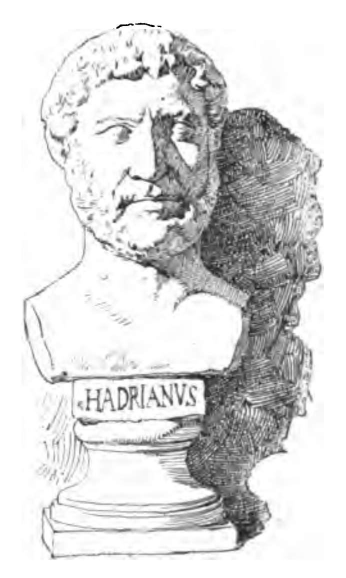
Buena y segura prueba son de su antigüedad las pretensiones de casi todos los cronistas para hacerla fundada ya por Tubal, ya por uno de sus hijos, ya por Hércules, padre universal de la mayor parte de las ciudades de este litoral del Mediterráneo, ya por el griego Teucro, ó por Tarracón, rey de Egipto. Respetando tan opuestas opiniones y tan remotos personajes, atribuiremos á otro su fundación, y en ello no haremos más que conformarnos con lo que de esta ciudad han escrito los críticos más juiciosos.

Estancada la civilización oriental en Egipto, un pueblo corto y reducido se encargó de pasear por ignoradas playas el tizón ardiente de aquella, y fiando sus vidas á sus numerosas naves, hundióse allá en los mares del oriente, mientras otras de sus flotas visitaban el occidente é iban á dejar monumentos de su poder adonde sólo á fuerza de sangre logró después sentar su dominio el águila romana: empresas gigantescas y portentosas, esfuerzos del fenicio (*a*), pueblo de mercaderes, foco de civilización, que con todo ni tuvo una historia que conservase verdadera y exacta la relación de sus hechos. Al cruzar por esta parte del Mediterráneo, ¿cómo no debió de llamar su atención aquella vasta bahía, aquella magnífica curva que forma la tierra en el golfo de Salou? Y si su curiosidad ó su afición á los descubrimientos les atrajo hasta la orilla; la fertilidad del terreno, la hermosura de la situación, todo debió de convidarles á amarrar los buques, y á echar allí los cimientos de una colonia. Al punto cuidaron de fijar los límites de la nueva población; subieron á lo alto de una colina, regada por un lado por el Francolí, y dominando

(*a*) Es muy de alabar la parsimonia de Piferrer al tratar de los orígenes de Tarragona, sobre los cuales, á pesar de los nuevos trabajos históricos, nada definitivo puede decirse. Con todo no es posible atribuir á la invasión fenicia la fundación de una ciudad cuyos muros ciclópeos, cuyos trabajos trogloditas y cuyas monedas ibéricas con la inscripción *Cose*, revelan una antigüedad tan remota que aún no ha podido precisarse.

enteramente el campo; y alineando y amontonando con cierto arte grosero y gigantesco inmensos pedruscos sin cal ni otra argamasa, dieron la primera idea de arquitectura civil y militar á aquellos salvajes españoles, que tal vez seducidos por las artes y maneras de los navegantes de Tiro cooperaron con sus propias manos á levantar el edificio de su servidumbre, del mismo modo que, tras dilatados siglos, otros españoles debían imitar á su vez el ejemplo de los Fenicios en las primeras islas de la América. Dos trozos de peña mayores que los demás, colocados á alguna distancia, y otro que puesto horizontalmente apoyaba encima de ellos sus extremos, fueron la puerta de la nueva ciudad al oriente, y la línea de fortificación siguió coronando la altura de la escarpada colina hacia el norte. Toscas son en verdad semejantes obras, pero muy fecundas en observaciones para el artista y para el filósofo. Contempladas desde el borde del ancho foso por la parte del fuerte del Olivo, hieren vivísimamente la imaginación aquellas enormes masas cenicientas, que tantos siglos han visto pasar, y el ánimo quisiera descifrar aquellos mudos caracteres con que un pueblo perdido ya en la noche de los tiempos trazó una breve expresión de sus adelantos y de su fuerza. Corrían por entonces los años de 933 antes de Cristo, y tanto progresó la nueva población, que ya pocos siglos después mereció que un historiador griego, Eratostenes, mencionase sus grandezas y floreciente estado. Á la dominación fenicia sucedió la cartaginesa, si es que rigurosamente hablando pueda existir tan marcada diferencia entre ambas; mas aunque la última no tuvo tan largo asiento en la España Tarraconense como en la Bética, pudo Tarragona hacer alarde de sus fuerzas reforzando con sus guerreros el ejército de Aníbal, cuando el año 216 antes de Cristo marchó á llevar el espanto á las puertas de Roma. Pero empeñada la lucha entre los dos colosos, la infeliz España debía ser sangriento campo de sus querellas, sin que de la victoria de uno ú otro le redundase más que servidumbre bajo un nuevo amo. Vino á Cataluña Gneo Escipión, que

fué bajando con su ejército desde Ampurias hasta el Ebro, conciliándose á su paso la amistad de los pueblos, y fijando de ordinario su asiento en Tarragona. Desde entonces quedó constituida cabeza de las posesiones romanas en España, cobrando nuevo esplendor con los despojos de los vencidos cartagineses, al paso que el amor de los Escipiones, que sucesivamente man-



TARRAGONA.—BUSTO DE ADRIANO
(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

daron en Cataluña, la fué fortificando y embelleciendo, hasta hacerla respetar como supremo alcázar de las armas romanas. No despreció la orgullosa república los informes y bajos muros que erigió la antigüedad fenicia, y considerándolos base firmísima y durable sentó sobre ellos las bien trabajadas fortificaciones latinas; como si quisiese presentarse á la posteridad cual heredera directa del depósito del saber y progreso que habían poseído los de Tiro, alzándose sobre sus ruinas para que las dos diversas fábricas, al poner en cotejo lo informe y colosal de la antigua y lo perfecto de la nueva, manifestasen cuánto había crecido el depósito en sus manos. Larga y terrible fué la lucha

entre Cartago y Roma, y harto sabido es su éxito para que intentemos ahora presentar una relación de semejantes acontecimientos. Considerando los romanos la importancia de la posesión de la ciudad que nos ocupa, más de cien años antes de Cristo le concedieron el fuero y los honores de colonia, con que acabó de acomodarse á los usos de la república, apellidándose



TARRAGONA.—Busto de Lucio Aurelio Vero
(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

Togada, y engrandeciéndose con mejores muros, nuevas fábricas y monumentos públicos, cual á su nuevo rango correspondía. Pero Roma republicana iba labrando su propia ruina por las manos de sus hijos, y las sangrientas divisiones entre Mario y Sila fueron el preludio de su disolución. En aquella terrible coyuntura, los capitanes de ambos diéronse, por decirlo así, cita en el teatro de todas las cuestiones extranjeras, en la España, y sucumbiendo por fin la causa de Mario, siguió Tarragona la suerte de las demás ciudades; mas poco duró su descanso, pues ni estaba tan apagado el reciente fuego, que no debiese volver

á encenderse muy pronto, ni la funesta guerra civil que estalló entre Pompeyo y César era tal, que no hiciese entrar en sus planes la infeliz España, donde se dieron las batallas más sangrientas. Siguió la ciudad al principio el bando de Pompeyo; pero á fuer de cortesana de la metrópoli, al vislumbrar que la fortuna favorecía las armas de Julio, creyó no sería importuno enviarle respetuosa embajada que le presentase su homenaje. Agradeció César la fineza; y cuando vencidos todos los generales de Pompeyo vino por mar á Tarragona, recibió las felicitaciones de los enviados de varias ciudades, y honró aquella con los dictados de *Julia y Victrix*, continuando luégo su viaje hasta Cádiz, repartiendo en su tránsito honores y dignidades, y recibiendo, si no miente la historia, grandes cantidades en dinero. ¿Á qué referir ahora el levantamiento de los hijos del gran Pompeyo y su derrota, el asesinato de César, y la venida de Octavio? Constituido el gobierno de la España Citerior por Augusto, repartido el territorio al mando de tres Legados, que á su vez estaban ligados á un principal Prefecto ó Propretor, de ordinario residente en Tarragona, ¿qué interés nos ofrece esa serie de emperadores, esa larga historia de crímenes, ese libro de la agonía de una sociedad, que, como Baltasar en su festín, se embriagó de impuro placer al resplandor del incendio que la devoraba, y corrió á su muerte entre los báquicos alaridos de la orgía? Pero entonces creció Tarragona en esplendor y opulencia, y los destrozos de sus monumentos reclaman por algunos instantes nuestra atención.

Vasta y muy considerable era su extensión entonces; dilatábase la población por toda la pendiente occidental de la colina, hoy desierta, hasta bañar sus muros en las aguas del río *Tulcis*, ahora muy distante y llamado Francolí (*a*); seguía luégo guarneciendo la falda meridional hasta mirarse en el azulado espejo

(*a*) El muro antiguo que llegaba cerca de este río tenía seis varas y media de anchura, todo de construcción ciclópca.

del Mediterráneo, y bien demuestran su grandeza y magnificencia las preciosidades encontradas en las excavaciones que por aquella parte se practican. Al oriente, en la hondonada que hace el terreno sobre el presidio, estaban los baños (*a*), y no lejos de allí, la meseta que hay desde el baluarte de Cervantes hasta la puerta de San Juan contenía los templos. En lo más



TARRAGONA.—BUSTO DE TRAJANO
(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

bajo é inmediato al mar de esta cuesta oriental, en una hoyada

(*a*) Posteriormente á la época en que este texto se escribía y con motivo de la construcción del Gasómetro y de la abertura de la calle del mismo nombre y otras contiguas, se han encontrado los restos de un grandioso *Gimnasio y termas romanas*. Era un vasto edificio colocado sobre la colina que mira por el mediodía al mar, entre la actual iglesia de Capuchinos y la Puerta de Lérida. Tenía en la parte posterior un gran espacio á manera de parterre, adornado de pórticos y estatuas para los ejercicios gimnásticos y estaba flanqueado por los templos de Minerva y de Venus cuya existencia ha quedado comprobada. Entre los restos que han salido á la luz con estas excavaciones, hanse encontrado fragmentos de magníficas estatuas, vasos, armas, pedestales con inscripciones, monedas, etc., que han aumentado y enriquecido las preciosidades del Museo Arqueológico Provincial establecido en la propia ciudad.

HERNÁNDEZ SANAHUJA (Buenaventura): *Excavaciones en las ruinas del Gymnasio y de las thermas romanas en Tarragona.* (Opúsculo publicado en el «Boletín-revista del Ateneo Tarraconense de la clase obrera» 1884.)

donde está el mencionado presidio, levantábase majestuosa la fábrica del anfiteatro, lugar de luchas de hombres ó de fieras, centro de placer para los refinados imitadores de Roma si ya no romanos. Las injurias del tiempo y las invasiones no han podido borrar del suelo sus imponentos restos, que todavía son objeto de estudio al anticuario y fuente de meditación al filósofo. Por la parte del mar subsisten las bóvedas que sostenían las graderías; compónense de una durísima argamasa, y forman dos cuerpos, el superior más alto que el inferior, cuyos arcos van guardando el declive hacia el interior del anfiteatro, conforme lo exigía la configuración y disposición de las gradas, que aún se conservan. No fué menester semejante obra en la parte opuesta, esto es, en la de tierra, pues aprovechando lo inclinado del terreno, abriéronse las gradas á pico; y á la verdad tan á propósito era el sitio, que aun hoy en día á primera vista traza la imaginación la planta de aquella fábrica, y puesto el observador en el llano ó meseta que forma el interior del presidio, fácilmente conoce que en torno de aquel círculo levantáronse los asientos, y que el suelo que pisa es la *arena* que tantas veces recibió y chupó la sangre del vil gladiador, y poco después de los Mártires. Y entonces, si su alma se impresiona del recuerdo de lo pasado, poblaránse aquellas gradas de trajes romanos, herirá sus oídos el frenesí de los espectadores, y desplegaráse ante él en toda su pompa una de las favoritas é *inocentes* diversiones de la degradada Roma. Y si se acuerda de que hubo un año que se contaba el 259 después de la venida de Jesucristo, que entonces empuñaba el cetro imperial Galieno, que Emiliano era presidente de la España tarraconense, y que la octava persecución diezmaba los hijos de la Iglesia, apóstoles de un nuevo mundo; bien puede dar mayor realce á su cuadro, y animarle con las variadas tintas de mil variados trajes.—Arrastrando costosas sedas que colorearon el ardiente múrice y los colores del indo, afectadamente desceñidas y graciosamente flojas, untado el rostro con los afeites, buena máscara á tanta im-

pudicicia, arrostran todas las miradas y van á ocupar sus asientos las nobles damas romanas, no descendientes de las matronas castas, dulces y sencillas que criaron á los Fabricios, los Emilios y Escipiones, sino dignas hijas de las muelles queridas de los Tiberios y Nerones, dignas madres de aquellos legionarios que no supieron pelear contra los que llamó bárbaros el orgullo la-



TARRAGONA. — Busto de Marco Aurelio
(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

tino. El noble patricio, que aprendió el arte de componerse y de amar en un poeta infame (1), borra con los untos los estragos que en su mujeril rostro imprimió la pasada orgía, y entra en el anfiteatro temiendo por los bien arreglados pliegues de su túnica, si ya no acaricia las perfumadas sortijas de su pelo con aquella delicada mano, que no supo empuñar poco después una espada para rechazar los bárbaros que sitiaban su patria. Brama

(1) Ovidio.

el pueblo impaciente, el placer y el fanatismo agitan aquella muchedumbre gastada y corrompida, porque no es sangre del gladiador que sabe morir en gallarda postura la que aquel día ha de regar la arena; una hoguera espera víctimas cristianas, y el general alarido saluda la entrada del venerable Fructuoso, obispo de Tarragona, y de sus diáconos Augurio y Eulogio, que suben resignados á la hoguera, y cantan el nombre del Señor, mientras serpientes de llamas se enroscan en torno de sus miembros, y más piadosas que los hombres roban á los espectadores la vista de sus últimos padecimientos.—Mas los feroces espectáculos romanos ya no estremecen el ancho anfiteatro; aquella degradada generación ha entrado para siempre en la mansión de la nada y del olvido, y la cruz, por quien ensangrentaron la arena los mártires, vino á santificar cual símbolo de expiación aquel suelo infame (1).

Desde el anfiteatro subíase por una bella gradinata, de que aún quedan restos, hasta la ciudad alta y Palacio de Augusto. Ignoramos qué tradición le ha arrebatado á éste el nombre que le dió la antigüedad romana, llamándolo modernamente castillo de Pilatos; pero por la grandeza de las notables partes que perseveran en pié, bien podemos deducir la de todo el edificio. Extendíase, según opinión de los anticuarios, en longitud más que el circo, al cual dominaba su frontis, y su sillería pasma al que la contempla por la magnitud de sus piedras, y por la igualdad y perfección de la obra. En una de sus paredes vense todavía algunas pilastras dóricas, colocadas á tres varas y media una de otra, con su arquitrabe; y como en la parte opuesta, en la plaza de las Beatas, existe un trozo de fábrica igual, fácil es deducir que aquellas pilastras circuían el área del

---

(1) Efectivamente en el solar que fué la *arena* existe una antigua iglesia bizantina en su mayor parte, llamada de nuestra Señora del Milagro. Es fama que antiguamente fué consistorio de Caballeros Templarios, que después cedieron el edificio á otras comunidades religiosas, sirviendo hoy de presidio.

patio del palacio ó del foro, en que hoy está situada buena parte de Tarragona alta (1).

Al pié del lienzo meridional de este palacio extendíase el



TARRAGONA.—Estatua en bronce

(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

vasto circo, cuyos límites aún hoy están tan demarcados, que su situación y proporciones saltan á los ojos del menos observador. Sabida es ya la forma prolongada con que tales fábricas se construían; su extremo oriental formaba una curva desde

(1) En el trozo que de este palacio subsiste se ha establecido la cárcel.

casi el pié del cuartel de Pilatos ó Palacio hasta el baluarte de Carlos V; seguía luégo el lienzo meridional hasta encontrar el extremo occidental situado detrás del convento de Santo Domingo (*a*), donde todavía se ve una entrada, y torcía en seguida el lienzo de norte á unirse con el extremo oriental mencionado, formando en todo el considerable espacio de 1212 piés de largo y 270 de ancho. Á semejanza del anfiteatro, corrían también todas las paredes del circo dos pisos de bóvedas con el correspondiente declive hacia el interior de la plaza para sostener los asientos, que también estaban divididos en dos pisos ú órdenes: desde el antepecho á la primera grada mediaba un pasadizo, y continuaba la gradinata siguiendo la pendiente de la primera bóveda; y en donde esta remataba, corría otro pasadizo, y seguían los bancos sobre la segunda, que tenía mucha mayor elevación. En el hueco de estas bóvedas, en la parte exterior, instalábanse tiendas de refrescos, comestibles y de otros objetos, y por la parte interior del circo servían de entradas y salidas á las graderías, de manera que ni el mayor concurso pudiese acarrear confusión y trastorno. En el extremo de toda la fábrica, dejando á un lado las estatuas de Mercurio que sosteniendo una cadena servían de barrera á los caballos en la puerta, y sin mencionar las agujas que indicaban el número de vueltas de los carros, estaban las *carceres* ó *repagula,* bóvedas en que se encerraban los nobles corceles destinados para el curso; y partía el área del circo en casi toda su longitud la *Spina*, pared de algunos piés de altura, en cuyos extremos alzábase la *Meta*, centro de los deseos de los competidores, que allí daban la vuelta, si ya no se estrellaban contra aquella pared, cuya proximidad tanto ansiaran (1).

(*a*) Hoy la nueva Casa Consistorial y Diputación.

(1) Aunque no estaban desterrados de los circos romanos los ejercicios de agilidad y fuerza, y aun las naumaquias; con todo destinábanse semejantes fábricas principalmente para la carrera en que se hicieron famosos tantos Aurigas, y á veces la misma mano de los Césares se entretuvo en dirigir las riendas de las ardientes Quadrigas, mientras soltaba flojamente las del gobierno del mundo.

¿Qué son nuestras modernas fábricas al lado de las perdurables y gigantescas obras de la antigüedad romana? Las guerras han trastornado los imperios, las invasiones han cambiado la faz de los reinos y hecho desaparecer las razas, pero



TARRAGONA.—Estatua mutilada de Apolino

(Existente en el Museo Arqueológico Provincial)

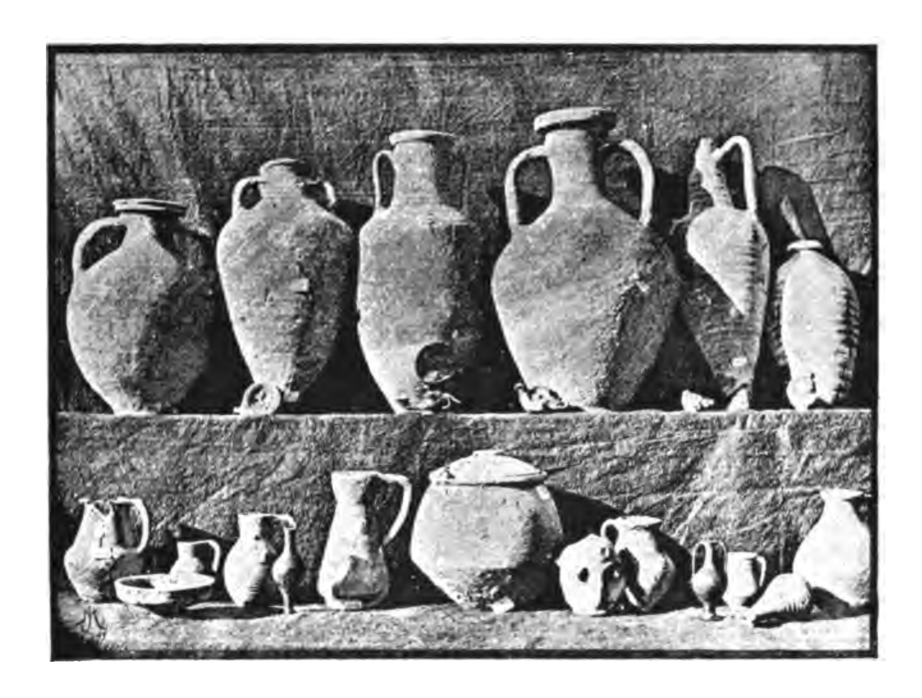
Queda en Tarragona memoria de los célebres Aurigas, uno llamado Fusco, á quien pusieron un ara en el camino que baja al Milagro, y otro apellidado Eutiches, á quien sus señores enterraron con mucha honra, y cuya lápida sepulcral persevera en el palacio del Sr. Arzobispo.

los monumentos de los antiguos señores del orbe no han sucumbido enteros, y sus despedazados restos aún cantan la grandeza, poder y civilización romana. Tarragona, más que cualquier otra capital, ha visto caer sus edificios al rigor de las llamas y correr por su recinto el exterminio en las extranjeras invasiones; y sin embargo, al yacer como un inmenso cadáver sobre la colina, el esqueleto mismo, digamos más bien, los trozos de su esqueleto son suficientes para abrigar una nueva población, que se revuelca en ellos triste é inactiva, como los insectos en un cuerpo exánime. La espada de los godos arrasa las fortificaciones y fábricas latinas, el alfange moro acaba con lo que perdonó y edificó de nuevo la mano de aquellos,—y al despejarse un tanto el horizonte, á la manera con que el árabe fija su mansión en los restos de Luxor, así como un montón de ruinas de una sola obra egipcia cobija una tribu entera, así los tarraconenses se refugian á los restos romanos, que convierten en habitaciones. Las bóvedas del Circo se transforman en casas, y cada casa no tiene más que dos pisos, porque dos son las bóvedas (1); y ¡cosa extraña! tanta es la escasez de recursos y tanta la impericia de los operarios, que siguiendo las casas el mismo orden de aquellas, queda vacía el área, y se convierte en plaza vastísima y desproporcionada, que de generación en generación llega así hasta nuestros días (2). Hasta las piedras esparcidas sirven para construir modernos edificios; las lápidas van á tapizar los muros de la Edad media, trozos de almohadillado sirven revueltos para la construcción de la Catedral, y la iglesia bizantina de nuestra Señora del Milagro se levanta con sillares del anfiteatro. Así Tarragona vive de lo que fué, se ase á la antigüedad romana que es su mayor gloria, y puebla con sus recuerdos é ilusiones aquel vasto sepulcro.

Desde sus principios como colonia latina fué célebre esta ciudad por su Arce ó Capitolio, edificado en lo más encumbrado

(1) Aún subsisten del mismo modo muchas casas.
(2) Plaza de la Fuente.

de la población y circuido de buenas fortificaciones: ocupaba el sitio donde hoy está la catedral hasta el baluarte de San Magín, y todavía el que recorra la muralla que va del palacio arzobispal á la puerta de San Antonio, verá tres torres que pertene-



TARRAGONA.—VASOS ROMANOS
Existentes en el Museo Arqueológico Provincial)

cieron á su primitivo recinto. Dos de ellas están aniveladas hoy con el muro, pero la otra subsiste majestuosa, conservando en su interior su robustísima bóveda, y coronada por de fuera de almenas y ceñida con restos de las ladroneras que la defendían (1).—¿Á qué referir ahora las numerosas preciosidades que

(1) Dentro del recinto del Arce se cree estuvo situado el templo de Augusto, famosa construcción que la adulación y bajeza consagró á un hombre deificado; y aunque no se puedan citar pruebas ciertas en apoyo de esta conjetura, la existencia de varios fragmentos pertenecientes á aquella fábrica en el recinto que

cada día arrojan las excavaciones? Los trozos de mosáico, de que al parecer estaban cuajados los alrededores, bien patentizan la suntuosidad y multitud de sus nobles edificios; las monedas



TARRAGONA.—VASOS ROMANOS
(Existentes en el Museo Arqueológico Provincial)

encontradas ocupan buen lugar en todos los museos (1), y los

ocupó el Arce da lugar á semejante suposición (a). En la pared meridional de los claustros de la catedral hay incrustados algunos trozos de friso con ornatos propios del culto, que hasta pocos años há pasaron por el ara de Augusto, erigida en su templo, el cual por consiguiente debió de ocupar las inmediaciones del lugar donde se encontraron.

(1) Sin contar los trozos de mosáico dispersos en varias ciudades de España, para que el lector pueda formarse una idea de su número, baste decir que de ellos se han compuesto magníficas mesas, y que pocos son los aficionados que no los reunan en cantidad suficiente para esto. Tocante á las monedas, procure el viajero aprovechar la amabilidad del numismático D. José Simons, cuyo monetario, tal

(a) Ha quedado confirmada la existencia de este templo por los restos que se han encontrado en distintas excavaciones. Era todo de mármol blanco y sus columnas que medían 8 palmos de diámetro, suponen al templo una altura de 40 metros, sin contar los pedestales y el techo del que también se han hallado restos.

bustos, estatuas rotas y medallones, arrancados hasta el presente á la tierra que los ocultaba, son objeto de la noble codicia del anticuario, y embeleso del admirador de las bellas artes. Dejemos, pues, al arado y á la azada el cuidado de descubrir nuevas urnas, vasos y monedas, y contemplemos por un momento los restos que de otras espléndidas fábricas perseveran fuera de los muros de Tarragona, antes que el tiempo consume su ruina (*a*).

---

vez uno de los más ricos después de los celebrados de las primeras corporaciones sabias de Europa, reune con admirable orden y clasificación una serie de piezas de oro, plata, cobre y amalgama, desde las naciones más remotas que poseyeron el arte de acuñar hasta la caída del imperio. En nuestro concepto las más preciosas son las pertenecientes á la república, pues es admirable la claridad y orden con que están colocadas allí las familias romanas, empresa algo más difícil que la de coordinar la tan sabida serie de Emperadores. También merecen particular mención la de Jesucristo y las del tiempo de Constantino, notables por su estilo bárbaro y como simbólico (*b*).

(*a*) Acerca de las antigüedades de Tarragona, pueden consultarse como especiales y publicadas modernamente, las siguientes obras: ALBIÑANA (Juan Francisco) y BOFARULL (Andrés); *Tarragona monumental,* Tarragona, 1849—B. H. S. y J. M. T.: *El Indicador Arqueológico de Tarragona*, Tarragona, 1867; y con respecto á lápidas, HÜBNER; *Inscriptiones hispanae latinae*, Berolini MDCCCLXIX.

El Sr. D. Buenaventura Hernández Scnahuja, distinguido arqueólogo ya citado, tiene además publicados distintos trabajos sobre el mismo tema.

También se ha reproducido últimamente la famosa obra de MICER LUIS PONS DE ICART tan interesante para la historia de la Tarragona romana: *Libro de las grandezas y cosas memorables de la Metropolitana, insigne y famosa ciudad de Tarragona, impresso en Lérida por Pedro de Robles y Juan de Villanueva, año 1572*, en la propia ciudad de *Lérida, Imp. M. á c. de F. Carruéz, 1883*.

Para formarse una idea clara de la disposición de la ciudad en aquella época de su preponderancia, copiamos de la citada obra *El Indicador Arqueológico (pág. X.)* la siguiente descripción:

«El desarrollo de la población íbero-romana de Tarragona en la época de Augusto fué asombroso, según las pomposas descripciones de los escritores latinos, y entonces se dió á la ciudad una nueva forma que se adaptase á las costumbres é índole de los nuevos poseedores. El inmenso perímetro del recinto ciclópeo se dividió en dos partes desiguales; la menor comprendía desde la actual Rambla de S. Carlos hasta el extremo septentrional de la ciudad y se destinó á edificios públicos, subdividiendo esta parte de la colina en tres escalones ó mesetas; en la primera que formaba un rectángulo prolongado de Oriente á Occidente en el lugar que hoy ocupa la plaza de la Fuente y Pescadería, se hallaba situado el Circo. Encima de la gradería del mismo correspondiente al Norte descollaba ma-

(*b*) Recuérdese la fecha en que esto se escribía. Á esta noticia de índole casi privada (que no hemos querido alterar en lo más mínimo por razones fáciles de comprender) debemos añadir no obstante, que es infinito el número de objetos de la antigüedad romana encontrados en Tarragona posteriormente. La mejor parte de ellos figura en el Museo Arqueológico Provincial, instalado en las Casas Consistoriales y uno de los más notables de España.

Noble espíritu y prerrogativa de las armas romanas fué combatir, no sólo por los inmediatos frutos de la victoria, sino también para conquistar, para poseer, para ocupar conservando y mejorando. Este espíritu de sus conquistas, esa fe en el bri-

---

jestuosamente el palacio de Augusto, cuyos dos ángulos occidental en el Pallol y oriental en el castillo de Pilatos subsisten todavía y las casas comprendidas entre los mismos en las calles de la Nau y Caballeros edificadas sobre las ruinas del palacio ostentan aún la magnífica posición de éste, elevado sobre el arco del Circo. El palacio pues formaba, según la costumbre romana, uno de los costados del foro ó gran plaza, cuya figura trapezoidal indican aún al presente las calles de Santa Ana al Oriente, Mercería y Cevadería al Norte y Bajada del Rosario al Occidente. En la época Romana se colocaban en este sitio los arcos de triunfo, las estatuas y las inscripciones honoríficas, que eran en Tarragona innumerables, y en los tres muros restantes del foro existían la Biblioteca, los Archivos, los Comicios y demás oficinas de la Administración civil. Actualmente esta segunda meseta nivelada convenientemente por los romanos, la llenan cuatro cuarteles de casas divididas en islas por varias calles que los cruzan.

Comunicábase el Foro con el Circo por una magnífica gradería de mármol jaspeado del país, cuyos vestigios se encontraron en Diciembre de 1858 al construir en la bajada de Misericordia la cloaca que conduce las aguas pluviales al mar; por esta escalinata se llenaban los cuneos de la derecha é izquierda del Circo; y calculamos se atravesaría el palacio de Augusto por medio de un pórtico, donde sin romper la unidad del edificio daría libre paso á los espectadores de los juegos circenses. Confirman esta conjetura las dos torres salientes del muro general del palacio que existen actualmente en las casas de Morenes y de Arandes, por entre las cuales corresponde la escalinata referida. La entrada principal del Foro desde el exterior sería al parecer entre el palacio y el castillo de Pilatos donde se ven todavía los vestigios de un pórtico.

Las actuales escaleras de la catedral ocupan el mismo lugar de otra magnífica escalinata por la que se subía desde el Foro al Capitolio y al Arce; se halla situada en el centro del muro septentrional del cuadrado que formaba dicho Foro y enfila directamente por la actual calle Mayor con la otra de mármol que hemos descrito y que asimismo dividía en dos partes iguales el lienzo N. del Circo.

. . . .

El Arce y Capitolio..... ocupaban la tercera meseta de la colina en el punto más culminante, y se hallaban rodeados de robustas murallas en gran parte subsistentes. Una puerta romana situada al septentrión, aún visible, daba salida al campo, á semejanza de las puertas del socorro en nuestros castillos y modernas ciudadelas.

Era costumbre entre los romanos, al igual que entre los pelasgos y los griegos, el que las Acrópolis y los Arces fuesen muy circunscritos para facilitar la defensa; así es que el Arce romano de Tarragona sólo ocupaba una parte de la tercera meseta, dividiéndola un muro que corría en línea recta de N. á S. desde el ángulo que formaba el antiguo castillo del Patriarca, demolido en 1825, ahora subida del mismo nombre, y continuando por la casa de los huérfanos hasta la torre romano-ciclópea de S. Magín. En el espacio comprendido á la izquierda de este muro divisorio se hallaba el Capitolio con el templo de Júpiter y el Arce y el de la derecha lo ocupaba en gran parte un magnífico templo de mármol blanco que la provincia

llante destino de su Ciudad y en la perpetuidad de su poder, claramente se presentan al que contemple las grandiosas obras que, doquiera sentaban su planta, erigían y consagraban al placer y al bienestar. El materialismo, que era el principio de

---

tarraconense levantó en honor de Augusto después de su apoteósis, y cuyos grandiosos vestigios se encuentran casi á flor de tierra al practicar alguna pequeña excavación en cualquiera de las casas de las manzanas que forman las calles de San Lorenzo, Merced, Carnicerías y otras contiguas. Además existirían en este mismo espacio y en el que dejaba el Foro dentro del antiguo recinto ciclópeo, otros templos de los cuales se ven aún vestigios en la manzana de casas que forman las calles de Robellat, Talavera y S. Bernardo, como explicaremos en su lugar.

. . . .

Explicado el destino de esta mitad superior del recinto ciclópeo desde la actual Rambla hasta la torre de S. Magín, nos falta manifestar el que tenía la otra mitad comprendida desde la Rambla hasta el mar, rodeada igualmente de muralla ciclópea.

Los considerables vestigios que diariamente se descubren en las excavaciones de la cantera, vienen á demostrar que desde tiempos muy remotos fué poblada esta parte de la ciudad, y los restos de ricos edificios como son mosáicos de gran mérito, estucos de brillantes colores, baños revestidos de mármol y jaspes, etc., cuyas muestras se conservan en el Museo arqueológico, inducen á creer que las gentes ricas y de comodidades de la población, habían constantemente elegido este sitio para su morada; mas por catástrofes que calla la historia, pero que nos las demuestran las ruinas, quedó despoblado durante un período más ó menos largo hasta la venida de los Scipiones, quienes siguiendo en un todo los pasos de los que les habían precedido en esta ciudad, destinaron esta hermosa ladera para su población privilegiada, y encima de las ruinas pelásgicas griegas y etruscas erigieron sus palacios y magníficas viviendas los espléndidos romanos con todo el lujo y magnificencia de que eran susceptibles las costumbres de aquella época, bastando actualmente hacer una profunda excavación, para encontrar á capas superpuestas en el orden indicado, los vestigios de aquellas generaciones y pueblos que se sucedieron, de una manera tan patente que no deja lugar á la duda.

El caserío en esta parte de la ciudad llegaba hasta reflejar su imagen en las calmosas aguas del Mediterráneo, cubriendo la cala formada por la prolongación de la colina de Tarragona al internarse en el mar, quedando por consiguiente rodeado de edificios el puerto..... El extremo de la citada cala ó colina es actualmente el arranque del muelle moderno, y tanto han mudado de fisonomía estos terrenos, que lo que era puerto ó bahía en lo antiguo, cegado hoy por las arenas del mar y el limo y guijarros que acarrea el Francolí, ostenta ahora una población moderna...

Resguardaba el puerto de los vientos E. y N. E. la colina citada que en gran parte ha desaparecido para construir el muelle actual y describía una pronunciada curva ó ensenada desde el arranque del citado muelle atravesando diagonalmente la plaza de Fernando VII y calle de Apodaca hasta el huerto de Capuchinos; allí se encuentra la loma del Fuerte Real cortada casi perpendicularmente y en figura de arco de círculo que defendía el puerto de los vientos N. y N. O., y en fin una lengua de tierra de aluvión formada por las avenidas del Francolí en el punto donde hoy se halla el molino del puerto, mantenía el mar tranquilo de los furiosos O. y S. O.; de manera que esta bahía se hallaba al abrigo de los vientos de los tres cuadrantes, quedando sólo abierta á los tempestuosos del S. y para obviar este inconve-

su religión, indújoles á mirar el mundo como una masa inmensa que debían embellecer: y así como buscaron la hermosura material de las formas en el individuo, buscáronla también en el globo, dirigida empero á los goces del hombre.

Y si á esto se añade la confianza en su superioridad, el orgullo que de semejante confianza debía nacer, la regularidad y orden de su existencia política, ¿quién se admirará de que dejasen tras sus huellas esas moles inmensas que fueron templos, teatros y anfiteatros, esos grandes acueductos, estas fábricas en fin, con que al parecer quisieron eternizar su tránsito en la tierra, mudos y grandiosos caracteres del primer pueblo de su período que dicen á los demás: ¿quién como nosotros? Á estas ideas, pues, de hermosura y de grandeza deben su solidez las construcciones romanas, al paso que por ellas miramos con interés semejantes ruinas. Tarragona experimentó sobremanera estos efectos, y además de las fábricas que ya llevamos explicadas, numerosos acueductos derramaban en ella la salud y abundancia, y los restos de uno solo claro nos dicen qué fueron tales obras.

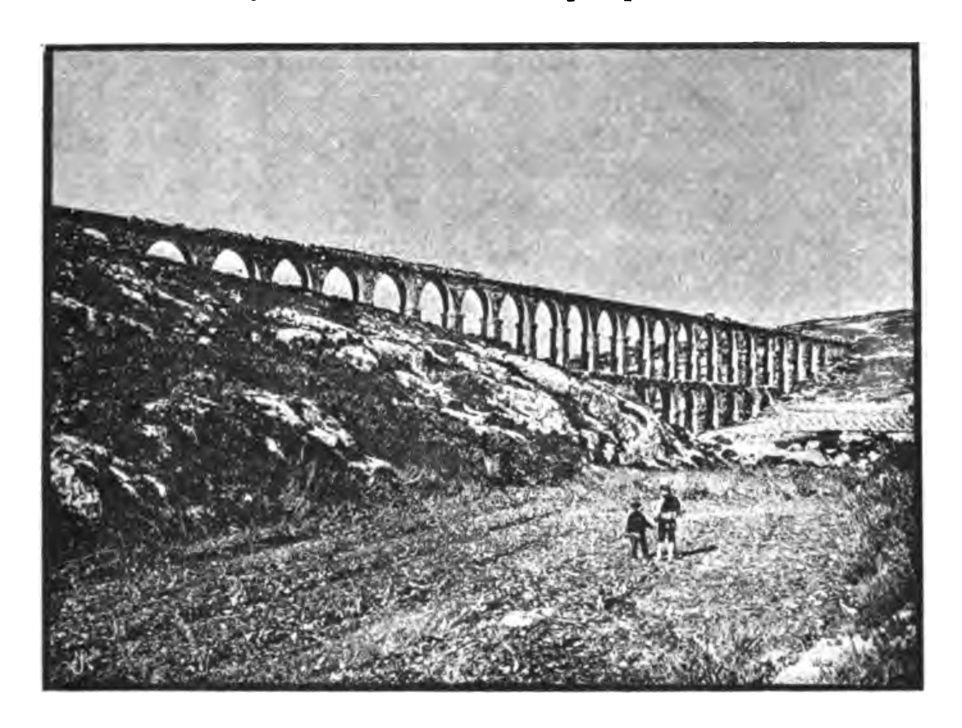
Á una legua de la ciudad subsiste todavía el llamado *Puente de las Ferreras*, soberbia construcción que desde el Pont de Armentera conducía el agua del Gayá por Vilarrodona hacia Vallmol. Al dirigirse de aquí á Tarragona, en el punto arriba indicado atajábale el paso una hondonada que entre dos elevadas colinas formaba el terreno, dificultad que sólo sirvió para estimular el ingenio latino, que se burló allí de la naturaleza, uniendo las dos eminencias con un doble puente de sillería. Once grandes arcos sentaron sus sólidos pilares en lo más hondo

---

niente los romanos construyeron una sólida escollera, que arrancaba del centro de la actual plaza de Fernando VII y cortando la línea N. S. en dirección oblicua, cerraba la cuenca de esta bahía constituyéndola un puerto seguro para las naves de aquella época. Aún se ven en la playa, entre el muelle y el lazareto los vestigios petrificados del martillo ó extremo de esta dársena, fabricado de hormigón con cal hidráulica.....

La población plebeya se extendía por la vertiente suave de la colina de Tarragona al Occidente hasta el río Tulcis ó Francolí.»

del pequeño valle, y encima de ellos corrió una hermosa hilera de veinte y cinco, cuya altura en los extremos de la obra fué siguiendo las ondulaciones del terreno. Ninguna argamasa ni trabazón se empleó en el asiento de sus grandes sillares, y es tal la firmeza y solidez de la obra, que permaneció sin lesión



TARRAGONA.—ACUEDUCTO LLAMADO DE LAS FERRERAS

alguna hasta nuestros tiempos, en que se ha deteriorado bastante la parte superior, amenazando pronta ruina hacia los arcos centrales de los cuales falta una piedra. Ningún detalle particular ofrece este acueducto, mas en cambio su conjunto respira nobleza y elegancia, y la sencillez de sus almohadillados se avienen con lo salvaje y desierto del lugar (1).

(1) Para satisfacción de los inteligentes, copiamos las medidas de esta obra, tales como las proporcionó D. Vicente Roig á los redactores del artículo de Tarragona, inserto en el *Diccionario geográfico:* ancho de los pilares en su base, 12 piés;

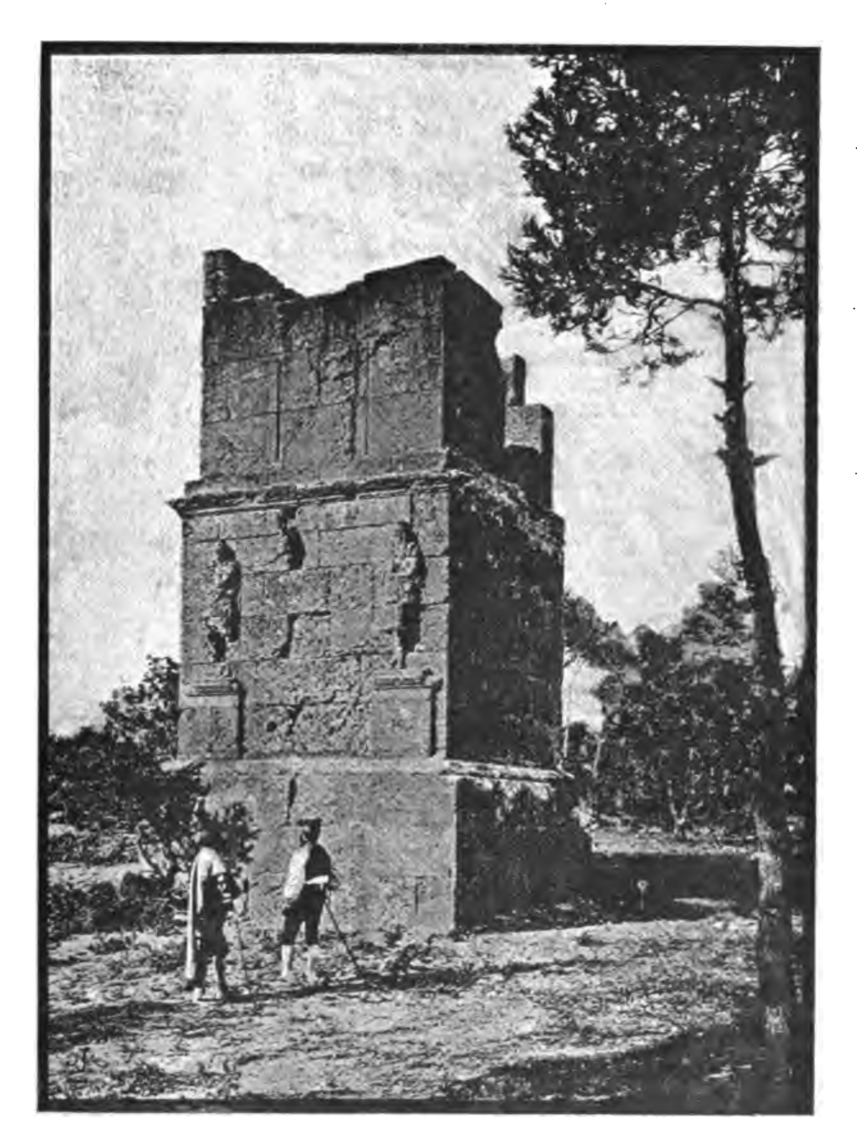
Á una legua de Tarragona, junto al camino que conduce á Barcelona, levántase triste y solitario no lejos del mar y en medio de un bosquecillo un monumento sepulcral, conocido con el nombre de Torre de los Escipiones. Sobre un vasto zócalo cuadrado, elévanse dos cuerpos de la misma forma, formados de grandes sillares sin ningún adorno; la parte superior está bastante deteriorada, si es que no ha venido al suelo buen trozo de la fábrica, que ahora elévase á más de 30 piés. Á pesar de su sencillez, respira tanta elegancia en sus proporciones y tanta majestad en el conjunto, que no sabemos si la hubieran caracterizado mejor detalles y variadas esculturas. En la parte que mira al mar, en el primer cuerpo sobre el zócalo, resaltan dos figuras, que no calificamos de bajo-relieves, porque exceden la regular medida de éstos, ni de estatuas aisladas, porque están esculpidas en las mismas piedras del monumento; apoyadas cada una en un pequeño pedestal, su cabeza reclinada sobre una de sus manos, aun al través de lo roído por el tiempo y el aire

---

debajo de la imposta, 6 y medio; luz del arco de pilar á pilar, 22 y medio; extensión total de la obra descubierta, 876; idem de la parte arqueada, tomándola en el firme del pilar en ambos extremos, 725; elevación desde la parte más honda del terreno, 83 y medio.

El ruinoso estado de la parte superior de este acueducto (a) motivó un hecho que, á ser cierto, merece mencionarse por su notable osadía. Mientras contemplaban aquel monumento algunos viajeros, movióse la cuestión de si sería posible atravesarlo en toda su longitud; cuestión á la verdad difícil de resolver, mayormente si, amen de la considerable altura de la obra y de la estrechez de la parte superior por donde pasaba la canal del agua, se tenía en cuenta una cortadura que el tiempo había abierto casi en el centro y cuya anchura no se podía asegurar desde el fondo del valle. Pero sin hacer alto en semejantes consideraciones, apostó uno de ellos á que pasaría á caballo el puente del uno al otro extremo, y sin aplazar día ni hora, puso al punto por obra su propósito, y empezó el terrible paso, no sin espanto de cuantos desde abajo lo miraban, que ya en su alma sentían haber empeñado tanto la apuesta. Llegó el aéreo jinete al centro, y de repente se halló detenido por la fatal cortadura, que no era tan corta como desde abajo creyera. En vano espoleó el caballo, que midiendo con sus ojos el espacio retrocedía temeroso, negándose á dar tan tremendo salto. En semejante conflicto, el impávido jinete sin apearse le vendó los ojos, y quitándole así el miedo que infundirle debía la elevación y estrechez del paso, logró hacerle saltar, y acabó felizmente la travesía.

(a) Tiene el monumento de que se trata once arcos en la parte inferior y veinte y cinco en la superior. Durante los años de 1855 y 56, atendido su estado de ruina, fué restaurado por disposición de la Comisión central de Monumentos, hallándose ahora bien conservado.



TARRAGONA.—Torre de los Escipiones

marino, vese en su rostro una expresión de tristeza, que bien se aviene con el destino del monumento; y como no llevan ninguna de las insignias con que se acostumbraba á decorar las figuras heróicas, representan, según la opinión generalmente admitida, dos esclavos, con que el escultor quiso personificar el dolor. Sobre ellas corre todo el frente una lápida muy estrecha, cuyos semiborrados caracteres por lo ininteligibles no pueden conducirnos á ninguna aclaración concerniente á esta obra, que no debió de estar aislada, pues á su alrededor, al abrir la carretera moderna encontráronse vastos restos de muros y otras señales de edificios (*a*).

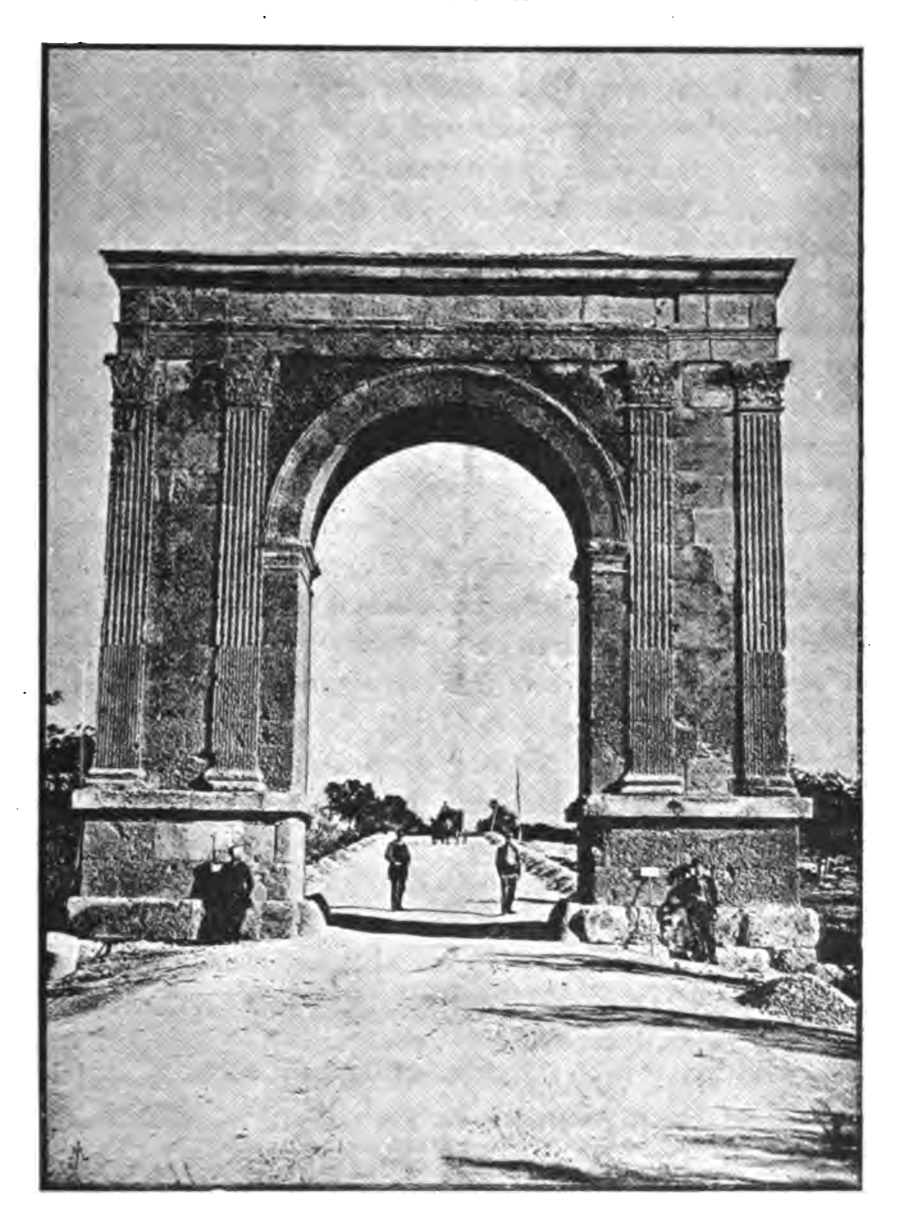
Nada, pues, en este monumento nos dice á qué ilustres personas se dedicó, y en vano acudiríamos á la historia que también guarda silencio sobre el particular; sólo la voz popular ha nombrado los habitantes de aquel sepulcro, apellidándolos Escipiones. Es verdad que ningún documento apoya esta tradición, pero tampoco puede oponérsele circunstancia alguna determinada, si ya hasta cierto punto no la favorece la probabilidad. Cuando sabido es que Tarragona debió su esplendor á los dos héroes romanos, que tras señaladas victorias hallaron gloriosa muerte en el campo de batalla, dejando grato recuerdo de sí á romanos y españoles; cuando todavía se ignora su verdadero sepulcro, ¿no pudo la gratitud pública erigir, sea á sus restos ó á su memoria, un monumento fúnebre casi al pié de las murallas de su ciudad, en aquel lugar lleno de sus recuerdos? Ciega en sus creencias, tal vez se haya engañado la tradición al inscribir el nombre de los hermanos en aquel pedestal; mas aunque así

(*a*) Las dos figuras de este sepulcro ó torre van vestidas con el sagum guerrero cuya caperuza les cubría la cabeza. El tercer cuerpo ó sea el superior es de creer terminaría en una pirámide cuadrangular, á la manera de los sepulcros etruscos.

De la inscripción que había, pudo leerse en tiempos antiguos lo siguiente:

ORN...TE...EAQUAE...L...O...VNVS VER...BVSTVS...I...S...NEGL...
VI...VA...FL...BVS........VBI.PERPETVO REMANE....

(El Indicador Arqueológico de Tarragona.)



TARRAGONA.—Arco de Bará

sea, lo vago y lo oscuro de la tradición siempre es sublime y sus errores llevan el sello de la verosimilitud. Mas no contenta con llegar á lo que no llegó la historia, la voz popular, que bien pudiéramos llamar voz del espíritu y de la imaginación, ha traspasado sus límites y envuelto la triste sepultura con la blanca y flotante mortaja de las apariciones. Y en verdad, bien se le pueden perdonar sus cuentos y sus casos sobrenaturales, pues sin tener en cuenta lo antiguo é incierto del origen del monumento, contemplado á la luz de la luna y en el silencio de la noche, con las dos grandes estatuas en su doloroso ademán, con los árboles que lo sombrean y con los murmullos de las vecinas olas, que vagamente con él se armonizan, al más frío *ilustrado* infunde poético horror y le fuerza á decir: la tradición es verdad!

Algo más lejos de este sepulcro, en el mismo camino de Barcelona y vecino al mar, está el arco *de Bará*, una de las más elegantes fábricas triunfales con que decoraron los romanos el suelo español. Reina en él extremada sencillez, pero á pesar de carecer de detalles, es tanta la gracia del todo, tanta la majestad y belleza que le dan sus perfectas proporciones, que el más escrupuloso observador en vano buscaría alguna parte que realzar ó rebajar, sin que desapareciese su buen efecto. Forma un gran portal y decoran sus dos fachadas principales cuatro pilastras, delicadamente acanaladas, que reposan sobre una base algo saliente, y están repartidas de dos en dos á uno y otro lado de la arcada. Ninguna abertura contienen las laterales, adornadas con sólo dos pilastras, y sobre todas corre el friso que corona una elegante cornisa. Tal vez antiguamente remató este bello trozo de arquitectura con una estatua, que indicaría el objeto y destino del monumento, como se nota en algunas de semejantes obras; pero hoy en día ningún vestigio queda que nos permita presentar esta suposición como cierta. Este arco, que ahora es uno de los monumentos que más ilustran todo un pueblo, sólo se debe, sin embargo, al capricho de

un particular, de la magnificencia privada; y la inscripción latina colocada en el friso en una línea, claro nos dice que fué *consagrado por testamento de Lucio Licinio Sura, hijo de Lucio, de la tribu Sergia* (1), riquísimo ciudadano romano, y muy amante del fausto y gloria, que en tiempo del emperador Trajano fué tres veces cónsul.

Así, no es la buena ejecución el único mérito de la obra que nos ocupa, pues á ella se agrega el de tan remota antigüedad. Pero estos mil setecientos años, que forman su edad, no han transcurrido sin hacerle sentir el peso de su planta; sus líneas han perdido buena parte de su pureza, los capiteles han visto borrarse sus delicadas hojas de acanto, los trozos salientes y angulosos de puro gastados se han vuelto redondos, ha empezado á desmoronarse el remate, y fuera de su asiento algunos sillares, toda la masa vacila y se ha resentido desde la base á la cornisa (2).

---

(1) Aunque faltan hoy algunas letras, no obstante, comparando unos autores con otros, y aplicando lo que copiaron con lo que queda, dice así:

EX. TESTAMENTO. L. LICINI. L. F. SERG. SVRAE. CONSECRATUM (*a*).

La elevación de este monumento hasta la cornisa es de 43 piés y 4 pulgadas; la luz del arco tiene 16 y 10 pulgadas, y el firme del pedestal sobre que descansan las pilastras 12 piés, 7 pulgadas y 3 líneas.

(2) Varios sujetos en distintas épocas acometieron la noble empresa de conservar á Cataluña este monumento; pero tan débiles fueron sus esfuerzos respecto del triste estado de la fábrica, que á poco volvió esta á ofrecer el mismo aspecto ruinoso, si ya no pocas veces la escasez de los medios interrumpió los trabajos que para su reparación se emprendían. Estaba reservado á nuestros días verificar su recomposición, pero de tal manera, que más que reparación de la obra antigua pudiera llamarse erección de otra moderna. Se ha borrado la inscripción latina, y la ha suplido otra castellana consagrando el arco á moderno objeto, al paso que las venerables piedras han perdido el color con que las pintaron sus mil setecientos años, y que ha desaparecido bajo un menguado revoque. Á todo esto,

(*a*) De esta última palabra solamente aparece en la inscripción CON....TVM que algunos interpretan *constructum* ó *confectum*.

Se ha discutido bastante acerca del objeto de este bello monumento, habiendo tratado extensamente esta última circunstancia el docto académico D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA y ORBE en un trabajo titulado: *El arco de Bara, Los pueblos ilérgetes y los cosselanos de la Provincia Tarraconense.* («La Ilustración Española y Americana,» año 1870, pág. 306) concluyendo de su erudito estudio que este arco era un monumento terminal que señalaba el límite ó frontera entre la costa marítima de los *cosselanos* y la de los *ilérgetes*, quienes, á pesar de ser un pueblo que habitaba principalmente el interior del país, poseían una lengua de tierra que salía hasta el mar y comprendía desde *Castelldefels* hasta el *arco de Bará*, siendo la capital de esta región marítima la antigua *Olerdula* ó *Ilerdula*, diminutivo de *Ilerda*.

Estos son los restos que recuerdan en Tarragona la grandeza del imperio romano, que, volviendo á nuestra narración histórica, á poco vióse miserablemente invadido por numerosas hordas de alemanes ó germanos, alanos, godos, sármatas y partos. Entraron en España los alemanes en el año 266, y tomando Tarragona, la destruyeron con horrible destrozo. Pero la muerte de un pueblo es proporcionada á la importancia, esplendor y duración de su vida; y la antiquísima y populosa metrópoli de la España Citerior no debía ni podía desaparecer como una miserable choza. Reedificada y reparada en lo posible, volvió al cabo de más de doce años á ser baluarte de los latinos y residencia del Presidente. Pero ya entonces redújose su recinto, y la población fué retrocediendo hacia lo alto de la colina. Asolada de nuevo en el siglo v por los vándalos, suevos y alanos, de nuevo cobró parte de su opulencia; hasta que, deseoso el rey godo Eurico de arrojar á los romanos de su último refugio, le puso cerco, é irritado de la tenaz resistencia que se le opuso, al entrarla en 475 la destruyó hasta sus cimientos (*a*). De este modo fué la última provincia que en España se mantuvo fiel á la dominación de Roma, como había sido la primera en reconocerla.

Debajo del mando de los godos, otra vez renació de sus ruinas; su comercio continuó siendo el más activo de esta corte, y las monedas que acuñó son buena prueba de que recobrara en lo posible su pasada consideración y nombradía. Invadida

---

que no queremos calificar con su verdadero nombre, se ha cohonestado con dedicarlo al Pacificador de la España y al valiente ejército, única disculpa con que el ardor del patriotismo puede tal vez contestar á nuestras inculpaciones. Sin embargo, la triste experiencia de los años de revolución, que llevamos, debiera haber hecho cautos á los que se proponen tocar en lo más mínimo un monumento: debiera haberles enseñado que, pasada la tormenta, no siempre la razón y la verdadera ilustración aprueban lo que dictó un arrebato apasionado, y que no siempre redunda esto en gloria de la patria, ni de la corporación que lo hizo, ni del objeto á que se destinó (*b*).

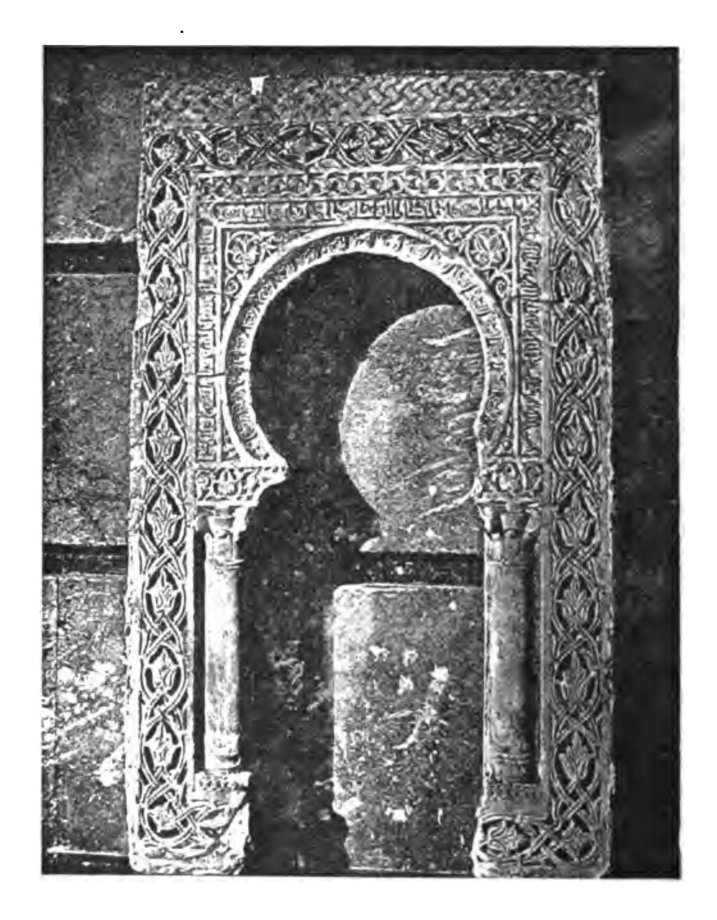
(*a*) Esta ha de considerarse la verdadera y más terrible destrucción de Tarragona, como lo ha comprobado la disposición de las ruinas halladas en la ciudad.

(*b*) Desapareció la inscripción moderna que era un verdadero adefesio.

por fin la España por los ejércitos mahometanos, quiso Tarragona contener delante de sus murallas el ímpetu de los vencedores advenedizos, que la cercaron. Tras mil sangrientos asaltos, que pudieron rechazar los de la ciudad, ondeó por fin en 719 la media luna en sus despedazados baluartes, y fué tanto el furor de los moros, que la incendiaron y asolaron, mientras pasaban á cuchillo los infelices habitantes. Aquella fué la más horrorosa destrucción de cuantas sufrió la ciudad, que desde entonces jamás volvió á gozar de la importancia y grandeza, que hasta aquella época la constituyera rival de Roma en lo antiguo y de Toledo en lo moderno. Sólo quedaron en pié los restos de los monumentos romanos, donde por largo tiempo se refugiaron algunos árabes, pudiendo decirse que estuvo despoblada. Poco á poco empero la fortificaron un tanto, y pudieron resistir á las armas de Ludovico Pío, cuando en 806 la cercó y tomó aunque pronto volvió al poder de los moros, que desde allí invadían frecuentemente las tierras fronterizas del Afranc ó Cataluña la nueva. En vano adelantaban nuestros condes sus conquistas por el norte; la más bella porción de Cataluña estaba en poder de sus enemigos, y una de las mejores joyas de su corona entonces, el rico Penadés, lamentaba frecuentemente los estragos de las incursiones de los moros de Tarragona, Lérida y Tortosa. Entretanto celebraban los árabes sus triunfos, y en la mezquita que á su profeta erigieran en la primera de aquellas tres ciudades, quisieron perpetuar con un pequeño monumento la memoria de la terrible incursión con que en 960, por mandato de Abderrahmán III, el walí de la misma, junto con los de Zaragoza, Wesca y Afraga, asoló las fronteras cristianas (1). Por fin

(1) Este monumento, único que de los árabes persevera en Tarragona, está hoy empotrado en el muro meridional del claustro de su iglesia mayor, al lado de los restos de la cornisa del templo de Augusto. No muy considerable en cuanto á sus proporciones, y sí por su elegancia, consérvase casi íntrego, á pesar de que el mármol de que se hizo se esculpió 880 años há. Figura una pequeña portada de algunos piés, que á primera vista se tomará por adorno de una capilla ó reducida ventana; dos pilares, cuya base, como en la mayor parte de construcciones de este género, apenas sobresale del fuste, sostienen dos trozos de una bien trabajada

las armas españolas iban recobrando lo que perdieron sus padres, y ya el conde D. Ramón Berenguer *el Viejo* llevó las barras condales hasta el pié de los muros de Tarragona. Poco



TARRAGONA.—MIHRAB DE LA ANTIGUA MEZQUITA

después á últimos del siglo IX, D. Berenguer Ramón II *el Fra-*

---

imposta, sobre cuyas puntas salientes carga con gracia el arco en forma de herradura, ricamente sembrada su curva de caprichosas hojas. Lo demás forma un cuadrilongo dividido en varias líneas ó secciones que llegan hasta la curva del arco. En la más inmediata á este, vense unos caracteres, que á primera vista pasaran por adornos simbólicos; tanta relación y semejanza tiene su forma con la de los demás detalles. Corren desde las impostas toda la extensión de la curva del arco, pero formando ángulos, y dejando espacio suficiente entre estos y aquella para las en-

tricida, ayudado del obispo de Vich Berenguer de Rosanes y animado por el pontífice Urbano II, arrojó enteramente á los moros del campo de Tarragona, y preparó la restauración de la ciudad, donde nadie se atrevía á habitar, ya por su estado

jutas que contienen un extraño fragmento de arabesco. Dicen así, traducidos del árabe: *En el nombre de Dios: la bendición de Dios sobre Abdala Abderahaman, Príncipe de los fieles, prolongue Dios su permanencia, que mandó que esta obra se hiciese por manos de Giafar, su familiar y liberto, año trescientos cuarenta y nueve* (960 de Jesucristo). Sobre la parte superior de esta inscripción hay un ornato caprichosísimo, y orla los cuatro lados de toda la obra una como ancha faja de arabesco, rota en la parte inferior, y sobre la cual, á manera de cornisa, se levanta un remate compuesto de grecas. El conjunto es airoso y muy proporcionado, y la riqueza y originalidad de sus variados detalles bien pueden satisfacer al más aficionado á las poéticas construcciones de los árabes. El mencionado Abderahamán, rey de Córdoba, lo mandó construir para que sirviera de fachada al Mihrab ó adoratorio interior de la mezquita principal de Tarragona, que se cree ocupó parte del recinto donde hoy está su catedral. Mas no es la sola antigüedad ni belleza la que detiene al artista delante de este pequeño monumento: es realmente asombrosa su semejanza con la mayor parte de las fachadas bizantinas ó sajonas que desde el 900 al 1100 se construyeron en Cataluña, que casi todas tienen los dos pilares, sobre los cuales dos impostas adelantándose recortadas, si así puede decirse, como dos cabos salientes de viga, sostienen las extremidades del arco, al paso que sus grecas, rosas, estrellas y demás detalles parecen copia adulterada de los ornatos arabescos. Y esta semejanza en lo particular nótase aún mayormente en ciertos rasgos generales propios del género bizantino; extrañas relaciones, cuyo origen tal vez se explicaría en parte con la emigración de los artistas de Bizancio á Damasco, donde dieron libre campo á todas sus concepciones y pudieron realizar sus más brillantes delirios. Dejando para luégo su catedral, Tarragona nos ofrece en sus dos más antiguas iglesias, que mejor se llamarían ermitas, una confirmación de esta semejanza. La de San Pablo tiene una graciosa fachada, que á no llevar un nombre cristiano, tomárase por fábrica árabe, á cuya dominación en la ciudad es casi inmediatamente posterior, si no contemporánea. En los extremos de ambos lados, que avanzando un poco forman ángulo con la pared del frontis, se levanta una muy delgada columna con capiteles enteramente árabes, y el remate, que elevándose casi imperceptiblemente hacia el centro figura un ángulo sumamente abierto, se compone de unas como grecas, debajo de las cuales sobresalen un tanto de la pared los adornos que en las fábricas bizantinas hacen oficio de ménsulas, y que aquí en lugar de constar cada uno de un solo arquito, forman varias pequeñas curvas como los claustros de San Pablo de Barcelona, guardando empero la debida proporción. Aunque las piedras están tan gastadas que han desaparecido muchos de sus detalles, todavía es bellísimo su efecto, y su conjunto respira gracia y originalidad (*a*).

No menos antigua es la otra iglesia ó capilla de Santa Tecla la *vieja* cuya fachada participa infinitamente del árabe. Semejante á la de San Pablo por sus extremos laterales salientes, su remate se levanta en ángulo; pero tiene además una pequeña portada, que á pesar de lo informe y gastado de sus labores no carece de cierta majestuosa elegancia. Forma un rectángulo, compuesto de dos esbeltos pi-

(*a*) La capilla de San Pablo quedará incluida dentro del edificio-Seminario que se está construyendo en el punto donde se halla emplazada, ocupando el ángulo de uno de los patios.

ruinoso, ya por lo expuesta que estaba á las correrías de los moros vecinos. Pero estaba reservada semejante gloria al hijo del asesinado conde *Cap de Estopes*, D. Ramón Berenguer III *el Grande*, que definitivamente echó de allí á los sarracenos, á quienes persiguió hasta Valencia; é imitando el ejemplo de su antecesor, hizo donación en 1116 (*a*) de la ciudad y de su comarca, para que la restaurase, al santo obispo Olaguer de Barcelona, que ocupó la sede arzobispal de la antigua metrópoli, y á cuantos en ella le sucediesen.

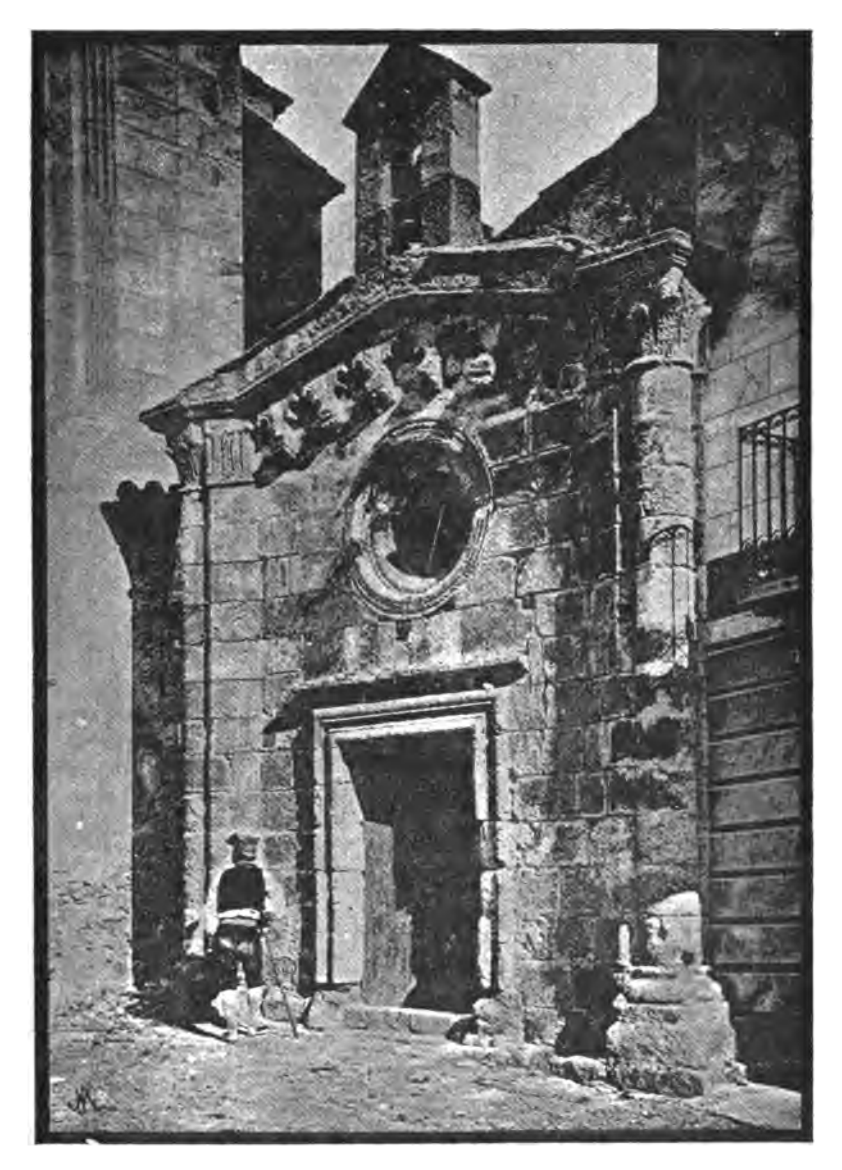
Bien lo había menester la asolada Tarragona, donde, si no miente la tradición, nacieran árboles en los viejos muros y en los pocos edificios que subsistían; la elección de San Olaguer fué la señal de su renacimiento, pues pronto acudió gente á poblarla, convidada de las franquicias con que les brindaba el arzobispo, que al mismo tiempo no descuidaba la defensa y consolidación de su nuevo dominio, trayendo á ella guerreros que protegiesen lo que se edificaba. Era aquella la coyuntura más á propósito para ello; las frecuentes bulas de los papas enardecían la fe del

---

lares árabes, y una ligera cornisa con varias líneas sembradas de detalles en particular grecas; y en medio se abre la puerta, formada también de dos informes pilares, sobre los cuales carga el arco. Del mismo gusto es el interior, en cuyo extremo ó cabeza, hay dos arcos semicirculares, y los capiteles de los pilares que los apean contienen hojas de palma. Aquellas negrísimas paredes, que tal vez oyeron las preces de los tarraconenses mientras se edificaba la catedral, están atestadas de sarcófagos, al paso que numerosas lápidas son el adorno que cubre el pavimento. Á la derecha del que entra, levantado del suelo algunos palmos, hay un sepulcro de mármol, cuya pureza y gusto en los ornatos le colocan entre las obras de principios del 1500, y en él yace Juan de Soldevila, arcediano de San Fructuoso. Al lado opuesto, ó á la izquierda del que entra, se ve otro de gusto gótico con estatua echada, que ninguna particularidad ofrece; en la misma pared hay empotrada una lápida, que merece mencionarse por lo extraño de su contenido. Remata en triángulo dividido en dos comparticiones: en la superior está Jesucristo con los símbolos de los evangelistas, separados por fajas; ocupa el centro de la inferior un hombre que ora, á cuyos lados están dos ángeles en igual actitud, todo muy diminuto y de estilo bárbaro. Hasta la inscripción corre parejas en oscuridad y mal gusto con lo demás, pues dice así:

A: Dn̄i; m: cc: LX: VI: pridie kl jānuarii
oblr de Miliano oparius beatæ Teclæ
cui se totum reddidit et decem voltas condidit
ergo Tecla coram eo advocata sit pro Deo.

(*a*) Véase, respecto de las fechas, lo que advertimos en la nota á la pág. 373.



TARRAGONA.—Iglesia de San Pablo

pueblo, que tomaba las armas para ir á conquistar el Santo Sepulcro, y estimulaban el ardor caballeresco de los barones, que abandonaban la holganza de sus castillos, los ejercicios de los torneos y el esplendor de los festines por las abrasadoras arenas del desierto y por las fatigas y riesgos de los combates. También tuvo la España su cruzada, y la voz salida de lo alto de la silla de San Pedro, que concedía las mismas indulgencias que á los cruzados de Palestina á los que fuesen á ayudar á sus hermanos los descendientes de Pelayo y Wifredo, trajo á las huestes españolas, en particular á las aragonesas y catalanas, valientes paladines de las vecinas naciones. Muchos se volvieron después á su patria, pero no pocos se quedaron en los lugares que habían regado con su sangre, y á Tarragona le cupo la suerte de que la escogiese para morar el caballero normando Roberto de Aguilón, por sobrenombre *Burdet.* Diez años había que el santo arzobispo cuidaba de su restauración, mas sus frecuentes viajes á celebrar concilios no le permitían dedicarse á tan noble objeto como deseara, y quedaba además la nueva población expuesta á los ataques de los enemigos, que aún estaban á la vista de sus muros. Y como por otra parte iba dilatándose el proyecto de erigir un templo con la suntuosidad que á tal metrópoli convenía, resolvió Olaguer poner en manos de Roberto lo militar y lo civil, á cuyo fin le cedió la ciudad en feudo con título de *príncipe*, por los años de 1128. Partió el normando á Roma para que el pontífice confirmase la donación, y logrado su intento, dió la vuelta á Normandía en busca de hombres de armas y aun de artífices.

Entretanto la fortificación de Tarragona, en la cual ningún vestigio queda de la dominación goda ni de la árabe, fué por tercera vez reparada; y así como el romano respetó los fundamentos fenicios, del mismo modo Olaguer, ó la Edad media, sentó sus almenados muros sobre lo que quedaba de los paredones latinos, formando así tres zonas, que aún contempla el viajero, y que son un mudo compendio de la historia de aquella

población. La tradición ha embellecido aquellos primeros esfuerzos de un pueblo que renacía de sus ruinas; y tan original y caballeresca anduvo por esta vez, que no nos perdonaríamos su omisión, ó la de su breve estracto. Ausente el conde normando, dueños aún los moros de los cercanos montes, y mal fortificada la plaza, hubiese peligrado tal vez á no hallarse allí Sibila, hija de Guillelmo Capra y esposa de Roberto, que realizando las poéticas creaciones de la Caballería, ciñó fuerte coraza, y se encargó del mando militar, siendo no menos respetada por su valor y bondad, como dice la crónica, que admirada y amada por su singular belleza. Así dictaba órdenes, y empuñando el bastón á guisa de caudillo, subía de noche á los andamios, recorría todos los apostaderos, y encargando vigilancia, hacía imposible toda sorpresa.

Por aquel entonces emprendiera Olaguer la construcción de la iglesia mayor, á que consagró la mayor parte de sus rentas; pero era harto magnífico el proyecto de la fábrica para la pobreza del naciente estado, y en el siguiente año 1129 el concilio de Narbona decretó se estableciese una hermandad para aquel objeto, mandando al mismo tiempo que contribuyesen en lo posible los arzobispos y obispos, y que pagasen cierta cantidad todos los demás clérigos y legos. Volviera en tanto á Tarragona el príncipe Roberto, que la siguió gobernando por mucho tiempo, como que en 1141, año en que el monje Orderico acabó de escribir su crónica, todavía le deja esta rigiendo con su valor y prudencia sus vasallos, y trabajando en los adelantos de la nueva población (1).

---

(1) Sin embargo, la donación hecha á San Olaguer por el conde Ramón Berenguer III, y la del Santo al príncipe Roberto motivaron frecuentes altercados, que hicieron amarga semejante posesión á los arzobispos. Para aclarar, pues, lo insinuado en el texto, y presentar al mismo tiempo como en resumen los principales disturbios, permítasenos copiar lo que dice Zurita en sus *Anales*, libro décimo de la 1.ª parte, capítulo 38: «Referido se ha en estos anales la donacion que D. Ramon Berenguer conde de Barcelona padre del príncipe de Aragon hizo al arzobispo Oldegario y á los arzobispos sus sucesores, que presidiesen en la iglesia de Tarragona debajo de la obediencia de la sede apostólica, de aquella ciudad y campo de

La Edad media pasó para ella como una época de oscuridad y quietud, y á no haberse celebrado cortes en su recinto, y si no hubiese prestado auxilios cuando las expediciones á Valencia y África, apenas aparecería su nombre en aquellas páginas, don-

---

Tarragona, que habia mucho tiempo que estaba yerma, y desierta de pobladores, reservándose el dominio directo, y el palacio de la ciudad, y que fuesen obligados los arzobispos á hacer paz y guerra por el conde que fuese de Barcelona. El arzobispo Oldegario....... constituyó en príncipe de ella debajo de la fidelidad de la iglesia á un caballero muy valeroso que se llamó Roberto y le entregó la ciudad con sus términos. Mas despues el conde de Barcelona se concertó con la iglesia, y con el príncipe Roberto, y por el arzobispo D. Bernaldo le fué concedido el feudo, estando el príncipe Roberto en la posesion de aquella ciudad. De aquella donacion se siguieron grandes diferencias, no solo entre el arzobispo Bernaldo y sus sucesores, y el príncipe Roberto, y sus hijos, pero entre el conde de Barcelona, y los mismos prelados por el directo dominio de aquella ciudad, y fué muerto por esta causa por los hijos del príncipe Roberto el arzobispo D. Ugo de Cervellon, que sucedió al arzobispo D. Bernaldo. Por este feudo hacian los reyes de Aragon al tiempo de su sucesion en el reino, reconocimiento á los arzobispos, que eran de aquella iglesia, mediante juramento, con el cual se daba la fidelidad, y no con homenage: y fueron señores útiles de aquel estado. Con este título pretendieron los reyes pasados tener libre jurisdiccion sobre los vasallos de la ciudad y campo de Tarragona, y que eran obligados de servirles en sus huestes como vasallos á su señor, aunque el directo dominio fuese de la iglesia. De aquí resultó que el rey (D. Pedro *el Ceremonioso*) los años pasados quiso que los vecinos de aquella ciudad y del campo le reconociesen como á señor útil, y se tuviesen por sus vasallos, y le hiciesen sacramento y homenage de propiedad, aunque no se hizo jamas este reconocimiento á sus predecesores, y propuso.... nombrar procurador general que defendiese los derechos reales en aquella ciudad y su campo.... Esto se hizo en gran contradiccion del arzobispo de Tarragona, que era D. Pedro de Clasquerin... Por esta causa, procediendo los arzobispos con censuras contra los oficiales reales, el rey por su jurisdiccion y ellos por la ejecucion y inmunidad eclesiástica vinieron á tal contienda, que el rey se quiso apoderar de todo el dominio temporal y emvió á D. Ramon Alaman con compañias de gente de guerra contra la ciudad y campo de Tarragona: y posteriormente este año se hizo guerra en todos los lugares de la jurisdiccion eclesiástica que no le querian hacer homenage ni reconocer por señor, y hicieron tan grande estrago en aquella tierra, que no pudiera ser mayor si fuera entrada por gente de guerra estrangera.... y el rey en fin de este año adoleció y se le agravó de tal manera la enfermedad, que luego se entendió que era mortal. Esto fué en la fiesta de Navidad, y el rey murió á cinco de Enero del año de mil trescientos y siete.... Al tiempo que le desengañaron los fisicos que no podia vivir, mostró grande arrepentimiento de los daños y persecucion, que se habia hecho contra los vasallos del arzobispo de Tarragona y en sus lugares, y.... dijo que restituia á Santa Tecla, so cuya dedicacion fué fundada aquella iglesia de Tarragona, toda la jurisdiccion y dominio que él hubiese adquirido en la ciudad y campo..... y mostró tan grande arrepentimiento de aquel daño que recibió la iglesia por su causa, que se entendió por las gentes, que fué castigado de la mano de Dios, y se le apareció en vision Santa Tecla, la cual le hirió de una palmada en el rostro, y que esta fué la ocasion de su dolencia.» Y el analista Feliu añade que, viendo el arzobispo y cabildo tarraconense era imposible toda

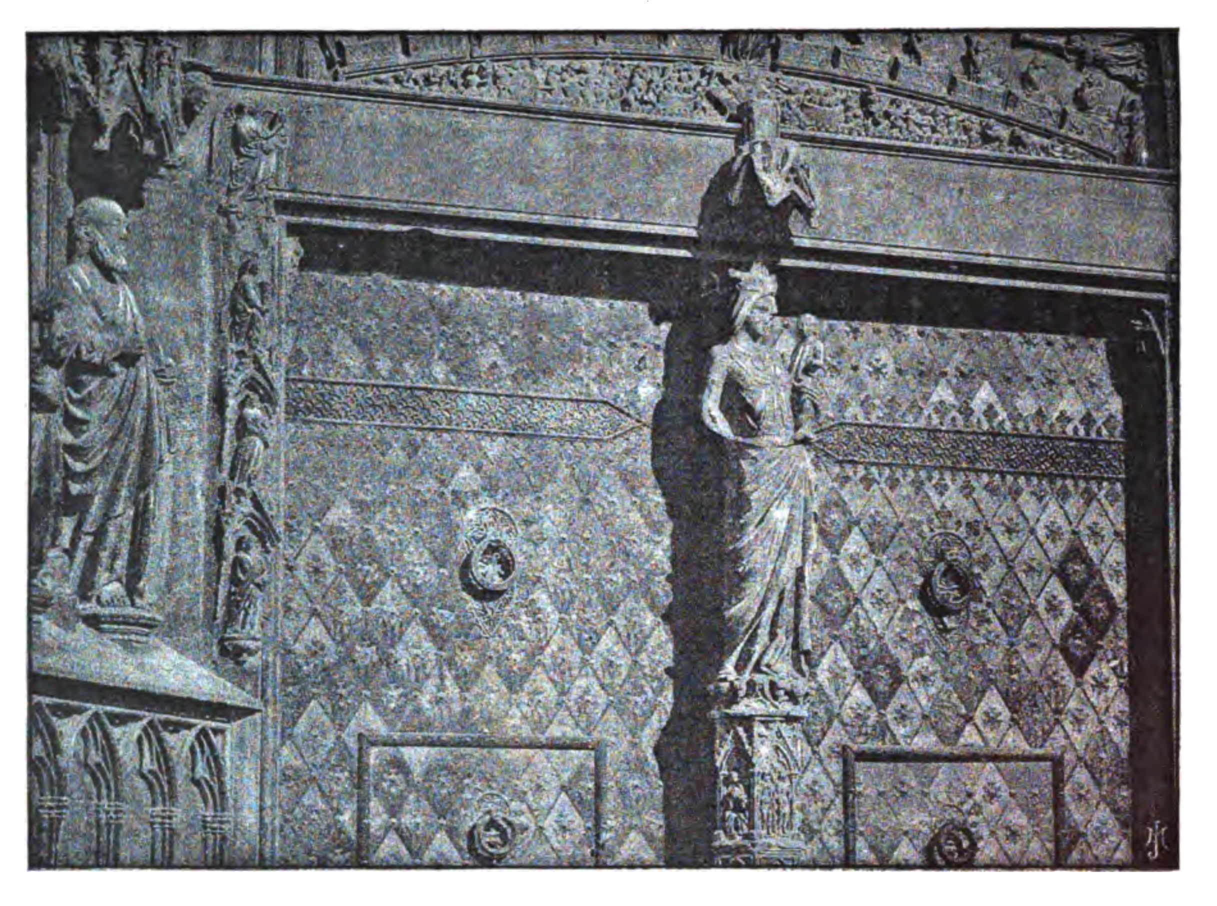
de como en rica tela despliéganse los hechos que ilustraron la corona de Aragón. Pero el siglo XIX debía dejar en su frente indelebles señales de su paso; y el 28 de Junio siempre aparecerá como un triste y funesto recuerdo para los tarraconenses, qne durante aquel día y en el silencio de aquella noche, en 1811, vieron entrar por los rotos muros las águilas francesas, cruzarse los fuegos dentro de la ciudad y correr la sangre á torrentes, mientras la vieja catedral resonaba con los alaridos de los soldados y moribundos, y el rojo resplandor. del incendio venía á sorprender al militar que saqueaba el santuario, y brillaba siniestro sobre el ultrajado pudor de las esposas y doncellas!

Catedral

El que por primera vez salude las murallas de los Escipiones, si es que bajo un rico cielo de primavera, muellemente recostado en el alcázar de un vapor y deslizándose por la superficie de un mar hermosamente azul y tranquilo como la superficie de un lago, quiso contemplar pasajeramente aquella costa en verdad poética; al saltar en la tierra de los fenicios, si arde en deseos de refrescar sus ideas y de beberlas nuevas en la contemplación de su más bello monumento, la catedral, atraviese rápidamente la nueva población del puerto, deje atrás la Rambla y plaza de la Fuente, y emprenda la subida que conduce á la calle Mayor. No sé qué aire original la caracteriza, que pronto llamará su atención, hasta que al fin desembocará en la plaza que hay al pié de las gradas de la catedral. Y antes de conceder toda su meditación al templo que delante de él se

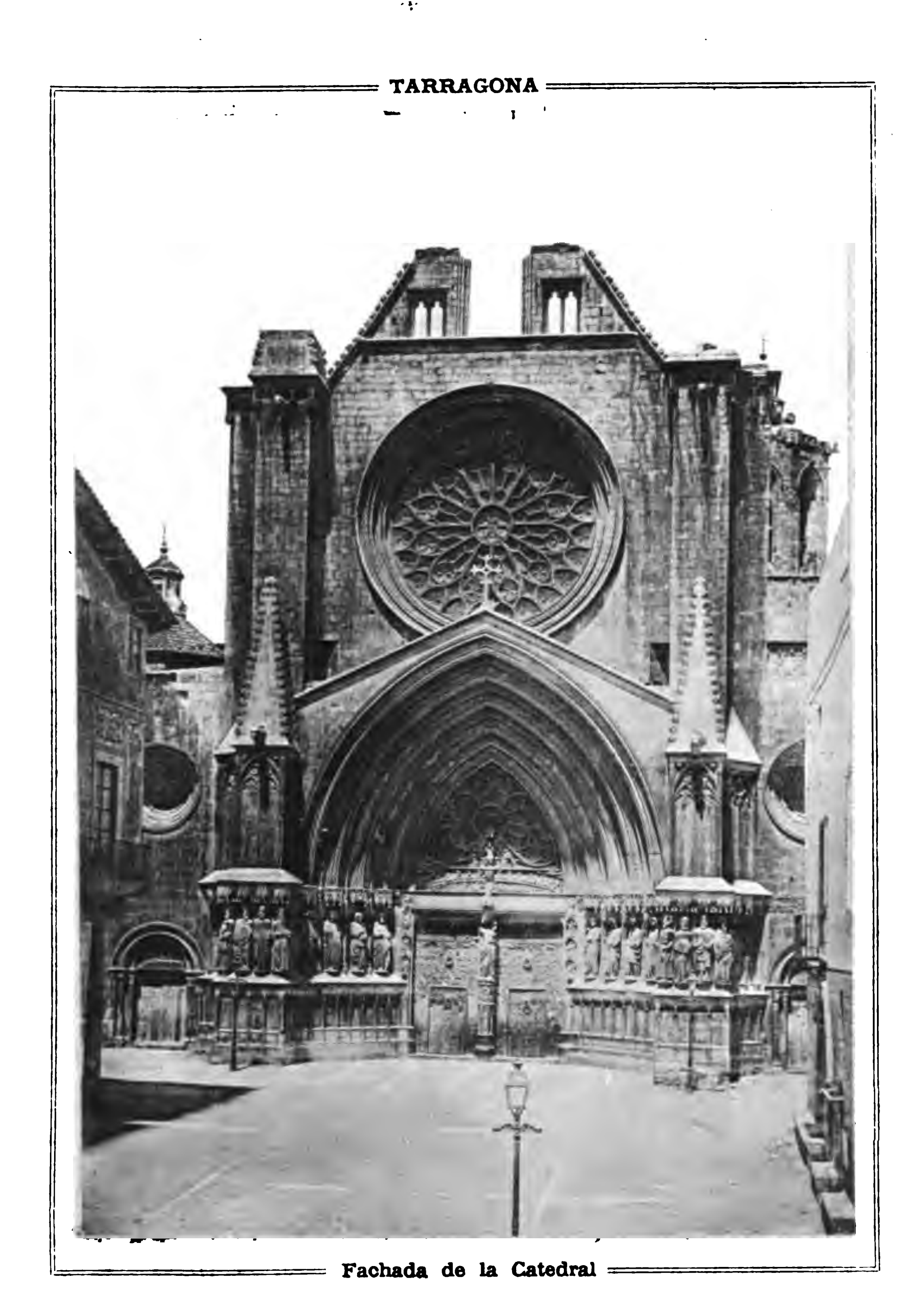
resistencia contra las fuerzas de D. Pedro, le citaron ante el tribunal de Dios en el término de 60 días, y que en el último de este plazo se verificó la visión de Santa Tecla.

eleva, tienda la vista á su alrededor, que bien lo requiere lo pintoresco del conjunto. Á su derecha, debajo de un pórtico, que por sus arcos apuntados y forma de sus pilares parece ser del último período de la Edad media, hormiguean las fruteras y gente que acude al mercado, al paso que la larga calle sigue tendiéndose al lejos con cierta irregular rectitud y llena de tiendas. Delante levántanse las gradas en número de diez y ocho, poco menos que en línea perpendicular, y al fondo del atrio ó plataforma, que hay en lo alto, asoma como la mitad superior del frontis, pues lo demás desaparece con la distancia, con la elevación de la escalera y con lo bajo que se encuentra el espectador, que, si en algo estima nuestro voto, al punto trepará por las susodichas gradas ¡tal es la rapidez de su declive, y tal la desproporcionada altura de cada escalón! y llegado á la plataforma, descansará del penoso curso que con nosotros acaba de hacer, pues tiempo y ocasión le dan para ello los objetos que en tal atrio se presentan. Á la izquierda resalta un mezquino edificio, cuyo cuerpo saliente ó voladizo, si tal puede llamarse, forma pórtico apoyándose en columnas dóricas, la mitad más altas que las demás; y á la derecha ábrense en el muro de otra casa dos elegantísimas ventanas gótico-árabes, partidas cada cual por dos columnitas, que graciosamente apean tres pequeños arcos semicirculares. Dentro de tan pintoresco marco, álzase al fondo el noble frontispicio de la iglesia, haciendo alarde de los adornos y detalles del género gótico. Consta de tres cuerpos: la portada, que es el primero, fórmase de dos anchos pilares con remate piramidal, unidos por un ángulo obtuso, cuyos extremos se apoyan donde empieza el mencionado remate, y dentro del espacio que queda levántase la arcada, componiendo en todo como tres partes; —división que, aunque en rigor tal vez no exista, creemos se nos perdonará en gracia de la claridad que de ella resulta. La primera, que se apoya en un zócalo ó banco de piedra, consiste en un dibujo dividido por pequeños pilares de relieve, adorno muy común en las portadas góticas;



TARRAGONA.—Detalle de la Portada de la Catedral

consta la segunda de comparticiones á estas semejantes, que á manera de nichos contienen 21 estatuas de apóstoles y profetas, cobijadas por doseletes truncados; á pesar que la ejecución de las figuras es enteramente tosca, son sin embargo de grandísimo efecto; el sol de más de seis siglos ha colorado de un rojizo reluciente aquellas masas; sus largos hábitos y su aspecto grave y como ceñudo bien se avienen con tan fantástico barniz, y tanta seriedad en sus venerables rostros casi justifica el dicho popular que, buscando una causa al vacío que hay en algunos nichos, supone que es destino de aquellas estatuas hundirse una cada cien años. Pero dejando aparte tales consejas, dudamos que el que las contemple al morir del día se resista á una impresión de terror, mayormente si está desierto el vasto atrio, y entreabierta la puerta de la profunda iglesia, que se le presenta como una negra é inmensa caverna, donde resuenan á aquella hora hondamente los últimos suspiros de la campana que se despide del sol. Forman la tercera parte de esta portada las ojivas del arco, que arrancan de encima de los doseletes, hasta el mencionado ángulo obtuso, al paso que á igual altura y medida hay en los pilares de los lados un gracioso dibujo ojival en todas sus caras. Tres grandes trozos de mármol componen la puerta, partida en dos por un pilar cuya mitad ocupa una estatua de la Virgen con Jesús en sus brazos, mayor que el natural. Á los piés de esta hay varias figuras pequeñas; entre ellas se ve Adán algo encorvado, de cuyo costado, ó por mejor decir espaldas, sale Eva mucho más diminuta, á quien al parecer sacaba de Adán el Padre Eterno, pues la imagen de éste está tan borrada que sólo da lugar á conjeturarlo. Casi en el extremo de las dos jambas de esta puerta, hay esculpidos varios ángeles con incensarios, y encima corre el ancho dintel sobre el cual, en dos comparticiones, muchos relieves figuran el Juicio universal; en la inferior vense caprichosos grupos de demonios y condenados, y en los ángulos de la superior dos ángeles tocan la trompeta, ocupando el resto de esta compartición varias figuras metidas en unos



Fachada de la Catedral



como sepulcros y vueltas todas en ademán suplicante hacia Jesucristo, que cobijado por un doselete y mucho más elevado que los demás, está sentado en medio del sol y la luna y de dos ángeles, al paso que sobre las cabezas de todas las figuras léense cortas inscripciones alusivas al objeto. Sigue luégo una ventana ojival, ricamente partida por una labor calada, que la llena y se derrama como una palmera, formando un dibujo airoso y vistosísimo.

El segundo cuerpo del frontis, que se levanta sobre la portada, fórmase de dos pilares cuadrados, adornados en su remate con relieves que siguen orlando la parte superior de las paredes de la nave; y en medio abre pomposamente sus hojas un grande y magnífico rosetón, uno de los más elegantes que pueda presentar el arte cristiano. También esta catedral quedó incompleta en su exterior, como lo están casi todas las que no se acabaron á fines del 1400 y principios del 1500, para mengua y baldón del llamado *renacimiento*. Los dos pilares de este cuerpo, que al parecer debían terminar en forma piramidal correspondiendo al todo del frontis, han quedado anivelados con las paredes, perdiendo no poca parte de su gracia, al paso que nada está perfecto en el tercer cuerpo. Debía éste formar un airoso triángulo, que hubiese coronado dignamente toda la obra, hundiendo en la atmósfera su aguda y ligera cúspide, símbolo de inspiración y de fe que dominara sobre toda la ciudad: pero sólo se ejecutaron de él unas tres cuartas partes, y ciertamente no sabemos con qué nombre calificar ese descuido de las personas á quienes incumbía perfeccionar la obra, ya que tan poco era lo que faltaba. El triángulo contiene tres ventanas; la del centro, que es la mayor, no está concluída, antes carece de la ojiva con que tal vez terminara, y á uno y otro lado hay otras dos menores cuadradas, divididas cada una por una columnita que sostiene dos pequeños arcos apuntados á la usanza gótica.

Al contemplar esta fachada creerá sin duda nuestro observador entrar en un templo todo ojival, delicado y elegante como

del símbolo y del dogma. Dueños los cristianos del cetro del mundo, al erigir sin rebozo ni temor templos al Hijo de María, por una reacción muy natural destruyeron el arte de Vitrubio, si ya no lo estaba, y en sus construcciones presidió el horror á cuanto tenía relación con el culto de los dioses. Ya no se vieron basílicas rodeadas de elegantes pórticos, en que la luz atravesaba libremente; ni el círculo ni la elipse formaron la planta de las nuevas fábricas religiosas; creóse la nave cristiana, y por una sublime inspiración el signo de toda la creencia evangélica vióse materializado en las construcciones á que dió forma, sirviendo de tipo á la tercera arquitectura que debía señalar la era de una nueva civilización. Así en el centro del crucero elevaron los primeros artífices cristianos la linterna, como espiritual corona que cobijase el lugar donde Jesucristo posó su divina cabeza en su agonía, y más abajo, al lado de los arcos torales, colocaron el coro, centro de los votos de los sacerdotes que allí, del mismo modo que el corazón de Jesús oró con amor inmenso por sus verdugos, debían alzar á Dios los cánticos sagrados y las preces que también salían del corazón de la iglesia. Así el templo era uno, y una la expresión del dogma; la humilde cruz que en el altar recibía las oraciones de los fieles era también la cruz que delineaba el santuario, y hubiérase dicho que la iglesia no era más que la sombra colosal del signo que contenía. Las columnas aisladas, adelgazándose y elevándose á mayor altura, reuniéronse en grupos bajo la mano del artífice, que con ellas formó machones, después de alterar las labores de los capiteles. Y cuando con el movimiento progresivo del arte vino el órgano á henchir las naves y las caladas ventanas recibieron en sus huecos pintados vidrios, que arrojaban adentro la luz más como destello de los sagrados asuntos en ellos dibujados que como emanación solar, cuando al rico rosetón central correspondieron dos rosetones en los brazos del crucero; entonces la expresión del símbolo fué completa, y al poner el pié en el santuario hallábase el cristiano ceñido por una atmósfera

espiritual, andaba sobre una cruz, cuya cabeza ó remate divisaba de todas partes, y si levantaba los ojos, veía una cruz en el altar, la Trinidad en los rosetones y los principales misterios de la religión en lo alto de las ventanas.

De tres naves, pues, consta la catedral tarraconense, y la mayor ocupa distinguido lugar entre los más celebrados edificios de entonces por su grandeza, capacidad y proporción (1). Veinte pilares tan extraordinariamente macizos, que mejor se llamarían montones de columnas, divídenla de las laterales: un mismo pedestal sirve para aquellas agrupadas columnas, medio árabes, medio romanas; pero lejos de elevarse todas á una misma altura, las que sostienen los arcos de las naves laterales y las arcadas de comunicación quédanse muy cortas, al paso que las dos que corresponden á la central lánzanse á doble altura. Es ciertamente de ver la singularidad y diligencia que en los capiteles se nota, y que en su mayor parte participan del gusto árabe. Sobre tan pesadas moles cargan los arcos en ojiva, tan gruesos y poco esbeltos, que á reentrar un tanto sus extremos pasarían perfectamente por obra morisca. Sin embargo, la ligereza con que se levanta la bóveda de la nave mayor, y la elegancia de las ventanas que en ella sobre las arcadas de comunicación se abren, al paso que contrastan sobremanera con los apiñados grupos de columnas de abajo y con el espesor de los mencionados arcos, ninguna duda dejan acerca del género á que corresponden. Pero si realmente quiere nuestro observador gozar de este contraste en su mayor efecto, véngase tras nosotros, é internándose en la espaciosa catedral colóquese en la nave lateral izquierda al lado de la capilla de San Fructuoso. En el centro ofrécese una masa de columnas que apea dos pesados arcos de aquella nave; detrás corre la central con sus altísimas y delgadas columnas pa-

(1) Consta de 467 palmos catalanes de longitud, contando el presbiterio, 61 de anchura, y 137 de elevación hasta el interior de la linterna. Las naves laterales son de menores dimensiones, particularmente tocante á elevación (a).

(a) Tienen de anchura las naves laterales 7 metros 93 centímetros cada una.

readadas y con sus esbeltas ventanas, y al fondo percíbense otros pilares que, formando una vistosa combinación de perspectiva, componen la nave lateral derecha. Una preciosidad notará en este cuadro el viajero, la cual, á no ser tal, más que para mencionada sería para reprendida por lo que afea el conjunto de la fábrica. Cuelgan de los pilares magníficos tapices que por su buen colorido y figuras convidan á un detenido examen; merecen particular atención algunos de sus personajes, y los arabescos, follajes y juegos de frutas que guarnecen la orla los colocan entre las obras más apreciables de esta clase. Pero el que á nuestro parecer debe ocupar la atención del observador, si es artista, es el que cubre buena parte de la pared de aquella misma nave y oculta casi todas las capillas que están de espaldas al coro. Quizás su colorido no iguale la suavidad de los que guarnecen los pilares; pero sus figuras son interesantísimas por sus trajes, en los cuales puede el artista hacer un regular estudio. ¿Cómo vinieron estos tapices á la catedral de Tarragona? Nadie hasta el presente ha satisfecho esta pregunta, y únicamente una conjetura, que ya ha pasado á tradición, los atribuye á un príncipe que los regaló al cabildo. Con todo, en nuestro sentir, pertenecen á la escuela italiana, siendo unos del 1500 y otros del 1600.

Cierra el coro por esta parte de la nave central una pared de mármoles y jaspes (*a*); y si encuentra abierta el viajero la puerta que ocupa el centro, éntre á examinar aquella parte del edificio, que suele ser no la menos interesante en las antiguas

(a) En la pared que cierra el coro y en su parte exterior, hay adosado el panteón que guarda el cadáver del rey D. Jaime el Conquistador, salvado de la devastación de Poblet. Está formado el basamento del panteón con fragmentos de los sepulcros de los Cardonas que había en la parte inferior de los templetes góticos en los enterramientos reales de Poblet, y sobre él descansa la misma urna en que se depositó el cadáver de aquel monarca en seguida de su muerte, y que se hallaba suspendida en el presbiterio del indicado monasterio. Esta urna se cubrió de piezas de alabastro con adornos del renacimiento, en armonía con el resto del mausoleo.

La ceremonia de la traslación tuvo lugar de una manera suntuosísima en el

catedrales. Sin embargo, su conjunto no satisfará sus esperanzas, pues á primera vista sus sillas no ofrecen más que una tabla de roble que llamaríase lisa, á no resaltar algunas molduras que dividen cada asiento. Pero ya que poco aprecio le merezca su forma general, párese á ver los bien trabajados adornos de crestería con que remata, y sentirá en verdad que quien tuvo ingenio para combinarlos y ejecutarlos no los dispusiese de manera que resaltase su bondad y delicadeza. Dos calados púlpitos de piedra se levantan en el extremo del coro por la parte del crucero, que magnífico y despejado corta allí las tres naves y prolonga con proporción y fuerza de ellas sus anchos brazos. Un rosetón aparece en lo alto de cada uno de estos, y corona el centro de la bóveda un vasto cimborio, mientras suntuosas capillas guarnecen los extremos de los brazos, cuya parte inferior fué trazada en semicírculo como en todas las fábricas bizantinas. Delante, á una longitud de 78 palmos húndese el presbiterio, que así puede decirse según lo sombrío y oscuro que se presenta. Pasado el crucero, los pilares normandos ya no apean pesadas é incongruentes ojivas, antes sobre sus impostas cargan arcos espesísimos en semicírculo, y los de las bóvedas aparecen en forma de pesados cilindros; circunstancia que claro dice se trazó el templo cuando aún no asomara en los Pirineos la vencedora ojiva, que ya encontró edificada el ábside

---

año 1856, consignándose el acto con la siguiente inscripción que aparece en la parte interior del monumento:

Everso impie anno MDCCCXXXV Popvleti coenobio
violatis avgvstae domvs Aragoniae sepvlchris
corpvs Iacobi I expvgnatoris dicti
praeclari Aragonum regis e tvmvlo
vbi Vet amplius saecvlis adqvieverat, efossvm
Tarraco pie servavit,
tvendvmqve in perpetvvm a temporis et hominvm inivria
hoc monvmento aere provinciarvm
tarraconensis et barcinonensis exstrvcto
benigne annvente Elisabeth II
Hispaniarvm regina
in sva ipsivs basilica religiosa restitvit
die VII Oct. ann. MDCCCLVI.

de la nave central y á lo menos el extremo de una de las laterales.

Y si desea el observador notar por sus propios ojos el contraste del semicírculo y del arco apuntado, atraviese el crucero, éntre en la capilla de San Olaguer, remate de la nave lateral derecha, y colocándose como en su centro, tienda la vista por lo que dejó á sus espaldas. Sobre su cabeza crúzanse los arcos cilíndricos de la aplastada bóveda, y delante, iluminado por la luz que arroja una puerta lateral, ofrécesele un pilar más bajo que los que antes viera y de más decidido carácter, al paso que los detalles caprichosos de los capiteles de sus columnas dibújanse con más limpieza y ofrecen más variedad.—Sin embargo, sea dicho de paso, la masa de luz que da la puerta destruye buena parte del efecto de aquel trozo de fábrica, y no está en armonía con su carácter; si en su lugar densas sombras colgasen de los pilares como fúnebres tapices, y sólo la dudosa lumbre de la lámpara que cuelga en el centro diese con sus oscilaciones movimiento á los fantásticos capiteles y enrojeciese un tanto la sombría bóveda, el carácter sajón aparecería en su terrible verdad, y lo incierto de las formas y de la luz muy bien se avendría con aquella capilla, que más parece hundido panteon ó bóveda sepulcral.—Detrás corre la nave del crucero, y pegados á los machones de los arcos torales vense los dos púlpitos que encabezan el coro, cerrado allí con una reja, mientras á un lado se prolonga toda la nave lateral derecha, poco alumbrada por las ventanas de las capillas y por la lejana y pequeña abertura circular que corona la puertecita del frontis, y en el centro asoma parte de la mayor inundada por la abundante luz de su rosetón.

Bajando empero nuestro atento viajero el escalón que forma el pavimento en aquella capilla, atraviese la arcada que da á la entrada del presbiterio, si no cansado de tan prolija observación desea ver cuánto notable contiene esta catedral. Al extremo de aquel álzase el ábside, en la cual se ven practicadas unas aber-

turas, que más que ventanas asemejan estrechas aspilleras de un torreón feudal, y apenas dan paso á la escasa y débil luz que misteriosamente ilumina aquella parte del presbiterio. Si alguna vez en sus sueños de artista hase imaginado el viajero un efecto sombrío, fantástico y antiguo de luz y fábrica, tal vez verá realizada su concepción en aquella ábside, que tiene todo el sabor y perfección bizantinos. Sin embargo, sirve para cobijar una obra delicadísima del género gótico, cuyo conjunto á primera vista no llama la atención; hablamos del altar mayor, al cual debe aproximarse nuestro observador para gozar de la vista de sus detalles, pues de lejos no presenta más que una pared lisa. Está sembrado de bajos y medios relieves, ejecutados la mayor parte con maestría y extremada delicadeza, y bien es menester que ponga ahí toda su atención, porque es imposible gozar de una sola ojeada todas sus particularidades, que en vano intentaríamos trasladar al papel. Lo que sirve de base fórmase de ángeles que sostienen follajes y blasones de varios arzobispos, y corre encima una compartición, que, dividida en varios cuadros, contiene el martirio de Santa Tecla. Sobre una faja de bien trabajadas hojas levántanse estos tan ricos y elegantes en detalles, que difícilmente bastaría una sola lámina para abarcarlos con la debida claridad y limpieza. Sepáranlos unos pilares cuadrados, que sólo en la parte superior aparecen tales, pues queda oculto lo demás con las labores sobrepuestas. Sobre una monstruosa cabeza que ocupa su parte inferior apóyase un esbelto pedestal lleno en su mitad de un follaje calado y conteniendo diminutos insectos de tanto trabajo y gusto, que la imaginación apenas acierta á concebir cómo sin romper el mármol lograba figurar el artífice la separación de las hojas entetejidas unas con otras y pendientes de ellas los mencionados animales; sigue luégo una airosa estatua de una santa, notable por su esbeltez, gracia y pureza de los pliegues, y á sus lados y sobre su cabeza se ven dos pilarcitos y un pináculo primorosamente trabajados, que forman como un nicho. Corre de pilar á pilar

en la parte superior un trozo de escultura, que dividido en tres comparticiones y formando, además de sus numerosos detalles, tres riquísimas ojivas, cierra el cuadro, dentro del cual vese algún acto del martirio de la Santa, coronando el todo á manera de cornisa una faja de hojas. Los cuadros, que sobre este cuerpo siguen, figuran la vida y pasión de Jesucristo; pero á no ser que se encarame el observador con notable riesgo de su persona, no puede enterarse tan particularmente de sus detalles como en lo que acabamos de describir, aunque bien le permite la distancia convencerse de que dista mucho de la buena ejecución de los demás. Ocupa el centro del altar una estatua colosal de la Virgen, y á su lado á cierta distancia vense las de Santa Tecla y San Pablo, cobijadas todas por tres pináculos ó doseletes admirables por la infinidad y gracia de sus afiligranadas labores, que en el de la Virgen se lanzan á considerable altura. Á uno y otro lado de este bello altar ábrese una airosa puerta, cuya elegante ojiva está como encerrada en un cuadro lleno de esculturas. Esta magnífica obra en su mayor parte es de una especie de alabastro de cerca de Gerona (*a*), y en la abundancia, complicación y, por decirlo así, refinamiento de sus detalles, fácil es leer el último período del arte gótico, que llevaba á lo sumo la delicadeza de sus cúpulas afiligranadas, de sus remates de penachería y de sus más brillantes combinaciones en ventanas y frontispicios.

Pero fuerza le será al complaciente viajero despedirse de este altar, pues los sepulcros y capillas reclaman una rápida visita, y ya que ha contemplado á su sabor el todo, justo es que consagre algunos momentos á las partes más notables. Sin moverse del mismo presbiterio, á la derecha hay un magnífico sepulcro con estatua echada y adornado con cinco figuritas de santos, rematando en dos ángeles que conducen el alma del que

---

(*a*) Los pináculos, agujas y doseletes del segundo cuerpo y de la parte superior son de madera.

allí yace, á los piés de Jesucristo. La estatua tendida es muy digna de consideración por la regularidad con que están esculpidos sus adornos pontificales; pero todo queda ofuscado al lado de la cabeza, dotada extraordinariamente de la más profunda verdad; y tanto sentimiento y expresión respira, que fuerza al menos entusiasta á ver en ella la efigie de un varón santo é inocente: de manera que, en sentir de los más juiciosos críticos, si no se le notara cierta redondez, bien podría colocarse en el número de las mejores que haya producido el arte cristiano. Desproporcionadas son las de los cinco santos, pero ¡cuán compensado queda este defecto en el sentimiento que baña aquellos rostros, particularmente el de la Virgen! Y si á esto se añade el precioso estilo de los pliegues de todas, no vacilará el viajero en asegurar que es uno de los más bellos monumentos que de su género puedan ofrecérsele. Y después de leer la inscripción latina, por la cual vendrá en conocimiento de que allí está enterrado el tercer hijo de D. Jaime II *el Justo*, llamado D. Juan, arzobispo de Toledo después de Tarragona y por último Patriarca de Alejandría fundador del monasterio de Scala-Dei, que murió en Tarragona á 19 Agosto de 1334 á los 33 años de su edad; váyase para el crucero, y dirigiéndose al extremo del brazo derecho (1), deténgase un rato delante de la capilla del Crucifijo, que lo ocupa todo, formando tres altares en ojiva, sobre los cuales corre un vistoso antepecho calado. Recorriendo luégo toda la nave lateral derecha, en la pared intermedia entre las dos capillas de San Miguel y de las Vírgenes, que son las inmediatas al muro del frontis, verá abierto un arco, y colocado en su hueco el sepulcro de D. Gaspar de Cervantes Gaeta, cardenal y arzobispo de Mesina, Salerno y Tarragona, que murió á mediados de Octubre de 1575. Fórmase de una urna de mármol

(1) Debe advertir el lector que siempre que usamos de las voces *derecha* é *izquierda* con referencia á alguna de las partes principales ó á la planta general de este templo, queremos expresar *derecha* é *izquierda* del que entra, único modo de evitar la confusión.

con inscripción en sus dos frontes correspondientes á las dos capillas, sonteniendo la figura de la caridad, y adornada con algunas pequeñas estatuas alegóricas de virtudes, de regular ejecución (1). Al entrar empero en la nave lateral izquierda, se le presentarán las dos primeras capillas, de Santo Tomás y de nuestra Señora de Lorito (*a*), cuya bóveda forma en la clave un precioso dibujo, y en cuya pared intermedia ábrese un arco á manera de gótico tabernáculo, que contiene un sepulcro. Adornan uno y otro frente buenas esculturas, que encima del arco rematan en un trabajado triángulo; pero la urna es moderna, y su inscripción latina, correspondiente á la capilla de Nuestra Señora, conserva el nombre de D. Pedro de Cardona, arzobispo de Tarragona y canciller real que erigió aquella tumba á su tío el cardenal D. Jaime de Cardona (2) (*b*). Eche de paso una ojeada á los tapices, hasta llegar á las modernas capillas de San Fructuoso y de San Juan, (*c*) muy recomendables por su buena disposición y proporciones. Son ambas de orden corintio, y adórnanlas algunas pilastras de mármol ceniciento, entre las cuales corren fajas del mismo color.

---

(1) En la capilla de las Vírgenes (*a*), que ahora lo es de las fuentes bautismales, hay el baño de mármol blanco de una sola pieza, aunque de forma poco graciosa, que se encontró entre las ruinas del palacio de Augusto y se atribuye á este emperador; consta de 14 palmos de longitud, 8 de latitud y 7 de fondo, y sirve hoy de pila. También son dignas de alguna atención las pilas de agua bendita, de gusto bizantino y en muchas de ellas bárbaro.

(*a*) Son iguales y edificadas en 1520 á costas del arzobispo D. Pedro de Cardona, virrey de Cataluña.

(2) Es como sigue: *Jacobo a Cardona cardenali dignissimo Petrus archiepus tarraconensis regiusque cancelarius nepos et alumnus statuendum curavit.*

(*b*) Colateral con esta tumba hay la del arzobispo D. José Costa y Borrás abierta en el muro y de estilo gótico imitando la de Cardona. Fué construída en 1864.

En la capilla de Santo Tomás hay el panteón del arzobispo D. Francisco Fleix y Solans que murió en 1870. Es de estilo gótico, de mármol negruzco, y termina con una estatua arrodillada, retrato del difunto.

(*c*) La calificación de *modernas* debe entenderse relativamente á la época del estilo ojival, pues que estas capillas construídas sobre el año 1592, pertenecen al gusto del renacimiento, y fueron dirigidas, como se verá más adelante, por el famoso Pedro Blay; siendo conocidas desde entonces por *capellas novas.*

(*a*) **Esta capilla es de estilo ojival con elegantes ventanales. Fué construida en 1341 á costas del arzobispo D. Arnaldo Cescomes. Tenía antes un magnífico retablo de alabastro.**

Pero su mejor decoración es el sepulcro de D. Juan Terés, arzobispo de Tarragona, virrey y capitán general de Cataluña (*a*), que ocupa la arcada que se abre en la pared que las dos capillas divide. Forma un gracioso templete cuadrado con ocho columnas corintias, cuyos capiteles son blancos y pardos los fustes. Perpendiculares á ellas levántanse sobre el cornisamento ocho pequeñas estatuas, que representan virtudes, y corona tan bello sepulcro una cúpula que remata en obelisco. Dentro de este templete se ve la urna, que sostienen cuatro leones, y las dos inscripciones latinas no hacen más que enumerar los cargos que el difunto obtuvo en vida y que ya dejamos mencionados.

Al poner otra vez el pié en el crucero, tuerza nuestro atento observador hacia el extremo del brazo izquierdo, donde hay la puerta de la capilla del Sacramento, ornada con dos grandes columnas de orden corintio (*b*). El altar es de mármoles de mezcla, con ornato de pilastras, y hay repartidas en él algunas pinturas de mérito regular. Ocupa el centro el tabernáculo con dos columnas corintias, y á uno y otro lado se ven las estatuas de Aarón y Melquisedec, al paso que bajo-relieves de bronce enriquecen las puertas del sagrario. Esta capilla, notable por su buena arquitectura, eslo también por un rasgo de osadía: como consta de una sola bóveda prolongada, pues, según es fama, era parte del antiguo arce de los romanos, y careciendo por lo mismo de luz; al trazar su arreglo, se atrevió el arquitecto á practicar en la bóveda una abertura elíptica, sobre la cual, sin estribos, levantó una cúpula y linterna de orden toscano. Contiene también el sepulcro del sabio D. Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona, que murió á fin de Mayo de 1586, á los 69 años de su edad. Es un sarcófago de mármol lleno de follajes

(*a*) Este insigne prelado, nacido de humilde cuna en la villa de Verdú, y que por sus méritos supo elevarse á las más altas dignidades, falleció en Barcelona en 1603.

(*b*) Son de granito de una sola pieza, midiendo 4 metros 50 centímetros. Se cree pertenecieron al pórtico ó galería que rodeaba el Foro romano.

[illegible] de algun siglo.

[illegible] de esta capilla en la pared de la izquierda de aquel [illegible] Santa Bárbara de gusto gótico [illegible] Señora de la [illegible] Sobre una [illegible] formando [illegible] como un pabellon (1).

Antes de entrar en esta capilla, ya debió de notar nuestro viajero una puerta, que corresponde á la mencionada del extremo de la opuesta nave lateral, pero por esta vez no pase sin averiguar á donde conduce (2), que en verdad no tendrá que arrepentirse de esta posterior atencion para con nuestras indicaciones. Apenas sentará el pie en su umbral, creemos nos concederá francamente la condicion de veraces, y buen trabajo tendrá que tomarse para aclarar la primera impresion general por me-

---

(1) Esta capilla [illegible] es [illegible] del siglo XV y [illegible] de estar concluida en 1[illegible], pues en dicho año se sepultó en ella en un sepulcro que se halla al lado de la Epístola el arzobispo D. Pedro [illegible], que habia muerto en [illegible] en 1[illegible].

El retablo de la misma época que la capilla consiste en un gran cuadro de piedra con marco de madera dorada, que tiene en el centro una imágen de la Virgen con el Niño Jesús de mucho mas mérito, y recuadros con pasos de la vida de Jesús y de la Virgen.

(2) Antes de salir del templo pueden verse, á mas de las mencionadas, otras capillas, entre ellas la de Santa Tecla, obra del siglo XVIII muy rica en materiales, pues está toda de mármoles del país y que presenta un conjunto mas suntuoso que de buen gusto, y la de la Purísima Concepcion construida en el siglo XVII adornada con notables pinturas.

TARRAGONA.—Galería del Claustro de la Catedral

dio de la contemplación particular, pues sus ojos tal vez no sabrán distinguir á primera vista lo que después de un detenido examen verá en aquel claustro, al parecer monótono y falto de adornos. Pero antes de ir más adelante, considere la singular puerta por donde entró. Es enteramente bizantina, y si en algo deba apreciarse nuestro voto, creemos que muchos de sus trozos, particularmente algunos capiteles, pertenecieron á alguna fábrica romana de la última época. Una columna, tal vez no deba llamarse tal, como que no pasa de un grueso cilindro al parecer de obra romana, divide el cuadrado de la entrada en dos puertas, y está sentada sobre una base formada de culebras enlazadas, mientras en su capitel extrañísimo entre otros asuntos se figura la adoración de los Reyes. Corre luégo el ancho dintel, sobre el cual vense entallados los símbolos de los evangelistas, ocupando Dios el centro, y cierran el todo los macizos arcos cilíndricos, cargando sobre columnas con caprichosas bases, y cuyos originales capiteles manifiestan en parte el gusto romano adulterado con las maneras bárbaras, y en parte el de los sectarios de Mahoma. En el de la segunda columna á la derecha del que entra vense acostados en una misma cama los tres Reyes, y un ángel los dispierta para que se pongan en camino (*a*).

Tienda empero la vista por el largo corredor de oriente, que es el que á su derecha se presenta (1), y por él vendrá en conocimiento de todo el claustro. Siguiendo rigurosamente el mismo estilo del templo, el genio bizantino-árabe presidió á la construcción de su parte inferior, que allí hizo alarde de toda su delicadeza, elegancia y buena ejecución, prendas que ciertamente no son siempre sus señales características; y el arco gó-

(*a*) Se cree con fundamento que esta portada románica sería la principal en la Catedral primitiva, del mismo estilo.

(1) Cada corredor consta de 62 varas de longitud, y sumando las columnas pareadas, las de los machones, de los ángulos y de las paredes exteriores, resulta un total de 296.

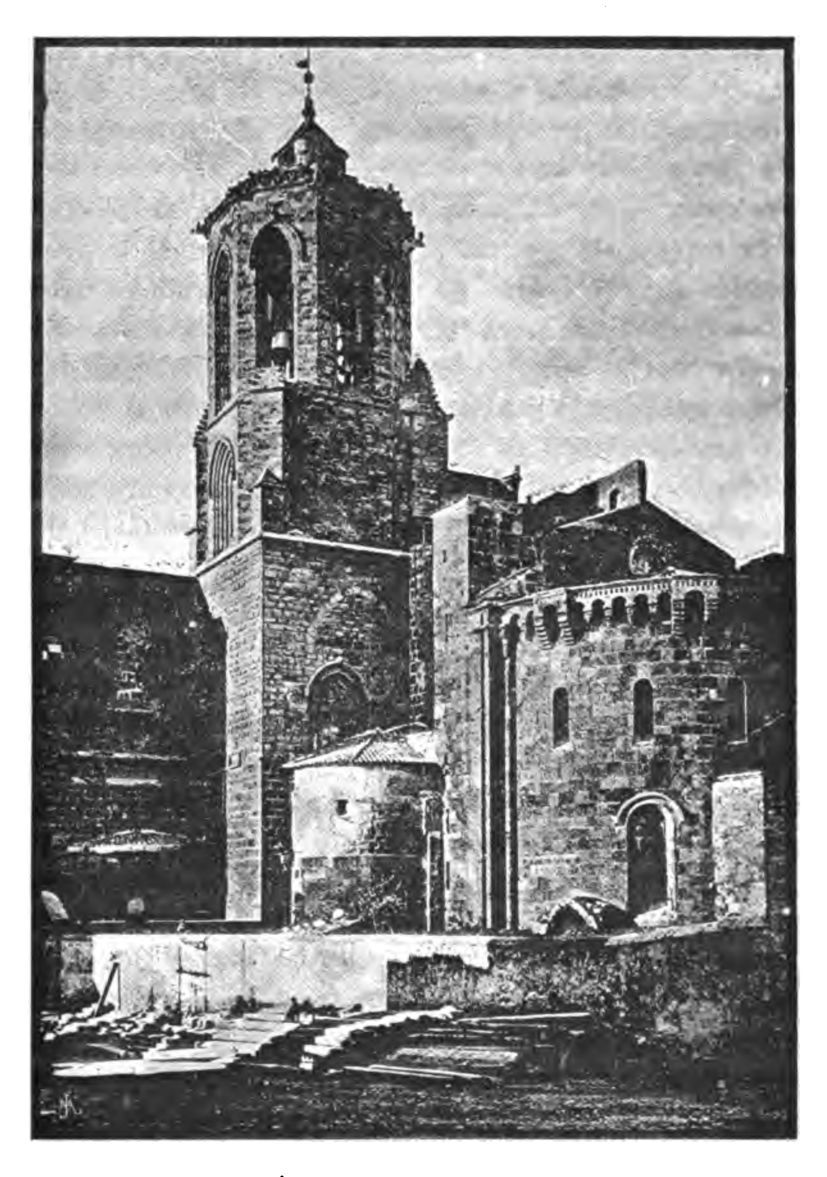
tico levantó los arcos superiores, y cerró la techumbre. Consta, pues, este corredor de seis grandes arcos ojivales, que ascienden hasta la bóveda, y, junto con los de esta, se apoyan en machones adornados con agrupadas columnitas de vistoso mármol. Cada uno divídese á la mitad de su altura en tres pequeños arcos semicirculares, apeados por columnas pareadas, iguales en todo á aquellas, y en el espacio que queda desde los arranques de estos hasta las dovelas del ojival ábrense dos ventanas redondas, que no sin gracia interrumpen aquel trozo de pared. Acérquese entre tanto á los pilares, cuyos capiteles y bases contienen riquísimos adornos arabescos en su mayor parte; asemejan unas delicadas palmeras, de cuyo tierno tronco brotan en lo alto recientes hojas; figuran otros cestas moriscas; imitan estos los capiteles romanos, pero alterándolos con detalles arbitrarios; vense en aquellos enroscadas sierpes, y en todos brilla tanta bondad de ejecución, gracia y originalidad, que hará muy bien el viajero artista en copiar los más notables; preciosa colección, que no será la parte menos bella é interesante de su álbum. Á tal riqueza de detalles muy bien corresponden los ornatos de las impostas y arquitrabes, y de los arcos semicirculares, que se presentan bordados con adornos de su género, conteniendo aquellas variados arabescos. Mas como si presintiese el artífice la revolución que á poco debía variar el arte, aún dominando el género bizantino, atrevióse á alterar la unidad primitiva, y al lado de asuntos sagrados esculpió objetos profanos y ciertamente no los más á propósito para la contemplación (1).

(1) Entre ellos merecen mencionarse los relieves del arquitrabe de las columnas correspondientes al tercer arco semicircular, arrimadas al tercer machón del mencionado corredor oriental. Forma dos particiones; en la una los ratones celebran los funerales del gato, que, colocado en andas, llevan á enterrar; precede á la procesión un ratón con el hisopo y agua bendita, y todos los personajes, si así pueden llamarse, están ejecutados con gusto y expresión: en la otra mitad el gato ha saltado de las andas, y anda cazando á los enterradores, que huyen por todas partes. Estas esculturas, á pesar de lo diminutas que son, respiran gracia y complacen al crítico más severo.

Al extremo de este corredor, ábrese la sala capitular, célebre por los antiguos concilios que allí se tuvieron. Su puerta es bizantina, y hay á su lado dos ventanas, destituídas una y otras de buena ejecución. Pero la bóveda del interior es muy notable por la bella combinación de los arcos, que forman airoso dibujo; y algo inferiores á su arranque, vense pequeñas estatuas de un gusto regular, particularmente en la parte de pliegues (*a*).

Salude empero al pasar los restos del templo de Augusto mencionados y la fachadita del Mihrab de la antigua mezquita, y entrando en el patio ó jardín, colóquese junto al surtidor central. Bello es el cuadro que á sus ojos se presenta, pues por aquella parte es tan rico el conjunto del exterior de la iglesia, que bien merece un examen detenido. Detrás del surtidor, tiéndense los dos lienzos oriental y meridional del claustro, formando ángulo; allí es donde se goza de toda su belleza, pues alzándose desembarazados los arcos ojivales y resaltando un tanto, marcan un pintoresco contraste con los tres pequeños semicirculares y con las dos redondas ventanas que comprende cada uno. Los machones, que en esta parte toman la forma de una gruesa pilastra, están en su centro adornados con una columna del gusto de las demás del edificio, la cual llega hasta el remate; y corona el todo una cornisa, compuesta de aquella especie de ménsulas, que también se ven en la fachada árabe de San Pablo de la misma ciudad, y sobre las cuales corren algunas molduras. Inmediatamente sobre el claustro, y como hacia el segundo arco del lienzo oriental, contiguo al ángulo, aparece el exterior de la capilla de Nuestra Señora de la Encarnación ó de los Sastres, que es el fin de la nave lateral izquierda. Forma un exágono; una ventana ocupa cada frente, y sobre una línea de esculturas, álzase la baranda calada ador-

(*a*) Se referirá el autor en esta descripción á la Capilla de Corpus-Christi, construcción mitad románica y mitad gótica de la primera época, pues consta fué edificada la parte ojival en 1309. Desde esta capilla se pasa á la sala capitular y otras dependencias.



TARRAGONA.—Ábside y Campanario de la Catedral

nada con varias labores y escudos de armas, rematando cada estribo en una pirámide de crestería. Detrás, y más á la izquierda, levántase el ábside, que más que de trozo de fábrica religiosa calificaráse de resto de una fortaleza. Es un ancho torreón, cuya espesa pared vese interrumpida únicamente por estrechas aberturas, que bien podemos llamar troneras, por las cuales entra, como vimos, un débil vislumbre en el presbiterio; dos columnas muy delgadas de estilo árabe guarnecen ambos lados ó extremos de la curva que forma, y ciñen la parte superior los arcos ó curvas de resalto que se notan en todas las fortificaciones de entonces, seguidos de una línea de unos como pequeños modillones y de algunas molduras. Algunas ladroneras aparecen en lo alto, y aquellos signos de destrucción claro nos dicen cuán borrascosos y agitados serían los tiempos en que se alzó á Dios aquel templo, cuando en sus principios las obras de defensa eran los únicos adornos con que se decoraba el exterior. Asoman al fondo el campanario y el pesado cimborio, cuyas ventanas contienen los toscos calados circulares, que precedieron de poco á las ricas labores del género tudesco. Paralelo al lienzo meridional del claustro aparece el brazo izquierdo del crucero, orlado en su remate con los mismos adornos ó ménsulas del exterior de aquel y ostentando en su frente el rosetón que lo ilumina; y á la derecha cierra el cuadro la cúpula toscana de la capilla del Sacramento.

Esto es cuánto de más notable contiene la famosa catedral tarraconense, y mucho nos lisonjeamos que no echará menos el viajero el tiempo que empleó en recorrerla. Mas á fuer de corteses acompañantes, y para completar lo comenzado, concédanos que le hagamos entrar otra vez en el templo, y que atravesando el presbiterio le conduzcamos á la puerta lateral de enfrente, llamada de Santa Tecla, que pues hemos de indicarle la salida de aquel edificio, bien nos es lícito procurarle en ello nuevo goce. Y puesto ya en la calle, si aquello lo es, eche una postrer mirada á la pobre puerta bizantina, que estrechada entre

el ábside del brazo derecho del crucero y una pared, y sombreada por la mole del campanario, aparece tímida y encogida y como si no pudiese soportar el peso de su grueso arco. Y hecho cargo del bello conjunto que aquella parte del exterior le ofrece, despídase del noble edificio (*a*), como nosotros nos despedimos de tan complaciente viajero.

Al pasar la desolación sobre la antigua Tarragona, en la ruina de las fábricas que le habían dado majestad entre las primeras colonias romanas, envolvió también la de sus monumentos escritos, y las últimas guerras, que en nuestros tiempos diezmaron su población, han acabado con lo que había ido reuniendo la Edad media. Metrópoli de la mitad de la España, con pretensiones al título de primada, esa célebre iglesia carece sin embargo de datos para escribir su historia antigua, y en los

(*a*) Esta catedral, que ha sido objeto en estos últimos tiempos de algunas mejoras parciales debidas á la ilustración y celo de los Excmos. Arzobispos y del Cabildo, está en vías de sufrir una restauración completa, conforme el proyecto que, por encargo de los mismos, han formulado los arquitectos de Barcelona D. Elías Rogent y D. Augusto Font.

El plan es completo, abrazando el interior y el exterior y las dependencias todas de la Metropolitana. Las obras que se señalan para el exterior son la terminación del frontis; la desaparición de todos los adimentos que cubren las líneas de los ábsides de las capillas laterales, la conclusión de los pináculos, etc., y levantar otro campanario colateral con el existente, al cual se añade un piso. Además se construyen los cuerpos de edificio necesarios para las diferentes dependencias de la iglesia, de un estilo apropiado, y se rectifican y ensanchan las vías que rodean el monumental edificio.

En el interior se limitaría la restauración á rectificar los ventanales, dejar perfectamente visibles los tres ábsides que forman las terminaciones de las naves, y dar luz y desahogo al altar mayor, aislando su magnífico retablo, abriendo las ventanas del ábside y decorando la bóveda.

En sustitución de los tres altares que hay en el fondo del crucero á mano derecha, se idea levantar un panteón para D. Jaime I, de estilo ojival, recordando los enterramientos de Poblet.

más famosos tratados de esta clase ella es la que más reducido lugar ocupa. Así fuerza nos será al trazar estos apuntes pasar en silencio sus principios desde el tiempo de Constantino, lo que fué cuando la dominación goda, si se convirtió en mezquita bajo los árabes, y comenzar cuando la restauración de la ciudad por el santo arzobispo Olaguer, y no se crea que á contar de esta época el archivo nos suministre documentos que arrojen bastante luz para aclarar toda la historia de su construcción; los incendios tampoco perdonaron los pergaminos góticos, y las noticias sólo truncadas y escasas vienen á nuestro intento.

Al recibir San Olaguer la donación que en 1116 le hizo de Tarragona el conde D. Ramón Berenguer III *el Grande*, entre las tareas de fomentar la nueva población no descuidó el proyecto de erigir un templo digno de tal metrópoli, y emprendió su construcción por los años de 1128. Pero ya en el siguiente era menester un decreto del concilio narbonense para procurarle medios, y fácilmente puédese conjeturar con cuánta pena se irían acopiando los materiales para la obra, que no creemos se hubiese principiado de efecto. Pero la vuelta del conde Roberto de Normandía, de donde trajo soldados y artífices, reanimó la naciente población, y la fábrica de la catedral, según es fama, debióle sus primeros constructores.—Iba por entonces renaciendo en todos los estados cristianos de España el arte de edificar; y la catedral de Salamanca y la de Santa María de Lugo sentaban en el suelo sus cuadrados pilares, y levantaban arcos y bóvedas semicirculares de bastante altura. Cataluña habíase señalado en sus construcciones, si es que no precedió á las demás provincias, y los restos de sus antiguas catedrales y monasterios bien pueden sostener la comparación con las demás iglesias contemporáneas de España. Sin embargo, alzábase en Tarragona un santuario, que á todos debía vencer en elegancia y suntuosidad; y aunque perteneciente en sus rasgos generales al género que entonces dominaba, con todo diferenciábanlo cierta originalidad y bondad de ejecución, impropias

de un reducido pueblo de guerreros y que suponían una civilización más perfecta y más experiencia en el artífice. ¿Cómo el que no había visto otros machones que los cuadrados debía atreverse á cubrir sus cuatro caras con grupos de columnas, repartiéndolas con proporción, destinando dos más altas para la nave central y poblando sus capiteles de buenas labores? Así, no sin fundamento se ha atribuido á un maestro normando la traza de aquel templo; y confirman esta suposición la unidad que reina en toda la obra á pesar de haber durado tantos años, la proporción de la altura del ábside y de la bóveda del presbiterio con la gótica del resto de la nave central, la igualdad de todos los pilares y las dos puertecitas bizantinas, que asoman al lado del frontis gótico, y que en nuestro concepto no se encontraran allí á no haberse construído primero todo lo concerniente á la planta bajo la dirección de una misma mano y antes que viniera á España el género tudesco. Sea como fuere, el nombre del arquitecto no ha podido salvarse del olvido, y sólo vagamente nos es dado honrar la memoria del que primero introdujo en España una innovación artística, y manifestó nuevas ideas de gusto, proporción y belleza, erigiendo una fábrica única en su género, como en el suyo lo son las de León, Burgos y Sevilla (1). Entre tanto la miseria de los tiempos impedía se prosiguiesen los trabajos, y en 1131 San Olaguer obtuvo del papa Inocencio II bula para que contribuyesen á la obra las iglesias sufragáneas, como lo efectuaron, enviando á todas partes sujetos encargados de recoger la donación de los fieles.

La mayor elegancia y hermosura, que entre los demás templos contemporáneos ostentaba este, ya podía mirarse como

(1) La tradición, sin embargo, ha santificado su memoria, y de ella podemos inferir cuánto debió de enardecer la nueva fábrica la devoción de los toscos habitantes de Tarragona, que en cierto modo podríamos llamar cruzados. Hay en la capilla de Santa Lucía, clavada en una columna y á bastante altura, una figurita informe que, según la voz popular, representa al primer arquitecto, y á que los eclesiásticos conocen con el nombre de San Hipólito.

la aurora del arte gótico, y como una transición del sajón sombrío á la ojiva. Así le cabe á Tarragona la gloria de haber sido la primera ciudad que, dando un paso progresivo, rompió en cierta manera la severa unidad y uniformidad de las fábricas sagradas, preparando la venida del modo gótico germánico, que, entrando en España por los Pirineos, enriqueció los países vecinos á ellos antes que pasara á los estados del interior. El arquitecto normando saludó con entusiasmo el arco apuntado, y amalgamándolo con maestría con los pilares que ya construyera, despojóle de parte de su ligereza, esbeltez y poco espesor, de la misma manera que los machones normandos asemejaban los abocelados pilares góticos, haciendo oficio de bocelones las agrupadas columnas. De entonces, aunque no se alteró la planta, cobró el templo nueva hermosura, y la bóveda de la nave mayor y del crucero quitóle buena parte de la pesadez de su género, y aun se lanzó con aire y elegancia á lo alto, admitiendo entre los arranques de los arcos esbeltas y graciosas ventanas.

¿Pero cuánto tiempo dirigió el primer maestro los trabajos, y en qué estado se encontraban cuando cesó en la dirección? Nadie hasta ahora ha podido satisfacer esta pregunta, y únicamente puédese asegurar que en el siguiente siglo XIII suena el nombre de otro arquitecto que, por un necrologio de la iglesia que nos ocupa, se sabe murió á 11 de Marzo de 1256. Este *Fray Bernardo,* que así le llama el necrologio (1), si no dejó perfeccionada la obra del interior, adelantóla al menos tanto, que á poco ya estaba edificando el frontispicio.

El *maestro Bartolomé*, que por este título podemos inferir era entonces el arquitecto, recibió el encargo de decorar la fachada con las estatuas que debían ocupar los nichos, y en 1278 trabajó nueve apóstoles, que no carecen de cierta majestad y

(1) «*Frater Bernardus*, magister operis hujus ecclesiæ.»

aun regularidad en los pliegues. Sin embargo, casi un siglo transcurrió sin que se completase el número de los apóstoles y se llenasen los demás nichos, y aun hoy en día la pobre fachada se ve privada de los demás profetas que debían junto con aquellos ocupar la segunda compartición de la portada.

Á 17 de Noviembre de 1375, el maestro *Jaime Castayls* (*a*), escultor barcelonés, se obligaba á ejecutar dentro de un año todas las estatuas que faltaban, prometiéndole el cabildo 19 libras y 15 sueldos por cada una, y facilitándole además cuanto necesitase para sacar de la cantera y desbastar la piedra. Pero tampoco completó *Castayls* el número de las figuras, y trabajando solamente los tres apóstoles que faltaban y nueve profetas, perdióse para el frontis aquella propicia ocasión, que no volvió á ofrecerse á medida que se iba acercando el renacimiento.

Á la contrata que ha conservado la memoria de este escultor somos también deudores del nombre del arquitecto, que entonces dirigía la obra de la catedral ya concluída en su planta y forma general, y cuyos trabajos, si se exceptúan los del frontis, no creemos pasasen de los de un escultor. Así lo expresa en cierta manera aquel documento, cuando á *Bernardo de Vallfogona*, que este es el arquitecto, que firmó la contrata en nombre del cabildo tarraconense, le califica de aparejador de la obra de aquella santa iglesia. Y como para confirmar nuestras suposiciones, otro Vallfogona sucede al mencionado, y en aquel templo, de que era arquitecto, eterniza su nombre con riquísimos trabajos de escultura. Sin embargo, no sólo esta parte del arte puede envanecerse de su nombre, pues aunque no queda de él fábrica alguna, la arquitectura gótica le cuenta en el número de los más sabios artífices que entonces honraban el suelo catalán. Recuerden nuestros lectores la famosa cuestión que, al proseguir Guillelmo Boffiy en una nave la catedral de Gerona que se princi-

(*a*) Ese mismo *Jaime Castayls* trabajó en los sepulcros reales de Poblet por encargo de D. Pedro el Ceremonioso en 1349.

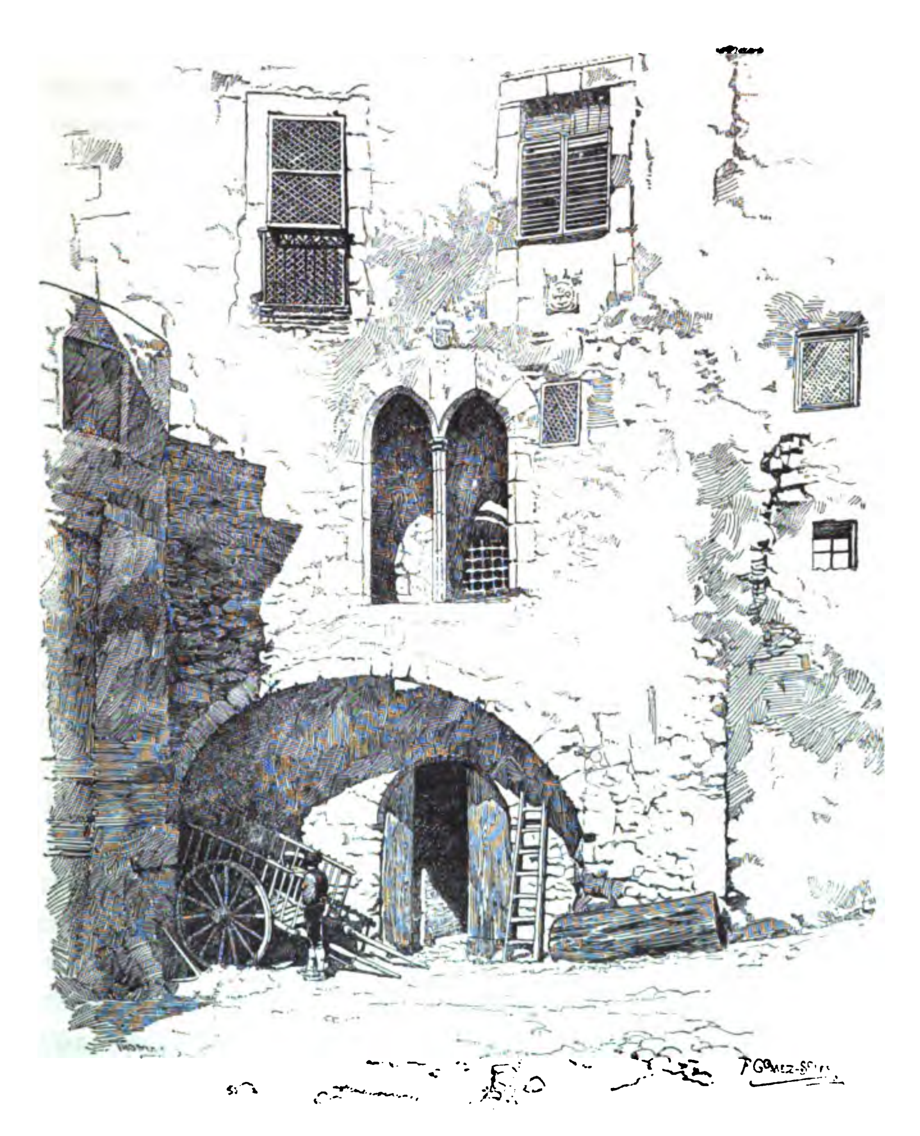
piara en tres, promovieron sus émulos, dudando de la firmeza de la nueva obra, hasta el extremo de paralizar los trabajos; y fácilmente traerán á la memoria que, entre los *maestros* que á dar su parecer fueron llamados en 1416, figuró un *Pedro Juan de Vallfogona*, arquitecto de la iglesia tarraconense, que junto con *Guillelmo de la Mota,* también escultor y su asociado en la dirección de los trabajos, votó á favor del plan de tres naves (1). Algunos años después, en 1426, á 4 de Marzo dió principio *Pedro Juan* al precioso altar mayor, en cuyas delicadas y finísimas labores dejó un eterno testimonio de su mérito y de la bondad de su ingenio; diez años estuvo trabajando aquellas formas exquisitas, llenas de elegancia y suavidad y pasado el 1436 la muerte le privó de gozar del efecto de su obra concluída y perfeccionada, que en otra coyuntura hubiese corrido riesgo de quedar incompleta. Afortunadamente quedaba en lugar del difunto su compañero *Guillelmo de la Mota*, que encargándose de ella, y siguiendo felizmente las huellas de *Pedro*, la dejó en el estado en que hoy la admiramos, precioso monumento de la última época del arte cristiano.

Cierra las memorias de este siglo (XV) concernientes á los artífices el escultor *Francisco Gomar*, natural de Zaragoza. La iglesia tarraconense le debe la sillería del coro, que ejecutó auxiliado de su hijo Antonio por 65,000 sueldos, y ciertamente, aunque sin gracia en el conjunto, supo dar al roble de Flandes y de Poblet formas delicadas y entallar en él bellas filigranas. Colocáronse las primeras sillas á 3 de Abril de 1479, y hasta el 1493 no estuvo la obra completa y en su punto de perfección (2).

Aquí acaban los artistas góticos, cuyos nombres han podido librarse del olvido en que tal vez para siempre han caído los

(1) Véase la página 103.

(2) Entre los varios libros de este coro, los hay muy notables por sus iluminaciones, pertenecientes á fines de 1500 y principios de 1600, en su mayor parte obra de una *Angélica*, pintora de iluminación y vecina de Tarragona.



TARRAGONA.—Fachada antigua en la Plaza del Pallol

demás que con ellos trabajaron en la obra de la catedral; los que les sucedieron habían ya abjurado los principios de aquella escuela, con que se adorara á Dios por espacio de cerca cuatro siglos, y aunque no son tan interesantes sus trabajos, pues en su mayor parte se reducen á simples añadiduras al cuerpo principal, con todo trataremos de ellos brevemente, callando empero los nombres y noticias de los que afearon el templo con sus delirios, como ya en la descripción callamos sus obras.

En el pueblo de Tibiza, obispado de Tortosa, había en 1550 un cura llamado *Jaime Amigó*, natural de Ulldemolins, que llevado de su natural afición diérase al estudio y ejercicio de la arquitectura. La fama de su buen ingenio le valió la protección del duque de Cardona, del sabio arzobispo tarraconense D. Antonio Agustín, y del cabildo de aquella catedral, que desde 1561 hasta 1586 le cometió el encargo de idear la traza de todas las obras, ó no las emprendió sin someterlas á su aprobación. Así, según acta capitular de 23 de Diciembre de 1561, en este año ya trazó el proyecto del órgano, que consta de tres cuerpos de regular arquitectura, adornado con bajo-relieves y con las estatuas de San Pedro, San Pablo, Santa Tecla y Santa Eulalia, habiéndole el cabildo costeado, además de los de su trabajo, los gastos de su viaje de Tibiza á Tarragona, que ascendieron á diez y ocho sueldos y nueve dineros (1). Encargáronse de ejecutar en madera aquel proyecto los escultores *Jerónimo Sancho*, vecino de Lérida, y *Perris Hostri*, que, aunque domiciliado en Barcelona, habíase trasladado á Tarragona en 1557, en cuyo año, á 7 de Mayo, firmara con el cabildo contrata de trabajar el remate del altar mayor por 240 libras, casa franca y en madera de ciprés. El cabildo, por capitulación de 30 de Mayo de 1562, prometióles 330 libras por la obra del órgano, que debían dejar

(1) Pagáronselos á Amigó á 28 de Febrero de 1563, en que el cabildo los entregó para este efecto al clérigo Antonio Salvat. (*Archivo de la catedral de Tarragona.*)

perfeccionada en dos años, dándoles empero desbastada la madera y franqueándoles la habitación. Pero mucho mejor fué el proyecto del contraórgano ó *cadireta* , que trazó *Amigó* poco después, y cuya ejecución tomó á su cargo en 15 de Noviembre de 1564 el escultor *Sancho*, por el precio de cien libras catalanas (*a*).

En este período suena el nombre de *Juan Guasch,* que principiando en 1571 pintó la mayor parte de las vidrieras. Á pesar del mérito con que están ejecutadas las imágenes, conócese, sin embargo, que iba cayendo en desuso aquel arte, que tanta majestad y misterio dió á los templos góticos; y los pobres rosetones entristecen al que los mira mustios, pálidos y degenerados de aquel vivo rojo, azul, verde y amarillo, que pomposamente matizaban en los siglos anteriores el abierto seno de las rosas inmensas, cuyas negras fibras, que tales parecen los calados, resaltaban con el fulgor suave y templado de las pinturas.

Regía entonces la sede tarraconense el sabio prelado don Antonio Agustín; y deseando hermosear el templo con alguna obra que honrase su memoria, en 1580 encargó al cura *Amigó* idease la traza de la capilla, que hoy conocemos por la del Sacramento. Era maestro de la catedral el arquitecto *Bernardo Casares* (*b*), que en 1583 empezó á construir la mencionada capilla, conforme al proyecto de *Amigó;* pero á pocos años sobrevínole la muerte, y entró á ocupar su lugar *Pedro Blay*, cambio en que quizás reportó ventaja la iglesia. Era *Blay* natural de Barcelona, y asociándose con *Amigó,* la pureza de sus ideas y sus buenos consejos hicieron que el cura de Tibiza entrase en la verdadera senda del buen gusto y verificase sus concepciones con más sencillez y elegancia en los adornos, que antes prodigaba aun innecesariamente. Así, ya en 1582, *Amigó*

(*a*) Pintaron las puertas que cierran el órgano, donde hay composiciones con figuras de gran tamaño, Pedro Serafí, llamado el *Griego* y Pedro Pau, ambos de Barcelona.

(*b*) Se le llama también *Cáceres.*

le confiaba la ejecución de su proyecto para erigir la iglesia parroquial de la Selva, en el mismo campo de Tarragona, de la cual *Blay* á 10 de Noviembre sentaba la primera piedra. Mas el fallecimiento de *Casares* llamóle á Tarragona, cuya catedral enriqueció con sus trabajos. Prosiguióse bajo su dirección la capilla del Sacramento, y adelantóse tanto, que pronto pudo tratarse de la construcción del retablo principal.

No vió sin embargo enteramente concluída la obra el arzobispo Agustín, que murió por 1586, dejando el cuidado de velar sobre ella á sus albaceas, que llenaron dignamente deber tan sagrado. Escogiéronse para los adornos de aquel altar profesores célebres entonces en esta provincia; los escultores *Domingo de Albrión* y *Nicolás Larraut* ejecutaban en 1587 las estatuas de Melquisedec y Aarón, que están á uno y otro lado del tabernáculo; *Isaac Hermes* pintaba los cuadros que circuyen el arco; y *Felipe Voltes* esculpía en bronce los bajo-relieves que adornan las puertas del sagrario. También el maestro *Blay* ostentó su talento como escultor, trazando el bello sepulcro del fundador de la capilla, cuya ejecución empero encargó á un sobrino el pintor *Hermes*. Y en verdad así debía ser, atendidos los muchos trabajos que entonces reclamaban su cuidado. Mientras acababa en 1594 el mencionado sepulcro y capilla del Sacramento, dirigía la obra del trasagrario ó reverso del tabernáculo, en que trabajaban los estugueros *Antonio y Bernardo Plantinella,* naturales de Milán y habitantes en Barcelona (1); y la fama, no desmentida todavía, le atribuye las hermosas capillas de San Juan y de San Fructuoso, el sepulcro de D. Juan Teres y el de D. Gaspar Cervantes Gaeta (2) (*a*).

Rica es la corona que las solas obras de esta catedral han tejido á tan sabio artífice; pero Barcelona se envanece de conte-

(1) LLAGUNO, *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España, desde su restauración*, tomo 3.° pág. 41, adiciones al cap. 33.

(2) Véase la página 516.

(*a*) También dirigió la capilla de San Cosme y San Damián.

ner en su recinto la fábrica que le constituye uno de los mejores arquitectos de la restauración en España.

Después de *Blay*, no se emprendió en la iglesia tarraconense construcción alguna que merezca mencionarse; pues, aun pasando en silencio la generalmente reconocida ridiculez y desenfrenado barroquismo de la capilla de la Concepción (*a*), en la de Santa Tecla, tan ensalzada quizás más que por otro motivo por efecto de la devoción, hay no poco que censurar. Nuestros modernos tiempos, tan estériles si no perjudiciales para el arte cristiano, no añadieron á la historia de este edificio un solo nombre digno de figurar al lado ni de los maestros de *inspiración* y de *fe* ni de los greco-romanos; y el esplendor y gloria de los góticos cobró nuevo realce con la pequeñez y oscuridad de los últimos que osaron fabricar algo en su obra. En gracia, pues, de la claridad y por vía de nota auxiliar á la memoria, séanos permitido presentar resumidos por su orden cronológico los artífices que hemos ligeramente mencionado en estos apuntes:

Siglo XIII.—*Fray Bernardo*, maestro de la obra; muere por Marzo de 1256.

1278. El arquitecto ó *maestro Bartolomé* trabaja en la fachada.

Siglo XIV.—En el último tercio de él, dirige los trabajos *Bernardo de Vallfogona*.

1375. El maestro *Jaime Castayls*, escultor barcelonés, empieza á trabajar en tres estatuas de apóstoles, que faltaban, y en nueve de profetas.

Siglo XV.—Sucede á *Bernardo* el maestro *Pedro Juan de Vallfogona;* en 1416 va á Gerona á dar su voto en la deliberación sobre la obra de aquella catedral; empieza el altar mayor á 4 de Marzo de 1426, y muere pasado el 1436.

(*a*) Vénse en esta capilla notables pinturas de José Juncosa y de Francisco Tramulles, dos de los más distinguidos maestros catalanes. Del primero las hay también en la capilla de San Lucas.

Ocupa su puesto *Guillelmo de la Mota,* que fuera su asociado y también acudiera á la votación de Gerona; y acaba la obra del altar mayor.

1479. Á 3 de Abril *Francisco Gomar,* escultor zaragozano, principia á trabajar en la sillería y demás esculturas del coro, y en 1493 deja perfeccionada su obra.

Siglo XVI.—1561. *Jaime Amigó,* cura de Tibiza, traza el proyecto del órgano, poco después el del contraórgano, y en 1580 el de la capilla del Sacramento.

1583. El arquitecto de la catedral *Bernardo Casares* da principio á la obra de esta capilla; súcedele

Pedro Blay, que la concluye en 1594. Es autor del sepulcro de D. Antonio Agustín, de D. Juan Teres y de D. Gaspar de Cervantes Gaeta, y de las capillas de San Fructuoso y de San Juan.

En este período figuran los artífices siguientes:

1562. *Jerónimo Sancho* y *Perris Hostri,* escultores, ejecutan el proyecto del órgano por Amigó.

1564. El mismo *Sancho* se encarga del contraórgano.

1571. *Juan Guasch* pinta vidrieras.

1587. *Domingo de Albrión* y *Nicolás Larraut*, esculpen las estatuas de Aarón y Melquisedec de la capilla del Sacramento; *Isaac Hermes* pinta los cuadros del arco del mismo retablo, y *Felipe Voltes* trabaja en bronce los relieves del sagrario (*a*).

(a) Como á mera noticia continuamos la lista de los artistas que han trabajado en la Seo Tarraconense hasta la época en que se publicó esta obra.

Indicamos además los que figuran modernamente.

Siglo XVI.—*José Juncosa*, pinta cuadros para las capillas de San Francisco, de San Lucas y de la Concepción (1580).

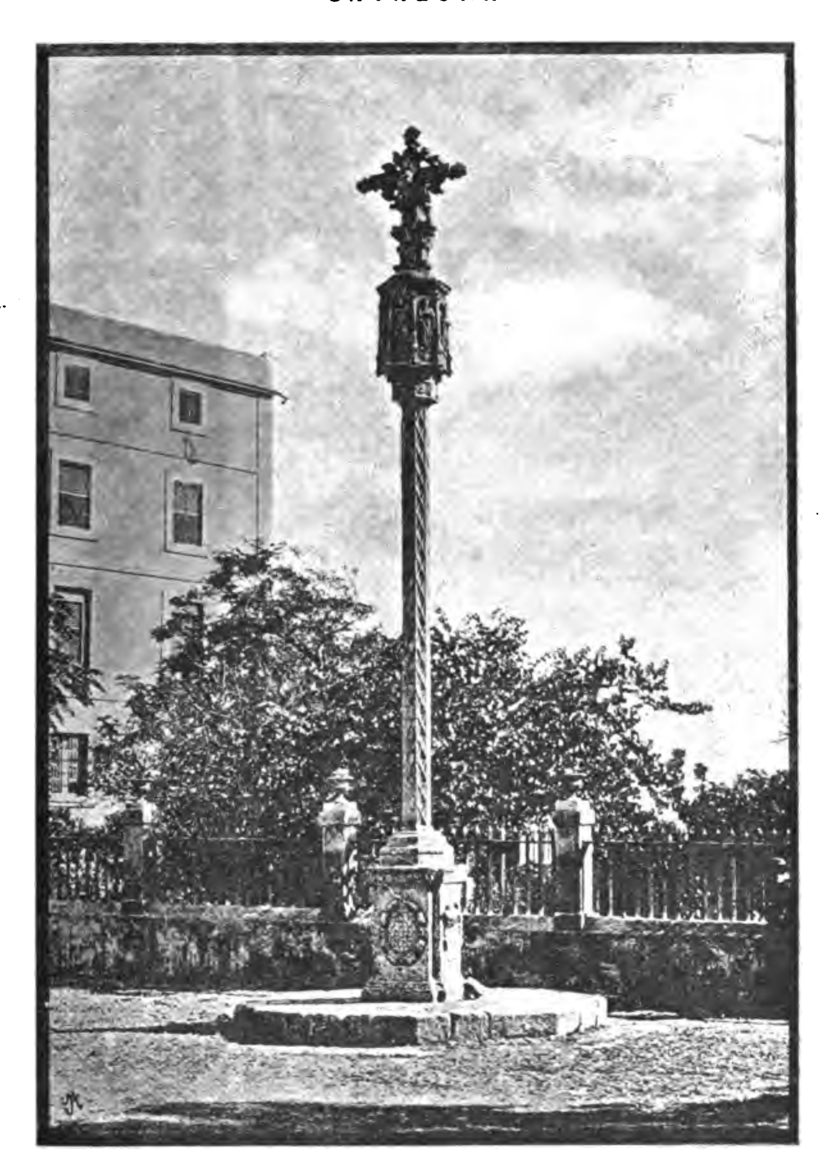
Pedro Serafí, llamado el *Griego*, pinta las puertas del órgano.

Pedro Pau, colabora con el anterior.

Siglo XVII.—*Francisco Grau*, y *N. Robira*, trabajan en esculturas de la capilla de la Concepción.

Siglo XVIII.—1760 á 1775. *José Prats*, arquitecto, dirige la capilla de Santa Tecla.

Carlos Salas trabaja esculturas de la misma.



TARRAGONA.—Cruz en el Paseo de San Antonio

Á estos artífices debe la catedral de Tarragona su existencia y su suntuosidad, y al mencionar sus nombres, no enteramente desconocidos, hemos cumplido con un deber grato para nosotros y en cuyo desempeño hallamos la más dulce satisfacción y recompensa. Á alguien parecerán escasas estas noticias; pero el archivo de aquella iglesia no las da más interesantes, y bien á pesar nuestro hemos tenido que omitir el ignorado nombre del arquitecto normando que trazó la planta de tan original edificio. Si no escasas, quizás las encuentre otro breves y reducidas; más otros recuerdos y otras bellezas reclaman un lugar en este tratado de Cataluña, ni estas líneas pasan de breves apuntaciones, con cuyo ejemplo escriba otro más larga historia con la madurez, extensión y claridad que requiere tal asunto *(a)* *(b)*.

Francisco Bonifás, de Valls, autor de algunos medallones en las capillas de los lados del coro, y del retablo de la de San Olegario.

Francisco Tramulles, cuadros en la capilla de la Concepción.

Vicente Roig esculpe para el baptisterio y para las capillas de la Presentación (1792) y Santo Tomás, y trabaja la imagen de la Virgen de la Concepción. Este artista alcanza hasta muy entrado el siglo actual.

Siglo XIX.—1852. *Bernardo Verderol* construye el retablo de la capilla de la Virgen del Claustro.

1866. *Antonio Miró* labra un nuevo púlpito.

N. Fluxench, de Barcelona, pinta el retablo de la capilla de la Anunciata.

1870. *Venancio Vallmitjana*, de Barcelona, autor del sepulcro del arzobispo Fleix.

Véase: *La Catedral de Tarragona*, por P. P. X. (Monografía en el «Album pintoresch monumental de Catalunya. — Segona colecció»).

(*a*) Antes de salir el viajero de Tarragona puede visitar uno de los trabajos trogloditas más notables que se encuentran en España; el célebre pozo abierto en la roca, cuya boca se halla en la plaza de la Fuente. He aquí cómo lo describe *El Indicador Arqueológico* ya citado (pág. 14 y siguientes):

«Creemos necesario mencionar un resto notabilísimo, que hace siglos está llamando justamente la atención de los arqueólogos, por su antigüedad, objeto, forma y dimensiones, y que no podemos dejar de atribuirlo á los primitivos fundadores de esta ciudad; hablamos del *Pozo ciclópeo*.

Es muy posible que la fuente ascendente natural que nace entre unas rocas en la parte más alta de la colina de Tarragona, causa eficiente de la fundación de esta ciudad, no bastase á cubrir las indispensables necesidades de la primitiva colonia á proporción que se fué desarrollando, y entonces hubo de pensarse seriamente en el modo de buscar un nuevo manantial, que, sin necesidad de separarse del recinto ciclópeo, proporcionase el abasto á la creciente colonia: con efecto, segun los indicios parece que se resolvió abrir un pozo en la segunda meseta de la colina,



CATALUÑA. — Labradora del campo de Tarragona

y en el centro de las fortificaciones; esta empresa nos parece sumamente ardua á primera vista, supuesto que desconocemos la índole y estado de civilización de aquel pueblo primitivo; pero es de creer que les sería fácil á causa de hallarse muy familiarizados en este género de trabajos troglodíticos: grande era en verdad el empeño, si consideramos que no sólo se trataba del trabajo material de taladrar la peña viva, tan dura casi como el granito, sino que también debía entrar en cuenta la eventualidad de encontrar á una profundidad tan inmensa y de un trabajo tan prolijo el manantial que buscaban; esto nos demuestra los conocimientos hidráulicos que aquel pueblo poseía.

Abrióse pues este inmenso pozo, y á una profundidad considerable se encontró el agua buscada con tanto afán, al parecer en cantidad sobrada para el abasto general, potable, cristalina y con todas las condiciones apetecibles: todo lo arrostraron á trueque de no alejarse á buscarla á dos tiros de piedra del recinto fortificado, temerosos sin duda de caer en manos de los indígenas, que constante y tenazmente les asediaban.

Los constructores eligieron para abrir el pozo una pequeña cañada que forma la reunión de las dos vertientes de la colina por donde las aguas pluviales iban conducidas, como hoy día, al mar. Es evidente que aquellos sabían por experiencia, que en el fondo de los valles y torrentes es por donde acostumbran pasar las aguas subterráneas, y así se verificó: pero en épocas posteriores los pueblos que ocuparon Tarragona, ó tal vez la misma naturaleza, fueron acarreando tierras en aquel punto hasta nivelar las dos vertientes.

Los romanos, según las obras que se ven en el interior, utilizaron el agua de este pozo durante el primer período de la ocupación de esta ciudad; pero luégo lo abandonaron rellenándolo de tierra para construir allí la área del Circo, y desde entonces quedó oculto hasta que una casualidad hizo descubrirlo en 1438. Los cónsules de la ciudad y el arzobispo D. Domingo Ramos, vista la escasez de agua que sufría entonces Tarragona, trataron de aprovecharse de este feliz descubrimiento haciendo en él nuevas obras y construyendo una máquina para subir aquella desde el manantial á la superficie de la tierra, en donde durante un largo transcurso de años los habitantes se proveyeron de este producto, hasta que á fines del siglo último el arzobispo D. Francisco Armañá concluyó el acueducto comenzado por su antecesor Santián, el mismo que hoy abastece á la ciudad abundantemente de una agua sabrosa y saludable; por consiguiente quedó este pozo otra vez relegado al olvido.

Cuando los franceses en 1808 se apoderaron de Barcelona, las autoridades del Principado se refugiaron en Tarragona, y temiéndose con razón un asedio y por consecuencia la interceptación del acueducto, se pensó de nuevo en sacar partido del pozo; desde luego se construyeron unas magníficas bombas de presión, movidas por una ingeniosa y sencilla máquina; se repararon las antiguas obras, y se verificaron otras indispensables, de manera que el agua volvió á salir de las profundidades de la tierra. Pasado el peligro se abandonó otra vez, quedando de él sólo un recuerdo. Deseosa sin embargo la Comisión de Monumentos de que el público pudiese examinar un monumento tan notable como antiguo, hizo inspeccionarlo, abriéndose con este objeto en el mes de Octubre de 1859. Con este motivo tuvimos el gusto de ser los primeros en descender hasta su fondo y ver en las entrañas de la tierra el nacimiento de este caudaloso manantial. Se hicieron por cuenta de la citada Corporación las obras necesarias para poder exhibirlo al público, construyendo las escaleras necesarias á fin de facilitar su descenso sin dificultades, y con la menor incomodidad posible, evitando cualquier peligro, de manera que este pozo es hoy otro de los monumentos notables de Tarragona, y hermano de las célebres murallas ciclópeas de esta ciudad. Aunque este viaje subterráneo es algo fatigoso, sale el visitador satisfecho no sabiendo qué admirar

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

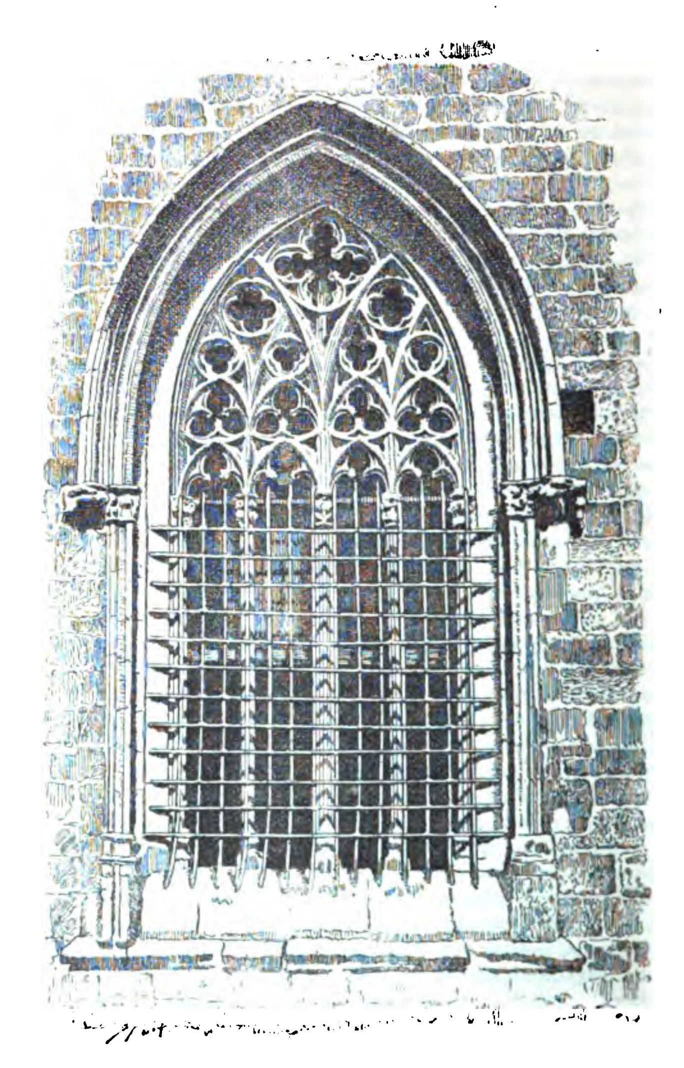
metros de longitud de Este á Oeste, 17 metros de latitud de Norte á Sud y de 4'50 metros de profundidad. Á este resto se le dió desde un principio el nombre de *Recinto Sagrado*, por la analogía que guardaba su forma y materia con otros de su clase. Las paredes de este monumento se levantaban cortadas verticalmente á pico en la roca de la colina; los tres costados N., S. y O. se unían en ángulo recto: el cuarto costado ú oriental era más corto y no cerraba con los lados N. y S. dejando unas aberturas que hicieron presumir serían unas *sacellas* laterales ó capillas según costumbre de los primeros pueblos. Esta pared ó costado estaba también cortado perpendicularmente á pico por ambas partes para dejar un muro de unos 25 centímetros de espesor, distinguiéndose perfectamente en la parte superior del mismo la antigua superficie ondulante de la colina que quedó en el mismo estado al desmontarse. Este muro por su parte interior ú occidental, según las catas que se practicaron, tenía la misma profundidad de los otros tres; pero en el exterior ú oriental medía solo 3'92 metros de altura y desde allí iba el desmonte subiendo en suave declive hasta encontrar la superficie natural de la colina. Concíbese fácilmente que el objeto de los constructores fué proporcionar con este rebajo fácil acceso al templo, cuya puerta de ingreso se hallaba practicada, asimismo á pico, en el muro oriental; siendo de advertir además, que este muro se hallaba perfectamente orientado de N. á S., de manera que á las 12 del día estando el sol en el Zenit no proyectaba sombra alguna; en una palabra, constituía un verdadero gnomon: esta costumbre religiosa era peculiar de los pueblos primitivos adoradores del astro del día. Difícil es adivinar la causa por que este recinto ó templo troglodita no fué terminado, pues en el costado occidental se comenzaron las ranuras ó zanjas abiertas en la peña, paralelas al costado mayor del mismo, con el intento visible de dejar el muro aislado en la misma disposición que se hallaba el oriental, pero la obra fué abandonada. Este templo era *hipœtros* ó sin techumbre, y sabido es que los templos en la mayor antigüedad eran descubiertos; y presumimos además, por comparación, que las paredes de este monumento, cortadas en la roca viva, se completarían con otras de piedra arrancada en el mismo punto, según se ve en el templo ciclópeo de la isla de Gozo llamado de los Gigantes, que ofrece bastante analogía con el que estamos mencionando. Nos hemos detenido tanto en la descripción, porque este notabilísimo resto desapareció á impulsos de la pólvora en Febrero de 1866, con motivo del desmonte de la nueva Rambla dejando así de existir uno de los testimonios que acreditaban la presencia en esta ciudad de un pueblo de origen indudablemente troglodita.

El hueco que dejaba esta excavación en la roca estaba lleno de tierra de detritus, muy apisonada, que al extraerse se hallaba á capas superpuestas, de diferente naturaleza, manifestando cada una de ellas otra de las dominaciones que desde su fundación ha sufrido esta antiquísima ciudad. En la superficie, á poco más de un metro, se encontraron ruinas con restos romanos; á alguna mayor profundidad revestimentos y barros de carácter etrusco; y en la parte inferior junto á la roca restos carbonizados, indicios de una gran catástrofe primitiva, á semejanza de los descubiertos constantemente en todas las excavaciones que se han practicado en los demás puntos de la cantera de que nos vamos á ocupar. Los restos allí encontrados se hallan en el Museo con la clasificación conveniente.»

(b) Adición.—Casi en el límite sud de la provincia de Tarragona, y á orillas del caudaloso Ebro, se halla situada la ciudad de Tortosa, cuyo nombre figura repetidas veces en los anales catalanes, datando su importancia de una antigüedad muy remota y contando entre sus muros notables monumentos.

Sus orígenes han sido objeto de la discusión de los eruditos; pudiéndose deducir de lo que hasta estos últimos tiempos se ha tratado, respecto del particular, la certidumbre de que era una de las ciudades más principales en tiempos anteriores

á la dominación romana, pues que en el país de los *ilercaones* (que comprendía próximamente los límites de la actual diócesis de Tortosa, abrazando una y otra parte del Ebro) se la colocaba, llamándola más comunmente *Dertosa* ó *Dertusa*. Se



TORTOSA.—VENTANA DE LA CATEDRAL

ha dudado, también, en identificarla con la ciudad de *Ibera*, que encuentran los geógrafos antiguos en la orilla del Ebro y cerca de su desembocadura; inclinándose la opinión más fundada en hacer las dos ciudades distintas, opinando alguno que *Ibera* correspondía á la actual Amposta.

Como quiera, el hallarse colocada *Dertosa* en el valle y tocando á la gran vía fluvial por donde entraron en la península los primeros pueblos invasores, que, al darle el nombre de *Iber* llamaron *Iberia* toda esta parte de la España oriental, debió ser parte á que figurase ya en aquellas edades en primera línea, y fuese emporio de un activo comercio. Así se explica que, durante la dominación romana, nos demuestre su alta categoría el título de *Colonia Julia Augusta Dertosa* que ostenta en sus monedas, y proclamen su importancia algunas lápidas que se conservan en la misma, en una de las cuales se comprueba que tenía colegio de Seviros Augustales y en otras se entrevé, por sus dedicaciones y emblemas, que era principalmente ciudad comercial. Se admite por tradición que ya á fines del siglo primero estableció en ella una sede San Rufo; tradición que viene á ser un hecho comprobado al final del siglo IV en el que se encuentra como su obispo á Heros, citado por Dextro que dice se halló en uno de los concilios de Zaragoza.

También figura Tortosa en la época goda, viéndose representada por sus obispos en los concilios de Toledo. Existe una moneda del tiempo de Agila que lleva en el anverso *Agila Rex* y en el reverso *Dertosa Iustus* (*a*).

Conocida es la historia de la Tortosa árabe que abraza desde el 716 hasta su gloriosa reconquista por el conde D. Ramón Berenguer IV en 1147, ayudado por los genoveses y seguido de los Templarios, Guillermo de Montpeller y la flor de la nobleza catalana. Durante este período fué centro importante para aquellos dominadores, constituyendo una fuerte plaza militar y un arsenal en donde se fabricaban numerosas armadas. Cuando la reconquista, el citado conde expidió importantes documentos referentes al nuevo régimen de la misma, uno de ellos la carta-puebla asegurando á sus vecinos libertades y privilegios, que la constituyeron desde entonces en uno de los municipios más libres del Principado, como lo demuestra el Código de leyes consuetudinarias con que se rigió hasta la caida del antiguo régimen político-administrativo del Principado; código que se compiló con el título de *Llibre de les costums generals escrites de la insigne ciutat de Tortosa* y se imprimió en 1539, habiéndose hecho modernamente del mismo una lujosa edición comentada.

Tiene actualmente la ciudad unos 14000 habitantes que se dedican especialmente á la agricultura, al comercio y á la marina. Hállase su recinto amurallado y defendido por algunos baluartes y el castillo de la Zuda, que data del tiempo de los árabes.

Entre los edificios públicos, merece en primer término la atención la Catedral, monumento ojival que oculta exteriormente su estilo con una grandiosa fachada greco-romana, construída á principios del siglo XVII, que desentona de la belleza del interior. Tiene este tres naves divididas por veinte columnas que separan las laterales de la central, viniendo á reunirse en semicírculo en un gracioso ábside menor, ceñido por las naves laterales que forman el ábside mayor. Á las nueve arcadas góticas del altar mayor, cuyo retablo es del 1351, corresponden otras tantas capillas absidales, cuyos muros de separación se presentan taladrados por unos elegantes calados, detalle original que produce bellísimo efecto. Las naves laterales tienen cinco capillas cada una; en medio de la central hay un coro del renacimiento con dos órdenes de sillas labradas por Cristóbal de Salamanca desde 1588 á 1593. Los ventanales tienen la particularidad de estar cubiertos, en vez de cristales, por finas tablas de alabastro que dejan transparentar la luz.

Contiguo hay un claustro gótico donde se halla, como á fragmento digno de notarse, una ventana con tres arquitos de medio punto divididos por dos pe-

(*a*) FERNÁNDEZ: *Anales ó Historia de Tortosa*, Barcelona 1867.

queñas columnas, cuyos fustes de mármol verde y especiales capiteles indican tal vez una construcción goda.

La obra de esta iglesia empezóse en 1347 siendo obispo D. Berenguer de Prats, sustituyendo á la antigua que databa del siglo XII (1158 á 1178). Fué consagrado el altar mayor en 13 de Marzo de 1441. Respecto de los artistas que la idearon, recordaremos que en el precioso documento-dictamen sobre la continua-



TORTOSA

CLAUSTRO DEL COLEGIO REAL

ción de la catedral de Gerona, del año 1416, constan un *Pascasio de Xulbe*, escultor y maestro de la catedral de Tortosa, y su hijo *Juan de Xulbe* también escultor y suplente de su padre en la obra (*a*).

El llamado Colegio Real es otra construcción que merece visitarse por su fachada y claustro de estilo toscano con adornos del gusto plateresco. Tiene el claustro tres series de galerías, la tercera sin duda posterior á las dos inferiores. Están formadas estas por anchos arcos sostenidos por columnas de aquel estilo. Las columnas de la del piso bajo tienen encima de sus capiteles unos pequeños adornos en relieve; y en la del piso principal se ven, entre los arranques de los arcos, medallones con testas. El pretil de este piso va adornado con nichos

(*a*) Véase la página 103.

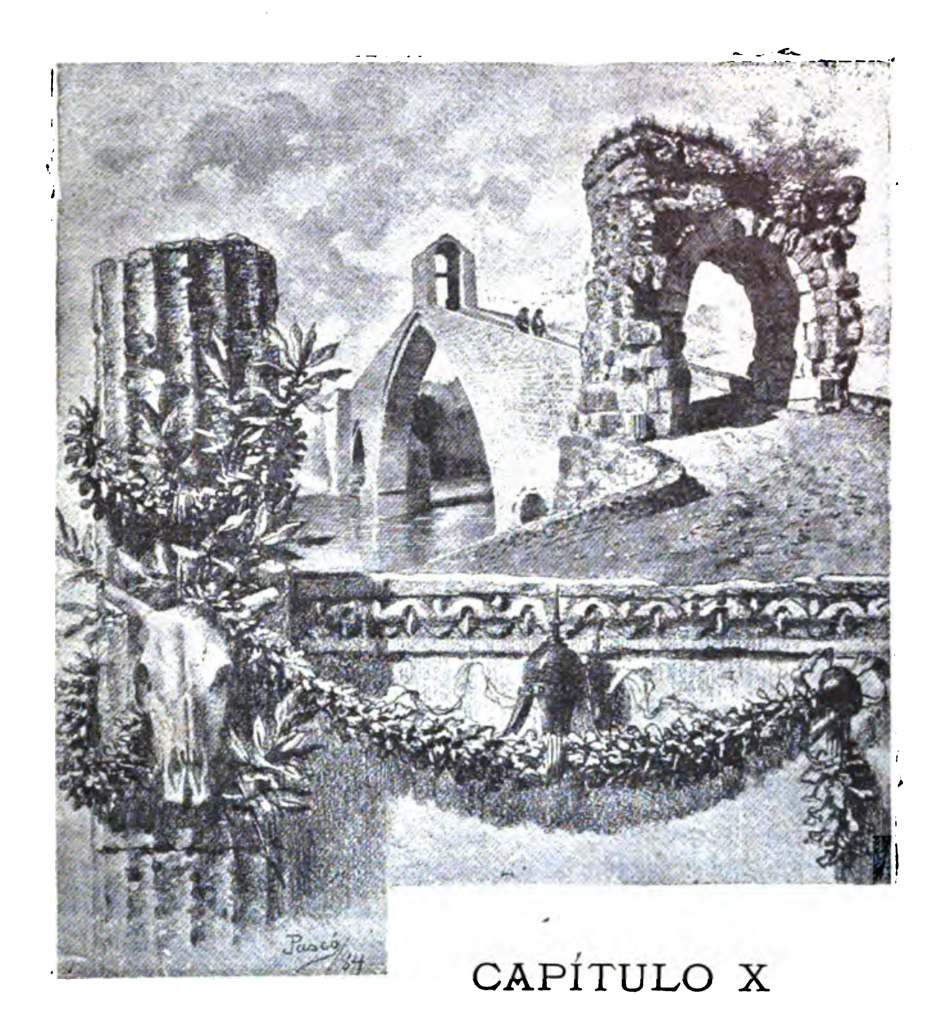
alternados de escudos y plafones, donde hay los bustos de los reyes de España con corona y cetro. El conjunto ofrece un aspecto muy artístico y suntuoso, sin fárrago de ornamentación.

Esta casa, que tuvo origen en el siglo XIV, pertenecía á la orden de Santo Domingo, la cual decidió en 1528 que se destinase á enseñanza á instancias del M. Fr. Baltasar Sorio, quien emprendiendo la fábrica actual, recabó del emperador Carlos I, destinase á la misma ciertas cantidades que debían emplearse en el colegio de cristianos nuevos que se trataba de levantar en Valencia, con la condición de que el edificio de Tortosa sirviese también para este objeto. El colegio, lo mismo que la iglesia contigua, sirven hoy de cuartel.

Otros monumentos religiosos hay en la ciudad; como el convento de Santa Clara, fundación de mediados del siglo XIII, restaurada por D. Jaime II de Aragón, y el de la Concepción que data de 1650, con detalles dignos de contemplarse; y entre los civiles las Casas Consistoriales, la casa llamada de la Alambra y otras.

El viajero que visite Tortosa, puede llevarse de ella una grata impresión, tanto si, apasionado por las artes, se complace en el estudio de los notables ejemplares que hemos señalado, como si, admirador de la naturaleza, se goza en los paisajes que el valle del Ebro presenta y que el cercano mar sublima con la inmensidad de sus horizontes.





CAPÍTULO X

San Martín Sarroca.—Puente del Lladoner.—Puente de Molins de Rey. Conclusión.

El camino de Tarragona á Barcelona (*a*) está embellecido aún con monumentos en que están vinculados grandes recuerdos. En su orilla derecha álzase bajo la sombra de unos pinos la torre que la tradición da á los Escipiones por sepulcro; y en su mismo arroyo vese no muy lejos del mar el arco de

(*a*) Se refiere á la carretera real de Tarragona á Barcelona, que sigue casi la misma dirección de la antigua *Via Aureliana* de los Romanos.

triunfo que mandó levantar Lucio Licinio Sura. En medio de la soledad y del silencio en que están ahora estos dos monumentos, estremecidos sólo momentáneamente por el ruido de las diligencias (*a*), hablan con voz muy melancólica al viajero capaz de comprenderlos. La historia no les ha consagrado siquiera una página ni la poesía uno de sus cantos; y sin embargo fueron levantados, quizás como símbolos de acontecimientos importantes, por la espada de los antiguos vencedores del mundo. Se pregunta en vano por los que, ceñidos sus estandartes de laureles, pasaron debajo del arco, y por los que depositaron en el sepulcro los cuerpos de sus capitanes; habla sobre el arco y el sepulcro sólo la tradición, y esta no sabe sino poblar de fantasmas las obras cuyo origen y destino no reveló la historia. Así, fábricas que guardan tal vez las mejores glorias de su época están destinadas á morir sin dejar apenas rastro de su existencia en la tierra que habrán ocupado durante veinte siglos. ¡Pobres monumentos! va desmoronándolos el tiempo, combatiéndolos las tempestades, destruyéndolos lentamente las yerbas rastreras: y ¡no hay una mano amiga que repare sus quebrantos!

* Templan también la monotonía del camino de Barcelona pueblos más ó menos importantes, situados unos en la playa vecina y otros en las vertientes de montes pintorescos, teñidos casi todos con sangre española y francesa á principios de este siglo. Mas desgraciadamente son la mayor parte pueblos sin historia particular que sólo podrían llamar la atención por sus bellezas artísticas; y estas son tan escasas y de tan poca monta, que apenas bastan para detener los pasos del viajero. Aun esa misma Villafranca, cuyo origen busca la crónica más allá de la época romana, está casi destituída de todo interés artístico. De los monumentos que levantó en ella la antigüedad no quedan ya ni huellas; los que le legó la Edad media existen; pero ¿qué

(*a*) Ha desaparecido este medio de locomoción, sustituído por el ferro-carril, cuyo trazado sigue en gran parte paralelo á la carretera.

son todos ellos sino pálidas imitaciones de las grandiosas obras que hemos admirado? Su pequeña iglesia de San Juan no tiene notables sino las ojivas de su ventanaje, degradadas en el interior y en el exterior como para disfrazar el espesor de los muros (*a*); la del convento de San Francisco no presenta belleza alguna sino en dos sepulcros de mármol sobre cuya tapa descansan las figuras de dos caballeros envueltos en pesadas armaduras (*b*); la parroquial, decorada de un frontis que empezó en su mayor decadencia el arte gótico y continuó el renacimiento, no tiene más que las desmesuradas dimensiones de su nave única para templar el mal efecto que producen las raras y extrañas formas de sus pilastras, ni bien góticas, ni bien greco-romanas (*c*).

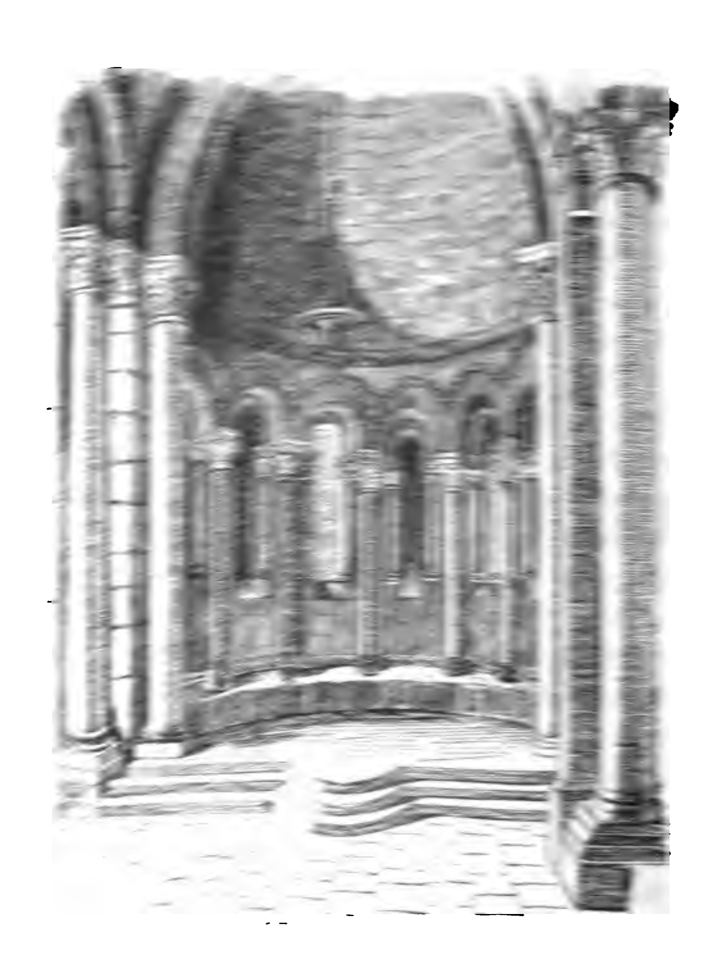
* Donde se ve brillar el genio de la Edad media no es en Villafranca; es á dos leguas de la misma, hacia el norte, en un pequeño pueblo sentado en la cumbre de una colina al pié de la cual saltan entre la yerba y el follaje las aguas de un torrente; es en el pequeño pueblo de San Martín Sarroca, agrupado aún en torno de su iglesia y del palacio de sus señores, como en aquellos tiempos en que vejados los habitantes de los campos por bandos turbulentos, corrían á guarecerse bajo la espada de los barones y la sombra tutelar del sacerdote. En este pequeño pueblo, donde mora la paz y reinan la soledad y la calma, el

(*a*) Es este templo ejemplar muy curioso del estilo de transición románico-ojival del siglo XII.

(*b*) Uno de estos sepulcros es de grandes dimensiones, de mármol blanco, preciosamente labrado. Descansan en su cubierta las estatuas yacentes de un caballero embrazando un escudo y una dama, representando aquel á Perot de Castellet. La inscripción que hay en la parte exterior dice: *Anno Domini millessimo ducentessimo cuadragessimo primo obiit Dominus de Embol.*

Hay á más contiguos á esta iglesia la sala capitular, histórico recinto donde se celebraron antiguamente cortes, y un claustro; viéndose en una y otra varios enterramientos.

(*c*) El frontis de esta parroquia no tiene construído más que el arranque de la portada. El interior ha merecido últimamente una completa restauración, que haciendo desaparecer el revoque que cubría sus paredes y le transformaba completamente, permite contemplar sus verdaderas condiciones.



[illegible]—INTERIOR DEL ABSIDE

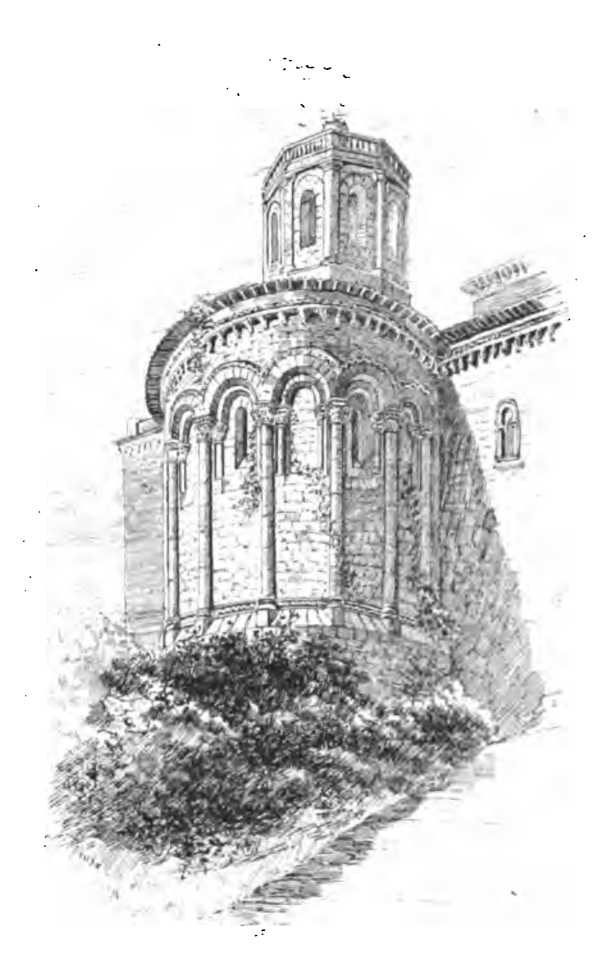
[illegible] con las elegantes formas con que la atavió su primer [illegible] y en esta iglesia, tan pequeña como el pueblo para que fué construida, ensayó sus más ligeras y más lindas combinaciones lineales. Trazó su planta en forma de cruz, y la dió

toda la sencillez posible. Cerróla con muros macizos y sencillas bóvedas de cañón seguido; y allá donde se unen la nave y el crucero apoyó los cuatro arcos torales sobre otros tantos machones. Hizo el ábside semicircular, y lo decoró con la gravedad y magnificencia que exige el lugar donde todos los días ha de ofrecerse á Dios en holocausto. Abrió, por fin, en uno de los lados de la nave una puerta compuesta sencillamente de algunas cimbras concéntricas, apoyadas en columnas coronadas de sencillos capiteles.

* Los detalles de este templo son verdaderamente dignos del estudio del artista, sobre todo los del ábside, tan notable por la armonía de su conjunto como la delicadeza de todas sus partes. Tiene éste así en el exterior como en el interior hasta el arranque de la bóveda una línea de arcos semicirculares, que están sostenidos por columnas de bellas proporciones, cuyas bases descansan en uno como zócalo que en el interior sirve de asiento. Dentro de estos arcos aparecen otros, cortados en el centro del muro y apoyados en columnas más pequeñas, que constituyen otras tantas ventanas ó estrechos tragaluces, por los cuales entra escasamente la luz, aunque favorecida en su descenso por el rápido derrame del asiento de los mismos. Bases, abacos y capiteles están todos cuajados de molduras que están sin embargo bien distribuídas, y no cabiendo ya en los arcos ni en las columnas corren en dos bellas líneas al pié y en el remate del mismo muro. Difícilmente puede uno formarse idea, sin haber visto el natural, del efecto que produce ese bello juego de cimbras y columnas trazadas unas dentro de otras, esa continua interrupción de líneas que produce tanta variedad y belleza, esa combinación de partes entrantes y salientes que multiplica las luces y las sombras, principal encanto del arte arquitectónico, esa rica ornamentación que hace destacar con tanta viveza á los ojos del observador cada una de las partes del conjunto. Es aun, si cabe, mucho mayor este efecto, viendo el exterior del ábside que además de reunir las bellezas mentadas, deja ver sobre una

[illegible] siglos XI y XII [illegible] ahora ha- [illegible] sus detalles? [illegible] diseño tam- [illegible] este artista, [illegible] de esas almas [illegible] bajo su do- [illegible] y no hay en [illegible] una tumba en que puedan ir a inspi- [illegible] la suya. Feliz tú, pequeño pueblo, que [illegible] de sus manos, y dentro de la obra de sus [illegible] á ese mismo Dios que se la hizo concebir y [illegible] para ejecutarla. Tú puedes aun doblar la rodilla

donde la doblaron por primera vez tus más remotos ascendientes: tus oraciones son todavía recogidas por las bóvedas que las recogieron de la boca de tus abuelos. ¡Feliz tú, pequeño pueblo!



SAN MARTÍN SARROCA.—EXTERIOR DEL ÁBSIDE

Tú tienes aún en tu pequeña iglesia la cadena religiosa que te une con tus antepasados: donde éstos vinieron, ya cadáveres, á recibir las honras debidas á los muertos, recibiste tú las aguas

del bautismo; y quizás las campanas que por ellos doblaron, doblarán también por ti (*a*).

* Esto no es desgraciadamente común: siguiendo el camino que conduce á Barcelona difícilmente se hallará otro pueblo cuyos primeros mayores se hayan dirigido al Señor bajo las bóvedas de la misma iglesia que hoy existe. Así es como esas poblaciones tienen apenas pasado para el viajero que pretende leer su historia en las piedras de sus monumentos: así es como las cruza casi indiferentemente el artista que prefiere en cambio contemplar las aguas de los ríos vecinos pasando, sombreadas y pintadas por los árboles de las orillas, bajo largos y soberbios puèntes, que no en vano oponen al furor de la corriente el corte agudo de sus recios tajamares. Estos puentes son verdaderamente dignos de atención, sobre todo el del Lladoner, doble puente de sillería cuyos arcos se destacan sobre el verde ramaje de unos álamos. Su primera arcada está casi al nivel del agua; mas la segunda está levantada sobre machones enormes que tienen perforado el pié, y dejan así paso por encima de los arcos inferiores al caminante, que siente en tanto estremecerse los superiores al rápido curso de nuestros coches. No es de mucho tan importante el puente de Molins de Rey que está en el mismo camino de Barcelona. Lo frondoso de los alrededores de éste, su grande extensión, la solidez y belleza de sus estribos, parecidos á torreones, la nobleza y gravedad de su conjunto no lo-

(*a*) El pueblo de San Martín Sarroca que posee esta valiosa página del arte románico, es igualmente interesante por su situación sobre una rápida y rocosa colina, separada de la cordillera principal por un profundo tajo llamado en el país *Las Valls*, que hace del pueblo un excelente punto estratégico. Por esto, desde antiguos tiempos se construyó allí un fuerte castillo, del cual se ven restos, como así también de algunos lienzos de muralla con una torre en la cual se abría la puerta del antiguo recinto fortificado. Perteneció esta fortaleza al Cabildo de la Catedral de Barcelona, como lo atestiguan los documentos y lo indica el escudo que se ve en el arco de la citada puerta. Fué también propiedad de D.ª Sibila de Forciá, cuarta esposa de D. Pedro el Ceremonioso, y más tarde pasó á la del infante D. Martín, siendo teatro de alguno de los dramáticos sucesos que tuvieron lugar cuando la muerte de aquel rey.

grarán jamás producir la impresión que deja aquél en el ánimo por la ruda majestad de sus formas y la osadía de sus arcos. La osadía tiene siempre algo de poético y sublime; habla directamente á la imaginación y nos hace sentir á pesar nuestro (*a*).

(*a*) Estos dos puentes (el del Lladoner más propiamente viaducto) no son hoy tan visitados por haber venido la línea férrea á sustituir la antigua carretera de Barcelona á Tarragona á que en el texto se hace referencia. Como hemos indicado, siguen ambos caminos casi juntos hasta llegar á Vilafranca, internándose desde este punto el ferro-carril más al interior, para ir á buscar la cuenca del Noya, siguiéndola hasta su confluencia con el Llobregat, é yendo á encontrar otra vez la antigua vía en Molins de Rey.

En este trayecto recorrerá el viajero varios puntos que conservan recuerdos histórico-artísticos, especialmente en las ruinas de los castillos de Subirats, Gelida y Castellví de Rosanes que constituían como una grandiosa línea de defensa. En Martorell podrá contemplar el llamado *Puente del Diablo*, atrevida construcción que comunica las dos orillas del Llobregat. Relacionándolo con la antigüedad de la villa se ha atribuído constantemente á esta obra gran antigüedad, suponiéndola construída por Aníbal el año 535 de la fundación de Roma. Esta tradición no ha podido confirmarse en manera alguna, sólo sí es indudable que el puente, por lo que se observa en sus bases y en el arco que hay en su entrada, se debe á los romanos, habiendo sido reedificado en la Edad media. Aparece en efecto esta última circunstancia de la orden dada por el rey D. Pedro el Grande en 7 de las calendas de Enero de 1283 respecto á las garantías de los que en él trabajaban. Otra reparación sufrió también en el siglo pasado, en tiempo del rey Carlos III, y á solicitud de D. Juan Martín Zermeño, Comandante general del Cuerpo de Ingenieros, según consta de una inscripción en la cual se consignaron los falsos datos de la fundación por Aníbal y otras circunstancias.

Consta el puente de dos grandes arcos apuntados, y otro menor, teniendo la obra una altura máxima de 108 piés por 15 de anchura en la parte mayor.

Por medio de un largo túnel atraviesa la línea férrea las estribaciones de la orilla izquierda del río, y va á salir al fértil llano del Llobregat que sigue por la ladera de su extremo norte, dominándose desde ella toda la extensión de aquel verdadero océano de verdor, donde la mano del hombre ha hecho brotar la vegetación hasta de las mismas arenas del mar.

Otro camino puede recorrerse también para llegar á Barcelona desde Tarragona, dejando en Vendrell la línea indicada y tomando en Calafell la nuevamente construída de Valls y Reus á Barcelona. Recorre este trayecto la costa del mar, tocando en Villanueva y Geltrú, población de aspecto moderno, donde se levantan algunos monumentos públicos. Allí podrá visitar el viajero el *Museo-Biblioteca Balaguer*, notable edificio que contiene importantes colecciones en libros y antigüedades, fundado por el eminente literato catalán D. Víctor Balaguer. Dejando en pos de sí la ciudad, se internará en alas de la veloz locomotora en los antes inaccesibles despeñaderos de Garraf, en los cuales la línea se abre una galería suspendida, como por maravilloso encanto, en aquellas paredes de roca que el mar azota con furia, recorriendo una serie de túneles cuyas lejanas perspectivas los hacen semejar á inmensas galerías de un palacio árabe; y al salir á los tristes arenales de Castelldefels, le llamarán la atención las antiguas torres que

* Bajo el puente de Molins de Rey, sin embargo, corren, querido lector, las aguas de un río tan mentado por la historia como cantado por la poesía; y esta circunstancia quizás le añada á tus ojos algún precio. Pasa entre sus arcos el Llobregat, ese río que después de haber bañado el pié de los nebulosos picachos de Montserrat, se dirige mansamente al mar vistiendo al paso de verdura y flores las cercanías de la corte de los Condes; ese río que tantas veces ha llevado al Mediterráneo el rumor de grandes batallas y el eco de amenas trovas; ese río que aún hoy parece llevar guardada en el seno de sus ondas las glorias de los pueblos y los misterios de los montes sentados en sus márgenes floridas; ese río, en fin, cuyas riberas dilatadas recuerdan más de una vez los encantados paisajes que tan diestramente diseñó el pincel flamenco, y tanto suele echar menos el alma ávida de halagüeñas sensaciones. Recuerda ahora que bajo el mismo puente pasaron un día las aguas de ese río alumbradas por el fuego de los cañones, y teñidas con sangre de valientes; y no será ya posible que pases con indiferencia el puente, ni mires las aguas sin una veneración profunda. Peleábase allí por la independencia de la patria, por la integridad de una monarquía hija de siete siglos de combates: y estas luchas son sagradas.

* Mas ha llegado ya, lector, la hora en que debemos separarnos: estamos en las puertas de Barcelona y hemos terminado nuestro viaje. ¿Temes acaso entrar de nuevo en esa ciudad querida? ¿Temes echar menos el ambiente puro de los montes, la soledad y frescura de los bosques, la hermosura de las praderas, la calma y la paz de las abadías que visitamos? ¿Temes tal vez que se materialice aquí tu espíritu ó se extinga la llama

revelan la antigüedad de aquel pueblo hoy casi desierto; saludará más allá el agudo picacho donde confunde sus murallas con las rojas peñas el poético castillo de Aramprunyá, y pronto el paso del Llobregat le avisará la proximidad de Barcelona, cuyo conjunto se le ofrecerá de repente al doblar el tren la tajante proa del Montjuich.

de tu fantasía? No enerves así tu alma, ve y respira libremente el aire que vivifica á ese pueblo: ve y restaura dentro de sus muros tu energía, debilitada quizás por la voz melancólica de la naturaleza y los suspiros que parecen exhalarse del fondo de las ruinas á que te condujimos. Como dormiste hasta aquí arrullado por las brisas de la noche, duerme ahora arrullado por el estruendo de los talleres. Acostúmbrate á vivir y á pensar en medio de esa poderosa actividad industrial que obliga á los metales más duros á precipitarse de lo alto de las fraguas hechos arroyos de fuego, que mueve masas enormes, que encierra poblaciones enteras en el convoy de un camino de hierro y les da la tranquila rapidez del águila. Las fuerzas de tu espíritu crecerán en medio de ese movimiento incesante: tu imaginación no tendrá en breve valla que baste á contenerla. Rodeado de obreros infatigables, encontrarás también, si eres poeta, asuntos dignos de tus cantos; ¡ay! y quizá algún día rompas de enojo las cuerdas de tu lira viéndolas débiles para ensalzar los triunfos de la industria, esa lucha eterna entre la naturaleza y el hombre.

* ¿Amas por otra parte lo pasado? ¿deseas mantener vivos en tu memoria los recuerdos de los héroes cuyas figuras acabas de ver sobre el mármol de sus tumbas? En esa misma ciudad, bajo un cielo puro y transparente apenas empañado por la humareda que de continuo arrojan sus establecimientos industriales, álzanse á la sombra de árboles cuyas copas mece el aura de las montañas vecinas vastos coliseos donde no sólo podrás llegar á ver fielmente reproducidas las alturas que trasmontaste, y las cascadas cuyo rumor resonó en tus oídos aumentado por el eco de los cerros, y los campos de batalla en que creíste ver aún impresas las huellas de ejércitos enemigos, sí que también esos mismos reyes cuyas cenizas removiste tal vez con tus propias manos en el fondo de sus sepulcros. El genio de nuestros poetas los evocará á tus ojos y te los presentará armados como los viste y hablando como hablaron á sus pueblos. Y

creerás ver vivos aún los que contemplaste envueltos en sudarios carcomidos, ó reducidos ya al polvo de que fueron formados.

* Querido lector, el viaje está terminado; pero los placeres que pueden nacer de él no acabarán sino contigo. En medio del mayor tedio de la vida recordarás aún lo que has visto, y esto templará tus horas de amargura. Brotarán á cada paso de tus recuerdos contrastes que no pocas veces han de bañar en una dulce melancolía tu alma, y tal vez en esos mismos teatros donde irás sediento de impresiones. Á la vista de la numerosa muchedumbre que los ocupa recordarás quizá algún día los vastos panoramas que has abarcado desde las cumbres de nuestras cordilleras sin descubrir siquiera un mortal en tan inmenso espacio: al oir estrepitosos finales ahogados por los aplausos de un pueblo entusiasta, asaltarán quizás tu memoria esas sierras solitarias cuyo silencio sólo interrumpía el lejano rumor de las aguas ó la entrecortada voz de una campana, agitada por las auras de la tarde; al brillar á tus ojos reflejadas por cien luces las doradas galerías y las joyas deslumbradoras de las damas, embargarán quizás tu imaginación los densos bosques que habrás atravesado de noche sin más luz que la de los confusos rayos de una luna velada por las nubes.

FIN

ÍNDICE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

Índice de los intercalados

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

PÁGINAS.

San Miguel de Fluviá

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

PÁGINAS.

Balaguer

Agramunt

Seo de Urgel

CAPÍTULO VIII

Vallbona

Poblet

Santas Creus

CAPÍTULO IX

Tarragona

CAPÍTULO X

PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS


PER ANGUSTA AUGUSTA